

This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + Make non-commercial use of the files We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + Refrain from automated querying Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + Maintain attribution The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + Keep it legal Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

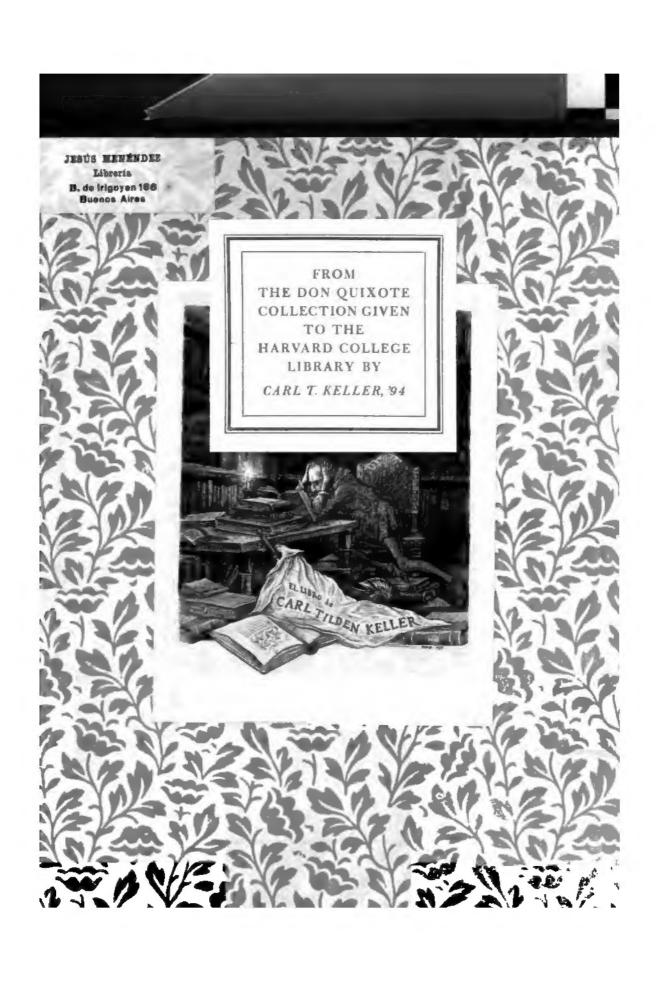
Asimismo, le pedimos que:

- + Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + No envíe solicitudes automatizadas Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + Conserve la atribución La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + Manténgase siempre dentro de la legalidad Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

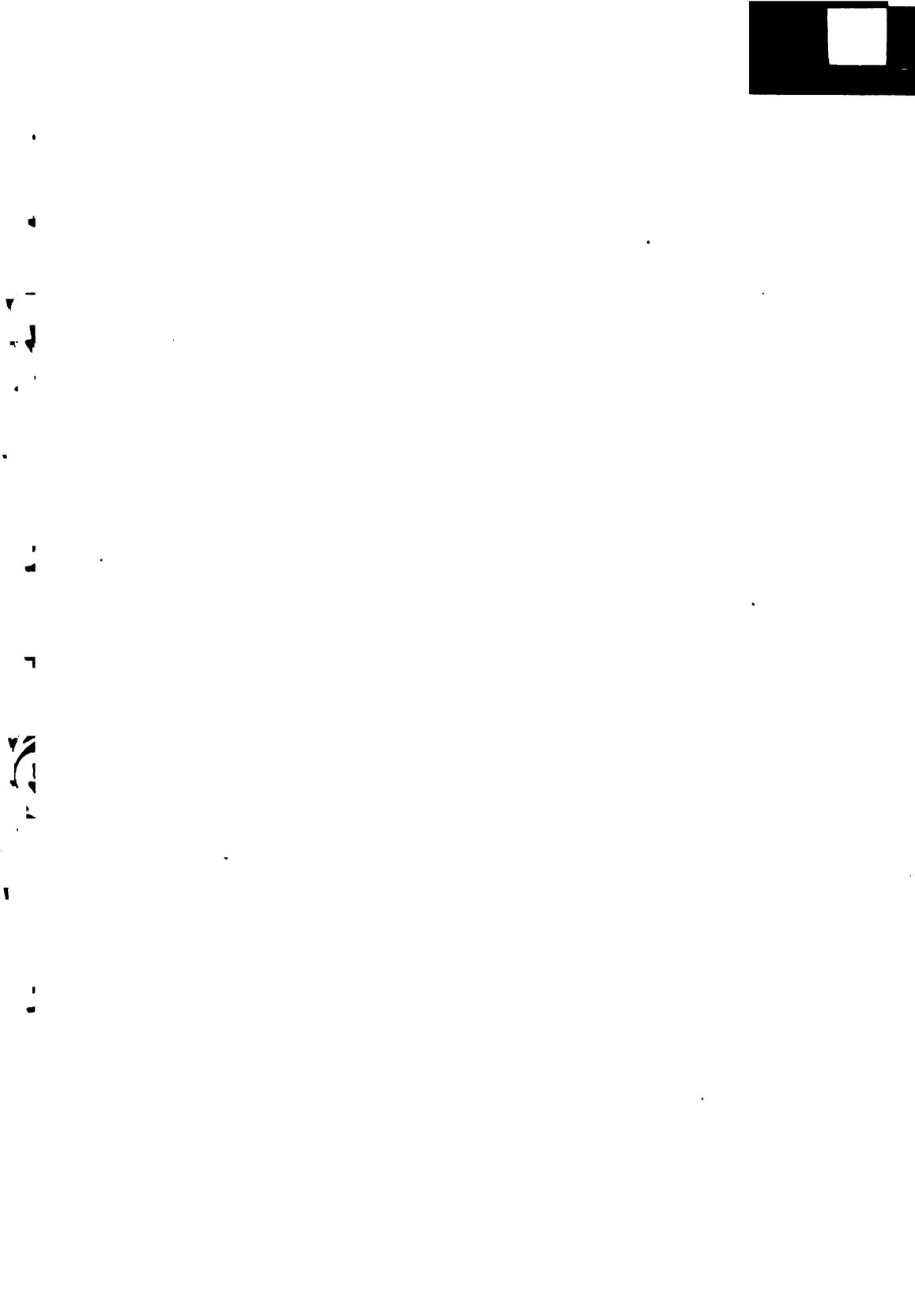
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página http://books.google.com









EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO:

1 ejemplar en papel «Conqueror» tamaño doble Elefante para la Biblioteca Pública de La Plata;

50 ejemplares en gran papel ingles marca W. J. Co;

200 id. en papel vergé azulado para bibliófilos;

1249 id. en papel ingles de hilo para libreria.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA

сомривато рок

MIGUEL DÉ CERVANTES SAAVEDRA

PRIMERA EDICIÓN SUD-AMERICANA, HUSTRADA Y

PRECEDIDA DE LA

VIDA DE CERVANTES.

DADA À LA LUZ EN HOMENAJE À ESTE INMORTAL ESCRITOR AL CELEURARME EN LA GIUDAD DE LA PLATA EL TERCER CENTENARIO DE LA INFRERIÓN Y PUBLICACIÓN DEL

QUIJOTE







KF25161

HARVARD UNIVERSITY LIBRARY AUG 2 1955



LA COMISIÓN EJECUTIVA

DEL

TERCER CENTENARIO DEL QUIJOTE EN LA PLATA,

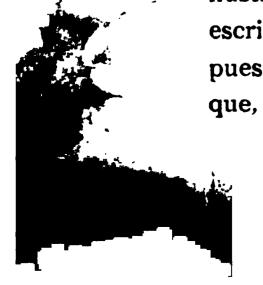
Á LOS ADMIRADORES DE CERVANTES:

La presente edición es la primera fiel y completa que se imprime en el continente sud-americano.

Costéala la población culta de La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires en la República Argentina, como homenaje perdurable á MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA; y la da á luz, para celebrar el Tercer Centenario de la impresión y publicación del Quijote.

Al recibir la Comisión Ejecutiva tan honroso cometido, ha tratado de reproducir con toda fidelidad el texto cervantino de las primeras ediciones impresas en los días del autor, adoptando las variantes y correcciones introducidas por éste en la de 1608, é ilustrando con brevísimas notas, las aclaraciones mas necesarias.

La Comisión Ejecutiva ha juzgado que el público ilustrado vería con interés, que la obra del inmortal escritor fuera precedida por una noticia biográfica compuesta en presencia de la importante documentación que, en los últimos lustros, se ha ido descubriendo con





respecto á los hechos de aquel ingénio. A esto obedece la *Vida de Cervantes* puesta al frente de esta edición, en la que hallará el lector estudioso, importantes esclarecimientos sobre puntos que, hasta ahora, aparecen oscuros ó erróneos en las biografías.

> Presidente: Luis Ricardo Fors Vice-Pridente: Danibl Goytia Tesosero: Julian J. Solveyra Vocales: Joaquin Carrillo, ¡Pedro Delheye, Tomás R. Garcia, Natalio Gil, Ignacio M. Gomez, Alejandro Körn, Jacob Larrain, Gragorio Lecot, Rodolfo Moreno, Enrique E. Rivarola, Adolfo Sadias.

> Secretarios: Estebau Molla Catalán, Luis Reyna Almandos.

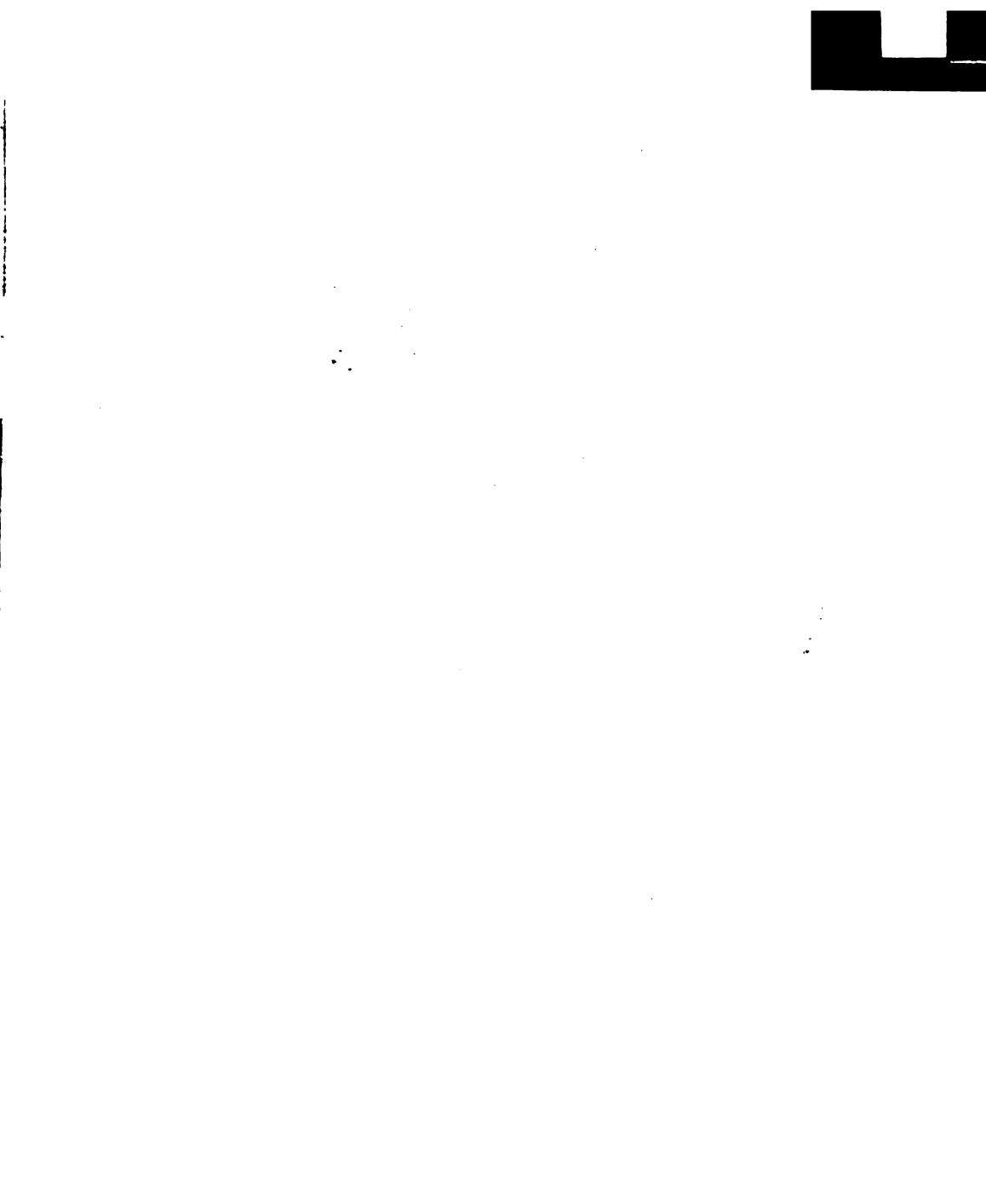




MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Bisto con que la Comision Ejecutiva perpetúa en la Biblioteca Pública de la findad de la Plata la celebración de Terces Sculenario de la impresion del «Quijote»





VIDA DE CERVANTES

Impavido en los peligros, fuerte en las adversidades, modesto en sus triunfos, desprendido y generoso en sus intereses, amigo de favorecer, in 'ulgente
con los esfuerzos hien intencionados de
la medianía, dotado de juicio re to y
clarisimo, de imaginación sin ejemplo
en su fecundidad, pasó por el mundo
como peregrino cuya lengua no se
comprende.

BUENAVENTURA CARLOS ARIBAU

Vida de Cervantes

Uno de los mas reputados críticos europeos, gran conocedor de la literatura castellana, Emilio Chasles, ha hecho notar que durante el año de 1865, acudió un numeroso público á la Sorbona de París, escuchando con especial interés las conferencias que se dieron en aquella afamada Universidad, «sobre la sencilla y hermosa historia de Cervantes».

No es de extrañar el hecho, teniendo en cuenta que la vida del inmortal autor del QUIJOTE es la historia de las grandes desdichas humanas conjurándose contra un alma sencilla y generosa, abierta á todas las bondades y á todas las aspiraciones nobles y delicadas.

Escribir la historia de Cervantes, equivale á escribir la historia de una de las mayores desventuras de la tierra, cebándose en un hombre de quien hasta hace poco se ignoraba la cuna, y del cual, todavia hoy, se desconoce la fosa en que yace.

Las incesantes y laudables investigaciones que en estos últimos tiempos se han llevado á cabo en toda suerte de bibliotecas y archivos, han venido por fortuna á esclarecer gran parte de los hechos que hasta

hace poco permanecían ignorados, ó cuando menos confusos, en la vida del escritor inimitable. Merced á esos descubrimientos, se ha podido fallar con toda certeza en la dilatada contienda que diversas poblaciones de España han sostenido, para adjudicarse el título de patria ó cuna de Cervantes.

Han sido siete los lugares que lo han pretendido. Esquivias, sin más fundamento que haber calificado Cervantes de famoso este lugar, no echando de ver sus sostenedores, que el mismo Cervantes esplica en otro pasaje de sus obras el corto significado y alcance de tal calificativo. También Sevilla ha terciado en la contienda, sin más base que la opinión del célebre humanista don Nicolás Antonio, fundado en que los apellidos Cervantes y Saavedra son nombres de familias sevillanas, y en que nuestro personaje viese representar en sus tiernos años, y en Sevilla, al afamado Lope de Rueda; todo lo cual se destruye ante el hecho de que tales apellidos lo son también de linages procedentes y radicados fuera de Sevilla y aún de Andalucía, y, además, porque sobre no estar probada la permanencia de Cervantes en Sevilla durante los años de su infancia, recientemente ha encontrado don Narciso Alonso Cortés entre los papeles de la estinguida Chancillería de Valladolidid, un pleito entre Lope de Rueda y el duque de Medinaceli sobre pago de ciento cincuenta mil maravedis, litigio por cuyas fechas se prueba acabadamente que aquel célebre comediante se dedicaba á recorrer las ciudades y lugares de Castilla, en los años primeros de Cervantes. Lucena, que también ha terciado en la contienda, no aporta en su defensa sino una tradición admitida por sus habitantes, pero sin que ella se funde en hecho alguno concreto, ni en documentos fehacientes. En cuanto á ser Madrid cuna de Cervantes, no existen más datos que la opinión de Lope de Vega (1) y otros contemporáneos, y la supcsición de que el célebre novelista le llamó su patria en uno de los tercetos del Viaje del Parnaso (2); más no se ha tenído en cuenta, para tales supuestos, el significado que da el poeta à la palabra patria, cuando finge despedirse

(2) Cap. I, terceto 44.

¹⁾ Laurel de Apolo. Silvas 5ª y 8ª.

de ella, suponiendo que parte de España con rumbo á la corte de Apolo; además de que el mismo Cervantes aclara y especifica el concepto, hablando de Madrid en otro terceto (1), sin llamarle entonces su patria. Con más débiles argumentos todavía, se ha pretendido por unos, que el gran escritor nació en Consuegra; y por otros, aunque pocos, en Toledo. Pero con muchas más apariencias de verdad se ha sostenido con empeño, y hasta en nuestros días se sostiene, que Alcázar de San Juan, en La Mancha, fué verdadera é indudable cuna de Cervantes.

Fundanse los que tal dicen, en un asiento puesto en el libro de bautizos de la parroquia de Santa Maria la Mayor de aquel pueblo, correspondiente al año de 1558, y en el cual se lee lo que sigue:— En 9 días « del mes de Noviembre Baptizó el Licenciado Alon-« so Diaz Pajares, un hijo de Blas Cervantes Saave-« dra y de Catalina Lopez, que le puso nombre Mi-« guel, fué su Padrino de Pila Melchor de Ortega, « acompañados de Juan Quirós y Francisco Almen-« dros y sus mujeres de los Dhos—el Licenciado Alon-« so Diaz». Al márgen de esta partida y de letra mucho más moderna, se ha escrito: Este fué el autor de la Historia de DON QUIJOTE. Este documento ha resultado ineficaz de todo en todo, desde el año de 1893 en que, tras reiterados y prolijos exámenes, se puso de manifiesto la rotura de las hojas y la intercalación anacrónica del asiento transcrito en el líbro parroquial de Alcazar de San Juan. (2)

El pleito entre las siete localidades pareció un tiempo ganado por Alcazar; pero se ha fallado después en definitiva contra todas ellas, en virtud de haberse descubierto en los libros parroquiales de Santa María la Mayor de la Ciudad de Alcalá de Henares, la verdadera partida de bautismo de Cervantes, cuyo texto, á la letra, es como sigue:—«En Domingo o dias del mes de Octubre año del Señor de 547, fué Bautizado Mi« guel hijo de Rodrigo de Carvantes, y de su mujer « Da Leonor, fué su compadre Juan Pedro Baptizole

⁽¹⁾ Cap. I, terceto 39.

⁽²⁾ Cervantes en la Exposición Histórica-Europea, por don Manuel de Foronda.—Madrid, 1894 — 1 vol. 16'7 x 10.

« el Rdo. Sor. Bachiller Serrano Cura de Nº Sº tes-« tigo Balthazar Vazquez Sacristán; y yo lque lo bau-« ticé y firmé de mi nombre el Bachiller Serrano».

Lo primero que salta á la vista en la partida de Alcalá, es la variante en el apellido Carvantes por Cervantes, dando motivo á que alguno niegue fuerza probatoria á tal documento; pero harto se ve que el Carvantes, no es sino una incorrección ó error de escritura. en unos tiempos en que era esto tan común, como puede comprobarse en la mayor parte de los documentos de la época, hasta el extremo de que el propio Cervantes, firmando su apellido, escribía unas veces Cervantes y otras Cerbantes. Por lo demás, todos los datos de la partida de Alcalá responden fielmente á las circunstanclas de la vida de nuestro personaje y resultan comprobados por cuantos documentos se han ido descubriendo hasta ahora en los archivos, cosa que no acontece con los datos que contiene la partida de Alcazar de San Juan.

En la Relación de 186 cautivos, que en 1580 rescataron en Argel, los P. P. Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella, aparece entre los primeros asientos, uno que dice: Miguel de Cervantes, de edad de 30 años, natural de Alcalá de Henares. Este documento impreso en Granada en 1581, se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid; y hallado que fué y leido por el erudito Bibliotecario del monarca español á fines del siglo XVIII, Don Juan de Iriarte, lo comunicó á su amigo el P. Fr. Martín Sarmiento, quien, después de haber leido en 1752 y en el libro del P. Fr. Diego de Haedo sobre las cosas de Argel (1) que «Miguel de Cervantes fué un hidalgo principal de Alcalá de Henares» (2), se interesó con el secretario del Rey, don Agustín Montiano y Luyando, para que se hiciese buscar en los libros parroquiales de Alcalá la fe de bautismo de Cervantes (3). Hallóse afor-

⁽¹⁾ Topografia é Historia General de Argel, por el P Fr. Diego de Haedo.—1 vol. in fol.

⁽²⁾ Noticia de la verdadera patria (Alcalá) de él Miguel de Cervantes. Por el Rmo. P. M. F. Martin Sarmiento. — Barcelona, 1898 — 1 vol. 23 x 14.

⁽³⁾ El facsimile de este documento puede verse en la lámina adjunta.



do ma 19 good mas on o ordre and st 一ちるる

PACSÍMILE DE LA PARTIDA DE BAUTIGMO DE CERVANTES



tuhadamente ésta, pudiendo enviar Montiano copia de ella al P. Sarmiento. Corresponden con esta partida de Alcalá, no solamente la relación de 1581 y la obra del P. Haedo citada, sino además otros documentos tan irrefutables como el Libro de Redenciones de Cautivos de Argel, y el llamado Expediente de Sevilla, sin perjuicio de otros testimonios, auténticos todos, que se han de mencionar en el curso de esta biografía. En el es presado Libro de Redenciones, se establece que el cautivo Miguel de Cervantes es natural de Alcalá de Henares, de 31 años, é hijo de Rodrigo de Cervantes. y de Doña Leonor de Cortinas, tal como aparece en la fe de bautismo alcalaina En el Expediente de Sevilla consta la información hecha en Argel á favor de Miguel de Cervantes, también natural de Alcalá en la Provincia de Castilla. Y en la colección de documentos reunida y publicada por el Señor Pérez Pastor (1), se reproduce la petición de puño y letra de Cervantes fechada en Madrid á 18 de Diciembre de 1580, solicitando información de su pasado cautiverio en Africa, y declarándose natural de Alcalá de Henares.

Si bien de todo lo que queda dicho resulta comprobada la cuna del insigne novelista, ni en ello, ni en otra parte alguna, consta el día en que éste naciera. Varios autores han supuesto que esto aconteció el mismo en que le bautizaron; pero sobre no ser esta la costumbre, no existen indicio ni razón alguna que permitan afirmarlo. Lo único que puede aventurarse, con no pocas probabilidades de acierto, es que Cervantes naciera el día 29 de Setiembre, bautizándosele diez días después, ó sea el 9 de Octubre siguiente. Induce á creerlo así, el hecho muy sugestivo de que se le pusiera el nombre de Miguel, nombre que desde el siglo XI, desde el cual se conoce la genealogía de sus ascendientes, ninguno de éstos se llamó Miguel, ni ninguno de sus parientes colaterales, ni persona alguna de las que, como padrino ó como testigo, aparecen mencionados en la partida de bautismo. No se ex-

⁽¹⁾ Documentos cervantinos hasta ahora inéditos. Por el Pbro D. Cristóbal Pérez Pastor. Tom. I, pág. 65 — Madrid, 1897 y 902—2 vol.

plica, pues, que se le pusiera el nombre que se le puso, si no fué, —según costumbre de aquellos tiempos y lugares, —en honor del Santo conmemorado por la Iglesia en el día del nacimiento y que, en el caso de que se trata, sería San Miguel Arcangel, venerado por los católicos el día 29 de Setiembre. Después de todo lo cual, puede decirse, como cosa cierta en una parte, y como lógica presunción en otra, que Miguel de Cervantes Saavedra, nació en Alcalá de Henares el día 29 de Setiembre de 1547, de Rodrigo de Cervantes y de Doña Leonor Cortinas, bautizándosele en la misma ciudad el día 9 de Octubre siguiente.

En cuanto á los días de su infancia y primera juventud, nada concreto y seguro se conoce. Mucho han divagado y conjeturado los biógrafos sobre este período, sin que de todo ello surja luz alguna que esclarezca la verdad, ni que llegue á la fuerza de las propias manifestaciones de Cervantes, puestas en diversos pasajes de sus obras. A pesar de su vaguedad y concisión, resulta de ellas que fué de ingenio despejado, observador, estudioso, aficionado á la lectura hasta leer los papeles rotos que encontraba por las calles», aficionadisimo á las comedias y á los comediantes de aquella época, y « desde sus tiernos años amante

del arte dulce de la poe-ia ». (1).

Todo ello hubo de ser causa más que suficiente, para que fuese desarrollando cada vez más y mejor las felices y excepcionales disposiciones que poseía para el cultivo de las letras; sobre todo, dadas las facilidades que para el estudio y el roce con gentes de saber y aficiones literarias, había de proporcionarle en sus primeros años la residencia en Alcalá de Henares, que constituía entonces un gran centro de cultura, merced á su afamada Universidad, al crédito de sus maestros que competían en fama con los de Salamanca, y al considerable número de sus estudiantes. No es posible afirmar, pero tampoco puede negarse con certeza, que en aquella ciudad, ó en Madrid, tan cercana á ella,

¹⁾ Viaje del Parnaso—Prologo de las Comedias Don Quijote, cap. IV, Part. I.



fué donde Cervantes vió representar al famoso Lope de Rueda, que tan duradera impresión le produjo, y de quien se ocupó siempre con tanto encomio, ya que por documentos fehacientes se ha comprobado que aquel autor y representante de comedias, verdadero fundador de la escena española, representó en los días de la adolescencia de Cervantes, en Madrid, en Segovia y en otras poblaciones de Castilla. No era pues necesario que le viera representar en Sevilla y en otros pueblos de Andalucía, como algunos biógrafos han pretendido, para deducir de ello que el autor del « Quinote» había nacido en la capital andaluza, hipótesis que

queda desvirtuada en párrafos anteriores.

No ha faltado tampoco quien afirmara que Cervantes cursó en las aulas de las universidades de Alcalá y de Salamanca, pero todas las investigaciones que hasta ahora se han llevado á cabo para la comprobación de este hecho, no han sido bastantes á descubrir el nombre del insigne escritor en los libros de matrícula de ambas universidades. Cuanto á este respecto se ha escrito hasta ahora, no pasa de vagas suposiciones más ó menos vercsímiles, pero sin fundarse en documento ni hecho comprobado alguno. Antes del mes de Octubre de 1568, en que Cervantes contaba veinte y un años y algunos días de edad, nada absolutamente puede afirmarse en modo indubitable sobre los actos de su vida. Esta fecha es la que constituye el punto inicial desde donde puede empezarse á seguir, con datos concretos y comprobados, la existencia de nuestro personaje.

En el referido mes de Octubre, hallábase Cervantes en Madrid, habiendo sido discipulo predilecto del reputado humanista Juan López de Hoyos, tomando parte como tal discípulo, en el homenaje tributado á la memoria de la reina Doña Isabel de Valois, esposa de Felipe II, cuyas exequias se celebraron pomposamente en el templo de las Descalzas Reales de la Corte, el

dia 24 del referido mes.

Para aquella solemnidad encargaron las autoridades al maestro Hoyos, los rótulos, epitafios y versos dedicados á la difunta soberana; y para tales trabajos tuvo por colaboradores á sus alumnos y especialmente á Miguel de Cervantes, de quien dijo en tal ocasión que era su caro y amado discipulo (1). Las composiciones que aquél escribió fueron un soneto, cuatro redondillas y una elegía en tercetos, correspondiendo insertar aquí la primera de dichas composiciones en la propia forma que la publicó el maestro Hoyos, considerando que este soneto es la primera poesía publicada que se conoce de Cervantes:

PRIMER EPITAFIO EN SONETO

Con una copla castellana que hizo mi amado discipulo

Aqui el valor de la española tierra,
Aqui la flor de la francesa gente;
Aqui quien concordó lo diferente.
De oliva coronando aquella guerra.
Aqui en pequeño espacio veis se encierra
Nuestro claro lucero de Occidente;
Aqui yace enterrada la excelente
Causa que nuestro bien todo destierra.
Mirad quien es el mundo y su pujanza,
Y como de la más alegre vida
La muerte lleva siempre la victoria.
También mirad la bienaventuranza
Que goza nuestra Reina esclarecida
En el eterno reino de la gloria.

Muchos biógrafos se han fundado en las enseñanzas que del maestro Hoyos recibió Cervantes, para afirmar ó suponer que éste permaneció en Madrid durante todo el tiempo que en su juventud dedicó al cultivo de las letras; pero los que esto afirman, no han tenido en cuenta que la cátedra de Gramática y Letras Humanas de los Estudios de la Villa de Madrid, no fué desempeñada por el respetable Hoyos sinó desde principios de 1568. Anteriormente había estado á cargo del licenciado Ramírez, hasta el día 14 de Octubre de 1566, cuando ya Cervantes contaba diez y nueve años de edad. Después de Ramírez des-

¹⁾ Historia y Relación verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exequias fúnebres de la Serenísima Reyna de España Doña Isabel de Valois, nuestra señora, con los sermones, letras y epitafios á su túmulo—Madrid, Pierre Cosin 1569—1 vol. in.—8°.



empeñó la cátedra con carácter interino Don Francisco del Vago, hasta que en 29 de Enero de 1568 la ganó por oposición el presbítero Don Juan López de Hoyos, ó sea ocho meses y medio antes de la muerte y exequias de la Reyna Doña Isabel de Valois. Como se ve, tan breves meses no pueden probar acabadamente que Cervantes estudiara tan largo tiempo en Madrid, como se pretende, bajo la dirección de Hoyos; ni que en aquel espacio llegara el futuro autor del Quyote, al grado de adelanto que revelan sus composiciones para las exequias de la esposa de Felipe II.

Dadas las condiciones especiales de Cervantes, su inclinación ingénita á las letras, la tenacidad de su carácter, y la claridad de su ingenio, revelado todo ello en las circunstancias extraordinarias que han caracterizado su azarosa vida, se concibe que no le fué necesario estudiar en las universidades, ni seguir las lecciones particulares de maestros humanistas, para explicar satisfactoriamente la rareza de su talento y la excelencia de sus obras. Entregado afanosamente á la lectura de toda suerte de libros latinos, castellanos é italianos, sin sujetarse à las enseñanzas y disciplina académicas y formando por sí mismo, y en el molde de sus propias facultades, el esquisito gusto de que están impregnados los frutos de su ingenio, fué lo que de él dijo el cronista Tomás Tamayo de Vargas: un ingenio lego, título que se aplicó también á escritores tan esciarecidos como el Marqués de Santillana, Antonio Hurtado de Mendoza, Rourigo Mendez de Silva y otros, á quienes la falta de titulos y estudios universitarios, no les impidió llegar á los últimos puntos de la pertección, ni ser ponuerados por los hombres de mayor saber y autoridad en todo linaje de conocimientos.

Después de su participación en las referidas honras fúnebres á la memoria de la Reyna Doña Isabel de Valois, nada seguro se sabe de Cervantes, hasta que aparece en Roma, en el año de 1569, al servicio del cardenal Julio Acquaviva. Prolija cosa seria dar cuenta de todas las conjeturas y suposiciones hechas por los biógrafos sobre las causas y las peripecias del viaje de Cervantes á la capital pontificia; y aun sobre el tiempo en que permaneció en Italia, antes de dar comienzo á

su vida de soldado. Unos han atribuído á decepciones literarias su salida de España; otros la esplican con supuestas persecuciones de la justicia con motivo de unas heridas causadas en riña á un cortesano; y hasta uno de los más infatigables é ilustrados cervantistas, llega á relacionar aquel viaje con los amores que produjeron más tarde el enlace del autor del Quijote con Doña Catalina de Salazar y Vozmediano (1).

Todas estas suposiciones se desvanecen ante los do-

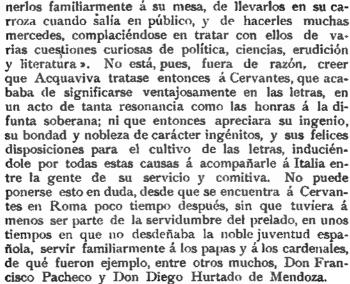
cumentos irrefutables que hoy se conocen.

Entre ellos aparecen las partidas parroquiales de Esquivias, de las qué resulta que la referida Doña Catalina tenía 19 años de edad al contraer matrimonio con Cervantes el día 12 de Diciembre de 1584; contando por lo mismo tan solo cinco años, cuando se ausentó el que más tarde había de ser su esposo. Y por lo que toca á la supuesta fuga, para guardarse de los encargados de prenderle por las mencionadas heridas, la especie se desvanece con solo decir que uno de los alguaciles de Córte, aparece declarando en una información de limpieza de sangre de Miguel de Cervantes estante en Roma, cuyo documento, otorgado en Madrid á 22 de Diciembre de 1569, se ha descubierto pocos años hace en el protocolo de Juan García, escribano de la villa de Madrid.

A falta, pues, de pruebas concluyentes sobre el viaje de Cervantes á Italia, no queda más elemento de conjetura séria que la coincidencia de condiciones y aficiones literarias entre el discipulo del maestro Hoyos y el legado del Papa en Madrid, para dar á Felipe II el pésame por los fallecimientos del príncipe Don Carlos y de la Reyna Doña Isabel, que tan de cerca se siguieron.

Los escritores de la época, y en especial Mateo Aleman, ponderan ser Acquaviva « mozo muy virtuoso y de muchas letras », afirmando además, que durante su breve permanencia en Madrid como enviado de Pio V, « gustó mucho de algunos cortesanos de ingenio y procuró granjear su amistad, honrándose de te-

⁽¹⁾ Vida de Cervantes, por Nicolás Díaz de Benjumea — Barcelona, Montaner y Simón, 1880.



La permanencia de Cervantes en Roma y la época en que dió principio á su vida de soldado, son puntos que han dado origen á no pocas divagaciones y controversias. Afortunadamente existen dos datos irrecusables que, después de tres siglos, vienen á resolver la cuestión sin dar lugar á dudas, desvaneciendo tas conjeturas de unos y las erróneas afirmaciones de otros. Rodrigo de Cervantes, padre de nuestro personaje, afirma en una información solicitada en Madrid en 1578, que su hijo había servido al Rey de diez años á aque lla parte; y el mismo Cervantes, en un memorial al monarca, hecho en 1590, expresa que llevaba entonces veinte y dos años de tomar parte en jornadas de mar y tierra. Ambos documentos concuerdan en determinar de un modo concreto é indubitable el año de 1569, como el primero de la vida militar del autor del Quijote.

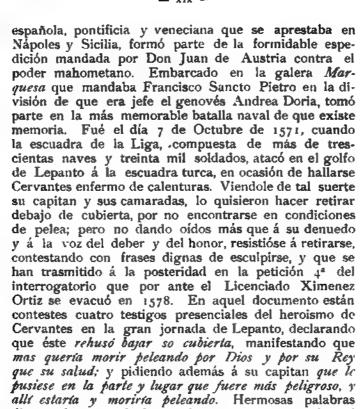
Este dato no prueba tan sólo lo que queda dicho acerca del brevisimo tiempo que permaneciera Cervantes al servicio del cardenal Acquaviva, sino que viene á resolver además las dudas y suposiciones de los biógrafos, para esclarecer el punto de si el insigne novelista empezó su vida de soldado en los tercios españoles de Italia, ó alistado bajo las banderas pontificias.

El hecho de que en Octubre de 1571 tomara parte en la memorable batalla de Lepanto, como soldado de la compañía del famoso capitan Diego de Urbina, no es prueba de que comenzara su vida militar en las tropas españolas. Cervantes era soldado en Italia desde más de dos años antes, mientras que las fuerzas del monarca español en aquella península y sus islas, en que tomaron parte el tercio de Don Miguel de Moncada y la compañía de Don Diego de Urbina, no se reunieron y aprestaron para la campaña contra los turcos sinó á fines de 1570; hubo pues de ser en los dos años anteriores, que Cervantes se alistara en las tropas de Pío V, bajo las banderas del esforzado general pontificio Marco Antonio Colonna, según él mismo declara quince años más tarde, en la dedicatoria de La Galatca enviada al Abad de Santa Sof.a.

Esta alusión de Cervantes concuerda de todo en todo con los datos hasta hoy comprobados, y especialmente con los dos documentos referidos anteriormente. Los años de servicios militares que en ellos computan Rodrigo de Cervantes y su hijo, hubieron de empezar á principios de 1569 y bajo las banderas pontíficias del general Colonna. En oposición á estos hechos y constancias, los sostenedores del parecer contrario, o sea de que empezó Cervantes su vida de soldado en los tercios españoles y no en los del papa, no pueden invocar más elemento de prueba que un documento descubierto en 1808 en el Consulado de Sevilla. Consiste en la información de testigos en favor de Cervantes y durante su cautiverio, en la cual declara el alferez Mateo de Santisteban, que fué camarada del novelista en Nápoles y en la compañía del capitan Urbina, en la que Cervantes se había alistado á mediados de 1570; pero harto se ve que tal documento dista mucho de probar que, antes de esta fecha, no fuese Cervantes soldado bajo las banderas del general del Papa.

Lo cierto es que tanto en unas como en otras tropas, ya pontificias ó ya españolas, recorrió nuestro personaje buen número de comarcas italianas, cuyo minucioso conocimiento demostró más tarde en la mayor parte de sus escritos.

Alistado ya en los tercios castellanos de la Liga



Se le destinó en el lugar de más peligro, junto al esquife de la Marquesa al mando de doce soldados, cubriéndose allí de gloria en día tan memorable para las armas de la cristiandad. Las informaciones levantadas años más tarde, las referencias de sus camaradas, y las distinciones y cuidados que Don Juan de Austria y otros generales le dispensaron, son otras tantas demostraciones de la bizarría y denuedo con que se condujo en aquella sangrienta función de guerra, en la que recibió dos arcabuzazos en el pecho y otro en la mano izquierda, que le quedó inútil para el resto de sus días. De tales heridas se enorgulleció siempre Cervantes, como de haber sido protagonista

dignas de ser grabadas en bronces, y que revelan el temple de aquella alma superior, á la que tantas luchas

y dolores tenía reservada la fortuna.

en tan grandiosa batalla; orgullo que, cuarenta y cuatro años más tarde, le hizo decir en la segunda parte de su Quijote, «si me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella», agregando, que las heridas que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra.

Tras la señalada victoria de la Liga contra el poder naval de Selim, retiráronse los bajeles cristianos, primeramente al puerto de Petela, recogiéndose después á otros de Corfú y de las costas italianas, en donde se atendió á la curación de los enfermos y de los numerosos heridos. Entre los que fueron trasladados á Messina estaba Cervantes, cuya heróica conducta mereció no sólo los plácemes de sus jefes inmediatos, sinó el cuidado y recompensa especiales del príncipe Don Juan, que ordenó le fuesen aumentados tres escudos de oro al mes, sobre su sueldo. Por los datos que se conservan de la pagaduría de la armada y de los gastos secretos y extraordinarios de aquella campaña, se sabe ahora con certeza, que Cervantes era socorrido y permanecía convaleciente todavía en Messina, durante el mes de Marzo de 1572; y de un documento recientemente descubierto, aparece que en 15 de Noviembre de 1574, nuestro personaje se encontraba en Palermo, en donde el Duque de Sesa, por orden de Don Juan de Austria, mandó le fuesen entregados veinte y cinco escudos de á diez reales castellanos, á buena cuenta de lo que se le debía. Así se lee en la primera página del pliego 120 de la cuenta del pagador de la armada Juan Morales de Torres. (1)

Convaleciente apenas de sus heridas, volvió Cervantes al servicio activo permaneciendo en buen número de ciudades italianas, recorriendo á más de las de Sicilia, Génova, Florencia, Roma, Ancora, Venecia, Parma, Ferrara, Milan, y Plasencia en el continente, residiendo principalmente en Napoles, cuyas excelen-

⁽¹⁾ Documentos cervantinos hasta ahora inéditos. Por D. Cristobal Pérez Pastor-Madrid, 1902-T. II, p. 24, doc. VII.



cias encareció siempre en sus escritos, diciendo en uno de ellos (1),

Esta ciudad de Nápoles la ilustre Que yo pisé sus ruas más de un año De Italia gloria y aun del mundo entero.

Y es precisamente hablando de un encuentro en las calles de esa misma Nápoles, cuando hace referencias harto claras y sugestivas, no estudiadas hasta hoy de los biógrafos, que pueden ser tal vez indicios de la existencia de un hijo de Cervantes: hijo de todos desconocido, al que sin duda alguna se refieren estos versos:

Mi amigo tiernamente me abrazaba; Y con tenerme entre sus brazos, dijo Que del estar yo alli mucho dudaba: Liamome padre y yo liamele hijo, Quedando en esto ta verdad en punto Que aqui puede liamarse punto fijo (2).

Punto es este, que apesar de la categórica declaración de Cervantes nadie se ha preocupado de esclarecer, por la ausencia total, sin duda, de documentos que se refieran á esta circunstancia de la vida de nuestro personaje.

De lo que no cabe duda alguna, es de la influencia que en aquellos años de permanencia en Italia ejercieron los poetas y prosistas italianos de los siglos XV y XVI, en las aptitudes, tendencias y gustos de Cervantes. Su ingénita pasión por la lectura y sus inclinaciones á la meditación y al estudio, le facilitaron el conocimiento de Dante y de Petrarca; y las obras del Tasso y de Ariosto influyeron poderosamente en sus aficiones y modalidades poéticas, al paso que las de Bocaccio y César Caporal hicieron de él el crea-

Viage del Parnaso, cap. VIII.
 Viage del Parnaso, cap. VIII.

dor de la novela castellana, de lo que siempre se envaneció diciendo:

Yo he abierto en mis *Novelas* un camino Por do la lengua castellana puede Mostrar con propiedad un desatino. (1)

Fué en aquella época de su vida, cuando el alma de Cervantes se abrió á todas las bellezas y flexibilidades de la lengua y literatura italianas, inspirándose en los grandes maestros surgidos del Renacimiento, cuando el deber de soldado lo llevaba á nuevas campañas, tomando parte en los hechos de armas bien gloriosos y heróicos, pero bien ineficaces por cierto, que acabaron con la pérdida de las plazas y fortalezas cristianas en las costas berberiscas. Tomó parte en las expediciones contra Tunez y Goleta; y aun cuando esto se ha puesto en duda, y hasta negado por algunos, es hoy una verdad indiscutible desde que en la información mencionada antes, y promovida en 1578 por Rodrigo de Cervantes, se establece que su hijo Miguel sirvió « en Italia, en la Goleta y Tunez y en la batalla naval»; y el testigo Antonio Godinez de Monsalve, sargento en la compañía de Don Juan de la Carcel, declara «que había visto y tratado á Miguel de Cervantes el año de 1573, cuando la jornada de Tunez».

Fracasadas las campañas de Africa, volvió Cervantes á Italia en el tercio de Don Lope de Figueroa, en donde permaneció cerca de dos años más, hasta 1575: y sea por la nostalgía de la patria, la fatiga de tantas y tan rudas campañas, ó el justo anhelo de lograr en la córte recompensa proporcionada á sus relevantes servicios, solicitó licencia para volver á España, la que no tan sólo le fué otorgada por Don Juan de Austria, sino que fué además recomendado como benemérito servidor del Rey por modos especiales, dándole el propio Don Juan y el Duque de Sesa, cartas para el mismo monarca y para sus ministros, apoyando sus justas pretensiones al mando de

⁽¹⁾ Viage del Parnaso. Cap. IV.



una compañía « que merecía de sobra, decian sus jefes, por su valor probado, sus talentos y su noble conducta».

Con estos documentos, que más tarde habían de agravar sus males, y en compañía de su hermano Rodrigo, soldado como él salió del puerto de Nápoles el día 20 de Setiembre de 1575, á bordo de la

galera Sol, con rumbo á España.

Henchida el alma de gratas esperanzas navegaba el glorioso soldado de Lepanto, cuando el día 20 de Setiembre hallose rodeada la galera Sol por tres galeotas de corsarios, al mando del capitan argelino Arnaute Mamí. Pelearon los de la galera con denuedo, dando Cervantes ejemplo de valor temerario á sus compañeros; mís, vencidos por el número y después de muertos gran número de cristianos y corsarios, hubo la galera de rendirse, quedando Cervantes con su hermano Rodrigo y demás sobrevivientes de la lucha, cautivos de Dalí Mamí, arraez de la galenta que especialmente y con mayor empeño, combatió en la presa. A las investigaciones de Don Julian Apraiz se debe el conocimiento del punto en que tuvo lugar el combate y apresamiento de la galera cristiana, por haber publicado las frases de Don Francisco de Vergara, el cual, refiriendo la genealogía de la familia de este nombre, dice lo que sigue: «Don Juan Bautista Ruíz de Vergara y Alava, caballero del Orden de San Juan, hallóse en 1547 en la famosa batalla de Alvís contra el duque de Sajonia y en Lepanto, y murió peleando valerosamente junto d Marsella en defensa de la galera SOL contra tres galeras turcas > (1).

Desde aquel funesto momento, quedó Cervantes en poder de Dalí Mamí, renegado griego llamado El Cojo, y de tan malos instintos, que dejó fama en Argel por su crueldad y su codicia. Registrado el cautivo y halladas las cartas recomendatorias del príncipe Don Juan y del Duque de Sesa, tuvo el corsario á

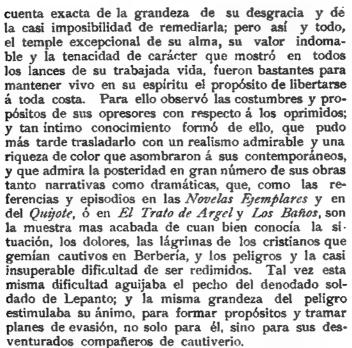
⁽¹⁾ Historia del Colegio viejo de San Bartolomé mayor de la célèbre Universidad de Salamunca. Por D. Francisco de Vergara. Madrid, 1661.

Cervantes por caballero principal y de elevado rescate; de donde resultó que los papeles que aquel había recibido para instrumentos de mejor fortuna, se los trocó la suerte en motivos de penalidades y pesadumbres. Trasportado á Argel, fué encarcelalo en el baño donde se guardaban los cautivos de rescate: y allí fué cargado de cadenas y abrumado de trabajos, para que su miserable estado le estimulase á apresurar el pingüe rescate tan codiciado de su amo, mientras él aprendía en cabeza propia aquella dolorosa verdad que más tarde había de lanzar al mundo, de que el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres (1).

Cinco años duró el de Cervantes; y en todo este tiempo no parece su vida la de un ser real é histórico, sino la de un personaje ideal, imaginado para ejemplo y lección de virtudes extraordinarias, y de una fortaleza de espíritu difícil de creerse, sino estuviera comprobada por los hechos. Aquel período miserable de su existencia fué un modelo constante de bondad. de ingenio y de heroismo para libertarse y libertar á sus compañeros de infortunio, y para dulcificar las penas y satisfacer las necesidades de los afligidos. El fortalecía á los débiles, atendía á los enfermos, alentaba á los pusilánimes, reunía á los más animosos, tramaba y dirigía elementos y ardides para alcanzar la libertad, arrostraba valerosamente toda suerte de peligros, y se ofrecía con serenidad estóica por reo espiatorio, para salvar á sus compañeros de infortunio de los tormentos y sacrificios que la crueldad insaciable de turcos y renegados ideaba y consumaba á cada paso. Los sufrimientos y meditaciones de aquellos tristísimos días hubieron de enseñar y de arraigar sin duda en el alma del soldado de Lepanto y de Tunez, aquel caudal inagotable de sabiduría práctica, de esquisita nobleza y de amor inagotable á nuestros semejantes, aquellos dogmas de libertad y de justicia en que se inspiraron sus escritos y que habían de rebosar más tarde, tan galana y sublimemente, en las páginas inimitables del Quijote.

Desde los primeros días de su cautiverio pudo darse

⁽¹⁾ Don Quijote. Part. II, cap. LVIII.



Fraguó su primera tentativa á los pocos meses de su prisión, concertándose con varios caballeros y gente principal, cautivos como él, para fugar juntos en día determinado. Púsose para ello de concierto con un moro de su confianza que se comprometió á servirles de guía, conduciéndoles por tierra hasta Orán; pero puestos en marcha, y después de la primer jornada de camino, los abandonó ya por temor al castigo ó ya por meditada traición. Solos entonces los fugitivos, desconocedores del camino y sin recursos para hacer frente à las contingencias de la suerte, regresaron á Argel, en donde les esperaban las penas mas atroces con que los moros y renegados se cebaban siempre en los fugitivos. En cuanto á Cervantes, salvóle en cierto modo la codicia ilimitada de su amo, en espera siempre de un considerable rescate. Después de terribles amenazas dirigidas inutilmente á amedrentar su ánimo, fué su pena únicamente el aumento de cadenas y someterle á más incómoda y



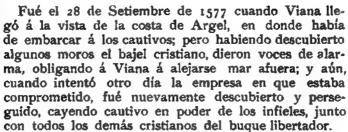
estrecha vigilancia, al paso que sus compañeros, unos pagaron con la vida la aventura y otros con cruelisimas torturas.

Por entonces, y siendo ya muy entrado el año de 1576, tuvo lugar el rescate de otros cautivos y entre ellos el alferez Gabriel de Castañeda, al que dió Cervantes cartas para sus padres, participandoles el estado en que se hallaban él y su hermano Rodrigo, y encareciendo la necesidad de que procurasen sacarlos de tan miserable existencia.

El padre de los desventurados cautivos no perdió el tiempo ni escaseó los sacrificios para el rescate de sus hijos. Juntó lo que pudo de su hacienda y hasta empeñó el patrimonio de sus hijas Andrea y Magdalena; pero la suma reunida no llegó á ser bastante para colmar la codicia de Dalí Mamí. No pudiendo Cervantes obtener su rescate del renegado, resolvió libertar à su hermano, empleando en ello el dinero reunido por su padre. Libre Rodrigo de este modo, diéronle Cervantes y otros cautivos principales, solicitudes y cartas para los Virreves de Valencia y de Mallorca, á fin de que facilitaran el apresto y envio de una nave en que pudiesen fugar los que quedaban cautivos. Dieron aquellas cartas los caballeros de la Orden de San Juan, Don Antonio de Toledo de la casa de los duques de Alba, y el zamorano Don Francisco de Valencia. Partió Rodrigo de Cervantes con encargo de fletar una fragata, que desde uno de los puertos de las referidas provincias llegara á un punto favorable en la costa de Argel, para que alli recogiera à Cervantes con otros cautivos y los condujera á España.

Nada de esto fué desatendido por Rodrigo de Cervantes ni por las autoridades á quienes se dirigieron las referidas cartas. Aprestóse el bajel libertador á las órdenes de uno de los rescatados con Rodrigo, de apellido Viana, hombre perito en cosas de la mar y conocedor de las costas argelinas; pero la suerte, que parecía complacerse en contrariar los designios y esfuerzos de Cervantes, malogró la expedición, de tal manera, que no solamente dejò en el cautiverio á los que esperaban libertarse, sino que causó al generoso Viana una nue-

va cautividad.



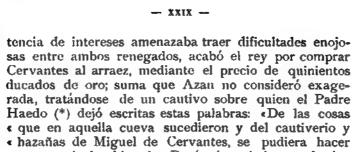
A todo esto Cervantes había dispuesto la cosas para asegurar la evasión, combinándolas de tal suerte y luchando contra tantas y tales dificultades y peligros, que la empresa ha sido reputada una de las más temerarias y asombrosas, tanto por los contemporáneos como por la posteridad. Según testimonios de la época (*). Cervantes había dispuesto que los cristianos que habían de embarcarse en el bajel de Viana, se refugiasen en una cueva abierta en el jardín del alcaide Azán, renegado griego, y situado cerca del mar, á tres millas de Argei. Entraron en el escondite quince cautivos cristianos no siendo el hecho conocido sino del jardinero de Azán, también cautivo, y otro individuo que también lo era, natural de Melilla y anteriormente renegado, conocido por el nombre de Dorador. En la lobreguez y humedad de tal refugio permanecieron aquellos desgraciados cautivos hasta más de siete meses, sujetos á toda clase de sufrimientos y enfermedades, sin ver un solo día la luz del sol y no saliendo al aire libre más que en algunas horas de la noche No se concibe como durante tan largo tiempo pudiese Cervantes, sólo, pobre y también cautivo, subvenir á las necesidades de aquellos hombres, pues él era su única providencia proveyendo á todo, valiéndose del Dorador para llevarles los alimentos necesarios. Solo este hecho, que da idea de la tenacidad, extraordinario ingenio y condiciones excepcionales, es título sobrado á la admiración y respeto de la posteridad. En tal estado las cosas y llegado el tiempo señalado para aproximarse á la costa la nave de Viana, huyó Cer-

^(*) El Padre Haedo. Historia y Topografia de Argel. Valladolid, 1612.

vantes de la casa de su amo el día 20 de Setiembre, para ir á encerrarse con sus compañeros en la gruta del jardín de Azán, exponiéndose á ser enganchado, empalado ó quemado vivo si fuese descubierto. Nada le arredró en su intento, manteniéndose sereno en el peligro y alentando con su buen ánimo á sus compañeros de infortunio. Pero el día 30 de Setiembre, y cuando más confiados estaban todos en su salvación, el referido *Dorador* presentóse al rey de Argel Azanbajá, renegado veneciano, y le denunció los planes de evasión de los cautivos y el lugar en donde se hallaban escondidos.

Azan-bajá, hombre de perversos instintos y de una codicia sin límites, acogió con júbilo la delación ante la perspectiva del beneficio que para él representaba, pues era costumbre que quedaran de propiedad del rey los cautivos que fugaban. Ordenó, pues, inmediatamente que Baxí, su guardian de esclavos, fuese á la cabeza de treinta turcos de á pie y de á caballo, y guiado por el infame *Dorador*, en busca de Cervantes y sus infelices compañeros. Puesta en ejecución la orden y rodeada la gruta, presentóse sin vacilar Cervantes á los turcos, declarando resueltamente que él era el sólo autor de la intentona y el único culpable de cuantos cristianos allí estaban. Maniatado y bajo el peso de infinitas cadenas, fué conducido con sus compañeros á la presencia de Azan-bajá, el cual subyugado de pronto por la increible entereza y valor de Cervantes, declarándose único autor y responsable de la fuga, se limitó por entoces á enviarlo al Baño del Rev, prisión inmunda en el barrio Bib-Azum, en la cual, ni en el resto de la ciudad, había quien dudase que pagaría con los más atroces tormentos y con la vida su osadía. Ninguna de las amenazas y preguntas capciosas de Azan-bajá fueron bastantes á quebrantar el ánimo de Cervantes, ni a hacerle delatar cómplice alguno; valor realmente asombroso é increible, que llegó á impresionar al cruel renegado hasta el punto de contentarse con tenerlo en su poder, con el propósito de conseguir un considerable rescate por un cautivo de tan extraordinarias condiciones.

Contrariaba esto las miras, también extremadamente codiciosas, del arraez Dalí Mamí; y como esta compe-



« una particular historia. Decía Azan-baja, rey de Ar-« gel, que como el tuviese guardado al estropeado es-

pañol, tenía seguros sus cristianos, bajeles y aún toda
 la ciudad: tanto era lo que temía las trazas de Mi-

« guel de Cervantes ».

No en vano cuidaba Azan de la seguridad de Cervantes desde que su aliento era tan grande y tan altas sus miras, que, á secundarle los poderosos de su patria, habríase llevado á cabo la más grandiosa empresa de que podían dejar memoria los siglos, como la de que un puñado de cautivos rompiesen sus cadenas y se adueñasen de la tierra de sus opresores, dándola al monarca más taciturno, ingrato y despiadado de los que entonces ceñían corona en Europa. Harto claros manifiesta Cervantes sus planes en la hermosa, sentida é inolvidable carta que desde las mazmorras de Argel escribía al privado de Felipe II, Mateo Vazquez: carta escrita en inspirados tercetos, casual y felizmente hallada en la segunda mitad del pasado sigio entre los papeles del archivo del señor Conde de Altamira, en la que excita su autor al monarca español, cuando después del relato de sus desdichas y de describir los sufrimientos de la cristiandad en el cautiverio argelino, prorrumpe literalmente en estos versos:

Del' amarga prisión, triste y escura, à donde mueren veinte mill Christianos, tienes la llave de su cerradura.

Todos (cual yo, de alla puestas las manos, las rodillas por tierra, sollozando, cercados de tormentos inhumanos, Valeroso señor, te están rogando buelvas los ojos de misericordia à los tuyos que están siempre llorando.

^(*) Op. cit.

Y pues te deja agora la discordia, que hasta aqui te ha oprimido y fatigado, y gozas de pacífica concordia, Haz, ¡ó buen Rey! que sea por ti acabado lo que con tanta audacia y valor tanto fué por tu amado padre comenzado.

Solo el pensar que vas, pondrá un espanto en la enemiga gente, que adevino ya desde aquí su pérdida y quebranto.

Así eran los clamores y propósitos de Cervantes: pero Felipe II más atendía á esclavizar sus vasallos y á sacrificar los validos y allegados que estorbaban sus planes, que á libertar á los cristianos cautivos, aunque fueran aquellos que en su servicio habían perdido la libertad ó derramado su sangre.

Una vez pasado Cervantes á poder de Azan-bajá y sin tener en cuenta el carácter sanguinario y vengativo de su nuevo dueño, no desmayó en sus propósitos de fuga. Púsose para ello en relación con un moro de su confianza á fin de que llevase á Orán cartas para don Martin de Córdoba, general de la plaza, pidiéndole el envío de algunos espías y guías de confianza, de quien poderse fiar para que él y otros tres cautivos en el mismo Baño del Rey, pudieran evadirse con seguridad. Salió el moro para su destino, pero con tan mala suerte, que fué sorprendido y preso, encontrándose en su poder las cartas con la firma de Cervantes.

Ordenó Azán que fuese el infeliz emisario empalado y que se diesen á Cervantes dos mil palos; pena, esta última, que no se aplicó, tanto por interceder por el cautivo muchas personas principales de Argel, como por el ascendiente moral que el denodado manco había alcanzado sobre Azán, por las extraordinarias muestras que había dado de un espíritu superior y de un valor y abnegación sin ejemplo.

Tampoco este nuevo contratiempo amilanó el espiritu del tenaz cautivo; y prosiguiendo sus trazas para llevar á cabo el firme propósito de evadirse, hizo conocimiento en Setiembre de 1579 con un granadino de nombre Girón que había renegado del cristianismo adoptando el de Abderramán y que, arrepentido de su acción, deseaba volver al seno de la Iglesia que había



repudiado. Estimuló Cervantes los anhelos del renegado; y una vez seguro de la bondad de sus propósitos, tuvo trazas para que dos mercaderes valencianos que negociaban en Argel, llamados Onofre Exarque y Baltasar de Torres, empleasen mil y quinientas doblas en comprar una fragata armada á nombre del renegado Girón, para que éste embarcase y condujese en ella, á España, á Cervantes y á cuantos más cristianos pudieran escapar de las prisiones en que estaban.

Realizada la compra y dispuesto todo para la evasión, faltaban solo dos días para que se cumplieran los anhelos de Cervantes y sus compañeros, cuando también esta vez la suerte defraudó todas las esperanzas y ma-

logró todos los trabajos del pertinaz cautivo.

Existía en el Baño del Rey un fraile profeso y natural de Extremadura, también cautivo, que al tener noticia de la evasión que preparaban Cervantes y sus compañeros, no vaciló en delatar el hecho ai rey Azan. Sirvióse para ello de un renegado, Cayban; pero que riendo cerciorarse el rey por boca del mismo delator de los hechos que se le descubrían, mandó llamar al fraile Juan Blanco de Paz, el cual corroboró personalmente los hechos denunciados por Cayban. Azán premió á Bianco de Paz con un escudo de oro y una jarra de manteca. «¡Un religioso traicionando á los cristianos que iban á romper las cadenas de su cautiverio, es lo más abyecto y lo más monstruoso que puede conce birsel» (1)

Apenas conocida en la ciudad la noticia de la delación, alarmáronse los comprometidos en la obra de Cervantes por conocer el caracter sanguinario del rey, procurando ocultarse muchos de ellos para evitar los primeros arrebatos de aquél. Cervantes mismo trató de esconderse en la casa del alférez Diego Castellano, cautivo como él y como él complicado en el proyecto de evasión. Fué uno de los más temerosos el negociante Onofre Exarque, el cual, para evitar todo perjuicio, temiendo por su libertad, y hasta por su vida, buscó á Cervantes, y ofrecióle pagar su rescate para satisfacer la codicia del rey y conjurar los males que á todos amenaza-

⁽¹⁾ Espiritu dei Quiiote.--1 op.--La Plata, 1091



ban. Cervantes, como siempre, demostró en esta ocasión el increible temple de su alma; y abandonando la casa del alférez Castellano para no perjudicarlo, presentóse sin tardanza al rey, contestando antes á Exarque estas nobles é inolvidables palabras: Volveos tranquilo, dijo, que níngunos tormentos ni la muerte misma, será bastante para que yo descubra á ninguno; y decid á los demás que desechen el miedo, porque yo tomo sobre mitodo el peso de este negocio, aunque tengo cierto de morir por clla. Efectivamente, todas las amenazas, todos los interrogatorios, ni todos los medios de que echó mano Azán para conseguir de Cervantes los nombres y los manejos de los comprometidos, nada de ello fué bastante para que Cervantes dejara de acusarse como único autor de la trama descubierta. Dice un autor, que desconcertado el rey en presencia de entereza tan inaudita y sospechando que encerraba ella algún misterio, no quiso ordenar la muerte de aquel cristiano audaz, temeroso de enterrar con su víctima algún secreto referente á la seguridad de su reinc. (1)

Todo esto concuerda con lo que dice Rodrigo Mendez de Silva sobre Cervantes, cuando afirma que fueron tales el ánimo heróico y la industria singular del valeroso cautivo, que si le correspondiera la fortuna, entregara al monarca Felipe II la ciudad de Argel, haciendo exclamar á Azán Bajá, que como tuviese seguro á este español, lo estaría Argel y sus bajeles. (2)

Estas palabras, que corroboran las del P. Haedo anteriormente citadas, son la demostración más palmaria de la conducta admirable y del valor extremado de Cervantes en aquellos tan tristes días de su existencia.

Ocurrían estos sucesos en Setiembre de 1579 al propio tiempo que la madre y hermana del cautivo gestionaban en Madrid la redención del esforzado manco, por medio de los Padres de la Redención. De estos, trasladáronse á Argel los trinitarios Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Bella, llegando á la ciudad el 29 de Mayo de 1580. Poco éxito alcanzaron las gestiones de los

⁽¹⁾ Vida de Miguel Cervantes Saavedra, por don Jerónimo Morán—1 vol. Madrid, 1867.

⁽²⁾ Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso, por el cronista Rodrigo Mendez de Silva.—Madrid, 1580.



→ xxxIII -

redentores dada la codicia del rey, quien habiendo pagado por Cervantes quinientos escudos de oro, no queria darle libertad por menos del doble de esta suma; y como distaba mucho de ella la que los P.P. Gil y de la Bella podían emplear en el rescate, considerábase ya como un hecho irremediable para siempre, la esclavitud

de Cervantes en poder del codicioso Azán.

Terminado el tiempo de su gobierno en Argel, y pronto para dirigirse á Constantinopla à dar cuenta al Sultán de su reinado, encontrábase ya Azán embarcado con sus tesoros, mujeres y esclavos el día 19 de Septiembre de 1580, cuando en momentos de zarpar, y por intercesión de personajes influyentes, accedió à recibir quinientos escudos de oro en cambio del rescate de Cervantes. Este precio de la libertad del futuro autor de EL QUI-JOTE fué completado, según los documentos de la redención de cautivos, con trescientos ducados que habían entregado la madre y la hermana de Cervantes, con la limosna de cincuenta doblas hecha por Francisco Caramanchel doméstico de don Iñigo de Cárdenas Zapata, con otras cincuenta doblas de la limosna general de la Orden de Redentores y con doscientos veinte escudos que los P.P. Gil y de la Bella buscaron prestados entre mercaderes de Argel. Por tal medio y por tan laudables esfuerzos, salió Cervantes del poder de Azán el dia 19 de Septiembre de 1580, dia inolvidable y único venturoso que puede contarse en la existencia del glorioso manco de Lepanto.

Parecía natural que una vez rescatado, ansiara Cervantes abandonar la tierra de su cautiverio para volar á su patría y al seno de su familia; pero no fué esta su inmediata preocupación al verse libre. Los infames manejos de aquel miserable clérigo Blanco de Paz, que se constituyó en enemigo y espía de los cristianos cautivos, obligaron á Cervantes á precaverse de sus asechanzas y de las calumnias que trató de levantar para desacreditarlo entre los ministros del Santo Oficio y aún de la misma córte de España. Blanco de Paz se había jactado de ser comisario de la Inquisición, doctor y clérigo con órdenes mayores, títulos que no pudo comprobar cuando el virtuoso redentor Fr. Juan Gil le conminó á qué lo hiciera; pero así y todo, invocando tales caracteres, trató por todos los

medios imaginables de desacreditar á Cervantes y maiquistarlo con los poderes y personajes de España. Conocedor Cervantes de tales manejos, lo postergó todo á la información selemne sobre su vida y tratos en Argel, solicitándola el día 10 de Octubre del referido Fr. Gil, por su doble carácter de representante en Argel del rey de España y del Papa. Llevóse á cabo la información ante el notario apostólico Pedro de Rivera, terminándose el día 22 del mismo mes con el honrosísimo y memorable certificado de Fr. Juan Gil, quien, después de honrosísimas declaraciones en favor de Cervantes, termina haciendo constar que cen su cautiverio ha hecho cosas por donde merece que S. M. le

haga mucha merced».

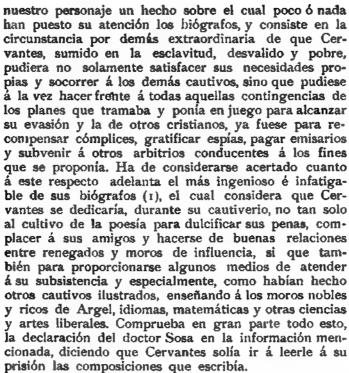
Todos los testigos, que fueron los cristianos de mayor valer en autoridad, virtud y ciencia de cuantos se encontraban en Argel, y especialmente el insigne y austero doctor Antonio de Sosa, estuvieron contestes en declarar que Cervantes fué constantemente un modelo de abnegación, de laboriosidad, de conducta ejemplar en todo, y especialmente de una filantropía sin límites para con los demás cautivos, de quienes cra padre y madre. Este memorable documento fué hallado en la Lonja de Sevilla por don Agustin Cean Bermudez (1), pero todo su gran valor no alcanzó á ser bastante para contrarrestar el efecto de los viles manejos de Blanco de l'az con los inquisidores de España, á juzgar por el desvío é injusticia en que los monarcas españoles 1 meron al esforzado soldado de Lepanto. No existen prochas escritas de las asechanzas y falsos testimonios dei miserable clérigo, apesar de las insistentes pesquisus llevadas á cabo por uno de los más minuciosos Édustrados biógrafos de Cervantes, el cual afirma que en el registro practicado en los papeles de la Inquisuión correspondientes á Madrid y á Sevilla, existentes en el archivo de Simancas, no se ha encontrado documento alguno referente á Blanco de Paz (2).

Corresponde aclarar en esta parte de la vida de

` **L**,

¹⁾ La Verdad sobre el Quijote. Por Nicolás Diaz de Benjumen.—Madrid, 1878—1 vol. de 20 × 12.

⁽²⁾ Vida de Miguel Cervantes Saavedra. Por D. Jerónimo Morán.—Madrid, 1867—1 vol. in. fol.



Alli compondria algunas de sus comedias y entremeses, y especialmente La Batalla Naval, El Trato de Argel, La Gran Turquesca y La Gran Sultana, asuntos tan en harmonía con la existencia de su autor en aquellos días. Y aún con respecto á ese libro inmortal llamado el QUIJOTE, no se halla fuera de lo lógico creer que fuese concebido y hasta empezado en las prisiones de Argel, aclarándose por tal raciocinio y justificándose con todos los visos de probabilidad, aquellas palabras del autor afirmando que su obra «se enjendró en una cárcel donde toda incomodidad tiene

su asiento» (2).

Libre ya Cervantes, y provisto de la información con qué pensaba destruir las villanas asechanzas del fraile

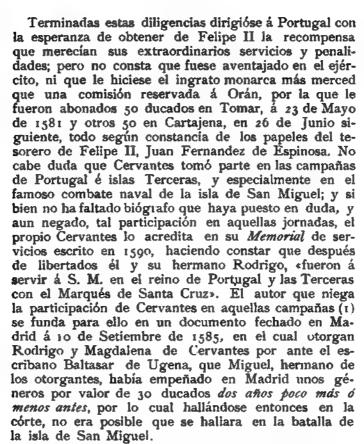
⁽¹⁾ Diaz de Benjumea.—Ob. cit. (2) Prólogo dei Quijotz.

Blanco de Paz, emprendió su regreso á España, sin que hasta hoy se hayan puesto en acuerdo los biógrafos ni sobre la fecha de su embarco en Argel, ni sobre el puerto á que llegó de la patria. Se han fijado varias fechas y se han supuesto puertos de arribo Barcelona, Palamós y Valencia; pero resulta de la documentación de las cuatro expediciones de cautivos rescatados por los PP. Trinitarios en el año de 1580, que no fué comprendido Cervantes en la primera, en la segunda, ni en la cuarta, toda vez que no aparece incluido en las relaciones nominales de repatriados; pero del tercer embarco, que se verificó en 24 de Octubre, no existe relación nominal ni constancia alguna, según hace notar el erudito y concienzudo biógrafo señor Mainez (1).

Considerado todo esto, debe tenerse por cosa cierta que Cervantes se embarcó en dicho día 24 de Octubre, tanto porque desde el día 22 se hallaba ya terminada la información que lo había retenido en Argel, como porque documentos posteriores comprueban que se hallaba ya en España á principios de Diciembre. En cuanto al lugar de su desembarco, no puede caber duda alguna en que fué Dénia, en el reino de Valencia, pues en 19 del referido mes de Diciembre y en una información promovida en Madrid, declara el testigo Rodrigo de Chaves, con respecto á la conducta de Cervantes, que se rescató al mismo tiempo que éste y que «vinieron juntos en un bajel hasta Dénia, que es en el reino de Valencia».

De este reino pasó Cervantes á Madrid, en donde tuvo noticia de que su hermano Rodrigo se hallaba en Portugal, tomando parte con el grado de alferez, en la inícua campaña abierta por Felipe II para apoderarse de aquel reino. Inclinóle esta noticia á renovar su vida de soldado, tomando parte en las jornadas de aquella conquista, no sin antes detenerse en la corte para solicitar, en 18 de Diciembre de 1580, una información acerca de su cautiverio en Argel y de sus servicios al Rey en las campañas terrestres y navales de Italia y de Africa.

⁽¹⁾ Cervantes y su época. Por D. Ramón León Mainez.— Jeréz de la Frontera, 1901—Cap. V. p. 197.



Pero el argumento falla por su base, porque la circunstancia de estar Cervantes en Madrid dos años antes de la fecha del citado documento, ó sea en la segunda mitad de 1583, no pudo impedir que el mismo Cervantes se encontrara en el combate de San Miguel, que tuvo lugar en 26 de Junio de 1582, ó sea un año antes de empeñar en la corte las piezas de género á que se refieren Rodrigo y Magdalena.

La permanencia de Cervantes en Portugal ha sido causa de una leyenda forjada sin base séria de nin-

⁽¹⁾ Mainez, ob. cit. lib. II, cap. I, p. 221, col. 1.

guna clase y admitida sin comprobación por todos sus biógrafos, excepto el perspicaz Díaz de Benjumea. Desde Fernandez de Navarrete hasta los más modernos, han aceptado por cosa indiscutible que el soldado de Lepanto fué protagonista en aventuras amorosas con una dama portuguesa de las que fué fruto aquella Isabel, hija natural que acompañó á Cervantes hasta sus postreros días.

No contentos los aludidos autores con la invención de la tal hija de la dama portuguesa, han divagado y desvariado sobre este punto hasta el extremo de forjar hechos novelescos sin consistencia ni comprobación de

ninguna clase.

Un cervantista de bastante nombradía, el señor don Cayetano de la Barrera, afirma que aquellas madre é hija terminaron misteriosamente su vida en el claustro; y el académico Marqués de Molins que llegó á escribir un libro de hasta más de 200 páginas relativo al sepulcro de Cervantes para concluir diciendo que ignora cual fuese la sepultura del glorioso manco (1), corrobora con toda seriedad el dicho del biógrafo de la Barrera, de que la dama portuguesa amada de Cervantes y su hija natural, Isabel, fueron monjas profesas en el convento de las Trinitarias de Madrid.

Y sin embargo nada mas lejos de la verdad.

Toda esta novela fraguada con motivo de los supuestos galanteos de Cervantes en Portugal se ha deshecho como castillo de naipes ante los documentos últimamente hallados por el benemérito presbítero Perez-Pastor (2) y ante cuyo testimonio ya no es posible que sigan admitiéndose de buena fé las invenciones de autores que, mas que de biógrafos, han ejercido de novelistas.

Es uno de díchos documentos, hallado en el protocolo de Juan de Chaves, el testamento de la referida Isabel, otorgado en Madrid á 4 de Junio de 1631 por ante dicho Chaves, en el cual declara la testadora ser hija de Miguel de Cervantes Saavedra y de Ana de Roxas, y esposa del escribano Luis de Molina. El otro

⁽¹⁾ La sepultura de Cervantes. Memoria del Marqués de Molins à Academia Española—Madrid, 1870—1 vol. de 16×11.
(2) Ob. cit.



documento que obra en el archivo parroquial de San Martin, de Madrid, certifica que la misma Isabel, ya viuda del referido Luis de Molina, falleció en 20 de Setiembre de 1652. Por todo lo cual viene á trasformarse en ordinaria vida matrimonial y subsiguiente viudez, ese misterioso y patético monjio de la hija natural de Cervantes y de Ana de Roxas, forjado y hasta poco menos que descrito por las tan afamadas plumas del señor de la Barrera, del Marqués de Mo-

lins y demás cervantistas de su escuela.

Vuelto Cervantes á Madrid después de las jornadas de Portugal y las Terceras, todo induce á creer que se ocuparía preferentemente en satisfacer sus gustos literarios, dando término á una de sus mas celebradas composiciones, que según algunos críticos (1), fué concebida y aún empezada en los días de su cautiverio en Argel, en la misma época que tuvieron lugar los obsequios de Cervantes á una señora principal de la villa de Esquivias. Fué aquella obra la novela que tituló Los seis libros de la Galatea, y la dama fué doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, con la cual contrajo matrimonio en 12 de Diciembre de 1584. En el mismo año se publicó la Galatea, y es evidente que Cervantes, entre otros muchos poetas de su tiempo, que designó en el libro con nombres supuestos de pastores, quiso representar también á si mismo y á doña Catalina bajo nombres pastoriles; según Ríos fueron Elicio y Amarilis, y según Pellicer fueron Damon y Galatea. La proximidad de Esquivias á Madrid, facilitó sin dada el trato y casamiento entre el manco glorioso y la joven dama de Esquivias, la cual era de acomodada posición en aquel apacible y pintoresco lugar, aportando al matrimonio una buena dote, según resulta de la carta dotal en favor de doña Catalina; documento encontrado en el protocolo de escrituras públicas de Esquivias, en el que consta que los bienes de la novia en tierras, frutos, muebles y alhajas, ascendían á la suma de 182.297 maravedis en compensación de los cuales Cervantes mandó de arras á su esposa 37.500 maravedis, como décima de sus bienes; datos todos

⁽¹⁾ Diaz de Benjumea, ob. cit.

estos, que desvanecen en buena parte la creencia tan generalizada de la casi miseria de nuestro personaje, el cual, tanto por lo que queda expuesto, como por lo que aparece en documentos que se refieren en otro lugar de esta biografía, gozaba de una modesta medianía, muy distante del estado de indigencia en que le han supuesto con tanto empeño como sinrazón la mayor parte de los autores.

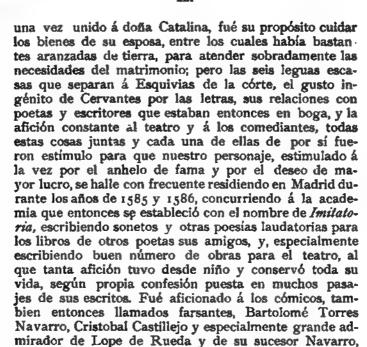
Galatea fué dedicada por Cervantes á Ascanio Colonna, abad de Santa Sofía; y aunque la había terminado en 1583 y estaba aprobada por el Consejo de S. M. en 1º de Febrero de 1584, no se publicó hasta fines de este año, después de haber vendido el autor el privilegio de su libro á Blas de Robles en 14 de Junio por la suma de 1336 reales, según escritura ha llada por el presbítero citado en el protocolo de Fran-

cisco Martinez escribano de la corte (1).

Con razón ha dicho el castizo Diaz de Benjumea de Los seis libros de la Galalea, que la lozanía y frescura de imaginación que en ellos rebosan, lo castizo del lenguaje, la delicadeza de conceptos y la limpieza y hermosura de los afectos que se pintan, dan al ánimo reposo y enamoran el alma del que con atención los estudia y contempla (2). Por esto sin duda es Galatea una de las pocas composiciones del género pastoril que han resistido la indiferencia de la posteridad, siendo muy apreciada de los extranjeros, en especial de los franceses, que se apresuraron á trasladarla á su idioma. En esta obra se descubre el germen de lo que había de llegar á constituir uno de los más notables ele mentos del QUIJOTE. En los coloquios de los pastores Tirsi y Lenio, palpita la tesis simbolizada en la creación de Dulcinea. La belleza ideal, incorporea, el amor puro, limpio, desinteresado, elevando la belleza humana á la moral y divina, todo esto apunta en germen en la doctrina que desarrolla Cervantes en Galatea sobre las perturbaciones del ánimo, que más adelante se ofrece en la perturbación del cerebro de don Quijote.

Retirado Cervantes á la apacible villa de Esquivias

⁽¹⁾ D. Cristobal Perez Pastor, ob. cit. tom. II, Doc. n. XXV. (2) Ob. cit. pág. 112.



Para ellos y sus compañías compuso no escaso número de tragedías, comedias y entremeses y en el prólogo de sus comedias hace constar las reformas que con sus obras introdujo en la escena española, como tambien el éxito lisonjero que aquellas obtuvieron del público, dejando después á Lope de Vega el monopolio del teatro, por haberse éste alzado, según sus propias palabras, con el cetro dramático, conquistado con su pasmosa facundía y admirable gallardía.

verdaderos revolucionarios en las cosas del teatro.

La posteridad no ha sido justa en España con las tragedias y comedias del más genial de sus escritores; pero en los demás países se ha tributado á Cervantes el merecido homenaje en su carácter de autor dramático. De la Numancia ha dicho el sabio Schegel que ces no sólo uno de los más notables esfuerzos del

«es no sólo uno de los más notables esfuerzos del antiguo teatro español, sino uno de los rasgos más singulares y pintorescos de la poesía moderna» (1).

⁽¹⁾ Discursos sobre el género dramático y su literatura.

Weiss encarece la misma obra y dice que «puede figurar diguamente al lado de Los Persus de Esquilo, porque en la tragedia dei soldado de Lepanto se encuentra igual girt. igual vigor, igual patriotismo que en la dei soldado de Salamina» (1): y à su vez, el sesuón Tinizane, en medio de su característica severidad traina affirma que la Numancia (serà siempre un tesintente del talente poético de su autor y un esfuerzo mun acrendio para levantar el teatro del estado de postración en que yacia: (2).

Desalcjado Cervantes de los dominios del teatro por el Fénix de los Ingénios, trató de ocuparse en cosas de más inmediato y seguro provecho, á cuyo efecto trasladose à Sevilla y, valido de sus honrosos antecedentes v de sus buenas relaciones, consiguió el nombramiento de comisario para el acopio y provisión de viveres destinados á las armadas v flotas de Indias. Prestada fianza para las responsabilidades del cargo en 12 de Junio de 1588, dió principio à sus funciones recorriendo gran parte de Andalucia y de la Mancha durante los nueve años que duraron las diligencias de su comisaria. Conviene hacer notar que en sus incesantes viajes, consta de un modo fehaciente que estuvo en Teba. Ardales, Martos, Linares, Aguilar, Monturque, Arjona. Porcuna. Marmolejo. Estepa. Pedrera. Lopera. Arjonilla, Las Navas, Villanueva del Arzobispo. Begijar, Alcaudete, Alora, Baza, Granada, Malaga, Velez Málaga, Motril, Salobreña, Almuñecar, Guadix, Aguela de Granada, Loja, Ronda, Argamasilla de Alba, Toboso y Castro de Río, sin perjuicio de otros muchos lugares de los cuales como de Toledo, Osuna, Ubeda v Quintanar de la Orden no existe constancia documentada v que forzosamente hubo de recorrer en las incesantes diligencias de su cargo. Estos continuos viajes dan la clave del admirable realismo y de la riqueza descriptiva que sobresalen en todas sus novelas. Durante aquellas excursiones, tratando con todas las clases sociales desde las autoridades de los pueblos hasta los caminantes de montes y valles, y alojando en toda

Il Introducción de la obra España desde el reinado de Felipe II hasta et advenimiento de los Borbones.

^{12 -} Historia de la literatura española, 2º época, cap. X.



suerte de posadas y en las más miserables ventas y aún al campo raso, pudo observar y trasladar fielmente al papel, tipos, tierras, costumbres y hasta preocupaciones y maneras de decir populares, ya sentenciosos ya picarescos, que tanto seducen en sus composiciones Las escenas que más sorprenden en ellas, las ocurrencias más oportunas de sus personajes y hasta muchos de los sucesos que parecen hijos de la chispeante inventiva del autor, son indudablemente reflejos de la vida real, tamizadas por la imaginación lozana y la observación profunda

del glorioso manço,

Durante esta época de su vida, se ha supuesto, como por convenio tácito de todos sus biografos, la casi indigencia de nuestro personaje, sin embargo de que todos los documentos hasta hoy descubiertos converjen á demostrar todo lo contrario. Es cierto que á falta de las mercedes que hubieron de acordársele proporcionadas á la importancia de sus servicios y padecimientos, hubo de emplearse en el servicio fatigoso de la Real Hacienda; es cierto que su solicitud de Mayo de 1590 al ingrato Felipe II, pidiendo ser nombrado para alguno de los oficios vacantes en América, designando el de contador de Nueva Granada, de gobernador de la provincia de Soconusco en Goatemala, de contador de las galeras de Cartagena y de corregidor de la ciudad de La Paz, obtuvo por toda resolución del monarca, en 6 de Junio siguiente, la evasiva fórmula de Busque por acd en que se haga merced; es cierto también que fué en aquella época su prisión en Sevilla y en Castro del Río, suponiéndose por algunos autores que la sufrió además en Argamasilla de Alba y en el Toboso; es finalmente cierto, que padeció por entonces y por causa de sus comisiones graves disgustos y tribulaciones, capaces de quebrantar á otro espiritu de menos temple que el de Cervantes; cierto es todo esto, pero todo ello en nada absolutamente abona cuanto se ha dicho de la supuesta miseria en que aquel vivió durante los años de sus comisiones en las provincias de Andalucía y la Mancha, La negativa del rey para las mercedes solicitadas, era cosa natural y lógica entre privados y palaciegos, desde que Cevantes no era persona que pudiera prestarse á cimentar las improvisadas fortunas que se levantaban sobre las



coimas y granjerías á que estaban sometidos los nombramientos de los empleos de Indias. Y en cuanto al hecho de que á falta de otras ocupaciones más adecuadas á sus servicios y aficiones, hubo de emplearse en los asuntos de las comisiones de acopio y aprovisonamiento de las armadas, no eran de tal naturaleza estas diligencias y funciones que lo tuviesen en la estrema miseria que tan infundadamente se ha supuesto. Eran considerables los valores que se confiaban á su competencia y honradez; y el manejo de ellos no le impedían dedicarse á negocios particulares, como se ve por documentos recientemente descubiertos, de los que resulta que á 2 de Diciembre de 1585 se obligaba á pagar nada menos que 201.000 maravedis por préstamo que le hizo Gómez de Carrión (1), que en 10 de Febrero de 1599 le devuelve don Juan de Cervantes la importante suma de noventa ducados que le había prestado (2), que en 16 de Mayo de 1591 y en 12 de Marzo siguiente recibe y da poder para recibir hasta 116.520 maravedis (3) por salarios que acredita, y que los doce reales diarios de su sueldo libres de gastos y viáticos que percibían los delegados de la Real Hacienda, no eran cosa insignificante atendido el valor de la moneda en aquel tiempo y las condiciones de la vida material en el siglo XVI. Y para demostrar la importancia de los cargos que Cervantes ejercía en aquella época de su vida, basta considerar que en 23 de Agosto de 1594 dióle el rey Felipe II Real Carta de comisión nada menos que con vara alta de su justicia, para la cobranza en el reino de Grana da de las alcabalas, tercias y otras rentas adeudadas á la Corona (4), cargo principal y de verdadera autoridad, y no subalterno y poco menos que denigrante y miserable, como tan de ligero y con tanta insistencia han afirmado los autores. En cuanto á los sinsabores y encarcelamientos que le produjeron sus diligencias y cuentas de recaudación de rentas y acopio

⁽¹⁾ Archivo de protocolos de Sevilla, lib. 3º de 1585, fol. 727, oficio 16.

⁽²⁾ Sevilla, Rodrigo Fernandez, leg. 2°, fol. 624. (8) Simancas. Contadurla Gen. 2° época, leg. 993 y Sevilla,

Rod. Fernandez, leg. 1°, fol. 281.

(4) Morán. Ob cit. pág. 208.



El único tiempo en que podrían conjeturar que estuvo preso Cervantes en la cárcel de Argamasilla de Alba los que á todo trance sostienen que en ella fué escrito el QUIJOTE, sería el lapso trascurrido entre los años 1601 á 1603, por la escasez de datos ciertos que se conocen de la vida de nuestro personaje en tales días; pero aun con respecto á ellos ha hecho notar uno de los más laboriosos é ilustrados cervantistas, la inconsistencia de la tradición argamasillesca (1). Según afirma este autor, Cervantes se hallaba en Sevilla en 1601, puesto que allí consta que comunicaba sus escritos al celebrado Agustin de Rojas; y que en el año siguiente de 1602, estaba preso en la misma Sevilla, toda vez que en 3 y en 14 de Enero de 1603 preguntó el Tribunal de Contaduría desde Valladolid,

⁽¹⁾ Don Clemente Cortejan. La Coartada, 1 opusc. Barcelona, s. d.



si Cervantes había satisfecho el cargo de sus cuentas; y siendo negativa la respuesta, ordenó dicho Tribunal en 24 del mismo mes, á Bernabé de Pedroso, que le soltara de la cárcel en que se haliaba, para que se presentase en la Corte á terminar la rendición de sus cuentas.

¿Puede dudarse despuès de cuanto se deja consignado que el QUIJOTE concebido en las mazmorras de Argel recibió forma escrita en la cárcel de Sevilla, haciendo verdaderas las palabras del propio autor al declarar en el prólogo de su obra, de que fué esta engendrada «en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación»?

Trasladado Cervantes á Valladolid, nueva sede de la córte, en el mes de Enero de 1603, hubo de terminar allí satisfactoriamente la rendición de sus cuentas ante el Tribunal de Contaduría, toda vez que quedó en libertad y sin ulteriores trámites administrativos.

Reunió á toda su familia compuesta de su esposa doña Catalina, su hija natural doña Isabel, sus hermanas Andrea y Magdalena y su sobrina Constanza, hija de Andrea, instalándose en una de las casas nuevas junto al Rastro frente al puentecillo del Esgueva. Preocupóse ante todo de dar á la estampa El. INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, á cuyo efecto solicitó de Felipe III licencia y privilegio; y como pasara el asunto al Conselo Real, en donde se eternizaban los asuntos más de lo que á Cervantes convenía, empezó á imprimirse mientras tanto en Madrid en la oficina de Juan de la Cuesta, entregándose ejemplares ya impresos del libro, antes del día 26 de Mayo de 1604, à la Hermandad de San Juan Evangelista a la Porta-Latina y de los Impresores de Madrid (1). En este estado la obra, era ya entonces conocida y hasta popular entre las gentes como lo prueba acabadamente el hecho de la alusión que á su popularidad hace el autor de La Picara Justina (2), libro que hubo de escribirse cuando menos á principios de dicho año 1604, ya que en 22 de Agosto

Perez Pastor. Ob. cit. tom. I, pág. 138 y 285, Doc. 38.
 La Picara Justina por Francisco Lopez de Ubeda, cap. IV, part. III.

- XLVII --

del mismo se otorgó la licencia para su impresión. I mpresa y conocida la primera parte del QUIJOTE, no le faltaban sino los requisitos oficiales para su circulación legal, los cuales se obtuvieron con la licencia y privi legio para los reinos de Castilla, otorgados por el monarca en Valladolid à 26 de Setiembre del referido año 1604. Pasó después el impreso al licenciado Francisco Murcia de la Llana, el cual dió testimonio de las erratas del libro en Alcalá á 1º de Diciembre; y el 20 del mismo mes puso la tassa en los 83 pliegos impresos del libro (los mismos que espresan los asientos de la Hermandad de San Juan Evangelista antes mencionada), el escribano de la Cámara del Rey, Juan Gallo de Andrada. Al frente de este libro impreso, conocido y oficialmente autorizado en el año 1604, puso Juan de la Cuesta un frontispicio con fecha de 1605. por tenerla indudablemente impresa en previsión de que no quedaran antes ultimados todos los requisitos oficiales para revisión de erratas y tasa. Estas fechas y estos antecedentes han sido la razón de que en América (1) se celebrara el día 20 de Diciembre de 1904 el tercer centenario de la impresión del inimitable libro, en conmemoración de cuyo acto se ha dado á luz la edición de EL INGENIOSO HIDALGO á que sirve de preliminar la presente biografía.

No es de este lugar hacer un análisis y emitir un juicio crítico del Quijote (2). El universo entero, por boca de los más celebrados de sus hombres, se han pronunciado á este respecto; y por encima de algunos Zoilos que de vez en cuando han buscado y todavía buscan espectabilidad á fuerza de extravagancias, to dos los países y todas las personalidades que forman autoridad en achaques de crítica literario, han diputado el libro maestro de Cervantes por la primer novela del mundo y el libro de más admirable y lozana invención y de más nobles y más necesarias enseñanzas.

Sería puerilidad insistir sobre este particular en un escrito de carácter puramente biográfico.

⁽¹⁾ En la República Argentina y ciudad de La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires.

⁽²⁾ El autor ha publicado este analisis critico en El Espiritu del Quijote. La Plata, 1901.



- realit -

Lo cierto que es que el QUIJOTE alcanzó enseguida una circulación inusitada en los libros de aquellos tiempos; se hicieron de él cuatro ediciones en Madrid, Lisboa y Valencia en solo un año; y, como dice uno de los más estudiosos y autorizados cervantistas, apenas apareció el extraordinario libro, «comenzó á estender su imperio en todas las inteligencias, así en la tierna del niño como en la madura del hombre, así en la estrecha del vulgo como en la vasta y estensa del hombre ilustrado y atravesó las fronteras de su patria, y la Mancha, y el loco, y su adlátere corrieron la Europa, llamando la atención de todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, soldados y togados, jurisconsultos y publicistas.....» (1); y el propio Cervantes afirma en la segunda parte de su obra, que apenas apareció llevaba camino de llegar á treinta mil el número de ejemplares impresos.

La satisfacción que forzosamente gozaría Cervantes al ver el éxito extraordinario de su libro, lo acibaró la tenacidad de su mala suerte con uno de los sucesos que mayores pesadumbres le hubo de causar después de su cautiverio en las mazmorran argelinas. El día 27 de Junio de 1605 y pasadas ya las diez de la noche fué mortalmente herido á corta distancia del domicilio de nuestro personaje un caballero navarro, del hábito de Santiago, llamado don Gaspar de Espeleta, el cual, á sus voces de auxilio fué socorrido por el presbítero don Estéban de Gariban y por Cervantes, que moraban en la misma casa y que condujeron el herido al cuarto que habitaba el primero con su madre doña Luisa Montoya. Dióse en seguida principio al proceso en averiguación del hecho, falleció el día 29 don Gaspar y tomadas las declaraciones á éste, á todas las personas de la casa en que falleció el herido y á los criados del mismo don Gaspar, fueron llevados á la cárcel de Córte Cervantes, su hija doña Isabel, su hermana doña Andrea, la hija de esta doña Constanza y algunas otras personas tanto de la misma casa como de fuera. Don Ramón León Mainez ha prestado un inapreciable servicio á la historia de las letras y á la vindicación de la honradez acrisolada de Cervantes y los suyos, publicando por

^{1.} Diaz de Benjumea. La Verdad sobre el Quijote, cap. XVI.



vez primera, contra los infustificados reparos ó interesados miramientos de ciertas instituciones ó personajes, copiándolo integra y fielmente del original, el proceso que se instruyó lo más capciosamente imaginable con

motivo de aquel sangriento suceso (1).

El licenciado Cristóbal de Villarroel, consejero de S. M. Alcalde instructor de la causa y modelo de jueces perversos y prevaricadores cometió la mas insistente iniquidad, torciendo el curso de las diligencias para imposibilitar el esclarecimiento de los hechos, en perjuicio del inocente Cervantes y de su familia, así como de otras personas, apesar de que por las declaraciones de la víctima, las de Francisco de Camporredondo paje de don Gaspar y las de otros testigos, resulta que fué comunicado bajo reserva al Alcalde Villaroel el nombre no solo del que pudo ser y fué probablemente matador del caballero navarro, sino el de la dama casada, por cuyo adulterio se produjo el homicidio. Pero aun apesar de la infame pertinacia del juez, hubo éste de ordenar la libertad de Cervantes y de todos los demás presos, á los pocos días y por falta de resultancias contra ellos, resultando que el titulado proceso de Valladolid vino á ser una de las cuatro grandes iniquidades é injusticias que más amargamente hubieran de acibarar la existencia del noble y bondadoso Cervantes. Fué la primera la ingratitud de Felipe II y sus sucesores dejando sin recompensa los servicios y penalidades de aquél: fué la segunda la infame delación y espionaje de Blanco de Paz contra la libertad y buena fama del soldado de Lepanto: la tercera fué la capciosa y torcida conducta del alcaide Villaroel para doblar en favor de gentes cortesanas la vara de la justicia: y la cuarta, la torpe empresa del fraile que intentó algunos años más tarde arrebatar á Cervantes, con un QUIJOTE espúreo, la gloria alcanzada por el QUIJOTE verdadero.

Poco después de que Cervantes y los suyos recobraran la libertad de que fueron privados por las miras perversas del Alcalde Villarroel, trasladóse la Córte á

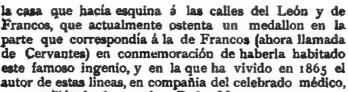
⁽¹⁾ Cervantes y su Epoca. Por Ramón León Mainez—Lib. III, página 890.



su antigua residencia de Madrid en 1606, y aunque se ha sostenido por algunos que en aquella ocasión hizo nuestro personaje una excursión á Sevilla, cosa es esta que no es posible aseverar con absoluta certeza, por no existir documento ni dato alguno auténtico é irrefutable que lo acredite. El único indicio es una carta hallada entre otros códices en la Biblioteca Colombina de Sevilla, dirigida á don Diego de Astudillo Carrillo, en la que se da cuenta una extravagante y regocijada fiesta que varios poetas y otros escritores llevaron à cabo en San Juan de Alfarache el dia 4 de Julio de 1606; carta que se atribuye escrita por Cervantes en Sevilla, sin más pruebas de ella que la opinión de algun autor que cree ver en ello los giros y estilo del célebre manco, no teniendo en cuenta que en esto de los estilos y en el sonido de las campanas, cada uno encuentra lo que le interesa encontrar.

No puede por esto afirmarse ni negarse con la seguridad que la historia requiere, que Cervantes hiciese en 1606 un viaje à Sevilla desde Valladolid; pero puede si afirmarse sin género alguno de duda, que se encontraba en Madrid desde el año de 1607 en adelante, tanto porque existe una cédula notarial fechada en aquella población á 24 de Noviembre de aquel año, por la qué se declara aquél deudor de 450 reales á Francisco de Robles, como porque desde entonces hubo de preparar con el impresor Juan de la Cuesta la nueva reimpresión madrileña del QUIJOTE que apareció en el año siguiente de 1608. Corrigió Cervantes en ella algunas faltas y omisiones de las ediciones precedentes, por lo cual es ésta preferida de los bibliófilos, pero no por esto quedó el libro sin faltas de consideración, que han de atribuirse ó á poco esmero y paciencia del autor en la corrección, ó á impericia y desidia muy grandes en el personal de la oficina de Juan de la Cuesta.

Establecido ya definitivamente Cervantes en Madrid, consta que tomó vivienda en la calle de la Magdalena a espaldas del edificio habitado por la Duquesa de Pastrana, habitó más tarde en la calle de las Huertas, frontero de las casas donde solía vivir el príncipe de Marruecos, según la supuesta carta de Apolo Délfico que puso en la Adjunta al Parnaso; y finalmente, en



- **4** +

poeta y filósofo, doctor don Pedro Mata.

Es indudable que en Madrid tratara preferentemente Cervantes de satisfacer sus aficiones literarias, sin perjuicio de ocuparse también en atender comisiones y negocios de personas de su relación y entre ellas don Hernando de Toledo, señor de Cigales, sobre todo teniendo en cuenta en que las declaraciones de la hija y sobrina del manco, doña Isabel y doña Constanza, en el célebre proceso por la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, manifestaron ambas que dicho don Hernando visitaba á Cervantes por tratar asuntos que tenía éste con aquél, desde la ciudad de Sevilla. Sea de ello lo que fuere, es indudable que en la última época de su vida y residiendo en Madrid fué cuando nuestro personaje dió à luz sus obras posteriores à la primera parte del QUIJOTE. En 1613 imprimiéronse por Juan de la Cuesta las Novelas Ejemplares que dedicó al Conde de Lemos y en cuya composición había empleado un espacio de cerca treinta años. El público las acogió con especial favor, mientras Lope de Vega veía casi en el olvido é indiferencia de las gentes las composiciones que escribió en el mismo género narrativo, en el cual no le fué posible competir con el émulo á quien había vencido con facilidad en los dominios del teatro. El mismo Lope confesó la superioridad de Cervantes en la novela, superioridad y excelencias que reconocieron todos sus contemporáneos, dentro y fuera de España, declarando entre ellos Tirso de Molina, que Cervantes era el Bocaccio de España, sin fijarse no obstante en que el novelista español había superado al novelista italiano en fin moral y en lozanía de imaginación.

Al año siguiente de la aparición de las Novelas lanzó Cervantes al público su Viaje del Parnaso impreso en Madrid en la oficina de la Viuda de Alonso Martin y dedicado á don Rodrigo de Tapia. Tanto esta obra como la Adjunta al Parnaso, que es su complemento, son ingeniosisimas y es de lo más satírico y epigramático que puede concebirse para zaherir á los malos poetas



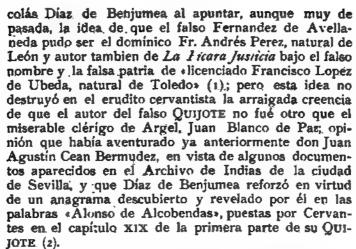
y ensalzar á los buenos. Campea en ambos trabajos fa más fina ironía y no hay en ellos verso que no sea un dardo, ni palabra que no sea zumba y lección para determinados personajes, al paso que son público testimonio de la sinrazón con que fue atribuida á Cervantes envidia ó prevención contra el Fénix de los Ingenios, de quien dijo en uno de sus mejores tercetos:

> Liovió otra nube al gran Lope de Vega, Poeta insigne, à cuyo verso ó prosa Ninguno le aventaja ni aún le llega.

Hácia fines del año de 1614, cuando el Viaje del Parnaso estaba casi pronto para salir à luz, apareció impreso en Tarragona un libro cuyo título y dedicatoria decian: Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Questo de la Mancha, que contiene su tercera salida; y esta quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas. Al alcalde, regidores, y hidalgos de la noble villa del Argamasilla, patria feliz del hidalgo car

ballero don Quijote de la Mancha. El verdadero nombre del autor de este libro ha sido un enigma desde que apareció hasta nuestros días. Los autores han trabajado à porfia para descubrirlo: y ya apelando á ingeniosos pero absurdos anagramas ó ya fundándose en conjeturas sobre los hechos y los móviles de distintos personages de la época, unos han afirmado que el supuesto Fernandez de Avellaneda era el confesor de Felipe III, Fr. Luis de Aliaga, otros el poeta Juan Ruiz de Alarcón, no pocos el propio Lope de Vega, alguno Fr. Alonso Fernandez, algún otro Mateo Alemán y hasta Bartolomé Leonardo de Argensola, no faltando quien, aquí, en la República Argentina y en libro francés estampado en Paris, haya tenido recientemente la ocurrencia de decir que fué el valenciano Juan Martí, sin embargo de que éste fué enterrado la friolera de diez años antes de que tal libro se escribiera (1). El único que estuvo en lo cierto fué don Ni-

⁽¹⁾ Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid 1904, Epoca III, T. XI, pág. 16.



Pero el pretendido enigma deja ya de serlo, fijándose en el soneto que pone fin al prólogo del QUIJOTE de Fernandez de Avellaneda. Supone el autor que tales versos son De Pero Fernandez, quien dice en ellos, que da al lector «las segundas fechorias del fidalgo don Quijote»; y en estas tres palabras De Pero Fernandez se se halla la clave del misterio conteniendo claro y perfecto el anagrama Don Andref Perez (3), con lo cual queda evidente ser este domínico leonés el fingido Francisco Fernandez de Avellaneda, que tanto ha hecho investigar y discurrir á los eruditos en el dilatado espacio

de tres siglos.

El acto de verdadero bandolerismo literario realizado por Fr. Andrés Perez bajo nombre y patria supuestos hubo de causar, además de la natural sorpresa, honda pesadumbre en el ánimo de Cervantes, que no solo veía en el QUIJOTE apócrifo una usurpación hecha á su ingenio, sino, lo que todavía era más grave, una grosera desviación de los fines que le inspiración al concebir y dar

(2) La Estafeta de Urganda. Por Nicolas Diaz de Benju-

mes. Londres, 1861, pág. 59 y 61.

(3) Criptografía quijotesca. Por Luis R. Fors. Buenos Aires, La Nación ilustrada de 11 de Junio de 1903.

⁽¹⁾ La Verdad sobre el Quijole. Por D. Nicolás Diaz de Benjumea. Madrid, 1872, pag. 312.



forma à su inmortal poema. Fué indudablemente cause todo ello, de que apresurara la conclusión de su obra; y lo hizo de tal suerte, que à los pocos meses, en 1615, salió de las prensas de Juan de la Cuesta la Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, dedicada, no como la primera al Duque de Bejar, sino al Conde de Lemos, que ya por entonces era el Mecenas protector

del giorioso manco.

Es excussdo hacer aquí juicios ni comparaciones sobre ambos QUIJOLES. La posteridad, el mundo intelectual, han pronunciado el fallo justiciero é inapelable en esta causa. Mientras el libro de Cervantes es traducido á todas las lenguas, y admirado en todos los países y triunfa cada vez más andando el tiempo, el del supuesto Fernandez de Avellaneda se ha hundido en el olvido, sin poder vencer la indiferencia conque las gentes lo recibieron desde que salió de las prensas de Tarragona hasta nuestros días. Y en cuanto al concepto moral que su autor ha merecido de las gentes honradas, puede todo condensarse en la frase justisima y severa del crítico francés señor Luis Viardot, cuando exclama: «Parecido á los ladrones en despoblado, que injurian á las gentes que despojan, el pretendido Avellaneda comenmenzaba su libro vomitando toda la hiel de un corazón rencoroso y lleno de envidia, lanzando á Cervantes las más groseras injurias» (1). La mesura y serenidad con que Cervantes contestó á ellas (2), ha sido la admiración de todos los hombres sensatos y de levantados sentimientos, demostrando la gran verdad del desventurado manco, cuando dijo que en la adversidad había aprendido á sufrir con paciencia las mayores desgracias

En el mismo año de 1615 publicó en Madrid, por la oficina de la Viuda de Alonso Martín, la colección que tituló Ocho comedias y ocho entremeses nuevos nunca representados, que dedicó también á don Pedro Fernandez de Castro, Conde de Lemos. Excluyéronse de esta colección la celebrada Numancia, Los Tratos de Argel, La Batalla Naval y otras, hasta veinte ó treinta, todas las

⁽¹⁾ Notice sur la vie et les ouvrages de Cervantes, Paris, 1836.

2: Prólogro de la Segunda parte del QUIJOTE.



cuales se habían recitado «sin que se les ofreciese ofren-

da de pepinos ni de otra cosa arrojadiza» (1). En los días en que dedicaba Cervantes a

En los dias en que dedicaba Cervantes al Conde de Lemos la Segunda Parte del Ingenioso Hidalyo, ya era presa de una enfermedad mortal sin que esta circunstancia disminuyera en lo más mínimo la lozania de su ingenio ni le disuadiera de su propósito de concluir y dedicar á aquel magnate el último hijo de su fecunda imaginación Los Trabajos de Persiles y Sigismunda, á qué se proponía poner término en cuatro meses más, y que consideraba como la mejor de las obras que había compuesto, siendo fiel de este modo á la costumbre de todos los padres que sienten siempre mayor cariño y más profun-

da ternura por el postrero de sus hijos.

Agravado el mal de hidropesía que minaba su existencia, prescribiéronle los médicos un viaje á la saludable y tranquila villa de Esquivias, más antes de realizar tal excursión profesó en su misma casa, el sábado Santo 2 de Abril de 1616, en la venerable orden tercera de San Francisco. Hecho que los biógrafos han considerado con criterios bien distintos, pero de acuerdo con el respetable é ilustre Quintana (2), debe confesarse que no se concibe la verdadera causa de aquel acto ascético, en quien había sido autor de DON QUIJOTE; por más que no está fuera de lo acertado y posible, pensar que tal profesión, mas que hija de inclinaciones devotas, lo fué de la costumbre y hasta moda generalizada entre los personajes de aquel tiempo, que ni eran más creventes ni más virtuosos que los de ahora y que practicaban, por el contrario, hombres de vida tan escandalosa como el sacerdote y ministro del Santo Oficio Fray Félix Lope de Vega.

Hecho ya Cervantes hermano de la V. O. T. de San Francisco, trasladóse á Esquivias en la siguiente semana de Páscua, más no encontrando allí alivio á sus dolencias, regresó á Madrid en donde con un pie en la sepultura escribió aquella hermosa é inolvidable dedica-

toria de los Trabajos al Conde de Lemos en que

«Puesto ya el pie en el estribo «con las ansias de la muerte,»

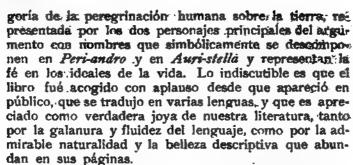
Cervantes. Prólogo de sus comedias.
 Miguel de Cervantes, por D. Manuel José Quintana—Biblioteca de Autores Españoles, Tom. XIX, pág 87.



le participa que ha recibido la Extremaunción y le anuncia que «las ansias crecen, la esperanza mengua y es breve el tiempo» que le separa de la muerte. Y en efecto: cinco días más tarde, el 23 de Abril de 1616, expiró aquel hombre extraordinario, en su morada de la calle del Leon esquina á la de Francos. De allí sacaron su cadáver los hermanos de San Francisco, enterrándolo en el convento de monjas Trinitarias, sin que hasta hoy haya podido averíguarse el lugar en que se colocaron los restos del más grande ingenio de las letras castellanas.

Al fallecer Cervantes, quedaron en poder de su viuda los manuscritos del difunto, debiéndose hallar entre los que se han perdido, la famosa comedia Confusa que su autor tenía muy adelantada en 1615 y tal vez la otra que había anunciado titulándola El Engaño d los ojos, conservando con seguridad doña Catalina de Salazar y Vozmediano los escritos autógrafos de la segunda parte del Quijote y de Galatea, así como Las Semanas del Jardin y los Trabajos de Persiles y Sigismunda, Pérdida grande para anticuarios y biblióficos en particular, y en general para las letras, fué la de tan valiosos manuscritos, por más que, afortunadamente, pudo la viuda del gran escritor dar à la estampa las ingeniosas y accidentadas aventuras de Persiles y Segismunda. Entendióse doña Catalina para ello con el librero de la córte Juan de Villarroel, que había ya sido editor de las comedias y entremeses de su marido; y en virtud de lo pactado, y que no consta en documento alguno de los que hasta ahora se conocen, imprimiéronse los Trabajos en la oficina de Juan de la Cuesta, saliendo á luz á principios del año de 1617.

La última obra del insigne novelista ha sido objeto de muy opuestos juicios, tanto en la parte de invención y artificio, como en lo que atañe al significado y tendencia de su argumento; pero la opinión de los críticos ha sido unánime en considerar los Trabajos de Persiles y Sigismunda como gallarda muestra de la lozana y fecunda imaginación de Cervantes y de la fluidez, galanura y harmonía de su estilo. En cuanto á su fondo, tendencias, y finalidad, unos han considerado la obra como trabajo desigual y recargado de accidentes impropios de la trama esencial del libro; al paso que otros han visto y celebrado en él una ale-



No es posible despues de cuanto queda dicho, poner término á estas noticias, sin desvanecer el error tan tenazmente propalado, sobre la extrema miseria de Cervantes hasta la hora de su muerte. Esta idea sé ha hecho carne en todos los espíritus, por efecto de la ligereza con que poetas, dramaturgos, y hasta bió grafos, han aceptado tal hecho como artículo de fé, sin considerar los actos comprobados del genial escritor, ni tener en cuenta lo que resulta de documentos auténticos é irrefutables.

No fué Cervantes rico; distó mucho de gozar las holguras de la buena fortuna; pero no fué pobre de solemnidad, ni se quedó «sin cenar cuando concluyó el QUIJOTE » (1), como con tanta insistencia se ha propalado y se propala todavía en libros, en anécdotas y en el teatro, contra la verdad de los hechos comprebados. Ni el glorioso manco, ni su familia, se vieron jamás sumidos en esa miseria rayana en la mendicidad, que se ha aceptado por las gentes como verdad incontestable. Y que tal miseria es pura invención é hipótesis de los autores, se demuestra con las propias palabras de Cervantes y con el testimonio de documentos últimamente descubiertos y de los que se van encontrando todavia en bibliotecas y archivos, referentes á la vida y circunstancias del Príncipe de los Ingenios y de sus deudos y allegados. La confusión y el error habían llegado á adulterar hasta las relaciones de parentesco entre los miembros de la familia de Cervantes, cuando afortunadamente el testamento de Rodrigo de

⁽¹⁾ El loco de la guardilla. Cuadro dramático por D. Nar-



— LVIII —

Cervantes, padre de nuestro personaje, otorgado en Madrid à 8 de Junio de 1585 ante el escribano Diego Hernandez, vino á establecer que fué esposo de deña Leonor de Cortinas, en la que hubo cinco hijos, siendo los varones Miguel, Rodrigo y Juan, y las mujeres Andrea y Magdalena; esa misma Magdalena que se firmaba indistintamente de Cervantes o de Sotomayor y que Navarrete y otros reputados biógrafos daban por ser una beata agena á la familia del manco. Y en cuanto á la extrema necesidad en que se ha supuesto á ese Rodrigo de Cervantes, con motivo del rescate de sus hijos cautivos, resulta ahora, según una de las cláusulas del citado testamento, que manda á sus albaceas entren e tomen mis bienes e los vendan en publica almoneda o fuera della, instituyendo á sus hijos por herederos de los mismos (1).

No es esto solo.

Son otros muchos documentos los que han venido á demostrar que no vivieron en la supuesta miseria Cervantes ni su familia. En cuanto á Rodrigo y á Leonor. sus padres, el testamento ya citado del primero, hace constar que doña Leonor aportó un haber dotal nada insignificante al matrimonio; por ante el escribano Rodrigo de Vera, otorga en Madrid poderes en 20 de Octubre de 1576 y 25 de Febrero siguiente, para el cobro de sumas importantes que acreditaba (2); por escritura de 10 de 1566, ante el escribano de Madrid Diego de Henao (3), percibe junto con su mujer siete mil y quinientos maravedis, importe de una viña radicada en Arganda; por otra escritura de 2 del mismo mes y por ante el mismo escribano, recibe poder de su esposa para percibir los bienes que le correspondieron por muerte de doña Elvira de Cortinas, madre de doña Leonor (4); y por instrumento de 29 de Junio de 1578, ante el escribano de Madrid Francisco de Yepes, se obliga con su hija Magdalena á pagar á Hernando de Torres todo lo que restare sobre doscientos duca-

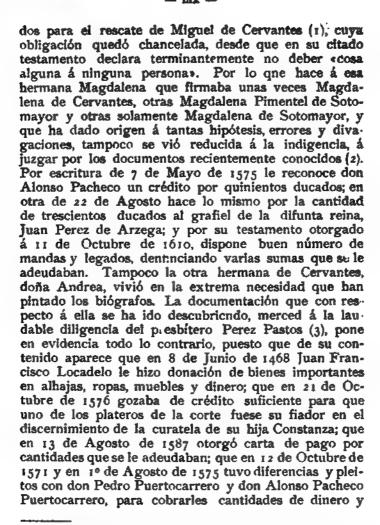
⁽¹⁾ Documentos Cervantinos hasta ahora inéditos. Por don

Cristobal Perez Pastor. T. I. Doc. 28.

2 Documentos cit. T. I. núm. 11 y 18.

8 Documentos cit. T. II. núm. 2.

4 Documentos cit. T. II. núm. 1.



Protocolo de Francisco de Yepes, rotulado 1158 à 1588.
 Protocolos de los escribanos de Madrid Pedro Salazar
 fol. 576), Baltasar de Jos (1581, fol. 415) y Gerónimo Lopez (1610, fol. 268).
 Protocolos de los escribanos de Madrid, Francisco Or-

⁽³⁾ Protocolos de los escribanos de Madrid, Francisco Ortiz (1568, fol. 523), Pedro de Salazar (1576, fol. 1268), Francisco de la Concha (1600 à 1604), Juan Garcia (1567 à 72, fol. 471), y Juan Lopez del Castillo (1575, f. 480 y 1573, fol. 650).



valiosas joyas que le adeudaban, siendo una de estas de valor de 187.500 maravedis. El estado miserable de la madre de Cervantes, doña Leonor de Cortinas, queda también desvanecido con la documenteción conocida hasta ahora (1), en la que aparece que no solo poseia aquella señora bienes heredados de su madre, sino que su situación era desahogada lo bastante para arrendar en Madrid casas de alquiler nada modesto. Y por lo que respecta à la hija de nuestro personaje, á la supuesta monja profesa del convento de las Trinitarias, y esposa verdadera del escribano de la corte Luis de Molina, basta considerar que por lo que resul ta del testamento otorgado por este à 25 de Diciembre de 1631 (2) y del otorgado por aquella, anteriormente citado, poseía bienes nada despreciables, tales como casas en la red de San Luis en la corte, y hetrerias en la ciudad de Cuenca, todo ello suficiente para que la familia de Cervantes no fuese desatendida, ni viviese en el estado de indigencia en que la posteridad la ha supuesto hasta el presente. Tanto por estos antecedentes, como por el fruto del trabajo de doña Andrea, por cuya particular habilidad las casas principales le encomendaban la labor y el arreglo de sus lencerias (3), como por las procuraciones particulares, los trabajos literarios y las comisiones de Cervantes, queda desvanecido cuanto se ha exagerado sobre la extrema necesidad en que éste y los suyos vivieron; todo ello, sin perjuicio de los favores que le dispensaban sus Mecenas el Virrey de Nápoles y el Arzobispo de Toledo, de quienes, y burlándose del perjuicio que el libro de su émulo el falso Avellaneda pudiera causar á su hacienda, declara en el prólogo de la Segunda Parte del QUIJOTE, que mientras cuente con la liberalidad bien conocida del gran Conde de Lemos y con la suma caridad del Ilustrísimo don Bernardo de Sandoval y Rojas, estaba asegurado «contra todos los golpes de la fortuna.

⁽¹⁾ Protocolos de los escribanos de Madrid, Santiago San-

chez (1698) y Diego de Henao (1565 y 66, foi. 478).

(2) Protocolo del escribano Temás Rodriguez (año 1681).

(3) Entre ellas el Marqués de Villafranca y la hermana del Duque Monteleón, según recibos de doña Andrea que se conservan en el archivo del Marqués de Legarda.

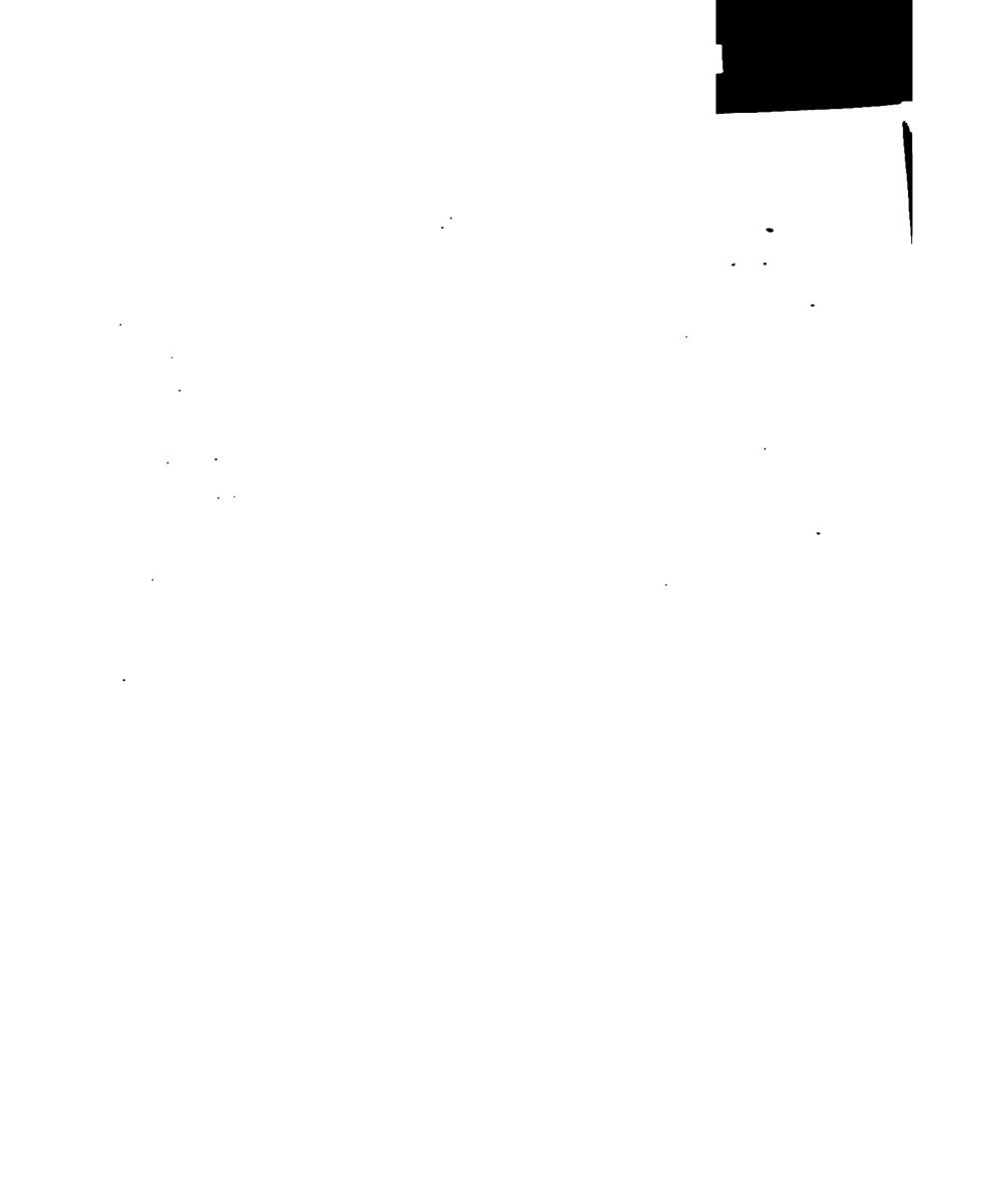


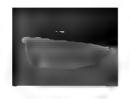
Todos estos datos y documentos, todas las constanscias de créditos, bienes, trabajos y demás elementos de juicio que de ellos resultan, vienen á destruir la leyenda de la extrema miseria del autor del QUIJOTE. Indudablemente Cervantes no era rico; no poseían bienes de fortuna ni él ni los suyos, para gozar todos los beneficios de la abundancia y de la holgura; pero no es posible negar sensatamente, que contaban con lo indispensable para vivir en una modesta medianía y llenar, sin lujos ni superfluidades, las necesidades propias de una familia humilde en aquellos tiempos. De esto á la indigencia y hasta mendicidad que se ha supuesto por biógrafos y eruditos, va grandisima distan cia. Indigencia afirmada primeramente por falta de datos y por suposiciones sin fundamentos comprobados; propalada después por ausencia de investigaciones serias; sostenida más tarde, hasta nuestros días, por la fuerza fatal de la rutina que han seguido y hasta explotado buen número de escritores contemporáneos, unos por aversión á los estudios eruditos y otros llevados del afán de poetizar y convertir en novela los hechos más sencillos de la vida de los grandes hombres.

Harto se ha cebado este afán en la vida de Cervantes. Era ya tiempo de que se protestara contra ello y se levantara la voz de la verdad, para restablecerla en los actos del inmortal creador de El INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Luis Ricardo Fors.

Diciembre 1904.





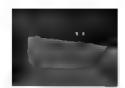
PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA



a EC til 10 0.00 100







. Con este escudo aparecieron en Madrid las impresiones del







TASSA

Yo Juan. Gallo de Andrada escrivano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fé, que habiendo visto por los señores dél, un libro intitulado El Ingunioso Hidalgo de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra: tassaron cada pliego del dicho libro á tres maravedís y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedís y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que á este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello conste di la presente en Valladolid, d veinte días del mes de Deziembre de mil y seycientos y cuatro años.

JUAN GALLO DE ANDRADA.





TASSA

Yo Juan. Gallo de Andrada escrivano de Camara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fé, que habiendo visto por los señores dél, un libro intitulado El Ingenioso Hidalgo de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra: tassaron cada pliego del dicho libro d tres maravedis y medio, el cual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que d este precio se pueda vender: y mandaron que esta tassa se ponga al principio del dicho libro, y no se pueda vender sin ella: y para que dello conste di la presente en Valladolid, d veinte días del mes de Deziembre de mil y seycientos y cuatro años.

JUAN GALLO DE ANDRADA.



TESTIMONIO DE LAS ERRATAS

Este libro no tiene cosa digna que no corresponda á su original: en testimonio de lo haber correcto di esta fé. En el Colegio de la Madre de Dios de los Teólogos de la Universidad de Alcalá, en primero de Diciembre de 1604 años.

EL LICENCIADO FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA.



EL REY

Por cuanto, por parte de vos Miguel de Cervantes, nos fué hecha relación que habiades compuesto un libro intitulado EL Ingenioso Hidalgo de la Mancha, el cual os había costado mucho trabajo, y era muy útil, y provechoso, nos pedistes y suplicastes, os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y previlegio por el tiempo que fuésemos servidos, ó como la nuestra merced fuese. Lo cual visto por los de nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la premàtica últimamente por nos fecha sobre la impresión de los libros dispone, fué acordada, que debiamos mandar dar esta nuestra cédula para vos, en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Por la cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad, para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro, intitulado El Ingunioso Hi-DALGO DE LA MANCHA, que de suso se hace mención, en todos estos nuestros Reynos de Castilla (*) por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuenten desde el dicho dia de la data de esta nuestra cédula. So pena, que la persona, ó personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere ó vendiere: ó hiciere imprimir ó vender, por el mesmo caso pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos de ella: y à más incurra en pena de cincuenta mil maravedis, cada vez que lo contrario hiciere. La cual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra Camara; y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el diche libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais al nuestro Consejo, juntamente con

^(*) La licencia y privilegio para los Reynos de Portugal fueron otorgados por real cédula firmada también en Valladolid é 9 de Pebrero de 1605



el original que en él fué visto, que va rubricado cada plana y firmado al fin dél, de Juan Gallo de Andrada, nuestro escrivano de Cámara, de los que en el residen, para saber si la dicha impresión está conforme el original: ó traigais fé en pública forma, de como por Corrector nombrado por nuestro mandado, se vió, y corrigió la dicha impresión, por el original. y se imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas, para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber. Y mandamos al Impresor que así mismo imprimiere el mismo libro, no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entregue más de un sólo libro con el original al Autor, ó persona à cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tassa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los de nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego, y sucasivamente ponga esta nuestra cédula, y la aprobación, y tassa, y crratas, so pena de caer, é incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas destos nuestros Reynos. Y mandamos à los del nuestro Consejo, y à otras cualesquier justicias dellos, guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, à veinte y seis dias del mes de Setiembre de mil y seiscientos y cuatro años.

YO EL REY.

Por mandato del Rey nuestro señor-

JUAN DE AMEZQUETA.



AL DUQUE DE BEJAR

MANQUES DE GIBRALMÓN, CONDE DE BENALCÁEAR Y BAÑARES,
VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOZER,
BEROR DE LAS VILLAS DE CAPILLA, CURIEL Y BURGUILLOS

En fé del buen acogimiento y honra que hace vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y grangertas del vulgo, he determinado de sacar á luz el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la MANCHA, al abrigo del clarísimo nombre de vuestra Excelencia, á quien con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su protección, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no continiéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia, los trabajos agenos (*); que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

^{(&#}x27;) Alusión á Lope de Vega según algunos comentadores, especialmente el señor Hartzembusch.



.



PRÓLOGO

Desocupado lector: Sin juramento me podrás creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y el más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y asi ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habilitación? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundadas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta à sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo que aunque parezco padre, soy padrastro de Don QUIJOTE, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carisimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres; y pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrio como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al Rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respecto y obligación, y así puedes decir de la histo-



ria todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumniem por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Sólo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catalogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, /que aunque me costó algún trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefación que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribille, y muchas la dejé por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la piuma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio, gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo, me proguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que había de hacer á la historia de Dox QUIJOTE, y que me tenla de suerte, que ni queria haccrle, ni menos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo queréis vos que no me tenga confuso el qué dirà el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que ducrmo en el silencio del olvido, . salgo ahora con todos mis años acuestas con una leyenda seca como un esparto, ajena de invención, menguada de estilo, pobre de conceptos, y falta de toda erudición y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platón y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leventes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? Pues qué cuando citan la divina Escritura, no diran sino que son unos santos Tomases, y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un rengión han pintado un enamorado destraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leerle (*). De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al

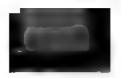
^(*) Tanto en la primera edicion de la Academia Española (1780), como en la de Argamasilla de Alba, anotada por Hartzembusch (1863), se ha adulterado, sin razon que lo justifique, la prosodia de todo este período, que aquí se conserva con toda fidelidad à los textos de las ediciones del "tiempo de Cervantes hechas en 1806 y 1808.



principio, como hacen todos, por las letras del ABC, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio à lo menos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos; aunque, si yo los pidiese à dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España.

En fin, señor y amigo mio, prosegui, yo determino que el señor Don Quijorz se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan; porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y porque naturalmente soy poltrón y perezoso de andarme buscando autores, que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aqui nace la suspensión y elevamiento, amigo, en qué me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mi habéis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una carga de risa, me dijo: Por Dios, hermano, que abora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco, en el cual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones; pero ahora veo que estáis tan lejos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

¡Cómo! ¿que es posible que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro y tan hecho à romper y atropellar por otras dificultades mayores? A la fe, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y veréis cómo, en un abrir y cerrar de ojos, confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decis que os suspenden y acobardan para dejar de sacar à la luz del mundo la historia de nuestro famoso Don Quijore, lus y espejo de toda la caball ria andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decía, ¿de que modo pensáis ilenar el vacio de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusión? A lo cual él dijo: lo primero en que reparáis de los sonetos, epigramas ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo toméis algún trabajo en hacerlos: y después, los podéis bautizar y poner el nombre que quisié-



redes, ahijandolos al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas; y cuando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres, que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan à pelo algunas sentencias ó latines que vos sepáis de memoria, ô 🛦 lo menos que os cuesten poco trabajo el buscalle, como será poner, tratando de libertad y cautiverio: Non bene pro toto libertas vénditur auro. Y luego en el margen citar à Horacio, ó à quien lo dijo. Si tratàredes del poder de la muerte, acudid luego con: Pállida mors æquo pulsat pede páuperum tabernas, regumque turres. Si de la amistad y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podéis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo menos del mismo Dios: Ego autem dico vobis: diligite inimicos vestros. Si trataredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: De corde exeunt cogitationes malæ. Si de la instabilidad de los amigos, ahi está Catón que os dará su distico:

> Dónec eris félix, multos numerabis amicos, Témpora si filerint mibila, solus eris.

Y con estos latinicos y otros tales, os tendrán siquiera por gramático; que el serlo no es de poca honra y provecho el día de hoy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podéis hacer desta manera: si nombráis algun gigante en vuestro libro, hacedie que sea el gigante Golias, y con sólo esto, que os costará casi nada, tenéis una grande anotación pues podéis poner: «El gigante Golias ó Galiat fué un filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada, en el valle de Terebinto, según se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.»

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el río Tajo, y vereisos luego con otra famosa ano-



tación, poniendo: «El río Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinión que tiene las arenas de oros, etc. Si tratáredes de ladrones, yo os diré la historia de Caco, que la se de coro; si de mujeres rameras, ahl está el obispo de Mondoñedo, que os prestará à Lamia, Laiday Flora, cuya anotación os dará gran crédito; si de crueles, Ovidio os entregará à Medea; si de encantadoras y hechiceras. Homero tiene à Calipso, y Virgilio à Circe; si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á si mismo en sus comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepáis de la lengua toscana, toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas; y si no queréis andaros por tierras extrañas en vuestra casa teneis á Fonseca, Del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos y el más ingenioso acertare à desear en tal materia. En resolución, no hay más sino que vos procuréis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra que aqui he dicho, y dejadme à mi el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto à tal de llenaros las márgenes, y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora à la citación de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fàcil, porque no habéis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta Z, como vos decis. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro; que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos tentades de aprovecharos deilos, no importa nada; y quisas alguno habra tan simple, que crea que de todos os habéis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo menos servirá aquel largo catálago de autores á dar de improviso autoridad ai libro; y más, que no habrá quien se ponga à averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello; cuanto más, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna coes de aquellas que vos decis que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerias, de quien nunca se acordo Aristóteles, ni dijo nada San Basilio, ni alcansó Cicerón; ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología; ni le son de importancia las medidas geomé-



tricas; ni la confutación de los argumentos de quien se sirve la retórica; ni tiene para qué predicar à ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mesela de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento. Sólo tiene que aprovecharse de la imitación en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor serà lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerias, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que à la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oración y periodo sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes y fuere posible vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos sin intrincarlos y escurecerlos. Procurad también que, leyendo vuestra historia, el melancólico se mueva à risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto; llevad la mira puesta à derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más, que si esto alcanzásedes no habriades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mi sus razones, que, sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y dellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discreción de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años à esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte à conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien, à mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud y à mi no olvide. VALE.



AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

URGANDA LA DESCONOCIDA. (*)

Si de llegarte à los buelibro fueres con letuno te dirà el boquiruque no pones bien los de-Mas si el pan no te se cuepor ir à manos de idioveràs de manos à boaun no dar una en el clasi bien se comen las mapor mostrar que son curio-

Y pues la esperiencia enseque el que à buen árbol se arribuena sombra le cobien Béjar tu buena estre-Un árbol real te ofreque da principes por fraen el cual florece un duque es nuevo Alejandro Mallega à su sombra, que à osafavorece la fortu-

De un noble hidalgo manchecontarás las aventuà quien ociosas letutrastornaron la cabe-Damas, armas, caballele provocaron de moque cual Orlando furiotemplado à lo enamoraalcanzó à fuerza de braà Dulcinea del Tobo-

^(*) En esta edición se modifica dulcamente la disposición externa de los versos preliminares del texto, dejando el contenido fielmente conforme al original de la edición princeps.



No indiscretos hierogliestampes en el escuque cuando es todo figucon ruínes punto se embi-Si en la dirección te humino dirá mofante alguque don Alvaro de Luque Anibal el de Cartaque rey Francisco en Espase queja de la fortu-

Pues al cielo no le pluque salieses tan ladicomo el negro Juan Latihablar latines rehu-No me despuntes de aguni me alegues con filoporque torciendo la bodará el que entiende la leno un palmo de las ore-¿ para qué conmigo flo-?

No te metas en dibuni en saber vidas ajeque en lo que no va ni vicpasar de largo es cordu-Que suelen en Caperudarles à los que gracemás tú quémate las cesólo en cobrar buena faque el que imprime necedadalas à censo perpe-

Advierte que es desatisiendo de vidrio el tejatomar piedras en la mapara tirar al veci-Deja que el hombre de juien las obras que compose vaya con pies de ploque el que saca à luz papepara entretener donceescribe à tontas y à lo-



AMADIS DE GAULA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

Tú, que imitaste la llorosa vida que tuve, ausente y desdeñado, sobre el gran ribazo de la Peña Pobre, de alegre à penitencia reducida; tú, à quien los ojos dieron la bebida de abundante licor, aunque salobre, y alzándote la plata, estañq y cobre, te dió la tierra en tierra la comida; vive seguro de que eternamente, en tanto al menos que en la cuarta esfera sus caballos aguije el rubio Apolo, tendrás claro renombre de valiente, tu patria será en todas la primera; tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELLIANIS DE GRECIA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

Rompi, corté, aboilé, y dije, y hice más que en el orbe caballero andante; fui diestro, fui valiente, fui arrogante; mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazafias di à la fama que eternice; fui comedido y regalado amante; fué enano para mi todo gigante, y al duelo en cualquier punto satisfice.

Tuve à mis pies postrada la fortuna, y trajo del copete mi cordura à la calva ocasión al estricote.

Más aunque sobre el cuerno de la luna siempre se vió encumbrada mi ventura, tus procesas envidio, oh gran Quijote.



LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO

SONETO

¡Oh quién tuviera, hermosa Dulcinea, por más comodidad y más reposo, à Miraflores puesto en el Toboso, y trocara sus Londres con tu aldea! ¡Oh quién de tus deseos y librea alma y cuerpo adornara, y del famoso caballero, que hiciste venturoso, mirara alguna desigual pelea! ¡Oh quién tan castamente se escapara del señor Amadís, como tú hiciste del comedido hidalgo don Quijote! Que así envidiada fuera, y no envidiara, y fuera alegre el tiempo que fué triste, y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN, ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA, A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE

SONRTO

Salve, varón famoso, à quien fortuna, cuando en el trato escuderil te puso, tan blanda y cuerdamente lo dispuso, que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada ó la hoz poco repugna al andante ejercicio, ya está en uso la llaneza escudera, con que acuso al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidio à tu jumento y à tu nombre, y à tus alforjas igualmente envidio, que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez ¡Oh Sancho! tan buen hombre, que à sólo tú, nuestro español Ovidio con buzcorona te hace reverencia.



DEL DONOSO, FOETA ENTREVERADO, Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza escudedel manchego don Quijopuse pies en polvoropor vivir à lo discre-Que el tàcito Villadietoda su razón de estacifró en una retirasegún siente Celestilibro en mi opinión divisi encubriera más lo huma-

A ROCINANTE

Soy Rocinante el famobiznieto del gran Babiepor pecados de fiaquefuí à poder de un don Quijo-Parejas corri à lo fiomás por uña de cabano se me escapó cebaque esto saqué à Lazaricuando para hurtar el vial cielo le dió la pa-

ORLANDO FURIOSO Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

Si no eres Par, tampoco le has tenido, que par pudieras ser entre mil pares, ni puede haberie donde tú te hallares, invicto vencedor, jamás vencido.



Orlando soy, Quijote, que perdido por Angélica, vi remotos mares, ofreciendo à la fama, en sus altares, aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual, que este decoro se debe à tus proezas y à tu fama, puesto que como yo perdiste el seso;

Más serlo has mio, si al soberbio moro y Cita fiero domas, que hoy nos llama iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO À DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

A vuestra espada no igualó la mia, Febo español, curioso cortesano, ni á la alta gloria de valor mi mano, que rayo fué do nace y muere el día.

Imperios desprecié, y la monarquia que me ofreció el Ociente rojo, en vano dejé por ver el rostro soberano de Claridiana, aurora hermosa mia.

Améla por milagro único y raro; y ausente en su desgracia, el propio inflerno temió mi brazo, que domó su rabia.

Más vos, godo Quijote, ilustre y claro, por Dulcinea sois al mundo eterno, y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SONETO

Maguer, señor Quijote, que sandeces vos tengan el cerbelo derrumbado, nunca seréis de alguno reprochado por home de obras viles y socces.



Serán vuestras fazañas los jõeces, pues tuertos desfaciendo habéis andado, siendo vegadas mil apaleado por follones cautivos y raheces.

Y si la vuesa linda Dulcinea, desaguisado contra vos comete, ni à vuesas cuitas muestra buen talante, en tal desmán vueso conorte sea, que Sancho Panza fué mal alcagüete, necio él, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

BONETO

- B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
- R. Porque nunca se come y se trabaja.
- B. ¿Pues que es de la cebada y de la paja?
- R. No me deja mi amo ni un bocado.
- B. Anda, señor, que estáis muy mai criado, pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
- R. Asno se es de la cuna á la mortaja. ¿Queréislo ver? Miradlo enamorado.
- B. ¿Es necedad amar?—R. No es gran prudencia.
- B. Metafisico estáis.—R. Es que no como.
- B. Quejáos del escudero.—R. No es bastante. ¿Cômo me he de quejar en mi delencia, si el amo y escudero ó mayordomo, son tan rocines como Rocinante?





PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

CAPÍTULO I

QUE TRATA DE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HI-DALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olia de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palemino de añadidura los domingos, consumian las tres partes de su hacienda. El resto de ella conciuian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantufios de lo mismo; y los dias de entre semana se honraba con su vellori de lo más fino. Tenia en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba à los veinte, y un mozo de campo y plaza, que asi ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la casa. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada, ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que de este caso escriben) aunque por conjeturas verosimiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco à nuestro cuento; basta que en la narración del no se salga un punto de la verdad. Es, pues, de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se daba á leer libros de caballerias con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto



el ejercicio de la caza, y aun la administración de su hacienda; y llegó á tanto su curlosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y así llevó à su casa todos cuantos pudo haber dellos, y de todos, ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas entricadas razones suvas, le parecian de perlas; y más, cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito: la razón de la sinrazón que d mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de la vuestra fermosura. Y también cuando leia: los allos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la ruestra grandeza. Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentranarles el sentido, que no se lo sacara ni las entendiera el mismo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianes daba y recebia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales; pero con todo, alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura; y muchas veces le vino desco de tomar la pluma y daile fin al pie de la letra, como allí se promete; y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero: Palmerin de Ingalaterra ó Amadís de Gaulas mas maese Nicolas, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condición para todo; que no era caballero melindroso, ni tan ilorón como su hermano, y que en lo de valentia no le iba en zaga. En resolución, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y asi, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino à perder el juicio. Lienósele la fantasia de todo aquello que leia en los libros, así de encantamentos como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles; y asentósele de



tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia más cierta en el mundo. Decia el que el Cid Ruy Diaz había sido muy buen caballero: pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de sólo un revés habia partido por medio dos fleros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto à Roldan el encantado, valiêndose de la industria de Hércules cuando ahogó á Anteón, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella generación gigántea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reinaldos de Montalbán; y más cuando le veia salir de su castillo, y robar cuantos topaba, y cuando en aliende robó aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, según dice su historia. Diera él, por dar una mano de coces al traidor de Galalón, al ama que tenía y aun á su sobrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juicio, vino à dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, asi para el aumento de su honra, como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo à buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leido que los caballeros andantes so ejercitaban, deshaciendo todo gênero de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda; y así, con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se diò priesa à poner en efecto lo que deseaba; y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habían sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos había que estaban puestas y olvidadas en un rincón. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenían una gran falta, y era que no tenían celada de en caje, sino morrión simple; más á esto suplió su industria, porque de cartones bizo un modo de media celada, que encajada con el morrión, hacía una apariencia de celada entera. Es verdad que, para probar si era fuerte y podía estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada y le dió dos golpes; y con el primero y en un punto, deshizo lo que había hecho en una semana; y no dejó de parecerle mal la facilidad con que



la había hecho pedazos; y por asegurarse deste peligro, la tornó à hacer de nuevo poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que él quedó satisfecho de su fortaleza; y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputô y tuvo por celada finisima de encaje. Fvé luego à ver à su rocin, y aunque tenia más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que tantum pellis et oasa fuit. le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid, con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar que nombre le pondria; porque (según se decia él 🛦 🚮 mismo) no era razón que caballo de caballero tan famoso. y tan bueno el por si, estaviese sin nombre conocido; y así, procuraba acomodársele de manera que declarase quien habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en rasón, que, mudando su señor estado, mudase él también el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva orden y al nuevo ejercicio que ya profesaba; y asi, después de muchos nombres que formó, borró y quitó, añadió, deshizo y tornó à hacer en su memoria é imaginación, al fin le vino à llamar Rocinante, nombre à su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su caballo, quiso ponérsele à si mismo, y en este pensamiento duró otros ocho días, y al cabo se vino à llamar don Quijote; de donde, como queda dicho, tomaron ocasión los autores de esta tan verdadera historia, que sin duda se debía llamar Quijada, y no Quesada, como otros quisieron decir. Pero acordándose que el valeroso Amadis no sólo se había contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así oniso como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suva, y llamarse don Quijote de la Mancha, con que, à su parecer, declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrión celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á si mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era arbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deciase él: — Si yo por malos de mis pecados, ó por mi buena suerte, me encuentro por ahi con algún gigante, como de ordinario les acontece á los caba-



lleros andantes, y le derribo de un encuentro, ò le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener à quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la insula Malindrania, à quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la vuestra merced para que la vuestra grandeza disponga de mi à su talante? ¡Oh, còmo seholgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y más cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, à lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque, según se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á ésta le pareció ser bien darle titulo de señora de sus pensamientos; y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso, porque era natural del Toboso; nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo, como todos los demás que à él y à sus cosas había puesto.

CAPÍTULO II

QUB TRATA DE LA PRIMERA SALIDA QUE DE SU TIERRA HIEO EL INGRNIOSO DON QUIJOTE.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar más tiempo à poner en efecto su pensamiento, apretándole à ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, según eran los agravíos que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte à persona alguna de su intención, y sin que nadie le viese, una mañana, antes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza y por la puerta falsa de un corral salió al campo, con grandisimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio à su buen deseo. Mas apenas se vió en el



. campo cuando lo asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que, conforme à la ley de caballeria ni podia ni debia tomar armas con ningún caballero; y puesto que lo fuera, había de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo lo ganase. Estos pensamientos le hicicron titubear en su propósito; más pudiendo más en locara que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, à imitación de otros muchos que asi lo hicieron, según el lo había leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarias de manera, en teniendo lugar, que lo fuesen más que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras.

Yendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: - ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga à luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que lo escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, de esta manera? Apenas habla el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y meliflua harmonia la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido. por las puertas y balcones del manchego horizonte à los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel y era la verdad que por él caminaba; y anadió diciendo: -- Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saidrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Oh tú, sabio encantador, quien quiera que seas, à quien ha de tocar ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mto en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: -- ¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de man-



darme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje. Con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirie los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego, con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del Puerto Lápice; otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel día, y al anochecer, su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando à todas partes por ver si descubriria algún castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha hambre y necesidad, vió no lejos del camino por donde iba, una venta que fué como si viera una estrella que no à los portales, sino à los alcàzares de su redención le encaminaba. Dióse prisa à caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia.

Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman «del partido», las cuales iban à Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron à hacer jornada; y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que había leido, luego que vió la venta se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puento levadizo y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que å él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas à Rocinante, esperando que algún enano se pusiese entre las almenas à dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa para llegar à la caballeriza, se llegó à la puerta de la venta, y vió á las dos destraidas mozas que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero, que andaba re ogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdón así se



liaman), tocó un cuerno, a cuya señal ellos se recogen; y al instante se le represento à don Quijote lo que descaba. que era que aigún enano hacia señal de su venida; y así con extraño contento llegó à la venta y à las damas. Les cuales, como vieron venir á un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban a entrar en la venta; pero don Quijote, coligiendo por sa huida su miedo, alzándose la visera de papelón, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y con voz reposada les dijo: - No fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la orden de caballeria que profeso non toca ni atalie facerle à ninguno, cuanto mas à tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirabanie las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala vicera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesión, no pudieron tener la risa, y fué de mancra que don Quijote vino à correrse. y à decirles: - Bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede: pero non vos lo digo porque os acuitedes ni mostredes mal talante. que el mío non es de al que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras y el mai talle de nuestro caballero acrecentaban en ellas la riea y en él el enojo, y pasara muy adelante, si à aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacifico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento: mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos. determinó de hablarle comedidamente, y así le dijo: — Si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amén del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo don Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció à 61 el ventero y la venta) respondió: - Para mi, señor castellano. cualquiera cosa basta, perque mis arreos son las armas, mi descanso el pelcar, etcêtera. Pensó el huésped que el haberlo llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla, aunque él era andaluz y de los de la playa. de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante ó paje. Y así le respondió: — Según eso, las camas de vuestra merced, serán duras peñas, y su dormir siempre veiar: y siendo asi, bien se puede apear con seguridad



de hallar en esta chosa ocasión y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto más en una noche. Y diciendo esto fué à tener del estribo à don Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pleza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habían reconciliado con él), las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes y era menester cortarlas por no poderse quitar los fiudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle, como el se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

> Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera don Quijote cuando de su aldea vino: doncellas curaban dél, princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mior que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorias me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no estaban hechas à oir semejantes retóricas, no respondian palabra; sólo le preguntaron si queria comer alguna cosa. — Cualquiera yantaría yo, respondió don Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó à ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucia bacallao, y en otras partes



curadillo, y en otras truchuelas. Preguntáronie si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle à comer.-Como haya muchas truchuelas, respondió don Quijote, podran servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de i ocho. Cuanto más que podrían ser que fuesen estas truchneiga como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero sea lo que fuere, venga luego; que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa à la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porción del mai remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas; pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos si otro no se lo daba y ponia, y asi una de aquellas señoras servia deste menester. Mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera, si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino; y todo esto lo recebia en paciencia à trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso á la venta un castrador de puercos; y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces; con lo cual acabó de corfirmar don Quijoto que estaba en algún famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo; y con esto daba por bien empleada su determinación y salida. Mas lo que mas le fatigaba, era el no verse armado caballero, por parecorle que no se podria poner legitimamente en aventura alguna, sin recibir la orden de caballeria.

CAPÍTULO III

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TÜVO DON QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO.

Y así fatigado deste pensamiento, abrió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, dicióndole:—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesis me otorgue un don que pedirie quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en



pro del gênero humano. El ventero que vió á su huésped à sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase; y jamás quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia.—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió don Quijote; y asi os digo, que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habéis de armar caballero; y esta noche en la capilla deste vuestro castillo, velaré las armas; y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuvo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho, era un poco socarrón y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones; y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y asi, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal propuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimismo en los años de su mocedad se habia dado & aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de Sanlúcar, Potro de Córboba y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, baciendo muchos tuertos, recuestando muchas vindas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condición que fuesen, solo por la mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijole también, que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que, en caso de necesidad, el sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche



las podria velar en un patio del castillo; que á la mañana. siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntôle si trais, dineros; respondió don Quijote que no trata blanca, porque ál nunca había leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. A esto dijo el ventero que se engañaba; que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido à los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado, que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles; y que asímismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatlan y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncel!a ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido; más que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa asertada, que sus escuderos fueron proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, à las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto 10 habia de ser) que no caminase de alli adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase. Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto 🛦 un poso estaba, y embrazando su adarga, asió de su lansa,



y con gentil continente se comensó à pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba à cerrar la noche. Contó el ventero à todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazón de caballeria que esperaba. Admiráronse de tan extraño género de locura, y fuéronselo à mirar desde lejos, y vieron que, con sosegado ademán, unas veces se paseaba, otras, arrimado á su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia, era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir à dar agua à su recua, y fué menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo:--¡Oh tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas à tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciño espadal mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas, las arrojó gran trecho de sí; lo cual visto por dou Quijote, alsó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dijo:-Acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que à este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo. Y diciendo estas y otras semejantes rasones, soltando la adarga, aizó la lanza à dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas y tornó à pascarse con el mismo reposo que primero. Desde allí à poco, sin saberse lo que había pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra, y sin pedir favor à nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: ¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mio, ahora



es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandens à este tu cantivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo! Con esto cobró à su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atras. Los companeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos à llover piedras sobre don Quijote, el cual, lo mejor que podia, se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. También don Quijote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traidores. y que el señor del castillo era un follón y mai nacido cabaliero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiere recebido la orden de caballeria, que él le diera à entender su alevosia; pero de vasotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno; tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasta, Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian; y asi por esto, como por las persuaciones del ventero, le dejaron de tirar, y el deló retirar á los heridos, y torno á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su pluésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballeria luego, antes que otra desgracia sucediese; y así, llegándose à él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dijole, como ya le había dicho, que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer, tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarano. según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto más que él había estado más de cuatro.

Todo se lo creyó don Quijote, y dijo que él estaba alli pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, à quien por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el castellano,



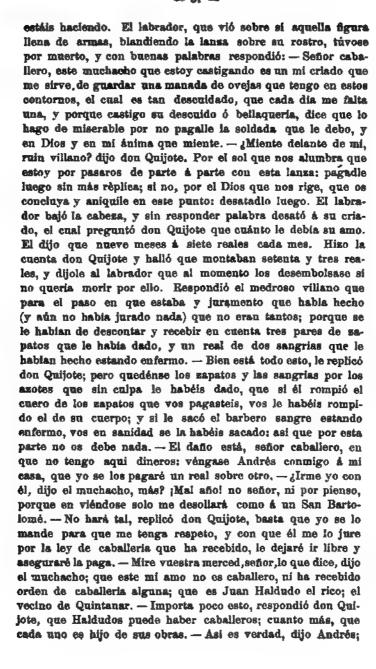
trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le trais un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen goipe y tras él, con su misma espada, un gentil espaldazo (siempre murmurando entre dientes como que rezaba). Hecho esto, mando à una de aquellas damas que le cifiese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, perque no fué menester poca para no reventar de risa 🏚 cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero, les tenía la risa à raya. Al cefiirle la espada dijo la buena sefiora:-Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó como se liamaba, porque él suplese de alli adelante à quién quedaba obligado por la merced recibida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivia en las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de alli adelante se pusiese don, y se llamase doña Tolosa. Ella se lo prometio, y la otra le calzo la espuela, con la cual le paso casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera, á la cual también rogó don Quijote que se pusiese don, y se llamase dons Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas, pues, de galope y apriesa las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vió la hora don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego à Rocinante subió en él, y abrazando à su huésped, le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.



CAPÍTULO IV

DE LO QUE SUCEDIÓ À NUESTRO CABALLERO CUANDO SALIÓ DE LA VENTA.

La del alba seria cuando don Quijote salió de la venta tam contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cirichas del caballo. Más viniéndole à la memoria los consejos de su huésped. cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver a su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre y con hijos, pero muy apropósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento, guió à Rocinante hacia su aldea, el cual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó à caminar, que parecia que no ponfa los pies en el suelo. No había andado mucho, cuando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las habo oido, cuando dijo: — Gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo à mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos. Estas voces sin duda son de algún menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayada. Y volviendo las riendas encaminó à Rocinante hacía donde le pareció que las voces salian. Y à poces pases que entré per el bosque, viô atada una yegua á una encina, y atado en otra á un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decia: - La lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondía: - No lo haré otra vez, señor mios por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante más cuidado con el hato. Y viendo don Quijote le que pasaba, con voz airada dijo: - Descortés caballero, mai parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que también tenia una lanza arrimada à la encina adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que





pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega má soldada y mi audor y trabajo? - No niego, hermano Andrés, respondió el labrador; y hacedme placer de veniros commigos que yo juro por todas las órdenes que de caballerias hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro. y aun sahumados. - Del sahumerio os hago gracia, dijo dom Quijote, dádeclos en reales, que con esto me contento: y mirad que lo cumpláis como lo habéis jurado; si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar, aun que os escondáis más que una lagartija. Y si queréis saber quién os manda esto, para quedar com más veras obligado á cumplirio, sabed que yo soy el valeroso don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y à Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Signióle el labrador con los ojos; y cuando vió que había traspuesto del bosque y ya no parecia, volvióse & su criado Andrés, y dijole: - Venid aca, hijo mio; que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. — Eso juro yo, dijo Andrés, y como que andarà vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que según es de valeroso y buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. - Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda. por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó à atar à la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. - Llamad, señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfaendor de agravios, verêis que no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temiades. Pero al fin le desató y le dió licencia que fuese à buscar à su juez, para que ejecutate la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir à buscar al valeroso don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando y su amo se quedó riendo; y desta manera deshizo el agravio el valeroso don Quijote, el cual contentisimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicisimo y alto principio à sus caballerías, con gran satisfacción de si mismo, iba caminando hacia su aldea, diciendo à media voz: - Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven en la tierra joh



sobre las bellas, bella Dukinea del Tobosol pues te supo en suerte tener sujeto y rendido à toda tu voluntad è talante à un tan valiente y tan nombrado caballero como le es y serà den Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la erden de cabalieria, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrasón y cometió la crueldad; hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba à aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino à la imaginación las encrucijadas dende los caballeros andantes se penian à pensar cual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda à Rocinante, dejande a la voluntad del rocin la suya, el cual signió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un gran trepel de genie, que como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban à comprar seda à Murcia. Eran seis y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados à caballo y tres mozos de mulas á pie. Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura; y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir alli de molde uno que pensaba hacer; y asi, con gentil continente y denuedo, se afirmó b'en en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad dei camino, estuvo esperande que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba); y cuando llegaron a trecho que se pudieron ver y oir, levanto don Quijote la vos, y con ademán arrogante dijo: - Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no conflesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extrafia figura del que las decia; y por la figura y por ellas, luego echaron de ver la locura de su dueño; más quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se le pedía; y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo: - Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decis; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermesura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. - Si os la mostrara, replicó don Quijote, ¿qué hiciéredes vosotros en confesar una verdad tan notoria? La impor-



tancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, aftrmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengăis uno á uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra raica, aquí co aguardo y espero, confiado en la razón que de mi parte temgo. — Señor caballero, replicó el mercader, suplico à vuestra merced, en nombre de todos estos principes que aqui estamos. que porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni olda, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extramadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño come un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso por complacer à vuestra merced diremos en su favor todo lo que quisiere. - No le mana, canalla infame, respondió don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decia, sino ambar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcobada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como lo es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja al que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mai el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo: - Non fuyáis, gente cobarde, gente cautiva; atended que no por culpa mia, sino de mi caballo, estoy aqui tendido. Un mozo de mulas de los que alli venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caído tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas; y llegándose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro don Quijote tantos palos, que à despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto, y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado,



y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera; y acudiendo por los demás trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caído, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él, del pobre apaleado, el cual después que se vió solo, tornó á probar si podría levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes y toda la atribuia à la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V

DONDE SE PROSIGUE LA NARRACIÓN DE LA DESGRACIA DE NUESTRO CABALLERO.

Viendo, pues, que en efeto no podía menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algún paso de sus libros; y trújole su locura á la memoria aquel de Baldovinos y del marqués de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montaña: historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y aún creida de los viejos; y con todo esto no más verdadera que los milagros de Mahoma. Esta, pues, le pareció á él que le venía de molde para el paso en que se haliaba; y así, con muestras de gran sentimiento, se comensó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del Bosque:

¿Dónde estàs, señora mia, que no te duele mi mal? O no lo sabes, señora, ó eres falsa y desical.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

Oh noble marqués de Mantua mi tio y señor carnal!



Y quiso la suerte que, cuando llegó à este verso, acereó & pasar por alli un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino, el cual. viendo aquel hombre allí tendido, se llegó à él, y le proguntô que quién era, y que mal sentia, que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua su tio, y ast, no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa. todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitindole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo, y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció y le dijo: — Señor Quijana (que asi se debla de llamar cuando él teula juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado & caballero andante), ¿quién he puesto à vuestra merced desta suerte? Pero el seguia con su romance à cuanto le preguntaba. Viendo este el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarfe del suelo, y no con poco trabajo la subió sobre su jumento, por parecerle caballería más sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno. y se encaminó hacía su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que don Quijote decia, y no menos iba don Quijote, que de puro molido y quebrantado no se pedia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los poula en el cielo, de modo que de nuevo obligó 🛦 que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia à la memoria los cuentos acomodados à sus sucesos; porque en aquel punto olvidándose de Baldovinos, se acordó del moro Abindarráez, cuando el alcaide de Antequera Rodrigo de Narvaez le prendió y llevó cantivo à su alcaidia; de suerte, que cuando el labrador le volvió à preguntar que como estaba y que sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia à Rodrigo de Narváez, del mismo modo que el había leido la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe; aprovechândose della tan à proposito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta maquina de necedades, por donde conoció que su vecino estaba loco, y dabale priesa à llegar al pueblo por excusar el enfado que don Qui-



jote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: - Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Xarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y hare los más famosos hechos de caballeria que se han visto, vean ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: - Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mi! que yo no soy don Rodrigo de Narváes, ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijana. — Yo sé quien soy, respondió don Quijote, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por si hicieron, se aventajarán las miss. En estas piáticas y otras semejantes llegaron al lugar à la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo y en la casa de don Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quijote; que estaba diciéndoles su ama a voces: — ¿Qué le parece à vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que así se llamaba el cura), de la desgracia de mi sefior? Tres dias ha que no parecen él, ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mi! que me doy à entender, y si sei es ello la verdad, como naci para morir, que estos malditos libros de caballerias que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberie oido decir muchas veces, hablando entre si, que quería hacerse caballero andante é irse à buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean à Satanás y à Barrabas tales libros, que así han echado à perder el más delicado entendimiento que había en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y ann decia más: — Sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció à mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cobo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decia que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cancáncio decía que era sangre de las feridas que habla recebido en la batalla; y bebiase luego un gran jarro de agua fria, y



quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosisima bebida que le había traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Más yo me tengo la culpa de todo, que no avisé à vuestras mercedes de los disparates de mi señor tie, para que le remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes).—Esto digo yo también, dijo el cura; y 🛦 fe que no se pase el dia de mañana sin que dellos no se haga. auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasión à quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y asi comenzó à decir à voces: — Abran vuestras mercedes al señor Baldovinos y al señor marqués de Mantua, que viene mal ferido, y al señor moro Abindarráen, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narváes, alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos; y comó conocieron los unos à su amigo, las otras à su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo: - Ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme à mi leche, y llamese si fuere posible à la sabia. Urganda que cure y cate de mis feridas. - Mirá enhoramala, dijo à este punto el ama, si me decia à mi bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa urgada (*) le sabremos aqui curar. Malditos, digo, sean otra ven y otras ciento estos libros de caballerias, que tal han parado à vuestra merced. Lleváronie luego à la cama, y catándole las feridas, no le hallaron ninguna; y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante en caballo, combatiéndose con diez jayanes, los más desaforades y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. - Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la dansa? Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle à don Quijote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le

^(*) En este pasajo se les sergadas en las varias ediciones de 1605. En la de 1608 se ha impreso Urganda; enmienda que destruye la intención picaresca con que Cervantes desfigura en boca del ama el nombre de la maga. No ha sido felis la enmienda que sobre el primitivo texto se ha introducido en las ediciones posteriores.





dejasen dormir, que era lo que más le importaba. Hisose asi y el cura se informó muy á la larga del labrador, del modo que había hallado á don Quijote. Él se lo contó todo, con los disparates que al hallarle y traerle había dicho, que fué poner más deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hiso, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás con el cual se vino á casa de don Quijote.

CAPÍTULO VI

DEL DONOSO Y GRANDE ESCRUTINIO QUE EL CURA Y EL BAR-BERO HICIERON EN LA LIBRERÍA DE NUESTRO INGENIOSO HIDALGO.

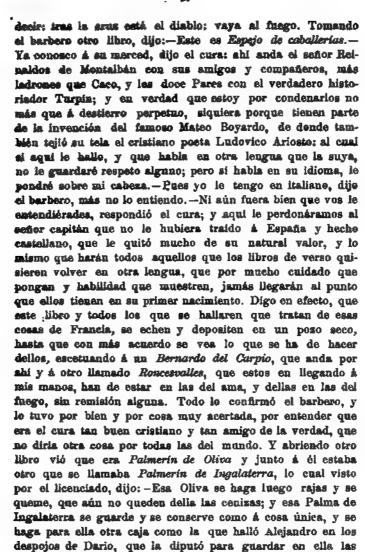
El cual sún todavia dormía. Pidió las llaves, á la sobrina, del aposento donde estaban los librosa autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana. Entraron dentro todos, y la ama con ellos, y haliaron más de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados, y otros pequeños; y asi como el ama los vió, volvióse à salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo:-Tome vuestra merced, señor licenciado, rocle este aposento, no esté aqui algún encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de qué trataban, pues podía ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego.-No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sidos los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarles fuego, y si no llevarlos al corral y alli se hara la hoguera y no ofendera el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes; más el cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los titulos Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de Amadis de Gaula, y dijo el cura:-Parece cosa de misterio esta, porque, según he otdo decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demás, han tomado principio y origen deste, y asi me parece que como à dogmatizador de una secta tan mala, le debemos sin excusa alguna





condenar al fuego.-No, señor, dijo el barbero, que tambiém he oido decir que es el mejer de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte. se debe perdonar.— Así es verdad, dijo el cura; y por esa. razón se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro qua està junto à él.—Es, dijo el barbero, Las Sergas de Replandián, hijo legitimo de Amadis de Gaula.--Pues en verdad. dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba.-Adelante, dijo el cura.-Este que vieue, dijo el barbero, es Amadís de Grecia, y ann todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadis.-Pues vengan todos al corral, dijo el cura, que A trucco de quemar à la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y à sus églogas y à las endiabladas y revueltas rasones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró. si anduviera en figura de caballero andante.-Dese parecer soy yo, dijo, el barbero.-Y aún yo, anadió la sobrina. - Pues asi es, dijo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dièronselos. que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quién, ese tonel? dijo el cura.—Este es, respondió el barbero, Don Olivante de Laura.-El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso à Jardin de flores, y en verdad que no sepa determinar cuál de les dos libros es más verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso; solo sè decir, que éste irá al corral por disparatado y arrogante.-Este que sigue es Florismarte de Hircania, dijo el barbero.-¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues à fe que ha de parar presto en el corrai, à pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. - Que me place, señor mio, respondió ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.-Este es El caballero Platir, dijo el barbero.-Antiguo libro es ese, dijo el cara y no hallo en él cosa que merezca venia: acompañe à los demás sin réplica, y así fué

Abrióse otro libro, y vieron que tenía por titulo El cabatiero de la Cruz.—Por nombre tan santo como este libro tiene, se podía perdonar su ignorancia; más también se suele



chras del poeta Homero. Esto libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonisimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decore del que habla



con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor maese Nicolás, que este y Amadia de Gaula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer más cala y cata, perezcan.-No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aqui tengo es el afamada Don Belianis. -Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama, y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, sai se usarà con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto, tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, más no los dejéis leer à ninguno.-Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse más en leer libros de caballerias, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo à tonta ni à sorda, sino à quien tenia más gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno à los piés del barbero, quelle tomó gana de ver de quien era, y vió que decia: Historia del famoso caballero Tirante el Bianco. - Válame Dios, dijo el cara dando una gran voz, ¡qué aqui esté Tirante el Blanco! Dadmele aca, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aqui está don Quirieleison de Montalbán, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montaiban y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento ante de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevadie á casa y leedie, y veréis que es verdad cuanto del os he dicho.-Así será, respondió el barbero; pero ¿qué haremos destos pequeños libros que quedan?-Estos, dijo el cura. no deben de ser de caballería, sino de poesia; y abriendo uno. vió que era La Diana de Jorge de Montemayor, y dijo (erayendo que todos los demás eran del mismo género):- Estos



no merecen ser quemados como los demás, porque no bacen ni haran el daño que los de caballerías han hecho; que son libros de entendimiento sin perjuicio de tercero.-¡Ay, señor, dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como los demás, porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo éstos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que según dicen es enfermedad incurable y pegadiza.—Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y sera bien quitarle à nuestro amigo este tropizo y ocasión delante. Y pues comenzaremos por La Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele enhorabuena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros.-Este que sigue, dijo el barbero, es La Diana, llamada Segunda del Salmantino; y este otro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo. -- Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo; y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. - Este libro es, dijo el barbero abriendo otro: Los diez libros de Fortuna de amor, compuestos por Antonio de Lofraso, poeta sardo.-Por las órdenes que recebi, dijo el cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el más único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo; y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamás cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio más haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandisimo gusto; y barbero prosiguió diciendo:-Estos que se siguen son: El pastor de Iberia, Ninfas de Henares y Desengaño de zelos.-Pues no hay más que hacer dijo el cura, sino entregarlos al brazo segiar del ama, y no se me pregunte el por qué, que sería nunca acabar. Este que viene es El pastor de Filida.-No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. -- Este grande que aqui viene se intitula, dijo el barbero: Tesoro de varias poestas. - Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran más estimadas: menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que



entre sus grandezas tiene: guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras más heroicas y levantadas obras que ha escrito. -- Este es, siguió el barbero, El cancionero, de López Maldonado. También el autor dese libro, replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran à quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las églogas, pero nunca lo bueno fué mucho; guárdese con los escogidos. ¿Pero qué libro es ese que está junto á él?-La Galatea de Miguel de Cervantes, dijo el barbero. -- Muchos años ha que es gran amigo mio ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención. propone algo, y no concluye nada: es menester esperar ia segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcansará. del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.-Que me place, respondió el barbero, y aqui vienen tres, todos juntos: La Araucana de don Alonso de Ercilles La Austriada, de Juan Rufo, Jurado de Cordoba; y El Monserrate, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.—Todos esos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos, y pueden competir com los más famosos de Italia; guardense como las más ricas prendas de poesías que tiene España. Cansóse el cura de ver más libros, y así à carga cerrada, quiso que todos los demás se quemasen; pero ya tenía abierto uno el barbero, que se llamaba Las Lagrimas de Angélica. - Lloratalas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no sólo de España, y fué felicisimo en la traducción de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII

DE LA SEGUNDA SALIDA DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Estando en esto comenzó à dar voces don Quijote diciendo:—Aqui, aqui, valerosos caballeros, aqui es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos flevan lo mejor del torneo. Por acudir à este ruido y es-



truendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oldos La Carolea y León de España, con los hechos del emperador, compuestos por don Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quiza sí el cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron à don Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviendose à hablar con el cura le dijo:-Por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo à los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes.--Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda vuestra merced à su salud por abora; que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido.-Ferido no, dijo don Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; más no me llamaria yo Reinaldo de Montalbán, si en levantándome deste lecho no me lo pagare à pesar de todos sus encantamentos; y por ahora traiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronio así: diéronie de comer, y quedôse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos; más no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumpló el refrán en ellos , de que pagan à las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase, no los hallase (quiză quitando la causa cesaria el efeto), y que dijesen que un encantador se los había llevado y el aposento y todo; y así fué becho con mucha presteza. De alli à dos dias se levanto don Quijote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus



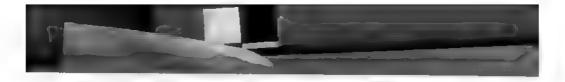
líbros; y como no hallaba el aposento donde le babía delado. andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba à donde solia tener la puerta y tentàbala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó à su ama que hacia que parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder, le dijo: - ¿Qué aposento ó que anda buscando vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. - No era el diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche después del día que vuestra merced de aqui se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa Ilena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; sólo se nos acuerda muy bien a mí y al ama. que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento, dejaba hecho el daño en aquella casa que después se verla: dijo también que se llamaba el sabio Muñatón. - Frestón dirla, díjo don Quijote, - No sé, respondió el ama, si se llamaba Fristón ó Fritón: sólo sé que acabó en ton su nombre. - Asi es, dijo Don Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero à quien él favorece; y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar; y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mai podrá èl contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. - ¿Quién duda eso? dijo la sobrina; ¿pero quien le mete à vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacifico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? — ¡Oh sobrina mía, respondió don Quijote, y cuán mal que estás en la cuenta! primero que á mi me trasquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales días, pasó graciosisimos cuen-



tos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que más necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballeria andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no había poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó don Quijote à un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este titulo se puede dar ai que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Deciale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese à ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame alla esas pajas alguna insula, y le dejase à él por gobernador della. Con esas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego don Quijote orden en buscar dineros, y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada à un su amigo. y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que si llevaria, y que asimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho à andar mucho à pie. En lo del asno reparò un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria; más con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarie de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyose de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme el consejo que el ventero le había dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le habia prometido. Acertó don Quijote á tomar la misma derrota y ca-



mino que el que el habia tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herírles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza à su amo: - Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió don Quijote: - Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores à sus escuderos de las insulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mi, no falte tan agradecida usanza: antes pienso aventajarme en ella; porque ellos algunas veces, y quiza las más, esperaban à que sus escuderos fuesen viejos; y ya después de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algún titulo de conde, ó por lo menos de marqués de algún valle o provincia de poco más ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros à él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen à los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo. - Desa manera respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oislo, vendria à ser reina y mis hijos infantes. — ¿Pues quién lo duda? respondió don Quijote. - Yo le dude, replicó Sancho Panza, porque tengo para mi, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, senor, que no vale dos maravedis para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. - Encomiéndalo tú à Dios, Sancho, respondió don Quijote, que él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser Adelantado. - No harê, señor mio, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.



CAPÍTULO VIII

DEL BUEN SUCESO QUE EL VALEROSO DON QUIJOTE TUVO EN LA ESPANTABLE Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LOS MOLINOS DE VIENTO, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELI-CE RECORDACIÓN.

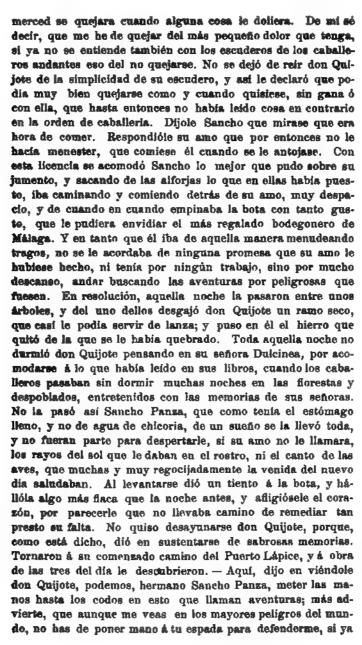
En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como don Quijote los vió, dijo à su escudero: - La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertaramos à desear; porque ves alli, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles à todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. — ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. - Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. -- Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que alli se parecen, no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento, hacen andar la piedra del molino. - Bien parece, respondió don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quitate de ahi y ponte en oración en el espacio que yo voy à entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas à su caballo Rocinante, sin atender à las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes, aquellos que iba à acometer. Pero el iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: - Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron å moverse, le cual viste per den Quijote, dije: - Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briarco, me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió à todo el galope de Rocinante, y embistió con





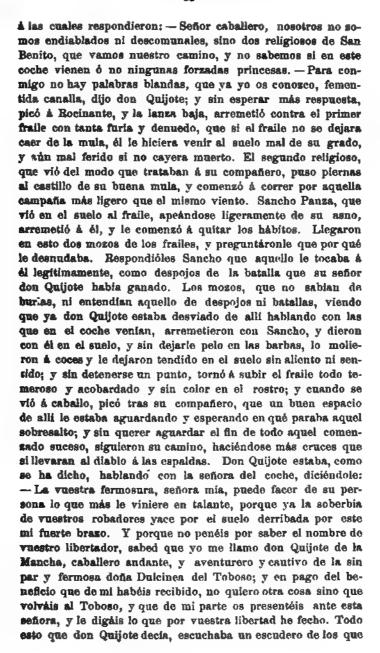


el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el sapa, la volvió el viento con tanta furia, que hiso la lanza pedazos, lievándose tras si al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza à socorrerie à todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. - ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que bacia, que no eran sinó molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? - Calla amigo Sancho, respondió don Quijote, que las cosas de la guerra, más que otras están sujetas à continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposentó y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento (tal es la enemistad que me tiene); más al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. - Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino del Puerto Lápice, porque alli decia don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por baberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: - Yo me acuerdo haber leido que un caballero español llamado Diego Pérez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hiso tales cosas aquel dia y machacó tantos moros, que le quedó por sobre nombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir à verlas, y à ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. - A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo asi como vuestra merced lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la baida. – Así es la verdad, respondió don Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. - Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra





no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes syudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leves de caballeria que me ayudes, hasta que seas armado caballero. - Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced será muy bien ebedecido en esto, y más que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quiera agraviarle. - No digo yo menos, respondió don Quijote, pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener à raya tus naturales impetus. — Digo que asi lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la orden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran más pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venia un coche con cuatro ó cinco de a caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venía en el coche como después se supo, una señora vizcaina que iba a Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba à las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; más apenas los divisó don Quijote, cuando dijo á su escudero: - O yo me engaño, ó esta á ser la más famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderio. - Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire. señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe ser de alguna gente pasajera. Mire que digo que mire bien io que hace, no sea el diablo que le engañe. - Ya te he dicho Sancho, respondió don Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca, que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: - Gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche lleváis forzadas, sino aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de don Quijote, como de sus razones,





el coche acompañaban, que era vizcaino; el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sinó que decia que luego había de dar la vuelta al Toboso, se fué para don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo, en mala lengua castellana y peor vizcaina, desta manera: -- Anda, cabailero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien don Quijote, y con mucho sosiego le respondió: - Si fueras caballero como no lo eres, yo ya hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el viscaino: - ¿Yo no caballero? juro à Dios tan mientes como cristiano: Si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan prestó verás que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientras que mira si otra dices cosa. - Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió don Quijote, y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrasó su rodela, y arremetió al vizcaino, con determinación de quitarle la vida. El vizcaino, que asi le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no había que flar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avinole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demás gente quisiera ponerlos en paz; más no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar à su ama y à toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hiso al cochero que se desviase de allí algún poco, y desde lejos, se puso à mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada à don Quijote encima de un hombro, por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quijote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: - ¡Ob señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura! socorred à éste vuestro caballero, que por satisfacer à la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo; llevando determinación de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaino, que asi le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que don Quijote; y asi le aguardó bien cubierto de su almo-



hada, sin poder rodear la mula à una ni à otra parte, que ya de puro cansada y no hecha à semejantes niñerias, no podía dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, don Quijote contra el cauto vizcaino, con la espada en alto con determinación de abrirle por medio, y el viscalno le aguardaba asimismo levantada la espada y aforrado con su almohada; y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que había de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demás criadas suyas, estaban haciendo mil votos y ofrecimientos à todas las imagenes y casas de devoción de España, porque Dios librase å su escudero y å ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla; disculpândose que no halló más escrito destas hazafins de don Quijote, de las que deja referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan cariosa historia estuviese entregada à las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y asi, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPITULO IX (*)

DONDE SE CONCLUYE Y DA FIN Á LA ESTUPENDA BATALLA QUE EL GALLARDO VIZCAÍNO Y EL VALIENTE MANCHEGO TU-VIEROM.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso viscalno y al famoso den Quijote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales, que si en lleno se acertaban, por lo menos se dividirian y

^(*) Todas las ediciones que se hicleron del Quéjote antes del año de 1616 en que Cervantes publicó la continuación y conclusión de la obra, aparecan divididas en cuatro partes. En cete capítulo ix da comienzo á la segunda, somo se expresa claramente en el texto del principio del mismo y del final del anterior. Esta división en cuatro partes, se ha suprimido en la presente



fendirlan de arriba abajo, y abririan como una granada; y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor dónde se podría hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco, se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que, à mi parecer, faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que à tan buen caballero le hubiese faltado algún sabio que tomara à cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó à ninguno de los caballeros andantes, de los que dicen las gentes que van á sus aventuras; porque cada uno dellos, tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribían sus hechos, sino que pintaban sus más minimos pensamientos y ninerías, por más escondidos que fuesen; y no había de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase à él le que sobré à Platir y à otres semejantes; y asi no podía inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa à lo malignidad del tiempo, devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte, me parecia, que pues entre sus libros se habían hallado tan modernos como Desengaño de celos, y Ninfas y Pastores de Henares, que también su historia debia ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea y de las à ellas circunvecinas. Esta imaginación me trais. confuso y descoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español don Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos, se puso al trabajo y ejercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad à cuestas de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algún follón ó algún villano de hacha y capellina, ó algún descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en

edición y en todas las modernas desde el año de 1780, fundandose para ello, tanto la Academia de la Lengua como los demás editores, en el hecho de que el propio Cervantes, aposar de la expresada división en cuatro partes de su primer volumen, tituló Segunda Paris de la obra, á la continuación y fin que de la misma publicó en 1615,



todos ellos no durmió un dia debajo de tejado, se fué tan entera à la sepuitura como la madre que la había parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas; y aun à mí, no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia: aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atención la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un día en el alcaná de Toledo, llegó un muchacho à vender unos cartapacios y papeles viejos à un sedero; y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conoci ser arábigos; y puesto que, aunque los conocia, no los sabía leer, anduve mirando si parecia por alli algún morisco aljamiado que los leyese; y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua, le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en la manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en el, se comensó à reir; preguntéle que de qué se reia, y respondióme que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotación. Dijele que me la dijese, y el sin dejar la risa, dijo: - Está, como he dicho, aqui en el margen escrito esto: «Esta Dulcinea del Toboso tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos, que otra mujer de toda la Mancha». Cuando yo of decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de don Quijote. Con esta imaginación, le di priesa que leyese el principio, y haciendolo asi, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que decía: Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador aràbigo. Mucha discreción fué menester para disimular el contento que recebi cuando llegó á mis oídos el título del libro, y salteandosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera io que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trata-



ban de don Quijote, en lengua castellana, sin quitarles ni afiadirles nada ofreciéndole la paga que él quistese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad; pero yo, por facilitar más el negocio, y por no dejar de la mano tan buen hallasgo, le truje á mi casa, donde en poco más de mes y medio la tradujo toda del mismo modo que aquí se refiere.

Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quijote con el vizcaino, puestos en la misma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler & tiro de ballesta. Tenía á los pies escrito el vizcaino un título que decla: Don Sancho de Aspeitia, que sin duda debia de ser su nombre, y à los pies de Rocinante otro que decia: Don Quijote. Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinaso, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con cuánta advertencia y propiedad se le habla puesto el nombre de Rocinante. Junto à él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro à su asno, à los pies del cual estaba otro rétulo que decia: Sancho Zancas, y debia de ser que tenia, à lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las sancas largas; y por esto se le debió poner el nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir; pero todas son de poca importancia, y que no bacen al caso à la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna objeción, cerca de su verdad, no podrà ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nación ser mentirosos; aunque por ser tan nuestros enemigos. antes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado; y así me parece á mí, pues cuando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio; cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, el rancor ni la afición no les hagan torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En ésta sé que



se hallará todo lo que se acertare á desear en la más apacible; y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo que fué por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sujeto. En fin, su segunda parte, siguiendo la tradución, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, à la tierra y al abismo; tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué à descargar el golpe, fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin à su rigurosa contienda y à todas las aventuras de nuestro caballero; más la buena suerto, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Valame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre el una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso, sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió à correr por el campo, y à pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando don Quijote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese, sino, que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado, que no podía responder palabra; y él io pasara mal, según estaba ciego don Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiciese tan grande merced y favor de perdonar la vida à aquel su escudero. A lo cual don Quijote respondió



con mucho entono y gravedad: — Por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedia; más ha de ser con una condición y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que más fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que don Quijote pedía, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero harla todo aquello que dé su parte le fuese mandado. — Pues en fe de esa palabra, yo no fe haré más daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPITULO X

DE LO QUE MÁS LE AVINO Á DON QUIJOTE CON EL VIZCAÍNO, Y DEL PELIGRO EN QUE SE VIÓ CON UNA TURBA DE YAM-GÜESES. (*)

Ya en este tiempo se había levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y había estado atento á la batalla de su señor don Quijote, y rogaba á Dios en su corazón fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna insula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia à subir sobre Rocinante, llegó à tenerie el estribo; y antes que subiese, se hincó de rodillas delante de él, y asiendole de la mano se la beso y le dijo: Sea vaestra merced servido, señor don Quijote mio, de darme el gobierno de la insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado insulas en el mundo. A lo cual respondió don Quijote: - Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes, no son aventuras de insulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó

^(*) En el título de este capítulo se ha conservado fielmente lo que se imprimió en las ediciones del tiempo de Cervantes. La Academia de la Lengua y los editores que adoptaron su criterio, han variado por completo la reducción del título, fundados en que no se trata en todo el capítulo de los yangüeses.

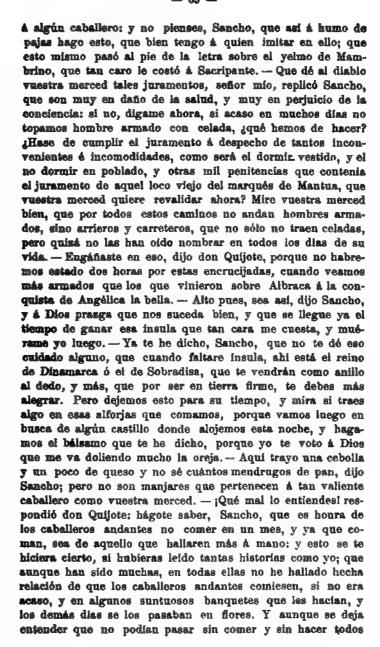


una oreja menos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelanto.

Agradecióselo Sancho mucho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudo à subir sobre Rocinante; y él subió sobre su asno y comenzó à seguir à su señor, que à paso tirado, sin despedirse ni hablar más con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguiale Sancho à todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que, viéndose quedar atrás, le fué forzoso dar voces à su amo que se aguardase. Hizolo así don Quijote, teniendo las riendas à Rocinante, hasta que llegase su cansado escudero, el cual, en llegando, le dijo: - Paréceme, señor, que seria acertado irnos à retraer à alguna iglesia; que según quedó mal trecho aquel con quien os combatisteis, no será mucho que den noticia del caso à la Santa Hermandad y nos prendan; y à se que si lo hacen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo.— Calla, dijo don Quijote: 2y dónde has visto tú ó leido jamás, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por más homicidios que hubiese cometido? -- Yo no se nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté à ninguno; sólo sé que la Santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo; y en esotro no me entremeto. - Pues no tengas pena, amigo, respondió don Quijote; que yo te sacaré de las manos de los caldeos cuanto más de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, ¿has visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido más brio en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar? -- La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he letto ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; más lo que osaré apostar es, que más atrevido amo que vuestra merced, yo no lo he servido en todos los dias de mi vida; y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego à vuestra merced es que se cure, que le va mucho sangre desa oreja; que aqui traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas. - Todo eso fuera bien excusado, respondió don Quijote, si à mi se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. - ¿Qué redoma y qué balsamo es ese? dijo Sancho Panza. -- Es un balsamo, respondió don Quijote, de quien tengo la receta en la memo-



ria, con el cual no hay que tener temor à la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna; y asi, cuando yo le haga y te le dé, no tienes más que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente, la parte del cuerpo que hubiere caldo en el suelo, y con mucha sotileza, antes que la sangre se hiele, la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar más sano que una manzana. - Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida insula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta dese extremado licor, que para mi tengo que valdrá la onza adonde quiera, más de á dos reales, y no he menester yo más para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora, si tiene mucha costa el hacelle. -- Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió don Quijote. - Pecador de mi, replicó Sancho, ¿pues à que aguarda vuestra merced à hacelle y á enseñármele? — Calla, amigo, respondió don Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele más de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento, más cuando don Quijote llegó à ver rota au celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo, dijo: -- Yo hago juramento al Criador de todas las cosas y à los santos cuatro evangelios, donde más largamente están escritos, de hacer la vida que hiso el grande marqués de Mantua, cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Baldovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: - Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado, de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habra cumplido con lo que debía, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. - Has hablado y apuntado muy bien, respondió don Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomir del nueva venganza; pero hágole y confirmole de nuevo, de hacer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta



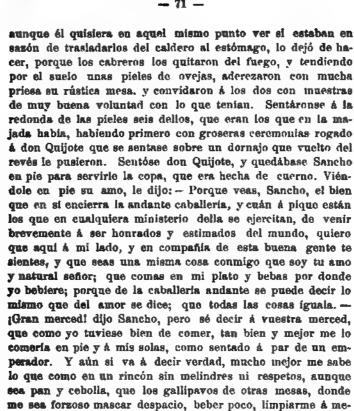


los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, hase de entender también que andando lo más del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su más ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: asi que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mi me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballeria andante de sus quicios. -- Perdóneme vuestra merced, dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escribir, como otra vez he dicho. no sé, ni he caido en las reglas de la profesión caballeresca, y de aqui adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced, que es caballero, y para mi las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de más sustancia. - No digo yo, Sancho, repitió don Quijote, que sea forzoso à los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su más ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas que hallaban por los campos, que ellos conocian y yo también conozco. -Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que según yo me voy imaginando, algún dia será menester usar dese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que trais, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar à donde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida; subieron luego à caballo y diéronse priesa por llegar à poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol, y la esperanza de alcanzar lo que deseaban, junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla alli; que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar à poblado, fué de contento para su amo dormiria al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedía, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballeria.

CAPITULO XI

DE LO QUE SUCEDIÓ À DON QUIJOTE CON UNOS CABREROS.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de si ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego, en un caldero estaban; y



No entendian los cabreros aquella jerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar à sus huéspedes, que con mucho donaire y gana, embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avelianadas y juntamente pusieron un medio queso más

brazo, le forzó á que junto dél se sentase.

nudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme por ser ministro y adherente de la caballeria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo y más provecho; que éstas aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aqui al fin del mundo. - Con todo eso, te has de sentar, porque à quien se humilia Dios le ensalza; y asiéndole por el



duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacio, como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Después que don Quijote hubo bien satisfecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz à semejantes razones: - Dichosa edad y siglos dichosos aquellos à quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro que en esta edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: à nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnifica abundancia sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solicitas y discretas abejas, ofreciendo à cualquiera mano, sin interès alguno, la fértil cosecha de sa dulcisimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de si, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron à cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no más que para defensa de las inclemencias del ciclo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aun no se había atrevido la pesada reja del corvo arado à abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada, ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseían. Entonces si, que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello; sin más vestido de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra: y no eran sus adornos de los que ahora se usan, à quien la purpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y hiedra entretejidas, con lo que quizás iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decoraban los concetos amorosos del aima, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella



los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mesclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofenderlos dei favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que jusgar, ni quien fuese jusgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no està segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque alli, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maidita solicitud, se les entra la amorosa postilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste; para cuya seguridad, andando más los tiempos y creciendo más la malicia, se instituyo la orden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer à los huérfanos y à los menesterosos. Desta orden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis à mi y à mi escudero; que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavia por saber que sin saber vosotros esta obligación me acogisteis y regalasteis, es razón que con la voluntad á mi posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien excusar) dijo nuestro caballero; porque las beliotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento à los cabreros, que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriase el viuo, le tenian colgado en un alcornoque. Más tardo en hablar don Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: - Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darie solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aqui, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo, sabe leer y escrebir, y es músico del rabel, que no hay más que desear. Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó à sus oidos el



son de un rabel, y de allí à poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veintidos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y respondiendo que si, el que había hecho los ofrecimientos le dijo: — Desa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos; y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien. — Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse más de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco, con muy buena gracia, comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO

Yo sé, Olalla, que me adoras, puesto que no me lo has dicho ni aún con los ojos siquiere, mudas lenguas de amorios.

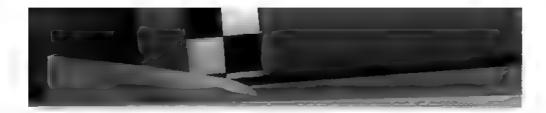
Porque sé que eres sabida, en que me quieres me afirmo; que nunca fué desdichado amor que fué conocido.

Bien es verdad que tal vez, Oialla, me has dado indicio que tienes de bronce el aima, y el blanco pecho de risco.

Más allá, entre tus reproches y honestisimos desvios, tal vez la esperanza muestra la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo mi fe, que nunca ha podido ni menguar por no llamado, ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesia, de la que tienes colijo que el fin de mis esperanzas ha de ser cual imagino.



Y si son servicios, parte de hacer un pecho benigno, algunos de los que he hecho fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello, más de una vez habrás visto que me he vestido en los lunes lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala andan un mismo camino, en todo tiempo á tus ojos quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa, ni las músicas te pinto, que has escuchado á deshoras y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas que de tu belleza he dicho, que, aunque verdaderas, hacen ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
tal piensa que adora á un angel,
y viene á adorar á un jímio;
merced á los muchos dijes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.

Desmentila, y enojóse; volvió por ella su primo: desafióme, y ya sabes lo que yo hice, y él hizo.

No te quiero yo a monton, ni te pretendo y te sirvo por lo de barragania, que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia, que son lazadas de sirgo: pon tu cuello en la gamella, verás cómo pongo el mío.

Donde no, desde aqui juro por el santo más bendito, de no salir destas sierras sino para capuchino.

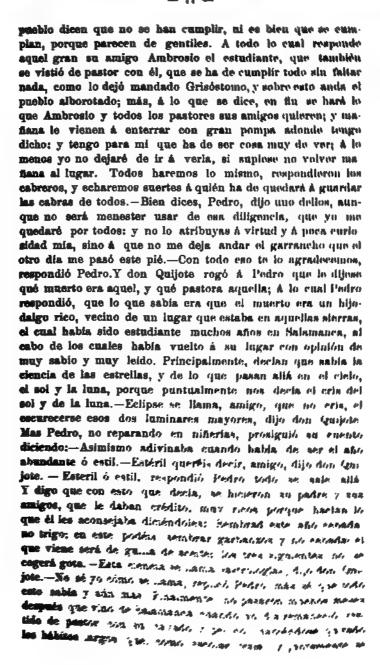


Con esto dió el cabrero fin à su canto, y aunque don Quijote le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba más para dormir que para oir canciones. Y asi dijo à su amo: - Bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estes buenos hombres tienen todo el día, no permite que pasen las noches cantando. -- Ya te entiendo, Sancho, le respondió don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden más recompensa de sueño que de música. — A todo nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho.-No lo niego, replicó don Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va deliendo más de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba, y viendo uno de los cabreros la herida, le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase; y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas à la oreja se la vendó muy bien, asegurandole que no había menester otra medicina, y asi fué la verdad.

CAPÍTULO XII

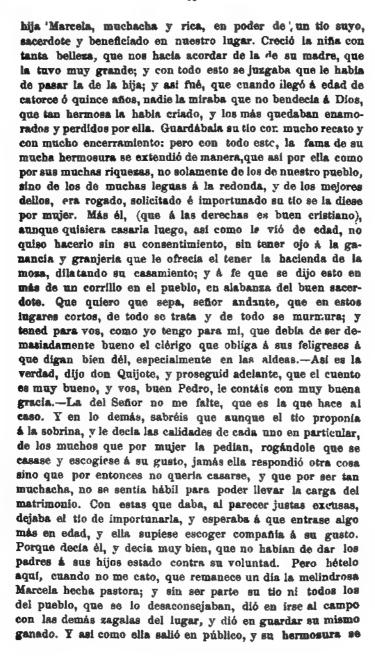
DE LO QUE CONTÓ UN CABRERO Á LOS QUE ESTABAN CON DON QUIJOTE

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dijo:—¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?—¿Cômo lo podemos saber? respondió uno dellos.
—Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada mosa de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.—Por Marcela dirás, dijo uno.—Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mundó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del Alcornoque, porque según es fama (y él dicen que lo dijo), aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y también mandó otras cosas tales, que los abades del





vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto, que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores à los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansi en muebles como en raices y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendición. Después se vino à entender, que el haberse mudado de traje, no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza; quizá y aún sin quiza no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viváis más años que Sarna.-Decid Sarra, replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero, - Harto vive la sarna, respondió Pedro; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo à cada paso los vocablos. no acabaremos en un año.-Perdonad, amigo mio, díjo don Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna à Sarra, os lo dije: pero vos respondistéis muy bien, porque vive más sarna que Sarra; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada. - Digo pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aún más rico, que el padre de Grisóstomo, el cual se liamaba Guillermo, y al cual dió Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo con aquella cara, que del un cabo tenía el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer, murió su marido Guillermo, dejando a su





vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos; uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando à descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de si como con un trabuco. Y con esta manera de condición haco más daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan a serviria y amaria; pero su desdén y desengaño los conduce á término de desesperarse, y asi no saben qué decirle, sino liamaria à voces cruel y desagradecida, con otros títulos à este semejantes, que bien la calidad de su condición manificatan; y si aqui estuviésedes, senor, algún día veriades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aqui un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aqui suspira un pastor, alli se queja otro, acullà se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina o peñasco, y alli sin plegar los llorosos ojos embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol à la mañana; y cuâl hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo; y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar



en altives, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir à domeñar condición tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy à entender que también lo es lo que nuestro sagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo; y así os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mafiana à su entierro, que serà muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar, à aquel donde manda enterrarse, media legua. - En cuidado me lo tengo, dijo don Quijote, y agradéscoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento. ¡Oh! replicó el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; más podria ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese; y por ahora bien será que os vais à dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dafiar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente. Saucho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase à dormir en la choza de Pedro. Hizolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, à imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomedo entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido à coces.

CAPITULO XIII

DONDE SE DA FIN AL CUENTO DE LA PASTORA MARCELA,
CON OTROS SUCESOS

Más apenas comenzó à descubrirse el dia por los balcones del oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron à despertar à don Quijote, y à decille si estaba todavia con propósito de ir à ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quijote que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó à Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camiao. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al crusar de una senda vieron venir hacia ellos hasta seis pastores vatidos con pellicos negros, y coronadas las cabesas con gara-



naldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso bastón de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentileshombres de à caballo, muy bien aderezados de camino. con otros tres mozos de à pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron à caminar todos juntos. Uno de los de a caballo, habiando con su compañero, le díjo: -- Paréceme señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. - Así me lo parece a mi, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera à trueco de verle. Preguntôles don Quijote qué era lo que habían oido de Marcola y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasión por qué iban de aquella manera, que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro à don Quijote había contado. Cesó esta plática, y comenzôse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo, à don Quijote, qué era la ocasión que le movia & andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica. A lo cual respondió don Quijote: - La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armae, sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros audantes. - ¿No han vuestras mercedes leido, respondió don Quijote, los anales é historias Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artús, de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretana, que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que, an-



dando los tiempos, ha de volver à reinar y à cobrar su reino y cetro; à cuya causa no se probará que desde aquel tiempo à este, haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa orden de caballeria de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que alli se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino:

con aquel progreso tan dulce y tan suave de aus amorosos y faertes fechos. Pues desde entonces, de mano en mano, fué aquella orden de caballeria extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amades de Gaula con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generación; y el valeroso Felixmarte de Hircania: ¿ el nunca como «e debe alabado Tirante el Banco; y cas, que en nuestros dias vimos y comunicamos y oimos si invenerble y valeroso canallero don Belianis de Grecia. Esto pues, sehores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la orden de su caballeria, en la cual, como otra vez he dicho, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los canalieros referidos, profeso you y así me voy por estas soledades y desponiados onas cando las aventuras, con ánimo delos rado de ofrecer mi brazo y mi persona à la más peligrosa que la suerre me depare en ayada de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era don (quijose falso de juicio, y del género de se les que lo sehoreana, de to coal combinerous la misma an a care, a que consciusa sodos aque-Bos que de guero regian en echocumiento dena. Y invado. que era persona may discreta i de alegre el coloción, por par sur sin penadumere el pero enticho que decina que en faltaca å Begar å så kuesta skulktionerte, själler statte sekaller sjør å presease make administration with the displacement of a second displacement. Facilities come, select excellent andance is a contract method has profer sado una de las una estrestas profesiones que hay en la tierra,

y tengo para mi que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. — Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro don Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda; porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de las guerras y las à ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, siguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron à ser emperadores por el valor de su brazo, à fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas. — Dese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes; y es que cuando se ven en ocasión de acometer ana grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse à Dios, como cada cristiano està obligado & hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas, con tanta gana y devoción, como si ellas fueran su dios; cosa que me parece que huele algo á gentilidad. - Señor, respondió don Quijote; eso no puede ser menos en ninguna manera, y caería en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballeria

andantesca, que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva à ella los ojos blanda y amorosamente, como el que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aun si nadie lo oye, está obligado à decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encombende; y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han dejar de encomendarae à Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el dia curso de la obra. — Con todo eso, replieb el caminante, ma queda un escrupulo, y es que muchas veces he lelda que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de nos en otra se les viene à encender la côlera, y à volver los entention y à tomar una buena pieza del campo, y luego, sin mas ni más, à todo el correr de ellos se vuelven à encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan à sus damas; v la que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las anens del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte a par te, y al otro le aviene también, que à no tenerse à las crimes del suyo, no pudiera dejar de venir al suelo; y no se yo como le muerto tuvo lugar para encomendarse à Dios en el discurso de esta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la carrera gastó encomendándose à su dama, lan gantara en lo que debía y estaba obligado como cristiano; cuanto más. que yo tengo para mi, que no todos los caballeros andantes tienen damas à quien encomendarse, porque no todos son enamorados. - Eso no puede ser, respondió don Quijote; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, por que tan propia y tan natural les es à los tales ser enamora dos, como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no 🕳 ha visto historia donde se halle caballero andante sin amores y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no seria toute por legitimo caballero, sino por bastardo, y que entrí en La fortaleza de la caballeria dicha, no por la puerta, sino por pardas, como salteador y ladrón. — Con todo eso, dijo 😝 🚗 minante, me parece, si mal no me acuerdo, haber lette don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, antes tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarus, todo esto, no fué tenido en menos, y fué un muy famoso caballero. A lo cual respondió nuestro dos — Señor, una golondrina sola no hace verano, cuesto que yo sé que de secreto estaba ese caballero may morado, fuera que aquello de querer à todas bien,

bien le parecían, era condición natural, á quien no podía ir à la mano. Pero en resolución; averiguado está muy bien, que él tenía una sola á quien él había hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. — Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mío, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aqui dió un gran suspiro don Quijote, y dijo: — Yo no podrć afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo à lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen à hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan à sus damas; que sus cabellos son de oro, su frente campos eliscos, sus cejas arcos del ciclo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas. — El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió don Quijote: — No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastres, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio à las más ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

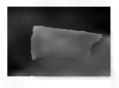


Nadie las mueva que estar no pueda con Roldán à prueba.

 Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha; puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. - Como eso no habrá llegado, replicó don Quijote. Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aún hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habla llegado jamas à su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas bacian, bajaban basta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que, á lo que después pareció, eran cual de tejo y cual de ciprés. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos, lo cual, visto por uno de los cabreros, dijo: - Aquellos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pio de aquella montaña es el lugar donde él mando que lo enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué à tiempo que ya los que venian, habían puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos, con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego, don Quijote, y los que con él venían, se pusieron à mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor del tenía en las mismas andas, algunos libros y muchos papeles abiertos y corrados; y asi los que esto miraban, como los que habrian la sepultura, y todos los demás que alli había, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que el muerto trujeron, dijo à otro. — Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo; ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. - Esto es, contestó Ambrosio; que muchas veces en él, me contó mi desdichado amigo, la historia de su desventura. Alli, me dijo

él, que vió la vez primera à aquella enemiga mortal del linaje humano; y alli fué también, donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y alli fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar. de suerte, que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aqui, en memoria de tantas desdichas. quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á don Quijote, y á los caminantes, prosiguió diciendo: — Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, sólo en la cortesia, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnifico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdeñado; rogó à una fiera, importunó à un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en mitad de la carrera de su vida, à la cual dió fin una pastora, à quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. — De mayor rigor y crueldad, usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amígo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida à estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir à los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aqui venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, sabemos la amistad vuestra y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual, lamentable historia se puede sacar cuánta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que à rienda





suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar habia de ser enterrado; y asi, de curiosidad y de lastima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir à ver con los ojos lo que tanto nos ha lastimado en otllo; y en pago de esta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, oh discreto Ambrosio, à lo menos yo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrasar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó aigunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual, Ambrosio, dijo: - Por cortesia, consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de abrasar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenia por titulo: Canción desesperada. Oyólo Ambrosio, y dijo: - Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque vetis, señor, en el término que le tenian sus desventuras, leedle de modo que seáis oldo, que bien os dará jugar à elio el que se tardare en abrir la sepultura. - Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron á la redonda, y él leyendo en vos clara, vió que así decla:

CAPITULO XIV

DONDE BE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOE, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruei, que se publique de lengua en lengua y de una en otra gente del áspero rigor tuyo la fuerza,

haré que el mismo inflerno comunique al triste pecho mio un son doliente, con que el uso común de mi voz tuerza.

Y al par de mi deseo, que se esfuerza à decir mi dolor y tus hazañas, de la espantable voz irà el acento, y en él mezclados, por mayor tormento, pedazos de las miseras entrañas.

naldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso bastón de acebo en la mano: venían con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su companero, le dijo: — Paréceme señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dejar de ser famoso, según estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. — Así me lo parece à mi, respondió Vivaldo; y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciera à trueco de verle. Preguntóles don Quijote qué era lo que habían oído de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habían encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habían preguntado la ocasión por qué iban de aquella manera, que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo, á cuyo entierro iban. Finalmente, él contó todo lo que Pedro à don Quijote había contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo, à don Quijote, qué era la ocasión que le movia à andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica. A lo cual respondió don Quijote: — La profesión de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, alla se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, sólo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto, cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. - ¿No han vuestras mercedes leido, respondió don Quijote, los anales é historias Ingalaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artús, de quien es tradición antigua y común en todo aquel reino de la Gran Bretaña. que este rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que, an-



dando los tiempos, ha de volver à reinar y à cobrar su reino y cetro; à cuya causa no se probará que desde aquel tiempo à este, haya ningún inglés muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen rey, fué instituida aquella famosa orden de caballeria de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasaron sin faltar un punto los amores que alli se cuentan de don Lanzarote del Lago con la reina Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de

Nunca fuera caballero de damas tan bien servido, como fuera Lanzarote cuando de Bretaña vino:

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fastes fechos. Paes desde entonces, de mano en mano, fué aquella orden de caballeria extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nictos, hasta la quinta generación; y el valeroso Felixmarte de Hircania; ¿ el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco; y casi que en nuestros días vimos y comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la orden de su caballeria, en la cual, como otra vez he dicho, aunque pecador, he hecho profesión, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos, profeso yo; y asi me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona à la más peligrosa que la suerte me depare en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo acabaron de enterarse los caminantes que era don Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiración que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condición, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba A llegar à la sierra del entierro, quiso darle ocasión que à pasase más adelante con sus disparates. Y así le dijo: - Paréceme, senor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las más estrechas profesiones que hay en la tierra,

y tengo para mi que aun la de los frailes cartujos no es tan estrecha. — Tan estrecha bien podía ser, respondió nuestro don Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponello en duda; porque si va à decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecución lo que su capitán le manda, que el mismo capitán que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que, somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de las guerras y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, siguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; sólo quiero inferir, por lo que yo padezco, que sin duda es más trabajoso y más aporreado y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso; porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron à ser emperadores por el valor de su brazo, à fe que les costó buen por qué de su sangre y de su sudor: y que si à los que à tal grado subieron, les faltaran encantadores y sabios que les ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus descos y bien engañados de sus esperanzas. — Dese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mai de los caballeros andantes; y es que cuando se ven en ocasión de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse à Dios, como cada cristiano està obligado à hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas, con tanta gana y devoción, como si ellas fueran su dios; cosa que me parece que huele algo à gentilidad. - Señor, respondió don Quijote; eso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballeria

andantesca, que el caballero andante que al acometer algún gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como el que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie lo oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazón se le encomiende; y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han dejar de encomendarse à Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. — Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrupulo, y es que muchas veces he leido que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene à encender la cólera, y à volver lo-caballos, y à tomar una buena pieza del campo, y luego, sin más ni más, à todo el correr de ellos se traelten à encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan à eus damas: y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo, pasado con la lanza del contrario de parte à parte, y al otro le ariene también. Que à no tenerse à las enines del suyo, no pudiera dejan de men n'al enelos y no sé po témo le muerto tuvo luzza cara econtestares à Inico et el districto de esta tan acelerada obra. Mejor faera que las calabras que on in correct gassic encounterfactions a six dama, in gastara ca lo que debia y estaba obligado tomo tristiado, tradito más, que ye sengo para má que no todos los taballeros andanses **tionen damus à** quien entermendame, propine en rours son COMMENSARY - I'M an armine was respect to the graphs flare QUE UN BROKER HAT LIGHT CATA CACALLANT ALLCANTA ALL CALLA. DOPque tex service y tex culture, see en a live teles ent entant tra-BOS. COMMO AL THEIR SECTION AND THE POST AND THE ASSESSMENT OF A POST AND ASSESSMENT AND ASSESSMENT AND ASSESSMENT ASSESS he visco instance for the security water, but anderthe encay tree; There is all many than the experience of a electric and second technical BOY METHODIC CACALLETT AND TOP TRACETOR TO THE POTT AND A BREEDER OF A PROGRESSION OF THE STATE AND THE AR sortes, there is that the action in fact that the the table MINESTER, THE TREATER OF MAN 15 THE RESIDENCE LARGE MICH STATE the Causer, remains to reservoir America to Craica a litera sees tame melalace a graph disclosed michigary 7 15%. the every the the the second that the profite of the six star that the profite of SHOWER THE PARTY IS IN THE PROJECTION SAMPLET THE GRANTES - State the production of a 16 land regard plants had The to be the the memory working the raid with 1117 that the Minerally from the action to the terms a night new classical

bien le parecian, era condición natural, á quien no podía ir à la mano. Pero en resolución; averiguado está muy bien, que él tenia una sola à quien él había hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. — Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesión; y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aqui dió un gran suspiro don Quijote, y dijo: - Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; sólo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea; su patria el Toboso, un lugar de la Mancha; su calidad por lo menos ha de ser princesa, pues es reina y señora mía; su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen à hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan à sus damas; que sus cabellos son de oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas. — El linaje, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. cual respondió don Quijote: — No es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña: ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia: Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragón; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla: Alencastres, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje, aunque moderno, tal, que puede dar generoso principio á las más ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia:

Nadie las mueva que estar no pueda con Roldán á prueba.

- Aunque el mío es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré vo poner con el del Toboso de la Mancha; puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oídos. - Como eso no habrá llegado, replicó don Quijote. Con gran atención iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aún hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro don Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quién era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivía tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas, que, á lo que después pareció, eran cual de tejo y cual de ciprés. Entre seis dellos traian unas andas, cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos, lo cual, visto por uno de los cabreros, dijo: — Aquellos que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que lo enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué à tiempo que ya los que venian, habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos, con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego, don Quijote, y los que con él venían, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostraba que vivo había sido de rostro hermoso y de disposición gallarda. Alrededor del tenía en las mismas andas, algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados; y así los que esto miraban, como los que habrian la sepultura, y todos los demás que alli habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que el muerto trujeron, dijo a otro. - Mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo; ya que queréis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. — Esto es, contestó Ambrosio; que muchas veces en él, me contó mi desdichado amigo, la historia de su desventura. Alli, me dijo

él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano; y alli fué también, donde la primera vez le declaró su pensamiento, tan honesto como enamorado, y alli fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte, que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aqui, en memoria de tantas desdichas. quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose à don Quijote, y à los caminantes, prosiguió diciendo: - Ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estáis mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, sólo en la cortesia, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnifico sin tasa, grave sin presunción, alegre sin bajeza, y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido; adoró, fué desdefiado; rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en mitad de la carrera de su vida, à la cual dió fin una pastora, à quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes; cual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estáis mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. — De mayor rigor y crueldad, usaréis vos con ellos, dijo Vivaldo, que su mismo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso; y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado. Así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no queráis dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumpláis como indiscreto; antes haced, dando la vida à estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirva de ejemplo en los tiempos que están por venir á los vivientes, para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya sé yo, y los que aquí venimos, la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo, sabemos la amistad vuestra y la ocasión de su muerte, y lo que dejó mandado al acabar de la vida: de la cual, lamentable historia se puede sacar cuanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra, con el paradero que tienen los que á rienda

suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supimos la muerte de Grisóstomo, y que en este lugar había de ser enterrado; y así, de curiosidad y de lástima, dejamos nuestro derecho viaje, y acordamos de venir à ver con los ojos lo que tanto nos ha lastimado en oillo; y en pago de esta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos, te rogamos, oh discreto Ambrosio, à lo menos vo te lo suplico de mi parte, que dejando de abrazar estos papeles, me dejes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese, alargó la mano y tomó algunos de los que más cerca estaban; viendo lo cual, Ambrosio, dijo: — Por cortesia, consentiré que os quedéis, señor, con los que ya habéis tomado; pero pensar que dejaré de abrasar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo, que deseaba ver lo que los papeles decian, abrió luego el uno dellos, y vió que tenía por titulo: Canción desesperada. Ovolo Ambrosio, y dijo: — Ese es el último papel que escribió el desdichado; y porque veais, señor, en el término que le tenían sus desventuras, leedle de modo que seais oido, que bien os dara jugar à ello el que se tardare en abrir la sepultura. — Eso haré yo de muy buena gana, dijo Vivaldo; y como todos los circunstantes tenían el mismo deseo, se le pusieron à la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia:

CAPITULO XIV

DONDE SE PONEN LOS VERSOS DESESPERADOS DEL DIFUNTO PASTOR, CON OTROS NO ESPERADOS SUCESOS

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique de lengua en lengua y de una en otra gente del áspero rigor tuyo la fuerza,

haré que el mismo inflerno comunique al triste pecho mio un son doliente, con que el uso común de mi voz tuerza.

Y al par de mi deseo, que se esfuerza à decir mi dolor y tus hazañas, de la espantable voz irá el acento, y en él mezclados, por mayor tormento, pedazos de las miseras entrañas.

Escucha, pues, y presta atento oldo, no al concertado son, sino al ruido que de lo hondo de mi amargo pecho, llevado de un forzoso desvario, por gusto mio sale, y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero el temeroso aullido, el silbo horrendo de escamosa serpiente, el espantable

baladro de algún monstruo, el agorero graznar de la corneja, y el estruendo del viento contrastable en mar instable;

del ya vencido toro el implacable bramido, y de la viuda tortolilla el sensible arrullar; el triste canto del emvidiado (*) buho, con el llanto de toda la infernal negra cuadrilla,

salgan con la doliente ánima fuera, mezclados en un son, de tal manera, que se confundan los sentidos todos; pues la pena cruel que en mí se halla, para contalla pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas del padre Tajo oirán los tristes ecos, ni del famoso Betis las olivas;

que allí se esparcirán mis duras penas en altos riscos y en profundos huecos, con muerta lengua y con palabras vivas;

ó ya en obscuros valles, ó en esquivas playas desnudas de contrato humano, ó adonde el sol jamás mostró su lumbre, ó entre la venenosa muchedumbre de fieras que alimentan el líbio (**) llano;

que puesto que en los páramos desiertos los ecos roncos de mi mal inciertos

^(*) Se ha atribuído á los demás pajaros la envidia al buho por su facultad de ver de noche lo que ellos no pueden ver. A esto se refería Cervantes.

^(*) En la primera de las ediciones del tiempo de Cervantes se lee en este verso el libro llano, y en la de 1608, del mismo tiempo, dice el Nilo llano. Lo primero es indudablemente un error de imprenta, habiendo escrito con toda probabilidad Cervantes el libio llano. Así se deja en esta edición, tanto porque el Nilo no es más llano que los demás ríos del mundo, como porque en los llanos de la Libia es donde pueden alimentarse las fieras á que hace referencia este mismo verso.

suenen con tu rigor tan sin segundo, por privilegio de mis cortos hados serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén; atierra la paciencia, ó verdadera ó falsa, una sospecha; matan los celos con rigor más fuerte;

desconcierta la vída larga ausencia; contra un temor de olvido no aprovecha firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte; más yo imilagro nunca visto! vivo celoso, ausente, desdeñado, y cierto de las sospechas que me tienen muerto; y en el olvido, en quien mi fuego avivo.

Y entre tantos tormentos, nunca alcanza mi vista à ver en sombra à la esperanza, ni vo desesperado la procuro; antes, por extremarme en mi querella, estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante esperar y temer, ó es bien hacello, siendo las causas del temor más ciertas?

¿Tengo, si el duro celo está delante, de cerrar estos ojos, si he de vello por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quién no abrirá de par en par las puertas à la desconfianza, cuando mira descubierto el desdén, y las sospechas, ¡oh amarga conversión! verdades hechas, y la limpia verdad vuelta en mentira?

¡Oh en el reino de amor fieros tiranos celos! ponedme un hierro en estas manos; dame, desdén, una torcida soga: ¡más ay de mí! que con cruel victoria vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere buen suceso en la muerte ni en la vida, pertinaz estaré en mi fantasia.

Diré que va acertado el que bien quiere, y que es más libre el alma más rendida, y la de amor antigua tiranía.

Diré que la enemiga siempre mía, hermosa el alma como el cuerpo tiene, y que su olvido de mi culpa nace, y que en fe de los males que nos hace, amor su imperio en justa paz mantiene;

y con esta opinión y un duro lazo, acelerado el miserable plazo à que me han conducido sus desdenes, ofreceré à los vientos cuerpo y alma sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras la razón que me fuerza à que la haga à la cansada vida que aborrezco;

pues ya ves que te da notorias muestras esta del corazón profunda llaga, de cómo alegre á tu rigor me ofrezco,

si por dicha conoces que merezco que el cielo claro de tus bellos ojos en mi muerte se turbe, no lo hagas, que no quiero que en nada satisfagas al darte de mi alma los despojos,

Antes con risa en la ocasión funesta descubre que el fin mio fué tu fiesta. Más gran simpleza es avisarte desto pues sé que está tu gloria conocida en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo Tántalo con su sed, Sisifo venga con el peso terrible de su canto;

Ticio traiga su buitre, y ansimismo con su rueda Egion no se detenga, ni las hermanas que trabajan tanto.

Y todos juntos su mortal quebranto trasladan en mi pecho, y en voz baja (si ya à un desesperado son debidas) canten obsequias tristes, doloridas al cuerpo, à quien se niega aún la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros, con otras mil quimeras y mil mostros lleven el doloroso contrapunto, que otra pompa mejor no me parece que la merece un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes cuando mi triste compañía dejes; antes, pues que la causa do naciste con mi desdicha aumenta su ventura, aún en la sepultura no estès triste.

Bien les pareció à los que escuchado habian la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó, dijo que no le parecia que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio de buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual, respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo: — Para que, señor, os satisfagáis desa duda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción, estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban à Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. - Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo lecr otre papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció à los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura, pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba à su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto, la miraban con admiración y silencio; y los que ya estaban acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Más apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado, le dijo: ¿Vienes **á ve**r por ventura, oh, fiero basilisco destas montañas, si co**n** tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable, à quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes à ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, ó à ver desde esa altura como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, ó à pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija el de su padre Tarquino? (*) Dinos presto á lo que vie-

^(*) Error de Cervantes, puesto que fué Tulia, esposa de Tarquino é hija de Servio Tulio la que hizo pasar su carro por sobre el cadáver de su padre.

nes, ó que es aquello de que más gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos. — No vengo, joh Ambrosio! à ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego á todos los que aqui estáis, me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad à los discretos. Hizome el cielo, según vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos à otra cosa, à que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decis y aún queréis que esté yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; más no alcanzo que por razón de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso à amar à quien le ama; y más, que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: Quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cual habían de parar; porque siendo infinitos los snjetos hermosos, infinitos habian de ser los descos; y según yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto asi, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decis que me queréis bien? Sino, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más que habéis de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal cual es, el cielo me la dió de gracia, sin yo pedilla ni escogella; y así como la vibora no merece ser culpada por la ponzoña quel tiene, puesto que con ella mata por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa, que la hermosura en la mujer honesta, es como el fuego apartado ó como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin los cuales, el cuerpo, aunque lo sea, no debe de



parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermoscan, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder à la intención de aquel que por sólo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo naci libre, y para poder vivir libre, escogi la soledad de los campoe: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna & Grisóstomo, ni à otro alguno, el fin de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mato su porfia que mi crueldad; y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar, donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gosase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido; mirad ahora si será razón que de su pena se me de à mi la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel à quien le faltaron las prometidas esperanzas; confiese el que yo llamare; ufanese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel à quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por elección, es excusado. Este general desengaño, sirva á cada uno de los que me solicitan, de su particular provecho; y entiendase de aqui adelante, que si alguno por mi muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien à nadie quiere, 🛦 ninguno debe dar celos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta flera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá. conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si à Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propías y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco á nadie; no engaño á éste, ni solicito á aquél, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras, me entretiene: tienen mis deseos por térmiño estas montañas, y si de aqui salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera.

Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaidas, y se entró por lo más cerrado de un monte que alli cerca estaba, dejando admirados tanto de su discreción como de su hermosura á todos los que alli estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la podorosa fiecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manificato desengaño que habían oido. Lo cual, visto por don Quijote, pareciéndole que alli venia bien usar de su caballeria, socorriendo à las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces dijo: - Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones, la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuan ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, à cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él, ella es sola la que con tan honesta intención vive. O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de alli, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que debia decir desta manera:

> Yace aqui de un amador el misero cuerpo helado,

que fué pastor de ganado, perdido por desamor.

Murió à manos del rigor de una esquiva, hermosa ingrata, con quien su imperio dilata la tirania de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame à su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos à Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle, tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sinó, tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual, no les falto de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de don Quijote; el cual, determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Más no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte. (*)

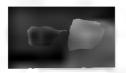
CAPÍTULO XV

DONDE SE CUENTA LA DESGRACIADA AVENTURA QUE SE TOPÓ DON QUIJOTE EN TOPAR CON UNOS DESALMADOS YAN-GÜESES.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como don Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero

^(*) Sobre la división de las partes del texto, distinta en esta edición de la que aparece en la primera, véase la nota puesta al principio del capítulo IX, en la página 61.

se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela; y habiendo andado más de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca hierba, junto del cual corria un arroyo apacible y fresco, tanto, que convidó y forzó à pasar alli las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse don Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha hierba que alli había, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz y compañía, amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas à Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieron tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que anduviera por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de hierba y agua, y aquel donde acertó à hallarse don Quijote, era muy & propósito de los yangüeses. Sucedió, pues, que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras hacas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotillo algo picadillo, y se fué à comunicar su necesidad con ellas; mas ellas, que à lo que pareció debian de tener más ganas de pacer que de ál, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera, que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió más de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto, don Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habían visto, llegaban ijadeando, y dijo don Quijote á Sancho:—A lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baja ralea: digole porque bien me puedes ayudar, à tomar la debida venganza del agravio que detante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. -¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá nosotros sino uno y medio?-Yo valgo por ciento, replicó don Quijote, y sin hacer más discursos, echó mano á su espada y arremetió à los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo: y á las primeras, dió



don Quijote una cuchillada à uno, que le abrió un savo de enero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron à sus estacas, y cogiendo à los dos en medio, comenzaron à menudear sobre ellos con grande abinco y vehemencia. Verdad es, que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino à don Quijote, sin que le valiese su destreza y buen animo; y quiso su ventura que viniese à caer à los pies de Rocinante, que aun no se había levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues, los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron cargaron su recua y siguieron su camino, dejando à los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallandose junto à su señor, con voz enferma y lastimada dijo: - Señor don Quijote, jah, señor don Quijote! - ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió don Quijote con el mismo tono afeminado y doliento.-Querria, si fuese posible, respondió Sancho Panza que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blás, si es que la tiene vuestra merced ahí à mane; quizà serà de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas.-Pues á tenerla yo aqui, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió don Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, à fe de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder, o mai me han de andar las manos.-¿Pues en cuántos le parece à vuestra merced que podremos mover los piés? replicó Sancho Panza.- De mi sé decir, dijo el molido caballero don Quijote, que no sabré poner término A esos días; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano à la espada contra hombres que no fuesen armados cabilleros como yo, y así creo que en pena de ha ber pasado las leyes de la caballeria, ha permitido el dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que abora te dirê, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace aigún agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano à tu espada y castigalos muy à tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender

y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta donde se extiende el valor deste mi fuerte brazo. Tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo:— Señor, yo soy hombre pacifico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer y hijos que sustentar y criar: asi que séale á vuestra merced también aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero; y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidaldo ó pechero, sin aceptar estado ó condición alguna.

Lo cual, oído por su amo, le respondió:—Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto cuanto, para darte á entender, Panza en el error en que estás. Ven acá pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, lienándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las insulas que te tengo prometida, ¿qué seria de ti, si ganandola yo, te hiciese señor della, pues lo vendras à imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorio? Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, a probar ventura; y asi, es menester que el nuevo poseedor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento. - En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice; más yo le juro, à fe de pobre hombre, que más estoy para bizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar y ayudaremos à Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamás tal crei de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacifica como yo. En fin, bien dicen, que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta

vida. ¿Quién dijera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta, y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas?—Aún las tuyas, Sancho, replicó don Quijote, deben de estar hechas à semejantes nublados; pero las mías, criadas entre sinabafas y holandas, claro está que sentirán más el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aqui me dejaría morir de puro enojo. A esto replicó el escudero:— Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballeria, digame vuestra merced si suceden muy a menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece à mi que à dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. -Sábete, amigo Sancho, respondió don Quijote, que la vida de los caballeros andantes, está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni más ni menos está en potencia propincua de ser los caballeros andantes, reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros, de cuyas historias, yo tengo entera noticia; y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que, sólo por el valor de su brazo, han subido á los altos grados que he contado; y estos mismos se vieron antes y después en diversas calamidades y miserias; porque el valeroso Amadís de Gaula, se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus, el encan. tador, de quien se tiene por averiguado que le dió, teniéndole preso, más de doscientos azotes con las riendas de su caballo, atado à una coluna de un patio; y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero de Febo, con una cierta trampa que se le hundiò debajo de los piés en un cierto castillo, al caer, se halló en una honda cima debajo de la tierra, atado de piés y manos, y alli le echaron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo; y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio, grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero. Así que, bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que éstos pasaron, que no las que ahora nosotros pasamos; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por

palabras expresas: que si el zapatero dá á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenía estoque, espada, ni puñal.—No me dieron à mi lugar, respondió Sancho, à que mirase en tanto, por que apenas puse mano à mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo donde ahora yazgo, y á donde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no, lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.—Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó don Quijote, que no hay memoria à quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma.—¿Pues qué mayor desdicha puede ser, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y à la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital, para ponerlas en buen término siquiera. -Déjate desto, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió don Quijote, que así haré yo; y veamos cómo está Rocinante, que à lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia.—No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él también caballero andante; de lo que yo me maravillo es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosetros salimos sin costillas. -- Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo don Quijote: dígolo, porque esa bestezuela, podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mi desde aqui á algún castillo, donde sea curado de mis feridas. Y más, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay gran diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura.—A lo cual, respondió don Quijote: Las

feridas que se reciben en las batallas antes dan honra que la quitan; asi que, Panza amigo, no me repliques más, sino, como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que más te agradare, encima de tu jumento; y vamos de aqui antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado.—Pues yo he oido decir à vuestra merced, dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que lo tienen á mucha ventura.—Eso es, dijo don Quijote, cuando no pueden más ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años, sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadis, cuando llamándose Beltenebros, se alojó en la Peña Pobre, ni se si ochos años ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta basta que él estuvo alli haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. - Aún ahi seria el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien alli le había traido, se levantó, quedándose agobiado en la mitad del camino, como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel día; levantó luego à Rocinante, el cual, si tuviera lengua con que quejarse, à buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á don Quijote sobre el asno, y puso de reata à Rocinante; y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que à pesar suyo y gusto de don Quijote, había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sinó castillo, y tanto duró la porfia, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar à ella, en la cual, Sancho se entró, sin más averiguación con toda su recua.

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA QUE EL IMAGINABA SER CASTILLO

El ventero, que vió á don Quijote atravesado en el asno, preguntó à Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caida de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer à una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolia de las calamidades de sus prójimos: y así acudió luego á curar á don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo suplia las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban la hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó à la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama à don Quijote en un camaranchón, que en otros tiempos daba maniflestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en cual, también alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja à la de don Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que à no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que asi se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á don Quijote, dijo que aquello más parecian golpes, que caida. — No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenía muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal; y también le dijo: - Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que también me duelen à mi un poco lomes. — ¿Desa manera, respendió la ventera; también debisse vos de caer? — No est. dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que vest de vez este à mi amo, de tal manera me duele à mi el exerçe. Que me parece que dado mil palos. — Bien podrá ser eso, dije la descerla, que à mi me ha acontecido muchas reces essas que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al escito y esando. despertaba del sueño, ballarme tan molida y guebrantada. como si verdaderamente bubbera es do - 31: 4-14 vi torias. sefiora, respondió Sancho Panza, oue vo est entre nada esto. estando más dispierto que abera estro, un ballo con prese menos cardenales que mi seños don (22/22) — Mino se hama este caballero? pregunzó la astura a Maritemes — Inc. Quijote de la Mancha, respectat factor l'acce, y es caracters aventurero, y de los mejores y más familes que de laungos tiempos aca se han visto et el munico — jorde el raballero aventurero? replied la moza - ¿Tan rouva with en el mondo que no lo sabéle voe? respecto habelo l'abras pres sabed. hermana mia, que caballero aventurero en una cona con en dos palabras se ve apaleado o emperadore dos está la más e desdichada eriatura del munor y la male menelembro. V male fiana tendrá dos ó tres enecesas en en cos con dan á su escudero. - ¿Pues, elemo res. + budole desse ton boren seller, dife la ventera, no tenéla, à lo que parece acquera algún condado? — Aun en vemprano, respenso à Saneno, porque no na emb un mes que andant la humando las aventuras, o hasta abrea no bemos togado est ninguna che lo esa, y tal vez han que se busca una crea i se halla cira: i ecdan ca que al mil achor don Quilote sana desta herida ó calda y no no quedo contrabecho della, no incerna mie esperanzas con el mejor titulo de España. Todas estás plat cas estaba escuchando muit atento don Quijote: y sentándose en el senno nomo pudo, tomando de la mano **å la ventera.** Le cife: -- Creectile derticola belicra, que ce podéje llamar venturosa por haber alciado en este vuestro castillo á mi persona, que es sal, que si vo no la alabo, es por lo que suele deciree, que la alabanza propia envilere; pero mi escudero os dirá quien soy: sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradectroelo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto à sus leves, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libe-tad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que asi las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo había menester que su amo. Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarían juntos; y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuentase desta buena moza, que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decia ella que desgracias y malos sucesos, la habían traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote, estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto à él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenia una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli, fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan minimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde; podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan à los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas; y ¡con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualisima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentía el dolor de sus cos-

tillas, y don Quijote con el dolor de las suyas tenis los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no había otra luz que la que daba una lámpara que: colgada en medio del portal ardía. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que à cada paso se cuentan en les libres, autores de sus desgracias, le trujo à la imaginación una de las extrahas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado à un famoso castillo que como se ha dicho, castillos eran à su parecer todas las ventes donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del settor del cuati llo, la cual, vencida de su gentileza se había enamorado del, y prometido que aquella noche à furto de sus padres vendris à yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó à acuitar y à pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosia à su senora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintafiona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada, de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando don Quijote la sintió, y sentándose en la cama apesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su famosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de don Quijote, el cual, la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hacia si, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finisimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban à crines, él los marcó por hebras de lucidisimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pinto en su imaginación de la misma traza y modo, lo había leido en sus libros de la otra princesa que vino à ver al malferido

caballero, vencida de sus amores, como todos los adornos que aqui van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo que el tacto, ni el aliento ni otras cosas que traia en si la buena doncella, no le desengañaban, las cuales, pudieran hacer vomitar à otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura, y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja, le comenzó á decir: — Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir à los buenos, ponerme en este lecho, donde vago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer à la vuestra. fuera imposible, y más que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadisima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, à quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió; y estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decia, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de don Quijote, y estuvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas; y con los pies, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y no de firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió á la cama de

Sancho Panza, que aun dormia, y alli se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: — ¿A dónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y á otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes, la cual, sentida del dolor, echando à rodar la honestidad, dió el retorno à Sancho con tantas, que à su despecho le quito el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más renida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero á la lumbre del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando á don Quijote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porqué fué à castigar à la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella harmonia. Y asi, como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron à obscuras, dábanse tan sin compasión todos à bulto, que à doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta, un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró ascuras en el aposento diciendo: — Ténganse á la justicia, ténganse à la Santa Hermandad. Y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y echándole á tiento mano á las barbas, no cesaba de decir: - Favor à la justicia. Pero viendo que el que tenía asido no se bullia ni meneaba, se dió à entender que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: — Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui à un hombre. Esta voz sobresaltó à todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que la tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero à sus enjalmas, la moza à su rancho; solos los dos desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y pren•

der los delincuentes, más no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII

DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA, PASARON EN LA VENTA, QUE POR SU MAL PENSÓ QUE ERA CASTILLO.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes había llamado á su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: — ¿Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho? — ¿Qué tengo de dormir, pesia à mi? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sinó que todos los diablos han andado conmigo esta noche. - Puédeslo creer así, sin duda, respondió don Quijote, perque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber. . . . más esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte. — Si juro, respondió Sancho. — Dígolo, replicó don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. – Digo que si juro, tornó à decir Sancho, que lo callaré hasta después de los días de vuestra merced, y plega å Dios que lo pueda descubrir mañana. — ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? - No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. — Sea por lo que fuere, respondió don Quijote, que más fio de tu amor y de tu cortesia, y asi has de saber que esta noche, me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mi vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo à mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero

decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo más cierto), que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaha con ella en dulcisimos y amorosisimos coloquios, sin que yo la viese y supiese por donde venta, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante, y asentôme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, por demastas de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mi. - Ni para mi tampoco, respondió Sancho, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero digame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mai, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la ma. yor parte! - ¿Luego también estás tú aporreado? respondió don Quijote. — ¿No le he dicho que si, pese à mi linaje? dijo Sancho. - No tengas pena, amigo, dijo don Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró à ver el que pensaba que era muerto, y asi como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano y con muy mala cara, preguntó à su amo: — Señor, ¿Si serà éste à dicha el moro encantado que nos vuelve à castigar, si se dejó algo en el tintero? — No puede ser el moro, respondió don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: sino diganlo mis espaldas. También lo podrían decir las mías, respondió don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se vé sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sín poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: - Pues ¿cómo vá, buen hombre? - Hablara yo más bien criado, respondió don Quijote, si fuera que

CAPÍTULO XVI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ AL INGENIOSO HIDALGO EN LA VENTA QUE ÉL IMAGINABA SER CASTILLO

El ventero, que vió á don Quijote atravesado en el asno, preguntó à Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que había dado una caída de una peña abajo, y que venía algo brumadas las costillas. Tenía el ventero por mujer à una no de la condición que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa y se dolía de las calamidades de sus prójimos: y así acudió luego á curar á don Quijote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo suplia las demás faltas: no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban la hacian mirar al suelo más de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á don Quijote en un camaranchón, que en otros tiempos daba maniflestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en cual, también alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco más allá de la de nuestro don Quijote; y aunque era de las enjalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja à la de don Quijote, que solo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchón, que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que à no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó don Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que asi se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á don Quijote, dijo que aquello más parecian golpes, que caida. — No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno había hecho su cardenal; y también le dijo: - Haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tam-

bién me duelen à mi un poco lomos. — ¿Desa manera, respondió la ventera; también debiste vos de caer? — No cai, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer à mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que dado mil palos. — Bien podrá ser eso, dijo la doncella, que á mi me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada, como si verdaderamente hubiera caido. — Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando más dispierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor don Quijote. — ¿Cómo se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. — Don Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y más fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. — ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. — ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabéis vos? respondió Sancho Panza: pues sabed, hermana mía, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la más desdichada criatura del mundo y la más menesterosa, y manana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. — ¿Pues, cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no tenéis, à lo que parece siquiera, algún condado? — Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor don Quijote sana desta herida ó caída y yo no quedo contrahecho della, no trocaría mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estás pláticas estaba escuchando muy atento don Quijote; y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: — Creedme fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy: sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto à sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y

la buena Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que asi las entendian como si hablara en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban à ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y pareciales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo. Había el arriero concertado con ella que aquella noche se refocilarian juntos; y ella le había dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iría á buscar y satisfacerle el gusto en cuanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza, que jamás dió semejantes palabras que no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumía muy de hidalga, y no tenía por afrenta estar en aquel ejercicio de servir en la venta; porque decía ella que desgracias y malos sucesos, la habían traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de don Quijote, estaba primero en mitad de aquel estrellado establo, y luego, junto à él, hizo el suyo Sancho, que sólo contenía una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de anjeo tundido que de lana. Sucedía á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, según lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mención, porque le conocía muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli, fué historiador muy curioso y muy puntual en todas las cosas; y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio; de donde; podrán tomar ejemplo los historiadores graves, que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apenas nos llegan à los labios, dejándose en el tintero ya por descuido, por malicia ó ignorancia, lo más sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de Tablante de Ricamonte, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas; y ¡con qué puntualidad lo describen todo! Digo, pues, que después de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualisima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus cos-



tillas, y don Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lampara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de sus desgracias, le trujo à la imaginación una de las extranas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado à un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castiilo, la cual, vencida de su gentileza se había enamorado dél, y prometido que aquella noche à furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera que él se había fabricado, por firme y valedera, se comenzó å acuitar y å pensar en el peligroso trance en que su honestidad se había de ver, y propuso en su corazón de no cometer alevosia à su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dama Quintafiona se le pusiesen

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué monguada), de la venida de la asturiana, la cual, en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustán, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero; pero apenas llegó á la puerta cuando don Quijote la sintió, y sentándose en la cama apesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir á su famosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando á su querido. Topó con los brazos de don Quijote, el cual, la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola bacia si, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finisimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales; los cabellos, que en alguna manera tiraban à crines, él los marcó por hebras de lucidisimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía, y el aliento, que sin duda alguna olía à ensalada flambre y trasnochada, à él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente él la pintô en su imaginación de la misma traza y modo, lo había leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al malferido

caballero, vencida de sus amores, como todos los adornos que aqui van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo que el tacto, ni el aliento ni otras cosas que traia en si la buena doncella, no le desengañaban, las cuales, pudieran hacer vomitar à otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura, y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja, le comenzó á decir: — Quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir à los buenos, ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera satisfacer à la vuestra, fuera imposible, y más que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis más escondidos pensamientos; que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero que dejara pasar en blanco la venturosa ocasión en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadisima y trasudando de verse tan asida de don Quijote, y sin entender ni estar atenta à las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, à quien tenían despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima por la puerta, la sintió; y estuvo atentamente escuchando todo lo que don Quijote decia, y celoso de que la asturiana le hubiese faltado la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de don Quijote, y estúvose quedo ·hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y don Quijote trabajaba por tenella, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas; y con los pies, más que de trote, se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y no de firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondía. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venía, y que era de condición terrible, toda medrosica y alborotada, se acogió à la cama de

Sancho Pansa, que aun dormia, y alli se acurrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: — ¿A dónde estás, puta? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensó que tenía la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y á otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuántas á Maritornes. la cual, sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno à Sancho con tantas, que à su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la más renida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero à la lumbre del candil del ventero, cual andaba su dama, dejando á don Quijote, acudió à dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intención diferente, porqué fué à castigar à la moza, creyendo, sin duda, que ella sola era la ocasión de toda aquella harmonia. Y asi, como suele decirse el gato al rato, el rato à la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero à Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á obscuras, dábanse tan sin compasión todos à bulto, que à doquiera que ponían la mano no dejaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta, un cuadrillero de los que llaman de la Santa Hermandad vieja de Toledo, el cual, oyendo asimismo el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus titulos, y entró ascuras en el aposento diciendo: — Ténganse à la justicia, ténganse à la Santa Hermandad. Y el primero con quien topó, fué con el apuñeado de don Quijote, que estaba en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno; y echândole à tiento mano à las barbas, no cesaba de decir: — Favor à la justicia. Pero viendo que el que tenia asido no se bullía ni meneaba, se dió à entender que estaba muerto, y que los que alli dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz, diciendo: — Ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí à un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que la tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los dos desventurados don Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de don Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes, más no la halló, porque el ventero, de industria, había muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII

DONDE SE PROSIGUEN LOS INNUMERABLES TRABAJOS QUE EL BRAVO DON QUIJOTE Y SU BUEN ESCUDERO SANCHO PANZA, PASARON EN LA VENTA, QUE POR SU MAL PENSÓ QUE ERA CASTILLO.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo don Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes había llamado à su escudero, cuando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: — ¿Sancho amigo, duermes? ¿Duermes, amigo Sancho? — ¿Qué tengo de dormir, pesia à mi? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sinó que todos los diablos han andado conmigo esta noche. — Puédeslo creer así, sin duda, respondió don Quijote, perque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber. . . . más esto que ahora quiero decirte, hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta después de mi muerte. — Si juro, respondió Sancho. — Digolo, replicó don Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. – Digo que si juro, tornó à decir Sancho, que lo callaré hasta después de los dias de vuestra merced, y plega à Dios que lo pueda descubrir mañana. — ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió don Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? — No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. — Sea por lo que fuere, respondió don Quijote, que más fio de tu amor y de tu cortesia, y asi has de saber que esta noche, me ha sucedido una de las más extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mi vino la hija del señor deste castillo, que es la más apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡Qué de su gallardo entendimiento! ¡Qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo à mi señora Dulcinea del Toboso, dejaré pasar intactas y en silencio! Sólo te quiero



decir, que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me había puesto en las manos, o quizá (y esto es lo más cierto), que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcisimos y amorosisimos coloquios, sin que yo la viese y supiese por donde venia, vino una mano pegada á algún brazo de algún descomunal gigante, y asentôme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y después me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros, por demastas de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algún encantado moro, y no debe de ser para mí. - Ni para mi tampoco, respondió Sancho, porque más de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero digame, señor, ¿cómo llama à esta buena y rara aventura, habiendo quedado della cual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? ¡Desdichado de mi, y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la ma. yor parte! - ¿Luego también estás tú aporreado? respondió don Quijote. - ¿No le he dicho que si, pese á mi linaje? dijo Sancho. - No tengas pena, amigo, dijo don Quijote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanaremos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró à ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano y con muy mala cara, preguntó á su amo: - Señor, ¿Si será éste á dicha el moro encantado que nos vuelve à castigar, si se dejó algo en el tintero? - No puede ser el moro, respondió don Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: sino diganlo mis espaldas. También lo podrian decir las mías, respondió don Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se vé sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversación, quedó suspenso. Bien es verdad que aún don Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y dijole: — Pues ¿cómo vá, buen hombre? — Hablara yo más bien criado, respondió don Quijote, si fuera que

vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite, dió á don Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado; y como todo quedó ascuras, salióse luego, y Sancho Panza dijo: - Sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. — Así es, respondió don Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas; que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos aunque más lo procuremos. Levántate, Sancho, si puedes. y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero, para hacer el salutifero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué ascuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: - Señor, quien quiera que seáis, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual, yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á don Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le había hecho más mal que levantarle dos chichones algo crecidos; y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolución, él tomó sus simples, de los cuales, hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareciò que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donación; y luego dijo sobre la alcuza más de ochenta pater-nostres y otras tantas ave-marias, salves y credos, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendición; á todo lo cual, se hallaron



presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquei precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió, de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se había cocido, casi media azumbre; y apenas lo acabó de beber, cuando comenzó á vomitar de manera, que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitación del vómito, le dió un sudor copiosisimo, por lo cual, mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronio asi, y quedóse dormido más de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadisimo del cuerpo, y en tal manera, mejor de su quebrantamiento, que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que había acertado con el bálsamo de Fierabrás; y que con aquel remedio podia acometer desde alli adelante sin temor alguno cualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza que también tuvo à milagro la mejoria de su amo, le rogó que le diese à él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo don Quijote, y él tomándola à dos manos, con buena fe y mejor talante, se la echó á pechos, y envasó bien poco menos que su amo. Es, pues, el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así, primero que vómitase, le dieron tantas ansias y bascas, con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora; y viêndose tan aflijido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladrón que se lo había dado. Viéndole así don Quijote, le dijo: -Yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mi, que este licor no debe de aprovechar à los que no lo son.-Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho, mai haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operación el brebaje, y comenzó el pobre escudero à desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que la estera de enea sobre quién se había vuelto á echar, ni la manta de anjeo con que se cubria, fueron más de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos, pensaban que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales, no quedo como su amo, sino tan molido y quebrantado, que no se podia tener; pero don Quijote, que como se ha dicho se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que alli se tardaba, era quitarsele al mundo y los a en él menesterosos de su favor y amparo; y más con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo. Y así, forzado deste deseo, él mismo ensilló á Rocinante y enalbardó al jumento de su escudero, á quién también ayudó á vestir y á subir en el asno; púsose luego á caballo, y llegándose á un rincón de la venta, asió de un lanzón que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos había en la venta, que pasaban de más de veinte personas: mirábale también la hija del ventero, y él también no quitaba los ojos della; y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecía que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentía en las costillas; á lo menos pensábanlo aquellos que la noche antes le habían visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero; y con voz muy reposada y grave, le dijo: -Muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadisimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida; si os las puedo pagar en haceros vengado de algún soberbio que os haya fecho algún agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer à los que poco pueden, y vengar à los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si halláis alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la orden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: - Señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningún agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, cuando se me hacen: sólo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas.—¿Luego venta es esta? replicó don Quijote.—Y muy honrada, respondió el ventero.—Engañado he vivido hasta aqui, respondió don Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdonéis por la paga, que yo no puedo contravenir à la orden de los caballeros audantes, de los cuales, sé cierto, (sin que hasta ahora haya leido cosa encontrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen; porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento







que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y dedia, en invierno y en verano, à pie y à caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cislo y à todos los incómodos de la tierra.-Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. -- Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió don Quijote, y poniendo piernas à Rocinante y terciando su lansón, se salió de la venta sin que nadio le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero, que le vió ir y que no le pagaba, acudió à cobrar de Sancho Panza, el cual, dijo, que pues su señor no babía querido pagar, que tampoco él pagarla, porque siendo él escudero de caballero andante, como era, la mesma regla y rasón corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobrarla de modo que le pesase. A le cual Sanche respondée, que per la ley de caballeria que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado aún que le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar del los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se haliasen cuatro perailes de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre bien intencionada, maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron à Sancho, y apeandole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo más bajo de lo que habían menester para su obra; y determinaron salirse al corral que tenla por limite el cielo, y alli puesto Sancho en mitad de la manta, comensaron à levantarie en alto, y à holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el misero manteado daba fueron tantas, que llegaron à los oidos de su amo, el cual, deteniéndose à escuchar atentamente, creyo que alguna nueva aventura le venía, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero; y volviendo las riendas, con un penado galope llegó la venta, y haliandola cerrada, la rodeó

A STATE OF THE STA

por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacía à su escudero. Vióle bajar y subir por el aire, con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejara tengo para mi que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aún apearse no pudo, y asi, desde encima del caballo, comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; más no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó hasta que de puro cansados le dejaron. Trujéronle alli su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gabán, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y asi, se le trujo del pozo para ser más fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba, diciendo:-Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves, aqui tengo el santisimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores:—¿Por dicha hásele olvidado á vuestra merced como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí; y el acabar de decir esto y el comenzar á beber, todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se lo trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto, se dice della, que aunque estaba en aquel trato, tenía unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intención, aunque había sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se debía, mas Sancho no las echó menos según salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta así como le vió fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente que aunque don Quijote fuera verdaderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

Professional Control

CAPÍTULO XVIII

DOMDE SE CUENTAN LAS RAZONES QUE PASÓ SANCHO PANZA CON SU SEÑOR DON QUIJOTE, CON OTRAS AVENTURAS DIG-MAS DE SER CONTADAS.

Llego Sancho a su amo marchito y desmayado, tanto, que no podía arrear á su jumento. Cuando así le vió don Quijote, le dijo:—Ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda; porque aquellos que tan atrosmente tomaron pasatiempo contigo, ¿qué podían ser sino fantasmas y gentes del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir à las leyes de caballeria, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad.—También me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero; pero no pude, aunque tengo para mi que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como nosotros, y todos, según los oi nombrar cuando me volteaban, tenían sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernández, y el ventero oi que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: asi que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamentos: y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando, al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cuál es nuestro pie derecho: y lo que seria mejor y más acertado, según mi poco entendimiento, fuera el volvernos å nuestro lugar, ahora que es tiempo de la siega; y de entender en la hacienda, dejandonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen.—¡Qué poco sabes, Sancho, respondió don Quijote, de achaque de caballerías! Calla, y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos

cuán honrosa cosa es andar en este ejercicio: si no, dime, ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. — Asi debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; sólo sé que después que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, si no fué la del vizcaino, y aún de aquélla salió vuestra merced con media oreja y media celada menos; que después acá todo ha sido palos y más palos, puñadas y más puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced dice.—Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió don Quijote; pero de aqui adelante vo procuraré haber à las manos alguna espada hecha por tal maestria, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aún podría ser que me deparase la aventura aquella de Amadís, cuando se llamaba el caballero de la Ardiente Espada; que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo; porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante.—Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese y vuestra merced viniese a hallar espada semejante, sólo vendría á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. -No temas eso, Sancho, dijo don Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el camino que iban, venia hacia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola se volvió à Sancho, y le dijo: Este es el día, oh Sancho, en el cuál se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo; y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que alli se levanta, Sancho? Pues toda es cuajada de un copiosisimo ejército que de diversas é innumerables gentes por alli viene marchando.—A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo don Quijote, y vió que asi era



la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía à todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de caballería se cuentan: y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes; y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y & decirle:—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?—¿Qué? dijo don Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que à mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.—¿Pues por qué se quieren tal mal estos dos señores? preguntó Sancho.— Quiérense mal, respondió don Quijote, porque este Alifanfarón es un furibundo pagano, y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve á la suya.—Para mis barbas, dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que lo tengo de ayudar en cuanto pudiere.—En eso harás lo que debes, Sancho, dijo don Quijote, porque para entrar en las batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. - Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este asno, que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega? Porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora. — Asi es verdad, dijo don Quijote: lo que puedes hacer dél, es dejarle à sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos à aquel altillo que alli se hace, de donde se deben de descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas que à don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes de polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veia ni había, con voz levantada comenzó á decir: — Aquel caballero que alli ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido á los pies de un doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en su escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantéos que está á su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: Miu, que es el principio del nombre de su dama, que según se dice, es la sin par Miulina, hija del duque Alfeniquen del Algarbe. El otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronias de Utrique. El otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano, que dice asi: «Rastrea mi suerte». Y desta manera fué nombrando muchos caballeros de uno y del otro escuadrón, que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura. Y sin parar prosiguió diciendo:—A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al



dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivifero Bétis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Jenil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frio del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuantos toda la Europa en si contiene y encierra. ¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que había leido en sus libros mentirosos!

Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria à ninguno, le dijo: — Señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto: á lo menos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. — ?Cómo dices eso? respondió don Quijote, ano oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los tambores? — No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros; y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. — El miedo que tienes, dijo don Quijote, te hace, Sancho, que ni veas, ni oyas à derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retirate à una parte, y déjame solo, que solo basto à dar la victoria à la parte à quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto puso las espuelas à Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó de la costezuela como un rayo. Diòle voces Sancho diciéndole: - Vuélvase vuestra merced,



señor don Quijote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va à embestir; vuélvase, desdichado del padre que me engendró! ¿qué locura es ésta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: ¿qué es lo que hace? pecador soy yo A Dios. Ni por esas volvió don Quijote; antes en altas veces iba diciendo: — Ea, caballeros, los que seguis y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana. Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dabanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, descinéronse las hondas y comenzaron a saludalle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes, decia: - ¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente à mi, que un caballero solo soy, que desea de solo à solo, probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó malferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza, y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago; más antes que acabase de envasar lo que à él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores y creyeron que le habian muerto; y así, con mucha priesa, recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado à conocer. Viéndole, pues, caido en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta, y llegóse á él, y hallole de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole: — ¿No le decia yo, señor don Quijote, que se volvie-

se, que los que iba á cometer no eran ejércitos, sino manadas de carneros? - Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo, sábete, Sancho, que es muy făcil cosa à los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas. Si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y verás como en alejandose de aqui algún poco, se vuelven en su sér primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mi, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fué å tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de don Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojo de si más recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. - ¡Santa Maria! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco más en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el balsamo del alcuza que él le había visto beber; y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar a su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldijose de nuevo, y propuso en su corazón de dejar a su amo, y volverse à su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida insula. Levantóse en esto don Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se había movido de junto à su amo stal era de leal y bien acondicionado', y fuése adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo además. Y viéndole don Quijote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dijo: — Sabete, Sancho, que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro: todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de

serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aqui se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca; asi que, no debes congojarte por las desgracias que á mi me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas. -- ¿Cómo no? respondió Sancho, ¿por ventura el que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? — ¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dijo don Quijote. — Si que me faltan, respondió Sancho. — Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó don Quijote. — Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. — Con todo eso, respondió don Quijote, tomara yo ahora más aina un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; más con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltár, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta à los mosquitos del aire, ni à los gusanillos de la tierra, ni à los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. — Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. — De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba à hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris; de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. — Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aqui, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. - Pídeselo tú á Dios, dijo don Quijote, y guia tu por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que alli siento el olor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: — ¿Cuántas muelas so-

Ha vuestra merced tener en esta parte? — Cuatro, respondió don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. - Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. — Digo cuatro, si no eran cinco, respondió don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muelas de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijón ni de reuma, alguna. — Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. - ¡Sin ventura yo! dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; más á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube, amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. - Hizolo asi Sancho, y encaminose hacia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por alli iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaban so. segar ni atender à darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capitulo.

CAPÍTULO XIX

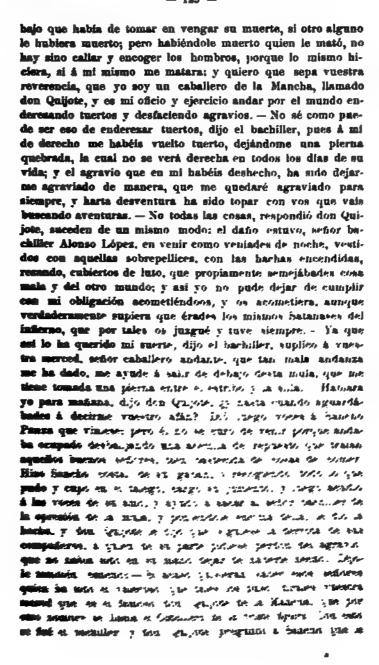
DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHO PASABA CON SU AMO Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUER-TO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS.

Paréceme, señor mio, que todas esas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. — Tienes mucha razón, Sancho, dijo don Quijote; más para decirte verdad, ello se me había pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió

aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la orden de caballería para todo. --¿Pues juré yo algo, por dicha? respondió Sancho. — No importa que no hayas jurado, dijo don Quijote: basta, que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro; y por si ó por no, no será malo proveernos de remedio. — Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced, no se le torne à olvidar esto como lo del juramento; quizá le volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecian de hambre; que con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razón hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecian; a cuya vista Sancho comenzó a temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron à don Quijote, el cual animándose un poco dijo: — Esta sin duda, Sancho, debe de ser de grandisima y peligrosisima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. - ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habra costillas que la sufran? — Por mas fantasmas que sean, dijo don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré vo como quisiere esgrimir mi espada. — Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? — Con todo eso, replicó don Quijote, te ruego,



Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará å entender el que yo tengo. - Si tendré, si à Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron à mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podía ser; y de allí muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana, y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era; porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de las cuales venia una litera cubierta de luto, à la cual seguian otros seis de á caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre si con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión à tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo, y asi fuera en cuanto don Quijote, que ya Sancho habia dado al través con toda su esfuerzo. Lo contrario le avino à su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación, al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia ir algun mal ferido o muerto caballero, cuya venganza à él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz, y dijo: - Detenéos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de donde venis, adondo vais, que es lo que en aquellas andas llevais; que según las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ' ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. - Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, que está la venta lejos, y no nos podemos detener à dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente don Quijote, y trabando del freno, dijo: -- Detenéos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un moso que iba à pie, viendo caer al encamisado, comenzó à denostar à don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y asi, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noches de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover; así que, muy á su salvo don Quijote los apaleó todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del inflerno, que les salía á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre si: — Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver don Quijote; y llegándose á él le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no, que le mataria. A lo cual respondió el caído: — Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras ordenes. — ¿Pues quién diablos os ha traido aqui, dijo don Quijote, siendo hombre de Iglesia? — ¿Quien, señor? replicó el caido, mi desventura. -- Pues otra mayor os amenaza, dijo don Quijote, si no me satisfacéis à todo cuanto primero os pregunté. — Con facilidad será vuestra merced, satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced que aunque denantes dije que vo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que està en Segovia, de donde es natural. — ¿Quién le mató? preguntó don Quijote. — Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. — De esa suerte, dijo don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del tra-



habia movido à llamarle el caballero de la Triste Figura más entonces que nunca. — Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto: y débenlo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muclas y dientes.—No es eso, respondió don Quijote, sino que el sabio à cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba «el de la Ardiente Espada», cuál «el del Unicornio», aquél «el de las Doncellas», aqueste «el del Ave Fénix», el otro «el caballero del Grifo», estotro «el de la Muerte, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo, que el sabio ya dicho te habra puesto en la lengua y en el pensamiento ahora, que me llamases el caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante: y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. — No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro à los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán el de la Triste Figura. Y créame que le digo verdad, porque le prometo à vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse don Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como había imaginado, y díjole: — Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada iuxta illud: si quis suadente diàbolo, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino à fantasmas y à vestiglos del otro mundo; y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel día el buen de don Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle pa-

labra. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciendole: - Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más à su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviesen à rehacerse y à buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle á replicar le siguió; y a poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian. Más, sucedióles otra desgracia que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aún agua que llegar á la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capitulo.

CAPÍTULO XX

DE LA JAMÁS VISTA NI OÍDA AVENTURA, QUE CON MÁS POCO PELIGRO FUÉ ACABADA DE FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO, COMO LA QUE ACABÓ EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aqui cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los

relieves que de la cena quedaron, comenzaron à caminar por el prado arriba, á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; más no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó à sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba.

Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, overon á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente à Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes à compas, y con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor à cualquiera otro corazón que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron à entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, las escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose à todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzón y dijo: — Sancho amigo, has de saber que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, y extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso extruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por si, son bastantes á infundir miedo, terror y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimien-

tos y aventuras; pues todo esto que vo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate adios; y espérame aqui hasta tres dias no más, en los cuales si no volviere, puedes tu volverte à nuestra aldea, y desde alli, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: — Señor, yo no sé porqué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes. Cuanto más, que yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que, no es bien tentar à Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aqui, cuando yo de miedo de mi anima a quien quisiera llevarla. Yo sali de mi tierra, y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced creyendo valer más y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mi me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que à mi me muestra la ciencia que aprendi cuando era pastor, no debe de haber desde aqui al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la linea del brazo izquierdo. — ¿Cómo puedes tú Sancho, dijo don Quijote, ver donde hace esa línea, ni don-

serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; y de aqui se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien està ya cerca; así que, no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á ti no te cabe parte dellas. -- ¿Cómo no? respondió Sancho, ¿por ventura el que ayer mantearon, era otro que el hijo de mi padre? ¿Y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? — ¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dijo don Quijote. — Si que me faltan, respondió Sancho. — Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó don Quijote. — Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltaran por estos prados las yerbas que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mai aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. — Con todo eso, respondió don Quijote, tomara yo ahora más aina un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; más con todo esto, sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mi, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltár, y más andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni à los gusanillos de la tierra, ni à los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. — Más bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. — De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo don Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris; de donde se infiere, que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. — Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aqui, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. - Pideselo tú à Dios, dijo don Quijote, y guia tu por donde quisieres, que esta vez quiero dejar à tu elección el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que alli siento el olor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dijo: - ¿Cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? — Cuatro, respondió don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. - Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. — Digo cuatro, si no eran cinco, respondió don Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muelas de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijón ni de reuma, alguna. — Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. - ¡Sin ventura yo! dijo don Quijote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante; más á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha orden de la caballería: sube, amigo, y guía, que yo te seguiré al paso que quisieres. - Hizolo asi Sancho, y encaminose hacia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por alli iba muy seguido. Yéndose, pues, poco á poco, porque el dolor de las quijadas de don Quijote no le dejaban so. segar ni atender à darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo, fué lo que se dirá en el siguiente capitulo.

CAPÍTULO XIX

DE LAS DISCRETAS RAZONES QUE SANCHO PASABA CON SU AMO Y DE LA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ CON UN CUERPO MUER-TO, CON OTROS ACONTECIMIENTOS FAMOSOS.

Paréceme, señor mío, que todas esas desventuras que estos días nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles, ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. — Tienes mucha razón, Sancho, dijo don Quijote; más para decirte verdad, ello se me habla pasado de la memoria, y también puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió

aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composición en la orden de caballería para todo. --¿Pues juré yo algo, por dicha? respondió Sancho. — No importa que no hayas jurado, dijo don Quijote: basta, que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro; y por si ó por no, no será malo proveernos de remedio. — Pues si ello es así, dijo Sancho, mire vuestra merced, no se le torne à olvidar esto como lo del juramento; quizá le volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced, si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no había de bueno en ello era que perecian de hambre; que con la falta de las alforjas, les faltó toda la despensa y matalotaje; y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia, y fué que la noche cerró con escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, à una ó dos leguas de buena razón hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban, venian hacia ellos gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movian. Pasmose Sancho en viéndolas, y don Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podía ser aquello; y vieron que las lumbres se iban acercando à ellos, y mientras más se llegaban, mayores parecian; á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á don Quijote, el cual animandose un poco dijo: — Esta sin duda, Sancho, debe de ser de grandisima y peligrosisima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. — Desdichado de mil respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? — Por más fantasmas que sean, dijo don Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa; que si la otra vez se burlaron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. — Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? — Con todo eso, replicó don Quijote, te ruego,

Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará à entender el que yo tengo. — Si tendré, si à Dios place, respondió Sancho; y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron à mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser; y de allí muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa visión de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frio de cuartana, y creció más el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era; porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detrás de las cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de à caballo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre si con una voz baja y compasiva. Esta extraña visión á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazón de Sancho, y aun en el de su amo, y asi fuera en cuanto don Quijote, que ya Sancho había dado al través con toda su esfuerzo. Lo contrario le avino à su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginación, al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia ir algún mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza à él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzón, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habían de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz, y dijo: — Detenéos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de donde venis, adónde vais, qué es lo que en aquellas andas lleváis; que según las muestras, ó vosotros habéis fecho, ó vos han fecho algún desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. — Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, que está la venta lejos, y no nos podemos detener à dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente don Quijote, y trabando del freno, dijo: — Detenéos y sed más bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no, conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomaria del freno se espantó de manera que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer al encamisado, comenzó à



denostar à don Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzón arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habían nacido alas á Rocinante, según andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados eran gente medrosa y sin armas, y asi, con facilidad, en un momento dejaron la refriega y comenzaron à correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noches de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas no se podian mover; así que, muy á su salvo don Quijote los apaleó todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salia à quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre si: — Sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, à cuya luz le pudo ver don Quijote; y llegándose á él le puso la punta del lanzón en el rostro, diciéndole que se rindiese, si no, que le mataria. A lo cual respondió el caído: — Harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerà un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras ordenes. — ¿Pues quien diablos os ha traido aqui, dijo don Quijote, siendo hombre de Iglesia? — ¿Quien, señor? replicó el caido, mi desventura. -- Pues otra mayor os amenaza, dijo don Quijote, si no me satisfacéis à todo cuanto primero os pregunté. — Con facilidad será vuestra merced, satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso López; soy natural de Alcobendas; vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas; vamos à la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. — ¿Quién le mató? preguntó don Quijote. — Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. — De esa suerte, dijo don Quijote, quitado me ha nuestro Señor del tra-

bajo que había de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si à mi mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado don Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. — No sé como puede ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues a mí de derecho me habéis vuelto tuerto, dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida; y el agravio que en mi habéis deshecho, ha sido dejarme agraviado de manera, que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. — No todas las cosas, respondió don Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso López, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices, con las hachas encendidas, resando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo; y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mismos Satanases del inflerno, que por tales os juzgué y tuve siempre. — Ya que asi lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico à vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. — Hablara yo para mañana, dijo don Quijote, zy hasta cuando aguardábades à decirme vuestro afan? Dió luego voces à Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traían aquellos buenos señores, bien bastecida de cosas de comer. Hiso Sancho costal de su gabán, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió à las voces de su amo, y ayudó à sacar al señor bachiller de la opresión de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y don Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, à quien de su parte pidiese perdón del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Dijole también Sancho: — Si acaso quisieran saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra mered que es el famoso don Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama el Caballero de la triste figura. Con esto se fué el bachiller, y don Quijote preguntó à Sancho que le

habia movido à llamarle el caballero de la Tríste Figura más entonces que nunca. — Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato à la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la más mala figura de poco acá que jamás he visto: y débenlo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes.—No es eso, respondió don Quijote, sino que el sabio à cuyo cargo debe de estar el escribir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algún nombre apelativo, como lo tomaban todos los caballeros pasados: cuál se llamaba «el de la Ardiente Espada», cuál «el del Unicornio», aquél «el de las Doncellas», aqueste «el del Ave Fénix, el otro «el caballero del Grifo», estotro «el de la Muerte, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo, que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora, que me llamases el caballero de la Triste Figura, como pienso llamarme desde hoy en adelante: y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar, cuando haya lugar, en mi escudo una muy triste figura. — No hay para qué gastar tiempo y dineros en hacer esa figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro à los que le miraren, que sin más ni más, y sin otra imagen ni escudo, le llamarán el de la Triste Figura. Y créame que le digo verdad, porque le prometo à vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas, que como ya tengo dicho, se podrá muy bien excusar la triste pintura. Rióse don Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como había imaginado, y díjole: — Yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada iuxta illud: si quis suadente diàbolo, etc., aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzón; cuanto más que yo no pensé que ofendía á sacerdotes ni & cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo; y cuando eso asi fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su Santidad el Papa, por lo cual le descomulgó, y anduvo aquel dia el buen de don Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller, se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciendole: - Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más à su salvo de todas las que vo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto, volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en qué entender. El jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga; no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y como dicen, váyase el muerto à la sepultura y el vivo à la hogaza; y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle à replicar le siguió; y á poco trecho que caminaban por entre dos montanuelas, se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron à un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían. Más, sucedióles otra desgracia que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aún agua que llegar à la boca; y acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capitulo.

CAPÍTULO XX

DE LA JAMÁS VISTA NI OÍDA AVENTURA, QUE CON MÁS POCO PELIGRO FUÉ ACABADA DE FAMOSO CABALLERO EN EL MUNDO, COMO LA QUE ACABÓ EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aqui cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, después de haber puesto sobre él los

relieves que de la cena quedaron, comenzaron à caminar por el prado arriba, á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; más no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba.

Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron à deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente à Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes à compas, y con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á cualquiera otro corazón que no fuera el de don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron à entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, las escuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose å todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzón y dijo: — Sancho amigo, has de saber que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse; yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos; yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, y extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las más claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso extruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas, y cada una por si, son bastantes à infundir miedo, terror y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimien-

tos y aventuras; pues todo esto que vo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate adios; y espérame aqui hasta tres dias no más, en los cuales si no volviere, puedes tu volverte à nuestra aldea, y desde alli, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó à llorar con la mayor ternura del mundo y à decirle: — Señor, yo no sé porqué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aqui no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes. Cuanto más, que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que, no es bien tentar à Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aqui, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiera llevarla. Yo salí de mi tierra, y dejé hijos y mujer por venir á servir á vuestra merced creyendo valer más y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mi me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada insula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que å mi me muestra la ciencia que aprendi cuando era pastor, no debe de haber desde aqui al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la linea del brazo izquierdo. — ¿Cómo puedes tú Sancho, dijo don Quijote, ver donde hace esa linea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? --Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aqui al dia. — Falte lo que faltare, respondió don Quijote, que no se ha de decir por mi ahora ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia à estilo de caballero, y asi te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas à Rocinante y quedarte aqui, que vo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día, si pudiese: y asi cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido, ató con el cabestro de su asno ambos pies à Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino à saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: — Ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijón. Desesperábase con esto don Quijote, y por más que ponia las piernas al caballo, menos le podía mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó à que amaneciese, ó à que Rocinante se menease, crevendo sin duda, que aquello venía de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: — Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. — No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aqui al dia, si ya no es que se quiera apear, y echarse à dormir un poco sobre la verde yerba à uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. — ¿A qué llamas apear, ó à qué dormir? dijo don Quijote. ¿Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo hare lo que viere

que más viene con mi pretensión. — No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzón delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muzio izquierdo de su amo, sin osarse apartar del un dedo: tal era el miedo que tenía à los golpes que todavia alternativamente sonaban. Dijole don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido: á lo que Sancho dijo que si hiciera, si le dejara el temor de lo que oia: — Pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estême vuestra merced atento, que ya comienzo. Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar; y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron à sus consejas, no fué asi como quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino, romano, que dice: «y el mal para quien lo fuere á buscar», que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya à buscar el mal à ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. - Sigue tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame à mi el cuidado.

-Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva, era hija de un ganadero rico... y este ganadero rico... - Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo don Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento; y si no, no digas nada. - De la misma manera que vo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. - Di como quisieres, respondió don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. - Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza; zahareña, y tiraba algo à hombruna, porque tenía unos pocos bigotes que parece que ahora la veo. — ¿Luego conocistela tú? dijo don

Quijote. — No la conoci yo, respondió Sancho; pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo había visto todo: así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban à lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de alli adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra é irse donde sus ojos no la viesen jamás: la Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bién, más que nunca le había querido. — Esa es natural condición de mujeres, dijo don Quijote, desdeñar à quien las quiere y amar à quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. — Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinación, v antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo, se fué tras él, y seguiale à pié y descalza desde lejos con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no se que botecillo de mudas para la cara, más llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase à él ni à su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; más tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto á si un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una pessona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó à pasar otra; tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento y no será posible contar más palabra dél. Sigo pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso; y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver; con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. — Haz cuenta que las pasó todas,

dijo don Quijote, no andes yendo y viniendo de esta manera, que no acabarás de pasarlas en un año — ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. — Yo ¿qué diablos sé? respondió don Quijote. — He ahi lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. — ¿Cómo puede ser eso? respondio don Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se verra una del número, no puedes seguir adelante con la historia? — No senor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté à vuestra merced que me dijese cuantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante se me fué à mi de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento.— ¿De modo, dijo don Quijote, que ya la historia es acabada?— Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. — Digote de verdad, respondió don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; más no me maravillo, pues quizás estos golpes que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. — Todo puede ser, respondió Sancho; más yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que alli se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras. — Acabe norabuena donde quisiere, dijo don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante; tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y a estarse quedo: tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana, que ya venía, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), á el le vino en voluntad y desco de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo. Pues pensar de no hacer lo que tenía gana tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz, fué soltar la mano derecha que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas; hecho

esto (que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otro mayor, que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en si el aliento todo cuanto podía; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo, vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote, y dijo: — ¿Qué rumor es ese, Sancho? — No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado Mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen à sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: — Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. — Si tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo hecha de ver vuestra merced ahora más que nunca? — En que ahora más que nunca hueles, y no á ambar, respondió don Quijote. — Bien podrá ser, dijo Sancho; más yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que ine trae à deshoras y por estos no acostumbrados pasos. — Retirate tres ó cuatro alla amigo, dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aqui adelante ten más cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. — Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió don Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mafiana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabia hacer. Viendo pues don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo à buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distin-

tamente las cosas, y vió don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy obscura: sintió también que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y asi, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando à despedirse de Sancho, le mandó que alli le aguardase tres días à lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho; y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle à referir el recado y embajada que había de llevar de su parte à su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante à su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierta la prometida insula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. (Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo). Cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía. Seguiale Sancho à pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombrios, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandisimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecian ruinas de edificios, que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también à Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Ro-



cinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la dicha noche los habis tenido, y eran, (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmose de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró también don Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca liena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolia tanto con el, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió a su risa, con el mismo impetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga: - Has de saber, oh Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro; yo soy aquél para quién están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aqui fué repitiendo todas ó las más rasones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quijote que Sancho hacía burla del, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos; tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan maias veras de sus burlas, con temor-de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: - Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. - Pues porque os buriáis no me burio yo, respondió don Quijote. Venid aca, señor alegre, ¿paréceos a vos, que si como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el animo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, a dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batán ó no? Y más que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no,



haced you que estos seis masos se vuelvan en este jayanes. y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, 7 rassdo yo no diere con todos patas arriba, haced de mi la vería que quisiéredes. — No haya más, señor mio. repiete base se. que yo confleso que he andado algo risucão en demacia- pero digame vacatra merced abora que catamos en paz, am loca le saque de todas las aventuras que le apendaven una suna y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha 1160 como de 1600 y lo es de contar el gran miedo que hemos trasto? A so monos el que yo tuvo, que de vuestra merces pa 34 sé que se le conoce, ni sabe qué es temor y espante. No mayo you respondió don Quijote, que lo que nos un suscessión un ma cosa digna de risa; pero no es digna de contense, que no contodas las personas tan discretas que sepas, pener en es punto las cosas. - A lo menos, respondió fiside do espo substitumerced poner en su punto el lanzón, apantendone a la cabeza y dándome en las espaidas, granas à lave es a cugencia que puse en ladearme; pero valla, que 1999 austra un la colada, que yo he oido decir: ese se que es ven que se hace florar; y más que suelen foe principales activités tene una mala palabra que dicen à un criado, dacie 19199 unas calsas, aunque no sé lo que le aurien das tras mariers quite, de palos, si ya no es que los caballeros agrandos dan tras pa los insulas ó reinos en tierra firme. Tas presen concar al dado, dijo don Quijote, que vero la que dans como a ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres que evo, a suma a que los primeros movimientos no son en mano de nomene y esta advertido de aqui en adelante en una com para que o anotengas y reportes en el hablar demayado connego con co cuantos libros de caballerías he lesto, que som infuntos, pe más he hallado que ningún escutero tambase tento com so señor como tú con el tuyo, y en verdad que la binga à gran falta tuya y mia: tuya, en que me extensa en pere, mis, en que no me dejo estimar en más; al, que (amalalla, em misto de Amadis de Gaula, conde fué de la toaule From, y et les del que siempre habiaba à su settor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblando el cuerpo, anore, turquemos-¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de don Galam, que fué tan caliado, que para declararnos la excelencia de su ma ravilloso silencio, sola una vez se nombra au nombre un toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo qua he diche has de inferir, Saucho, que es menester hacer diferencia de amo á moso, de señor á criado, y de caballaro á es-

azófar, y quizo la suerte, que al tiempo que venía comenzó à llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacia sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo: y esta fué la ocasión que á don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos; y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, à todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; más cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:—Defiéndete, cautiva criatura, o entriégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre si, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado el suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó à correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y digo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual viendose acosado de los cazadores, se taraza v corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido. Mandó à Sancho que alzase el yelmo el cual tomándole en las manos, dijo:—Por Dios que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedi; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo:—Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacia celada, no pudo tener la risa, más vinosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.—¿De qué te ries, Sancho? dijo don Quijote.— Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacia de barbero pintiparada.—¿Sabes que imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado velmo, por algún extraño accidente debió de venir à manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purisimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacia de barrelumbraba como si fuera de oro, y aún él apenas le hubo visto, cuando se volvió à Sancho y le dijo:—Paréceme, Sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de la ciencias todas, especialmente aquel que dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscabamos engañandonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare å entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche; digo esto, porque si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. — Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.—Válate el diablo por hombre, replicó don Quijote ¿qué va de velmo á batanes?—No sé nada, respondió Sancho; más á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? digo don Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? -Lo que veo y columbro, respondiá, Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.—Pues ese es el yelmo de Malbrino, dijo don Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. — Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; más quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes.—Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes, dijo don Quijote, que voto... y no digo más, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le había echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y el caballero que don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaba junto á él si, y asi el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero y traia una bacía de

azófar, y quizo la suerte, que al tiempo que venía comenzó à llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacia sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo: y esta fué la ocasión que à don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos; y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; más cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo: Desiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razón se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre si, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado el suelo, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y digo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual viendose acosado de los cazadores, se taraza v corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido. Mandó à Sancho que alzase el yelmo el cual tomándole en las manos, dijo:—Por Dios que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedi; y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra buscándole el encaje, y como no se le hallaba, dijo:-Sin duda que el pagano, à cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debía de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho ovó llamar à la bacia celada, no pudo tener la risa, más vinosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.—¿De qué te ries, Sancho? dijo don Quijote.— Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacia de barbero pintiparada.—¿Sabes que imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purisimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacia de bar-





HALLAZGO DEL YELMO DE MAMBRINO

esto (que él pensó que era lo más que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otro mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo, vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo don Quijote, y dijo: — ¿Qué rumor es ese, Sancho? — No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado Mas como don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen à sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro, apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: — Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. — Si tengo, respondió Sancho; ¿mas en qué lo hecha de ver vuestra merced ahora más que nunca? — En que ahora más que nunca hueles, y no á ambar, respondió don Quijote. — Bien podrá ser, dijo Sancho; más yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que ine trae à deshoras y por estos no acostumbrados pasos. — Retirate tres ó cuatro alla amigo, dijo don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices) y desde aqui adelante ten más cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. — Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió don Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante, y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabia hacer. Viendo pues don Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distin-

tamente las cosas, y vió don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy obscura: sintió también que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podía causar, y asi, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas à Rocinante, y tornando à despedirse de Sancho, le mando que alli le aguardase tres dias à lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho; y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte à su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante à su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierta la prometida insula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determino de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. (Destas lágrimas y determinación tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía de ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo. Cuyo sentimiento enterneció algo a su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó à caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía. Seguiale Sancho á pie, llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombrios, dieron en un pradecillo, que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandisimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecian ruinas de edificios, que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole don Quijote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazón á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también à Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Ro-

cinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la dicha noche los había tenido, y eran, (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batán, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró también don Quijote á Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse; y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa, con el mismo impetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo don Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga: — Has de saber, oh Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro; yo soy aquél para quién están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aqui fué repitiendo todas ó las más razones que don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos; tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera à sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor-de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: - Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. — Pues porque os burláis no me burlo yo, respondió don Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos, que si como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no había yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado, a dicha, siendo como soy caballero, à conocer y distinguir los sones, y saber cuáles son de batán ó no? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no,

haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echâdmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mi la burla que quisiéredes. — No haya más, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasia; pero digame vuestra merced ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta, ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? A lo menos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe qué es temor y espanto. — No niego yo, respondió don Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. — A lo menos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzón, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas, gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya, que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir; ese te quiere bien que te hace llorar; y más que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen à un criado, darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos insulas ó reinos en tierra firme. — Tal podría correr el dado, dijo don Quijote, que todo lo que dices viniese à ser verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre; y está advertido de aqui en adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo; que en cuantos libros de caballerias he leido, que son infinitos, jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco; mia, en que no me dejo estimar en más; si, que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, conde fué de la insula Firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblando el cuerpo «more turquesco». ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero; asi que, desde hoy en adelante nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mai para el cantaro: las mercedes y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho. — Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querría yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albanir. — No creo yo, respondió don Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron à salario, sino à merced; y si yo ahora te le he senalado à ti en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podria suceder; que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado más peligroso que el de los aventureros. — Así es verdad, dijo Sancho, pues sólo el ruido de los mazos de un batán pudo alborotar y desasosegar el corazón de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; más bien puedo estar seguro que de aqui adelante no despliegue mis lábios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. — Desa manera, replicó don Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque después de los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI

QUE TRATA DE LA ALTA AVENTURA Y RICA: GANANCIA DEL YELMO DE MAMBRINO, CON OTRAS COSAS SUCEDIDAS Á NUESTRO INVENCIBLE CABALLERO.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; más habíales cobrado tal aborrecimiento don Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro; y así torciendo el camino á la derecha mano, dieron en otro como el que habían llevado el día de antes. De allí á poco descubrió don Quijote un hombre á caballo, que traía en la cabeza una cosa que

relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo:—Paréceme, Sancho, que no hay refrån que no sea verdadero, porque todas son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de la ciencias todas, especialmente aquel que dice: «Donde una puerta se cierra, otra se abre». Digolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscabamos engañandonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra, para otra mejor y más cierta aventura, que si yo no acertare à entrar por ella, mia serà la culpa, sin que la pueda dar à la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche; digo esto, porque si no me engaño, hacia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el velmo de Mambrino, sobre que yo hice el juramento que sabes. — Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido.—Válate el diablo por hombre, replicó don Quijote ¿qué va de velmo á batanes?—No sé nada, respondió Sancho; más á fe que si vo pudiera hablar tanto como solía, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice.—¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? digo don Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero que hacia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? -Lo que veo y columbro, respondiá Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra.—Pues ese es el yelmo de Malbrino, dijo don Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuán sin hablar palabra, por ahorrar el tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. — Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; más quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes.—Ya os he dicho, hermano, que no me mentéis ni por pienso más eso de los batanes, dijo don Quijote, que voto... y no digo más, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le había echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y el caballero que don Quijote veía, era esto: que en aquel contorno había dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaba junto à él si, y asi el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero y traia una bacia de



azófar, y quizo la suerte, que al tiempo que venia comenzó à llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo: y esta fué la ocasión que á don Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro; que todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos; y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, à todo correr de Rocinante le enristró con el lanzón bajo, llevando intención de pasarle de parte á parte; más cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera, le dijo:-Defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta rasón se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerio vió venir aquella fantasına sobre si, no tuvo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado el sucio, cuando se levantó más ligero que un gamo y comenzó à correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento. Dejóse la bacia en el suelo, con la cual se contentó don Quijote, y digo que el pagano había andado discreto, y que había imitado al castor, el cual vièndose acosado de los cazadores, se taraza v corta con los dientes aquello por lo que él, por distinto natural, sabe que es perseguido. Mandó à Sancho que alzase el yelmo el cual tomándole en las manos, dijo:-Por Dios que la bacia es buena, y que vale un real de á ocho, como un maravedí; y dándosela à su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola à una parte y à otra buscândole el encaje, y como no se le hallaba, dijo:-Sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho ovo llamar à la bacia celada, no pudo tener la risa, más vinosele à las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della.- ¿De qué te ries, Sancho? dijo don Quijote.-Riome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenía el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacia de barbero pintiparada. -¿Sabes que imagino, Sancho? Que esta famosa pleza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir à manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndola de oro purisimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacia de bar-





HALLAZGO DEL YELMO DE MAMBRINO

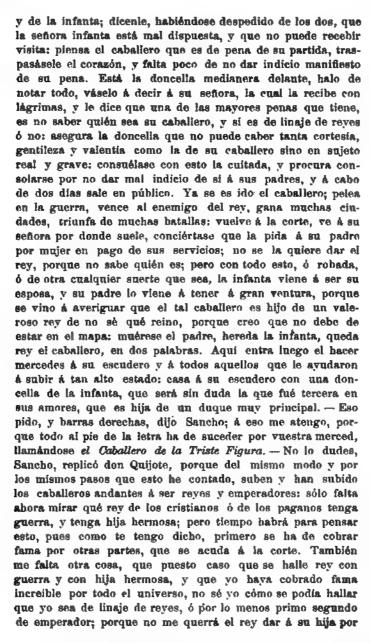


bero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mi que la conozco no hace al caso su transmutación, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aún le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerias para el dios de las batallas: en este entre tanto la tracré como pudiere, que más vale algo que no nada, cuanto más, que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. — Eso será, dijo Sancho, sino se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos, cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas y le rompieron el alcuza donde venía aquel benditisimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. — No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo don Quijote, que yo tengo la receta en la memoria.—También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo la hiciere ni la probare más en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto más, que no pienso ponerme en ocasión de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo de ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos y dejar ir por donde la suerte y la manta los llevare. — Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto don Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho; pues sabete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de ninerias. ¿Qué pie sacaste cojo, qué costilla quebrada, qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo asi, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena; la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquél, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: Pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras: pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dejando esto aparte, digame vuestra merced que haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que según él puso los pies en polvorosa y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamás, y para mis barbas que si no es bueno el rucio.—Nunca

yo acostumbro, dijo don Quijote, despojar a los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo; que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui volverá por él.—Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querría saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió don Quijote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado, digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema.—Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona no lo hubiera menester más: y luego habilitado con aquella licencia hizo «mutatio capparum», y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto, almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron; bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos, tal era el aborrecimiento que les tenían por el miedo en que les habian puesto, cortada pues la cólera y aún la malenconía, subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron à caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras si la de su amo, y aún la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba, en buen amor y compañía: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él à la ventura sin otre designio alguno. Yendo pues asi caminando, dijo Sancho á su amo: — Señor ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que después que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido más de cuatro cosas en el estómago; y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograse. — Dila, dijo don Quijote, y sè breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. — Digo pues, señor respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las más peligrosas, no hay quién las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio

de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así me parece que seria mejor salvo el mejor parecer de vuestra merced, que nos fuésemos à servir à algún empe rador ó à otro principe grande que tenga alguna guerra, en cuvo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor à quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar à cada cual según sus méritos, y alli no faltara quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles; aunque sé decir, que si se usa en la caballeria escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre rengiones. — No dices mal, Sancho, respondió don Quijote; más antes que se llegue à ese término, es mene-ter andar por el mundo como en aprobación, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere à la corte de algún gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: Este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiera acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años»; asi que, de mano en mano irán pregonando sus hechos; y luego al alboroto de los muchachos y de la demás gente se parará à las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «Ea sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte están á recebir á la flor de la caballería que alli viene»; à cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechisimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra à duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego encontinente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa más divina que humana; y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la

intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde alli le llevarán sin duda á algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico mantón de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola à furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detrás del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquisimo sabio, que el que la acabase será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentisima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tal alta parte. Y lo bueno es que este rey ó principe, ó lo que es, tiene una muy renida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir à servirle en aquella guerra dicha; darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face; y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia. Suspirarà él, desmayaràse ella, traerà agua la doncella, acuitárase mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente, la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarale la princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despidese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida. Vase desde alli á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase à despedir del rey y de la reina







mujer, si no está primero muy enterado en esto, aunque más lo merezcan mis famosos hechos: así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia, deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo: unos que traen y derivan su descencia de príncipes y monarcas, à quien poco à poco el tiempo ha deshecho, y han acababo en punta, como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar à ser grandes señores; de manera, que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podría ser yo destos, que después de averiguado, hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser; y cuando no, la infanta me ha de querer de manera que à pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde más gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres.—Ahí entra bien también, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: No pidas de grado lo que puedas tomar por fuerza; aunque mejor cuadra decir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: digolo, porque si el señor rey, suegro de vuestra merced, no se quisiera domeñar, á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponella; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacificamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer, se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legitima esposa. -- Eso no hay quien lo quite, dijo don Quijote. - Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. — Hágalo Dios, respondió don Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. — Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. - Y aún te sobra, dijo don Quijote, y cuando

no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciendote conde, catate ahi caballero, y digan lo que dijeren, que à buena fe que te han de llamar señoria, mal que les pese. — Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. — Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. — Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que en un tiempo fui mullidor de una cofradia, y que me acentaba tan bien la ropa de mullidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropón ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir à ver de cien leguas. — Bien parecerás, dijo don Quijote, pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas à navaja cada dos días por lo menos, à tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. — ¿Qué hay más, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa? y aún si fuere menester, le haré que ande tras mi como caballerizo de grande. — ¿Pues cómo sabes tú, preguntó don Quijote, que los grandes llevan detrás de si à sus caballerizos? - Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la corte, y alli vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia à caballo à todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba trás dél: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras si à los tales: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. -- Digo que tienes razón, dijo don Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero; que los usos no vineron todos juntos ni se inventaron à una, y puedes ser tù el primero conde que lleve tras si su barbero, y aún es de más confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. — Quédese eso del barbero a mi cargo, dijo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir à ser rey y el hacerme conde. — Así será, respondió don Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirà en el siguiente capitulo.

CAPÍTULO XXII

DE LA LIBERTAD QUE DIÓ DON QUIJOTE Á MUCHOS DESDICHA-DOS QUE MAL DE SU GRADO LOS LLEVABAN DONDE NO QUI-SIERAN IR.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arabigo y manchego, en esta gravisima, altisonante, minima, dulce é imaginada historia, que después que entre el famoso don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero, pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo xxI quedan referidas, que don Quijote alzó los ojos, y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres à pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas à las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pie; los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pie con dardos y espadas; y que así como Sancho Panza los vido, dijo: — Esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. — ¿Cómo gente forzada? preguntó don Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? — No digo eso, respondió Sancho; sino que es gente que por sus delitos va condenada à servir al rey en las galeras de por fuerza. — En resolución, replico don Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de voluntad. — Así es, dijo Sancho. — Pues de esa manera, dijo su amo, aqui encaja la ejecución de mi oficio, desfacer fuerzas y socorrer y acudir å los miserables. — Advierta vuestra merced, dijo Sancho, que la justicia, que es el mismo rey, no hace fuerza ni agravio à semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de los galeotes, y don Quijote con muy corteses razones, pidió à los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle de decille la causa ó causas por que llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de à caballo respondió que eran galeotes, gente de Su Majestad, que iba á galeras, y que no había más que decir, ni él tenía más que saber. — Con todo eso, replicó don Quijote, querría saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia; añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos à que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: — Aunque llevamos aqui el registro y la fe de las sentencias de cada uno destos

malaventurados, no es tiempo este de detenerles à sacarlas ni à leellas: vuestra merced llegue, y se lo pregunte à ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que don Quijote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó á la cadena; y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. El le respondió que por enamorado iba de aquella manera. — ¿Por eso no más? replicó don Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas. — No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitarmela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. — ¿Qué son gurapas? preguntó don Quijote .— Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y melancólico; más respondió por él el primero, y dijo: — Este, señor, va por canario: digo que por músico y cantor. — ¿Pues cómo? repitió don Quijote, ¿por músicos y cantores van también á las galeras? — Si, señor, respondió el galecte, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. — Antes he oido decir, dijo don Quijote, que quien canta, sus males espanta. — Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. — No lo entiendo, dijo don Quijote; más una de las guardas le dijo: - Señor caballero, cantar en el ansia se dice entre gente «non sancta confesar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladrón de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años à galeras, amén de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demás ladrones que alla quedan y aqui van, le maltratan y aniquilan y escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones; porque dicen ellos, que tantas letras tiene un no como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente, que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas; y para mi tengo que no van muy fuera de camino. — Y yo lo entiendo asi, respondió

don Quijote, el cual pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió, y dijo: - Yo voy por cinco años á las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. - Yo daré veinte de muy buena gana, dijo don Quijote, por libraros desa pesadumbre. - Eso me parece, respodió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: digolo, porque si à su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande paciencia y basta. Pasó don Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual oyéndose preguntar la causa por que alli venia, comenzó á llorar y no respondió palabra; más el quinto condenado le sírvió de lengua, y dijo: - Este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas vestido en pompa y á caballo. — Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mi me parece, haber salido á la vergüenza. — Así es, replicó el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena, es por haber sido corredor de oreja y aun de todo el cuerpo; en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete, y por tener asimismo sus puntos y cofiar de hechicero. — A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo don Quijote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es asi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida; y aún había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de longa. Y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más á menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dac las razones por qué convenia hacer elección de los que en la república habían de tener tan necesario oficio, pero no es el lu-

gar acomodado para ello: algún dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar. Sólo digo ahora, que la pena que me ha causado ver esas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos, es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien, siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. — Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intención era que todo el mundo se holgase, y viviese en paz y quietud, sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, según me cargan los años y un mal de orina que llevo, que no me deja reposar un rato: y aqui tornó à su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasión, que sacó un real de á cuatro del seno, y se lo dió de limosna. Pasó adelante don Quijote, y preguntó à otro su delito, el cual respondió con no menos, sino con mucha más gallardia que el pasado: — Yo voy aqui porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intricadamente, que no hay sumista que la declare. Proboseme todo, falto favor, no tuve dineros, vime a pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años, consenti, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer à esos pobretes, Dios se lo pagará en el ciclo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar à Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de vuestra merced, que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas, que era muy grande hablador y muy gentil latino. Tras todos estos, venía un hombre de muy buen parecer, de edad de treint a años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro; un poco venia diferentemente atado que los demás, porque traia una cadena al pie, tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una

en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo ó pie de amigo, de la cual descendian dos hierros que llegaban à la cintura, en las cuales se asian dos esposas, donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podía llegar á la boca, ni podía bajar la cabeza å llegar à las manos. Preguntó don Quijote, que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones más que los otros. Respondióle la guarda: — Porque tenía aquel solo más delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera, no iban seguros dél, sino que temían que se les habia de huir. — ¿Qué delitos puede tener, dijo don Quijote, sino han merecido más pena que echarle à galeras? — Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte cevil: no se quiera saber más sino que este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. — Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres: Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como voacé dice, y cada uno se dé una vuelta à la redonda, y no hará poco. — Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de más de la marca, si no quiere que le haga callar, mal que le pese. — Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun día sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. — ¿Pues no te llaman asi, embustero? dijo la guarda. — Si llaman, respondió Ginés; más yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaría donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénosle ya y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas agenas; y si la mia quiere saber, sepa que soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. – Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay más que descar, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. — Y le pienso quitar, dijo Ginés si quedara en doscientos ducados. — ¿Tan bueno es? dijo don Quijote. — Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir à voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen. — ¿Y cómo se intitula el libro? preguntó don Quijote. — La vida de Ginés de Pasamonte, respondió él mismo. - ¿Y está acabado? preguntó don Quijote. ¿Cómo puede es-

tar acabado, respondió él, si aun no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. — ¿Luego otra vez habéis estado en ellas? dijo don Quijote. — Para servir á Dios y al Rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé a qué sabe el bizcocho y el corbacho, respondió Ginés, y no me pesa mucho de ir à ellas, porque alli tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas de decir; y en las galeras de España hay más sosiet o de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porqué me lo sé de coro. — Hábil pareces, dijo don Quijote. — Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. — Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. — Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco à poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase à los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde Su Majestad manda: si no, por vida de... basta; que podría ser que saliesen algún dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle, y viva bien y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar à Pasamonte en respuesta de sus amenazas; más don Quijote se puso en medio, y le rogo que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos, tuviese algún tanto suelta la lengua. Y volviéndose à todos los de la cadena, dijo: — De todo cuanto me habéis dicho, hermanos carisimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais à padecer no os dan mucho gusto, y que vais à ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco animo que aquel tuvo en el tormento; la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez, hubiese sido causa de vuestra perdición, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teniades: todo lo cual se me representa à mi ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aun forzando que muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la orden de caballeria que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer à los menesterosos y opresos de los mayores; pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á esos señores guardianes y comisario sean



servidos de desataros y dejaros ir en pas, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos à los que Dios y naturalesa hizo libres; cuanto más, señoros guardas, añadió don Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado; Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ui de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros; y cuando de agrado no le hagáis, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagáis por fuerza. — Donosa majaderia, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo. Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante, y onderécese ese bacín que trae en la cabeza, y no ande buscando tres pies al gato. -- Vos sois el gato y el rato y el bellaco respondió den Quijote; y diciendo y haciendo, arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada; y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demás guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado acontecimiento; pero volviendo sobre si, pusieron mano à sus espadas los de à caballo, y los de à pie à sus dardos, y arremetieron à don Quijote, que con mucho sosiego los aguardaba, y sin duda lo pasara mal, si los galeotes, viendo la ocasión que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer à don Quijote que los acometia, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte à la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en lo campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido, le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalia jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, asi de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galectes les tiraban. Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habían de dar noticia del caso à la Santa Hermandad, la cual à campana herida saldria.

á buscar á los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de alli se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. — Bien está eso, dijo don Quijote, pero yo sé lo que ahora conviene que se haga; y llamando á todos los galectes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos à la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: — De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben: y uno de los pecados que más á Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porque ya habéis visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi habéis recibido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados desa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongáis en camino y vais á la ciudad del Toboso, y alli os presentéis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digáis que su caballero, el de la Triste Figura, se le envia à encomendar, y le contéis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta poneros en la deseada libertad; y hecho esto, os podréis ir donde quisiéredes à la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo: — Lo que vuestra merced nos manda, senor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la Santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que vuestra merced puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de avemarias y credos, que nosotros diremos por la intención de vuestra merced, y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de día, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo, á tomar nuestra cadena y à ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del día, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. — Pues voto á tal, dijo don Quijote (va puesto en cólera), don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habéis de ir vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena à cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que don Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido, como el de querer darles libertad, vicudose tratar de aquella manera, hizo del ojo k los companeros, y apartándose aparte, comenzaron a linver tantas y tantas piedras so-



bre don Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia más caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso tras su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos liovia. No se pudo escudar tan bien don Quijote, que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caido, cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacta de la cabeza, y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos; quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querían quitar, si las grebas no lo estorbaran. A Sancho le quitaron el gabán, y dejándole en pelota, repartiendo entre si los demás despojos de la batalia, se fueron cada uno por su parte, con más cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir à presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y don Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aun no había cesado la borrasca de tas piedras que le perseguian los oídos; Rocinante tendido junto à su amo, que también vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la Santa Hermandad; don Quijote mohinisimo de verse tan malparado por los mismos & quien tanto bien habia hecho.

CAPÍTULO XXIII

DE LO QUE ACONTECIÓ AL FAMOSO DON QUIJOTE EN SIERRA-MORENA, QUE FUÉ UNA DE LAS MÁS RARAS AVENTURAS QUE EN ESTA VERDADERA RISTORIA SE CUENTAN.

Viéndose tan mal parado don Quijote, díjo à su escudero:
— Siempre, Sancho, lo he oido decir, que el hacer bien à villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijlste, yo hubiera excusado esta pesambre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aqui adelante. — Así escarmentarà vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido, se hubiera excusado este daño, créame ahora, y excusarà otro mayor; porque le hago saber que con la Santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da à ella por

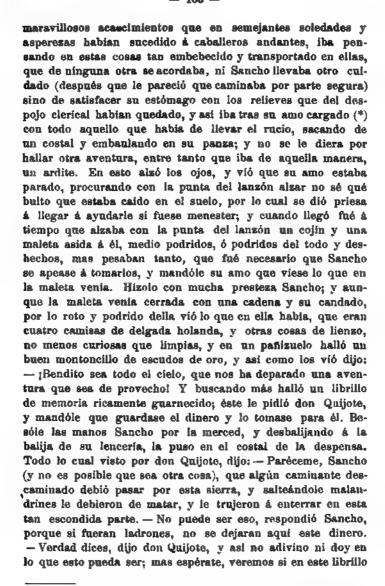
cuantos caballeros andantes hay, dos maravedis: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. — Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo don Quijote; pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición, que jamás en vida ni en muerte has decir à nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres, mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres; y no me repliques más, que en solo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especialmente deste que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aqui sólo, no solamente à la Santa Hernlandad que dices y temes sino à los hermanos de las doce tribus de Israel, y à los siete Macabeos, y á Castor y á Pólux, y aún á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. — Señor, respondió Sancho, que el retirar no es huir, ni el esperar es cordura, cuando el peligro sobrepuja á la esperanza; y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa, que aunque zafio y villano, todavia se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: así que, no se arrepienta de haber tomado mi consejo, si no suba en Rocinante si puede, ó si no yo le ayudaré, y sigame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos. Subió don Quijote sin replicarle más palabra, y guiando Sancho, sobre su asno, se entraron por una parte Sierra-Morena que alli junto estaba, llevando Sancho intención de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodóvar del Campo, y esconderse algunos días por aquellas asperezas por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se había escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la juzgó á milagro, segun fué lo que llevaron y buscaron los galeotes. (*) Aquella

^(*) En este punto existe una variante fundamental en los textos primitivos de la obra. En la edición de 1608, trató Cervantes de enmendar el descuido con que compuso el texto primitivo, corrigiendo algo la contradicción entre lo que primeramente dijo del hurto del rucio de Sancho por Ginés de Pasamonte, y el hecho de que después de esto anduviera Sancho de mugeriegas sobre el misme rucio. En la presente edición, y de acuerdo con el propósito

noche llegaron à la mitad de las entrafias de Sierra-Morena, adonde le pareció à Sancho pasar aquella noche y aun otros algunos días, à lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que según opinión de los que no tienen lumbre de la verdadera fe, todo lo guia, guisa y compone à su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladrón, que de la cadena por virtud y locura de don Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la Santa Hermandad, de quien con justa razón temía, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á don Quijote Sancho Panza, á hora y tiempo que los pudo conocer y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, y la necesidad sea ocasión de acudir á lo que no se debe, y el remedio presente venza á lo por venir, Ginés que no era ni agradecido ni bien intencionado, acordó de hurtar el asno à Sancho Panza, no curándose de Rocinante por ser prenda tan mala para empeñada como para vendida. Dormia Sancho Panza, hurtôle su jumento, y antes que amaneciese, se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo à Sancho Panza, porque halló menos su rucio; el cual viéndose sin él comenzó á hacer el más triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que don Quijote despertó à las voces, y oyó que en ellas decia: -¡Oh hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veintiséis maravedis que ganabas cada dia, mediaba vo mi dispensa! Don Quijote, que viò el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa, de cinco que había dejado en ella.

Consolóse Sancho con esto, y limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á don Quijote la merced que le hacía; el cual como entró por aquellas montañas, se le alegró el corazón, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reduciansele á la memoria los

de Cervantes de corregir su primer descuido, se ha adoptado el texto de 1608. Así y todo, según se hará observar en notas sucesivas, quedan en otros pasajes del libro, testimonios repetídos de la referida contradicción.



^(*) Con seta frase, que no existe en el texto de la edición primera, acentas. Cervantes en la de 1608 la corrección á que se reflere la nota puesta en la página 161, haciendo notar que Sancho iba cargado con todo aquello que había de llevar el ructo que Ginés de Pasamonte le había harindo.



de memoria hav alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primoro que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, que leyéndole alto, porque Sancho también lo oyese, vió que decia desta manera:

O le falta al amor conocimiento,

ò le sobra crueldad, ò no es mi pena
igual à la ocasión que me condena
al género más duro del tormento.

Pero si Amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un Dios no sea cruel: ¿pues quiên ordena
el terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
que tanto mal en tanto bien no cabe,
ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto,
que el mai de quien la causa no se sabe,
milagro es acertar la medicina.

-Por esa trova, dijo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por ese hilo que está ahí se saque el ovillo de todo. - ¿Qué hilo está aqui? dijo don Quijote. - Paréceme dijo Sancho, que vuestra merced nombró ahi hilo.—No dije sino Fili, respondió don Quijote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se queja el autor deste soneto; y á fe que debe de ser razonable poeta, ó yo sé poco del arte. — ¿Luego también, dijo Sancho, se le entiende á vuestra merced de trovas? - Y más de lo que tú piensas, respondió don Quijote, y veráslo cuando lleves una carta escrita en versos de arriba abajo à mi señora Dulcinea del Toboso; porque quiero que sepas Sancho que todos ó los más caballeros andantes de la edad. pasada eran grandes trovadores y grandes músicos; que estas dos habilidades, ó gracias por mejor decir, son anejas á los enamorados andantes; verdad es que las copias de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor. - Lea más vuestra merced, dijo Sancho, que ya hallara algo que nos satisfaga. Volvió la hoja don Quijote, y dijo: -- Esto ca prosa, y parece carta. - ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. -- En el principio no parece sino de amores, respondió don Quijote. — Pues lea vuestra merced alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas coses de amores. - Que me place, dijo

don Quijote, y leyéndola alto, como Sancho se lo había rogado, vió que decia desta manera:

« Tu falsa promesa y mi cierta desventura, me llevan à

- « parte donde antes volveran a tus oidos las nuevas de mi « muerte, que las razones de mis quejas. Desechásteme, joh
- « ingrata! por quien tiene más, no por quien vale más que
- « yo; más si la virtud fuera riqueza que se estimara, no en-
- « vidiara yo dichas agenas, ni llorara desdichas propias. Lo
- « que levantó tu hermosura, han derribado tus obras: por ella
- « entendi que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer.
- « Quédate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo
- « que los engaños de tu esposo estén siempre encubiertos,
- « porque tú no quedes arrepentida de lo que hiciste, y yo
- « no tome venganza de lo que no deseo.»

Acabando de leer la carta, dijo don Quijote: — Menos por ésta que por los versos se puede sacar más de que quien la escribió es algún desdeñado amante. Y hojeando casi todo el librillo, halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer, y otros no; pero lo que todos contenían eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdenes, solemnizados los unos y llorados los otros. En tanto que don Quijote pasaba el libro, pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincón en toda ella ni en el cojin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habían despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló más de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brebaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán, y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba más que rebién pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algún principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de su dama debian de haber conducido à algún desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curo de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante quería, que era por donde él podía caminar, siempre con imaginación que no podía faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura. Yendo pues con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata con extraña ligereza; figurósele que iba desnudo, la barba negra y espesa, los cabellos muchos y rebultados, los pies descalzos, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrían unos calzones al parecer de terciopelo leonado, más tan hechos pedazos, que por muchas partes se le descubrían las carnes; traía la cabeza descubierta, y aunque pasó con la ligereza que se ha dicho, todas estas menudencias miró y notó el caballero de la Triste Figura: y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas, y más siendo él de suyo pisacorto y flemático.

Luego imaginó don Quijote que aquel era el dueño del cojin y de la maleta, y propuso en si de buscalle aunque supiese andar un año por aquellas montañas, hasta hallarle; y asi mandó à Sancho que se apease del asno (*) y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria " ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. — No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sirvale eso que digo de aviso, para que de aqui adelante no me aparte un dedo de su presencia. — Asi será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar, aunque te falte el ánimo del cuerpo; y vente ahora tras mi poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela, quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: — Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y asi fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera

^(*) En este pasage no hizo variación alguna Cervantes para corregir el descuido en que había incurrido y al que se refieren las notas de las páginas 161 y 163. El texto que aquí se ha adoptado es el mismo de todas las ediciones publicadas en vida de Cervantes.

à tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacia franco. — Engañaste en eso, Sancho, respondió don Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quién es el dueño, casi delante, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: asi que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que á mi se me quitará si le hallo. Y asi picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pie y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte, y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo, caida, muerta y medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada, todo lo cual confirmó en ellos más la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cojin. Estándola mirando, oyeron un silbido como de pastor que guardaba ganado, y á deshora, á su siniestra mano, parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces don Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. El respondió à gritos, que quien les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de pies de cabras ó de lobos y otras fieras que por alli andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde don Quijote estaba, dijo: — Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada; pues á buena fe que ha ya seis meses que está en ese lugar: diganme, ¿han topado por ahi á su dueño? — No hemos topado á nadie, respondió don Quijote, sino á un cojin y á una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. — También la hallé yo, respondió el cabrero, más nunca la quise alzar ni llegar à ella, temeroso de algún desmán y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil, y debajo de los piés se levanta al hombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no. — Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar à ella con un tiro de piedra: alli la dejé, y alli se queda como estaba, que no quiero perro con cencerro. — Decidme ouen hombre, dijo don Quijote, ¿sabéis vos quien sea el dueño destas prendas? — Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses, poco más ó menos, que llegó á una majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahi está muerta, y con el mismo cojin

que decis que hallastes y no tocastes: preguntónos que cual parte desta sierra era la más áspera y escondida: dijimosle, que era esta donde ahora estamos; y es asi la verdad, porque si entráis media legua más adentro, quizá no acertaréis á salir, y estoy maravillado de como habéis podido llegar aqui, porque no hay camino ni senda que à este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, volvió las riendas, y encaminó hacia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar v volverse hacia la sierra: y desde entonces nunca más le vimos, hasta que desde alli à algunos dias salió al camino à uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, y le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, y le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió à entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduvimos á buscar casi dos dias por lo más cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en un hueco de un grueso y valiente alcornoque. Salió à nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido y el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron à entender que era el que buscabamos. Saludónos cortesmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque asi le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogamosle que nos dijese quien era; más nunca lo pudimos acabar con él. Pedimosle también, que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallariamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevariamos, y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no a quitarlo a los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdón de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna á nadie. En cuanto lo que tocaba á la estancia de su habitación, dijo que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasión donde le tomaba la noche; y puso término á su plática con un tan tierno llanto, que bien fuéramos de piedra los que escuchádole habiamos, si en él no le acompañáramos, considerándole como le habiamos visto la vez primera, y cual le veiamos entonces; porque, como tengo dicho, era un muy

gentil y agraciado mancebo, y en sus corteses y concertadas razones mostraba ser bien nacido y muy cortesana persona. Que puesto que éramos rústicos los que le escuchábamos, su gentileza era tanta, que bastaba á darse á conocer á la misma rusticidad: y estando en lo mejor de su plática, paró y enmudecióse, clavó los ojos en el suelo por un buen espacio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en que habia de parar aquel embelesamiento con no poca lastima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algún accidente de locura le habia sobrevenido. Más él nos dió à entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á si, con tal denuedo y rabia, que si no se le quitáramos, le matara á puñadas y á bocados, y todo esto hacia diciendo: — ¡Ah fementido Fernando! aqui, aqui me pagarás la sin razón que me hiciste: estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude y el engaño; y á estas añadia otras razones, que todas se encaminaban à decir mal de aquel Fernando, y á tacharle de traidor y fementido. Quitámosele pues con no poca pesadumbre, y él sin decir más palabra se apartó de nosotros, se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille: por esto conjeturamos, que la locura le venía à tiempos, y que alguno que se llamaba Fernando, le debía de haber hecho alguna mala obra, tan pesada, cuanto lo mostraba el término à que le habia conducido. Todo lo cual se ha confirmado después acá con las veces, que han sido muchas, que él ha salido al camino; unas á pedir á los pastores le den de lo que llevan para comer, y otras à quitarselo por fuerza; porque cuando está con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma à puñadas; y cuanto está en su seso, lo pide por amor de Dios cortés y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lágrimas. Y en verdad os digo señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo y cuatro zagales, los dos criados y los dos amigos míos, de buscarle hasta tanto que le hallemos, y después de hallado, ya por fuerza, ya por grado, le hemos de llevar à la villa de Almodóvar, que está de aquí ocho leguas, y alli le curaremos,

si es que su mal tiene cura, ó sabremos quien es cuando esté en su seso y si tiene parientes à quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habéis preguntado; y entended, que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes pasar con tanta ligereza como desnudez (que ya le había dicho don Quijote cómo había visto pasar aquel hombre saltando por la sierra): el cual quedó admirado de lo que al cabrero había oído, y quedó con más deseo de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mismo que ya tenia pensado, de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincón ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra, que salía donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venía habiando entre si cosas que no podian ser entendidas de cerca. cuanto más de lejos. Su traje era cual se ha pintado, solo que llegando cerca, vió don Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre si traia era de ámbar, por dónde acabó de entender que persona que tales hábitos traia, no debia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo á ellos, los saludo con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesia: don Quijote le volvió las saludes con no menos comedimiento, y apeandose de Rocinante, con gentil continente y donaire le fué à abrazar, y le tuvo un buen espacio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, à quien podemos llamar el Roto de la mala figura, como à don Quijote el de la Triste, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de si, y puestas sus manos en los hombros de don Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocía, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de don Quijote, que don Quijote lo estaba de verle à él. En resolución, el primero que habló después del abrazamiento, fué el Roto, y dijo lo que se dirá adelante.

CAPÍTULO XXIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DE LA SIERRA MORENA

Dice la historia que era grandísima la atención con que don Quijote escuchaba al astroso caballero de la Sierra, el cual prosiguiendo su plática dijo: Por cierto, señor, quien quiera que seáis (que yo no os conozco) yo os agradezco las muestras de cortesia que conmigo habéis usado, y quisiera yo hallarme en términos, que con más que la voluntad, pudiera servir la que habéis mostrado tenerne en el buen acogimiento que me habéis hecho; más no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. — Los que yo tengo, respondió don Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si el dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostráis tener, se podía hallar algún genero de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y à planirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algún género de cortesia, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habéis amado ó amáis, que me digáis quién sois, y la causa que os traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues moráis entre ellos tan ajeno de vos mismo, cual lo muestra vuestro traje y persona: y juro, añadió don Quijote, por la orden de caballería que recebi, aunque indigno y pecador, y por la profesión de caballero andante, que si en esto, señor, me complacéis, de serviros con las veras à que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido.

El caballero del Bosque, que de tal manera oyó hablar al de la Triste Figura, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y después que le hubo bien mirado, le dijo: — Si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que después de haber comido, yo haré todo lo que se me manda, en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurrón con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa, que no daba espacio de un bocado al otro, pues antes los engullía que tragaba; y en tanto que comia, ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer, les hizo de señas que le siguiesen, como lo hicieron, y él les llevó à un verde pradecillo que à la vuelta de

una peña poco desviada de alli estaba. En llegando á él se tendió en el suelo encima de la yerba, y los demás hicieron lo mismo, y todo esto sin que ninguno hablase, y hasta que el Roto, después de haberse acomodado en su asiento, dijo: — Si gustáis, señores, que os diga en breves razones la inmensidad de mis desventuras, habéisme de prometer de que con ninguna pregunta ni otra cosa, no interromperéis el hilo de mi triste historia, porque en el punto que lo hagáis, en eso se quedará lo que fuere contando. Estas razones del Roto trujeron à la memoria à don Quijote el cuento que le habia contado su escudero, cuando no acertó el número de las cabras que habían pasado el río, y se quedó la historia pendiente; pero volviendo al Roto, prosiguió diciendo: — Esta prevención que hago es porque querria pasar brevemente por el centro de mis desgracias, que al traerlas á la memoria no me sirve de otra cosa que añadir otras de nuevo, y mientras menos me preguntáredes, más presto acabaré yo de decillas, puesto que no dejaré por contar cosa alguna que sea de importancia. para satisfacer del todo á vuestro deseo. Don Quijote se lo prometió en nombre de los demás, y él con este seguro comenzó desta manera:

— Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza; que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivía en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que vo acertara à descarme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de menos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debía. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso a mi con aquella sencillez y buen animo que su poca edad permitia. Sabían nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasaran delante no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi lo concertaba la igualdad de nuestro linaje y riquezas. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, que el padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado à negarme la entrada de su casa, casi imitando en esto á los padres de aquella Tisbe tan decantada de los poetas; y fué esta negación añadir llama á llama y deseo á deseo, porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner



à las plumas, las cuales, con más libertad que las lenguas suelen dar à entender à quien quieren, lo que en el alma está encerrado, que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intención más determinada y la lengua más atrevida. ¡Ay cielos, y cuántos billetes la escribi! ¡Cuán regaladas y honestas respuestas tuvel ¡Cuántas canciones compuse, y cuantos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que más convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedirsela A su padre por legitima esposa, como lo hice; á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, à él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque si no fuese con mucha voluntad y gusto suyo, no era Luscinda mujer para tomarse ni darse à hurto. Yo le agradeci su buen intento, pareciéndome que llevaba razón en lo que decia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dijese; y con este intento, luego, en aquel mismo fistante fui à decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual, antes que yo le dijese palabra, me la dió, y me dijo: — Por esta carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo, tiene de hacerme merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debéis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor de esta Andalucia. Tomé y lei la carta, la cual venta tan encarecida, que à mi mismo me pareció mal, si dejaba mi padre de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado, de su hijo el mayor; y que él tomaba à cargo el ponerme en estado que correspondicse à la estimación en que me tenia. Lei la carta y enmudeci leyéndola, y más cuando of que mi padre me decía: - De aqui à dos dias te partirás, Cardenio, à hacer la voluntad del Duque; y da gracias à Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces. Añadió á éstas, otras razones de padre consejero. Llegose el término de mi partida, hablé una noche a Luscinda, dijele todo lo que pasaba, y lo mismo hice à su padre, suplicándole se entretuviese algunos días, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me quería· él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba; fui dèl tan bien recebide y tratado, que desde luego comenzó la envidia á hacer su oficio, teniéndomela los criados antiguos, pareciéndoles que las muestras que el duque daba de hacerme merced, habían de ser en perjuicio suyo; pero el que más se holgó con mi ida, fué un hijo segundo del Duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentilhombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fueso tan su amigo, que daba que decir á todos; y aunque el mayor me quería bien y me hacía merced, no llegó al extremo con que don Fernando me quería y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenía con don Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Quería bien á una labradora vasalla de su padre, y ella los tenía muy ricos, y era tan hermosa recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia, se determinaba en cuál de estas cosas tuviese más excelencia, ni más aventajase.

Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron à tal término los deseos de don Fernando, que se determinó. para poder alcanzarlo y conquistar la entereza de la labradora, darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los más vivos ejemplos que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo qué no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; más don Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado, en vez de buen criado, á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el Duque venia; y así por divertirme y engañarme, me dijo que no haliaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenía, que el ausentarse por algunos meses; y que quería que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasión que darian al Duque que venía à ver y à feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad había, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oi yo decir esto, cuando movido de mi afición, aunque su determinación no fuera tan buena, la aprobara yo por una de las más acertadas que se podían imagi-



nar, por ver cuán buena ocasión y coyuntura se me ofrecia de volver à ver à mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacia su oficio, à pesar de los más firmes pensamientos; y cuando él me vino à decir esto, según después se supo, había gozado á la labradora con titulo de esposo, y esperaba ocasión de descubrirse á su salvo, temeroso de lo que el Duque su padre haria cuando suplese su disparate. Sucedió, pues, que como el amor en los mozos por la mayor parte no lo es, sino apetito, el cual como tiene por último fin el deleite, en llegando à alcanzarle se acaba y ha de volver atràs aquello que parecia amor porque no puede pasar adeiante del término que le puso naturaleza, el cual término no le puso á lo que es verdadero amor; quiero decir, que así como don Fernando gozó á la labradora, se le aplacaron sus deseos y se resfriaron sus ahincos; y si primero fingia quererse ausentar por remediarlos ahora de veras procuraba irse por no ponerlos en ejecución. Dióle el Duque licencia, y mandóme que le acompañase: venimos à mi ciudad, recibióle mi padre como quien era, vi yo luego à Luscinda, tornaron à vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales di cuenta por mi mal à don Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discreción de Luscinda, de tal manera, que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada. Cumpliselos yo por mi corta suerte, enseñandosela una noche à la luz de una vela, por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos; vióla en sayo, tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido; enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo veréis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle más el deseo (que á mi me celaba, y al cielo à solas descubria) quiso la fortuna que hallase un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiese à su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyendolo me dijo, que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demás mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora, que puesto que yo veia con cuán justas causas don Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabauzas de su boca, y comencé á temer, y con

razón à recelarme dél, porque no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos: cosa que despertaba en mi un no sé qué de celos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fe de Luscinda; pero con todo eso me hacia temer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre don Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondía, à título que de la discreción de los dos gustaba mucho: Acaeció pues que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerias en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadis de Gaula. No hubo bien oido don Quijote nombrar libros de caballerías, cuando dijo: — Con que me dijera vuestra merced al principio de su historia que su merced de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageración para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habéis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda; así que, para conmigo no es menester gastar más palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con sólo haber entendido su afición, la confirmo por la más hermosa y más discreta mujer del mundo; y quisiera yo, señor, que vuestra merced le hubiera enviado junto con Amadis de Gaula al buen de don Rugel de Grecia, que yo sé que gustara la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discreción y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura más en hacerse la enmienda, de cuanto quisiera vuestra merced ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que alli le podré dar de trescientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida; aunque tengo para mi que ya no tengo ninguno, merced à la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme vuestra merced de haber contravenido à lo que prometimos de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar, ni humedecer en los de la luna; así que, perdón, y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso. En tanta que don Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido à Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras



de estar profundamente pensativo; y puesto que dos veces le dijo don Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó, y dijo: - No se me puede quitar del pensamiento ni habra quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé A entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina Madásima. - Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera don Quijote (y arrojóle, como tenía de costumbre), y esa es una muy grande malicia, ó bellaqueria por mejor decir. La reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se había de amançebar con un sacapotras; y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré à entender à pie ó à caballo, armado ó desarmado, de noche, ó de día, ó como más gusto le diere. Estábale mirandole Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su bistoria, ni tampoco don Quijote se la oyera, según le había disgustado lo que de Madásima le había oldo. ¡Extraño caso! que asi volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora; tal le tenian sus descomulgados libros. Digo pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentis y de bellaco, con otros denuestos semejantes. parecióle mal la burla, y aizó un guijarro que halló junto á si, y dió con él en los pechos tal golpe à don Quijote, que le hizo caer de espaidas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar à su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus pies, y luego se subió sobre él y le abrumó las costillas muy à su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro; y después que los tuvo à todos rendidos y molidos, los dejó, y se fué con gentil sosiego à emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenía de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió à tomar la venganza del cabrero, diciendole que el tenia la culpa de no haberles avisado que aquel hombre le tomaba à tiempos la locura; que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya to había dicho, y que si él no lo había oido, que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza, y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas y darse tales puñadas, que si don Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decía Sancho, asido con 'el cabrero: — Déjeme vuestra merced, señor caballero de la Triste Figura, que en este, que es villano como yo y no está armado caballero, bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. — Así es. dijo don Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y don Quijote volvió á preguntar al cabrero, si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero había dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaría de hallarle ó cuerdo ó loco.

CAPÍTULO XXV

QUE TRATA DE LAS EXTRAÑAS COSAS QUE EN SIERRA-MORENA SUCEDIERON AL VALIENTE CABALLERO DE LA MANCHA, Y DE LA IMITACIÓN QUE HIZO Á LA PENITENCIA DE BELTENEBROS.

Despidióse del cabrero don Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante, mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento (*) de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenía mandado. Mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: — Senor don Quijote, vuestra merced me echa su bendición, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, y á mi mujer, y a mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer vuestra merced que vaya con él por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y con eso pasara mi mala ventura: que es recia cosa,

^(*) Vuelve aquí á aparecer el descuido de Cervantes en la revisión de su libro. Téngase presente lo dicho en las notas de las páginas 161, 163 y 168, tanto en este pasaje como en otros que siguen, referentes al rucio de Sancho.



y que no se puede lievar en paciencia andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillasos y puñadas, y con todo eso nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón, como si fuera mudo. - Ya te entiendo, Sancho, respondió don Quijote; tú mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dale por alzado, y di lo que quisieres, con condición que no ha de durar este alsamiento más de en cuanto anduviéramos por estas sierras. — Sea así, dijo Sancho, hable yo ahora, que después Dios sabe lo que será; y comenzando à gozar dese salvoconducto, digo que ¿qué le iba á vuestra merced en volver tanto por aquella reina Magimasa, ó cómo se liama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si vuestra merced pasara con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasara adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aun más de seis torniscones. - A fe, Sancho, respondió don Quijote, que si tú supieras como yo lo sé, cuán honrada y cuán principal señora era la reina Madasima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tantas blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabad, que el loco dijo, fué un hombre muy prudente y de muy sanos consejos, y sirvió de ayo y de médico à la Reina; pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo, ya estaba sin juicio. — Eso digo yo, dijo Sancho, que no había para qué hacer cuenta de las palabras de un loco; porque si la buena suerte no ayudara à vuestra merced, y encaminara el guijarro à la cabeza, como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda; pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres, cualesquiera que sean, cuanto más por las reinas de tan alta guisa y pro como fué la reina Madasima, à quien yo tengo particular afición por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en las calamidades, que las tuvo muchas; y los consejos y compañías del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio, para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia; y de aqui tomó ocasión el vulgo ignorante y mal intencionado, de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentiran otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren — Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, alla se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó nó, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo; no sé nada: no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente, en su bolsa lo siente; cuanto más, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; más que lo fuesen, ¿qué me va a mi? y muchos piensan que hay tocinos, y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo, cuanto más que de Dios dijeron? — ¡Váleme Dios, dijo don Quijote, y qué de necedades vas, Sancho, ensartando! ¿Qué va de lo que tratamos à los refrancs que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aqui adelante entremétete en aspolear à tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razón y muy conforme 💰 las reglas de caballeria, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. — Señor, respondió Sancho, ¿v es buena regla de caballería, que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, el cual, después de hallado, quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de vuestra merced y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? — Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo don Quijote, porque te hago saber que no solo me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpetuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y serà tal, que he de echar con ella el sello à todo aquello que puede hacer perfecto y famoso à un andante caballero.—¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. — No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echásemos azar en lugar de encuentro; pero todo ha de estar en tu diligencia. - ¿En mi diligencia? dijo Sancho. — Si, dijo don Quijote, porque si vuelves presto de adonde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga más suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadis de Gaula fué uno de los más perfectos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno, fué el solo, el primero, el único, el

señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Mai año y mal mes para don Belianis y para todos aquellos que dijeren que se le igualó en algo, porque se engañan, juro cierto. Digo asimismo que cuando algún pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los más oficios ó ejercicios de cuenta, que sirven para adorno de las repúblicas; y así lo ha de hacer y hace, el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando á Ulises, en cuya persona y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento, como también nos mostró Virgilio en persona de Eneas el valor de un hijo piadoso y la sagacidad de un valiente y entendido capitán, no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron, sino como habían de ser, para quedar ejemplo à los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fué el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, à quien debemos imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare, estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballeria; y una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentia, sufrimiento, firmeza y amor, fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenebros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntud había escogido: asì que, me es à mi màs fàcil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. - En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que vuestra merced quiere hacer en este tan remoto lugar?— ¿Ya no te he dicho, respondió don Quijote, que quiero imitar á Amadis, haciendo aquí del desesperado, del sandio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldán, cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, y hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Y puesto que yo pienso

imitar á Roldán ó Orlando ó Rotolando (que todos estos tres nombres tenia) parte por parte en todas las locuras que hizo, dijo y pensó, haré el bosquejo como mejor pudiere en las que me pareciere ser más esenciales; y podrá ser que viniese á contentarme con la sola imitación de Amadis, que sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos, alcanzo tanta fama como el que más. — Paréceme a mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron, fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero vuestra merced ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, ó qué señales ha hallado que le den à entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con moro ó cristiano? — Ahí está el punto, respondió don Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está desatinar sin ocasión y dar á entender à mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Cuanto más, que harta ocasión tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mía Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir à aquel pastor de marras, Ambrosio, quien està ausente todos los males tiene y teme: así que, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitación. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar à mi señora Dulcinea; y si fuere tal, cual à mi fe se le debe, acabarse ha mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo, no sentiré nada. Así que, de cualquiera manera que responda, saldré del conflicto y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el velmo de Mambrino? que ya vi que le alzaste del suelo, cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: — Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice, y que por ellas vengo à imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar insulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir & vuestra merced, que una bacia de barbero es el yelmo de Mam-

brino, y que no salga deste error en más de cuatro días, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma, debe de tener güero el juicio? La bacia yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderezarla en mí casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algún dia me vea con mi mujer é hijos. — Mira, Sancho, por el mismo que denantes juraste te juro, dijo don Quijote, que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible, que en cuanto ha que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello hecho así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á ti te parece bacía de barbero, me parece à mi el yelmo de Mambrino, y à otro le parecerá otra cosa; fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que siendo el de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo sin llevarle, que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara. Guárdale, amigo, que por ahora no lo he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más à Roldán que à Amadis. Llegaron en estas pláticas al pie de una alta montaña, que casi como peñón tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban: corria por su falda un manso arroyuelo, y haciase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por alli muchos árboles silvestres, v algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así, en viéndole, comenzó á decir en voz alta, como si estuviera en sin juicio: — Este es el lugar, oh cielos, que disputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto: este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis continuos y profundos suspiros moverán á la contínua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la

pena que mi asendereado corazón padece. 10h vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada: oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados celos han traido à lamentarse entre estas asperezas, y a quejarse de la dura condición de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura! ¡Oh vosotras, Napeas y Driadas, que tenéis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes: así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois, aunque en vano, amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudéis à lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canséis de oilla! ¡Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura: así el cielo te la dé buena en cuanto acertares à pedirle, que consideres el lugar y el estado à que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que à mi fe se le debe! ¡Oh solitarios árboles, que desde hoy en adelante habéis de hacer compañia á mi soledad: dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia! ¡Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos: toma bien en la memoria lo que aqui me verás hacer, para que lo cuentes y recites à la causa total de todo ello! Y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas, le dijo! -- Libertad te da el que sin ella queda, oh caballo tan extremado por tus obras cuanto desdichado por tu suerte; vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: — Bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desalbardar al rucio, (*) que á fe que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aqui estuviera, no consintiera yo que nadie le desalbardara, pues no había para qué, que à él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado; pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios quería; y en verdad, señor caballero de la Tristo Figura, que si es que mi partida y su locura de vuestra merced van de veras, que será bien tornar à ensillar à Rocinante para que

^(*) Véanse las notas de las páginas 161, 163, 166 y 178.

supla la falta del rucio, porque será ahorrar el tiempo à mi ida y vuelta, que si la hago á pie, no sé cuándo llegaré, ni cuando volveré, porque en resolución soy mal caminante. — Digo, Sancho, respondió don Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aqui á tres días te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. — ¿Pues que más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? — Bien estás en el cuento, respondió don Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. — Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire vuestra merced cómo se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia; y sería yo de parecer que ya que à vuestra merced le parece que son aqui necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es figido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodón, y déjeme á mi el cargo, que yo diré á mi señora que vuestra merced se las daba en una punta de peña más dura que la de un diamante. — Yo agradezco tu buena intención, amigo Sancho, respondió don Quijote; más quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de verás, porque de otra manera seria contravenir à las órdenes de caballeria, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relapsos, y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: así que, mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofistico ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruégole à vuestra merced que no se acuerde más de aquel maldito brebaje, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y más el estómago; más le ruego, que haga cuenta que ya son pasados los tres días que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y escriba la carta, y despacheme luego, porque tengo gran deseo de volver à sacar à vuestra merced desde purgatorio donde le dejo: — ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo don Quijote: mejos hicieras de llamarle inflerno, y

aun peor si hay otra cosa que lo sea. — Quien ha inflerno respondió Sancho, nulla est retentio, según he oido decir. — No entiendo que quiere decir «retentio», dijo don Quijote. — Retentio es, respondió Sancho, que quien está en el inflerno nunca sale del, ni puede, lo cual será al revés en vuestra merced, ó á mí me andarán mal los pies, si es que llevo espuelas para avivar à Rocinante; y póngame yo una por una en el Toboso y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras (que todo es uno) que vuestra merced ha hecho y queda haciendo, que la venga à poner más blanda que un guante, aunque la halle más dura que un alcornoque: con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré à vuestra merced deste purgatorio que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que están en el inflerno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. — Así es la verdad, dijo el de la Triste Figura: ¿pero qué haremos para escribir la carta! — Y la libranza pollinesca también, añadió Sancho. — Todo irá inserto, dijo don Quijote, y sería bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos como hacían los antiguos en hojas de árboles ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora, como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria donde será bien y aun más que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó si no, cualquiera sacristán te la trasladará: y no se la dés á trasladar á ningún escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás. — ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. — Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondió don Quijote. -- Está bien, respondió Sancho, pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y qued**aré-**mos sin pollinos. — La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla; y en lo que toca à la carta de amores, pondràs por firma: vuestro hasta la muerte, El Caballero de la Triste Figura. Y hara poco al caso que vaya demano ajena, porque à lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse à más que à un honesto mirar y aun esto tan de cuando

en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero más que à la lumbre destos ojos que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y su madre Aldonza Nogales la han criado. — Ta, ta, dijo Sancho, ¿qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? — Esa es, dijo don Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. — Bien la conozco, dijo Sancho, y sé dicir que tira tan bien una barra como el más forzudo zagal de todo el pueblo: vive el dador que es moza de chapa hecha y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo à cualquier caballero andante ò por andar que la tuviera por señora.—¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea à llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de alli más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo, y querría ya verme en camino sólo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso à vuestra merced una verdad, señor don Quijote, que hasta aqui he estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado, así el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aun no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le ha de dar à la señora Aldonza Lorenzo, digo, à la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced envie y ha de enviar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. — Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo don Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo; más para que veas cuán necio eres tú, y cuán discreto soy yo, quiero que me oigas un breve cuento. Has de saber, que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y sobre todo desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo: alcanzólo á saber su mayor y un día dijo á la buena viuda por via de fraternal reprensión: Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica, como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir este quiero, aqueste no quiero; más ella le respondió con mucho donaire y desenvoltura: Vuestra merced, señor mio, está muy engañado, y piensa muy à lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe y más que Aristóteles: así que, Sancho, para lo que yo quiero á Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra. Si, que no todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen. ¿Piensas tú que las Amarilis, las Filis, las Silvias, las Dianas, las Galateas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias están llenos fueron verdaderamente damas de carne y hueso y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto sino que las más se las fingen por dar sujeto a sus versos y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así bástame à mi pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco, que no han de ir à hacer la información dél para darle algún hábito, y yo me hago cuenta que es la más alta princesa del mundo; porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan à amar más que otra, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada, y pintola en mi imaginación como



la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no será castigado de los rigurosos. - Digo que en todo tiene vuestra merced razón, respondió Sancho, y que soy un asno; más no sé yo para quê nombro asno en mi boca, pues no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta, y adiós, que me mudo. Sacó el libro de memoria don Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó à escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho, y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, si acaso se le perdiese por el camino, porque de su desdicha todo se podía temer. A lo cual respondió Sancho: - Escribala vuestra merced dos ó tres veces ahi en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas veces se me olvida cómo me llamo: pero con todo eso, digamela vuestra merced, que me holgaré mucho de cilla, que debe de ir como de molde. - Escucha, que así dice, dijo don Quijote.

CARTA DE DON QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO

Soberana y alta señora:

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envía la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pró, si tus desdenes son en mi afincamiento, magiter que yo sea axas de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que además de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relación, oh bella ingrata, amada enemiga mía, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y 4 mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,

EL CABALLERO DE LA TRISTE FIGURA.

— Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la más alta cosa que jamás he cido: pesia à mi, y como que le dice vuestra merced ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma El caballero de la Triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no hay cosa que no sepa. — Todo es menester, respondió don Quijote para el oficio que traigo. — Ea pues, dijo Sancho, ponga vuestra merced en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y firmela con mucha claridad, porque la conozcan en viéndola. — Que me place, dijo don Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decia así:

Mandará vuestra merced por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero, tres de los cinco que dejé en casa y están á carjo de vuestra merced: los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recebidos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierra-Morena á ventidós de Agosto deste presente año. (*)

— Buena está, dijo Sancho; firmela vuestra merced. — No es menester firmarla, dijo don Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y aún para trescientos fuera bastante. — Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho: déjeme, iré à ensillar à Rocinante, y aparéjese vuestra merced à echarme su bendición, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más. — Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester así, quiero digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos, p**uedas jurar a tu** salvo en las demás que quisieres añadir, y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. — Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á vuestra merced, que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta de que vo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves, y las que le vinieren más á cuento; cuanto más, que para mi no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta; que ha de ser con las nuevas que vuestra merced desea y merece: y si no aparéjese la señora Dulcinea, que si no responde como es ra-

^(°) En la edición de 1608, Cervantes enmendó esta fecha y puso 27 de Agosto.



zón, voto hago solemne à quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago à coces y à bofetones. Porque adonde se ha de sufrir que un caballero andante tan famoso como vuestra merced se vuelva loco sin qué ni para qué por una. . . ? no me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce, aunque nunca se venda: bonico soy yo para eso! mal me conoce, pues á fe que si me conociese, que me ayudase. — A fe, Sancho, dijo don Quijote, que á lo que me parece no estás tú más cuerdo que yo. - No estoy tan loco, respondió Sancho, más estoy más colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino como Cardenio à quitàrselo à los pastores? — No te dé pena ese cuidado, respondió don Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho: - ¡Sabe vuestra merced qué temo? que no tengo de acertar à volver à este lugar donde ahora le dejo, según está escondido. - Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme de destos contornos, dijo don Quijote, y aún tendré cuidado de subirme por estos más altos riscos, por ver si te descubro cuando vuelvas; cuanto más que lo más acertado será para que no me yerres y te pierdas, que cortes algunas retamas de las muchas que por aqui hay, y las vayas poniendo de trecho à trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas á imitación del bilo del laberinto de Perseo. - Así lo haré, respondió Sancho Panza; y cortando algunas, pidió la bendición á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, à quien don Quijote encomendó mucho y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del liano, esparciendo de trecho à trecho los ramos de la retama, como su amo se lo había aconsejado; y así fué, aunque todavia le importunaba don Quijote, que le viese siquiera hacer dos locuras. Más no hubo andado cien pasos, cuando volvió y dijo: - Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced. — ¿No te lo decia yo? dijo don Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudândose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales y luego sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los pies en el alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco. Y así le dejaremos ir su camino, hasta la vuelta, que fué breve.

CAPÍTULO XXVI

DONDE SE PROSIGUEN LAS FINEZAS QUE DE ENAMORADO HIZO DON QUIJOTE EN SIERRA-MORENA

Y volviendo à contar lo que hizo el de la Triste Figura después que se vió solo, dice la historia, que así como don Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se había ido sin querer aguardar à ver más sandeces, se subió sobre una punta de una alta peña, y allí tornó à pensar lo que muchas otras veces había pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era. que cual seria mejor y le estaria más á cuento, imitar a Roldán en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las malencónicas; y hablando entre si mismo decia: — Si Roldán fué tan buen caballero y tan valiente como todos dicen, qué maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie si no era metiéndole un alfiler de à blanca por la planta del pie, y él traia siempre los zapatos con siete suclas de hierro: aunque no le valieron tretas contra Bernardo del Carpio, que se las entendió, y le ahogó entre los brazos en Roncesvales. Pero dejando en él lo de la valentía á una parte, vengamos à lo de perder el juicio, que es cierto que le perdió por las señales que halló en la fortuna (*), y por las nuevas que le dió el pastor de que Angélica había dormido más de dos siestas con Medoro, un morillo de cabellos enrizados y paje de Agramante; y si él entendió que esto era verdad, y que su dama le había cometido desaguisado, no hizo mucho en volverse loco; pero yo, ¿cómo puedo imitalle en las locuras, si no le

^(*) Esta palabra «fortuna» que aparece en las primeras ediciones, habrá sido error de algún copista ó mala corrección. Pesiblemente Cervantes escribiría «fontana» ya que al principio del capítulo xxv, al referirse á la misma infidelidad de Angélica habla de la «fuente» junto á la cual ésta cometió vileza con Medoro.



imito en la ocasión dellas? Porque, mi Dulcinea del Toboso, osarè yo jurar que no ha visto en todos los dias de su vida moro alguno, así como él es en su mismo traje, y que se está hoy como la madre que la parió; y hariale agravio manifiesto, si imaginando otra cosa della, me volviese loco de aquel género de locura de Roldán el furioso. Por otra parte, veo que Amadis de Gaula, sin perder el juicio y sin hacer locuras, aicanzó tanta fama de enamorado como el que más; porque lo que hizo, según su historia, no fué más de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le había mandado que no pareciese ante su presencia hasta que fuese su voluntad, se retiró à la Peña Pobre en compañía de un ermitaño, y allí se hartó de llorar, hasta que el cielo le acorrió en medio de su mayor cuita y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es ¿para que quiero yo tomar trabajo ahora de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre á estos árboles, que no me han hecho mai alguno, ni tengo para qué enturbiar el agua clara destos arroyos, los cuales me han de dar de beber cuando tenga gana? Viva la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere; del cual se dirà lo que del otro se dijo, que si no acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria, cosas de Amadis, y ensefiadme por donde tengo de comenzar á imitaros: más va sé que lo más que él hizo fué rezar, y así lo haré yo. Y sirviéronie de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez, y lo que le fatigaba mucho, era no hallar por alli otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; y así se entretenia paseándose por el pradecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados à su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. Más los que se pudieron hallar enteros, y que se pudiesen leer después que à él alli le haliaron, no fueron más que estos que aqui se siguen:

> Arboles, yerbas y piantas que en aqueste sitio estáis, tan altos, verdes y tantas, si de mi mal no os holgáis, escuchad mis quejas santas. Mi dolor no os alborote,

aunque más terrible sea; pues por pagaros escote, aqui lloró don Quijote ausencias de Dulcinea

del Toboso.

Es aqui el lugar adonde el amador más leal de su señora se esconde; y ha venido á tanto mal sin saber cómo ó por dónde.

Trácle amor al estricote, que es de muy mala ralea; y así hasta henchir un pipote, aquí lloró don Quijote ausencias de Dulcinea

del Toboso.

Buscando las aventuras por entre las duras peñas, maldiciendo entrañas duras, que entre riscos y entre breñas halla el triste desventuras.

Hiriòle amor con su azote, no con su blanda correa, y en tocàndole el cogote aquí lloró don Quijote ausencias de Dulcinea

del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura «del Toboso» al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió imaginar don Quijote, que si en nombrando à Dulcinea no decia también el «Toboso» no se podría entender la copla: y asi fué la verdad, como él después confesó. Otros muchos escribió, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio ni enteros más destas tres coplas. En esto y en suspirar y en llamar á los faunos y silvanos de aquellos bosques, á las ninfas de los ríos, á la dolorosa y húmida Eco, que le respondiesen, consolasen y escuchasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvía; que si como tardó tres días, tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo parió. Y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos, por contar lo que le avino á Sancho Panza

en su mandaderia; y fué que en saliendo al camino real, se puso en busca del Toboso, y otro día llegó á la venta donde le había sucedido la desgracia de la manta; y no la hubo bien visto, cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro, aunque llegó à hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer, y llevar en deseo de gustar algo caliente, que había grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó à que llegase junto á la venta, todavia dudoso si entraria ó no; y estando en eso, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron, y dijo el uno al otro: — Digame, señor licenciado, ¿aquél del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro aventurero que había salido con su señor por escudero? — Si es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro don Quijote; y conociéronle tan bien, como aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros: los cuales así como acabaron de conocer à Sancho Panza y à Rocinante, deseosos de saber de don Quijote se fueron à él, y el cura lo llamó por su nombre, diciéndole: — Amigo Sancho Panza, zadonde queda vuestro amo? Conociólos luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y asi les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenía. — No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le habéis muerto y robado, pues venis encima de su caballo; en verdad que nos habéis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena. — No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato à nadie; à cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña, muy à su sabor; y luego de corrida, y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habían sucedido, y como llevaba la carta à la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los higados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de don Quijote y el género della, siempre que le oian se admiraban de nuevo. Pidiéronie à Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba à la señora Dulcinea del Toboso. El dijo que iba escrita en un libro de memorias, y

que era orden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase: à lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaría de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo, pero no le halló, ni le podía hallar, si le buscara hasta ahora, porque se había quedado don Quijote con él, y no se lo había dado, ni à él se le acordó de pedirselo. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin más ni más se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero, le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba. — ¿Qué me ha de suceder respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? — ¿Cómo es eso? replicó el barbero. — He perdido el libro de memorias, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de su señor, por la cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa; y con ésto les contó la pérdida del rucio. Consolòle el cura, y dijole que en hallando á su señor, él le haria rivalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memorias jamás se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar donde y cuando quisiesen. — Decilda, Sancho, pues, dijo el barbero, que después la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponía sobre un pie y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo, y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandisimo rato: Por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: Alta y sobajada señora. -- No diria, dijo el barbero, sobajada, sino sobrehumana ó soberana señora. - Asi es, dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo proseguia, si mal no me acuerdo, el llugado y falto de sueño, y el ferido besa á vuestra merced las manos: ingrata y muy desconocida

hermosa; y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, y alabáronsela mucho y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir otras tres veces, y otras tantas volvió à decir otros tres mil disparates. Tras esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo también como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se había de poner en camino á procurar como ser emperador ó por lo menos monarca, que asi lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo según era el valor de su persona y la fuerza de su brazo; y que en siéndolo le había de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le había de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin insulos ni insulas, que ya no las quería. Decla esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo, considerando cuán vehemente habia sido la locura de don Quijote, pues habia llevado tras si el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues que no le dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de más gusto oir sus necedades; y así le dijeron que rogase à Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo à ser emperador, como él decia, ó por lo menos arzobispo ó otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: — Senores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querría yo saber ahora que suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. — Suélenles dar, respondió el cura, algún beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada, amén del pie de altar, que se suele estimar en otro tanto. — Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A, B, C! ¿Qué será de mi, si á mi amo le dá antojo de ser arzobispo y

no emperador, como es uso y costumbre de los caballeros andantes? - No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aqui rogaremos à vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será más fácil à causa de que él es más valiente que estudiante. — Así me ha parecido à mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte, es rogarle à nuestro Señor que le eche aquellas partes donde él más se sirva y adonde à mi más mercedes me haga. — Vos lo decis como discreto, dijo el cura, y lo haréis como un buen cristiano; más lo que ahora se ha de hacer, es dar orden como sacar à vuestro amo de aquella inútil penitencia que decis que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya que es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria alli fuera, y que después les diria la causa porqué no entraba ni le convenia entrar en ella; más que les rogaba que le sacasen alli algo de comer, que fuese cosa caliente, y asimismo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de alli à poco el barbero le sacó de comer. Después, habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de don Quijote, y para lo que ellos querian; y fué que dijo al barbero que lo que habian pensado era que él se vestiria en hábito de doncella andante, y que el procurase ponerse lo mejor que pudiese como escudero, y que así irían adonde don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella aflijida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podría dejársele de otorgar como valeroso caballero andante; y que el don que le pensaba pedir, era que se viniese con ella donde ella le llevase à desfacelle un mal agravio que un caballero le tenía fecho; y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la mandase cosa de su facienda fasta que le hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda, que don Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término y que desta manera le sacarian de alli, y le llevarian à su lugar. donde procurarian ver si tenia algún remedio su extraña locura.

CAPITULO XXVII

DE CÓMO SALIERON CON SU INTENCIÓN EL CURA Y EL BARBERO, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE QUE SE CUENTEN EN ESTA GRANDE HISTORIA.

No le pareció mal al barbero la invención del cura, sino tan bien, que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenía colgado el peine.

Preguntóles la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de don Quijote, y como convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde à la sazón estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les había pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolución, la ventera vistió al cura de modo que no había que ver: púsole una saya de paño, llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen; sino púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetán negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande, que le podía servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo, subió en su mula a mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba à la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora porque Dios les diese un buen suceso en tan arduo y tan cristiano negocio, como era el que habian emprendido. Más apenas hubo salido de la venta, cuando le vino al cura un pensamiento, que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecedente que un sacerdote se pusiese asi, aunque le fuese mucho en ello, y diciéndoselo al barbero le rogó que

trocasen trajes; pues era más justo que él fuese la doncella menesterosa, y que él haria el escudero, y que así se profanaba menos su dignidad, y que si no lo queria hacer, determinaba de no pasar adelante, aunque à don Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver à los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invención, el cura le fué informando el modo que había de tener, y las palabras que habia de decir á don Quijote para moverle y forzarle à que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que le diese lición, él lo pondría bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde don Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino, guiandolos Sancho Panza, el cual les fué contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venia, que magüer que tonto, era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho había dejado puestas las señales de las ramas para acertar el lugar donde había dejado à su señor; y en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podían vestir, si era que aquello hacia al caso para la libertad de su señor, porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que había escogido, y que le encargaban mucho que no dijese à su amo quién ellos eran, ni que los conocía; y que si le preguntase, como se lo había de preguntar, si dió la carta à Dulcinea, dijese que si, y que por no saber leer le había respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniese à ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle à mejor vida, y hacer con él que luego se pusiesc en camino para ir à ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no había de qué temer.

Todo lo escuchó Sancho y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intención que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para si, que para hacer mercedes à sus escuderos, más podian los emperadores que los arzobispos andantes. También les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle y darle la



respuesta de su señora, que ya seria ella bastante à sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que Sancho Pansa decia, y así determinaron de aguardarle, hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dejando à los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, à quién hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por alif estaban. El calor, y el dia que allí llegaron, eran de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora, las tres de la tarde; todo lo cual bacía el sitio más agradable y que convidase à que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron. Estando pues los dos alli sosegados y a la sombra, llegó a sus oidos una voz, que sin acompañarle son de algún otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quién tan bien cantase; porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron, que lo que cian cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos, y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron, éstos:

¿Quién menoscaba mis bienes?

Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?

Los celos,
¿Y quién prueba mi paciencia?

Ausencia.

Dese modo en mi dulencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza,
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?
Amor.
¿Y quién mi gloria repuna?
Fortuna.
¿Y quién consiente mi duelo?
El cielo.
Dese modo yo recelo
morir deste mal extraño,

pues se aunan en mi daño amor, fortuna y el cielo.

La muerte.
Y el bien de amor aquién le alcanza?
Mudanza.
Y sus males aquién los cura?
Locura.
Dese modo, no es cordura

Dese modo, no es cordura querer curar la pasión, cuando los remedios son: muerte, mudanza y locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oían; pero viendo que duraba algún tanto el silencio, determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oídos, cantando este

SONETO

Santa amistad, que con ligeras alas, tu apariencia quedándose en el suelo, entre benditas almas en el cielo subiste alegre à las impireas salas.

Desde allà, cuando quieres, nos señalas la justa paz cubierta con un velo, por quien à veces se trasluce el celo de buenas obras, que à la fin son malas.

Deja el cielo, ¡oh amistad! ó no permitas que el engaño se vista tu librea, con que destruye à la intención sincera: que si tus apariencias no le quitas, presto ha de verse el mundo en la pelea de la discorde confusión primera.

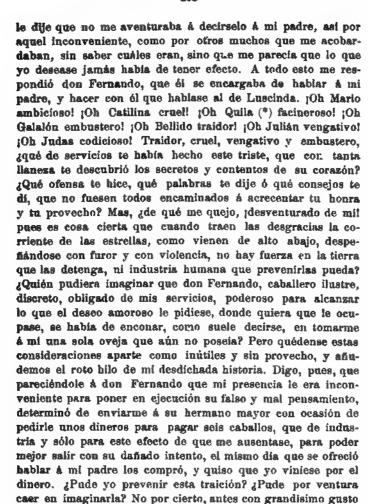
El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho, cuando al volver de una punta de una peña vieron à un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vió, sin sobresaltarse estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, à guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos à mirarlos, más de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenía noticia de su desgracia, pues por las señas le había conocido), se llegó à él, y con breves, aunque muy discretas razones, le rogó y persuadió, que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas.

Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan amenudo le sacaba de si mismo: y así, viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algún tanto; y más, cuando ovó que le habían hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo, así lo dieron à entender; y así respondió desta manera: — Bien veo yo, señores, quien quiera que seais que el cielo, que tiene cuidado de socorrer á los buenos, y aún á los malos muchas veces, sin yo merecerlo me envia en estos tan remotos y apartados lugares del trato común de las gentes, algunas personas que, poniéndome delante de los ojos con vivas y varias razones, cuán sin ella ando en hacer la vida que hago, han procurado sacarme desta à mejor parte. Pero como no saben que sé yo, que en saliendo deste daño he de caer en otro mayor, quizá me deben de tener por hombre de flacos discursos, y aún lo que peor seria, por de ningún juicio; y no seria maravilla que asi fuese, porque à mi se me trasluce que la fuerza de la imaginación de mis desgracias es tan intensa y puede tanto en mi perdición, que sin que yo pueda ser parte à estorbarlo, vengo à quedar como piedra, falto de todo buen sentido y conocimiento; y vengo à caer en la cuenta desta verdad, cuando algunos me dicen y muestran señales de las cosas que he hecho, en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no sé más que dolerme en vano, y maldecir sin provecho mi ventura, y dar por disculpa de mis locuras el decir la causa dellas à cuantos oirla quieren; porque viendo los cuerdos cual es la causa, no se maravillaran de los efectos, y si no me dieren remedio, à lo menos no me darán culpa, convirtiéndoseles el enojo de mi desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuaciones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quiza después de entendido, ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no descaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que el quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la había contado á don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando por ocasión del maestro Elisabad y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro à la caballeria, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y asi, llegando al paso del billete que habie hallado don Fernando entre el libro de Amadís de Gaula, dijo Cardenio que le tenía bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO

Cada día descubro en vos, valores que me obligan y fuerzan à que en más os estime, y así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo que os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo.

Por este billete me movi à pedir à Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinión de don Fernando por una de la más discretas y avisadas mujeres de su tiempo; y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Díjele yo à don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia, dél, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolución,



me ofreci à partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos descos. Ella

^(*) En las ediciones posteriores al tiempo de Cervantes se ha sustituido este nombre por el de Sila, que indudablemente es el que escribiria el autor en el original.

me dijo, tan segura como vo de la leaitad. Le am Fermando, que recentrase viever presto, porque creta que un actualidad más la compansión de nuestras voi mades. Le un actual padre de naciar al cavo. No sé que se fué, le en mas bando de decirno esto se le llenaron los ojos de agrunda. Lun nudo se le atravesó en la garganta, que no le requia hablar palacea de orgas muenas que ne pareció que procursas decirnos.

Quedé admiració de este nuevo accidente hasta alli james en ella visto, porque siempre nos habiabamos, las veces vas la buena fostatia o mi difigencia lo concedia, con todo regecijo o contecto, en mezclar en nuestras pláticas lagricas. anapiros, and acapechas o tempres; todo era engrandecer pa mi ventura por nabémnela dado el cielo por señora: exageraca en perieza, admirábame de su valor y entendimiento: voiviam e ella el recambio, ababando en mi lo que como enamorada le parecia diguo de alabanza. Con esto nos contábamos cienva la materia e y academmentos de naestros vecinos y conocidos. a à la que mus se extendia mi desenvoltura, era à tomarie va-: por la fuerza una de sua bellas y blancas manos, y llegaria a mi boca, según daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó deno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan naevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luseinda: pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribui à la foerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, vo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventuras que me estaba guardada.

Degné al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de don Fernando, fui bien recibido, pero no bien despanhado, porque me mandó aguardar, bien à mi disgusto. ocho fias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su incrmano le escribia que le enviase cierto dinero sin elédería: y todo fué invención del falso don Fernando.

de l'appea adjejones, aun cuando debe presumiras que

luego. Orden y mandato fué éste que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en ausencia de Luscinda; y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedeci como buen criado, aunque veía que había de ser á costa de mi salud; pero á los cuatro dias que alli llegué, llegó un hombre en mi busca, con una carta que me dió, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que le había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que habia tardado en el camino. Dijome que acaso pasando por una calle de la ciudad à la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y con mucha priesa le dijo: — Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego esta carta al lugar y à la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio à nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo; y diciendo esto, me arrojó por la ventana un pañuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aqui traigo, con esa carta que os he dado: y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haria lo que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos à quien se enviaba, porque yo señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a darosla; y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabéis, que es diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decía, estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas, de manera que apenas podia sostenerme. En efecto, abri la carta, y vi que contenia estas razones:

La palabra que don Fernando os dió de hablar à vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido mucho más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha venido en lo que

»quiere, con tantas veras, que de aqui à dos dias se ha de
»hacer el desposorio, tan secreto y tan à solas, que sólo han
»de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo
»quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero
»bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará à entender.
»A Dios plega que esta llegue à vuestras manos, antes que
»la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan
» mal sabe guardar la fe que promete ».

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conoci entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido á don Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puso en mi lugar, al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venia, en casa del buen hombre que me habia llevado la carta; y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena. que hallé à Luscinda puesta à la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo; más no como ella debia conocerme y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: — Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente à este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio à que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondi turbado y apriesa temeroso no me faltase lugar para responderla: — Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aqui llevo yo espada para defenderte con ella ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estar razones, porque senti que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba.

Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegria, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el

entendimiento. No acertaba á entrar en su casa, ni podía moverme à parte alguna; pero considerando cuanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude, y entré en su casa, y como yo sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacia una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podía yo ver sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacia. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras alli estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice? Que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aún es bien que se digan: basta que sepáis que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino los criados de casa.

De alli à un poco salió de una recamara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traia vestido; sólo pude advertir à los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían; á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, à lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oir estas disgresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso; pues cada circunstancia suya me parece á mí que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento. — Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la perroquia, y tomando á los dos por la mano, para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: «Quereis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentisimos oidos y alma turbada, me puse à escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmación de mi vida. ¡Oh, quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, ah Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que eres mia y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tu sí, y el acabarseme la vida, ha de ser todo à un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida! ¿qué quieres, qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco

Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: «Si quiero», y lo mismo dijo don Fernando; y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella, poniéndose la mano en el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quede yo viendo en el sí que había oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algún tiempo el bien que en aquel instante habia perdido: quedé falto de consejo, desamparado à mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negandome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardia de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él

un papel cerrado, que don Fernando tomó luego, y se le puso á leer á la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir à los remedios que à su esposa se hacian, para que del desmayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré à salir, ora fuese visto ó no, con determinación que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera à entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después aca me ha faltado; y así, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mío, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí, la pena que ellos merecian; y aún quizás con más rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; más la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula; hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro à miralla; y cuando me vi en el campo sólo, y que la escuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todo, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad para quitarmela a mi, y entregarla a aquél con quien más liberal y franca la fortuna se había mostrado; y en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios, la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre à obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo à un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que à no querer recebirle, se podia pensar ó que no tenía juicio, ó que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan

desenvoltura en lástima de mis desgracias. Y si es que vosotros, señores, venis con la misma intención que otros han venido, antes que paséis adelante en vuestras discretas persuaciones, os ruego que escuchéis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras; porque quizà después de entendido, ahorraréis del trabajo que tomaréis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo; y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la había contado á don Quijote y al cabrero pocos días atrás, cuando por ocasión del maestro Elisabad y puntualidad de don Quijote en guardar el decoro à la caballeria, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin; y así, llegando al paso del billete que habis hallado don Fernando entre el libro de Amadís de Gaula, dijo Cardenio que le tenia bien en la memoria, y que decia desta manera:

LUSCINDA Á CARDENIO

Cada día descubro en vos, valores que me obligan y fuerzan á que en más os estime, y así, si quisiéredes sacarme desta deuda sin ejecutarme en la honra, lo podréis muy bien hacer. Padre tengo que os conoce y que me quiere bien, el cual, sin forzar mi voluntad, cumplirá la que será justo que vos tengáis, si es que me estimáis como decís y como yo creo.

Por este billete me movi à pedir à Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinión de don Fernando por una de la más discretas y avisadas mujeres de su tiempo; y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mío se efectuase. Dijele yo à don Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que mi padre se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendría en ello, no porque no tuviese bien conocida la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda, y que tenía partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendía, dél, que deseaba que no me casase tan presto, hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. En resolución,

le dije que no me aventuraba à decirselo à mi padre, asi por aquel inconveniente, como por otros muchos que me acobardaban, sin saber cuáles eran, sino que me parecía que lo que yo desease jamás había de tener efecto. A todo esto me respondió don Fernando, que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Oh Mario ambicioso! ¡Oh Catilina cruel! ¡Oh Quila (*) facineroso! ¡Oh Galalón embustero! ¡Oh Bellido traidor! ¡Oh Julián vengativo! 10h Judas codicioso! Traidor, cruel, vengativo y embustero, ¿qué de servicios te habia hecho este triste, que con tanta llaneza te descubrió los secretos y contentos de su corazón? ¿Qué ofensa te hice, qué palabras te dije o qué consejos te di, que no fuesen todos encaminados á acrecentar tu honra y tu provecho? Mas, ¿de qué me quejo, ¡desventurado de mi! pues es cosa cierta que cuando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto abajo, despenándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que las detenga, ni industria humana que prevenirlas pueda? ¿Quién pudiera imaginar que don Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se había de enconar, como suele decirse, en tomarme à mi una sola oveja que aun no poseía? Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo, pues, que pareciéndole à don Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecución su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme à su hermano mayor con ocasión de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que de industria y sólo para este efecto de que me ausentase, para poder mejor salir con su dañado intento, el mismo día que se ofreció hablar à mi padre los compró, y quiso que yo viniese por el dinero. ¿Pude yo prevenir esta traición? ¿Pude por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandisimo gusto me ofreci à partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscinda, y le dije lo que con don Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella

^(*) En las ediciones posteriores al tiempo de Cervantes se ha sustituido este nombre por el de Sila, que indudablemente es el que escribiría el autor en el original.

me dijo, tan segura como yo de la lealtad (*) de don Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaria más la conclusión de nuestras voluntades, que tardase mi padre de hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme.

Quedé admirado de este nuevo accidente hasta alli jamás en ella visto, porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo concedía, con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas lágrimas, suspiros, celos, sospechas ó temores; todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora; exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento; volviame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerias y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y à lo que mas se extendia mi desenvoltura, era à tomarle casi por la fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla à mi boca, según daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividía; pero la noche que precedió al triste día de mi partida, ella lloró, gimió y suspiró, y se fué, y me dejó lleno de confusión y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda; pero por no destruir mis esperanzas, todo lo atribui à la fuerza del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin, yo me parti triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventuras que me estaba guardada.

Llegué al lugar donde era enviado, di las cartas al hermano de don Fernando, fui bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su sabiduría; y todo fué invención del falso don Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme

^(*) Así dicen las primeras ediciones, aun cuando debe presumirse que Cervantes escribiría «deslealtad».

luego. Orden y mandato fué éste que me puso en condición de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos días la vida en ausencia de Luscinda; y más habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; pero con todo esto obedeci como buen criado, aunque veia que había de ser á costa de mi salud; pero à los cuatro dias que alli llegué, llegó un hombre en mi busca, con una carta que me dió, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra dél era suya. Abrila temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que le había movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre, antes de leerla, quién se la había dado y el tiempo que habia tardado en el camino. Dijome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de mediodía, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y con mucha priesa le dijo: — Hermano, si sois cristiano, como parecéis, por amor de Dios os ruego que encaminéis luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello haréis un gran servicio à nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este panuelo; y diciendo esto, me arrojó por la ventana un panuelo, donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aqui traigo, con esa carta que os he dado: y luego, sin aguardar respuesta mía, se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba. Y así, viéndome tan bien pagado del trabajo que podía tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos à quien se enviaba, porque yo señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a darosla; y en diez y seis horas que ha que se me dió, he hecho el camino que sabéis, que es diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia, estaba yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas, de manera que apenas podia sostenerme. En efecto, abri la carta, y vi que contenia estas razones:

«La palabra que don Fernando os dió de hablar à vuestro padre para que hablase al mío, la ha cumplido mucho más en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que don Fernando os hace, ha n



»quiere, con tantas veras, que de aqui á dos días se ha de
»hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que sólo han
»de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo
»quedo, inaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero
»bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender.
»A Dios plega que esta llegue á vuestras manos, antes que
»la mía se vea en condición de juntarse con la de quien tan
»mal sabe guardar la fe que promete ».

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros; que bien claro conoci entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, había movido à don Fernando à enviarme à su hermano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenía granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo, otro dia me puso en mi lugar, al punto y hora que convenía para ir à hablar à Luscinda. Entré secreto, y dejé una mula en que venía, en casa del buen hombre que me había llevado la carta; y quiso la suerte que entonces la tuviese tan buena, que hallé à Luscinda puesta à la reja, testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocila yo; más no como ella debia conocerne y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condición mudable de una mujer? Ninguno por cierto. Digo, pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: — Cardenio, de boda estoy vestida, ya me están aguardando en la sala don Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos, que antes lo serán de mí muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente à este sacrificio, el cual, si no pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida, y principio à que conozcas la voluntad que te he tenido y tengo. Yo le respondi turbado y apriesa temeroso no me faltase lugar para responderla: - Hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aqui llevo yo espada para defenderte con ella ó para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estar razones, porque senti que la llamaban apriesa, porque el desposado aguardaba.

Cerróse con esto la noche de mi tristeza, púsoseme el sol de mi alegría, quedé sin luz en los ojos y sin discurso en el

entendimiento. No acertaba à entrar en su casa, ni podía moverme à parte alguna; pero considerando cuánto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo más que pude, y entré en su casa, y como yo sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y más con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: así que, sin ser visto, tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podía yo ver sin ser visto, todo cuanto en la sala se hacía. ¿Quién pudiera decir ahora los sobresaltos que me dió el corazón mientras alli estuve, los pensamientos que me ocurrieron, las consideraciones que hice? Que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aun es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traía por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no había persona de fuera, sino los criados de casa.

De alli à un poco salió de una recámara Luscinda, acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfección de la gala y bizarría cortesana. No me dió lugar mi suspensión y arrobamiento para que mirase y notase en particular lo que traía vestido; sólo pude advertir à los colores, que eran encarnado y blanco, y en las vislumbres que las piedras y joyas del tocado y de todo el vestido hacían; á todo lo cual se aventajaba la belleza singular de sus hermosos y rubios cabellos, tales que, en competencia de las preciosas piedras y de las luces de cuatro hachas que en la sala estaban, la suya con más resplandor á los ojos ofrecian. ¡Oh memoria, enemiga mortal de mi descanso! ¿De qué sirve representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mía? ¿No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes y representes lo que entonces hizo, para que movido de tan manifiesto agravio, procure, ya que no la venganza, à lo menos perder la vida? No os canséis, señores, de oir estas disgresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan ni deban contarse sucintamente y de paso; pues cada circunstancia suya me parece à mi que es digna de un largo discurso. A esto le respondió el cura que no solo no se cansaban en oirle, sino que les daban mucho gusto las menudencias que contaba, por ser tales, que merecían no pasarse en silencio, y la misma atención que lo principal del cuento. — Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala, entró el cura de la perroquia, y tomando à los dos por la mano, para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: «Quereis, señora Luscinda, al señor don Fernando, que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia?» yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada, me puse à escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmación de mi vida. ¡Oh, quién se atreviera á salir entonces, diciendo á voces: ¡Ah Luscinda, ah Luscinda! mira lo que haces, considera lo que me debes, mira que cres mia y que no puedes ser de otro! Advierte que el decir tu sí, y el acabarseme la vida, ha de ser todo à un punto. ¡Ah traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vidal ¿qué quieres, qué pretendes? Considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus descos, porque Luscinda es mi esposa, y yo soy su marido. ¡Ah loco de mí! ahora que estoy ausente y lejos del peligro, digo que había de hacer lo que no hice: ahora que dejé robar mi cara prenda, maldigo al robador de quien pudiera vengarme si tuviera corazón para ello, como le tengo para quejarme: en fin, pues fui entonces cobarde y necio, no es mucho que muera ahora corrido, arrepentido y loco

Estaba esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla; y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: «Si quiero», y lo mismo dijo don Fernando; y dándole el anillo, quedaron en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella, poniéndose la mano en el corazón, cayó desmayada en los brazos de su madre. Resta ahora decir cuál quedè yo viendo en el sí que había oido, burladas mis esperanzas, falsas las palabras y promesas de Luscinda, imposibilitado de cobrar en algún tiempo el bien que en aquel instante había perdido: quedé falto de consejo, desamparado á mi parecer de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra que me sustentaba, negándome el aire aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: sólo el fuego se acrecentó de manera, que todo ardia de rabia y de celos. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él

un papel cerrado, que don Fernando tomó luego, y se le puso à leer à la luz de una de las hachas; y en acabando de leerle, se sentó en una silla y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir à los remedios que à su esposa se hacian, para que del desinayo volviese. Yo, viendo alborotada toda la gente de casa, me aventuré à salir, ora fuese visto ó no, con determinación que si me viesen, de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera à entender la justa indignación de mi pecho en el castigo del falso don Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que después aca me ha faltado; y asi, sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiento mio, fuera fácil tomarla), quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mi, la pena que ellos merecian; y aún quizás con más rigor del que con ellos se usara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena; más la que se dilata con tormentos, siempre mata sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine à la de aquel donde habia dejado la mula; hice que me la ensillase, sin despedirme dél subí en ella, y sali de la ciudad, sin osar, como otro Lot, volver el rostro à miralla; y cuando me vi en el campo sólo, y que la escuridad de la noche me encubría y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de don Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa y desagradecida, pero sobre todo, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la había cerrado los ojos de la voluntad para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal y franca la fortuna se había mostrado: v en mitad de la fuga de estas maldiciones y vituperios, la desculpaba, diciendo que no era mucho que una doncella recogida en casa de sus padres, hecha y acostumbrada siempre à obedecerlos, hubiese querido condescender con su gusto, pues le daban por esposo à un caballero tan principal, tan rico y tan gentilhombre, que á no querer recebirle, se podía pensar ó que no tenía juicio, ó que en otra parte tenía la voluntad, cosa que redundaba tan en perjuicio de su buena opinión y fama. Luego volvia diciendo, que puesto que ella dijera que yo era su esposo, vieran ellos que no habia hecho en escogerme tan

mala elección que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mísmos acertar á desear, si con razón midiesen su deseo, otro mejor que yo para esposo de su hija; y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trance forzoso y último de dar la mano, decir que ya yo le había dado la mia; que yo viniera y condescendiera con todo cuanto ella acertara à fingir en este caso. En fin, me resolvi en que poco amor, poco juicio, mucha ambición y deseos de grandeza hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y di al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montanas caen; y alli pregunté à unos ganaderos que hacia donde era lo más áspero destas sierras. Dijéronme que hacia esta parte: luego me encaminé à ella con intención de acabar aqui la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta, ó lo que yo más creo, por desechar de si tan inútil carga como en mi llevaba. Yo quedé à pie, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros, que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habían hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio; y yo he sentido en mí, después acá, que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces, que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mi vuelvo, me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverine. Mi más común habitación es en el hueco de un alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniendome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y asi aunque entonces me falte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta

en mi el deseo de apetecerlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos, cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos, y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, à los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirle á su último fin, ó de ponerla en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura y de la traición de Luscinda, y del agravio de don Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volverė à mejor discurso mis pensamientos: donde no, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma; que yo no siento en mi, valor ni fuerzas para sacar el cuerpo de esta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, oh señores, la amarga historia de mi desgracia: decidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos que los que en mi habéis visto: y no os canséis en persuadirme ni aconsejarme lo que la razón os dijere que puede ser bueno para mi remedio, porque ha de aprovechar conmigo, lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico, al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gustó de ser ajena, siendo ó debiendo ser mía, guste yo de ser de la desventura, pudiendo haber sido de la buena dicha. Ella quiso, con su mudanza, hacer estable mi perdición; yo querré, con procurar perderme, hacer contenta su voluntad; y será ejemplo á los por venir, de que à mi solo faltó lo que à todos los desdichados sobra, á los cuales suele ser consuelo la imposibilidad de tenerle, y en más causa de mayores sentimientos y males, porque aún pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dió fin Cardenio à su larga plática y tan desdichada como amorosa historia; y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, le suspendió una voz que llegó à sus oidos, que en lastimados acentos, oyeron que decia lo que se dirá en la parte cuarta (*) de esta narración: que en este punto dió fin à la tercera el sabio y atentado historiador Cide Hamete Benengeli.

^(*) En las ediciones de 1605 y 1608, este capítulo termina la tercera parte de las cuatro en que Cervantes divididió primeramente el libro. En esta edición se ha suprimido esta forma de dividir el libro, por las razones que se han dicho en las notas puestas en las páginas 61 y 67.

CAPÍTULO XXVIII

QUE TRATA DE LA NUEVA Y AGRADABLE AVENTURA QUE AL CURA Y BARBERO SUCEDIÓ EN LA MISMA SIERRA

Felicisimos y venturosos fueron los tiempos donde se echó al mundo el audacisimo caballero don Quijote de la Mancha, pues por haber tenido tan honrosa determinación, como fué el querer resucitar y volver al mundo la ya perdida y casi muerta orden de la andante caballería, gozamos ahora en esta nuestra edad, necesitada de alegres entretenimientos, no sólo de la dulzura de su verdadera historia, sino de los cuentos y episodios della; que, en parte, no son menos agradables y artificiosos y verdaderos que la misma historia; la cual, prosiguiendo su rastrillado, torcido y aspado hilo, cuenta que así como el cura comenzó à prevenirse para consolar à Cardenio, lo impidió una voz que llegó à sus oidos, que con tristes acentos decia desta manera:

- ¡Ay Dios! ¿si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura á la carga pesada de este cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad que prometen estas sierras no me miente. ¡Ay desdichada! y cuán más agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intención, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningún hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que alli junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado, al pie de un fresno, á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los pies en el arroyo que por alli corría, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habían nacido.

Suspendióles la blancura y belleza de los pies, pareciéndoles que no estaban hechos à pisar terrones, ni à andar tras el arado y los bueyes, como mostraba el hábito de su dueño;



y asi, viendo que no habian sido sentidos, el cura, que iba delante, hizo señas á los otros dos que se agazapasen ó escondiesen detrás de unos pedazos de peña que alli habia: así lo hicieron todos, mirando con atención lo que el mozo hacia; el cual traia puesto un capotillo pardo, de dos haldas muy ceñido al cuerpo con una toalla blanca: traia ansimismo unos calzones y polainas de paño pardo, y en la cabeza una montera parda; tenía las polainas levantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia; acabóse de lavar los hermosos pies, y luego con un paño de tocar, que sacó de bajo la montera, se los limpió; y al querer quitarsele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable; tal, que Cardenio dijo al cura con voz baja: — Esta, ya no es Luscinda, no es persona humana, sino divina. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte, se comenzaron à descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia. Con esto conocieron que el que parecía labrador, era mujer, y delicada, y aun la más hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habían visto; y aún los de Cardenio, si no hubieran mirado y conocido á Luscinda; que después, afirmó que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos no sólo le cubrieron las espaldas, más toda en torno la escondieron debajo dellos, que si no eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia: tales y tantos eran. En esto les sirvió de peine unas manos, que si los pies en el agua habían parecido pedazos de cristal, las manos en los cabellos semejaban pedazos de apretada nieve: todo lo cual, en más admiración y en más deseo de saber quién era, ponía à los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimiento que hicieron de ponerse en pie, la hermosa moza alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, iniró los que el ruido hacían; y apenas los hubo visto, cuando se levantó en pie, y sin aguardar á calzarse, ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á si tenia, y quiso ponerse en huida, llena de turbación y sobresalto; más no hubo dado seis pasos, cuando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres, salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: - Deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis sólo tienen intención



de serviros: no hay para qué os pongáis en tan impertinente huida, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondió palabra, atónita y confusa. Llegaron pues á ella, y asiéndola por la mano, el cura, prosiguió diciendo: — Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren, señales claras que no deben de ser de poco momento las causas que han disfrazado vuestra belleza en habito tan indigno, y traidola á tanta soledad como es esta, en la cual ha sido ventura el hallaros, si no para dar remedio á vuestros males, á lo menos para darles consejo, pues ningún mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al extremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar siquiera el consejo que con buena intención se le da al que lo padece. Así que, señora mia ó señor mío, ó lo que vos quisiéredes ser, perded el sobresalto que nuestra vista os ha causado y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno, hallaréis quien os ayude à sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decía estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover labio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas; más volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro, rompió el silencio y dijo: -- Pues que la soledad destas sierras no ha sido parte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo ahora, lo que, si se me creyese, seria más por cortesia que por otra razón alguna. Presupuesto esto, digo, señores, que os agradezco el ofrecimiento que me habéis hecho, el cual me ha puesto en obligación de satisfaceros en todo lo que me habéis pedido, puesto que temo que la relación que os hiciere de mis desdichas os ha de causar, al par de la compasión, la pesadumbre; porque no habéis de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mis honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome moza, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por si que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera, Todo esto dijo sin parar, la que tan hermosa mujer parecia con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discreción que su hermosura: y tornándole á hacer



nuevos ofrecimientos y nuevos ruegos para que lo prometido cumpliese, ella, sin hacerse más de rogar, calzándose con toda honestidad y recogiendo sus cabellos, se acomodó en el asiento de una piedra, y puestos los tres al rededor della, haciédose fuerza por detener algunas lágrimas que à los ojos se le venían, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera: — En esta Andalucía hay un lugar de quien toma titulo un duque, que le hace uno de los que llaman grandes en España: éste tiene dos hijos; el mayor, heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de que sea heredero, sino de las traiciones de Bellido y de los embustes de Galalón. Deste señor son vasallos mi padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualaran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mås que desear. ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo; porque quiză nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que à mi me quiten la imaginación que tengo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza malsonante, y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos, pero tan ricos, que su riqueza y magnifico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos y aún de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban, era de tenerme à mi por hija; y asi, por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres, y aficionados, yo era una de las más regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el bàculo de su vejez, y el sujeto à quien encaminaban, midiéndolos con el cielo, todos sus deseos; de los cuales, por ellos tan buenos, los mios no salian un punto; y del mismo modo que yo era era señora de sus ánimos, ansi lo era de su hacienda: por mi se recebian y despedian los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogia, pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré à encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenia à los mayorales, à capataces, y à otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son á las doncellas

tan licitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algún libro devoto, ó á tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espiritu. Esta, pues, era la vida que yo tenía en casa de mis padres, la cual si tan particularmente he contado, no ha sido por ostentación, ni por dar á entender que soy rica, sino porque se advierta cuán sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que ahora me hallo. Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monesterio pudiera compararse, sin ser vista, à mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los días que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos, más tierra del aquella donde ponía los pies; y con todo esto, los del amor ó los de la ociosidad por mejor decir, à quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puesto en la solicitud de don Fernando, que es este el nombre del hijo menor del duque que os he contado.

No hubo bien nombrado á don Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro y comenzó à trasudar con tan grande alteración, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habían oído decir que de cuando en cuando le venía: más Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito à labradora, imaginando quien ella era; la cual, sin advertir en los movimientos de Cardenio, prosiguió su historia diciendo: — Y no me hubieron bien visto, cuando, según él dijo después, quedó tan preso de mis amores, cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Más por acabar presto con el cuento, que no le tiene, de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que don Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda lo gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los días eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle; las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venían, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual, no sólo no me ablandaba, pero me endurecia



de manera como si fuera mi mortal enemigo; y que todas las obras que para reducirme à su voluntad hacía, las hiciera para el efecto contrario: no porque à mi me pareciese mal la gentileza de don Fernando, ni que tuviese á demasia sus solicitudes, porque me daba un no sé qué de contento, verme tan querida y estimada de un tan principal caballero; y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que en esto, por feas que seamos las mujeres, me parece à mi que siempre nos da gusto el oir que nos llaman hermosas. Pero à todo esto se opone (*) mi honestidad y los consejos continuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Decianme mis padres, que en sola mi virtud y bondad dejaban y depositaban su honra y fama; y que considerase la desigualdad que habia entre mi y don Fernando, y que por aqui, echaria de ver que sus pensamientos aunque el dijese otra cosa, más se encaminaban a su gusto que à mi provecho; y que si yo quisiese poner en alguna manera algún inconveniente para que él se dejase de su injusta pretensión, que ellos me casarían luego con quien yo más gustase, así de los más principales de nuestro lugar. como de todos los circunvecinos, pues todo se podía esperar de su mucha hacienda y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos míos, que él debia de tener por desdencs, debieron de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual si ella fuera como debía, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasión de decirosla. Finalmente, don Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó à los menos porque yo tuviese más guardas para guardarme; y esta nueva sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oiréis; y fué que una noche, estando yo en mi aposento con sola la compañía de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuido, mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos

^(*) Este error, que sin duda es de copia, se lée en las primeras ediciones. El original debió decir, «se oponía».

y prevenciones, y en la soledad deste silencio y encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y así no fui poderosa de dar voces, ni aun él creo que me las dejara dar, porque luego se llegó à mi, y tomándome entre sus brazos (porque yo, como digo, no tuve fuerzas para defenderme según estaba turbada), comenzó á decirme tales razones, que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hacia el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intención. Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comencé no sé en qué modo, à tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen á compasión, menos que buena, sus lágrimas y suspiros; y así, pasándoseme aquel sobresalto primero, torné algún tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con más ánimo del que pensé que pudiera tener, le dije: — Si como estoy, señor, en tus brazos, estuviere entre los de un león fiero, y el librarme dellos se me asegurara con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla, como es posible dejar de haber sido lo que fué; así que, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veras si, con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre, para deshonrar y tener en poco la humildad de la mía; y en tanto me estimo yo villana y labradora, como tù señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningún efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, à su voluntad se ajustara la mía, y mi voluntad de la suya no saliera: de modo que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara lo que tú, señor, ahora con tanta fuerza procuras: todo esto he dicho, porque no es pensar que de mi alcance cosa alguna el que no fuere mi legitimo esposo. - Si no reparas más que en eso, bellisima Dorotea, que este es el nombre de esta desdichada, dijo el desleal caballero, ves, aqui te doy la mano de serlo tuyo y sean testigos desta verdad los ciclos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes,



Cuando Cardenio le ovó decir que se llamaba Dorotea, tornó de nuevo à sus sobresaltos, y acabó de confirmar por verdadera sa primera opinión; pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venía à parar lo que él ya casi sabía; sólo dijo: - ¡Quél ¿Dorotea es tu nombre Señora? Otra yo he oido decir del mismo, que quizá corre parejas con tus desdichas: pasa adelante, que tiempo vendrá en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparó Dorotes en las razones de Cardenio y en su extraño y desastrado traje, y rogóle que si alguna cosa de su hacienda sabia se la dijese luego, porque si algo le había dejado bueno la fortuna, era el animo que tenía para sufrir cualquier desastre que le sobreviniese, segura de que, à su parecer, ninguno podia llegar, que, el que tenia, acrecentase un punto. - No le perdiera yo, señora, respondió Cardenio, en decirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta ahora no se pierde conyuntura, ni à ti te importa nada el saberlo. - Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo que en mi cuento pasa fué, que tomando don Fernando una imagen que en aquel aposento estaba, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficacisimas y juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirias, le dije que mirase bien lo que hacia, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya; que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algún bien me queria hacer por el amor que me tenía, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad podia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí he dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansi como el que no piensa pagar; que al concertar de la barata, no repara en inconvenientes. Yo à esta sazón hice un breve discurso conmigo, y me dije a mi misma: - Si, que no seré yo la primera que por via de matrimonio haya subido de humilde à grande estado, ni serà don Fernando el primero à quien hermosura, ó ciega afición, que es lo más cierto, haya hecho tomar compañía desigual à su grandeza; pues si no hago ni mundo, ni uso nuevo, bien es acadir à esta honra que la suerte me ofrece, puesto que en este no dure más la voluntad que me muestra, de cuanto dure el camplimiento de

su deseo; que en fin, para con Dios, seré su esposa; y si quiero con desdenes despedille, en término le veo que no usando el que debe, usará el de la fuerza, y vendré à quedar deshonrada y sin disculpa de la culpa que me podía dar el que no supiere cuán sin ella he venido à este punto; porque zqué razones serán bastantes para persuadir á mis padres y à otros, que este caballero entró en mi aposento sin consentimiento mío? Todas estas demandas y respuestas revolví en un instante en la imaginación; y, sobre todo, me comenzaron à hacer fuerza y á inclinarme á lo que fué, sin yo pensarlo, mi petición (*), los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lágrimas que derramaba, y finalmente su disposición y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir à otro tan libre y recatado corazón como el mío. Llamé á mi criada, para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo; tornó don Fernando à reiterar y confirmar sus juramentos; añadió à los primeros, nuevos santos por testigos; echóse mil futuras maldiciones si no cumpliese lo que me prometia; volvió à humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros; apretóme más entre sus brazos, de los cuales jamás me había dejado; y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El día que sucedió à la noche de mi desgracia, se venía aún no tan apriesa como yo pienso que don Fernando descaba, porque después de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir, es apartarse de donde le alcanzaron. Digo esto, porque don Fernando dió priesa por partirse de mi, y por industria de mi doncella, que era la misma que alli le había traido, antes que amaneciese se vió en la calle; y al despedirse de mi, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fe, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos; y para más confirmación de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mío. En efecto, él se fué, y yo quedé no sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mi con el nuevo acaccimiento; y no tuve ánimo, ó no se me acordó de reñir á mi doncella por la traición cometida de encerrar à don Fernando en mi mismo aposento; porque aún no me determinaba si era bien

^(°) Así dice en las primeras ediciones, sin duda por error de copia. El original de Cervantes, diría «perdición».

ó mal el que me había sucedido. Díjele al partir á don Fernando, que por el mismo camino de aquella, podía verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, si no fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en más de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa, y que los más días iba à caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos días y estas horas, bien sé yo que para mi fueron aciagos y menguados; y bien sé que comencé á dudar en ellos, y aun á descreer de la fe de don Fernando; y sé también que mi doncella oyó entonces las palabras que en reprensión de su atrevimiento antes no habia oido; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasión á que mis padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles. Pero todo esto se acabó en un punto, llegándose uno donde se atropellaron respetos y se acabaron los honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia y salieron à plaza mil secretos pensamientos: y esto fué, porque de alli á pocos días se dijo en el lugar, como en una ciudad alli cerca se habia casado don Fernando con una doncella hermosisima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, que por la dote pudiera aspirar à tan noble casamiento: dijose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiración. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de alli á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; más no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento, diciendo:—Llegó esta triste nueva á mis oídos, y en lugar de helárseme el corazón en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosia y traición que se me había hecho. Más templose esta furia por entonces, con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dio uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubri toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad, donde entendi que mi enemigo estaba. El, después que hubo reprendido mi atrevimiento y afeado mi determinación, viéndome resuelta en mi parecer, se ofreció à tenerme companía, como él dijo, hasta el cabo del mundo: luego al momento encerré en una

almohada de lienzo un vestido de mujer y algunas joyas y dinero por lo que podía suceder; y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta à mi traidora doncella, salí de mi casa acompañada de mi criado y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la ciudad á pie, llevada en vuelo del deseo de llegar, ya que no á estorbar lo que tenía por hecho, á lo menos à decir à don Fernando me dijese con qué alma lo habia hecho. Llegué en dos dias y medio donde queria, y en entrando por la ciudad, pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que yo quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el deposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: dijome que la noche que don Fernando se desposó con Luscinda, después de haber ella dado el sí de ser su esposa, le había tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda, en que decia y declaraba que ella no podía ser esposa de don Fernando, porque lo era de Cardenio; que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el sí à don Fernando, fuè por no salir de la obediencia de sus padres. En resolución, tales razones dijo que contenía el papel, que daba á entender que ella había tenido intención de matarse en acabándose de desposar, y daba alli las razones porque se había quitado la vida; todo lo cual, dicen que confirmó una daga, que le hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por don Fernando, pareciéndole que Luscinda le burlado y escarnecido y tenido en poco, arremetió à ella antes que de su desmayo volviese; y con la misma daga que la hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera, si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbaran. Dijeron más, que luego se ausentó don Fernando, y que Luscinda no había vuelto de su parasismo hasta otro dia que contó à sus padres como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe más, que el Cardenio, según decian, se halló presente á los desposorios y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta donde daba à entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba á donde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad, y todos hablaban dello, y más hablaron, cuando supieron que Luscinda había

faltado de casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juicio sus padres, y no sabian que medio que tomar para hallarla. Esto que supe, puso en bando mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado à don Fernando, que no hallarle casado; pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podría ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimiento en el segundo matrimonio, por atraerle à conocer lo que al primero debia, y à caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba más obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasia, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á don Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregòn donde se prometia grande hallazgo à quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traia, y oi decir que se decia, que me había sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino, cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi venida, sino añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo, y tan indigno de mis buenos pensamientos.

Al punto que oi el pregón, me sali de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenía prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama à otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, asi me sucedió à mi; porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, incitado de su misma bellaquería antes que de mi hermosura, quiso aprovecharse de la ocasión que á su parecer estos yermos le ofrecian, y con poca vergüenza y menos temor de Dios, ni respeto mío, me requirió de amores y viendo que yo con feas y justas palabras respondía á las desvergüenzas de sus propósitos, dejó aparte los ruegos, de quien primero pensó aprovecharse, y comenzó á usar de la fuerza: pero el justo cielo que pocas ó ningunas veces deja de mirar y favorecer à las justas intenciones, favoreció las mías, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo, di con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego, con más ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian.

me entré por estas montañas, sin llevar otro pensamiento ni otro disignio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este desco ha no sé cuantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero que me llevó por su criado à un lugar que està en las entrañas desta sierra, al cual he servido de zagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el campo por encubrir estos cabellos que ahora tan sin pensarlo me han descubierto; pero toda mi industria y toda mi solicitud fué y ha sido de ningún provecho, pues mi amo vino en conocimiento de que yo no era varón y nació en él el mismo mal pensamiento que en mi criado: y como no siempre la fortuna con los trabajos da los remedios, no hallé derrumbadero ni barranco de donde despeñar y despenar al amo, como le hallé para el criado; y así tuve por menor inconveniente dejalle y asconderme de nuevo entre estas asperezas, que probar con él mis fuerzas ó mis disculpas. Digo pues que me torné & emboscar, y à buscar donde sin impedimiento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al ciclo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que della se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

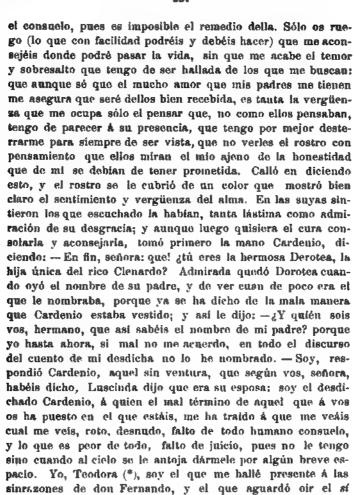
CAPÍTULO XXIX

QUE TRATA DEL GRACIOSO ARTIFICIO Y ORDEN QUE SE TUVO EN SACAR Á NUESTRO ENAMORADO CABALLERO DE LA AS-PERÍSIMA PENITENCIA EN QUE SE HABÍA PUESTO. (*)

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia; mirad y juzgad ahora, si los suspiros que escuchasteis, las palabras que oísteis, y las lágrimas que de mis ojos salían, tenían ocasión bastante para mostrarse en mayor abundancia; y considerada la calidad de mi desgracia, veréis que será en vano

^{(&#}x27;) Por un error ó trasposición que no se explica sino por el descuido con que se imprimirían las primeras ediciones del Quijote en los días de su autor, aparece la anomalía de que el título de este capítulo se puso á la cabeza del XXX y de que, á la de este, se pusiera el título que correspondía al capítulo XXIX. Como se ve, en la presente edición, se ha juzgado conveniente corregir tal contrasentido, poniendo en cada uno de ambos capítulos, el título correspondiente.





que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y asi dejé la casa y la paciencia, y una carta que dejé à un huésped mio, à quien rogué que en manos de Luscinda la



^{(&#}x27;) Debe leeras Dorotea en vez de Teodora, como resulta del santido del texto.

pusiese, y vineme à estas soledades con intención de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborreci como mortal enemiga mia. Más no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juicio, quiza por guardarme para la buena ventura que he tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aqui habéis contado, aun podria ser que à entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con don Fernando por ser mia, ni don Fernando con ella por ser vuestro. y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavia en ser, y no se ha enajenado ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni tundado en desvariadas imaginaciones, suplicoos, señora, que toméis otra resolución en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna: que yo os juro por la fe de caballero y de cristiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernando; y que cuando con razones no le pudiere atraer à que conozca lo que os debe, de usar entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razón de la sinrazón que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo, se acabó de admirar Dorotea, y por no saber qué gracias volver à tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los piés para besarselos, más no lo consintió Cardenio; y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él & su aldea, donde se podrían reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria orden como buscar á don Fernando, ó como llevar à Dorotea à sus padres, ó hacer lo que más les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que à todo habia estado suspenso y callado, hizo también su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura à todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que alli los habia traido, con la extrañeza de la locura de don Quijote, y como aguardaban à su escudero, que había ido à buscalle. Vinosele à la memoria à Cardenio, como por sueños, la pendencia que con don Quijote había tenido, y contóla à los demás; más no su-

po decir porqué causa fué su cuestión. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba à voces: saliéronle al encuentro, y preguntandole por don Quijote, les dijo como le había hallado desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le había dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al del Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que hubiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su gracia; y que si aquello pasaba adelante, corría peligro de no venir à ser emperador, como estaba obligado, ni aun arzobispo, que era lo menos que podia ser: por eso, que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de alli. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarian de alli, mal que le pesase. Contó luego à Cardenio y à Dorotea lo que tenían pensado para remedio de don Quijote, á lo menos para llevarle à su casa; à lo cual dijo Dorotea, que ella haría la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más que tenia alli vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerias, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas, cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. – Pues no es menester más, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor mio, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y à nosotros se nos ha facilitado la que habiamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó, de manera que una rica y gran señora parecia. Todo aquello y más dijo que había sacado de su casa para lo que se ofreciese, y que hasta entonces no se le había ofrecido ocasión de habello menester. A todos contentó en extremo su mucha gracia, donaire y hermosura, y confirmaron à don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechába; pero el que más se. admiró fué Sancho Panza, por parecerle (como era así verdad) que en todos los días de su vida había visto tan hermosa criatura; y asi, preguntó al cura con grande ahinco, le dijese quien era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. — Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por linea recta de varón del gran reino de Micomicón, la cual viene en busca de vuestro amo à pedirle un dón, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto, de Guinea ha venido à buscarle esta princesa. - Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazón Sancho Panza, y más si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese hideputa dese gigante que vuestra merced dice, que si matará si él le encuentra, si ya no fuese fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á vuestra merced entre otras, señor licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que vuestra merced le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibilitado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos; que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora à traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo como tengo mujer y hijos, seria nunca acabar: asi que, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su gracia, y asi no la llamo por su nombre. — Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicón, claro está que ella se ha de llamar así. — No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo he visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mismo se debe de usar allá en Guinea, tomar las reinas los nombres de sus reinos. — Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis poderios: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuan encajados tenía en la fantasia los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daba entender que había de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se había acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron à Sancho que los guiase à don-

de don Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistía todo el toque de venir à ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos, porque no se le acordase à don Quijote la pendencia que con Cardenio había tenido, y el cura, porque no era menester por entonces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pie poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que había de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haría sin faltar punto, como lo pedían y pintaban los libros de caballerías. Tres cuartos de legua habrian andado, cuando descubrieron à don Quijote entre unas intrincadas peñas, ya vestido, aunque no armado; y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era don Quijote, dió del azote à su palafrén, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él, el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual, apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de don Quijote; y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: - De aquí no me levantaré, oh valeroso y esforzado · caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesia me otorgue un dón, el cual redundará en honra y prez de vuestra persona, y en pro de la más desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto; y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde à la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais à favorecer à la sin ventura que de tan lueñes tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. — No os responderé palabra, fermosa señora, respondió don Quijote, ni oiré más cosa de vuestra facienda, fasta que os levantéis de tierra. - No me levantaré, señor, respondió la aflijida doncella, si primero por la vuestra cortesia no me es otorgado el don que pido. —Yo vos le otorgo y concedo, respondió don Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave. — No será en daño ni en mengua de los que decis, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella; y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: — Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada; sólo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicón de Etiopía. — Sea quien fuere, respon-

dió don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme à lo que profesado tengo; y volviéndose à la doncella, dijo: — La vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisierc. -Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino. — Digo que así lo otorgo, respondió don Quijote, y así podéis, señora, desde hoy más desechar la malenconia que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y à despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos à labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella, pugnó con mucha porfia por besarle las manos; más don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesia y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas à Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo, de un árbol estaban pendientes; y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: — Vamos de aqui en el nombre de Dios à favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quiză quedaran todos sin conseguir su buena intención; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que don Quijote se alistaba para ir å cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio, con la falta que entonces le hacía; más todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy à pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomicón. Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser

 $\sim \frac{1}{4\pi}\frac{h}{2\pi} \frac{1}{4\pi} \frac{1}{4\pi}$

todos negros; á lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y díjose á si mismo: — Que se me da á mi que mis vasallos sean negros, habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y á donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida. No, sino dormios, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo.

Con esto andaba tan solicito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar à pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguír lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba à Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traia, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque à un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante, en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares, no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos y diciendo à voces: — Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á don Quijote, el cual espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció y quedó como espantado de verlo, y hizo grande fuerza por apearse; más el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decia: - Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté à caballo, y una tan reverenda





- 34 -

recentle and recent theory of each and — East of attached रू । १ के १ तहार १ १०० है । १ ए से १ साध स्वरूप **अ राज्यक्ता हास्क**र to the lateral of the secretary and allow the first time that yet the materials in a contrast car on an adverte while so that there are a the first to regard sometime bestimme stilling to the blood के देखें के प्राप्त के देखें के प्राप्त के प्राप्त के **प्राप्त कर के किए हैं है है है है है है** Companies of the Control of the Cont and the stage and the same with American part and tisse at the second of the end offer Indemnal the Sales of the Common of the engine of the profit and the common of the engine of the common of the c in the straint of the entro is original errolling an analogic section and the section is section. in the contract of the second -STHE RESIDENCE OF THE PARTY OF THE PARTY OF to the contract of the second of the : : ः १००<u>वतमः हु**कः का**</u> transis in the social - Asi and we are in the present, comprising with a service to describe the programs and the second section of the second া বাংলা কোটা বুলাল **প্রকার স্থানটি** to him amious. 4.5 the state of the s The second section in

do tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud à más de pegar barbas se debía de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, à más que barbas aprovechaba. -- Así es, dijo el cura, y prometió de enseñarsele en la primera ocasión. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando basta que llegasen à la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres á caballo, es à saber, don Quijote, la princesa y el cura, y los tres à pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo à la doncella: -- Vuestra grandeza, señora mia, guie por dende más gusto le diere; y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: - ¿Hacía qué reino quiere guiar la vuestra señoria? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón, que si debe de ser ó yo sé poco de reinos? Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que si, y ast dijo: - Si, señor, hacia ese reino es mi camino. - Si asi es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de alli tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con ta buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á la vista de la gran laguna Meona, digo Meòtides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza. -- Vuestra merced está engañado señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron à mis oidos así como puse los pies en España, y ellas me movieron à buscarle para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. - No más, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque esta no lo sea, todavia ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mia, que ora tenga valor ò no, el que tuviere ò no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga, qué es la causa que le traido por estas partes, tau solo, y tan sin criados, y tan á la lígera, que me pone espanto. - A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabra vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, ibamos à Sevilla à cobrar cierto



dinero que un pariente mío, que ha muchos años que pasó à Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun a este mancebo que aqui va, señalando a Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que à pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, à la raposa entre las gallinas, à la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto à la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia don Quijote, al cual se le mudaba la color à cada palabra, y no osada decir que él había sido el libertador de aquella buena gente. -- Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX

QUE TRATA DE LA DISCORDIA (*) DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO (*)

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: — Pues mía fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo,

^(*) Debe leerse «discreción» en lugar de «discordia» que parece en las ediciones del tiempo de Cervantes. Este error de copia es tanto más evidente, leyéndose «discreción» en los índices puestos al final de dichas ediciones.

^{(&#}x27;) Con respecto á este título del capítulo xxx téngase presente lo dicho en la nota de la página 226.

y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban alli por grandisimos bellacos. — Majadero, dijo á esta sazón don Quijote, à los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados, y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo de más allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballeria, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene. Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacia de barbero, que à su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de don Quijote, y que todos hacian burla dél, si no Sancho Panza, no quiso ser para menos; y viéndole tan enojado le dijo: — Señor caballero, miémbresele à la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme à él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galeotos, él se diera tres puntos en la boca y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. — Eso juro yo bien, dijo el cura, y aun me hubiera quitado un bigote. — Yo callaré, señora mia, dijo don Quijote, y reprimiré la justa colera que ya en mi pecho se había levantado, y irè quieto y pacifico, hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes, y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? - Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. — No enfadará, señora mia, respondió don Quijote. A lo que respondió Dorotea: — Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo

fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir de esta manera:

-Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, senores mios, que à mi me llaman.... y detuvose aqui un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: — No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera, que aún de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legitima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente à su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. — Asi es la verdad, respondió la doncella, y desde aqui adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré à buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzo por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la reina Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de alli á poco tiempo él también habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre. Pero decia él, que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande insula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto à los que miras, digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, había de pasar con gran poderio sobre mi reino, y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él: más à lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria à mi en voluntad de hacer tan designal casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo también mi



padre, que después que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba à pasar sobre mi reino, que no aguardase à ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destruición de mis buenos y leales vasallos, porque no había de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los mios, me pusiese en camino de las Españas, donde hallarla el remedio de mis males, hallando à un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Gigote. - Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazón Sanche Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura. -- Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo más, que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo ó por alli junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto don Quijote, dijo à su escudero: - Ten aqui, Sancho hijo, ayúdame à desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. - ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. - Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió don Quijote. — No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. -- Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne, y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oi decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venía à buscar. — ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merded en Osuna, señora mia, preguntó don Quijote, si no es puerto de mar? Más antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano y dijo: - Debe de querer decir la señora princesa, que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. --Eso quise decir, dijo Dorotea. - Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante. - No hay que pro-

seguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya mé cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues el por su cortesia y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte, que à ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el sabidor, mi buen padre; el cual también dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé lecr, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona. — ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo a este punto don Quijote, ¿no oves lo que pasa? zno te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. — Eso juro yo, dijo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico el señor Pandafilando; pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama.

Y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandisimo contento, y luego fué tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¿Quién no había de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. — Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: sólo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos á vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. — Esa no me quitarán á mí, oh alta y valerosa señora, dijo don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y asi, de nuevo, confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, à quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: — Y después de habérsela tajado y puéstoos en pacifica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo más, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix. Parecióle tan mal à Sancho lo que últimamente su amo dijo, acerca de no querer casarse, que, con grande enojo, alzando la voz dijo: — Voto à mi, y juro à mi, que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio: pues, cómo! ¿es posible que ponga vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo, semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir, que no llega á su zapato de la que está adelante. Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene à las manos de bobis bobis; y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y luego, siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzón, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida. — ¿Pensáis, le dijo á cabo de rato, villano ruín, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabéis vos, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensais que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y hechoos

dió don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme à lo que profesado tengo; y volviéndose à la doncella, dijo: — La vuestra gran fermosura se levante, que vo le otorgo el don que pedirme quisiere. — Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le llevare, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna, hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano, me tiene usurpado mi reino. — Digo que así lo otorgo, respondió don Quijote, y así podéis, señora, desde hoy más desechar la malenconia que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza; que con el ayuda de Dios y la de mi brazo, vos os veréis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y à despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos à labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella, pugnó con mucha porfia por besarle las manos; más don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesia y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas à Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo, de un árbol estaban pendientes; y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo: — Vamos de aqui en el nombre de Dios à favorecer esta gran señora. Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedaran todos sin conseguir su buena intención; y viendo que ya el don estaba concedido, y con la diligencia que don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pie, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio, con la falta que entonces le hacía; más todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy à pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomicón. Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habian de ser todos negros; á lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y díjose á si mismo: — Que se me da á mi que mis vasallos sean negros, habrá más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y á donde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida. No, sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: par Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo.

Con esto andaba tan solicito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar à pie. Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche, quitó con mucha presteza la barba à Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubón, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera, aunque à un espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante, en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares, no concedian que anduviesen tanto los de à caballo como los de à pie. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso à mirar muy de espacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos y diciendo à voces: — Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes: y diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á don Quijote, el cual espantado de lo que veia y oia decir y hacer à aquel hombre, se le puso à mirar con atención, y al fin le conoció y quedó como espantado de verlo, y hizo grande fuerza por apearse; más el cura no lo consintió, por lo cual don Quijote decia: - Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda

persona como vuestra merced esté à pie. - Eso no consentiré yo en ningún modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo, acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mi, aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. - Aún no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar à su escudero dé à vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. — Si sufre, à lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pie pudiendo ir á caballo. — Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal, que al subir à las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por don Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron; y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y à quejarse que le habian derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sagre, lejos del rostro del cscudero caido, dijo: - Vive Dios, que es gran milagro este: las barbas le ha derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta. El cura, que vió el peligro que corria su invención de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas adonde yacía maese Nicolás dando aun voces todavia, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que eran cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian; y cuando se las tuvo puestas, se apartó y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró don Quijote sobremanera; y rogó al cura que cuan-

do tuviese lugar, le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud á más de pegar barbas se debía de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitasen, habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, à más que barbas aprovechaba. — Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasión. Concertaronse que por entonces subiese el cura, y a trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen à la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres á caballo, es à saber, don Quijote, la princesa y el cura, y los tres à pie, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, don Quijote dijo à la doncella: — Vuestra grandeza, señora mia, guie por dende más gusto le diere; y antes que ella respondiese, dijo el licenciado: — ¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomicón, que si debe de ser ó yo sé poco de reinos? Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí, y así dijo: — Si, señor, hacia ese reino es mi camino. - Si asi es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de alli tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á la vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza. — Vuestra merced está engañado señor mio, dijo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado à ver lo que tanto deseaba, que es al señor don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. — No más, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulación; y aunque esta no lo sea, todavia ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mia, que ora tenga valor o no, el que tuviere o no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y asi, dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga, qué es la causa que le traido por estas partes, tan solo, y tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. - A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor don Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, ibamos á Sevilla á cobrar cierto



dinero que un pariente mio, que ha muchos años que pasó à Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aqui va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casí en este mismo sitio un hombre tan valiente, que à pesar del comisario y de las guardas, los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, à la raposa entre las gallinas, à la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto à la Santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba; quiso finalmente hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habiales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decla don Quijote, al cual se le mudaba la color à cada palabra, y no osada decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. — Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPÍTULO XXX

QUE TRATA DE LA DISCORDIA (*) DE LA HERMOSA DOROTEA, CON OTRAS COSAS DE MUCHO GUSTO Y PASATIEMPO (*)

No hubo bien acabado el cura, cuando Sancho dijo: — Pues mia fe, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo,

^(*) Debe leerse «discreción» en lugar de «discordia» que parece en las ediciones del tiempo de Cervantes. Este error de copia es tanto más evidente, leyéndose «discreción» en los índices puestos al final de dichas ediciones.

^(°) Con respecto á este título del capítulo xxx téngase presente lo dicho en la nota de la página 226.

y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacía, y que era pecado darles libertad, porque todos iban alli por grandisimos bellacos. — Majadero, dijo a esta sazón don Quijote, à los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados, y opresos que encuentran por los caminos, van de aquella manera ó están en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; sólo les toca ayudarles como menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerias. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, y hice con ellos lo que mi religión me pide, y lo de más allá se avenga: y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballeria, y que miente como un hideputa y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada, donde más largamente se contiene. Y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrión, porque la bacía de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambrino, llevaba colgada del arzón delantero hasta adobarla del mal tratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de don Quijote, y que todos hacian burla dél, si no Sancho Panza, no quiso ser para menos; y viéndole tan enojado le dijo: — Señor caballero, miémbresele à la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que conforme à él, no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue vuestra merced el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habían sido librados los galectos, él se diera tres puntos en la boca y aun se mordiera tres veces la lengua, antes que haber dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. — Eso juro yo bien, dijo el cura, y aún me hubiera quitado un bigote. — Yo callaré, señora mía, dijo don Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se había levantado, y irè quieto y pacifico, hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago deste buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes, y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza? – Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. — No enfadará, señora mía, respondió don Quijote. A lo que respondió Dorotea: — Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo

fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella, despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenidose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó à decir de esta manera:

-Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, senores míos, que á mi me llaman.... y detúvose aqui un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le había puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: — No es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria à los que maltratan, de tal manera, que aún de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoria, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legitima heredera del gran reino Micomicón; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente à su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere. — Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aqui adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré à buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fué muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia, que mi madre, que se llamaba la reina Xaramilla, habia de morir primero que él, y que de alli á poco tiempo él también había de pasar desta vida, y yo había de quedar huérfana de padre y madre. Pero decla él, que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusión saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande insula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista (porque es cosa averiguada, que aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno, y por poner miedo y espanto à los que mira), digo que supo que este gigante, en sabiendo mi horfandad, había de pasar con gran poderio sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podía excusar toda esta ruina y desgracia, si yo me quisiese casar con él: más à lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mi en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo también mi

padre, que después que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mi reino, que no aguardase à ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destruición de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con algunos de los míos, me pusiese en camino de las Españas, donde hallaría el remedio de mis males, hallando à un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se había de llamar, si mal no me acuerdo, don Azote ó don Gigote. — Don Quijote diria, señora, dijo á esta sazón Sancho Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura. — Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo más, que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo ó por alli junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto don Quijote, dijo à su escudero: — Ten aqui, Sancho hijo, ayúdame à desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado. – ¿Pues para qué quiere vuestra merced desnudarse? dijo Dorotea. — Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió don Quijote. — No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene vuestra merced un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. -- Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro o que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es una misma carne, y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no sólo en España, pero en toda la Mancha; pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oi decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venía á buscar. — ¿Pues cómo se desembarcó vuestra merded en Osuna, señora mía, preguntó don Quijote, si no es puerto de mar? Más antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano y dijo: — Debe de querer decir la señora princesa, que después que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fué en Osuna. — Eso quise decir, dijo Dorotea. — Y esto lleva camino, dijo el cura; y prosiga vuestra majestad adelante. — No hay que pro-

seguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya mé cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues el por su cortesia y magnificencia, me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le llevare, que no será á otra parte, que à ponerle delante de Pandafilando de la Fosca Vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder á pedir de boca, pues asi lo dejó profetizado Tinacrio el sabidor, mi buen padre; el cual también dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé lecr, que si este caballero de la profecia, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse connigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa, y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona. — ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo a este punto don Quijote, ¿no oyes lo que pasa? zno te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. — Eso juro yo, dijo Sancho, para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico el señor Pandafilando; pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama.

Y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandisimo contento, y luego fué tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener, se hincó de rodillas ante ella, suplicándole le diese las manos para besarselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto, Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciese tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos. — Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: sólo resta por deciros, que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino, no me ha quedado sino solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos à vista del puerto; y él y yo salimos en dos tablas á tierra como por milagro, y así es todo milagro y misterio el discurso de mi vida, como lo habéis notado; y si en alguna cosa he andado demasiada ó no tan acertada como debiera, echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. — Esa no me quitarán á mí, oh alta y valerosa señora, dijo don Quijote, cuantos yo pasare en serviros, por grandes y no vistos que sean: y asi, de nuevo, confirmo el don que os he prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, à quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Ginés de Pasamonte, que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: — Y después de habérsela tajado y puéstoos en pacifica posesión de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella.... y no digo más, no es posible que yo arrostre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave fénix. Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo, acerca de no querer casarse, que, con grande enojo, alzando la voz dijo: — Voto à mi, y juro à mi, que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio: pues, cómo! ¿es posible que ponga vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo, semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun con la mitad; y aun estoy por decir, que no llega á su zapato de la que está adelante. Así, noramala alcanzaré yo el condado que espero, si vuestra merced se anda á pedir cotufas en el golfo: cásese, cásese luego, encomiendole yo á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de bobis bobis; y en siendo rey hágame marqués ó adelantado, y luego, siquiera se lo lleve el diablo todo. Don Quijote, que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzón, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra; y si no fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida. — ¿Pensáis, le dijo á cabo de rato, villano ruín, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura, y que todo ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabéis vos, faquin, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensais que ha ganado este reino y cortado la cabeza á este gigante, y hechoos

á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), sino es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mi y vence en mi, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y sér. ¡Oh hideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os véis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondéis à tan buena obra con decir mal de quien os la hizo! No estaba tan mal trecho Sancho, que no oyese todo cuanto su amo le decia; y levantándose con un poco de presteza, se fué à poner detràs del palafrén de Dorotea, y desde alli dijo a su amo: — Digame, señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo; cásese vuestra merced una por una con esta reina, ahora que la tenemos aqui como llovida del ciclo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va à decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto à la señora Dulcinea. — ¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo? dijo don Quijote; pues ano acabas de traerme ahora un recado de su parte? — Digo que no la he visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así, á bulto, me parece bien. — Ahora te disculpo, dijo don Quijote, y pérdoname el enojo que te he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. — Ya yo lo veo, respondió Sancho, y así en mi la gana de hablar, siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera, lo que me viene à la lengua. — Con todo eso, dijo don Quijote, mira, Sancho, lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente.... y no te digo más. — Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que ve las trampas, y será juez de quien hace más mal, yo en no hablar bien, ó vuestra merced en obrallo. — No haya más, dijo Dorotea; corred, Sancho, y besad la mano à vuestro señor, y pedilde perdón, y de aqui adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aquesa señora Toboso, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis como un principe. — Fué Sancho cabizbajo y pidió la mano à su señor, y él se la dió con reposado continente, y después que se la hubo besado, le echó la bendición, y dijo à Sancho que se adelantasen un poco, que tenía que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hizolo así Sancho, y apartáronse los dos algo adelante, y díjole don Quijote: — Después que veniste, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. — Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada; pero suplico á vuestra merced, señor mio, que no sea de aqui adelante tan vengativo. — ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo don Quijote. — Digolo, respondió, porque estos palos de agora más fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, à quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no lo haya, sólo por ser cosa de vuestra merced. — No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo don Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, à pecado nuevo penitencia nueva. (*)

Mientras esto pasaba, vieron venir por el camino donde ellos iban, à un hombre, caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca, les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre, cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio sobre que Pasamonte venía: el cual, por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido, cuando à grandes voces le dijo:—¡Ah ladrón Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye, puto, au-

^(°) En este punto difiere notablemente el texto de las ediciones de 1605 y 1608. En esta última, Cervantes enmienda sus descuidos de la primera, con respecto al hurto y rescate del rucio de Sancho. En la presente edición, se sigue el texto de la del año 1608, en el cual, antes del coloquio entre el cura y Dorotea, se intercala el chispeante episodio del hallazgo del rucio. Después continúa el texto conforme á la edición príncipe

séntate ladrón, y desampara lo que no es tuyo! No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Gínés, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: — ¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna.

Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente don Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas, dijo el cura à Dorotea, que había andado muy discreta así en el cueuto como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerias. Ella dijo que muchos ratos se había entretenido en leellos; pero que no sabía ella dónde eran las provincias ni puertos de mar, y que asi, habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. — Yo lo entendi así, dijo el cura, y por eso acudi luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuanta facilidad cree este deventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo por que llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros?—Si es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente, hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. — Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes à su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonisimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo, de manera que como no le toquen en sus caballerias, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos iban en esta conversación, prosiguió don Quijote con la suya, y dijo á Sancho: -Echemos, Panza amigo, pelillos à la mar en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno ¿donde, cómo y cuándo hallaste à Dulcinea? ¿qué hácia? ¿qué le dijiste? ¿que te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que anadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitarmele. - Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. - Así es co-

mo tu dices, dijo don Quijote, porque el librillo de memoria, donde yo la escribi, le hallé en mi poder à cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandisima pena, por no saber lo que habías tu de hacer, cuando te vieses sin carta; y crei siempre que te volvieras desde el lugar donde la echaras menos.—Asi fuera, respondió Sancho, si no la hubiera yo tomado en la memoria, cuando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dije à un sacristan, que me la traslado del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunión, no había visto ni leido tan linda carta como aquella.—¿Y tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo don Quijote. — No señor, respondió Sancho, porque después que la di, como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidalla: y si algo se me acuerda, es aquello del Sobajada, digo del Soberana señora; y lo último: «Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura»; y en medio destas dos cosas, le puse más de trescientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAPÍTULO XXXI

DE LOS SABROSOS RAZONAMIENTOS QUE PASARON ENTRE DON QUIJOTE Y SANCHO PANZA SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo don Quijote. Llegaste, zy qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa con oro de canutillo para este su cautivo caballero. — No la hallé, respondió Sancho, sino aechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. — Pues haz cuenta, dijo don Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos: y si miraste, amigo ¿el trigo era candeal ó trechel? — No era sino rubión, respondió Sancho. — Pues yo te aseguro, dijo don Quijote, que aechado por sus manos, hizo pan candeal sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo? - Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y dijome: - Poned, amigo, esa carta

sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aqui está. — Discreta señora, dijo don Quijote, eso debió de ser por leerla de espacio y recrearse con ella. Adelante Sancho: y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? ¿que te preguntó de mí? Y tú ¿qué le respondiste? Acaba, cuentamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. — Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que vuestra merced por su servicio quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan à manteles, ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. — En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo don Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. — Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fe que me lleva á mi más de un coto. — ¿Pues cômo, Sancho? dijo don Quijote, zhaste medido tu con ella? — Medime en esta manera, respondió Sancho, que llegando 🛦 ayudar à poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo. – Pues es verdad, replicó don Quijote, que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella zno sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto 💰 dalle nombre, digo un tuho ó tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero? — Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa. — No sería eso, respondió don Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo; porque yo sé bien lo que hucle aquella rosa entre espinas aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. — Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mi aquel olor que entonces me pareció que salia de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de que maravillarse, que un diablo parece à otro. -- Y bien, prosiguió don Quijote, he aqui que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino: ¿qué hizo cuando leyó la carta? - La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á lcer à nadie porque no se supiesen en el lugar sus secretos:

y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo: y finalmente me dijo, que dijese à vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente, saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver à vuestra merced. Rióse mucho cuando le dije cómo se llamaba vuestra merced el caballero de la Triste Figura: preguntéle si había ido allá el vizcaino de marras; dijome que si, y que era un hombre muy de bien; también le pregunté por los galeotes; más dijome que no habia visto hasta entonces alguno. — Todo va bien hasta agora, dijo don Quijote; pero dime, ¿qué joya fué la que te dió al despedirte, por las nuevas que de mi le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes, dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado. — Bien puede eso ser asi y vo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral, cuando della me despedi, y aun por más señas, era el queso ovejuno. - Es liberal en extremo, dijo don Quijote; y si no te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas después de pascua; yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de que estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aqui al Toboso, habiendo de aqui allá más de treinta leguas. Por lo cual me doy à entender, que aquel, sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le hay y le ha de haber, so pena que yo no seria buen caballero andante, digo, que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sabio destos, que coge à un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia más de mil leguas de donde anocheció. Y si no fuese por esto, no se podrían socorrer en sus peligros los caballeros andantes unos á otros, como se socorren à cada paso: que acaece estar uno peleando

en las sierras de Armenia con algún endriago, ó con algún fiero vestiglo, ó con otro caballero, donde lleva io peor de la batalla y está ya á punto de muerte, y cuando no os me cato, asoma por acullá, encima de una nube ó sobre un carro de fuego, otro caballero amigo suyo, que poco antes se hallaba en Ingalaterra, que le favorece y libra de la muerte; y á la noche se halla en su posada cenando muy á su sabor, y suele haber de la una á la otra parte dos ó tres mil leguas: y todo esto se hace por industria y sabiduría destos sabios encantadores que tienen cuidado destos valerosos caballeros; así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses.

— Asi seria, dijo Sancho, porque à buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. - Y como si llevaba azogue, dijo don Quijote, y aun una legión de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja. Pero dejando esto aparte, ¿qué te parece à ti que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda, que la vaya á ver? Que aunque yo veo que estoy obligado à cumplir su mandamiento, véome también imposibilitado del don que be prometido à la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver à mi señora; por otra me incita y llama la prometida fe y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer, será caminar apriesa y llegar presto donde está ese gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré à la princesa pacificamente en su estado, y al punto daré la vuelta à ver à la luz que mis sentidos alumbra: à la cual daré tales disculpas, que ella venga à tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuanta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. — ¡Ay! dijo Sancho, ¡y cómo está vuestra merced lastimado de esos cascos! Pues, digame, señor, ¿piensa vuestra merced caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que he oido decir que tiene más de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantisimo de todas las cosas que son necesarias

para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdóneme; y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y si no ahí está nuestro licenciado, que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que más vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por bien que se enoja no se venga. — Mira Sancho, respondió don Quijote, si el consejo que me das de que me case, es porque sea luego rey en matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme, podré cumplir tu deseo muy fácilmente, porque yo sacaré de adahala antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda à dar à quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á tí? — Eso está claro, respondió Sancho; pero mire vuestra merced que la escoja hacia la marina, porque si no me contentare la vivienda, pueda embarcar mis negros vasallos, y bacer dellos lo que ya he dicho: y vuestra merced no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que ha de ser de mucha honra y de mucho provecho. – Digote, Sancho, dijo don Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que à ver à Dulcinea: y avisote que no digas nada à nadie, ni à los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido y tratado; que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mi los descubra. — Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace vuestra merced que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fueren se han de ir á hincar de finojos ante su presencia, y decir que vau de parte de vuestra merced à dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? - ¡Oh, qué necio y qué simple que eres! dijo don Quijote, ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballeria, es gran honra, tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan más sus pen-

samientos que á scrvilla por sólo ser ella quién es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. — Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar à nuestro Señor por si solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena; aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. — Válate el diablo por villano, dijo don Quijote, jy qué de discreciones dices à las veces! no parece sino que has estudiado. — Pues á fe mía que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolás, que esperasen un poco, que querían detenerse á beber en una fuentecilla que alli estaba. Detuvose don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temia no le cogiese su amo à palabras, porque puesto que él sabia que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda su vida. Habiase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta, satisficieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertó à pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual, poniéndose à mirar con mucha atención à los que en la fuente estaban, de alli à poco arremetió à don Quijote, y abrazándole por las piernas, comenzó à llorar muy de propósito, diciendo: — ¡Ay señor mio! ¿no me conoce vuestra merced? pues mireme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó vuestra merced de la encina donde estaba atado. Reconocióle don Quijote, y asiéndole por la mano, se volvió á los que alli estaban, y dijo: — Porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo, que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados, pasando yo por un bosque, oi unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menestorosa. Acudi luego llevado de mi obligación, hacia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina, desnudo de medio cuerpo arriba, y estábale abriéndole á azotes con las riendas de una yegua, un villano, que después supe que era amo suyo;

y así como yo le vi, le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio, que le azotaba porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenía, nacían más de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: Señor, no me azota sino porque le pido mi salario. El amo replicó no sé qué arengas y disculpas, las cuales aunque de mi fueron oidas, no fueron admitidas: en resolución, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro y aun sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿No notaste con cuanto imperio se le mandé, y con cuanta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifique y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó à estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo, haber caballeros andantes por los caminos. — Todo lo que vuestra merced ha dicho, es mucha verdad, respondió el muchacho, pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que vuestra merced se imagina. – ¿Cómo al revés? replicó don Quijote, ¿luego no te pagò el villano? — No sólo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la misma encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un sun Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba, me decia un donaire y chufeta acerca de hacer burla de vuestra merced, que à no sentir yo tanto dolor, me riera de lo que decia. En efecto, él me paró tal, que hasta ahora he estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo cual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se contentara con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltara y pagara cuánto me debia. Más como vuestra merced le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, cuando se vió solo descargó sobre mi el nublado. de modo que me parece que no seré más hombre en toda mi vida. - El daño estuvo, dijo don Quijote, en irme yo de alli, que no me había de ir hasta dejarte pagado, porque bien debia vo de saber por luengas experiencias, que no hay villano que guarde palabra que tiene, si él vé que no le está bien guardalla; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que si no te pagaba, que había de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el

vientre de la ballena. — Asi es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada. — Ahora verás si aprovecha, dijo don Quijote; y diciendo esto, se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase à Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer quería. El le respondió, que quería ir á buscar al villano y castigalle de tan mal término, y hacer pagado à Andrés hasta el último maravedií á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió que advirtiese que no podía, conforme al don prometido, entrometerse en ninguna empresa hasta acabar la suva; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. — Así es verdad, respondió don Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decis; que yo le torno å jurar y à prometer de nuevo, de no parar hasta hacerle vengado y pagado. — No me creo desos juramentos, dijo Andrés, más quisiera tener agora con qué llegar à Sevilla, que todas las venganzas del mundo: deme si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo, como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo, le dijo: — Toma hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. — ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés. — Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho, que Dios sabe si me ha de hacer falta ó nó, porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aun á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa, abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo à don Quijote: — Por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hacen pedazos, no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga y à todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar don Quijote para castigalle; más él se puso à correr de modo que ninguno se atrevió à seguillo. Quedó corridísimo don Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse, por no acaballe de correr del todo.

CAPÍTULO XXXII

QUE TRATA DE LO QUE SUCEDIÓ EN LA VENTA Á TODA LA CUA-DRILLA DE DON QUIJOTE

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro día á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á don Quijote y á Sancho, le salieron à recebir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho-que la vez pasada; á lo cual respondió la huéspeda, que como la pagase mejor que la otra vez, que ella se la daria de principes. Don Quijote dijo que si haria, y asi le aderezaron una razonable, en el mismo camaranchón de marras; y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de juicio. No se hubo bien encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: — Para mi santiguada, que no se ha aún de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me ha de volver mi cola; que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza, digo, el peine que solía yo colgar de mi buena cola. No se la quería dar el barbero, aunque ella más tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester más usar de aquella industria, sino que sedescubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á don Quijote que cuando le despojaron los ladrones galeotes, se había venido á aquella venta huyendo, y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le había enviado adelante à dar aviso à los de su reino, como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola à la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que había prestado para la libertad de don Quijote. Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y à todo esto dormia don Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque más provecho le haria por entonces el dormir, que el comer. Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de don Quijote y del modo que le habían hallado; la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les había acontecido, mirando si acaso estaba alli Sancho: como no le viese, contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron; y como el cura dijese que los libros de caballerías que don Quijote había leido, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero: — No sé yo cómo puede ser eso, que en verdad que à lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahi dos ó tres delios con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no sólo á mí, sino á otros muchos; porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aqui, las fiestas, muchos segadores; y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta, y estamosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos de mi, sé decir que cuando oyo decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y días. Y yo ni más ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estáis escuchando leer, que estáis tan embobado, que no os acordáis de reñir por entonces. — Asi es la verdad, dijo Maritornes; y à buena fe que yo también gusto mucho de oir aquellas cosas que son muy lindas, y más cuando cuentan que se está la otra señora debajo de unos naranjos abrazada con su caballero, y que les está una dueña haciéndoles la guarda, muerta de envidia y con mucho sobresalto; digo que todo esto es cosa de mieles. — Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero. — No sé, senor, en mi anima, respondió ella: también yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando estan ausentes de sus señoras, que en verdad, que algunas veces me hacen llorar de compasión que les tengo. — ¿Luego bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloraran? - No se lo que me hiciera, respondió la moza, sólo sé que hay algunas señoras de aquellas, tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesús! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado, le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no

sé para que es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. — Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto.—Como me lo preguntaba esta señora, contestó ella, no pude dejar de respondelle. — Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped, aquesos libros, que los quiero ver. — Que me place, respondió él; y entrando en su aposento, sacó de una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra, escritos de mano. El primer libro que abrió vió que era Don Cirongilio de Tracia, y el otro Félix Marte de Hircania, y el otro la Historia del Gran Capitán Gonzalo Hernández de Córdoba, con la vida de Diego García de Paredes. Asi como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: — Falta nos hacen aqui ahora el ama de mi amigo y su sobrina. — No hacen, respondió el barbero; que también se yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad, que hay muy buen fuego en ella. — ¿Luego quiere vuestra merced quemar mis libres? dijo el ventero — No más, dijo el cura que estos dos, el de Don Cirongilio y el de Félix Marte. - Pues por ventura, dijo el ventero, mis libres son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar? — Cismáticos queréis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. — Así es. replicó el ventero; más si alguno quiere quemar, sea esc del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. — Hermano mío, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y están llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, y dél sólo merecido: y este Diego Garcia de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, valentisimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, y hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe, él así mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Hétores, Aquiles y Roldanes. — Tomaos con mi padre, dijo el dicho

ventero: mirad de qué se espanta, de detener una rueda de molino; por Dios, ahora habia vuestra merced de leer lo que lei vo de Félix Marte de Hircania, que de un revés solo, partió cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños: y otra vez, arremetió con un grandisimo y poderosimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fueran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, que fué tan valiente y animoso, como se verá en el libro, donde cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él así como la vió se arrojó sobre ella y se paso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas; y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando, no tuvo otro remedio sino dejarse ir à lo hondo del rio, llevandose tras si al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron alla abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas cosas, que no hay más que oir. Calle, senor, que si oyese esto, se volveria loco de placer: dos higas para el Gran Capitán y para ese Diego Garcia que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: — Poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de don Quijote. - Así me parece à mi, respondió Cardenio, porque según da indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan pasó ni más ni menos que lo escriben, y no le haran creer otra cosa frailes descalzos. - Mirad, hermano, tornó & decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caballeros semejantes, que los libros de caballerias cuentan; porque todo es compostura y ficción de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto, como vos decis, de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazanas ni disparates acontecieron en él. — A otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuantas son cinco, y adonde me aprieta el zapato; no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco: bueno es que quiera darme vuestra merced à entender que todo aquello que estos buenos libros dicen sea disparates y mentiras, estando impreso con licencia

de los señores del consejo real, como si ellos fueran gente que habian de dejar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas y tantos encantamientos, que quitan el juicio. — Ya os he dicho, amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedrez, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, crevendo, como es verdad, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguno destos libros. Y si me fuera licito ahora y el auditorio lo requiriera, yo dijera cosas acerca de lo que han de tener los libros de caballerías para ser buenos, que quizá fueran de provecho, y aún de gusto para algunos; pero yo espero que vendrà tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo; y en este entretanto creed, señor ventero, lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote. — Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros. A la mitad de esta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habla oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazón de esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y que si no salia con la felicidad que él pensaba, determinaba de dejalle y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero, más el cura le dijo: — Esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenia un titulo grande que decia: Novela del Curioso impertinente. Leyó el cura para si tres ó cuatro renglones, y dijo: — Cierto que no me parece mal el titulo desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: — Pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; más yo no se la he querido dar, pensando volvérsela à quien aqui

dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aqui algún tiempo; y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fe que se los he de volver, que aunque ventero, todavia soy cristiano. — Vos tenéis mucha razón, amigo, dijo el cura; más con todo eso, si la novela me contenta, me la habéis de dejar trasladar. — De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado à leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. — Si levera, dijo el cura, si no fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer. — Harto reposo será para mi, dijo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algún cuento, pues aun no tengo el espirita tan sosegado, que me conceda dormir cuando fuera razón. — Pues desa manera, dijo el cura, quie ro leerla por curiosidad siquiera, quiza tendra alguna de gusto. Acudió maese Nicolás á rogarle lo mismo, y Sancho también; lo cual, visto del cura, y entendiendo que à todos daria gusto y él le recebiria, dijo: — Pues así es, estênme todos atentos, que la novela comienza desta manora:

CAPÍTULO XXXIII

DONDE SE CUENTA LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTIMENTE

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivian Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocian los dos amigos eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres; todo lo cual era bastante causa à que los dos con reciproca amistad se correspondiesen: bie es verdad que el Anselmo era algo más inclinado á los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras si los de la caza; pero cuando se ofrecia, dejaba Anselmo de acudir á sus gustos por seguir los de Lotario, y Lotario dejaba los suyos por acudir á los de Anselmo, y desta manera andaban tan a una sus voluntades, que no había concertado reloj que asi lo anduviese. Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad; hija de tan buenos padres y tan buena ella por si, que se determino, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa ha-



cia, de pedilla por esposa à sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fué Lotario, y el que concluyó el negocio tan à gusto de su amigo, que en breve tiempo se vió puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado á Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo y à Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido. Los primeros días, como todos los de la boda suelen ser alegres, continuò Lotario como solia la casa de su amigo Anselmo, procurando honralle, festejaile y regocijalle con todo aquello que à él le fué posible; pero acabadas las bodas, y sosegada ya la frecuencia de las visitas y parabienes, comenzó Lotario a descuidarse con cuidado de las idas en casa de Anselmo, por parecerle á él, como es razón que parezca à todos los que fueren discretos, que no se han de visitar ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que cuando eran solteros; porque aunque la buena y verdadera amistad, no puede ni debe de ser sospechosa en nada, con todo esto, es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender aún de los mismos hermanos, cuanto más de los amigos. Notó Anselmo la remisión de Lotario, y formó dél quejas grandes, diciéndole que si él supiera que el casarse había de ser parte para no comunicalle, como solia, que jamás lo hubiera hecho; y que si por la buena correspondencia que los dos tenían mientras él fué soltero, habian alcanzado tan dulce nombre como el ser llamados los dos amigos, que no permitiese por querer hacer del circunspecto sin otra ocasión alguna, que tan famoso y tan agradable nombre se perdiese; y que así le suplicaba, si era lícito que tal término de hablar se usase entre ellos, que volviese à ser señor de su casa, y à entrar y salir en ella como de antes, asegurándole que su esposa Camila no tenía otro gusto ni otra voluntad que la que él quería que tuviose, y que por haber sabido ella con cuantas veras los dos se amaban, estaba confusa de ver en el tanta esquiveza. A todas estas y otras muchas razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadille volviese como solia à su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos dias en la semana y las fiestas, fuese Lotario à comer con él; y aunque esto quedó asi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenia á la honra de su amigo, cuyo crédito estaba en más que el suyo propio. Decia él, y decia bien, que el casado à quien el cielo había concedido mujer hermosa, tanto cuidado había de tener qué amigos llevaba á su casa, como en mirar con qué amigas su mujer conversaba, porque lo que no se hace ni concierta en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas públicas, ni estaciones (cosas que no todas veces las han de negar los maridos á sus mujeres), se concierta y facilita en casa de la amiga ó la parienta de quien más satisfacción se tiene. Tambien decia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada uno algún amigo que le advirtiese de los descuidos que en su proceder hiciesen, porque suele acontecer, que con el mucho amor que el marido á la mujer tiene, ó no le advierte ó no le dice por no enojalla, que haga ó deje de hacer algunas cosas, que el hacellas ó no, le sería de honra o de vituperio, de lo cual siendo del amigo advertido, facilmente pondría remedio en todo. ¿Pero dónde se hallará amigo tan discreto y tan leal y verdadero como aqui Lotario le pide? No lo sé yo por cierto, sólo Lotario era éste, que con toda solicitud y advertimiento miraba por la honra de su amigo, y procuraba dezmar, frisar y acortar los días del concierto del ir à su casa, porque no pareciese mal al vulgo ocioso y á los ojos vagabundos y maliciosos la entrada de un mozo rico, gentilhombre y bien nacido, y de las buenas partes que él pensaba que tenia, en la casa de una mujer tan hermosa como Camila: que puesto que su bondad y valor podia poner freno á toda maldiciente lengua, todavia no queria poner en duda su crédito ni el de su amigo, y por esto los más de los días del concierto, los ocupaba y entretenia en otras cosas que él daba á entender ser inexcusables: así que, en quejas del uno y disculpas del otro, se pasaban muchos ratos y partes del día. Sucedió, pues, que uno que los dos se andaban paseando por un prado fuera de la ciudad, Anselmo dijo à Lotario las semejantes razones:

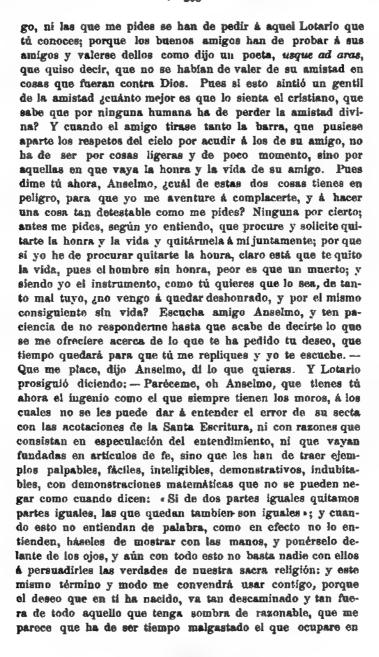
— Pensarás, amigo Lotario, que á las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento que llegue al bien recebido, y sobre al que me hizo en darme á ti por amigo y á Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo si no en el grado que debo y en el que puedo? Pues con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más

desabrido hombre de todo el universo mundo; porque no sé qué dias à esta parte, me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mi mismo, y me culpo y me riño à solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos; y asi me ha sido posible salir con este secreto, como si de industria procurara decillo à todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir à plaza, quiero que sea en la del archivo de tu secreto, conflado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo-verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud, al grado que ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenian à Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en qué habia de parar tan larga prevención ó preambulo, y aunque iba revolviendo en su imaginación qué deseo podria ser aquel que á su amigo tanto fatigaba, dió siempre muy léjos del blanco de la verdad, y por salir presto de la agonia que le causaba aquella suspensión, le dijo que hacia notorio agravio á su mucha amistad, en andar buscando rodeos para decirle sus más encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podía prometer dél, ó ya consejos para entretenellos, ó ya remedio para cumplillos. — Así es la verdad, respondió Anselmo, y con esa confianza te hago saber, amigo Lotario, que el deseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa está tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad, si no es probándola de manera, que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro: porque yo tengo para mi, oh amigo, que no es una mujer más buena de cuanto es ó no es solicitada; y que aquella sola es fuerte, que no se dobla à las promesas, à las dádivas, à las lágrimas, y à las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porque ¿qué hay que agradecer, decia él, que una mujer sea buena, si nadie le dice que sea mala? ¿Qué mucho que esté recogida y temerosa la que no le dan ocasión para que se suelte, y la que sabe que tiene marido que en cogiéndola en la primera desenvoltura, la ha de quitar la vida? Ansi que, la que es buena por temor o por falta de lugar, yo no la quiero tener en aquella estima en que tendré à la solicitada y perseguida, que salió con la corona del vencimiento; de modo, que por estas razones y por otras muchas que te pudiera decir para acreditar y fortalecer la opinión que tengo, deseo que Camila mi esposa pase por estas dificultades, y se acrisole y quilate

en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura; podré yo decir que está colmo el vacío de mis deseos; diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que ¿quién la hallará? Y cuando esto suceda al revés de lo que pienso, con el gusto, de ver que acerté en mi opinión, llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costosa experiencia; y prosupuesto que ninguna cosa de cuantas me dijeres en contra de mi deseo, ha de ser de algún provecho para dejar de ponerle por la obra, quiero, oh amigo Lotario, que te dispongas à ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necesario para solicitar à una mujer honesta, honrada, recogida y desinteresada. Y muéveme entre otras cosas á flar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento á todo trance y rigor, sino á sólo á tener por hecho lo que se ha de hacer por buen respeto; y así no quedaré yo ofendido más de con el deseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien sé que en lo que me tocare, ha de ser eterno como el de la muerte. Así que, si quieres que vo tenga vida que pueda decir que lo es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia ni perezosamente, sino con el ahinco y diligencia que mi deseo pide, y con la conflanza que nuestra amistad me asegura.

Estas fueron las razones que Anselmo dijo à Lotario, à todas las cuales estuvo tan atento, que si no fueron las que quedan escritas que le dijo, no desplegó sus labios hasta que hubo acabado; y viendo que no decía más después que le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto, que le causara admiración y espanto, le dijo: - No me puedo persuadir, oh amigo Anselmo, & que no sean burlas las cosas que me has dicho; que á pensar que de veras las decías, no consintiera que tan adelante pasaras, porque con no escucharte, previniera tu larga arenga. Sin duda imagino ó que no me conoces, ó que yo no te conozco; pero no, que bien sé que eres Anselmo, y tú sabes que yo soy Lotario: el daño está en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tú debes de haber pensado que tampoco yo soy el Lotario que debia ser; porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi ami-







darte à entender tu simplicidad, que por ahora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dejarte en tu desatino en pena de tu mal desco; más no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas. dime, Anselmo, ¿tú no me has dicho que tengo de solicitar á una retirada? ¿persuadir à una honesta? ¿ofrecer à una desinteresada? ¿servir á una prudente? Sí que me lo has dicho: pues si tú sabes que tienes mujer retirada, honesta, desinteresada y prudente ¿que buscas? Y si piensas que de todos mis asaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, ¿qué mejores titulos piensas darle después, que los que ahora tiene? zó que será más despues de lo que es ahora? O es que tú no la tienes por la que dices, ó tú no sabes lo que pides: si no la tienes por lo que dices, ¿para qué quieres probarla, sino como à mala hacer della lo que más te viniere en gusto? Más si es tan buena como crees, impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad, pues después de hecha, se ha de quedar con la estimación que primero tenía. Así que, es razón concluyente que el intentar las cosas, de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho, es de juícios sin discurso y temerarios, y más cuando quieren intentar aquellas à que no son forzados ni compelidos, y que de muy lejos traen descubierto que el intentarlas es manifiesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios ó por el mundo, ó por entrambos á dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo á vivir vida de ángeles en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo, son las de aquellos que pasan tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta extrañeza de gentes, por adquirir estos que llaman bienes de fortuna; y las que se intentan por Dios y por el mundo juntamente, son aquellas de los valerosos soldados, que apenas ven en el contrario muro abierto tanto espacio cuanto es el que pudo hacer una redonda bala de artillería, cuando puesto aparte todo temor, sin hacer discurso, ni advertir al manifiesto peligro que les amenaza, llevados en vuelo de las alas del deseo de volver por su fe, por su nación y por su rey, se arrojan intrépidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria y provecho intentarlas, aunque tan llenas de inconvenientes y peligros; pero la que tú dices que quieres intentar y poner por obra, ni te ha de alcanzar gloria de



Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque puesto que salgas con ella como deseas, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginar se pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracía que te ha sucedido; porque bastará para afiigirte y deshacerte, que la sepas tú mismo. Y para confirmación desta verdad, te quiero decir una estancia que hizo el famoso poeta Luis Tansilo, en el fin de su primera parte de las Lágrimas de San Pedro, que dice así:

Crece el dolor y crece la vergüenza en Pedro, cuando el día se ha mostrado, y aún que alli no ve à nadie, se avergüenza de si mismo, por ver que había pecado; que à un magnánimo pecho, à haber vergüenza, no sólo ha de moverle el ser mirado, que de si se avergüenza cuando yerra, si bien otro no ve que cielo y tierra.

Así que no excusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que llorar contino, si no lágimas de los ojos, lágrimas de sangre del corazón, como las lloraba aquel simple doctor, que nuestro poeta nos cuenta que hizo la prueba del vaso, que con mejor discurso se excusó de haceria el prudente Reinaldos; que puesto que aquello sea ficción poética, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser advertidos y entendidos é imitados; cuanto más, que con lo que ahora pienso decirte, acabarás de venir en conocimiento del gran error que quieres cometer. Dime, Anselmo, si el cicio ó la suerte buena te hubiera hecho señor y legitimo posesor de un finisimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, y que todos á una voz y de común parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza à cuanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeses asi sin saber oir Otra cosa en contrario, ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre una yunque y un martillo, y alli, à pura fuerza de golpes y brazos, probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y más, si lo pusieses por obra, que puesto caso que la piedra hiciese resistencia á tan necia prueba, no por eso se le añadiría más valor ni más fama; y si se romplese, cosa que



podria ser, ano se perderia todo? Si, por cierto, dejando a su dueño en estimación de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finisimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir à más valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedaria sin ella, y con cuanta razón te podrías quejar de ti mismo por haber sido causa de su perdición y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo qué tanto valga como la mujer casta y honrada; y que todo el honor de las mujeres, consiste en la opinión buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal, que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda? Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente, para que sin pesadumbre corra ligera à alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el armiño es un animalejo que tiene una piel blanquisima, y que cuando quieren cazarle los cazadores, usan deste artificio: que sabiendo las partes por donde suele pasar y acudir, las atajan con lodo, y después ojeándole le encaminan hacia aquel lugar, y así como el armiño llega al lodo, se está quedo, y se deja prender y cautivar, á trueco de no pasar por el cieno y perder y ensuciar su blancura, que la estima en más que la libertad y la vida. La honesta y casta mujer es armiño, y es más que nieve blanca y limpia la virtud de la honestidad; y el que quisiere que no la pierda, antes la guarde y conserve, ha de usar de otro estilo diferente que con el armiño se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos y servicios de los importunos amantes, porque quizá, y aún sin quizá, no tiene tanta virtud y fuerza natural, que pueda por si misma atropellar y pasar por aquellos embarazos; y es necesario quitárselos y ponerle delante la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en si la buena fama. Es asimismo la buena mujer como espejo de cristal luciente y claro; pero está sujeto á empanarse y escurecerse con cualquiera aliento que le toque. Hase de usar con la honesta mujer, el estilo que con las reliquias, adorarlas y no tocarlas; hase de guardar y estimar la mujer buena, como se guarda y estima un hermoso jardin que esta lleno de flores y rosas, cuyo dueño no consiente que nadie



le pasee, ni manosee; basta que desde lejos y por entre las verjas de hierro gocen de su fragancia y hermosura. Finalmente, quiero decirte unos versos que se me han venido á la memoria, que los of en una comedia moderna, que me parece que hacen al propósito de lo que vamos tratando. Aconsejaba un prudente viejo à otro, padre de una doncella, que la recojiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo estas.

Es de vidrio la mujer;
pero no se ha de probar
si se puede ó no quebrar,
porque todo podria ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
à peligro de romperse
lo que no puede soldarse.
Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo,
que si hay Dánaes en el mundo,
hay pluvias de oro también.

Cuanto hasto aqui te he dieho, oh Anselmo, ha sido por lo que á ti te toca; y ahora es bien que se oiga algo de lo que à mi me conviene; y si fuere largo, perdóname, que todo lo requiere el laberínto donde te has entrado y de donde quieres que yo te saque. Tù me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad; y aún no sólo pretendes esto, sino que procuras que yo te la quite à ti. Que me la quieres quitar à mi, està claro, pues cuando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto está que me ha de tener por hombre sin honra y mal mirado, pues intento y hago una cosa tan fuera de aquello que, el ser quien soy, y tu amistad, me obliga. De que quieres que te la quite à ti, no bay duda, porque viendo Camila que yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liviandad que me dió atrevimiento A descubrirle mi mal desco, y teniêndose por deshonrada, te toca á ti como á cosa suya su misma deshonra; y de aqui nace lo que comunmente se platica, que si marido de la mujer adúltera, puesto que él no lo sepa ni haya dado ocasión para que su mujer no sea la que debe, ni haya sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, con todo, le llaman y le nombran con

nombre de vituperio y bajo: y en cierta manera le miran los que la maldad de «u mujer saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle con los ojos de lástima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera està en aquella desventura. Pero quiérote decir la causa porqué con justa razón es deshonrado el marido de la mujer mala, aunque él no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni baya sido parte ni dado ocasión para que ella lo sea: y no te canses de oirme, que todo ha de redundar en tu provecho. Cuando Dios crió à nuestro primero padre en el paraiso terrenal, dice la divina Escritura que infundió Dios sueño en Adán, y que estando durmiendo, le sacó una costilla del lado siniestro, de la cual formó à nuestra madre. Eva; y así como Adán desperto y la miró, dijo: Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos». Y Dios dijo: «Por ésta dejará el hombre à su padre y madre, y serán dos en una carne misma: y entonces fué instituido el divino sacramento del Matrimonio, con tales lazos, que sólo la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerza y virtud este milagroso sacramento, que bace que dos diferentes personas sean una misma carne; y aun hace mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas no tienen más de una voluntad; y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea una misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ò los defectos que se procuran, redundan en la carne del marido, aunque el no haya dado, como queda dicho, ocasión para aquel daño; porque asi como el dolor del pie ó de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa. Mira pues, oh Anselmo, al peligro que te pones en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive: mira por cuán vana é impertinente curiosidad quieres revolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa: advierte, que lo que aventuras à ganar es poco, y que lo que perderás será tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta à moverte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonra y desventura.



que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo.

Calló en diciendo esto el virtuoso y prudente Lotario, y Anselmo quedo tan confuso y pensativo, que por un buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin, le dijo:-Con la atención que has visto he escuchado. Lotario amigo, cuanto has querido decirme, y en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreción que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas; y ansimismo veo y confieso, que si no sigo tu parecer y me voy tras el mio, voy huyendo del bien y corriendo tras el mai. Prosupuesto esto, has de considerar que yo padezco ahora la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse; así que, es menester usar de algún artificio para que yo sane, y esto se podía hacer con facilidad, sólo con que comiences, aunque tibia y fingidamente, á solicitar à Camila, la cual no ha de ser tan tierna, que á los primeros encuentros dé con su honestidad por tierra; y con sólo este principio quedaré contento, y tu habrás cumplido con lo que debes á nuestra amistad, no solamente dándome la vida, sino persuadiéndome de no verme sin honra. Y estás obligado á hacer esto, por una razón sola; y es, que estando yo como estoy, determinado de poner en plática esta prueba, no has tú de consentir que yo dé cuenta de mi desatino á otra persona, con que pondria en aventura el honor que tú procuras que no pierda; y cuando el tuyo no esté en el punto que debe en la intención de Camila en tanto que la solicitares, importa poco ó nada, pues con brevedad, viendo (*) ella la entereza que esperamos, le podrás decir la pura verdad de nuestro artificio, con que volverá tu crédito al ser primero. Y pues tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar aventurandote, no lo dejes de hacer aunque más inconvenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho, con sólo que comiences, daré por concluida la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas ejemplos traerle, ni que más razones mostrarle para que no la siguiese, y viendo que le amenazaba que daria à otro cuenta de su mai deseo, por evitar mayor mal, determinó de contentarle y hacer lo que le pedia, con

^{(&#}x27;) Es indudable que aquí falta la palabra en, omitida en las ediciones de la época de Cervantes.



propósito é intención de guiar aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila, quedase Anselmo satisfecho; y asi le respondió que no comunicase su pensamiento con otro alguno, que él tomaba à su cargo aquella empresa, la cual comenzaria cuando á él le diese más gusto. Abrazóle Anselmo tierna y amorosamente, y agradecióle su ofrecimiento como si alguna grande merced le hubiera hecho; y quedaron de acuerdo entre los dos, que desde el otro dia siguiente se comenzase la obra, que él le daria lugar y tiempo como à sus solas pudiese hablar à Camila, y asimismo le daria dineros y joyas que daria y que ofreceria. Aconsejóle que le diese músicas, que escribiese versos en su alabanza, y que cuando él no quisiese tomar trabajo de hacerlos, él mismo los haria. A todo se ofreció Lotario, bien con diferente intención que Anselmo pensaba; y con este acuerdo se volvieron à casa de Anselmo, donde hallaron à Camila con ansia y cuidado esperando à su esposo, porque aquel dia tardaba en venir más de lo acostumbrado. Fuése Lotario á su casa, y Anselmo quedó en la suya tan contento, como Lotario fué pensativo, no sabiendo que traza dar para salir bien de aquel impertinente negocio; pero aquella noche pensó el modo que tendria para engañar à Anselmo sin ofender à Camila: y otro dia vino à comer con su amigo, y fué bien recebido de Camila, la cual le recebia y regalaba con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, levantaron los manteles, y Auselmo dijo à Lotario que se quedase allí con Camila en tanto que él iba à un negocio forzoso, que dentro de hora y media volvería. Rogôie Camila que no se fuese, y Lotario se ofreció à hacerle compañia; más nada aprovechó con Anselmo, antes importanó á Lotario que se quedase y le aguardase, porque tenia que tratar con él una cosa de mucha importancia. Dijo también à Camila, que no dejase solo à Lotario en tanto que él volviese. En efecto; él supo también fingir la necesidad ó necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuése Anselmo, y quedaron solos à la mesa Camila y Lotario, porque la demás gente de casa toda se había ido á comer. Vióse Lotario puesto en la estacada que su amigo deseaba, y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura á un escuadrón de caballeros armados. Mirad si era razón que le temiera Lotario; pero lo que hiso fué poner el codo sobre el brazo de la silla y la mano abierta en la mejilla; y pidiendo perdón à Camila del mal comedimiento, dijo



que queria reposar un poco en tanto que Anselmo volvía. Camila le respondió que mejor reposaria en el estrado que en la silla, y así le rogó se entrase á dormir en él. No quiso Lotario, y alli se quedó dormido hasta que volvió Anselmo, el cual como halló à Camila en su aposento y à Lotario durmiendo, creyó que como se había tardado tanto, ya habrian tenido los dos lugar para hablar y aún para dormir, y no vió la hora en que Lotario despertase, para volverse con él fuera y preguntarle de su ventura. Todo le sucedió como él quiso. Lotario despertó, y luogo salieron los dos de casa, y así le preguntó lo que deseaba, y le respondió Lotario que no le habia parecido ser bien que la primera vez se descubriese del todo, y así no había hecho otra cosa que alabar à Camila de hermosa, diciéndole que en toda la ciudad, no se trataba de otra cosa que de su hermosura y discreción; y que éste le había parecido buen principio para entrar ganando la voluntad, y disponiéndola à que otra vez le escuchase con gusto, usando en esto del artificio que el demonio usa cuando quiere engañar á alguno que está puesto en atalaya de mirar por si; que se transforma en ángel de luz, siéndolo él de tinieblas, y poniéndole delante apariencias buenas, al cabo descubre quién es y sale con su intención, si à los principlos no es descubierto su engaño. Todo esto le contentó mucho à Anselmo, y dijo que cada dia daria el mismo lugar, aunque no saliese de casa, porque en ella se ocuparia en cosas que Camila no pudiese venir en conocimiento de su artificio. Sucedió pues, que se pasaron muchos dias, que sin decir Lotario palabra à Camila, respondia à Anselmo que la habiaba y jamás podla sacar della una pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuese, ni aún dar una señal de sombra de esperanza, antes decia, que le amenazaba que si de aquel mal pensamiento no se quitaba, que lo habla de decir á su esposo.

—Bien está, dijo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila á las palabras; es menester ver como resiste à las obras; yo os daré mañana dos mil escudos de oro para que se los ofrezcais y aún se los déis, y otros tantos para que compréis joyas con qué cebarla, que las mujeres suelen ser aficionadas, y más si son hermosas, por más castas que sean, á esto de traerse bien y andar galanas; y si ella resiste à esta tentación, yo quedaré satisfecho, y no os daré más pesadumbre. Lotarlo respondió, que ya que había comenzado, que él llevaria hasta el fin aquella empresa, puesto que entendía

mur tria muniti " "menti " tri tia matili in come mi esertation is the market that the engineering progress and sufficient THE TENTON 1872 BESTS TO SHEETS DOTT OR TROOPS CONTRACTOR to tombre i in familia estada tan entreta a las finillesse y prothere cannot be the think there. I give the thinking the open of the MEN THE TOPTON TOTAL OF POST OF PRINTER OF PRINTER OF THE PRINTER. A METER THE AR THAN FRANK IN 1972 MARKER, PERSONS AND namento dejato algebro esse a Locard y à Camia como CREAR THE WILL ALL WE STREET, SE TO BE STREET, T DOOR BUT authorie to a invatura notifi a ranks y escuciondo in que The Contractable, which has been the media been. Letterie an rang garnere (ormalie e e a fahare e ell esteviere en winder in the contracts of the contract of antique in building AND THE ARE THE THEFTHE OF CAMINA, TOBO ON SCHOOL & MARKET a contra the activities and the said the appreciate y figuration is Derach abarte, ie prezabbli jak biseras babba y de que semple mera na fiancia a finitatio emperatio i se que percenha más durbe popiada en al le regiero, peride respondia un aspera y desarr dans etc. que so resdria ásimo para volver à decirle cora alguna (At. d.o At.-imo, Lotario, Lotario, y cuin mal correspondes à la que me debes y à la mucho que de ti confroi Ahora te ne estado mirando por el lugar que concede sa entrada desta l'ave, y he visto que no has dicho palabra A Camba, cor doude me dos à entender que aun las princeas le tienes par decir: v si esta es asi, como sin duda lo es, gpara qué me engahas, ó por qué quieres quitarme com ta undustria, los medios que so podría hallar para conseguir mi deseo? No dijo más Anselmo; pero bastó lo que había dicho, para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan à su cargo el contentalle y no mentille, cual lo veria si con curiosidad lo espiaba; cuanto más, que no se**ria menester usar de** ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose à la de un amigo suyo que estaba en una aldea no lejos de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enviase à liamar con muchas veras, para tener ocasión con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo, ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando



tu perdición. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote à peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su fiaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida, salud en la enfermedad, en la prisión libertad, en lo cerrado salida, y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quién jamás espero algún bien, con el cielo ha estatuido que pues lo imposible pido, lo posible aún no me dén.

Fuése otro día Anseimo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario á mirar por su casa y á comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como à su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y dijole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo hacia por no tener confianza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y vería por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansi lo haría, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro día vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento; la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese à solas, porque siempre andaba rodeada de sus criados y criadas, especialmente de una doncella suya ilamada Leonela, à



quien ella mucho queria, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila; y cuando se casó con Auselmo la trujo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba à comer con mucha priesa, porque asi se lo tenia mandado Camila; y aun tenia orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lagar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antes los dejaba sólos, como si aquello le hubieran mandado; más la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno 🛦 🜬 lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba. el pensamiento discurria, y tenía lugar de contemplar parte por parte, todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar à una estátua de marmol, nó que un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digua era de ser amada; y esta consideración, comenzó poco 🛦 poco 🏝 dar asalto a los respectos que à Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le væse à él, ni él viese à Camila; más ya le hacia impedimento y detenia, el gusto que hallaba en mirarla. Haciasa fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba à mirar à Camila; culpàbase à solas de su desatino; liamábase mal amigo y aún mal cristiano; hacia discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más había sido la locura y conflanza de Anselmo, que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le habia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar à otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres días de la ausencia de Auselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir á sus descos, comenzó à requebrar à Camila, con tanta turbación y con tan amorosas rasonea, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levan-



tarse de donde estaba y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna; más no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en más à Camila, la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabla que hacerse, y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar à que otra vez la hablase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, à un criado suyo con un billete à Anselmo, donde le escribió estas razones:

CAPÍTULO XXXIV

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

Así como suele decirse que parece mal el ejército sin su general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando justisimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me habré de ir à entretener en casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra; porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, creo que mira más por su gusto que por lo que à vos os toca; y pues sois discreto, no tengo más que deciros, ni aun es bien que más os diga.»

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario habia ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él deseaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió à Camila de palabra, que no hi iese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volvería con mucha brevedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero, porque ni se atrevia à estar en su casa, ni menos irse à la de sus padres, porque en la quedada corría peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estavo peor, que fué en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir á sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió à su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido à no guardalle el decoro que debia. Pero fiada en su bondad, se fió en Dios y en su buen pensamiento,

con que pensaba resistir callando à todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta á su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar à Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasión que le había movido à escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro dia escuchando à Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó á titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasión, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendia. Finalmente à él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco à aquella fortaleza; y así acometió à su pretensión con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulación.

En efecto; él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lloró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino à triunfar de lo que menos se pensaba y más deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; ¿pero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner á brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Sólo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir à Camil**a la preten** sión de Anselmo, ni que él le había dado lugar para llegar 🛦 aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que asi acaso, y sin pensar y no de propósito, la habia solicitado. Volvió de alli á pocos días Anselmo á su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella; que era lo que en menos tenía y más estimaba. Fuése luego á ver á Lotario, y hallóle en su casa; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. — Las nuevas que te podré dar, oh amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y

corona de todas las mujeres buenas. Las palabras que le he dicho se las ha llevado el aire, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dádivas no se han admitido, de algunas lágrimas fingidas mias, se ha hecho burla notable. En resolución, así como Camila es cifra de toda belleza, es archivo donde asiste la honestidad, y vive el comedimiento y el recato, y todas las virtudes que pueden hacer loable y bien afortunada á una honrada mujer. Vuelve á tomar tus dineros, amigo, que aqui los tengo sin haber tenido necesidad de tocar á ellos, que la entereza de Camila no se rinde á cosas tan bajas como son dádivas ni promesas. Conténtate, Anselmo, y no quieras hacer más pruebas de las hechas, y pues á pié enjuto has pasado el mar de las dificultades y sospechas que de las mujeres suelen y pueden tenerse, no quieras entrar de nuevo en el profundo piélago de nuevos inconvenientes, ni quieras hacer experiencia, con otro piloto, de la bondad y fortaleza del navio que el cielo te dió en suerte para que en él pasases la mar deste mundo; sino haz cuenta que estás ya en seguro puerto, y aférrate con las ancoras de la buena consideración, y déjate estar hasta que te vengan á pedir la deuda, que no hay hidalguía humana que de pagarla se excuse. Contentisimo quedó Anselmo de las razones de Lotario, y así se las creyó, como si fueran dichas por algún oráculo; pero con todo eso le rogó que no dejase la empresa aunque no fuese más de por curiosidad y entretenimiento, aunque no se aprovechase de allí adelante de tan ahincadas diligencias como hasta entonces; y que sólo quería que le escribiese algunos versos en su alabanza, debajo del nombre de Clori, porque él le daria á entender á Camila, que andaba enamorado de una dama à quien le había puesto aquel nombre por poder celebrarla con el decoro que à su honestidad se le debia; y que cuando Lotario no quisiera tomar trabajo de escribir los versos, que él los haria. — No será menester eso, dijo Lotario, pues no me son tan enemigas las musas que algunos ratos del año no me visiten: dile tú à Camila lo que has dicho del fingimiento de mis amores, que los versos yo los haré, y si no tan buenos como el sujeto merece, serán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Lotario (*) à su casa preguntó à Camila lo que ella ya se maravillaba

^(·) Error evidente de copia en el original de las primeras ediciones. Debe leerse Anselmo en lugar de Lotario.

que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasión porque le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada y creia que habia sido imaginación suya, porque ya Lotario huia de vella, y de estar con ella à solas. Dijole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, à quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho á Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; más por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. — Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algún amante los 🛦 su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobio hace à su buen crédito: pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto à la ingratitud desta Clori, que dice asi:

SONETO

En el silencio de la noche, cuando ocupa el dulce sueño á los mortales, la pobre cuenta de mis ricos males estoy al cielo y á mi Clori dando.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando por las rosadas puertas orientales, con suspiros y acentos desiguales voy la antigua querella renovando.

Y cuando el sol de su estrellado asiento derechos rayos á la tierra envía, el llanto crece, y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento, y siempre hallo en mi mortal porfia al cielo sordo, à Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto à Camila; pero mejor à Anselmo, pues le alabó, y dijo qué era demasiadamente cruel la dama que à tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila. — ¿Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad?— En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario, más en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. — No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y asi con el gusto que de sus cosas tenía, y más teniendo por entendido que sus deseos y escritos à ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia, los dijese. — Si sé, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir menos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO

Yo sé que muero, y si no soy creido, es más cierto el morir, como es más cierto verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto, antes que de adorarte arrepentido.

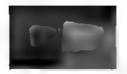
Podré yo verme en la región de olvido, de vida y gloria y de favor desierto, y alli verse podrá en mi pecho abierto como tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro trance que me amenaza mi porfia, que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro, por mar no usado y peligrosa via, à donde norte ó puerto no se ofrece!

También alabó este segundo soneto Anselmo, como había hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabón á eslabón á la cadena con que se enlazaba y trataba su deshonra, pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba más honrado: y con esto todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio, los subia en la opinión de su marido hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: — Corrida estoy,

salir della cansado y vencido. Otro día recibió los cuatro mil escudos, y con ellos cuatro mil confusiones, porque no sabía qué decirse para mentir de nuevo; pero en efecto determinó de decirle, que Camila estaba tan entera á las dádivas y promesas como á las palabras, y que no había para qué cansarse más, porque todo el tiempo se gastaba en balde. Pero la suerte, que las cosas guiaba de otra manera, ordenó que habiendo dejado Anselmo solos á Lotario y á Camila como otras veces solia, él se encerró en un aposento, y por los agujeros de la cerradura estuvo mirando y escuchando lo que los dos trataban, y vió que, en más de media hora, Lotario no habló palabra à Camila, ni se la hablara si alli estuviera un siglo, y cayó en la cuenta de que cuanto su amigo le había dicho de las respuestas de Camila, todo era ficción y mentira; y para ver si esto era ansi, salió del aposento, y llamando à Lotario aparte, le preguntó qué nuevas había y de que temple estaba Camila. Lotario respondió que no pensaba más darle puntada en aquel negocio, porque respondía tan áspera y desabridamente, que no tendría ánimo para volver á decirlo cosa alguna. ¡Ah, dijo Anselmo, Lotario, Lotario, y cuan mal correspondes à lo que me debes y à lo mucho que de ti confio! Ahora te he estado mirando por el lugar que concede la entrada desta llave, y he visto que no has dicho palabra à Camila, por donde me doy à entender que aun las primeras le tienes por decir; y si esto es asi, como sin duda lo es, zpara qué me engañas, ó por qué quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podría hallar para conseguir mi deseo? No dijo más Anselmo; pero bastó lo que había dicho, para dejar corrido y confuso á Lotario, el cual casi como tomando por punto de honra el haber sido hallado en mentira, juró á Anselmo que desde aquel momento tomaba tan à su cargo el contentalle y no mentille, cual lo vería si con curiosidad lo espiaba; cuanto más, que no sería menester usar de ninguna diligencia, porque la que él pensaba poner en satisfacelle le quitaria de toda sospecha. Creyóle Anselmo, y para dalle comodidad más segura y menos sobresaltada, determinó de hacer ausencia de su casa por ocho dias, yéndose à la de un amigo suyo que estaba en una aldea no lejos de la ciudad; con el cual amigo concertó que le enviase à llamar con muchas veras, para tener ocasión con Camila de su partida. Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo, ¿qué es lo que haces? ¿qué es lo que trazas? ¿qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando



tu perdición. Buena es tu esposa Camila, quieta y sosegadamente la posees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tú eres su cielo en la tierra, el bianco de sus descos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo; pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningun trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniêndote à peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su fiaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta diciendo:

Busco en la muerte la vida, salud en la enfermedad, en la prisión libertad, en lo cerrado salida, y en el traidor lealtad.

Pero mi suerte, de quién jamás espero algún bien, con el cielo ha estatuido que pues lo imposible pido, lo posible aún no me dén.

Fuése otro día Anselmo á la aldea, dejando dicho á Camila que el tiempo que él estuviese ausente, vendria Lotario å mirar por su casa y å comer con ella; que tuviese cuidado de tratalle como à su misma persona. Afligióse Camila, como mujer discreta y honrada, de la orden que su marido le dejaba, y díjole que advirtiese que no estaba bien que nadie, él ausente, ocupase la silla de su mesa; y que si lo bacia por no tener conflanza que ella sabria gobernar su casa, que probase por aquella vez, y verla por experiencia como para mayores cuidados era bastante. Anselmo le replicó que aquel era su gusto, y que no tenía más que hacer que bajar la cabeza y obedecelle. Camila dijo que ansi lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro dia vino á su casa Lotario, donde fué recebido de Camila con amoroso y honesto acogimiento: la cual jamás se puso en parte donde Lotario la viese 🛦 solas, porque siempre andaba rodeada de aus criados y criadas, especialmente de una doncella suya liamada Leonela, à

quien ella mucho quería, por haberse criado desde niñas las dos juntas en casa de los padres de Camila; y cuando se casó con Auselmo la trujo consigo. En los tres días primeros nunca Lotario le dijo nada, aunque pudiera, cuando se levantaban los manteles y la gente se iba á comer con mucha priesa, porque asi se lo tenía mandado Camila; y aun tenía orden Leonela que comiese primero que Camila, y que de su lado jamás se quitase; mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiento, y habia menester aquellas horas y aquel lugar para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas veces el mandamiento de su señora, antas los dejaba sólos, como si aquello le hubieran mandado; más la honesta presencia de Camila, la gravedad de su rostro, la compostura de su persona era tanta, que ponia freno & la lengua de Lotario; pero el provecho que las muchas virtudes de Camila hicieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario. redundó más en daño de los dos, porque si la lengua callaba el pensamiento discurria, y tenía lugar de contemplar parte por parte, todos los extremos de bondad y de hermosura que Camila tenia, bastantes á enamorar á una estátua de marmol. nó que un corazón de carne. Mirábala Lotario en el lugar y espacio que había de hablarla, y consideraba cuán digna era de ser amada; y esta consideración, comenzó poco á poco á dar asalto à los respectos que à Anselmo tenia, y mil veces quiso ausentarse de la ciudad, y irse donde jamás Anselmo le viese à él, ni él viese à Camila; más ya le hacia impedimento y detenia, el gusto que hallaba en mirarla. Haciase fuerza y peleaba consigo mismo por desechar y no sentir el contento que le llevaba á mirar á Camila; culpábase á solas de su desatino; llamábase mal amigo y aun mal cristiano; hacía discursos y comparaciones entre él y Anselmo, y todos paraban en decir que más había sido la locura y confianza de Anselmo, que su poca fidelidad, y que si así tuviera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaba hacer, que no temiera pena por su culpa. En efecto, la hermosura y la bondad de Camila, juntamente con la ocasión que el ignorante marido le había puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra; y sin mirar á otra cosa que aquella á que su gusto le inclinaba, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los cuales estuvo en continua batalla por resistir à sus deseos, comenzó à requebrar á Camila, con tanta turbación y con tan amorosas razones, que Camila quedó suspensa, y no hizo otra cosa que levan-



tarse de donde estaba y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna; más no por esta sequedad se desmayó en Lotario la esperanza que siempre nace juntamente con el amor; antes tuvo en más à Camila, la cual, habiendo visto en Lotario lo que jamás pensara, no sabía que hacerse, y pareciéndole no ser cosa segura ni bien hecha darle ocasión ni lugar à que otra vez la habiase, determinó de enviar aquella misma noche, como lo hizo, à un criado suyo con un billete à Anselmo, donde le escribió estas razones:

CAPÍTULO XXXIV

DONDE SE PROSIGUE LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE

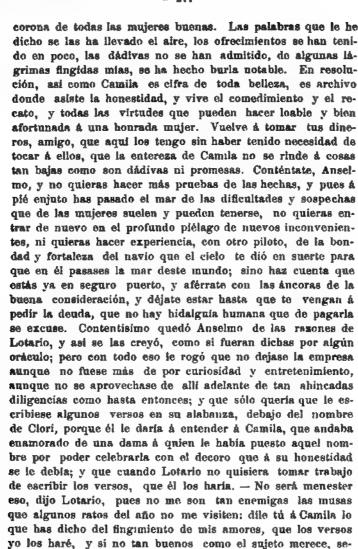
« Asi como suele decirse que parece mal el ejército sin su « general y el castillo sin su castellano, digo yo que parece « muy peor la mujer casada y moza sin su marido, cuando « justisimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal « sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausen- « cia, que si presto no venís, me habré de ir à entretener en « casa de mis padres, aunque deje sin guarda la vuestra; » porque la que me dejastes, si es que quedó con tal título, « creo que mira más por su gusto que por lo que à vos os « toca; y pues sois discreto, no tengo más que deciros, ni « aun es bien que más os diga.»

Esta carta recibió Anselmo, y entendió por ella que Lotario había ya comenzado la empresa, y que Camila debia de haber respondido como él descaba; y alegre sobremanera de tales nuevas, respondió á Camila de palabra, que no hi iese mudamiento de su casa en modo ninguno, porque él volveria con mucha brevedad. Admirada quedo Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en más confusión que primero, porque ni se atrevia à estar en su casa, ni menos irse à la de sus padres, porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la ida iba contra el mandamiento de su esposo. En fin, se resolvió en lo que le estavo peor, que fué en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que decir à sus criados; y ya le pesaba de haber escrito lo que escribió à su esposo, temerosa de que no pensase que Lotario había visto en ella alguna desenvoltura, que le hubiese movido à no guardalle el decoro que debia. Pero flada en su bondad, se fió en Díos y en su buen pensamiento,



con que pensaba resistir callando à todo aquello que Lotario decirle quisiese, sin dar más cuenta à su marido, por no ponerle en alguna pendencia y trabajo; y aun andaba buscando manera como disculpar á Lotario con Anselmo, cuando le preguntase la ocasión que le había movido à escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, más honrados que acertados ni provechosos, estuvo otro día escuchando à Lotario, el cual cargó la mano de manera, que comenzó à titubear la firmesa de Camila, y su honestidad tuvo harto que hacer en acudir á los ojos, para que no diesen muestras de alguna amorosa compasión, que las lágrimas y las razones de Lotario en su pecho habian despertado. Todo esto notaba Lotario, y todo le encendía. Finalmente à él le pareció que era menester en el espacio y lugar que daba la ausencia de Anselmo, apretar el cerco à aquella fortaleza; y así acometió à su pretensión con las alabanzas de su hermosura, porque no hay cosa que más presto rinda y allane las encastilladas torres de la vanidad de las hermosas, que la misma vanidad puesta en las lenguas de la adulación.

En efecto; él con toda diligencia minó la roca de su entereza con tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronce, viniera al suelo. Lioró, rogó, ofreció, aduló, porfió y fingió Lotario con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dió al través con el recato de Camila, y vino á triunfar de lo que menos se pensaba y más deseaba. Rindióse Camila, Camila se rindió; spero qué mucho si la amistad de Lotario no quedó en pie? Ejemplo claro que nos muestra que solo se vence la pasión amorosa con huilla, y que nadie se ha de poner A brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la fiaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir los dos malos amigos y nuevos amantes. No quiso Lotario decir á Camila la pretensión de Auselmo, ni que él le había dado lugar para llegar 4 aquel punto, porque no tuviese en menos su amor, y pensase que ast acaso, y sin pensar y no de propósito, la habia solicitado. Volvió de alli á pocos días Anselmo à su casa, y no echó de ver lo que faltaba en ella; que era lo que en menos tenia y más estimaba. Fuése luego a ver a Lotario, y hallôle en su casa; abrazáronse los dos, y el uno preguntó por las nuevas de su vida ó de su muerte. - Las nuevas que te podré dar, oh amigo Anselmo, dijo Lotario, son de que tienes una mujer que dignamente puede ser ejemplo y



rán por lo menos los mejores que yo pudiere. Quedaron deste acuerdo el impertinente y el traidor amigo; y vuelto Lotario (*) á su casa preguntó á Camila lo que ella ya se maraviliaba

^(*) Error evidente de copia en el original de las primeras ediciones. Debe lecres Anselmo en lugar de Lotario.

que no se lo hubiese preguntado, que fué que le dijese la ocasión porque le había escrito el papel que le envió. Camila le respondió, que le había parecido que Lotario la miraba un poco más desenvueltamente que cuando él estaba en casa, pero que ya estaba desengañada y creia que habia sido imaginación suya, porque ya Lotario huia de vella, y de estar con ella à solas. Dijole Anselmo que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque él sabia que Lotario andaba enamorado de una doncella principal de la ciudad, à quien él celebraba debajo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuviera, no había que temer de la verdad de Lotario y de la mucha amistad de entrambos; y á no estar avisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que él se lo habia dicho à Anselmo por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanzas de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los celos; más por estar ya advertida, pasó aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo á Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto á su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia decir lo que quisiese. — Aunque la conociera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque cuando algún amante loa 🛦 su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobio hace à su buen crédito: pero sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto á la ingratitud desta Clori, que dice asi:

SONETO

En el silencio de la noche, cuando ocupa el dulce sueño à los mortales, la pobre cuenta de mis ricos males estoy al cielo y à mi Clori dando.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando por las rosadas puertas orientales, con suspiros y acentos desiguales voy la antigua querella renovando.

Y cuando el sol de su estrellado asiento derechos rayos à la tierra envia, el llanto crece, y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento, y siempre hallo en mi mortal porfia al cielo sordo, à Clori sin oidos.

Bien le pareció el soneto à Camila; pero mejor à Anselmo, pues le alabó, y dijo qué era demasiadamente cruel la dama que à tan claras verdades no correspondia. A lo que dijo Camila. — ¿Luego todo aquello que los poetas enamorados dicen, es verdad?— En cuanto poetas, no la dicen, respondió Lotario, más en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos. — No hay duda deso, replicó Anselmo, todo por apoyar y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuidada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario; y asi con el gusto que de sus cosas tenia, y más teniendo por entendido que sus descos y escritos à ella se encaminaban, y que ella era la verdadera Clori, le rogó que si otro soneto ó otros versos sabia, los dijese. — Si sé, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, ó por mejor decir menos malo, y podréislo bien juzgar, pues es este:

SONETO

Yo sé que muero, y si no soy creido, es más cierto el morir, como es más cierto verme á tus piés, ó bella ingrata, muerto, antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región de olvido, de vida y gloria y de favor desierto, y allí verse podrá en mi pecho abierto como tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro trance que me amenaza mi porfia, que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo escuro, por mar no usado y peligrosa via, à donde norte ó puerto no se ofrece!

También alabó este segundo soneto Anselmo, como había hecho el primero, y desta manera iba añadiendo eslabón á eslabón á la cadena con que se enlazaba y trataba su deshonra, pues cuando más Lotario le deshonraba, entonces le decia que estaba más honrado: y con esto todos los escalones que Camila bajaba hacia el centro de su menosprecio, los subía en la opinión de su marido hacia la cumbre de la virtud y de su buena fama. Sucedió en esto, que hallándose una vez entre otras sola Camila con su doncella, le dijo: — Corrida estoy,

amiga Leonela, de ver en cuan poco he sabido estimarme, pues siquiera no hice que con el tiempo comprara Lotario la entera posesión que le di tan presto de mi voluntad. Temo que ha de desestimar mi presteza ó ligereza, sin que eche de ver la fuerza que él me hizo para no poder resistirle.—No te dé pena eso, señora mía, respondió Leonela, que no está la monta ni es causa para menguar la estimación darse lo que se dá presto, si en efecto lo que se da es bueno y ello por si digno de estimarse; y aún suele decirse que el que luego da, da dos ves. — También se suele decir, dijo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. — No corre por ti esa razón, respondió Leonela, porque el amor, según he oido decir. unas veces vuela y otras anda, con éste corre y con aquel va despacio, à unos entibia y à otros abrasa, à unos hiere y & otros mata; en un mismo punto comienza la carrera de sus descos, y en aquel mismo punto la acaba y concluye; por la mañana suele poner el cerco á una fortaleza, y á la noche la tiene rendida, porque no hay fuerza que le resista. Y siendo así ¿de qué te espantas, ó de qué temes, si lo mismo debe de haber acontecido à Lotario, habiendo tomado el amor por instrumento de rendiros, la ausencia de mi señor? Y era forzoso que en ella se concluyese lo que el amor tenía determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuviese de volver, y con su presencia quedase imperfecta la obra; porque el amor no tiene otro mejor ministro para ejecutar lo que desea, que es la ocasión: de la ocasión se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto sé yo muy bien más de experiencias que de oidas, y algún dia te lo diré, señora, que yo también soy de carne y de sangre moza: cuánto más, señora Camila, que no te entregaste ni diste tan luego, que primero no hubieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones y en las promesas y dádivas de Lotario, toda su alma, viendo en ella y en sus virtudes cuán digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi. no te asalten la imaginación esos escropulosos y melindrosos pensamientos, sino asegúrate que Lotario te estima como tú le estimas à él; y vive con contento y satisfación de que ya que caiste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor y de estima; y que no sólo tiene las cuatro SS que dicen que han de tener los buenos enamorados, sino todo un A B C entero: sino escúchame, y verás como te lo digo de coro. Él es, según yo veo y á mí me parece, «agradecido, bueno, caballero, dadivoso, enamorado, firme, gallardo, honrado, ilus-





tre, leal, moso, goble, onesto, principal, quanticeo, rico, y las SS que dicen, y luego «tácito, verdadero»: la X no le cuadra, porque es letra aspera; la Y ya está dicha: la Z -zeladors de tu honras. Rióse Camila del A B C de su doncella, y túvola por más prática en las cosas de amor que ella decia; y así lo confesó ella, descubriendo à Camila cómo trataba amores con un mancebo bien nacido, de la misma ciudad, de lo cual se turbó Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apurola si pasaban sus pláticas a más que serlo. Ella con poca vergüenza y mucha desenvoltura, le respondió que si pasaban; porque es cosa ya cierta, que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza à las criadas, las cuales cuando ven à las amas echar traspiés: no se les da nada à ellas de cojear, n' de que lo sepan. No pudo hacer otra cosa Camila, sino rogar à Leoneia no dijese nada de su hecho al que decia ser su amante, y que tratase sus cosas con secreto, porque no viniesen à noticia de Anselmo ni de Lotario. Leonela respondió que así lo haria; más cumpliólo de manera, que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella había de perder su crédito: porque la deshonesta y atrevida Leonela, después que vió que el proceder de su ama no era el que solla, atrevióse á entrar y poner dentro de casa á su amante, confiada que aunque su señora le viese, no había de osar descubrille: que este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras, que se bacen esclavas de sus mismas criadas; y se obligan à encubrirles sus deshonestidades y vilezas, como aconteció con Camila, que aunque vió una y muchas veces que su Leonela estaba con su galán en un aposento de su casa, no sólo no la osaba refiir, más dábale lugar à que lo encerrase, y quitábale todos los estorbos para que no fuese visto de su marido. Pero no los pudo quitar que Lotario no le viese una vez salir al romper del alba: el cual sin conocer quién era, pensó primero que debla de ser alguna fantasma: más cuando le vió caminar, embozarse y encubrirse con cuidado y recato, cayó de su simple pensamiento, y dió en otro, que fuera la perdición de todos, si Camila no lo remediara. Pensó Lotario que aquel hombre que habia visto salir tan à deshora de casa de Anselmo, no había entrado en ella por Leonela, ni aun se acordó si Leonela era en el mundo: sólo creyó que Camila, de la misma manera que habia sido fácil y ligera con él, lo era para otro: que estas afiadiduras trae consigo la maldad de la mujer mala, que pierde el crédito de su honra, con el mis-

mo a quien se entrego rogada y persuadida; y cree que con mayor facilidad se entrega à otros, y da infalible crédito à cualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece sino que le faltó á Lotario, en este punto, todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus advertidos discursos; pues sin hacer alguno que bueno fuese, ni aun razonable, sin más ni más, antes que Anselmo se levantase, impaciente y ciego de la celosa rabia que las entrañas le roia, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le había ofendido, se fué à Anselmo, y le dijo: —Sábete, Anselmo, que ha muchos días que he andado peleando conmigo mismo, haciéndome fuerza à no decirte lo que ya no es posible ni justo que más te encubra. Sábete que la fortalesa de Camila está ya rendida y sujeta á todo aquello que yo quisiera hacer della; y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algún liviano antojo suyo, ó si lo hacía por probarme y ver si eran con propósito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Crei ansimismo que ella, si fuera la que debia y la que entrambos pensábamos, ya te hubiera dado cuenta de mi solicitud; pero habiendo visto que se tarda, conozco que son verdaderas las promesas que me ha dado de que cuando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablará en la recamara donde está el repuesto de tus alhajas (y era la verdad que alli le solia hablar Camila): y no quiero que precipitosamente corras à hacer alguna venganza, pues no está aún cometido el pecado sino con pensamiento, y podría ser, que deste, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudase el de Camila, y naciese en su lugar el arrepentimiento: y así, ya que en todo ó en parte has seguido siempre mis consejos, sigue y guarda uno que ahora te diré, para que sin engaño y con medroso advertimiento te satisfagas de aquello que más vieres que te convenga. Finge que te ausentas por dos ó tres días, como otras veces sueles, y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapices que allí hay, y otras cosas con que te puedas encubrir, ofrecen mucha comodidad, y entonces verás por tus mismos ojos y yo por los mios, lo que Camila quiere; y si fuere la maldad, que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad y discreción podrás ser el verdugo de tu agravio. Absorto, suspenso y admirado quedó Anselmo con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo donde menos las esperaba oir, porque ya tenia à Camila por vencedora de los fingidos asaltos de Lotario, y



comenzaba à gozar la gloria del vencimiento. Callando estuvo por un buen espacio, mirando al suelo sin mover pestaña, y al cabo dijo:-Tú lo has hecho, Lotario, como yo esperaba de tu amistad; en todo he de seguir tu consejo, has lo que quisieres, y guarda aquel secreto que ves que conviene en caso tan no pensado. Prometióselo Lotario, y en apartándose del, se arrepintió totalmente de cuanto le habia dicho, viendo cuán neciamente había andado, pues pudiera el vengarse de Camila y no por camino tan cruel y tan deshonrado. Maidecia su entendimiento, afeaba su ligera determinación, y no sabla qué medio tomarse para deshacer lo hecho ó para dalle alguna razonable salida. Al fin acordó de dar cuenta de todo à Camila; y como no faltaba lugar para poderlo hacer, aquel mismo dia la halló sola, y ella así como vió que le podia hablar, le dijo: -Sabed, amigo Lotario, que tengo una pena en el corazón, que me le aprieta de suerte que parecé que quiere reventar en el pecho, y ha de ser maravilla si no lo hace, pues ha llegado la desvergüenza de Leonela à tanto, que cada noche encierra à un galàn auyo en esta casa, y se está con él hasta el día, tan á costa de mi crédito, cuanto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere salir à horas tan inusitadas de mi casa; y lo que me fatiga es, que no : la puedo castigar ni renir, que el ser ella, secretario de nuestros tratos, me ha puesto un freno en la boca para callar ios suyos, y temo que de aqui ha de nacer algún mal suceso. Al principio que Camila esto decia, creyó Lotario que era artificio para desmentille que el hombre que había visto salir era de Leonela y no suyo; pero viéndola llorar y aflijirse y pedirle remedio, vino à creer la verdad, y en creyéndola acabó de estar confuso y arrepentido del todo: pero con todo esto respondió à Camila que no tuviese pena, que él ordenaria remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dijole asimismo lo que instigado de la furiosa rábia de los celos habia dicho à Anselmo, y como estaba concertado de esconderse en la recămara para ver desde alli, à la clara, la poca lealtad que ella le guardaba: pidiole perdón desta locura, y consejo para poder remedialla y salir bien de tan revuelto laberinto como su mal discurso le habia puesto. Espantada quedó Camila de oir lo que Lotario le decla, y con mucho enojo, y muchas y discretas razones, le riñó y afeó su mal pensamiento y la simple y mala determinación que había tenido; pero como naturalmente tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mai, más que el varón, puesto que le va faltando

cuando de propósito se pone á hacer discursos, luego al instante halló Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio; y dijo á Lotario, que procurase que otro dla se escondiese Anselmo donde decía, porque ella pensaba sacar de su escondimiento comodidad para que desde alli en adelante los dos se gozasen sin sobresalto alguno; y sin declararle del todo su pensamiento, le advirtió que tuviese cuidado, que en estando Anselmo escondido, él viniese cuando Leonela le llamase; y que á cuanto ella le dijese, le respondiese como respondiera aunque no supiera que Anselmo le escuchaba. Porfió Lotario que le acabase de declarar su intención, porque con más seguridad y aviso guardase todo lo que viese ser necesario.—Digo, dijo Camila, que no hay más que aguardar, si no fuere responderme como yo os preguntare, no queriendo Camila darle antes cuenta de lo que pensaba hacer, temerosa que no quisiese seguir el parecer que & ella tan bueno le parecia, y siguiese ó buscase otros que no podrian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia, con la excusa de ir à aquella aldea de su amigo, se partió y volvió à esconderse, que lo pudo hacer con comodidad, porque de industria se la dieron Camila y Leonela. Escondido pues Anselmo con aquel sobresalto que se puede imaginar que tendría el que esperaba ver por sus ojos hacer notomia de las entrañas de su honra, ibase á pique de perder el sumo bien que él pensaba que tenia en su querida Camila. Seguras ya y ciertas Camila y Leonela que Anselmo estaba escondido, entraron en la recamara, y apenas hubo puesto los piés en ella Camila, cuando dando un grande suspiro dijo: -¡Ay Leonela amiga! ¿no sería mejor que antes que llegase & poner en ejecución lo que no quiero que sepas, porque no procures estorbarlo, que tomases la daga de Anselmo que te he pedido y pasases con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razón que yo lleve la pena de la ajena culpa. Primero quiero saber qué es lo que vieron en mi, los atrevidos y deshonestos ojos de Lotario, que fuese causa de darle atrevimiento à descubrirme un tan mal deseo, como es el que me ha descubierto en desprecio de su amigo y en deshonra mia. Ponte, Leonela, á esa ventana, y llámale, que sin duda alguna él debe de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intención; pero primero se pondrá la cruel cuanto honrada mia. —¡Ay señora mia! respondió la sagaz y advertida Leonela, ¿y qué es lo que quieres hacer con esta daga? ¿Quieres por ventura quitarte la



vida, ó quitársela á Lotario? que cualquiera destas cosas que quieras, ha de redundar en pérdida de tu crédito y fama. Mejor es que disimules tu agravio, y no des lugar à que este mal hombre entre ahora en esta casa y nos halle solas; mira, señora, que somos flacas mujeres, y el es hombre y determinado; y como viene con aquel mal propósito ciego y apasionado; quiza antes que tu pongas en ejecución el tuyo, hara él lo que te estaria más mal que quitarte la vida. Mal haya mi señor Anselmo, que tanta mano ha querido dar á este desuellacaras en su casa; y ya, señora, que le mates, como yo pienso que quieres hacer, ¿qué hemos de hacer del después de muerto? -¿Qué, amiga? respondió Camila: dejarémosle para que Anselmo le entierre, pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debajo de la tierra su misma infamia. Llámale, acaba, que todo el tiempo que tardo en tomar la debida venganza de mi agravio, parece que ofendo à la lealtad que à mi esposo debo. Todo esto escuchaba Anseimo, y á cada palabra que Camila decia se le mudaban los pensamientos; más cuando entendió que estaba resuelta en matar à Lotario, quiso salir y descubrirse, porque tal cosa no se hiclese; pero detúvole el deseo de ver en qué paraba tanta gallardía y honesta resolución, con propósito de salir à tiempo que la estorbase. Tomble en este à Camila un fuerte desmayo, y arrojándose encima de una cama que alli estaba, comenzó Leonela à llorar muy amargamente, y á decir:-:Ay desdichada de mi, si fuese tan sin ventura que se me muriese aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo, la corona de las buenas mujeres, el ejemplo de la castidadi con otras cosas á estas semejantes, que ninguno la escuchara que no la tuviera por la más lastimada y leal doncella del mundo, y á su señora por otra nueva y perseguida Penélope. Poco tardó en volver de su desmayo Camila, y al volver en sí, díjo:-¿Por qué no vas, Leonela á llamar al más desleal amigo de amigo que vió el sol ó cubrió la noche? Acaba, corre, aguija, camina, no se desfogue con la tardanza el fuego de la cólera que tengo, y se pase en amenazas la justa venganza que espero.—Ya voy á liamarle, señora mia, dijo Leonela; más hasme de dar primero esa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dejes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. -Vé segura, Leonela amiga, que no haré, respondió Camila, porque ya que sea atrevida y simple á tu parecer en volver por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de

quien dicen que se mató sin haber cometido error alguno, y sin haber muerto primero à quien tuvo la causa de su desgracia; yo moriré, si muero, pero ha de ser vengada y satisfecha del que me ha dado ocasión de venir à este lugar à llorar sus atrevimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliese á llamar á Lotario; pero en fin salió, y entretanto que volvía, quedó Camila diciendo, como que hablaba consigo mismo: -¡Válame Dios! zno fuera más acertado haber despedido á Lotario, como otras muchas veces lo he hecho, que no ponerle en condición, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesta y mala, siquiera este tiempo que he de tardar en desengañarle? Mejor fuera sin duda, pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan á manos lavadas y tan á paso llano se volviera á salir de donde sus malos pensamientos le entraron: pague el traidor con la vida, lo que intentó con tan lascivo deseo: sepa el mundo (si acaso llegare á saberlo) de que Camila no sólo guardó la lealtad á su esposo, sino que le dió venganza del que se atrevió à ofendello. Más con todo, creo que fuera mejor dar cuenta desto á Anselmo; pero ya se la apunté à dar en la carta que le escribi al aldea, y creo que el no acudir él al remedio del daño que alli le señalé, debió de ser que, de puro bueno y confiado, no quiso ni pudo creer que en el pecho de su tan firme amigo pudiese caber género de pensamiento que contra su honra fuese; ni aún yo lo crei después por muchos días, ni lo creyera jamás, si su insolencia no llegara à tanto, que las manifiestas dádivas y las largas promesas y las continuas lágrimas no me lo manifestaran. Más ¿para qué hago yo ahora estos discursos? ¿Tiene por ventura una resolución gallarda, necesidad de consejo alguno? no por cierto. Afuera pues, traidores; aqui, venganzas: entre el falso, venga, llegue, muera, y acabe y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dió por mío, limpia he de salir dél, y cuando mucho, saldré banada en mi casta sangre, y en la impura del más falso amigo que vió la amistad en el mundo; y diciendo esto se pascaba por la sala con la daga desenvainada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era mujer delicada, sino un rufián desesperado.

Todo lo mirababa Anselmo cubierto detrás de unos tapices donde se había escondido, y de todo se admiraba, ya le pareciera que lo que había visto y oido era bastante satisfa-



ción para mayores sospechas: y ya quisiera la prueba de venir Lotario, aun que temeroso de algún mal repentino suceso. Y estando ya para manifestarse, y salir para abrazar y desengañar à su esposa, se detuvo porque vió que Leoneia volvia con Lotario de la mano; y así como Camila le vió, haciendo con la daga en el suelo una gran raya delante della, le dijo: - Lotario, advierte lo que te digo: si à dicha te atrevieres à pasar desta raya que ves, ni aun llegar à ella, en el punto que viere que lo intentas, en ese mismo me pasaré el pecho con esta daga que en las manos tengo: y antes que á esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que después responderás lo que más te agradare. Lo primero quiero, Lotario, que me digas si conoces à Anselmo mi marido, y en que opinión le tienes; y lo segundo quiero saber también si me conoces à mí. Respondeme à esto, y no te turbes ni pienses mucho lo que has de responder, pues no son dificultades las que te pregunto. No era tan ignorante Lotario que desde el primer punto que Camila le dijo que hiciese esconder à Anselmo, no hubiese dado en la cuenta de lo que ella pensaba hacer, y así correspondió con su intención tan discretamente y tan á tiempo que hicieran los dos pasar aquella mentira por más que cierta verdad; y así respondió à Camila desta manera: - No pensé yo, hermosa Camila, que me llamabas para preguntarme cosas tan fuera de la intención con que yo aqui vengo. Si lo haces por dilatarme la prometida merced, desde más lejos pudieras entretenerla, porque tanto más fatiga el bien deseado, cuanto la esperanza está más cerca de poseello; pero porque no digas que no respondo á tas preguntas, digo que conozco á ta esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros más tiernos años; y no quiero decir lo que tú también sabes de nuestra amistad, por no hacerme testigo del agravio que el amor hace que le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A tí te conozco y tengo en la misma posesión que él te tiene, que á ser asi, por menos prendas que las tuyas no habia yo de ir contra lo que debo á ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, ahora por tan poderoso enemigo como el amor, por mi rompidas y violadas.-Si eso conflesas, respondió Camíla, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, ¿con qué rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tú te debieras mirar, para que vieras con cuán poca ocasión le agravias? Pero ya calgo jay desdichada de mil en

la cuenta de quién te ha hecho tener tan poca, con lo que a ti mismo debes; que debe de haber sido alguna desenvoltura mía, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no habrá procedido de deliberada determinación, sino de algún descuido de los que las mujeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hacer inadvertidamente. Si no, dime: ¿cuándo, oh traidor, respondi á tus ruegos con alguna palabra ó señal que pudiese despertar en ti alguna sombra de esperanza de cumplir tus infames deseos? ¿Cuándo tus amorosas palabras no fueron deshechas y reprendidas de las mias con rigor y con aspereza? ¿Cuándo tus muchas promesas y mayores dádivas fueron de mí creídas ni admitidas? Pero por parecerme que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo si no es sustentado de alguna esperanza, quiero atribuirme à mi la culpa de tu impertinencia, pues sin duda algún descuido mio ha sustentado tanto tiempo tu cuidado, y asi quiero castigarme y darme la pena que tu culpa merece: y porque vieses que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dejar de serlo contigo, quise traerte à ser testigo del sacrificio que pienso hacer à la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de tí con el mayor cuidado que te ha sido posible, y de mi también con el poco recato que he tenido del huir la ocasión, si alguna te di, para favorecer y canonizar tus malas intenciones. Torno á decir, que la sospecha que tengo que algún descuido mio engendró en ti tan desvariados pensamientos, es la que más me fatiga, y la que yo más deseo castigar con mis propias manos, porque castigandome otro verdugo, quiza sería más pública mi culpa; pero antes que esto haga, quiero matar muricado, y llevar conmigo quien me acabe de satisfacer el deseo de la venganza que espero y tengo, viendo allá donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla, al que en términos tan desesperados me ha puesto. Y diciendo estas razones con una increible fuerza y ligereza, arremetió á Lotario con la daga desenvainada, con tales muestras de querer enclavarsela en el pecho, que casi él estuvo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas ó verdaderas, porque le fué forsoso valerse de su industria y de su fuerza, para estorbar que Camila no le diese. La cual tan vivamente fingia aquel extraño embuste y fealdad (*), que por dalle color de verdad la quiso ma-

^{(&#}x27;) Así dice en todas las primeras ediciones; pero bien se nota que sería error de copistas ó impresores, debiendo decir esalsedade el original del autor.



tisar con su misma sangre, porque viendo que no podia haber å Lotario, o fingiendo que no podía, dijo: — Pues la suerte no quiere satisfacer del todo mi tan justo deseo, à lo menos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haciendo fuerza para soltar la mano de la daga que Lotario la tenía asida, la sacó, y guiando su punta por parte que pudiese herir no profundamente, se la entró y escondió por más arriba de la islilla del lado izquierdo, junto al hombro, y luego se dejó caer en el suelo como desmayada. Estaban Leonela y Lotario suspenso y atônitos de tal suceso, y todavia dudaban de la verdad de aquel hecho, viendo à Camila tendida en tierra y bañada en su sangre. Acudió Lotario con mucha presteza, despavorido y sin aliento, à sacar la daga, y en ver la pequeña herida salió del temor que hasta entonces tenis y de nuevo se admiró de la sagacidad, prudencia y mucha discreción de la hermosa Camila; y por acudir con lo que á él le tocaba, comenzó á hacer una larga y triste lamentación sobre el cuerpo de Camila, como si estuviera difunta, echândose muchas maldiciones, no sólo á él, sino al que habia sido causa de habelle presto en aquel término: y como sabía que le escuchaba su amigo Anselmo, decia cosas que el que le oyera le tuviera mucha más lástima que à Camila, aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en brazos, y la puso en el lecho, suplicando á Lotario fuese à buscar quien secretamente à Camila curase; pediale asimismo consejo y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniese antes que estuviese sana. El respondió que dijesen lo que quisiesen, que él no estaba para dar consejo que de provecho fuese; sólo le dijo que procurase tomarle la sangre, porque él se iba donde gentes no le viesen; y con muestras de mucho dolor y sentimiento se salió de casa, y cuando se vió solo y en parte donde nadie le veia, no cesaba de hacerse cruces, maravillándose de la industria de Camila y de los ademanes tan propies de Leonela. Consideraba cuán enterado había de quedar Anselmo de que tenia por mujer à una segunda Pórcia, y deseaba verse con él, para celebrar los dos la mentira y la verdad más disimulada que jamás pudiera imaginarse . Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre á su señora, que no era más de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lavando con un poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaba, que aunque no hubieran precedido otras, bastaran á hacer creer á Anselmo

que tenía en Camila un simulacro de la honestidad. Juntaronse à las palabras de Leonela otras de Camila, llamandose cobarde y de poco ánimo, pues le habia faltado al tiempo que fuera más necesario tenerle. para quitarse la vida que tan aborrecida tenia. Pedía consejo á su doncella, si diria ó no todo aquel suceso à su querido esposo, la cual le dijo que no se lo dijese, porque le pondria en obligación de vengarse de Lotario, lo cual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena mujer estaba obligada à no dar ocasión á su marido á que riñese, sino à quitalle todas aquellas que le fuese posible. Respondió Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiría; pero que en todo caso, convenia buscar qué decir à Anselmo de la causa de aquella herida, que él no podria dejar de ver: à lo que Leonela respondia, que ella ni ann burlando no sabía mentir. — Pues yo, hermana, replicó Camila, ¿qué tengo de saber? que no me atreveré à forjar ni sustentar una mentira, si me fuese en ello la vida. Y si es que no hemos de saber dar salida á esto, mejor será decirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. — No tengas pena, señora; de aqui à mañana, respondió Leonela, yo pensaré qué le digamos, y quiza que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que él la vea, y el cielo será servido de favorecer á nuestros tan justos y tan honrados pensamientos. Sosiégate, señora mia, y procura sosegar tu alteración, porque mi señor no te halle sobresaltada; y lo demás déjalo á mi cargo, y al de Dios, que siempre acude à los buenos deseos. Atentisimo habia estado Anselmo à escuchar y à ver representar la tragedia de la muerte de su honra; la cual con tan extraños y eficaces afectos la representaron los personajes della, que pareció que se habían transformado en la misma verdad de lo que fingian. ba mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa. é ir à verse con su buen amigo Lotario, congratulándose con él de la margarita preciosa que había hallado en el desengano de la bondad de su esposa. Tuvieron cuidado las dos de darle lugar y comodidad à que saliese, y él sin perdella salió, y luego fué à buscar à Lotario, el cual hallado, no se puede buenamente contar los abrazos que le dió, las cosas que de su contento le dijo, las alabanzas que dió à Camila; todo lo cual escuchó Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria, porque se le representaba à la memoria cuán engañado estaba su amigo, y cuan injustamente él le agraviaba; y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegraba, creia ya ser la



causa por haber dejado à Camila herida y haber él sido la causa; y así, entre otras razones, le dijo que no tuviese pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera, pues quedaban de concierto de encubrirsela à él; y que según esto no había de qué temer, sino que de alli adelante se gozase y alegrase con él, pues por su industria y medio, él se vela levantado á la mas alta felicidad que acertara desearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que el hacer versos en alabanza de Camila, que la hiciesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabó su buena determinación, y dijo que él por su parte ayudaria á levantar tan ilustre edificio. Con esto quedó Anselmo el hombre más sabrosamente engañado quo pudo haber en el mundo; él mismo llevaba por la mano à su casa, creyendo que llevaba el instrumento de su gloria, toda la perdición de su fama: recibiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Duró este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses volvió fortuna su rueda y salió à plaza la maldad, con tanto artificio hasta alli encubierta; y a Anselmo le costó la vida su impertinente curiosidad.

CAPITULO XXXV

DONDE 68 DA FIN Á LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTIMENTE (*)

Poco más quedaba por leer de la novela, cuando del camaranchón donde reposaba don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces:—Acudid, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercán á cercán, como si fuera un nabo.—¿Qué decis, hermano? dijo el cura dejando de leer lo que de la novela quedaba; ¿cetáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decis, estando el

^(*) En la edición de la Academia de 1780 y en elema presentarea, en las modificado la reducción del título de este capítulo, secritidade de sala mana ra: Que trata de la brava y descomunal hetalla que den finifical tuvo cosa unos cueros de vino tinto, y en da fin à la nuevala del testeme impartiquata, a En la presente edición se las acquidos finimenta la reclamita del littela, tal como la dejó Corvantes.

gigante dos mil leguas de aqui? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decia à voces—: Tente, ladrón, malandrín, follón que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho: -No tienen que pararse & escuchar, sino entren à departir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida; que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida à un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.—Que me maten, dijo à esta sazón el ventero, si don Quijote ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que à su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe ser lo que le parece sangre á este buen hombre; y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á don Quijote en el más extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenla revuelta la manta de la cama, con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porque; y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchiliadas 🛦 todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo sonar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo; y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quijote, y a puño cerrado le comenzó à dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote, más no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar à ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la

Marie L

cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba, dijo:-Ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie; y ahora no parece por aqui esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente.—¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero: ¿no vees, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los inflernos de quien los horadó?—No sé nada, respondió Sancho, sólo sé que vendré à ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aún hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las manos á don Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo:—Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy más segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también de hoy más soy quito de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.—¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: si, que no estaba vo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no había de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian, sino el ventero que se daba à Satanas; pero en fin, tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandisimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta à consolar à Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero, que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y

en grito:—En mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja, cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios & él y & cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado à pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballeria andantesca: y ahora, por su respeto, vino estotro señor, y me llevó mi cola, y hámela vuelto con más de dos cuartillos de daño, toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo, romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo, prometiéndo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló à Sancho Panza, diciéndole, que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia, en viéndose pacifica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró à la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por más señas, tenia una barba que le llegaba á la cintura; y que si no parecía, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo hahía probado otra vez que había posado en ella. Dorotea dijo que asi lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien, y sucederia à pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela, porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demás le rogaron la acabase: él, que à todos quiso dar gusto y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que así decía:

Sucedió pues, que por la satisfación que Anselmo tenía de la bondad de Camila, vivía una vida contenta y descuidada, y Camila, de industria, hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al revés de la voluntad que le tenía; y para más confirmación de su hecho, pidió licencia Lotario para no

venir à su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recebia; más el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese; y desta manera, por mil maneras, era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus amores llegó á tanto, que sin mirar à otra cosa, se iba tras él à suelta rienda, fiada en que su señora la encubria, y aún la advertia del modo que con poco recelo pudiese ponerle en ejecución. En fin, una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar à ver quien los daba, sintió que le detenían la puerta, cosa que le puso más voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entro dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle; y acudiendo con presteza á alcanzarle ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole:—Sosiégate, señor mio, y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó; que es cosa mia, y tanto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga, y quiso herir à Leonela, diciéndole que le dijese la verdad, si no, que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decía, le dijo;—No me mates, señor, que yo te diré cosas de más importancia de las que puedes imaginar.—Dilas luego, dijo Anselmo, si no, muerta eres.—Por ahora será imposible, dijo Leonela, según estoy de turbada; dejame hasta mañana, que entonces sabrás de mi lo que te ha de admirar; y está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se le pedía, porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro; y así se salió del aposento, y dejó encerrada en él à Leonela, diciéndole que de alli no saldria, hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego à ver à Camila y à decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le había pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para qué decirlo; porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer), que Leonela había de decir á Anselmo todo lo que sabía de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no: y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormía, juntó las mejores joyas que tenía y algunos dineros; v sin ser de nadie

sentida salió de casa, y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba; y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusión en que Camila puso á Lotario fué tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar à Camila à un monasterio, en quien era priora una su hermana. Consintió Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él ansimismo se ausentó luego de la ciudad, sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció, sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó, y fué á donde la había dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él à Leonela, sólo halló puestas unas sábanas afiudadas à la ventana, indicio y señal que por alli se habia descolgado è ido. Volvió luego muy triste à decirselo à Camila, y no hallandola en la cama ni en toda la casa, quedo asombrado.

Preguntó à los criados de casa por ella; pero nadie le supo dar razón de lo que pedía. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos, y que dellos faltaban las más de sus joyas, y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura; y ansi como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué à dar cuenta de su desdicha à su amigo Lotatario. Más cuando no le halló, y sus criados la dijeron que aquella noche habia faltado de casa, y habia llevado consigo todos los dineros que tenía, pensó perder el juicio. Y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa, no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenía, sino la casa desierta y sola . No sabía que pensar, que decir, ni que hacer; y poco à poco, se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un instante sin mujer, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra; porque en la falta de Camila vió su perdición. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse a la aldea de su amigo, donde había estado cuando dió lugar à que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió à caballo, y con desmayado aliento se puso en camino; y apenas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos, le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando



tiernos y dolorosos suspiros; y alli se estuvo hasta casi que anochecia, y á aquella hora, vió que venía un hombre à caballo de la ciudad, y después de haberle saludado, le preguntó que nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió:-Las más extrañas que muchos días ha se han cido en ella; porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia à San Juan, se llevó esta noche à Camila, mujer de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto, no sé puntualmente como pasó el negocio, sólo sé que toda la ciudad está admirada deste suceso, porque no se podía esperar tal hecho, de la mucha y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamaban los dos amigos. -- ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila?-Ni por pienso, dijo el cindadano, puesto que el gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos.-Adios vais, señor, dijo Anselmo.—Con él quedéis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas, casi llegó á términos Anselmo, no sólo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo, y llego à casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; más como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algún grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hizose asi, y dejáronle acostado y solo, porque él asi lo quiso; y aun que le cerrasen la puerta. Viéndose pues sólo, comenzó à cargar tanto la imaginación de su desventura, que claramente conoció por las premisas mortales que en si sentia, que se le iba acabando la vida; y asi ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando à escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de la casa que era ya tarde, y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposición, y hallôle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto; y él tenta aun la pluma en la mano. Llegose el huésped á él, habiéndolo llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia, y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera; y llamó á la gente de casa para que viesen la

desgracia à Anselmo sucedida, y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

« Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las « nuevas de mi muerte llegaren à los oidos de Camila, sepa « que yo la perdono, porque no estaba ella obligada à hacer « milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese; « y pues yo fui el fabricador de mi deshonra, no hay para « qué.....»

Hasta aqui escribió Anselmo, por donde se echó de ver. que en aquel punto, sin poder acabar la razón, se le acabó la vida. Otro día, dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viaje; no por las nuevas del muerto esposo, más por las que supo del ausente amigo. Dicese, que aunque se vió viuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hacer profesión de monja, hasta que (no de alli à muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario había muerto en una batalla que en aquel tiempo dió monsiur de Lautrec al Gran Capitán Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde había ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual, sabido por Camila, hizo profesión y acabó en breves días la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

— Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer, algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.





CAPÍTULO XXXVI

QUE TRATA DE LA BRAVA Y DESCONUNAL BATALLA QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO, CON OTROS RABOS SUCESOS QUE EN LA VENTA SUCEDIERON (*)

Estando en esto, el vensero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: - Esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aqui, gaudeamos tenemos.-¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y juntos con ellos viene una mujer vestida de blanco, en un sillón ansimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de à pie. - ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. -Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de don Quijote, y casi no habían tenido lugar para esto. cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeandose los cuatro de a caballo, que de muy gentil talle y disposición eran, fueron á apear á la mujer que en el sillón venia: y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba à la entrada del aposento, donde Cardenio se había escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna, sólo que al sentarse la mujer en la silla, dió un profundo suspiro y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos à la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos, y à uno dellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: - Pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, sólo se que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habéis visto; y esto digolo, porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de la que él ordena y manda.-¿Y la señora quién es? preguntó el cura.-Tampoco sabré decir eso, respondió el



^(*) El título del presente capítulo fué modificado en la edición de la Academia Española y otras, que pusieron solamente: «Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron». Del mismo modo que se ha dicho en la nota de la página 291, se respeta aquí el texto como lo dejó Cervantes.

mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si, la he oido muchas veces; y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo, no ha más de dos días que los acompañamos; porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucia, ofreciéndose à pagarnoslo muy bien. — ¿Y habéis oido nombrar à alguno dellos? preguntó el cura.—No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven à lastima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y según se puede colegir por su habito, ella es monja ó va á serlo, que es lo más cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjio, va triste como parece.—Todo podría ser, dijo el cura; y dejándolos, se volvió á donde estaba Dorotea, la cual, como habia oído suspirar á la embozada, movida de natural compasión se llegó á ella y le dijo: — ¿Qué mal sentis, señora mia? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarlo, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demás obedecían y dijo à Dorotea: — No os canséis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oir alguna mentira de su boca.—Jamás la dije, dijo á esta sazón la que hasta alli habia estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace à vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sólo la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡Válgame Dios! ¿Que es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado à mis oídos? Volvió la cabeza à estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien las daba, se levantó en pie y fuése à entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella,



con la turbación y desasosiegose le cayó el tafetán con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lastima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teniala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en teneria, no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caía, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenia, era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando arrojando de lo intimo de sus extrañas un luengo y tristisimo ay, se dejó caer de espaidas desmayada; y à no hallarse alli junto el barbero que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura à quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra; y quedó como muerto en verla: pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro à Cardenio, y él la había conocido à ella.

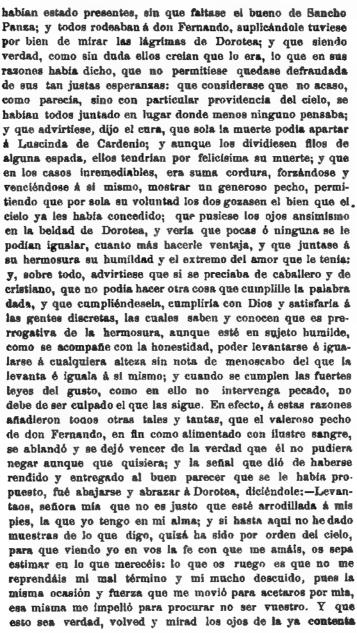
Oyó asimismo Cardenio el say! que dió Dorotea, cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento, despavorido, y lo primero que vió fué à don Fernando, que tenia abrazada à Luscinda. También don Fernando conoció luego à Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos. Dorotea å don Fernando, don Fernando å Cardenio, Cardenio å Luscinda, y Luscinda à Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando à don Fernando desta manera:—Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis à ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas; notad como el cielo, por desusados y à nosotros encubiertos caminos, me ha puesto à mi verdadero esposo delante; y bien sabéis por mis costosas experiencias, que sóla la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños, para que volváis (ya que no podáis hacer

otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda adelante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedarà satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entre tanto vuelto Dorotea en si, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que don Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia à sus razones, esforsándose lo más que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó à decir:—Si ya no es, señor mío, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de tí tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro, haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo & ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayese en tu imaginación, pensar que he venido aqui con pasos de mi deshonra, habiéndome traído sólo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisistelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mío. Mira, señor mio, que puede ser recompensa à la hermosura y nobleza por quién me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio; ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy,



que soy tu verdadera y legitima esposa, quiéreme à lo menos y admiteme por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra; no dés mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo, que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de la mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta à ti te faita, negandome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble, que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras, yo soy tu esposa; testigos son tus palabras que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces, callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban à don Fernaudo y cuantos prepresentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin à las suyas y principio à tantos sollozos y suspiros, que bien había de ser de corazón de bronce, el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse à ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenian. El cual lieno de confusión y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre à Luscinda, dijo:--Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener animo, para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda había tenido, así como la dejó don Fernando, iba à caer en el suelo, más hallándose Cardenio alli junto, que à las espaldas de don Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurándo à todo ricago, acudió à sostener à Luscinda, y cogién-

dola entre sus brazos le dijo: — Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese liamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado à conocerle, primero por la voz, y aseguràndose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello. y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:-Vos si, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan à esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle à Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro, y que hacia ademán de querer vengarse de Cardenio. porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y asi como lo pensó, con no vista presteza, se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decla: -¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendra querer levantar a igualar a ti mismo, à la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es, te ruego, y por quién tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo. todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenfa abrazada à Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que, si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese, á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero à esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura, y el barbero, que a todo







Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de redillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo ésto. la tornó à abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecía sino que algún grave y mal caso á todos había sucedido: hasta Sancho Panza Iloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algún espacio, junto con el llanto, la admiración en todos; y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándolo gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabia qué responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesia. Preguntó luego à Dorotea, le dijese como habia venido à aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes había contado á Cardenio; de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido. con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido; y que en resolución, al cabo de algunos meses, vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que asi como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros. vino al lugar donde estaba, à la cual no habia querido hablar. temeroso que en sabiendo que él estaba alli habia de haber más guarda en el monasterio; y así aguardando un día à que



la porteria estuviere abierta dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él, con otro, habían entrado en el monasterio buacando á Luscinda, la cual haliaron en el claustro habíando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habían venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habían podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en si, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin habíar palabra alguna; y que así, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII

QUE TRATA DONDE SE PROSIQUE LA HISTORIA DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA, CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS

Todo esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su anima, viendo que se le desaparecian é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo à sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era sonado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenca. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se haliaba tan à pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y & cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba, era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de don Quijote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así con malencônico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, à quien dijo: - Bien puede vuestra merced, señor T Fig dormir todo le

mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si, la he oido muchas veces; y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma; y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo, no ha más de dos dias que los acompañamos; porque habiéndolos encontrado en el camino, nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos hasta el Andalucia, ofreciéndose à pagarnoslo muy bien. — ¿Y habéis oido nombrar à alguno dellos? preguntó el cura.—No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y según se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo más cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjio, va triste como parece.—Todo podría ser, dijo el cura; y dejándolos, se volvió à donde estaba Dorotea, la cual, como había oído suspirar à la embozada, movida de natural compasión se llegó á ella y le dijo: — ¿Qué mal sentis, señora mía? Mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarlo, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros.

A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavia se estaba en su silencio, hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demás obedecian y dijo à Dorotea: — No os canséis, señora, en ofrecer nada à esa mujer, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se hace, ni procuréis que os responda, si no queréis oir alguna mentira de su boca.—Jamás la dije, dijo á esta sazón la que hasta alli habia estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace à vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sólo la puerta del aposento de don Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡Válgame Dios! ¿Que es esto que oigo? ¿Qué voz es esta que ha llegado á mis oídos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien las daba, se levantó en pie y fuése á entrar en el aposento; lo cual visto por el caballero, la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella,

con la turbación y desasosiegose le cayó el tafetán con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juicio; cuyas señales, sin saber por qué las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teniala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada ansimismo la tenía, era su esposo don Fernando; y apenas le hubo conocido, cuando arrojando de lo intimo de sus extrañas un luengo y tristisimo ay, se dejó caer de espaldas desmayada; y à no hallarse alli junto el barbero que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura à quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra; y quedó como muerto en verla: pero no porque dejase con todo esto de tener à Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, la cual había conocido en el suspiro á Cardenio, y él la había conocido á ella.

Oyó asimismo Cardenio el jay! que dió Dorotea, cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento, despavorido, y lo primero que vió fué á don Fernando, que tenía abrazada á Luscinda. También don Fernando conoció luego à Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos. Dorotea å don Fernando, don Fernando à Cardenio, Cardenio à Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio fué Luscinda, hablando á don Fernando desta manera:—Dejadme, señor don Fernando, por lo que debéis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo hagáis; dejadme llegar al muro de quien yo soy hiedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas; notad como el cielo, por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabéis por mis costosas experiencias, que sóla la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria. Sean, pues, parte tan claros desengaños, para que volváis (ya que no podáis hacer

otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda adelante de mi buen esposo, la daré por bien empleada: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entre tanto vuelto Dorotea en si, y había estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quién ella era; y viendo que don Fernando aun no la dejaba de sus brazos, ni respondia à sus razones, esforzándose lo más que pudo, se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, así le comenzó à decir:—Si ya no es, señor mio, que los rayos deste sol que en tus brazos eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que à tus pies està arrodillada es la sin ventura hasta que tú quieras, la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú, por tu bondad ó por tu gusto, quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los limites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro, haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto, no querria que cayese en tu imaginación, pensar que he venido aqui con pasos de mi deshonra, habiéndome traido sólo los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisistelo de manera, que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quién me dejas, la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Luscinda, porque eres mio; ni ella puede ser tuya, porque es de Cardenio; y más fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es así, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿por qué por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por la que soy,

والمساحة والمحاجر

que soy tu verdadera y legitima esposa, quiéreme á lo menos y admiteme por tu esclava; que como yo esté en tu poder, me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas, con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no dés mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo, que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de la mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias: cuanto más, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble, que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es, que quieras ó no quieras, yo soy tu esposa; testigos son tus palabras que no han ni deben ser mentirosas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias: testigo serà la firma que hiciste, y testigo el cielo à quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias; y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces, callando en mitad de tus alegrías, volviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea, con tanto sentimiento y lágrimas, que los mismos que acompañaban à don Fernando y cuantos prepresentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dió fin à las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien había de ser de corazón de bronce, el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Luscinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discreción y hermosura; y aunque quisiera llegarse à ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de don Fernando, que apretada la tenían. El cual lleno de confusión y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando à Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre à Luscinda, dijo:-Venciste hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo, para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda había tenido, así como la dejó don Fernando, iba á caer en el suelo, más hallándose Cardenio alli junto, que à las espaldas de don Fernando se había puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurándo á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: — Si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algún descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás más seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron, cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado à conocerle, primero por la voz, y asegurandose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningún honesto respeto, le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dijo:-Vos si, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan à esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué éste para don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle à Dorotea que don Fernando había perdido la color del rostro, y que hacia ademán de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano à ponella en la espada, y asi como lo pensó, con no vista presteza, se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decla: -¿Qué es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te estará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igualar á ti mismo, à la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañando de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es, te ruego, y por quién tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no sólo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo. todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele; y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo más fuerza la razón que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada à Luscinda, no quitaba los ojos de don Fernando, con determinación de que, si le viese hacer algún movimiento en su perjuicio, procurar defenderse y ofender como mejor pudiese, à todos aquellos que en su dano se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero à esta sazón acudieron los amigos de don Fernando, y el cura, y el barbero, que á todo

habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza; y todos rodeaban á don Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea; y que siendo verdad, como sin duda ellos creían que lo era, lo que en sus razones había dicho, que no permitiese quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso, como parecia, sino con particular providencia del cielo, se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podía apartar à Luscinda de Cardenio; y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicisima su muerte; y que en los casos inremediables, era suma cordura, forzándose y venciéndose à si mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que ej cielo va les habia concedido: que pusiese los ojos anemieno en la beldad de Dorotea. V veria que pocas ó ninguna se se podian igualar, chanto más nacerie ventaja, y que juntame s sa bermo-ara -a ham dan a electrono del amor que le tenis. T. sobre todo. Marin ese the at the tree and the expansion of the cristiano, que no podra case ocos coes que cumo de la paricipa dada, y gas tatal and seems to the tax too look it in their . les grates à appeale les malies parent à montes que en pre-PROGRAMA SE LE SENSIONALE ANTIQUE ENVENTE ENVENTE ENVENTE COMP SE MINISTRATE CON A TOTAL PART AND SERVICE A CONTRACT A CONTRACT THE RESIDENCE REPORTS OF THE PROPERTY OF THE PROPERTY AND THE PARTY OF PETALTE HE BILLIA & A TO THE CONTROL OF THE STATE OF THE MATERIAL TEN BUT STORY STORY OF THE STORY BETTE THE MAN ATTENTION OF THE MAN A PRINT FOR A PROPERTY AND A SHOWN AND A SHOWN BEECHOOP TORESTON TO THE WAS A STORE OF THE WAS a partie and the contract The Control of the Co BELLEVILLE STORE STORE OF THE PROPERTY OF THE ملك أن وولايون مواد و برائي المن المنافقة المنافقة المنافقة المنافقة المنافقة المنافقة المنافقة المنافقة and the second of the second of There is the same of the mile-order to a fact of the second of the second of SARTE SA POST OF THE SAME OF T The second secon THE STATE OF THE S Exercise that I want to see the second of th The transfer with the second of the second o the the time of the same of the same

Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los deje vivir con mi Dorotea; y diciendo ésto, la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron así las de Luscinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estaban, porque comenzaron à derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ajeno, que no parecia sino que algún grave y mal caso à todos había sucedido: hasta Sancho Panza Iloraba, aunque después dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algún espacio, junto con el llanto, la admiración en todos; y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dándole gracias de la merced que les había hecho, con tan corteses razones, que don Fernando no sabía qué responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesia. Preguntó luego à Dorotea, le dijese cómo había venido à aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio; de lo cual gustó tanto don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento más tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y asi como hubo acabado, dijo don Fernando lo que en la ciudad le había acontecido después que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya. Dijo que la quiso matar, y lo hiciera, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinación de vengarse con más comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir dónde se había ido; y que en resolución, al cabo de algunos meses, vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, si no la pudiese pasar con Cardenio; y que así como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba, à la cual no había querido hablar, temeroso que en sabiendo que él estaba alli habia de haber más guarda en el monasterio; y así aguardando un dia á que

la portería estuviere abierta dejó à los dos à la guarda de la puerta, y él, con otro, habían entrado en el monasterio buscando à Luscinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar à otra cosa, se habían venido con ella à un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habían podido hacer bien à su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que asi como Luscinda se vió en su poder, perdió todos los sentidos, y que después de vuelta en si, no había hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que asi, acompañados de silencio y de lágrimas, habían llegado à aquella venta, que para él era haber llegado al cielo donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII

QUE TRATA DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DE LA FAMOSA INFANTA MICOMICONA, CON OTRAS GRACIOSAS AVENTURAS

Todo esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea, y el gigante en don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era sonado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenca. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recebida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan à pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien más jubilaba y se contentaba, era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habian hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de don Quijote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así con malencónico semblante entrò à su amo, el cual acababa de despertar, à quien dijo:—Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo le que quisiere sin cuidado de matar á ningún gigante, ni de volver à la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. - Eso creo yo bien, respondió don Quijote, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un revés, zás, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.—Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó don Quijote, gestás en tu seso? -Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. - No me maravillaria de nada deso, replicó don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuvimos, te dije yo que todo cuanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo. -Todo lo creyera, respondió Sancho, si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez, más no lo fué, sino real y verdaderamente; y vi yo que el ventero, que aqui está hoy dia, tenía del un cabo de la manta, y me empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mi, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. – Ahora bien, Dios lo remediară, dijo don Quijote; dâme de vestir, y déjame salir alla fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entre tanto que don Quijote se vestia, contó el cura á don Fernando y á los demás que alli estaban, las locuras de don Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia, ser el más extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impidia pasar con su disignio adelante, que era menester inventar y hallar otro para

poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea.—No, dijo don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención, que como no sea muy lejos de aqui el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. — No está más de dos jornadas de aqui.—Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto don Quijote armado de todos sus pertrechos con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzón. Suspendió á don Fernando y á los demás la extraña presencia de don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia; el cual, con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

-Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro sér se ha deshecho, porque de reina y gran señora que soliades ser, os habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey nigromante, de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y lei, hallara à cada paso como otros caballeros de menor fama que la mia, habían acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y.... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.—Vistesos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó don Fernando que callase y no interrumpiese la plática de don Quijote en ninguna manera; y don Quijote prosiguió diciendo:—Digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfósos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningún peligro en la tierra por quien no le abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré à vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo más don Quijote, y esperó á que la princesa le

respondiese; la cual, como ya sabia la determinación de don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar à su tierra à don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió:—Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que vo me había mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fui, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Asi que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró; y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia hallo camino tan facil y tan verdadero para remedir mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara à tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad, como son buenos testigos della los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada; y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo don Quijote, se volvió á Sancho y con muestras de mucho enojo le dijo:—Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladrón, vagamundo, ano me acabaste de decir ahora, que esta princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante, era la puta que . te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto.... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera à todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aqui adelante en el mundo.—Vuestra merced se sosiegue señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó à lo menos à la horadación de los cueros, y à lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros alli están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá; quiero decir, que lo verá cuando aqui su merced del señor ventero le pida el me-

noscabo de todo: de lo demás de que la señora reina se esté como se estaba, me rejocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. -Ahora yo te digo, Sancho, dijo don Quijote, que eres un mentecato y perdóname, y basta.—Basta, dijo don Fernando, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. -Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mi se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aún más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre don Quijote y don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros, porque venia vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguies datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahali que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él, encima de un jumento, una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa, que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolución, el mostraba en su apostura, que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recebir pesadumbre, y llegándose á la que en el traje parecia mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon à la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que asi ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo:-No os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aqui falta, pues es propio de ventas no hallarle en ellas; pero con

todo esto, si gustáredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizás en el discurso de este camino, habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia.

Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debía de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces había estado; y viendo que todas tenían cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: — Señoras mías, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme à su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. — No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere, con la voluntad que obliga á servir á todos los extranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer à quien se sirve. — Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mía, las manos, y estimo mucho y en lo que es razón, la merced ofrecida, que en tal ocasión, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. — Decidme, señor, dijo Dorotea, gesta señora es cristiana ó mora? porque el traje y el sifencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. — Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandisimos deseos de serlo. — ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. — No ha babido lugar para ello, respondió el cautivo, después que salió de Argel, su patria y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercano que obligase à bautizalla, sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mio. Estas razones pusieron gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era más para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomo por la mano, y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se والموتفق المتناقبة

quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian, y lo que ella haria. El en lengua arábiga le dijo que le pedían se quitase el embozo, y que lo hiciese; y así se lo quitó, y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por más hermosa que á Luscinda, y Luscinda por más hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron, que si alguno se podría igualar al de las dos, era el de la mora; y aún hubo algunos que la aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó don Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió que Lela Zoraida; y así como esto oyó ella, entendió lo que le habían preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: -No, no Zoraida, María, María, dando á entender que se llamaba Maria y no Zoraida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima à algunos de los que la escucharon, especialmente à las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: — Si, si, Maria, María, á lo cual respondió la mora:—Sí, si, María: Zoraida macange, que quiere decir «no». Ya en esto llegaba la noche, y por orden de los que venian con don Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que à él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la había redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á don Quijote, el cual quiso que estuviese à su lado la señora Micomicona, pues él era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoraida, y frontero dellas don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demás caballeros; y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más, viendo que dejando de comer don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió à hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó à decir: - Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habra en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir

rados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII

QUE TRATA DEL CURIOSO DISCURSO QUE HIZO DON QUIJOTE,
DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS

Prosiguiendo don Quijote, dijo:—Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene o tarde o nunca, o á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y 🛦 veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa; y en la mitad del invierno le suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca; que como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un día de batalla, que alli le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vénse raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse: asi que aunque es mayor el trabajo del soldado,

Maestro de la tierra y del cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles, que cuando entrasen en alguna casa dijesen: Paz sea en esta casa: y otras muchas veces les dijo: Mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea entre vosotros; bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra; que lo mismo es decir armas, que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora à los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuáles son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviesen por loco: antes como todos los más eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo:—Digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de su malaventura, porque quien es pobre, no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo esto no es tanta, que no coma aunque sea un poco más tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algún ajeno brasero ó chimenca, que si no calienta, á lo menos entibie su frio, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene à saber, de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquél ahitarse con tanto gusto, cuando la buena suerte les depara algún banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aqui, cayendo alli, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas Siertes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, sus desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos; premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

CAPITULO XXXVIII

QUE TRATA DEL CURIOSO DISCURSO QUE HIZO DON QUIJOTE,
DE LAS ARMAS Y DE LAS LETRAS

Prosiguiendo don Quijote, dijo:—Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es más rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y & veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa; y en la mitad del invierno le suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con sólo el aliento de su boca; que como sale de lugar vacio, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa, jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella à su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto, el día y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que alli le pondrán la borla en la cabeza hecha de hilas para curarle algún balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro rencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo; pero estos milagros vénse raras veces. Pero decidme, señores, si habéis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habéis de responder que no tienen comparación ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en qué entretenerse: asi que aunque es mayor el trabajo del soldado,

es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder, que es más fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios, que or fuerza se han de dar à los de su profesión; y à estos no se puede premiar sino con la misma hacienda del señor, à quien sirven, y esta imposibilidad fortifica más la razón que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy difucultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras; materia que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho, dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas sé defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios; y finalmente si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus previlegios y de sus fuerzas. Y es razón averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno à ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; más llegar uno por sus términos à ser buen soldado, le cuesta todo lo que à el estudiante, en tanto máyor grado, que no tiene comparación, porque à cada paso està à pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede llegar ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algún rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hacia la parte donde él está, y no puede apartarse de alli por ningún caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Sólo lo que puede hacer es dar noticia à su capitán de lo que pasa, para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir à las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacio, las cuales en-

clavijadas y trabadas, no le queda al soldado más espacio del que conceden dos piés de tabla del espolón; y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería le asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iría á visitar los profundos senos de Neptuno; y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabuceria, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le suceden, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes, valentia y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mi que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida à un valeroso caballero; y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima à los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quién quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y caba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y asi, considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante, en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque à mi ningun peligro me pone miedo, todavia me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido que tanto seré más estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto à mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preambulo, dijo don Quijote, en tanto que los demás cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que después habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habían, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen

discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballeria. El cura le dijo, que tenia mucha razón en todo cuanto había dicho en favor de las armas, y que él aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchón de don Quijote de la Mancha, donde habían determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podría ser sino que fuese peregrino y gustoso, según las muestras que habia comenzado á dar, viniendo en compañía de Zoraida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que sólo temia que el cuento no había de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso, por no faltar en obedecelle, le contaria. El cura y todos los demás se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza. — Y asi esten vuestras mercedes atentos, y oirán un discurso verdadero, à quien podria ser que no llegasen los mentirosos, que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada, comenzó á decir desta manera;

CAPÍTULO XXXIX

DONDE EL CAUTIVO CUENTA SU VIDA Y SUCESOS

En un lugar de las montañas de León tuvo principio mi linaje, con quien fué más agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavia alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si asi se diera maña á conservar su hacienda, como se la daba en gastalla.—Y la condición que tenía de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco, y el franco, pródigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como mónstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad,

y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningún provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, según él decia, no podia irse à la mano contra su condición, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré:—Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos; y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy à la mano en lo que toca à conservar vuestra hacienda; pues para que entendáis desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideración dispuesta. Vosotros estáis ya en edad de tomar estado, ó à lo menos de elegir ejercicio tal, que cuando mayores, os honre y aproveche; y lo que he pensado, es hacer de mi hacienda cuatro partes; las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los días que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que después que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrån en nuestra España, å mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo, dice: Iglesia ó mar, ó casa real, como si más claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la Iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancia, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: más vale migaja de rey, que merced de señor. Digo esto, porque querria y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancia, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar à servirle en su casa; que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho días os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo veréis por la obra. Decidme ahora si queréis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto. Y mandándome á mí, por ser el mayor, que respondiese, después de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda,

white with

sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine à concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y à lo que creo el más discreto, dijo que quería seguir la Iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo, puso por obra cuanto nos había prometido; y dando à cada uno su parte, que à lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, porque no saliese del tronco de la casa; en un mismo día nos despedimos todos tres de nuestro padre y en aquel mismo, pareciéndome à mi ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil, tomase los dos mil ducados, porque á mi me bastaba el resto para acomodarme de lo que había menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que à mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y más tres mil, que, à lo que parece, valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices.

Digo, en fin, que nos despedimos del y de aquel nuestro tio que be dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargandonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometimoselo, y abrazándonos y echándonos su bendición, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde ture nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba alli lana para lienniva. Este hará veinse y dos años que sali de rasa de mi jadre; y en todos eilos, priesto que he eserito algunas cartas, no he sabido del ni de mia hermanca, nueva alguna; y lo que en esse diseared del sierage he gazado, la dire ineveniente. Vini barqueme en Alleanse: llegat ein velavell vinje h likuliva; sui dende alii à Milan. Active me necessable de necessa y de al gunza galan de voldado. de domde quive is à aesitas mi plana al Piamonte: y extando va de eachino bara Alejandela de la Palla, torre mocras que es gran dovine de Lien pasalm à l'Inn des. Made constraire entre els action en las prenadas

que hizo; hallème en la muerte de los condes de Eguemón y de Hornos; alcancé à ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina, y á cabo de algún tiempo que llegué à Flandes, se tuvo nueva de la liga que la santidad del papa Pío V, de felice recordación, habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo común, que es el turco; el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del domínio de venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por general desta liga el serenisimo don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe: divulgóse el grandisimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba; y aunque tenia barruntos y casi promisas ciertas de que en la primera ocasión que se ofreciese sería promovido á capitán, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, à Italia: y quiso mi buena suerte, que el señor don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como después lo hizo en Mesina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicisima jornada, ya hecho capitán de infanteria, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos: y aquel día fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantados, entre tantos venturosos como alli hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que alli murieron, que los que vivos y vencedores quedaron) yo sólo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió à tan famoso dia, con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchali, Rey de Argel, atrevido y venturoso corsario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solo tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debia en ocasión semejante, salté en la galera contraria, la cual, desviándose de la que la había embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me halle solo entre mis enemigos, à quien no pude resistir por ser tantos: en fin, me riudieron lleno de heridas, y como ya habéis, señores, oido decir que el Uchali se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y sólo fui el triste entre tantos alegres; y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venían al remo en la Turquesca armada.

Llevaronme a Constantinopla, donde el gran Turco Selim hizo general de la mar à mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo. llevado por muestra de su valor el estandarte de la religión de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino, bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasión, que alli se perdió, de no coger en el puerto toda el armada turquesca, porque todos los levantes y jenizaros que en ella venian, tuvieran por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por la tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que habian cobrado à nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristianidad; y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchali se recogió à Modón, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto y estúvose quedo hasta que el senor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitán un hijo de aquel famoso corsario Barbarroja: tomóla la capitana de Nápoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan don Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz. Y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barbarroja, y trataba tan mal a sus cautivos, que asi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos, y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasandole de banco en banco, de popa á proa, le dieron bocados, que á poco más que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían.

Volvimos à Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como el señor don Juan habia ganado à Tunez, y quitado aquel reino à los turcos y

puesto en posesión del á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver à reinar en él tenia Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban; y el año siguiente de setenta y cuatro, acometió á la Goleta, y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; à lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pagados, setenta y cinco mil; y de moros y alárabes de toda la Africa, más de cuatrocientos mil, acompañado este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena; porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos vares; y asi con muchos sacos de arena, levantaron las trincheras tan altas, que sobrepujaban la murallas de la fuerza; y tirándoles á caballero, ninguno podia parar ni asistir à la defensa. Fué comun opinión que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen, hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes; porque si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿cómo podia tan poco número (aunque más esforzados fuesen) salir á la campaña y quedar en las fnerzas contra tanto como era el de los enemigos? ¿Y cómo es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y más cuando la cercan enemigos muchos y porfiados y en su misma tierra? Pero à muchos les pareció, y asi me pareció à mi, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades; y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que alli sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la felicisima del invictisimo Carlos V, como si fuera menester para hacerla

eterna (como lo es y será) que aquellas piedras la sustentaran. Perdióse también el fuerte; pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que lo defendian. pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano, de trescientos que quedaron vivos; señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habían defendido y guardado sus plazas. Rindióse à partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño, à cargo de don Juan Zonaguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á don Pedro Puertocarrero, general de la Goleta; el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza; y sintió tanto el haberla perdido, que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron ansimismo al general del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellón, caballero milanés, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muebas personas de cuenta, de las cuales fué una, Pagán de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condición generoso, como lo mostró la suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andrea de Oria, y lo que más hizo lastimosa su muerte, fué haber muerto á mano de un alárabes, de quien se fió viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los ginoveses que se ejercitan en la pesqueria del coral; los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trujeron al general de la armada turquesca, el cual cumplió con ellos, nuestro refrán castellano: que aunque la traición aplace, el traidor se aborrece; y asi, se dice que mandó el general ahorcar á los que le trujeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron, fué uno llamado don Pedro de Aguilar, natural no sé de qué lugar del Andalucia, el cual había sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesia. Digolo, porque su suerte le trujo à mi galera y à mi banco y à ser esclavo de mi mismo patron; y antes que nos partiésemos de aquel puerto, hizo este caballero dos sonetos à manera de epitafios, el uno á la Goleta y el otro al fuerte; y en verdad que los tengo de decir, perque los sé de memoria, y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á don Pedro de Aguilar, don Fernando miró á sus

camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo el uno: — Antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga qué se hizo ese don Pedro de Aguilar, que ha dicho. — Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en traje de arnaute con un griego espía, y no sé si vino en libertad, puesto que creo que si; porque de alli a un año vi yo al griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viaje. — Pues no (*) fué, respondió el caballero, porque ese don Pedro es mi hermano: y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. — Gracias sean dadas à Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo; porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida, — Y más, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. — Digalos pues vuesa merced, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. — Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia asi:

CAPÍTULO XL

DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL CAUTIVO

Soneto

Almas dichosas, que del mortal velo libres y esentas por el bien que obrastes, desde la baja tierra os levantastes á lo más alto y lo mejor del cielo.

Y ardiendo en ira y en honroso celo, de los cuerpos la fuerza ejercitastes, que en propia y sangre ajena colorastes el mar vecino y arenoso suelo.

Primero que el valor, faltó la vida en los cansados brazos; que muriendo, con ser vencidos llevan la victoria;

Y esta vuestra mortal triste caida, entre el muro y el hierro, os va adquiriendo fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

^(*) Hubo de padecerse error de copia ó de imprenta en este pasaje, porque el sentido exige que el caballero contestara al cautivo: «Pues así fué»; y as í lo escribiría muy probablemente Cervantes.

حند تعسنت . •

— Desa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. — Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice asi:

Soneto

De entre esta tierra estéril derribada, destos torreones por el suelo echados, las almas santas de tres mil soldados subieron vivas á mejor morada,

Siendo primero en vano ejercitada la fuerza de sus brazos esforzados, hasta que al fin, de pocos y cansados, dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido de mil memorias lamentables lleno en los pasados siglos y presentes;

Más no más justas de su duro seno habrán al claro cielo almas subido, ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos; y el cautivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron; y prosiguiendo su cuento dijo: — Rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal, que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con más brevedad y menos trabajo, la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas: y todo aquello que había quedado en pie de la fortificación nueva que había hecho el Fratin, con mucha facilidad vino à tierra. En resolución; la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora; y de alli à pocos meses murió mi amo el Uchali, al cual llamaban «Uchali Fartax,» que quiere decir en lengua turquesca el renegado tiñoso, porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya; y esto es, porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana; y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso, bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor catorce años; y á más de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe: y

fué tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino & ser rey de Argel, y después à ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorio. Era calabrés de nación, y moralmente fué hombre de bien; y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales, después de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que también es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los más hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe à un renegado veneciano, que siendo grumete de una gran nave, le cautivó el Uchali, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos; y él vino á ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azán Aga, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intención; luego, sin abandonarme, fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto, entretenia la vida encerrado en una prisión ó casa que los turcos llaman «baño», donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey, como de algunos particulares, y los que llaman del «almacén», que es como decir cautivos, del Consejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace, y en otros oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad; que como son del común y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque alli los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, sino es cuando se tarda su rescate, que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo. Yo, pues, era uno de los de rescate; que como se supo que era

capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y asi pasaba la vida en aquel baño, con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto, como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel; y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya, ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él, un soldado español llamado tal de Saavedra el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que tuera parte para entreteneros y admiraros, harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prisión, caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y aún éstas, se cubrian con celosias muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia, estando en un terrado de nuestra prisión con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demás cristianos habían salido à trabajar), alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecía una caña, y al remate della puesto un lienzo atado; y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban, ó lo que hacían; pero asi como llegó, alzaron la caña y la movieron á los dos lados, como si dijera no con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mi companeros y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente tué el tercero, y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo

yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y así como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió á mis pies, dentro del baño. Acudi luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro del venían diez zianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento, la admiración de pensar de donde podía venirnos aquel bien, como especialmente á mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sinó á mí, claro decían que á mi se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvime al terradillo, miré la ventana y vi que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con esto entendimos ó imaginamos que alguna mujer que en aquella casa vivia, nos debia de haber hecho aquel benefico; y en señal de que lo agradecíamos hicimos zalemas á uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De alli à poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas; y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legitimas mujeres sus mismos amos; y aún lo tienen à ventura, porque las estiman en más que las de su nación. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso; y asi, todo nuestro entretenimiento desde alli adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamās hubo quien nos dijese otra cosa, sino que alli vivia un moro principal y rico llamado Agimorato, alcaide que había sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; más cuando más descuidados estábamos de que por alli habian de llover más zianiis, vimos à deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo más crecido; y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada, solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la

caña sino à mi, porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo; y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz; tomé los escudos; volvíme al terrado; hicimos todos nuestras zalemas; tornó á parecer la mano; hice señas que lecría el papel; cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido: y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el desco que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo levese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban á guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse à tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden. como el tal renegado es hombre de bien; y que siempre ha hecho bien à cristianos; y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fées con buena intención; otros se sirven dellas acaso y de industria; que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian; el cual era de quedarse en tierra de cristianos; y que por eso venian en corso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven à Berberia à ser lo que antes eran. Otros bay, que usan destos papeles y los procuran con buen intento; y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho, era este amigo, el cual tenía firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo. Supe que sabía muy bien arábigo, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntéle si lo entendía: díjome que muy bien, y que si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dimosle luego lo que pedía, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo:-Todo lo que va aquí en romance sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir, que donde dice «Lela Marién,» quiere decir: «Nuestra Señora la Virgen María». Leimos el papel, y decia asi:

« Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual « en mi lengua, me mostró la zala cristianesca, y me dijo « muchas cosas de Lela Marién. La cristiana murió, y yo sé « que no fué al fuego, sino con Alá, porque después la vi « dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á « ver à Lela Marién, que me queria mucho. No sé yo como « vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y nin-« guno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy her-« mosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar con-« migo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá « mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará « nada, que Lela Marién me dará con quien me case. Yo « escribi esto, mira à quien lo das à leer; no te fies de nin-« guno moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha « pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque « si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo, y me « cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata alli la « respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dimelo « por señas, que Lela Marién hará que te entienda. Ella y « Alà te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que « asi me lo mandó la cautiva».

Mirad, señores, si es razón que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente à alguno de nosotros se había escrito; y así nos rogó, que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas, juró por el Dios que aquella imagen representaba, en quién él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecía, y casi adevinaba, que por medio de aquella que aquel papel había escrito, había él y todos nosotros de tener libertad; y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia su madre, de quién, como miembro podrido, estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tanta lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos, de un mismo parecer, consentimos y venimos en declarar

a verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivía. Acordamos ansimismo, que sería bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fui notando, que puntualmente fueron las que diré; porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto, lo que á la mora se le respondió fué esto:

« El verdadero Ala te guarde, señora mia, y aquella ben-« dita Marién, que es la verdadera madre de Dios, y es la « que te ha puesto en corazón que te vayas á tierra de cris-« tianos, porque te quiere bien. Ruégale tu que se sirva « de darte á entender cómo podrás poner por obra lo que « te manda, que ella es tan buena, que si hará. De mi parte « y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te « ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos hasta morir. « No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, « que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha « dado un cristiano cautivo, que sabe hablar y escribir tu len-« gua, tan bien como lo verás por este papel. Así que, sin tener « miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que « dices, que si fueres à tierra de cristianos, que has de ser « mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe « que los cristianos cumplen lo que prometen, mejor que los « moros. Alá, y Marién su madre, sean en tu guarda, señora « mia.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días á que estuviese el baño sólo, como solía; y luego salí al paso acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecía; que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podía ver quien la ponia, mostré el papel, como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco, tornó á parecer nuestra estrella, con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alcéla yo; y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más, doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche, volvió nuestro renegado, y nos digo que había sabido que en aquella

casa, vivia el mismo moro que á nosotros nos habían dicho que se llamaba Agimorato, riquisimo por todo extremo; el cual tenia una sola hija, heredera de toda su hacienda; y que era común opinión en toda la ciudad, ser la más hermosa mujer de la Berberia; y que muchos de los virreyes que alli venian, la habian pedido por mujer; y que ella nunca se habia querido casar; y que también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto, todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en qué orden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos; y en fin se acordó, por entonces, que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse Maria: porque bien vimos, que ella y no otra alguna, era la que habia de dar medio à todas aquellas dificultades. Después que quedamos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasión, que cuatro dias tardase en parecer la caña; al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicisimo parto prometia. Inclinóse á mi la caña y el lienzo; hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba alli el renegado, dimosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:

« Yo no sé, mi señor, cómo dar órden que nos vamos 🛦 « España, ni Lela Marién me lo ha dicho, aunque yo se lo « he preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré « por esta ventana muchisimos dineros de oro; rescataos « vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de « cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demás; « y á mí me hallarán en el jardin de mi padre, que está á « la puerta de Babazón, junto á la marina, donde tengo de « estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de « alli, de noche, me podréis sacar sin miedo, y llevarme 🛦 ia « barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino, yo « pediré à Marién que te castigue. Si no te flas de nadie que « vaya por la barca, rescatate tú y vé, que yo sé que vol-« verás mejor que otros, pues eres caballero y cristiano. « Procura saber el jardin, y cuando te pasees por ahi, sabré « que está solo el baño y te daré mucho dinero. Alá te guarde, « señor mio.»

Esto decia y contenia el segundo papel; lo cual, visto por

todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y también yo me ofrecì à lo mismo; à todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad, hasta que fuesen todos juntos; porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres, las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando à uno que fuese à Valencia o Mallorca, con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habían vuelto; porque de la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmación de la verdad que nos decia; nos contó brevemente un caso, que casi en aquella misma sazón habia acaecido á unos caballeros cristianos; el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiración. En efecto, él vino á decir, que lo que se podía y debía hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar alli en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarles á todos; cuanto más, que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilisima cosa aun embarcarse en la mitad del dia; y que la dificultad que se ofrecia mayor era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso; porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse à tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente, con hacer que un moro tangerino fuese à la parte con él en la compania de la barca y en la ganancia de las mercancias; y con esta sombra, él vendria à ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que á mi y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca à Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que si no haciamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner à peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y asi, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida, diciéndole que hariamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien, como si Lela Marién se lo hubiera dicho; y que en ella sola estaba, dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció à estar solo el baño, en diversas veces, con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer ejuma, que es el viernes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese, nos daria màs dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daría cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tantos que no le echaria menos, cuanto más, que ella tenía las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sasón se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra; dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagarian mi rescate, porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al rey, que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus granjeria lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atrevi à que luego se desembolsase el dinero. El jueves, antes del viernes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso, buscase ocasión de ir allá y verla. Respondile en breves palabras que asi lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos à Lela Marién con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mi rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que puesto que el ser ellos quien eran, me podia asegurar deste temor, con todo esto, no quise poner el negocio en aventura; y asi los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza; al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

CAPÍTULO XLI

DONDE TODAVÍA PROSIGUE EL CAUTIVO SU SUCESO

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está treinta leguas de Argel hacía la parte de Orán, en el cual hay mucha contratación de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañia del tagarino que habia dicho. «Tagarinos» llaman en Berbería á los moros de Aragón, y á los de Granada «mudéjares»; y en el reino de Fez llaman à los mudéjares «elches»; los cuales son la gente de quien aquel rey se sirve más en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardín donde Zoraida esperaba, y alli, muy de propósito, se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo; ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas à lo que pensaba hacer de veras: y así se iba al jardin de Zoraida y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle: y aunque el quisiera hablar à Zoraida, como el después me dijo, y decille que él era el que por orden mía la habia de llevar à tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible; porque las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido ó su padre se lo manden. De cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar, aún más de aquello que seria razonable; y á mí me hubiera pesado que él la hubiera hablado, que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia; el cuál, viendo cuán seguramente iba y venía á Sargel, y que daba fondo cuándo y cómo y adónde quería, y que el tagarino su compañero no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles quería traer conmigo fuera de los rescatados; y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé á doce españoles, todos valientes, hombres de remo, y de aquellos que más libremente podían salir de la ciudad; y no fué poco

hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso; y se habían llevado toda la gente de remo; y estos no se hallaran, si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso, à acabar una galeota que tenia en astillero; à los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viérnes, en la tarde, se saliesen uno á uno disimuladamente; y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato; y que alli me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno di este aviso de por si, con orden que aunque alli viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenía; y era la de avisar à Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso; que no se sobresaltase, si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podía imaginar que la barca de cristianos podía volver. Y así, determiné de ir al jardín y ver si podia hablarla; y con ocasión de coger algunas yerbas, un dia, antes de mi partida, fui allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aún en Constantinopla se halla (*) entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos. Digo, pues, que en esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardín, y de quién era. Respondile que era esclavo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era un grandisimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente, si era hombre de rescate ó no, y que cuanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me había visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego cuando su padre vió que venía y de despacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa séria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida

^(*) En todas las ediciones del tiempo de Corvantes dice así el texto; pero la Academia lo corrigió en su primera edición (1780) poniendo: «se habla entre cautivos».

Ko 2

Zoraida se mostró á mis ojos: sólo diré, que más perlas pendian de su hermosisimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenía en la cabeza. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que asi se llamaban las manillas ó ajorcas de los pies en morisco) de purisimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo después, que su padre los estimaba en diez mil doblas; y las que traia en las muñecas de las manos, valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar; y asi hay más perlas y aljófar entre moros, que entre todas las demás naciones; y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia; y de tener asimismo más de doscientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar cual debia de ser en las prosperidades; porque ya se sabe que la hermosura de algunas mujeres tiene dias y sazones; y requiere accidentes para disminuirse ó acrecentarse; y es natural cosa, que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las más veces la destruyen. Digo, en fin, que entonces llegó en todo extremo aderezada, y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mi pareció serlo la más que hasta entonces habia visto; y con esto, viendo las obligaciones en que me había puesto, me parecia que tenia delante de mi una deidad del cielo, venida à la tierra para mi gusto y para mi remedio. Asi como ella llegó, le dijo su padre, en su lengua, como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mami, y que venia à buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondi que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habia dado por mi, mil y quinientos «zoltaniz»; à lo cual ella respondió: — En verdad que si tu fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos: porque vosotros, cristianos, siempre mentis en cuanto decis, y os haceis pobres por engañar a los moros. - Bien podia ser eso, señora, le respondi; más en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la traté y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. — ¿Y cuándo te vas? dijo Zoraida. — Mañana creo yo, dije, porque está aqui un bajel de Francia, que se hace mañana à la vela y pienso irme con él

— No es mejor, replicó Zoraida, esperar a que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? — No, respondi yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavia yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. — Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso descas ir á verte con tu mujer. — No soy, respondi yo, casado; más tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. — Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. — Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece à ti mucho. Desto se rio muy de veras su padre, y dijo: — Gualá, cristiano, que debe de ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; sino, mirala bien, y verás como te digo verdad. Servianos de intérprete à las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho alli se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras.

Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces, que por las bardas ó paredes del jardin, habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque común y casi natural, el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados; los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo, pues, que dijo su padre à Zoraida: — Hija, retirate à la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú cristiano, busca tus yerbas, y vete en buen hora, y llévete Alá con bien 🛦 tu tierra. Yo me incliné, y él se fué à buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado, pero apenas él se encubrió por los árboles del jardin, cuando ella, volviéndose 🛦 mi llenos los ojos de lágrimas, me dijo: «amejí, cristiano, ameji- que quiere decir: vaste, cristiano, vaste. Yo la respondi: — Señora, si, pero en ninguna manera sin ti: el primer jumă me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos à tierra de cristianos. Yo le dije esto de

manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasamos; y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hacia la casa; y quiso la suerte, (que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera), que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir à los turcos, nos vió de la suerte y manera que ibamos, y nosotros vimos que él nos había visto: pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mi y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba; y yo asimismo di á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos; y viendo á su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: - Sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado; y quitándola del mio la arrimó á su pecho; y ella dando un suspiro y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió à decir: «Amejí» cristiano, «ameji», vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: - No importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningún mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. — Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre: más pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia, volveré, si fuese menester, por verbas à este jardin, que según dice amo, en ninguno las hay mejores para ensalula que en él. — Todas las que quisieres podrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú, ni ninguno de los cristianos, la enoiaban; sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus verbas. Con esto me despedi al punto de entram bos, y ella, arrancándose el alma al parecer, se fué con su padre; y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y à mi placer todo el jardin: miré bien les entrades y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podla ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine y di cuenta de cuanto había pasado al renegado y a mis com paneros; y ya no veia la hora de verme gozar, am aubreanto, del bien que en la hermosa y bella Zoraida, la aqueta me ofrecia. En fin, el tiempo se paso, y se llego el dia y plase da

nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habiamos dado, tuvimos el buen suceso que deseabamos; porque el viérnes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado, al anochecer, dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosisima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habían de hogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardandome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado; sino que pensaban que, á fuerza de brazos, habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida à los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando à nosotros. Esto era ya à tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudamos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero a los moros tagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro renegado, diciendonos que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandisima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podiamos ir por Zoraida. Parecianos bien a todos lo que decia; y así sin detenernos más, haciendo él la guía, llegamos al bajel; y saltando él dentro primero, metió mano á un alfanje, y dijo en morisco:-Ninguno de vosotros se mueva de aqui, si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ninguna tenían, se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos; los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros, que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarían todos à cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia de ellos la mitad de los nuestros, y los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad,

como si cerrada no estuviera; y así con gran quietud y silencio, llegamos à la casa sin ser sentidos de nadie.

Estaba la bellisima Zoraida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos nizarani, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondi que si y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto à encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano, y la comencé à besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demás que el caso no sabian, hicieron lo que vieron que nosotros haciamos, que no parecía sino que le dábamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca, si estaba su padre en el jardín. Ella respondió que sí y que dormía. — Pues será menester despertalle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín. — No, dijo ella, á mi padre no se ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que vo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos; y esperaos un poco y lo veréis; y diciendo esto, se volvió a entrar diciendo que muy presto volvería, que nos estuviéramos quedos sin hacer ningún ruido. Preguntéle al renegado lo que con élla había pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se había de hacer más de lo que Zoraida quisiese, la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin; y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces, comenzó á decir en arábigo:—Cristianos, cristianos, ladrones, ladrones; por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el renegado, viendo el peligro en que estábamos; y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandisima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á la Zoraida, que como desmayada se había dejado caer en mis brazos. En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca: que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla, le había de costar la vida. Cuando su hija lo vió, se cubrió los ojos por no verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuán de su voluntad se había puesto en nuestras manos: más entonces, siendo más necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habían quedado, nos esperaban temerosos de algún mal suceso nuestro. Apenas serían dos horas pasados de la noche, cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. El, como vió alli à su hija, comenzó à suspirar ternisimamente, y más cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, ni quejarse, ni esquivarse, se estaba queda; pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacía. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli á su padre y á los demás moros 'que atados estaban; le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo à un padre que tanto la había querido. El renegado me lo dijo, y yo respondi que era muy contento, pero él respondió que no convenía, à causa de que si alli los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serian causa que saliesen á buscallos con algunas fragatas ligeras, y les (*) tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podría hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoraida, a quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian à no hacer luego lo que queria, también se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazón, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana

^(*) En todo este perío lo se revela la incuria con que fueron impresas las ediciones publicadas en vida de Cervantes. Por defecto de copia 6 por descuido de los correctores se dejó equivocado el sentido de este pasaje que el autor debió escribir en esta forma: «serían causa que saliesen á buscarnos « con algunas fragatas ligeras y nos tomasen la tierra....»

y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la dorrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra à tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas de Argel; y asimismo temiamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venían con mercancía de Tetuán, aunque cada uno por si y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancia, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, más que tomariamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos por no ver á su padre, y sentía yo que iba llamando á Lela Marién que nos ayudase.

Bien habriamos navegado treinta millas, cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo esto nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo más sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse orden que se bogase á cuarteles en tanto que comiamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diese de comer los que no bogaban, que ellos no querían soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á hacer luego vela y á dejar el remo, y enderezar á Orán, por no ser posible hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así, á la vela navegamos por más de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló, diciéndoles como no iban cautivos; que en la primera ocasión les darían libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: - Cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer de vuestra liberalidad y buen término, oh cristiano; más el darme libertad, no me tengáis por tan simple que lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitármela, para volverla tan liberalmente; especialmente sabiendo quién soy yo y el interese que se os puede seguir de dármela; el cual interene, ni le queréin poner nombre, desde aqui os ofrezco todo aquello que quiniérades por mi y por esa desdichada hija mia, ó sino por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo

esto, comenzó à llorar tan amargamente, que à todos nos movió á compasión, y forzó à Zoraida que le mirase; la cual viéndole llorar asi, se enterneció, que se levantó de mis pies y fué à abrazar à su padre, y juntando su rostro con el suyo, comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los alli ibamos le acompañamos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre si, le dijo en su lengua:—¿Qué os esto, hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventura más favorable? Respóndeme 🛦 esto, que me tiene más suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia à su hija nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solía tener sus joyas, el cual sabía él bien que le había dejado en Argel, y no traídole al jardín, quedó más confuso, y preguntóle que cómo aquél cofre había venido á nuestras manos, y qué era lo que venía dentro. A lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondise, le respondió:—No te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija, tantas cosas, porque, con una que yo te responda, te satisfaré à todas; y así quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aqui de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. – ¿Es verdad, lo que éste dice hija? dijo el moro. – Asi es, respondió Zoraida.—¿Qué, en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? A lo cual respondió Zoraida:—La que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto, porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mi bien.—¿Y qué bien es el que te has hecho, hija?-Eso, respondió ella, preguntaselo tú á Lela Marién, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apenas hubo oído esto el moro, cuando con una increible prezteza se arrojó cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo y embarazoso que trafa no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y así acudimos luego todos, y asiéndole de la almalafa, le sacamos medio ahogado y sin sentido, de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvimosle boca abajo, volvió mucha agua, tornó en si al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hacia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; más quiso nuestra buena suerte, que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala mujer cristiana; y es tradición entre los moros, que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió Espana, porque cava en su lengua quiere decir mujer mala, y rumia, cristiana; y aun tienen por mal aguero llegar alli a dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello; porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala mujer, sino puerto seguro de nuestro remedio, según andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano: comimos de lo que el renegado había proveido, y rogamos á Dios y á nuestra Senora, de todo nuestro corazón, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin à tan dichoso principio. Dióse orden à suplicación de Zoraida, como echásemos en tierra á su padre y á todos los demás moros que alli atados venían porque no le bastaba el ánimo, ni lo podían sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corría peligro el dejallos en aquel lugar, que era despoblado.

No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos à que tornásemos alegres à proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto, desatamos à los moros, y uno à uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando à desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo:-¿Por qué pensais, cristianos que esta mala hembra huelga de que me déis libertad? ¿Pensais que es por piedad que de mi tiene? No por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dara mi presencia, cuando quiera poner en ejecución sus malos deseos; ni penséis que la ha movido à mudar religión entender ella que la vuestra à la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad más libremente

que en la nuestra: y volviéndose à Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido, porque algún desatino no hiciese, le dijo: — Oh infame moza y mal aconsejada muchacha; ¿dónde vas ciega y desatinada en poder de estos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, di priesa a ponelle en tierra, y desde alli à voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase: y cuando por habernos hecho á la vela no podimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; más una vez esforzó la voz de tal manera, que podimos entender que decia:-Vuelve, amada hija, vuelve à tierra, que todo te lo perdono, entrega á esos hombres ese dinero, que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tu le dejas. Todo lo cual escuchaba Zoraida, y todo lo sentía y lloraba, y no supo decirle ni respondelle palabra, sino:—Plega à Alà, padre mio, que Lela Marién, que ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien, que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque que quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, según la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mime parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre, la oia, ni nosotros ya le veiamos; y asi consolando yo & Zoraida, atendimos todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera, que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Más como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algún mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija había echado, (que siempre se han de temer de cualquier que padre sean), quiso digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timón, delante de

nosotros atravesaba, y esto tan cerca, que nos fué preciso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timón para darnos lugar que pasásemos. Habianse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adónde navegábamos, y de dónde veniamos; pero por preguntarnos eso en lengua francesa, dijo nuestro renegado:—Ninguno responda, porque éstos sin duda son corsarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco adelante, que ya el bajel quedaba à sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y à lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con él y con la vela en el mar; y al momento, disparando otra pieza, vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo, comenzamos todos á dar grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro: y viendo cuán pocos éramos, y como el bajel se hundía, nos recogieron, diciendo que por haber usado de la descortesia de no respondelles, nos habia sucedido aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar, sin que ninguno échase de ver en lo que hacia. En resolución, todos pasamos con los franceses, los cuales después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y à Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los pies; pero no me daba á mi tanta pesadumbre la que à Zoraida daban, como me la daba el temor que tenía de que habian de pasar del quitar de las riquisimas y preciosisimas joyas, al quitar de la joya que más valía y ella más estimaba. Pero los deseos de aquella gente no se estienden a mas que al dinero, y desto jamàs se ve harta su codicia, lo cual entonces llegó à tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algún provecho les fuera; y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen à la mar envueltos en una vela, porque tenían intención de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretonea, y al noa llevaban vivos serian castigados, siendo descublerto su hurto; más el capitán, que era el que habia despojado a mi querida

Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía, y que no quería tocar en ningún puerto de España, sino irse luego à camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la Rochela, de donde habia salido. Y asi se tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navio, y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron otro día ya á vista de tierra de España; con la cual vista, y alegría, todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de mediodía podria ser, cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho: y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosisima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dimosles las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo, siguiendo la derrota del estrecho; nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, que al poner del sol, estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, & nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche; pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra como á muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así, asegurariamos el temor que de razón se debia de tener, que por alli anduviesen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berberia, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco; y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcasemos donde pudiésemos. Hízose asi y poco antes de la media noche seria, cuando llegamos al pie de una disformisima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos & tierra y besamos el suelo; y con lágrimas de muy alegrísimo contento, dimos todos gracias á Dios, Señor nuestro, por el bien tan incompable que nos había hecho en nuestro viaje. Sacamos de la barca los bastimentos que tenía, tirámosla en

tierra, y subimos un grandisimo trecho en la montaña, porque aún alli estábamos, y aún no podiamos asegurar el pecho ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía. Amaneció más tarde, á mi parecer, de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algún poblado se descubria ó algunas cabañas do pastores: pero aunque más tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda, ni camino descubrimos.

Con todo esto, determinamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quién nos diese noticia della. Pero lo que à mi mas me fatigaba, era el ver ir à pie à Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba à ella mi cansancio, que la reposaba su reposo, y así, nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo sumpro de la mano, poco menos de un cuarto de legua debiamos de haber andado, cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado; y mirando todos con atención si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimon voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y à lo que después supimos, los primeros que à la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida; y como el los vio en hábito de moros, pensó que todos los de la Berlæria estaban sobre él, y metiéndose con extrana ligereza por el houque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: - Moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma. Con estas voces quedamos todos confusios, y no sablamos que hacernos; pero considerando que las voves del pastor habian de alborotar la tierra, y que la calmileria de la comia habia de venir luego à ver la que era, mairamina que el remembre se desnudase las rupas de turezo, y se vistieme um mento lo casaca de cautivo, que uno de membrem le del luego, anoque se quedó en enuisa: y nsi. enermuenthadrara à l'ura, tumura por el mismo camino que visuos que el paston la valor, enperando siempre enindo inidia de ana moine analore la anton lleria de la costa. Y un sur cugusto numbro pronumento. porque ain no habrina parasa des herras a anale, habitatule, ya salido de aquellas markas à ve linar, dem persure lumbs cinculate talabase you was your property contratal to make rienda, à mouseur en romant ; moi, eller, ell remit ente emen

vimos quedos aguardándolos; pero como elios liegaron y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno dellos nos pregunto si éramos nosotros á caso la ocasión por que un pastor había apellidado arma. Si, dije yo, y queriendo comenzar à decirle mi suceso, y de dónde veniamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al jinete que nos había hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir más palabra:-Gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante, tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciéndole:—Sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco; ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aún viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sablamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañia, comprendo que habéis tenido milagrosa libertad. — Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos à la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, díciéndoles dónde la habiamos dejado; otros nos subieron à las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha å ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, ansi con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la afición entonces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no había en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos à la iglesia à dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zoraida, dijo que alli habia rostros que se parecian à los de

Lela Marién. Dijimosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo, le dió el renegado à entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fuera cada una dellas la misma Lela Marién que la había hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fàcil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde alli nos llevaron y repartieron à todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoraida y á mí, nos llevó el cristiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis días estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su información de cuanto le convenía, se fué á la ciudad de Granada à reducirse por medio de la Santa Inquisición al gremio santisimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoraida y yo con sólo los escudos que la cortesia del francés le dió à Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira, y me mueve à servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace, no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mi sé decir que quisiera habérosla contado más brevemente, puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII

QUE TRATA DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ EN LA VENTA, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE

Calló en diciendo esto el cautivo, a quien don Fernando dijo: - Por cierto, señor capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden à quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, don Antonio (*) y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció don Fernando, que si quería volverse con él, que él haria que el marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida; y que él, por su parte, le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que á su persona se debía. Todo lo agradeció cortesisimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche; y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. — Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habían entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aqui viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: — Señor, lo que en ello hay es, que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que si debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar 🛦 su merced.

— Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habian salido del coche un hombre, que en el traje, mos-

^(*) Segun el texto, nadie se llamaba Antonio, de cuantos, en el momento de la narración se encontraban en la venta. Debe pues suponerse ó que Cervantes escribió «Don Fernando» en vez de Don Antonio, ó que en este punto pasó de ligero y descuidado sobre lo que anteriormente había dicho.

tró luego el oficio y cargo que tenia; porque la ropa luenga con las manos arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que à todos puso en admiración su vista; de suerte, que á no haber visto á Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura, como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: — Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar à las armas y à las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella à quien deben no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aqui hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de don Quite, à quien se puso à mirar muy de propósito; y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó à admirar de nuevo cuando vió delante de si à Luscinda, Dorotea y à Zoraida; que à las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les había dado de la hermosura de la doncella, habían venido á verla y à recebirla; pero don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba; y las hermosas de la venta dieron la bien llegada à la hermosa doncella. En resolución, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la postura de don Quijote le desatinaban; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchón ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda; y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron

aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió el oidor, le dió saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó à uno de los criados que con él venían, que cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que había oído decir que era do un lugar de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado (*) y contento, llamando aparte á don Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificandoles que aquel oidor era su hermano. Habiale dicho también el criado, como iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo también como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre; y que él había quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendría para descubrirse, ó para conocer primero, si después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaria, ó le recebiria con buenas entrañas. — Déjeseme á mi el hacer esa experiencia. dijo el cura; cuanto más, que no hay pensar sino que vos, senor capitán, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. — Con todo eso, dijo el capitán, yo querría no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer. — Yo os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por si en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura. — Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que había en toda la infanteria española; pero tan-

^{(&#}x27;) «Alborozado y contento», se ha puesto aquí en muchas de las ediciones modernas del «Quijote» sustituyendo la palabra «alborotado» que escribió Cervantes. No han parado mientes los innovadores en que alborozado y contento expresan la misma idea, ni en que no cabe mayor propiedad en la palabra «alborotado» dada la extraordinaria excitación de ánimo en que había de hallarse el capitán, al dar con su hermano tras sus trabajos de cautivo.

to cuanto tenia de esforzado y valereses tenia de deadichado. - ¿Y cómo se llamaba ese capitàn, señor mio, pregunto el oldor. — Liamabase, respondió el cura, Ruy l'érea de l'indina, y era natural de un lugar de las montanas de lache, el cual me contó un caso, que à su padre con aux hermanes le habla sucedido, que á no contármolo un hombro tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas enen tan en invierno al fuego; porque me dijo que su padre labla dividido su hacienda entre tres hijos que tenta, y lea habla dado ciertos consejos mejores que los de Catón. Y no yo deele, que el que él escogió de venir à la guerra, le habla aucadide tan bien que en pocos años, por su valor y estuerzo, sin otro bra zo que el de su mucha virtud, subió à sor empitan de infan tería, y á verse en camino y predicamento de ser presto mass tre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, alli la perdió con porder la libertad en la felicisima jornada donde tantos la cohraron, que fué en la batalla de Lepanto; vo la perdi en la Goleta, y des pués, por diferentes succesos, nos hallamos camaradas en Coma tantinopla. Desde alli vino à Argel, donde se que le succette uno de los más extraños casos que en el mundo han suesdido. De aqui fué prosiguiendo el cura, y con brevedad ancinta contó lo que con Zoraida á su hermano había unesdido; à todo lo cual estaba tan atento el vidor, que ninguna vez habia aido tan oider come entenness. Will llegh of ones at course As cuando los franceses despejarem à les erextanes que un la time ca venian. y de la primeza y tieresidad en que un enminendo y la bermana mura haldan ipananti. An iin makka iin kundu sabido en qué haréas parado, a li haréas ingado à l'oyula & Bevadalia dia Isabepear & Permis Tran in the 44 Ages docin antiga encuentado sigo do sus torrisdos os agripados y mounts and an institution of the transformer against a page THERE TO THE AL THER LANGE LOYAGE A. In do no shower dam. do me zone ministra, o l'endudricata na sina la agria dija-

parecer le oistes. Yo segui el de las lecras, en las cuales Dios y mi diligencia, me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado à mi padre y à mi, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo, ansimismo, he podido con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el desco de saber de su hijo mayor; y pide à Dios, con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos succesos, se haya descuidado de dar noticia de si a su padre; que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo ahora me temo, es de pensar s¹ aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que vo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh, buen hermano mio, y quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Oh, quién llevara nuevas à nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berberia, que de alli te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh, Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y à las bodas que tanto gusto à todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decir el oidor lleno de tanta compasión, con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su Viendo pues el cura, que tan bien había salido con su intención y con lo que deseaba el capitán, no quiso tenerlos á todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ellos se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitán à ver lo que el cura quería hacer, que fué que tomándole à él asimismo de la otra mano, con entrambos à dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban, y dijo: — Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas y cólmese vuestro desco de todo el bien que acertare desearse, pues tenéis delante à vuestro buen hermano y à vuestra bueسعاقه بالمساحة

na cuñada: éste que aqui véis, es el capitán Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo; los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitán à abrazar à su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo más apartado; más cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse. Alli, en breves razones, se dieron cuenta de sus sucesos; alli mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos; alli abrazó el oidor à Zoraida; alli la ofreció su hacienda; alli hizo que la abrazase su hija; alli la cristiana hermosa y la mora hermosisima renovaron las lágrimas de todos. Alli don Quijote estaba atento sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla; y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese à hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, à causa de tener nuevas que de alli à un mes partia flota de Sevilla à la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que della les quedaba. Don Quijote se ofreció à hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante ó otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recojidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta à hacer la centinela del castillo, como lo había prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, à cuyo lado dormía doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sóla, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusión muy atentas, llegó à la puerta del aposento Cardenio, y dijo: — Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. — Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto:

CAPÍTULO XLIII (*)

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MU-LAS, CON OTROS EXTRAÑOS ACAECIMIENTOS EN LA VENTA SUCEDIDOS.

> Marinero soy de amor, y en su piélago profundo, navego sin esperanza de llegar à puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella que desde lejos descubro, más bella y resplandeciente que cuantas vió Palinuro.

Yo no sé adónde me guia, y asi, navego confuso, el alma á mirarla atenta, cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes, honestidad contra el uso, son nubes que me la encubren, cuando más verla procuro.

¡Oh, clara y luciente estrella, en cuya lumbre me apuro!

^(*) No existe en la edición principe del Quijote» la división de este capítulo. El texto del anterior se halla unido á la canción del mozo de mulas. Hasta la edición de 1608 no apareció la separación del Capítulo XLIII, con el enunciado de su asunto, tal como aquí se inserta.

al punto que te me encubras, será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: — Perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizás habrás oído en toda tu vida. Clara despertó toda sonolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo à preguntar, ella se lo volvió à decir, por lo cual estuvo atenta Clara: pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: -- ¡Ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertaste? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico. — ¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. — No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho à la discreción que sus pocos años prometían, y asi le dijo: — Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaráos más, y decidme ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder, por acudir à vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna à su canto. — Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que también se admiró Dorotea, la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

> Dulce esperanza mia, que rompiendo imposibles y malezas, sigues firme la vía que tú misma te finges y aderezas: no te desmaye el verte à cada paso junto al de tu muerte.

CAPÍTULO XLII

QUE TRATA DE LO QUE MÁS SUCEDIÓ EN LA VENTA, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS DIGNAS DE SABERSE

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien don Fernando dijo: - Por cierto, señor capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden à quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, don Antonio (*) y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció don Fernando, que si quería volverse con él, que él haria que el marqués su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida; y que él, por su parte, le acomodaria de manera, que pudiese entrar en su tierra con el autoridad y cómodo que à su persona se debia. Todo lo agradeció cortesisimamente el cautivo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche; y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quien la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado. — Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habían entrado, no ha de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda, y dijo: — Señor, lo que en ello hay es, que no tengo camas; si es que su merced del señor oidor la trae, que si debe de traer, entre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced.

— Sea en buen hora, dijo el escudero; pero à este tiempo ya habian salido del coche un hombre, que en el traje, mos-

^(°) Segun el texto, nadie se llamaba Antonio, de cuantos, en el momento de la narración se encontraban en la venta. Debe pues suponerse ó que Cervantes escribió «Don Fernando» en vez de Don Antonio, ó que en este punto pasó de ligero y descuidado sobre lo que anteriormente había dicho.

tró luego el oficio y cargo que tenía; porque la ropa luenga con las manos arrocadas que vestia, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que à todos puso en admiración su vista; de suerte, que a no haber visto a Dorotea y á Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creveran que otra tal hermosura, como la desta doncella, dificilmente pudiera hallarse. Hallóse don Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió, dijo: — Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar à las armas y à las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura como la traen las letras de vuestra merced en esta fermosa doncella à quien deben no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aqui hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: squi hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de don Quite, á quien se puso á mirar muy de propósito; y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó à admirar de nuevo cuando vio delante de si à Luscinda, Dorotea y à Zoraida; que à las nue vas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habla dado de la hermosura de la doncella, habían venido á verla y à recebirla; pero don Fernando. Cardenio y el cura le hicieron más llanos y más cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso, así de lo que veia, como de lo que escuchaba; y las hermosas de la venta dieron la bien lle gada à la hermosa doncella. En resolución, bien echo de ver el oidor que era gente principal toda la que alli estaba: pero el talle, visaje y la postura de don Quijote le desatinaban; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tantes. do la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estabaordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaran chón ya referido. y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y así fué contento el oldor que su hija, que era la doncella, se facese con acquellas setionas, lo que qua timo de muy buena gana: y eon parte de la estrecha cama des ventero, y con la mitad de la que el vider tent de acomedan

aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió el oidor, le dió saltos el corazón y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venían, que cómo se llamaba, y si sabía de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que había oído decir que era de un lugar de las montañas de León. Con esta relación y con lo que él había visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que había seguido las letras por consejo de su padre; y alborotado (*) y contento, llamando aparte á don Fernando, à Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificandoles que aquel oidor era su hermano. Habiale dicho también el criado, como iba proveído por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo también como aquella doncella era su hija, de cuyo parto había muerto su madre; y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendría para descubrirse, ó para conocer primero, si después de descubierto, su hermano, por verle pobre, se afrentaria, ó le recebiría con buenas entrañas. — Déjeseme á mí el hacer esa experiencia. dijo el cura; cuanto más, que no hay pensar sino que vos, senor capitán, seréis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. — Con todo eso, dijo el capitán, yo querría no de improviso, sino por rodeos, dármele á conocer. — Yo os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, eceto el cautivo y las señoras, que cenaron de por si en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura. — Del mismo nombre de vuestra merced, señor oidor, tuve yo una camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, la cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que había en toda la infanteria española; pero tan-

^{(&#}x27;) «Alborozado y contento», se ha puesto aquí en muchas de las ediciones modernas del «Quijote» sustituyendo la palabra «alborotado» que escribió Cervantes. No han parado mientes los innovadores en que alborozado y contento expresan la misma idea, ni en que no cabe mayor propiedad en la palabra «alborotado» dada la extraordinaria excitación de ánimo en que había de hallarse el capitán, al dar con su hermano tras sus trabajos de cautivo.

to cuanto tenía de esforzado y valeroso tenía de desdichado. - ¿Y cómo se llamaba ese capitán, señor mio, preguntó el oidor. - Llamábase, respondió el cura, Ruy Pérez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de León, el cual me contó un caso, que á su padre con sus hermanos le había sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan en invierno al fuego; porque me dijo que su padre había dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Catón. Y sé yo decir. que el que él escogió de venir á la guerra, le había sucedido tan bien que en pocos años, por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitán de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, alli la perdió con perder la libertad en la felicisima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto; yo la perdi en la Goleta, y después, por diferentes sucesos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde alli vino à Argel, donde sé que le sucedió uno de los más extraños casos que en el mundo han sucedido. De aqui fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano había sucedido: á todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez había sido tan oidor como entonces. Sólo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y de la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habían quedado, de los cuales no había sabido en qué habían parado, ni si habían llegado á España, ó llevádolos los franceses à Francia. Todo lo que el cura decia, estaba escuchando algo de alli desviado el capitán, y notaba todos los movimientos que su hermano hacía; el cual, viendo ya que el cura había llegado al fin de su cuento, dando un gran suspiro, y llenándosele los ojos de agua, dijo:

- ¡Oh, señor, si supiésedes las nuevas que me habéis contado, y cómo me tocan tan en parte, que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discreción y recato me salen por los ojos! Ese capitán tan valeroso que decís, es mi mayor hermano, el cual, como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mío, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, según os dijo vuestra camarada, en la conseja que á vu

parecer le oistes. Yo segui el de las lecras, en las cuales Dios y mi diligencia, me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico, que con lo que ha enviado á mi padre y á mi, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo, ansimismo, he podído con más decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre, muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor; y pide á Dios, con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos succsos, se haya descuidado de dar noticia de si à su padre; que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate. Pero de lo que yo ahora me temo, es de pensar si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que vo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh, buen hermano mio, y quién supiera agora dónde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Oh, quién llevara nuevas à nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras más escondidas de Berberia, que de alli te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mías! ¡Oh, Zoraida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! Quién pudiera hallarse al renacer de tu alma, y à las bodas que tanto gusto å todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decir el oidor lleno de tanta compasión, con las nuevas que de su hermano le habían dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura, que tan bien había salido con su intención y con lo que deseaba el capitán, no quiso tenerlos à todos más tiempo tristes; y así, se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida, la tomó por la mano, y tras ellos se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitán à ver lo que el cura quería hacer, que fué que tomandole à él asimismo de la otra mano, con entrambos à dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban, y dijo: — Cesen, señor oidor, vuestras lágrimas y cólmese vuestro desco de todo el bien que acertare desearse, pues tenéis delante à vuestro buen hermano y à vuestra buena cuñada: éste que aqui véis, es el capitán Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo; los franceses que os dije, los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostréis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitán á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo más apartado; más cuando le acabó de conocer, le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban, le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto más escribirse. Alli, en breves razones, se dieron cuenta de sus sucesos; alli mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos; alli abrazó el oidor á Zoraida; alli la ofreció su hacienda; alli hizo que la abrazase su hija; alli la cristiana hermosa y la mora hermosisima renovaron las lágrimas de todos. Alli don Quijote estaba atento sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballeria. Alli concertaron que el capitán y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla; y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que, como pudiese, viniese à hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de alli à un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolución, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que della les quedaba. Don Quijote se ofreció à hacer la guardia del castillo, porque de algún gigante ó otro mal andante follón no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del humor extraño de don Quijote, de que no poco gusto recibió. Sólo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y sólo él se acomodó mejor que todos, echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recojidas pues las damas en su estancia, y los demás acomodándose como menos mal pudieron, don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo había prometido. Sucedió pues, que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que les obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea, que despierta estaba, á cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que así se llamaba la hija del oidor. Nadie podía imaginar quién era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sóla, sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecía que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza; y estando en esta confusión muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio, y dijo: — Quien no duerme, escuche, que oirán una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta, que encanta. — Ya lo oimos, señor, respondió Dorotea, y con esto se fué Cardenio; y Dorotea, poniendo toda la atención posible, entendió que lo que se cantaba era esto:

CAPÍTULO XLIII (*)

DONDE SE CUENTA LA AGRADABLE HISTORIA DEL MOZO DE MU-LAS, CON OTROS EXTRAÑOS ACAECIMIENTOS EN LA VENTA SUCEDIDOS.

> Marinero soy de amor, y en su piélago profundo, navego sin esperanza de llegar á puerto alguno. Siguiendo yoy á una estre

Siguiendo voy á una estrella que desde lejos descubro, más bella y resplandeciente que cuantas vió Palinuro.

Yo no sé adónde me guía, y asi, navego confuso, el alma á mirarla atenta, cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes, honestidad contra el uso, son nubes que me la encubren, cuando más verla procuro.

¡Oh, clara y luciente estrella, en cuya lumbre me apuro!

^(*) No existe en la edición principe del «Quijote» la división de este capítulo. El texto del anterior se halla unido á la canción del mozo de mulas. Hasta la edición de 1608 no apareció la separación del Capítulo XLIII, con el enunciado de su asunto, tal como aquí se inserta.

al punto que te me encubras, será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y así moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole: - Perdóname, niña, que te despierte, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizas habras oído en toda tu vida. Clara despertó toda sonolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo à preguntar, ella se lo volvió à decir, por lo cual estuvo atenta Clara: pero apenas hubo oido dos versos, que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño, como si de algún grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea, le dijo: -- ¡Ay, señora de mi alma y de mi vida! ¿para qué me despertaste? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico. - ¿Qué es lo que dices, niña? Mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. — No es sino señor de lugares, respondió Clara, y el que él tiene en mi alma con tanta seguridad, que si él no quiere dejalle, no le será quitado éternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho à la discreción que sus pocos años prometian, y así le dijo: — Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaráos más, y decidme ¿qué es lo que decis de alma y de lugares, y deste músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder, por acudir à vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono, torna à su canto. — Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oille se tapó con las manos entrambos oídos, de lo que también se admiró Dorotea, la cual estando atenta à lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

> Dulce esperanza mia, que rompiendo imposíbles y malezas, sigues firme la via que tú misma te finges y aderezas: no te desmaye el verte à cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
honrados triunfos, ni victoria alguna;
ni pueden ser dichosos
los que no contrastando à la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda caras, es gran razón, y es trato justo: pues no hay más rica prenda que la que se quilata por su gusto; y es cosa manifiesta, que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y ansí, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principió á nuevos sollozos Clara; todo lo cual encendía el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro; y asi le volvió à preguntar, qué era lo que le querià decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Luscinda no la oyese, abrazando estrechamente à Dorotea, puso su boca tan junto al oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y asi le dijo: — Este que canta, señora mia, es hijo de un caballero natural del reino de Aragón, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la corte. Y aunque mi padre tenía las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosias en el verano, yo no sé lo que fué ni lo que no, que este caballero, que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente, él se enamoró de mí, y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa con tantas señas y con tantas lágrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia, era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á entender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que ansi fuera, como sola y sin madre, no sabía con quién comunicallo, y asi lo dejé estar sin dalle otro favor sino era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo también, alzar un poco el lienzo ó la celosía, y dejarme ver toda, de lo que él hacía tanta

fiesta, que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo, y no de mi, pues nunca pude decirselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo, de pesadumbre; y asi el día que nos partimos, nunca pude verle para despedirme dél, siquiera con los ojos: pero á cabo de dos días que caminábamos, al entrar en una posada en un lugar una jornada de aqui, le vi à la puerta del mesón puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural, que si yo no le trujera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admiréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quién él siempre se esconde, cuando atraviesa por delante de mi, en los caminos y en las posadas do llegamos: y como yo sé quién es, y considero que por amor de mi viene a pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y á donde él pone los piés pongo yo los ojos. No sé con qué intención viene, ni como ha podido escaparse de su padre, que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece, como lo verá vuestra merced cuando le vea. Y más le sé decir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeza, que he oído decir que es muy grande estudiante y poeta: y hay más, que cada vez que le veo ó le oigo cantar, tiemblo toda y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera, que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mía, todo lo que os puedo decir deste músico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sólo ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas como decis, sino señor de almas y lugares como ya os he dicho. - No digáis más, señora doña Clara, dijo à esta sazón Dorotea, y esto besándola mil veces: no digáis más, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. — ¡Ay señora! dijo doña Clara, ¿qué fin se puede esperar, si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerà que aun yo no puedo ser criada de su hijo: cuanto más esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querría sino que este mozo se volviese y me dejase; quizá con no velle y con la gran distancia del camino que llevamos, se me aliviaria la pena que ahora llevo, aunque sé decir que este remedio que me imagino, me ha de aprovechar bien poco. No sé que diablos ha sido esto, ni por dónde se ha entrado este amor que le tengo,

siendo yo tan muchacha, y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el día de San Miguel que vendrá, dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea, oyendo cuan como niña hablaba doña Clara, á quien dijo: — Reposemos, señora, lo poco que creo que queda de la noche, y amanecerá Dios, y medraremos, ó mai me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormían la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo, haciendo la guardia, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco de tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar, por donde echaban la paja por de fuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas y vieron que don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzón, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma. Y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: — ¡Oh mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discreción, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimadamente, idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo, ¿y qué fará (*) agora la de tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por sólo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas de ella, joh luminaria de las tres caras! quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galeria de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algún balcón, está considerando cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazón padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente qué vida á mi muerte, y qué premio à mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar aprie-

^(*) Este «fará» (que muchos editores han cambiado por «hará») es una muestra de los muchos italianismos que usó Cervantes, apasionado cultor de la literatura italiana. Aparte de esto la voz «fará» es una forma anticuada del verbo hacer.

sa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver à mi señora, asi como la veas, suplicote que de mi parte la saludes, pero guardate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré más celos de ti, que tú los tuvistes de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces celoso y enamorado. A este punto llegaba entonces don Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: — Señor mío, lléguese acá la vuestra merced, si es servido. A cuyas señas y voz volvió don Quijote la cabeza, y vió à la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero que à él le pareció ventana, y aún con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta. Y luego en el instante, se le presentó en su loca imaginación, que otra vez, como la pasada, la doncella fermosa, bija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba à solicitarle; y con este pensamiento, por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas à Rocinante, y se llegó al agujero, y así como vió à las dos mozas, dijo: -- Lástima os tengo, fermosa señora, de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debéis dar culpa á ese miserable andante caballero, à quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad à otra que aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento y no queráis con significarme más vuestros deseos, que yo me muestre más desagradecido; y si del amor que me tenéis, hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla encontinente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. — No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritornes. — ¿Pues qué ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió don Quijote. — Solo una de vuestras hermosas manos, respondió Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido, tan à peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. —Ya quisiera yo

ver eso, respondió don Quijote: pero él se guardará bien deso, si ya no quiere hacer el más desastrado fin que padre hizo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle à Maritornes que sin duda don Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué à la caballeriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza y con mucha presteza se volvió á su aguejero, á tiempo que don Quijote se había puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar à la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferida doncella, y al darle la mano, dijo: — Tomad, señora, esa mano ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, à quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. — Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dujo: — Más parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la tratéis tan mal pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte venguéis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba, pues, como se ha dicho, de pie sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandisimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba à un cabo ó à otro, había de quedar colgado del brazo; y asi no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolución, viéndose don Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacía por via de encantamento, como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecia entre

si su poca discreción y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se había aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando han probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y asi no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, más él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueran en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese, y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podía sino estar en pie ó arrancarse la mano. Alli fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno; alli fué el maldecir de su fortuna; alli fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia, el tiempo que alli estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba; alli el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; alli fué el llamar à su buen escudero Sancho Panza, que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento no se acordaba en aquel instante de la madre que lo había parido; allí llamó á los sabios Lirgandeo y Alquife, que le ayudasen; alli invocó à su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado; y hacíale creer esto, ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beber, ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro más sabio encantador le desencantase. Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron à la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes; lo cual visto por don Quijote desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: — Caballeros ó escuderos ó quien quiera que seáis, no tenéis para que llamar á las puertas deste castillo, que asaz de claro está, que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo; desviaos à fuera, y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si será justo ó no que os abran. —¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es éste, dijo uno, para obligarnos à guardar esas ceremonias? Si sois eu el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes que no queremos más de dar cebada à nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa. — ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió don Quijote.—No sé de qué tenéis talle, respondió el otro; pero sé que decis disparates en llamar castillo à esta venta.—Castillo es, respondió don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia; y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza.

— Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañia de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y á donde se guarda tanto silencio como ésta, no creo yo que se alojen personas dignas de corona y cetro. — Sabéis poco del mundo, replicó don Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballeria andante. Cansábanse los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que don Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia; y fué de modo, que el ventero despertó y aun todos cuantos en la venta estaban y asi se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo, que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse à su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias; y asi no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de don Quijote, y resbalando de la silla, dieran con él en el suelo, à no quedar colgado del brazo: cosa que le causo tanto dolor, que creyó ó que la muñeca le cortaban, ó que ci brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio; porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirabase cuanto podia por alcanzar al suelo; bien asi como los que están en el tormento de la garrucha, puestos á toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco más que se estiren, llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV

DONDE SE PROSIGUEN LOS INAUDITOS SUCESOS DE LA VENTA

En efecto, fueron tantas las voces que don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta; salió el ventero despavorido à ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritornes, que ya había despertado à las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató, sin que nadie lo viese, el cabestro que á don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo à vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él, le preguntaron qué tenia, que tales voces daba, y, sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca; y levantándose en pie subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzón, y tomando buena parte del campo, volvió á medio galope diciendo: — Cualquiera que dijere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafio à singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de don Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiración, diciéndoles quién era don Quijote, y que no había que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero, si acaso había llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas, dando las mismas que traia el amante de doña Clara. El ventero respondió que había tanta gente en la venta, que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno de ellos el coche donde había venido el oidor, dijo: - Aquí debe de estar sin duda, porque éste es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros à la puerta, y entren los demás á buscalle; y aún sería bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. - Así se hará, respondió uno dellos, y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta, y el otro se fué à rodear la venta: todo lo cual veia el ventero, y no sabia atinar para qué se hacían aquellas diligencias puesto que bien creyó que buscaban aquel mozo cuyas señas le habían dado. Ya a esta sazón aclaraba el dia, y asi por esto, como por el ruido que don Quijote había hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente doña Clara y Dorotea,

que la una con sobresalto de tener tan cerca à su amante, y la otra con el deseo de verle, habían podido dormir bien mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso dél, ni le respondian à su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña; y si él hallara en las ordenanzas de su caballería, que licitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder, mal de su grado; pero por parecerle no convenirle ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner & Micomicona en su reino, hubo de callarse y estarse quedo, esperando à ver en qué paraban las diligencias de aquellos caminantes; uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie ni le buscase, ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo, y le dijo: — Por cierto, señor don Luis, que responde bien à quien vos sois el hábito que tenéis, y que dice bien la cama en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los sonolientos ojos, y miró despacio al que le tenía asido; y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto, que no acertó ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio; y el criado prosiguió diciendo: - Aqui no hay que hacer otra cosa, señor don Luis, sino prestar paciencia, y dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé otro al mundo; porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. — ¿Pues cómo supo mi padre, dijo don Luis, que yo venía este camino y en este traje? — Un estudiante, respondió el criado, á quien disteis cuenta de vuestres pensamientos, fué el que lo descubrió, movido à lástima de las que vió que hacía vuestro padre al punto que os echó menos; y así despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui á vuestro servicio, más contentos de lo que imaginar se puede, por el buen despacho con que tornaremos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. - Eso será como yo quisiere ó como el cielo ordenare, respondió don Luis. — ¿Qué habéis de querer, ó qué ha de ordenar el cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban, ovó el mozo de mulas junto á quien don Luis estaba, y levantándose de alli, fué á decir lo que pasaba à don Fernando y á Cardenio y á los demás, que ya vestido se

habían; à los cuales dijo como aquel hombre llamaba de don à aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver à casa de su padre, y el mozo no queria. Y con esto, y con lo que dél sabian de la buena voz que el cielo le habia dado, vinieron todos en gran deseo de saber más particularmente quién era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer; y asi, se fueron hacia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara toda turbada, llamando Dorotea à Cardenio aparte, le contó en breves razones la historia del músico y de doña Clara, à quien él también dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre: y no se dijo tan callando, que lo dejase de oir doña Clara, de lo que quedó tan fuera de si, que si Dorotea no llegara à tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dijo à Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian à buscar à don Luis dentro de la venta y rodeados dél, persuadiéndole que luego, sin detenerse un punto, volviese à consolar à su padre. El respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en el que le iba la vida, la honra, y el alma. Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningún modo volverian sin él, y que le llevarian quisiese ó no quisiese. -- Eso no harèis vosotros, replicó don Luis, si no es llevándome muerto, aunque de cualquier manera que me llevéis, será llevarme sin vida. Ya á esta sazón habian acudido á la porfia todos los más que en la venta estaban, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el oidor, el cura, el barbero y don Quijote, que ya le pareció que no había necesidad de guardar más el castillo. Cardenio como ya sabia la historia del mozo, preguntó à los que llevarle querian; que qué les movia à querer llevar contra su voluntad aquel muchacho. - Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia deste caballero queda à pellgro de perderla. A esto dijo don Luis: - No hay para qué no dé cuenta aqui de mis cosas; yo soy libre, y volveré si me dlere gusto; y si no, ninguno de vosotros me ha de hacer fueras. - Harásela á vuestra merced la razón, respondió el hombre, y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastara con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. — Sepamos que es esto de raiz, dijo à enta tiampo al al dor; pero el hombre, que lo conoció como vecino de su casa,

respondió: — ¿No conoce vuestra merced, señor oidor, á este caballero, que es el hijo de su vecino; el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad, como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el oídor más atentamente, y conocióle, y abrazándole dijo: — ¿Qué niñerias son éstas, señor don Luis, ó qué causas tan poderosas, que os hayan movido á venir desta manera, y en este traje, que dice tan mal con la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas à los ojos, y no pudo responder palabra al oidor; dijo (*) à los cuatro que se sosegasen, que todo se haria bien; y tomando por la mano á don Luis, le apartó à una parte, y le preguntó qué venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia ésta y otras preguntas, oyeron grandes voces à la puerta de la venta, y era la causa de ellas, que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; más el ventero, que atendia más á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeò su mala intención con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños: y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro más desocupado para poder socorrerle que à don Quijote, à quien la hija de la ventera dijo: — Socorra vuestra merced, señor cabaliero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. A lo cual respondió don Quijote muy despacio y con mucha flema: — Fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra petición, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura, en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me ha puesto. Más lo que yo podré hacer por serviros, es lo que ahora diré: corred, y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningún modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuita; que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacaré della. — ¡Pecadora de mil dijo & esto Maritornes, que estaba delante: primero que vuestra mer-

^{(&#}x27;) Nótase aquí defectuoso el sentido. Posiblemente el impresor de las primeras ediciones omitió la palabra «quien», ó tal vez las palabras cel cual», con lo que se completa el sentido de la narración.

teador de caminos. — Mentis, respondió Sancho, que no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos. Ya estaba don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero; y túvole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armalle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la orden de la caballeria. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: — Señores, asi esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y asi la conozco como si la hubiese parido, y ahi està mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le veniere pintiparada, yo quedaré por infame. Y hay más: que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron también una bacia de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aqui no se pudo contener don Quijote sin responder: y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: -Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacia á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se lo quité yo en buena guerra. y me hice señor dél con legitima y lícita posesión. En lo de la albarda no me entremeto, que en lo que en ello sabre decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razón si no es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería; para confirmación de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aqui el yelmo que este buen hombre dice ser bacia. - Pardiez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. — Haz lo que te mando, replicó don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué agdo estaba la bacía, y la trujo, y así como don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: — Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballeria que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber anadido en él ni quitado cosa alguna. — En eso no hay duda, dijo a

L.

entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabéis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero: si os parece que estas son partes para que os aventuréis á hacerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo; que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, más fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado; asi de haber oido el modo y la discreción con que don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el qué poder tomar en tan repentino y no esperado negocio; y asi no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese à sus criados; que por aquel dia no le volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor à todos estuviese. Besóle las manos por fuerza don Luis, y aún se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazón de mármol, no solo el del oidor, que, como discreto, ya habia conocido cuán bien le estaba á su hija aquel matrimonio; puesto que si fuera posible, lo quisiera efectuar con voluntad del padre de don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de titulo á su hijo. Ya á esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuación y buenas razones de don Quijote, más que por amenazas, le habian pagado todo lo que él quiso, y los criados de don Luis aguardaban el fin de la plática del oidor y la resolución de su amo; cuando el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno que trocó con los del suyo; el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé qué de la albarda, y asi como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho, diciendo: — ¡Ah, don ladrón, que aqui os tengo! ¡venga mi bacia y mi albarda con todos mis aparejos que me robaste! Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicón al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: -- Aqui del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda, me quiere matar este ladrón sal-

teador de caminos. — Mentis, respondió Sancho, que no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor don Quijote estos despojos. Ya estaba don Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero; y túvole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armalle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la orden de la caballeria. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: — Señores, asi esta albarda es mia, como la muerte que debo á Dios, y asi la conozco como si la hubiese parido, y ahi esta mi asno en el establo, que no me dejará mentir; si no, pruébensela, y si no le veniere pintiparada, yo quedaré por infame. Y hay más: que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron también una bacia de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aqui no se pudo contener don Quijote sin responder: y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: — Porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacia á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se lo quité yo en buena guerra. y me hice señor dél con legitima y lícita posesión. En lo de la albarda no me entremeto, que en lo que en ello sabre decir es, que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde y con ellos adornar el suyo: yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razón si no es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballeria; para confirmación de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aqui el yelmo que este buen hombre dice ser bacia. - Pardiez, señor, dijo Sancho, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. — Haz lo que te mando, replicó don Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué agdo estaba la bacía, y la trujo, y así como don Quijote la vió, la tomó en las manos, y dijo: — Miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacia, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber afiadido en él ni quitado cosa alguna. — En eso no hay duda, dijo á

esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró à los sin ventura encadenados; y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo azas de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV

DONDE SE ACABA DE AVERIGUAR LA DUDA DEL YELMO DE MAM-BRINO Y DE LA ALBARDA Y OTRAS AVENTURAS SUCEDIDAS CON TODA VERDAD.

-¿Qué les parece à vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles-hombres, pues aun porfian que esta no es bacia, sinó yelmo? -- Y quien lo contrario dijere, dijo don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenía tan bien conocido el humor de don Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: — Señor barbero, ó quien sois, sabed que yo también soy de vuestro oficio, y tengo más ha de veinte años carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barbería, sin que le falte uno: y ni más ni menos fui un tiempo en mi mocedad soldado; y sé también qué es yelmo y qué es morrión y celada de encaje, y otras cosas tocantes à la milicia, digo à los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aqui delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacia de barbero, pero está tan lejos de serlo, como está lejos lo blanco de lo negro y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero. — No por cierto, dijo don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. - Asi es, dijo el cura, que ya habia entendido la intención de su amigo el barbero, y lo mismo confirmó Cardenio, don Fernando y sus camaradas: y aún el oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de don Luis, ayudara por su parte á la burla: pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. — ¡Válame Dios! dijo à esta sazón el barbero burlado, ¿qué es posible que tanta gente honrada diga que ésta no es bacia sino yelmo? Cosa parece ésta que puede poner en admiración á toda una universidad, por discreta que sea. Basta, si es que esta bacia es yelmo, también debe ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. - A mi albarda me parece, dijo don Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. — De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor don Quijote, que en estas cosas de la caballeria todos estos señores y yo le damos la ventaja. — Por Dios, señores mios, dijo don Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva à decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contienen se preguntare; porque imagino, que cuanto en él se trata, ya por via de encantamiento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y à Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo, ni como nó, vine á caer en aquella desgracia. Asi que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusión á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacia y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes, quiza por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como à mi me parecian. — No hay duda, respondió à esto don Fernando, sino que el señor don Quijote ha dicho muy bien hoy, que a nosotros toca la difinición deste caso; y porque vaya con más fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de don Quijote, era todo esto materia de grandisima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á los cuatro criados de don Luis, y á don Luis ni más ni menos, y á otros tres pasajeros, que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran.

Pero el que más se desesperaba, era el barbero, cuya bacia alli delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna, que se le habia de volver en jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver como andaba don Fernando tomando los votos

de unos en otros, hablándoles al oido para que en secreto de. clarasen si era albarda ó jaez aquella joya, sobre quien tanto se habia peleado; y después que hubo tomado los votos de aquellos que à don Quijote conocian, dijo en alta voz: — El caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno pregunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que ésta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo; y así habréis de tener paciencia, porque à vuestro pesar y al de vuestro asno, éste es jaez y no albarda; y vos habéis alegado y probado muy mal de vuestra parte. — No la tenga yo en el cielo, dijo el sobre barbero (*), si todas vuestras mercedes no se engañan, y que asi parezca mi ánima ante Dios, como ella me parece à mi albarda, y no jaez; pero alla van leyes. . . y no digo más: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar nó. No menos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de don Quijote, el cual á esta sazón dijo: — Aqui no hay más que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y à quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: — Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aqui están, se atrevan a decir y afirmar que ésta no es bacía, ni aquella albarda; más como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo), que no me den á mi entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que ésta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. -- Bien podria ser de borrica, dijo el cura. — Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habían entrado, que había oido la pendencia y cuestión, lleno de cólera y de enfado dijo: - Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere

^{(&#}x27;) «Sobre barbero» dicen las primeras ediciones. Es casi seguro que el original cervantino dijese «Sobredicho barbero»; y á causa de esta posible omisión, los editores modernos han arreglado la frase poniendo apobren en donde dice «sobre», á pesar de que del argumento no se desprende que fuese pobre el tal barbero.

debe de estar hecho uva. -- Mentis como bellaco, villano, respondió don Quijote, y alzando el lanzón, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que à no desviarse el cuadrillero, se le dejara alli tendido: el lanzón se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal à su compañero, alzaron la voz pidiendo favor à la Santa Hermanidad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros; los criados de don Luis rodearon à don Luis, porque con el alboroto no se les fuese; el barbero, viendo la casa revuelta, tornó à asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho; don Quijote puso mano á su espada, y arremetió à los cuadrilleros; don Luis daba voces à sus criados que le dejasen á él, y acorriesen á don Quijote y á Cardenio y à don Fernando, que todos favorecian à don Quijote, el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa y dofia Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho, Sancho molia al barbero; don Luis, á quien un criado suyo se atrevió à asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el oidor le defendia, don Fernando tenía debajo de sus piés á un cuadrillero, midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor; el ventero tornó à reforzar la voz pidiendo favor à la Santa Hermandad; de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre. Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria, à don Quijote, que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: — Ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: — ¿No os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna región (*) de demonios debe de habitar en él? En confirmación de lo cual, quiero que veais por vuestros ojos, cómo se ha pasado aqui y trasladado entre nosotros, la discordia del campo de Agramante. Mirad como alli se pelea por la espada, aqui por el caballo, acullá por el águila, acá por el

^(*) Algunos editores modernos han cambiado esta voz «región» por «le-gión».

yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de rey Agramante y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz, porque, por Dios todo poderoso, que es gran bellaqueria que tanta gente principal como aqui estamos se mate por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frasis de don Quijote, y se veian mal parados de don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero si, porque en la pendencia tenia desechas las barbas y el albarda. Sancho, á la más minima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de don Luis también se estuvieron quedos, viendo cuán poco les iba en no estarlo: solo el ventero porfiaba que le habian de castigar las insolencias de aquel loco, que à cada paso le alborotaba la venta. Finalmente, el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el día del juicio, y la bacia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginación de don Quijote. Puestos, pues, ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuación del oidor y del cura, volvieron los criados de don Luis à porfiarle que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenia, el oidor comunicó con don Fernando, Cardenio y el cura, qué debia hacer en aquel caso, contándoselo con las razones que don Luis le habia dicho. En fin, fué acordado que don Fernando dijese á los criados de don Luis quién él era, y cómo era su gusto que don Luis se fuese con él al Andalucia, donde de su hermano el marqués seria estimado como el valor de don Luis merecía, porque desta manera se sabía de la intención de don Luis, que no voiveria por aquella vez á los ojos de su padre, si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de don Fernando y la intención de don Luis, determinaron entre, ellos, que los tres se volviesen à contar lo que pasaba à su padre, y el otro se quedase á servir á don Luis y á no dejalle hasta que ellos volviesen por él ó viese lo que su padre les ordenaba.

Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad del Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menosprecíado y burlado, y el poco fruto que había granjeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que

حتمية هيئة

con ellos se habían combatido; y se retiraron de la pendencia, por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero à uno dellos, que fué el que molido y pateado por don Fernando, le vino à la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra don Quijote, à quien la Santa Hermandad había mandado prender por la libertad que dió à los galeótos, y como Sancho, con mucha razón, había temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de don Quijote traia venian bien; y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele à leer de espacio, porque no era buen lector, à cada palabra que leia ponia los ojos en don Quijote, y iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de don Quijote; y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba. Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, y quiza tomó el mandamiento, (*) y con la derecha asió à don Quijote del cuello fuertemente, que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: — Favor á la Santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda à este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y como convenia con las señas con don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo él, asió al cuadrillero, con entrambas manos, de la garganta, que à no ser socorrido de sus compañeros, allí dejara la vida antes que don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer à los de su oficio, acudió luego à dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que alli estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: -- Vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es

^(*) Alguna omisión ó trueque de palabras hubo de padecerse al imprimirse por primera vez este pasaje, pues hay impropiedad en la frase é incoherencia en las ideas. La Academia de la Lengua, en su edición de 1780, y después otros editores, han tratado de arreglar el texto en esta forma: «recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento»: enmienda también defectuosa pues si recogió el pergamino ¿cómo tomó el mandamiento (ó sea el mismo pergamino) en la izquierda?

posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando departió al cuadrillero y à don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque asi convenia al servicio del rey y de la Santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor, para hacer aquella prisión de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reiase de oir decir estas razones don Quijote, y con mucho sosiego dijo: - Venid aca, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad à los encadenados, soltar los presos, acorrer à los miserables, alzar los caidos, remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estáis en no reverenciar la sombra, cuanto más la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad, decidme: ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy? ¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes: y que su ley es su espada; sus fueros, sus brios; sus premáticas, su voluntad? ¿Quién fué el mentecato, vuelvo à decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo, ni barca? Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le ascutó à su mesa? ¿Què doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI

DE LA NOTABLE AVENTURA DE LOS CUADRILLEROS, Y LA GRAN FEROCIDAD DE NUESTRO BUEN CABALLERO DON QUIJOTE

En tanto que don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura à los cuadrilleros como don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habían de dejar por loco; á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar de la locura de don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trescientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habéis de llevar, ni aun él dejará llevarse, à lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo don Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros, si no conocieran la falta de don Quijote; y asi tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavia asistian con gran rancor à su pendencia. Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, si no del todo contentas, à lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á so capa y sin que don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces, ni por siempre jamás, amén. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las más principales y de más tomo, restaba que los criados de don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde don Fernando le queria llevar; y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado à romper lanzas, y à facilitar dificultades en saber (*) de los amantes de la venta y de los valientes della, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto don Luis queria, de que recibió tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro, que no conociera el regocijo de su

^(*) La Academia Española ha substituido la voz «saber» por «favor».

alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que había visto, se entristecia y alegraba á bulto, conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su español, en quien tenía siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, à quien se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura había hecho al barbero, pidió el escote de don Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura y lo pagó don Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad había también ofrecido la paga: y de tal manera quedaron todos en pas y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quijote había dicho, sino la misma pas y quietud del tiempo de Octaviano; de todo lo cual fué común opinión que se debian dar las gracias á la buena intención y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de don Fernando. Viéndose pues don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y asi, con resoluta determinación, se fué & poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra, hasta que se levantase; y él por obedecella se puso de pie y le dijo: — Es común proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas, ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae à buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo, y alcanza la victoria, antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo, ya es sin provecho; y podría sernos de tanto daño, que los echásemos de ver algun día: porque ¿quién sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy á destruille; y dándole lugar el tiempo se fortificase en algún inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo. Así que, señora mía, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios; y partámonos luego à la buena ventura, que no està más de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vues-

tro contrario. Calló, y no dijo más don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual, con ademán señoril y acomodado al estilo de don Quijote, le respondió desta manera: — Yo os agradezco, señor caballero, el desco que mostráis tener de favorecerme en mi gran cuita, bien asi como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumplan, para que veáis que hay agradecidas mujeres en el mundo. Y en lo de mi partida, sea luego; que yo no tengo más voluntad que la vuestra; disponed vos de mi à toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauración de sus señorios, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. — A la mano de Dios, dijo don Quijote, pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasión de levantalla, y ponella en su heredado trono. La partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, lo que, suele decirse, que en la tardanza está el peligro: y pues no ha criado el cielo ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla, Sancho, à Rocinante, y apareja tu jumento y el palafrén de la reina; y despidámonos del castellano y destos señores; y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que à todo estaba presente, dijo, meneando la cabeza à una parte y à otra: — ¡Ay señor, señor, y cómo hay más mal en el aldehuela que se suena, con perdón sea dicho de las tocas honradas! —¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? -- Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. ... Di lo que quisieres, replicó don Quijote, como tas palabras no se encaminen à ponerme miedo: que si tu lo tienes, haces como quien eres; y si yo no le tengo, hago como quien soy. - No es eso, pecador fui yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicón, no lo es más que mi madre, porque à ser lo que ella dice, no se andoviera bocicando con alguno de los que están en la rueda, á vuelta de caheza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho. Impotes: porque era verdad que un esposo don Pernando, alguna vez, à hinto de otros ojos, había cogido con los labios parte del premio que merecian sus desens; lo

cual había visto Sancho, y pareciéndole que aquella deseuvoltura más era de dama cortesana, que de reina de tan gran reino; y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: — Esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias, ha de venir à coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa à que ensille à Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafrén; pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. ¡Oh, válame Dios, y cuan grande que fué el enojo que recibió don Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: — ¡Oh bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente: ¿Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas inclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osastes poner en tu confusa imaginación? Véte de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe à las reales personas: vete, no parezcas delante de mi, sopena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas. A cuyas palabras y furibundos ademanes, quedo Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara: y no supo qué hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenía ya el humor de don Quijote, dijo para templarle la ira: — No os despechéis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha dicho, porque quizá no las debe decir sin ocasión, ni de su buen entendimienio y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio à nadie; y así se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, según vos, señor caballero decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podría ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. — Por el omnipotente Dios juro, dijo & esta sazón don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala visión se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuere imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera; que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. — Así es y así será, dijo don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor don Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, sicut erat in principio, antes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don Quijote respondió que él le perdonaba; y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde; y hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió; y después de habérsela dejado besar, le echó la bendición diciendo: — Ahora acabarás de conocer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho; de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. — Asi lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. — No lo creas respondió don Quijote, que si asi fuera, yo te vengara entonces y aun ahora: pero ni entonces ni ahora pude ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta, y el ventero lo contó punto por punto; la volateria de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho, si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos días eran ya pasados los que había que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y don Fernando con don Quijote à su aldea, con la invención de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron, fué que se concertaron con un carretero de bueyes que acaso acertó à pasar por alli, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente don Quijote: y luego don Fernando y sus camaradas, con los criados de don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por orden y parecer del cura, se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quien de una manera y quien de otra, de modo que à don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo había visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse à él, que libre y seguro de tal acontecimiento, dormia; y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo mencarse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes; y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginación le representaba; y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo; y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podía menear ni defender, todo á punto como había pensado que sucedería el cura trazador desta máquina.

Sólo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; más no osó descoser su boca, hasta ver en qué paraba aquel asalto y prisión de su amo; el cual tampoco habiaba palabra, atendiendo à ver el paradere de su desgracia: que fué, que trayendo alli la jaula, lo encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper & dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se ovó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el del abarda, sino el otro, que decia: «¡Oh caballero « de la Triste Figura! no te dé afincamiento la prisión en « que vas, porque asi conviene para acabar más presto la « aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se aca-« bara cuando el furibundo león manchado (*), con la blanca « paloma tobosina yacieren en uno, ya después de humilladas · las altas cervices al blanco yugo matrimoñesco. De cuyo « inaudito consorcio saldrian à la luz del orbe los bravos ca-« chorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre: « y esto serà antes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga « dos vegadas á la visita de las lucientes imágenes con su « rapido y natural curso. Y tú, joh el más noble y obediente « escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar

^{(&}quot; Sin duda por error de copia tienen «manchado» las primeras ediciones, debiendo decir tal vez «manchego» el primitivo original.

« asi, delante de tus ojos mismos, á la flor de la caballería « andante; que presto si al plasmador del mundo le place, te « verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no « saldrán defraudadas ías promesas que te ha fecho tu buen « señor! Y asegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que « tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue « las pisadas del valeroso y encantado caballero, que con-« viene que vayas donde paréis entrambos; y porque no me « es licito decir otra cosa, adios quedad, que yo me vuelvo « adonde yo me sé.» Y al acabar de la profecía, alzó la voz de punto y disminuyóla después, con tan tierno acento, que aún los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedo don Quijote consolado con la escuchada profecia, porque luego coligió de todo en todo la significación della, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha; y crevendo esto bien y firmemente, alzo la voz, y dando un gran suspiro, dijo: — ¡Oh tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prisión donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aqui se me han hecho; que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolación de Sancho Panza, mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dejará en buena ni en mala suerte; porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la insula ú otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse; que en mi testamento, que ya esta hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas manos, porque la una no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPITULO XLVII

DEL EXTRAÑO MODO CON QUE FUÉ ENCANTADO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, CON OTROS FAMOSOS SUCESOS

Cuando don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: - Muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes; pero jamás he leido, ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales, porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube, ó en algún carro de fuego, ó ya sobre algún hipógrifo o otro bestia semejante; pero que me lleven a mi ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusión. Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos, deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos; y también podria ser que, como soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, también nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar à los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? — No sé yo lo que me parece, repondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes: pero con todo eso, osaría afirmar y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo católicas. — ¿Católicas? ¡mi padre! respondió don Quijote: ¿cómo han de ser católicas, si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos, para venir à hacer esto y à ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad tócalos y pálpalos, y verás cómo no tienen cuerpos sino de aire; y cómo no consisten más de en la apariencia. - Par Dios, señor, replicó Sancho, ya vo los he tocado; y este diablo que aqui anda tan solicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que he oido decir que tienen los demonios; porque según se dice, todos huelen á piedra azufre y otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua.

Decia esto Sancho por don Fernando, que como tan señor, debia de oler á lo que Sancho decia. — No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió don Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho; y puesto que traigan olores

consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hedioudas; y la razón es, que como ellos donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y al A ti to parece que ese demonio que dices, huele A Ambar, o to to engañas ó él quiere engañarte, con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo don Fernando y Cardenio que Sancho no viniene à caer del todo en la cuenta de su invención, à quien andaha ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que envillane à Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se había concertado con los cuadrilleros, que le acompanasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada día. Colgó Cardenio del arzón de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacia, y por señas mandó á Sancho que aubiene en au nano, y tomase de las riendas à Rocinante; y puno à lon don Indon del carro à los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro, salió la ventera, un hija y Maritur nes à despedirse de don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, à quien don Quijoue dijo; mis buenas sefioras, que todan entan dendichan acon anejan à los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera you por fundado cultullero, no dante; porque à los catalleros de poeto nontre o tume nume les suceden semejantes easen. Proque un ting en et mundo quien se acuerde deliva: à les valuerais et que la non en ... diosos de su virtad y valencia à municia principa i la municia otros caballeres que presente. La maine tine declares h in buenos. Peres esta vela em. a inal as inte petalica ina por si sois. à posse en vers a regerenner a rent reger en que mer investe Theraper valer inchelina he uple tonell ! darà de el 1802 es e. 15:3.5 de. 4/1/1. 14 d.a 44 11/1. 1. 1. 1. 1. 1. 1. Perdonature. Services during a sign. Tranga saki, gill his cails min to so some you do illustrate y to intil when we who In di a section ? comment a comment to many go a local of the to sign ma more inally the animalist and in god the last of COLOR BE TOK LEAPE W. AF WE CHEAR TO A WILLIAM OF HILL continue agent on more and the war willing the server your fire dies ine, extiles appropriate on the second of the second

que las damas del castillo esto pasaban con don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de don Fernando y sus camaradas, y del capitán y su hermano, y de todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo don Fernando al cura dónde había de escribirle para avisarle en lo que paraba don Quijote, asegurándole que no habria cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento, como del bautismo de Zoraida, y suceso de don Luis, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron à abrazarse otra vez, y otra vez tornaron à nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del Curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto más por alli, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer, no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego, vió que al principio del escrito decia: Novela de Rinconete y Cortadillo: por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del Curloso impertinente había sido buena, que también lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor; y asi la guardó con prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo y también su amigo el barbero, con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de don Quijote, y pusiéronse à caminar tras el carro. Y la orden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas; seguia luego Sancho Panza sobre su asno. llevando de rienda à Rocinante; detràs de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostro como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitia el paso tardo de los bueves.

Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies y arrimado à las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia, como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y así, con aquel espacio y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron à un valle, donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto à los bueyes; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabia detrás

de un recuesto, que cerca de alli se mostraba, había un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto à sestear à la venta, que menos de una legua de alli, se parecia. Llegaron los diligentes à los perezosos, y saludáronse cortesmente: y uno de los que venian, que en resolución era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesión del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y más á don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera; aunque ya se había dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algún facineroso salteador ó otro delincuente, cuyo castigo tocase à la Santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, à quien fué hecha la pregunta, respondió así: — Señor lo que significa ir este caballero desta manera, digalo él, porque nosotros no lo sabemos. -- Oyó don Quijote la plática y dijo: — ¿Por dicha vuestras mercedes, senores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballeria andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgracias, y si no, no hay para qué me canse en decirlas. Y à este tiempo ya habian llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en pláticas con don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio.

El canónigo, à lo que don Quijote dijo, respondió: — En verdad, hermano, que sé más de libros de caballería que de las Súmulas de Villalpando; así que, si no está más que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. — A la mano de Dios, replicó don Quijote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepades que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores; que la virtud más es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo

de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos; donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar à la cumbre y alteza honrosa de las armas. — Dice verdad el señor don Quijote de la Mancha, dijo à esta sazón el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intención de aquellos á quien la virtud enfada y la valentia enoja. Este es, señor, el caballero de la Triste Figura, si ya lo oisteis nombrar en algún tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envidia en escurecerlos y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacer la cruz de admirado, y no podía saber lo que le había acontecido, y en la misma admiración cayeron todos los que con el venian. En esto, Sancho Panza, que se habia acercado à oir la plática, para adobarlo todo, dijo: — Ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso dello es, que así va encantado mi señor don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme à mi entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas, que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo si no le van á la mano, hablará más que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura, prosiguió diciendo: — ¡Ah señor cura, señor cura! ¿Pensará vuestra merced que no le conozco y pensará que yo no calo y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamentos? Pues sepa que le conozco por más que encubra el rostro; y sepa que le entiendo por más que disimule sus embustes. En fin, donde reina la envidia, no puede vivir la virtud; ni adonde hay escaseza, la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi senor estuviera casado con la infauta Micomicona, y yo fuera conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, asi de la bondad de mi señor el de la Triste Figura, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino; y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podían y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorrey de alguna

insula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prisión de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. — Adóbame esos candiles, dijo á este punto el barbero, stambién vos, Sancho, sois de la cofradia de vuestro amo? Vive el Señor, que voy viendo que le habéis de tener compañia en la jaula, y que habéis de quedar tan encantado como él, por lo que os toca de su humor y de su caballeria. En mal punto os empreñastes de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la insula que tanto deseais. — Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del rey que fuese; y aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada á nadie; y si insulas deseo, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puede venir à ser papa, cuanto más gobernador de una insula, y más pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas; y algo va de Pedro á Pedro. Digolo porque todos nos conocemos, y á mi no se me ha de echar dado falso; y en esta del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aqui, porque es peor meneallo. No quiso responder el barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor, había el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diesen gusto. Hizolo asi el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él. Estuvo atento à todo aquello que decirle quiso de la condición, vida, locura y costumbres de don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvario y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el disignio que llevaban de llevarle á su tierra, para ver si por algún medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo, de oir la peregrina historia de don Quijote, y en acabándola de oir dijo. — Verdaderamente señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomo-

dar à leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que, cuál más cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más éste que aquél, ni estotro que el otro. Y según à mi me parece, este género de escritura y composición, cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milésias, que son cuentos disparatados que atienden solamente à deleitar y no à enseñar; al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el sima se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tienen en si fealdad y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique; y qué cuando nos quieren pintar una batalla, después de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millón de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forzosamente, mai que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por sólo el valor de su fuerte brazo? Pues qué diremos de la facilidad con que una reina ó emperatris heredera se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? Qué ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse levendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante, como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía, y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ò en otras que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si à esto se me respondiese, que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, cuanto más parece verdadera; y tanto más agrada, cuánto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte, que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiración y la alegria juntas, y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de

la verisimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe. No he visto ningún libro de caballerias que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio; sino que los componen con tantos miembros, que más parecen que llevan intención á formar una quimera ó un mónstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazanas increibles, en los amores lascivos, en las cortesias mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio; y por esto, dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atención, y pareciéndole hombre de buen entendimiento y que tenia razón en cuanto decia; y así le dijo, que por sér él de su misma opinión, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que dellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego y dejado con vida; de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sujeto que ofrecian; para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos; porque daban largo y espacioso campo por donde, sin empacho alguno, pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitán valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso; ahora un alegre y no pensado acontecimiento; alli una hermosisima dama, honesta, discreta y recatada; aqui un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaferado bárbaro fanfarrón; acá un principe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos; grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasión de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de

Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de Catón, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto à un varón ilustre, ahora poniéndolas en uno sólo, ahora dividiéndolas en muchas. Y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invención; que tire lo más que fuere posible à la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que después de acabada, tal perfección y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos; que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho; porque la escritura desatada destos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lirico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesia y de la oratoria; que la épica también puede escrebirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII

DONDE PROSIGUE EL CANÓNIGO LA MATERIA DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS, CON OTRAS COSAS DIGNAS DE SU INGENIO

-Asi es como vuestra merced dice, señor canónigo, dijo el cura; y por esta causa son más dignos de reprensión los que hasta aqui han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningún buen discurso, ni al arte y reglas por donde. pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos principes de la poesía griega y latina. — Yo a lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentación de hacer un libro de caballerias, guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondian á mi estimación, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobación; pero con todo esto no he proseguido adelante, asi por parecerme que hago cosa ajena de mi profesión, como por ver que es más el número de los simples, que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien, por la mayor parte, toca leer semejantes libros. Pero lo que más me le quitó de las manos, y

aun dei pensamiento de acabarle, fué un argumento que hice conmigo mismo, sacado de las comedias que abora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, asi las imaginadas como las de historia, todas ó las más son conocidos disparates, y cosas que no llevan piés ni cabeza, y con todo con el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serio, y los autores que las componen, y los actores que las representan, dicen que asi han de ser, porque asi las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fabula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos, que no opinión con los pocos. Deste modo vendrá à ser un libro, al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré à ser el sastre del Campillo. Y aunque algunas veces he procurado persuadir á los autores, que se engañan en tener la opinión que tienen, y que más gente atracrán y más fama cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya están tan asidos y encorporados en su parecer, que no hay razón ni evidencia, que del los saque. Acuerdome que un dia dije à uno destos pertinaces: decidme, ¿uo os acordáis que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias que compuso un famoso poeta destos reinos, las cuales fueron tales, que admiraron, alegraron y suspendieron á todos cuantos las overon, así simples como pradentes, así del vulgo como de los escogidos. : dierou más dineros à los representantes, ellas tres solas, que treitta de las mejores que después acá se han hecho? ¿Sin duda, respondió el autor que digo, que debe de decir vuestra merced per la Ludebu, la Film : la Alejandras? Por esas digo, e repirque yo. : mirad si guardahan bien los preceptos del arte. y s. por guardarios dejaron de parecer lo que eran. y de agradar à vido el mundo: un que no està la faita en el vaigo, que pide disparates, sino en some Hos que no sairen representar esta coma foi que un fué d'ajen rate «La ingratitud conquita. i. is turi in «Numinilio, ii) ni le halls en a de. Merender amendes, in menne en vist elle miga farradde, si vs. verze nigunae yn. de nlynnin fill n didos presan sas nide consequentes quen tuma le minimita un TO, T para garagesta de los que ha han negen an minite, y minh COSES EEEL & CORER, C/11 134 6 1111 1/41/11 1 111/1 11/411 1-1111/11

do pensamiento. — En materia ha tocado vuestra merced, senor canónigo, dijo á esta sazón el cura, que ha despertado en mi un antiguo rancor que tengo con las comedias que ahora se usan; tal, que iguala al que tengo con los libros de caballerias; porque habiendo de ser la comedia, según le parece à Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres, imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necêdades, é imágenes de lascivia. Porque ¿qué mayor disparate puede ser en el sujeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿qué mayor, que pintarnos un viejo valiente y un mozo cobarde, un lacayo retòrico y un paje consejero, un rey ganapán y una princesa fregona? ¿Qué diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podían suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabó en Africa, y aun, si fuera de cuatro jornadas, la cuarta acabará en América, y así se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitación es lo principal que ha de tener la comedia, ¿cómo es posible que satisfaga à ningún mediano entendimiento, que fingiendo una acción que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlomagno, el mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heráclio, que entró con la cruz en Jerusalén, y el que ganó la Casa Santa, como Godofre de Bullón, habiendo infinitos años de lo uno à lo otro; y y fundádose la comedia sobre cosa fingida, atribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos; y esto no con trazas verisimiles, sinó con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y que lo demás es buscar gullurias. ¿Pues qué si venimos á las comedias divinas? ¡Què de milagros fingen en ellas, qué de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro! Y aun en las humanas, se atreven à hacer milagros, sin más respeto ni consideración que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia, como elios llaman, para que gente ignorante se admire y venga à la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles; porque los extranjeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes, viendo

los absurdos y disparates de las que hacemos. Y no sería bastante disculpa desto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreación, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad; y que pues éste se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para qué poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan, á que las hagan como debian de hacerse, pues como he dicho, con cualquiera, se consigue lo que con ellas se pretende. A lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor, sin comparación alguna, con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oído la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea; y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entrețener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere mucho más que aquella que careciese dellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa desto los poetas que las componen, porque algunos hay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez; y así el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicisimo ingenio destos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocución y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama; y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfección que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que después de representadas, tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosa en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linajes, y todos estos in-

convenientes cesarian, y aun otros muchos más que no digo con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no sólo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobación, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrían cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrían representarlas; y aquellos que las componen mirarian con más cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende. Y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiría felicisimamente lo que en ellas se pretende, asi el entretenimiento del pueblo, como la opinión de los ingenios de España, el interés y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos. Y si se diese cargo & otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerias que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se escureciesen à la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente los ociosos, sino de los más ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condición y flaqueza humanas se pueda sustentar sin alguna licita recreación.

A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero, llegó á ellos, y dijo al cura: - Aqui, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. — Asi me lo parece á mi, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él también quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que à la vista se les ofrecia. Y así, por gozar dél, como de la conversación del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de don Quijote, mandó à algunos de sus criados que se fuesen à la venta, que no lejos de alli estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados respondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar à tomar de la venta más que cebada. -- Pues así es, dijo el canónigo, liéven-

se allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la contínua asistencia del cura y el barbero, que tenía por sospechosos, se llegó à la jaula donde iba su amo, y le dijo: - Señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa acerca de su encantamento; y es que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera, de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, siguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual, le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me ha de respon. der, tocará con la mano este engaño, y verá como no vá encantado, sino trastornado el juicio. - Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió don Quijote, que vo te satisfaré v responderé à toda tu voluntad; y en lo que dices que aquellos que alli van y vienen con nosotros, son el cura y el barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente v en esecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen como dices, debe de ser que los que me han encantado, habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es facil à los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos, para darte á ti ocasión de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes à salir dél, aunque tuvieses la soga de Teseo; y también lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este dano: porque si por una parte tú me dices que me acompanan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mi que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme. ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas vo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Así que, bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque así son ellos, como vo soy turco; y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que vo te responderé aunque me preguntes de aqui à manana. — Valame nuestra Señora! respondió Sancho dando una gran voz; ¿v es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto

de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: sino, digame, asi Dios le saque desta tormenta, y asi se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos piense. — Acaba de conjurarme, dijo don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. — Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga, sin anadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de titulo de caballeros andantes. -- Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió don Quijóte, acaba ya de preguntar, que en verdad ya me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. — Digo, que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo; y asi, porque hace el caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso después que vuestra merced va enjaulado y à su parecer encantado en esa jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores o menores, como suele decirse? — No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate más si quieres que te responda derechamente. — ¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan à los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir: si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa. — Ya, ya te entiendo Sancho; y muchas veces, y ahora la tengo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX

DONDE SE TRATA DEL DISCRETO COLOQUIO QUE SANCHO PANZA
TUVO CON SU SEÑOR DON QUIJOTE

— ¡Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber como al alma y como á la vida. Venga acá, señor, ¿podría negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde à propósito á lo que le preguntan, que no parece sinó que está encantado? De dónde se viene à sacar, que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que

yo digo, estos tales están encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan. — Verdad dices, Sancho, respondió don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que, con el tiempo, se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacian; de manera que contra el uso de los tiempos, no hay que argüir ni de qué hacer consecuencias. Yo sé y tengo para mi, que voy encantado; y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podría dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. —Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfacción, seria bien que vuestra merced probase à salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y aun á sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, según va de melencólico y triste; y hecho esto, probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula, en la cual prometo, á ley de buen y leal escudero, de encerrarme juntamente con vuestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. — Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó don Quijote, y cuando tú veas conyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo, pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde, ya apeados, los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba à quererla gozar, no á las personas tan encantadas como don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero, el cual. rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir, no iria tan limpia aquella prisión como requería la decencia de un tal caballero como su amo.

Entendióle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad, había de hacer de las suyas y irse donde jamás gentes le viesen. — Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. — Y yo y todo, dijo el canónigo, y más si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. - Si doy, respondió don Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto más que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de su lugar en tres siglos, y si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que pues esto era asi, bien podian soltarle, y más siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podía dejar de fatigarles el olfato, si de alli no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenía atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: — Aun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor acuestas, y yo encima de ti ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo: y diciendo esto don Quijote, se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábale el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia, mostraba tener bonisimo entendimiento; solamente venia à perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerias. Y así; movido de compasión, después de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: — ¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerias, que le hayan vuelto el juicio, de modo que venga á creer que va encantado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano, que se dé à entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircania, tanto palafrén, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endria-

gos, tantos gigantes, tantas inauditas venturas, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarria de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente, tantos y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mi sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginación en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algún contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y aun diera con él en el tuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la común naturaleza, y como à inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasión que el vulgo ignorante venga à creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atrevimiento, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se hecha bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido à términos, que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algún león ó algún tigre de lugar en lugar, para ganar con el, dejando que le vean. Ea, señor don Quijote, duélase de si mismo y redúzcase al gremio de la discreción y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicisimo talento de su ingenio, en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra. Y si todavia, llevado de su natural inclinación, quisiere leer libros de hazañas y de caballerias, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que alli hallarà verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania; un César, Roma; un Anibal, Cartago; un Alejandro, Grecia; un conde Fernán González, Castilla; un Cid, Valencia; un Gonzalo Fernández, Andalucia; un Diego Garcia de Paredes, Extremadura; un Garci Perez de Vargas, Jeréz; un Garcí Laso, Toledo; un don Manuel de León, Sevilla; cuya lección de sus valerosos hechos puede entreter, enseñar, deleitar y admirar à los más altos ingenios que los leyeren. Esta si seria lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quijote mio, de la cual saldra erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardia; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y

fama de la Mancha, do según he sabido, trae vuestra merced su principio y origen. Atentisimamente estuvo don Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, después de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: — Paréceme señor hidalgo, (*) que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme à entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesión de la caballeria andante que ellos enseñan, negandome que no ha habido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están lienas. — Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta razón el canónigo. A lo cual respondió don Quijote: — Añadió también vuestra merced diciendo, que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jaula, y que me sería mejor hacer la enmienda y mudar de lectura, leyendo otros más verdaderos y que mejor deleitan y enseñan. — Así es, dijo el canónigo. — Pues yo, replicó don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias, contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que dá á los libros cuando los lee y le enfadan: porque querer dar à entender à nadie, que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta; porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro, que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlomagno? Que voto à tal, que es tanta verdad como ahora es de dia; y si es mentira, también lo debe de ser que no hubo Héctor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni

^(*) Nótase aquí descuido manificato del autor ó mala copia del que trasladó el original á la imprenta. «Señor canónigo» hubo de decir don Quijote en este pasaje y no «señor hidalgo».

el rey Artús de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo, y le esperan en su reino por momentos; y también se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la Demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de don Tristán y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto à la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan ansi, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas. Aquella, nieto, se parece à la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar à ver algún retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy se ve en la armeria de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timón de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldán, tamaño como una grande viga, de donde se inflere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides y otros caballeros semejantes, destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no, diganme también, que no es verdad que fué caballero andante el valiente lusitano Juan de Merlo, que fué à Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso señor de Charni, llamado mosén Pierres, y después en la ciudad de Basilea con mosén Enrique de Romestán, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama; y las aventuras y desafios que también acabaron en Borgoña los valientes españoles Pedro Barba y Gutierre Quijada, (de cuyo alcurnia yo desciendo por línea recta de varón), venciendo á los hijos del conde de San Polo. Niéguenme asimismo que no fué buscar las aventuras à Alemania don Fernando de Guevara, donde se combatió con micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso; las empresas de mosén Luis de Falces contra don Gonzalo de Guzmán, caballero castellano; con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno à decir, que el que las negase, careceria de toda razón y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballeria; y así le respondió: — No puedo yo negar, señor don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles; y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe; porque la verdad dello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentia: á lo menos si no lo eran, era razón que lo fuesen; y era como una religión de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan, han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos, y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque no (*) fueron doce iguales los que para esta religión militar se escogieron. En lo de que hubo Cid, no hay duda; ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armeria de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija; y más, siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. -- Pues alli està sin duda alguna, replicó don Quijote, y por más señas dicen que está metida en una funda de vaqueta, porque no se tome del moho. — Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recebi, que no me acuerdo haberla visto; más puesto que conceda que está alli, no por eso me obligo à creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razón que un hombre como vuestra merced, tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé à entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerias.

^(*) Este no, es un ripio y verdadero contrasentido que se les en todas las ediciones del tiempo de Cervantes.

CAPÍTULO L

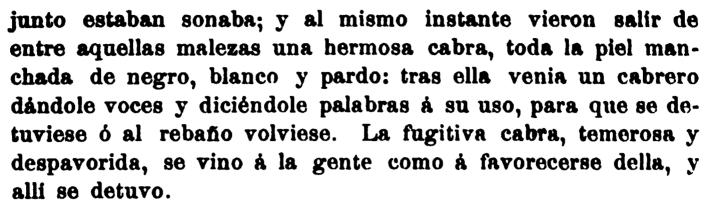
DE LAS DISCRETAS ALTERCACIONES QUE DON QUIJOTE Y EL CANÓNIGO TUVIERON CON OTROS SUCESOS

- Bueno está eso, respondió don Quijote: los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobación de aquellos à quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrado de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condición que sean, ¿habian de ser mentíra, y más llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria. los parientes, la edad, el lugar y las hazañas, punto por punto y dia por dia, que el tal caballero hizo, ò caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le acousejo en esto lo que debe hacer como discreto; si no, léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no, digame: ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aqui ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones. y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes. culebras y lagartos, y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristisima que dice: « Tú, caballero, quien quiera que seas que « el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien · que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el va-· lor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y · encendido licor, porque si así no lo baces, no serás digno « de ver las altas maravillas que en si encierran y contienen · los siere cartillos de las siere Fadas que debajo desta negruera vacen?. I que apenas el caballero no ha acabado de oir la roz temerosa, cuando, sir entrar más en cuenta consigo, sin ponerse à considerar el peligro à que se pone. y sun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose à Dios y à su senora, se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe donde ha de parar, se balla entre unos florecidos campos, con quien los Eliscos no tienen que ver en ninguna cosa. Alli le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más nueva: cdrécescle à les ejes una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra á la vista su ver-

dura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aqui descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta; acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte, imitando à la naturaleza, parece que alli la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacinto; finalmente, él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimación su hechura; y ¿hay más que ver después de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan, sería nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano, al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago; y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcázar ó castillo; y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadisimo, toda olorosa y perfumada; y acudir otra doncella y echarle un mantón sobre los hombros, que por lo menos, menos, dicen que suele valer una ciudad, y aun más? ¿Qué es ver, pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan à otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas las doncellas, guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a cual deba de alargar la mano? ¿Cuál será oir la música, que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adonde suena? ¿Y después de la comida acabada y las mesas alzadas, quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándo-

se los dientes como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho más hermosa doncella que ninguna de las primeras; y sentarse al lado del caballero, y comenzar à darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir, que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere; y vuestra merced créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá cómo le destierran la melancolia que tuviere, y le mejoran la condición, si acaso la tiene mala. De mi sé decir, que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos; y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algún reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza, mi escudero, que es el mejor hombre del mundo: y querria darle un condado que le tengo mucho días ha prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: — Trabaje vuestra merced, señor don Quijote, en darme ese condado tan prometido de vuestra merced como de mi esperado; que yo le prometo que no me falte à mi habilidad para gobernarle; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está à pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuánto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque y alla se lo hayan. — Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la

renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aqui entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre iran errados los medios y los fines: y asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. — No sé esas filosofias, respondió Sancho Panza, más solo sé que tan presto tuviese yo el condado, como sabria regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más: y tan rey seria yo de mi estado, como cada uno del suyo; y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto; y haciendo mi gusto, estaria contento; y en estando uno contento no tiene más que desear; y no teniendo más que desear acabóse; y el estado venga, y adios y veámonos, como dijo un ciego á otro. A lo cual replicó don Quijote: - No son malas filosofias esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados.—Yo no sé que haya más que decir, sólo me guío por muchos y diversos ejemplos que podría traer à este propósito, de caballeros de mi profesión, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades é insulas: y cuál hubo que llegaron sus merecimientos á tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para que gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo à su escudero conde de la insula Firme, y asi puedo yo sin escrupulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido? Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leido, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que, con tanto ahinco, deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo que à la venta habian ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, à deshora, oyeron un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que alli



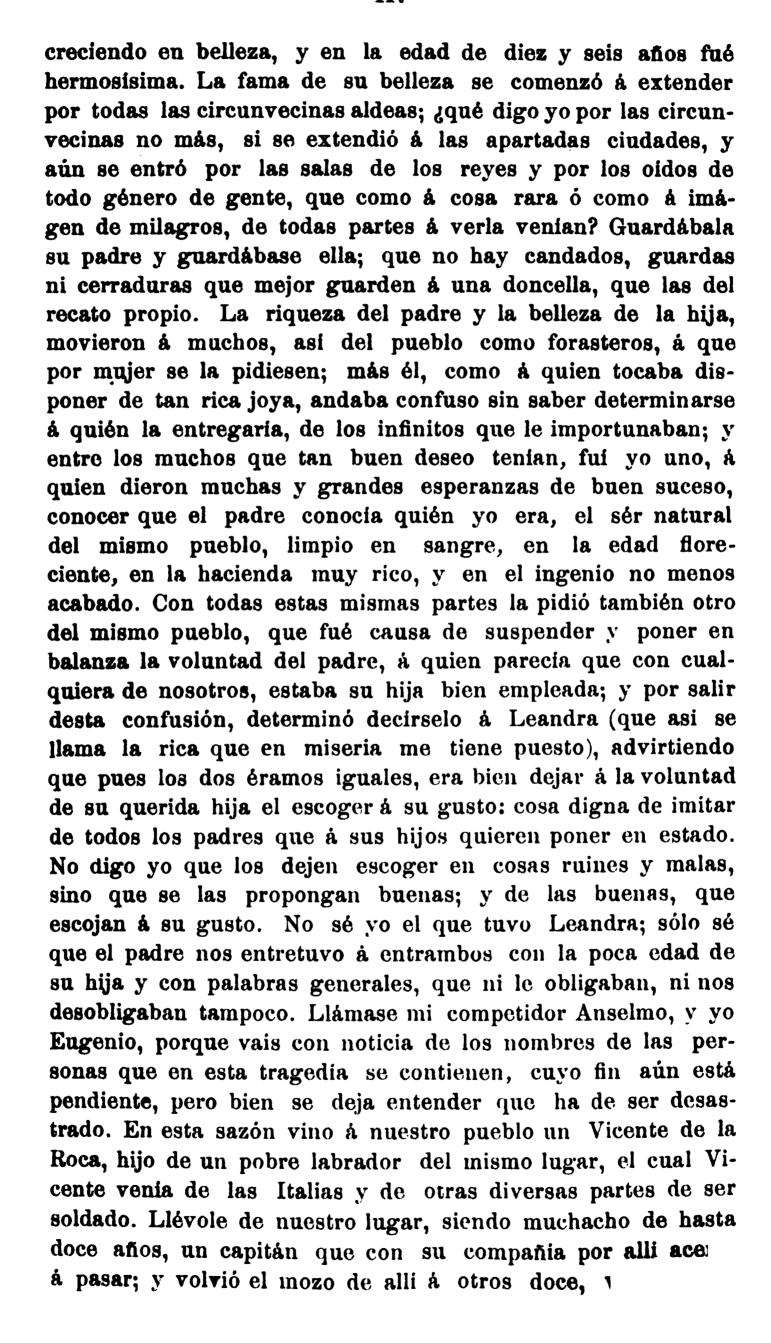
Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: — Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis que es esto, hermosa? ¿Más qué puede ser? sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas á quien imitáis. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, à lo menos estaréis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras; que si vos que las habéis de guardar y encaminar, andáis tan sin guia y tan descaminada, en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero à los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: — Por vida vuestra, hermano, que os soseguéis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural instinto por más que vos os opongáis à estorbarlo. Tomad este bocado y bebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradecido el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: — No querría que por haber yo hablado con esta alimaña tan sin seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se ha de tratar con los hombre y con las bestias. - Eso creo yo muy bien, dijo el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. — A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que créais esta verdad, y la toquéis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, si no os enfadáis dello, y queréis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió don Quijote: — Por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de cahalleria, yo por mi parte os

DESTRUCTION OF THE PROPERTY PARTY OF THE PROPERTY OF THE PARTY OF THE ficers, par a univers que cienen de discresos. Y de ser amigue он предоставления пре принципальный выправления ice southage, court but area picues une it is at ince was are cheuse. Comenzac, pres. unige, une sodor exercisarence. — Saint is mis. Chie Samene, une pre à aguel service une reg cor este emperace, conce pener hereme in the for the disc. use he was about a mu befor and Empire, use al ascendent w cerelier, errenes, es os comes courses y et election. June process man, a campa you so it speak telescope summer means man seive tel introduce, une no ecierses è selir **delle en seis iles.** y as an nonverse me we mease o view provendas las alforias, all SE POUSE CHECKS COUNT MINISTER THESE SE CHECK PERSON PROSE montes — Tu estes et de vierre, Sanche, dife den **Guiffes: «la** acouse greeness, y come is gue publicated que po su come satisfection y soir the faith car al affile on reducción, como se la are exercisence e crease amos incolore — An la disc there region is the little extent of the experience of interest such all racorero que ciese principos a lo que prometido habia. 🖼 🚥 prero aló ane parmadas sobre el lomo á la calca, que por los CHECLEO SEUM. CECEDOSES - RECLÉRANTE JULIO É MIL MARCHANIA. дин иншре ден динай јемне ком не и премите време. Также QUE LO PERFECTE LA CAUSA, POSTUBE PO HENTÁNDOME EN ONCIÓN. 🗪 renoló elle junto é el con mucho sociego, y **mirándole si recu** dava à envencer que estava aventa à lo que el cabrer de 🛎 esendo, el euxo comenzó en Listoria desta manera:

CAPITULO LI

QUE TRATA DE 100 QUE CONTÓ EL CABRERO À TODOS LOS QUE LLEVARAN À DON QUIJOTE

Tres leguas de este valle está una aldea que, amque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos conternos, en la cual había un labrador muy honrado: y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcanzaba. Mas lo que le hacía más dichoso, según él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué





soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo noto, y conto punto por punto sus galas y preseas, y hallo que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumas: y no parezca impertinencia y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y alli nos tenia á todos la boca abierta, pendiente de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: habia muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafios, según él decia, que Gante y Luna, Diego Garcia de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y facciones. Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su braio, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Aŭadiósele à estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra à lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aqui sus gracias, que también la tenía de poeta, y asi de cada niñeria que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aqui he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galán, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista à la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados; llegaron à sus oidos las hazañas que él de si mismo había referido; y finalmente, que así el diablo lo debia tener ordenado, ella se vino à enamorar dél, antes que en él naciese presunción de solicitarla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella tensale cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa, que de todas muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso à toda la aldea, y aun à todos los que del noticias tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosisimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla à la presencia del lastimado padre, preguntáronla su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de su palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria à la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le había creido; y robando á su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó à un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó también como el soldado, sin quitarle su honor le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiración á todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado à su hija con la joya que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo dia que apareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó à encerrar en un monesterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, à lo menos con aquellos que no les iba algún interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocían su discreción y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinación de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada ó mal compuesta. Encerra --, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á los m que mirar que contento le diese; los míos en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecía nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas, comunicando con el cielo nuestras querellas.

A imitación nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra, se han venido à estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro; y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquél la condena por facil y ligera; tal la absuelve y perdona; y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condición; y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queja de desdén sin haberla jamás hablado, y aún quien se lamenta y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió à nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algún pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes; Leandra murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando, sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia: y al són de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más tácil, y á mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones: y

esta fué la ocasión, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aqui llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometi contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosisimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos à la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII

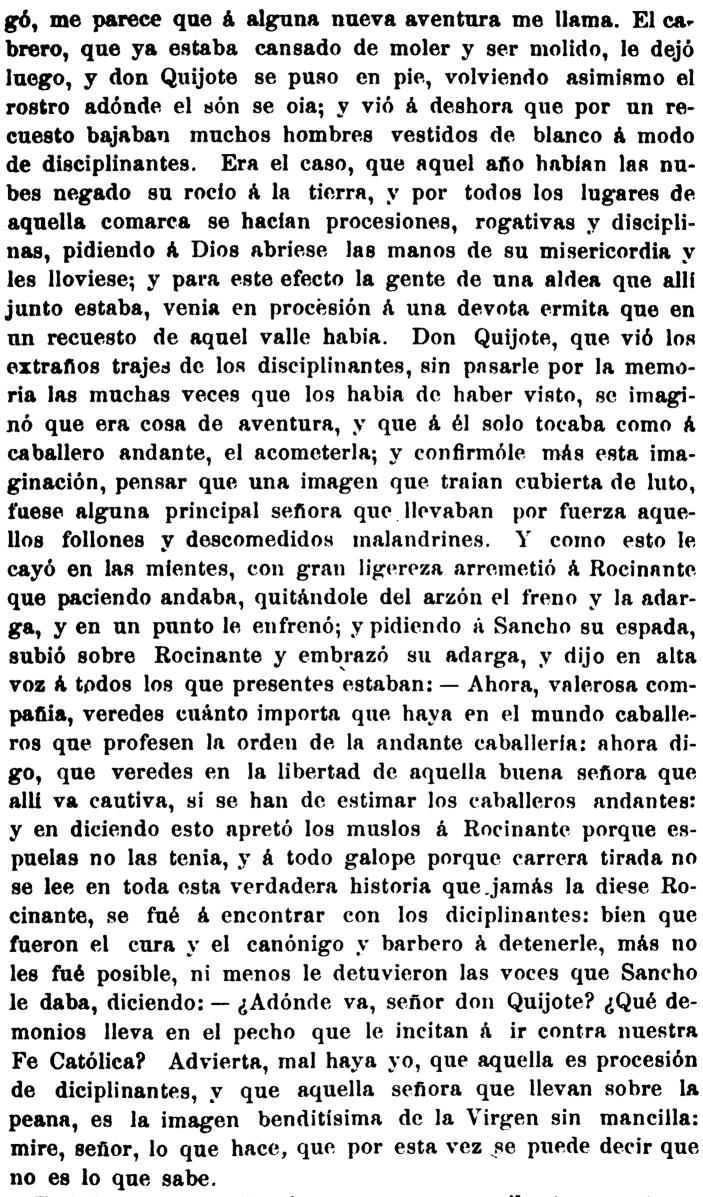
DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DESCIPLINANTES Á QUIEN DIÓ FELICE FIN Á COSTA DE SU SUDOR.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchadole habían. Especialmente le recebió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuán cerca de mostrarse discreto cortesano; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron à Eugenio, pero el que más se mostró liberal en esto fué don Quijote, que le dijo: — Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, apesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della à toda vuestra voluntad y talante; guardando pero las leves de la caballeria, que mandan qua á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado; y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra sino de favorecer à los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió à don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de si tenia. — Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? — ¿Quién ha de ser, respondió el 1 ero, sino el 080 don Quijote de la Mancha, desfacedor de



dor de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas? — Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mi tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hembre debe de tener vacios los aposentos de la cabeza. -- Sois un grandisimo bellaco, dijo á esta sazón don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y hablando, arrebató de un pan que junto à si tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; más el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alhombra, ni á los manteles, ni à todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió à subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido à coces de Sancho, andaba buscando à gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el canónigo y el cura; más el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de si á don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencias están trabados: sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que á su amo no ayudase.

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpían, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y más que medianamente molido, le dijo: — Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerza para sujetar las mías, ruégote que hagamos tregua no más de por una hora, porque el doloroso són de aquella trompeta que á nuestros oidos lle-



Fatigose en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar à los ensabanados y en librar à la señora : • • que

renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intención de acertar; que si ésta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines: y asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. — No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, más solo sé que tan presto tuviese yo el condado, como sabría regirle; que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más: y tan rey seria yo de mi estado, como cada uno del suyo; y siéndolo, haría lo que quisiese; y haciendo lo que quisiese, haria mi gusto; y haciendo mi gusto, estaria contento; y en estando uno contento no tiene más que desear; y no teniendo más que desear acabóse; y el estado venga, y adios y veámonos, como dijo un ciego à otro. A lo cual replicó don Quijote: — No son malas filosofias esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados.—Yo no sé que haya más que decir, sólo me guío por muchos y diversos ejemplos que podria traer à este propósito, de caballeros de mi profesión, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habían recebido, les hicieron notables mercedes, haciéndoles señores absolutos de ciudades é insulas: y cuál hubo que llegaron sus merecimientos à tanto grado, que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿para qué gasto tiempo en esto, ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la insula Firme, y asi puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido? Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que don Quijote había dicho, del modo con que había pintado la aventura del caballero del Lago, de la impresión que en él habían hecho las pensadas mentiras de los libros que había leido, y finalmente, le admiraba la necedad de Sancho, que, con tanto ahinco, deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo que á la venta habian ido por la acémila del repuesto; y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, à la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, à deshora, overon un recio estruendo y un son de esquila, que por entre unas zarzas y espesas matas que alli

junto estaban sonaba; y al mismo instante vieron salír de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo: tras ella venía un cabrero dándole voces y diciéndole palabras á su uso, para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida, se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo.

Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo: — Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan, hija? ¿No me diréis que es esto, hermosa? ¿Más qué puede ser? sino que sois hembra, y no podéis estar sosegada; que mal haya vuestra condición y la de todas aquellas á quien imitáis. Volved, volved, amiga, que si no tan contenta, à lo menos estaréis segura en vuestro aprisco o con vuestras companeras; que si vos que las habéis de guardar y encaminar, andáis tan sin guia y tan descaminada, en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canonigo, que le dijo: — Por vida vuestra, hermano, que os soseguéis un poco, y no os acuciéis en volver tan presto esa cabra à su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural instinto por más que vos os opongáis à estorbario. Tomad este hocado y hebed una vez, con que templaréis la cólera, y en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomblo y agradecido el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: - No querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan sin seso, me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda eistro se ha de tratar con los hombre y con las bestias. - Eso ereo yo muy bien, dijo el eura, que ya yo et de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encuerran filosofos. A lo nuenos, sector, replied es extreses, arreges benefites excarmentados; y para que créale esta verdad, y la veguéis con la mano, aunque parezes que sis ses regado que convido, si un ou culto dáis dello. T querésa, selemes, un inere expanie prestantes oldo atento. The constant uses restant you woulder to you wan sector exclusion at the sale for the plant of the sector everyone dio don Quipper: - For you you when one one on the set of the de sombre de avectusa de exembera ju por mi parte un mile.

hermano, de muy buena gana; y así lo harán todos estos senores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharemos. - Saco la mia, dijo Sancho, que vo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir à mi señor don Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta poder más, á causa que se le suele ofrecer entrar acaso una selva tan intrincada, que no acierten á salir della en seis dias, y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, alli se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. — Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo don Quijote; véte adonde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho; y sólo me falta dar al alma su refacción, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. — Así la dare mos todos á las nuestras, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: - Recuéstate junto á mí, muchacha, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto a el con mucho sosiego, y mirandole al rostro daba à entender que estaba atenta à lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera:

CAPÍTULO LI

QUE TRATA DE LO QUE CONTÓ EL CABRERO Á TODOS LOS QUE LLEVABAN Á DON QUIJOTE

Tres leguas de este valle está una aldea que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual había un labrador muy honrado; y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía, que por la riqueza que alcanzaba. Mas lo que le hacía más dichoso, según él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué

creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosisima. La fama de su belleza se comenzó à extender por todas las circunvecinas aldeas; ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á imágen de milagros, de todas partes à verla venían? Guardábala su padre y guardábase ella; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden à una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija, movieron à muchos, así del pueblo como forasteros, à que por mujer se la pidiesen; más él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria, de los infinitos que le importunaban; y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fui yo uno, à quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocía quién yo era, el sér natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió también otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, à quien parecia que con cualquiera de nosotros, estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusión, determinó decirselo à Leandra (que asi se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar à la voluntad de su querida hija el escoger à su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan buenas; y de las buenas, que escojan á su gusto. No sé vo el que tuvo Leandra; sólo sé que el padre nos entretuvo à entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban, ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aún esta pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazón vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Llévole de nuestro lugar, siendo muchacho de doce años, un capitán que con su compañía por t á pasar; y volvió el mozo de alli á otros doce, 1



soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponía una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ocio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacía tantos guisados é invenciones dellos, que si no se los contaran, hubiera quien jurara que había hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumas: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran alamo esta en nuestra plaza, y alli nos tenía a todos la boca abierta, pendiente de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado: había muerto más moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en más singulares desafios, según él decía, que Gante y Luna, Diego Garcia de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos había salido con victoria, sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte, mostraba señales de heridas que, aunque no se divisaban, nos hacía entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y facciones. Finalmente, con una no vista arrogancia, llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico, y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aqui sus gracias, que también la tenía de poeta, y así de cada niñeria que pasaba en el pueblo, componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aqui he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galán, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenía la vista à la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados; llegaron à sus oidos las hazañas que él de si mismo había referido; y finalmente, que así el diablo lo debia tener ordenado, ella se vino à enamorar del, antes que en el naciese presunción de solicitarla; y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla, que aquel

que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella tensale cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo desta empresa, que de todas muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aún á todos los que dél noticias tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres días hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosisimas joyas que de su casa había sacado. Volviéronla à la presencia del lastimado padre, preguntáronla su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la había engañado, y debajo de su palabra de ser su esposo, la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaría à la más rica y más viciosa ciudad que había en todo el universo mundo, que era Napoles; y que ella mal advertida y peor engañada le había creido; y robando á su padre, se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó à un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó también como el soldado, sin quitarle su honor le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiración á todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habían dejado á su híja con la joya que si una vez se pierde, no deja esperanza de que jamás se cobre. El mismo día que apareció Leandra, la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó à encerrar en un monesterio de una villa que está aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinión en que su hija se puso. Los pocos anos de Leandra stryteron de dis culpa de su culpa, à lo menos con aquellos que no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conoclan su discreción y mucho entendimiento, no atribuyeron à leno rancia su pecado, sino á su desenvoltura y a la natural inclina ción de las mujeres, que por la mayor parte auric ace dema tinada ó mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaran las ojos de Anselmo ciegos, a los menos sin tenes cues que intraque contento le diese; los míos en tinieblas, sin luz que à ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldeciamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar el aldea, y venirnos à este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras también mías, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas, comunicando con el cielo nuestras querellas.

A imitación nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra, se han venido à estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro; y son tantos, que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, según está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta; aquél la condena por facil y ligera; tal la absuelve y perdona; y tal la justifica y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condición; y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queja de desdén sin haberla jamás hablado, y aún quien se lamenta y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de árbol, que no esté ocupada de algún pastor que sus desventuras à los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes; Leandra murmuran los arroyos; y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando, sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos y más juicio tiene, es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia: y al són de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más tácil, y á mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones: y

esta fué la ocasión, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aqui llegué, que por ser hembra, la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometi contaros. Si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII

DE LA PENDENCIA QUE DON QUIJOTE TUVO CON EL CABRERO, CON LA RARA AVENTURA DE LOS DESCIPLINANTES Á QUIEN DIÓ FELICE FIN Á COSTA DE SU SUDOR.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchadole habian. Especialmente le recebió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuán cerca de mostrarse discreto cortesano; y así dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que más se mostró liberal en esto fué don Quijote, que le dijo: — Por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) à Leandra, apesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della à toda vuestra voluntad y talante; guardando pero las leves de la caballeria, que mandan qua á ninguna doncella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado; y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesión, que no es otra sino de favorecer à los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á don Quijote de tan mal pelaje y catadura, admiróse, y preguntó al barbero que cerca de si tenia. — Señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? — ¿Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas? — Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mi tengo, ó que vuestra merced se burla, ó que este gentil hombre debe de tener vacios los aposentos de la cabeza. -- Sois un grandisimo bellaco, dijo á esta sazón don Quijote, y vos sois el vacio y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa, puta que os parió: y diciendo y hablando, arrebató de un pan que junto à si tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; más el cabrero, que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto à la alhombra, ni à los manteles, ni à todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre don Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudara de ahogalle, si Sancho Panza no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote, que se vió libre, acudió à subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido à coces de Sancho, andaba buscando à gatas algún cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el canónigo y el cura; más el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de si á don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mojicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencias están trabados: sólo Sancho Panza se desesperaba, porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que a su amo no ayudase.

En resolución, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpían, oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hacia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y más que medianamente molido, le dijo: — Hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido vator y fuerza para sujetar las mias, ruégote que hagamos tregua no más de por una hora, porque el doloroso són de aquella trompeta que á nuestros oidos lle-

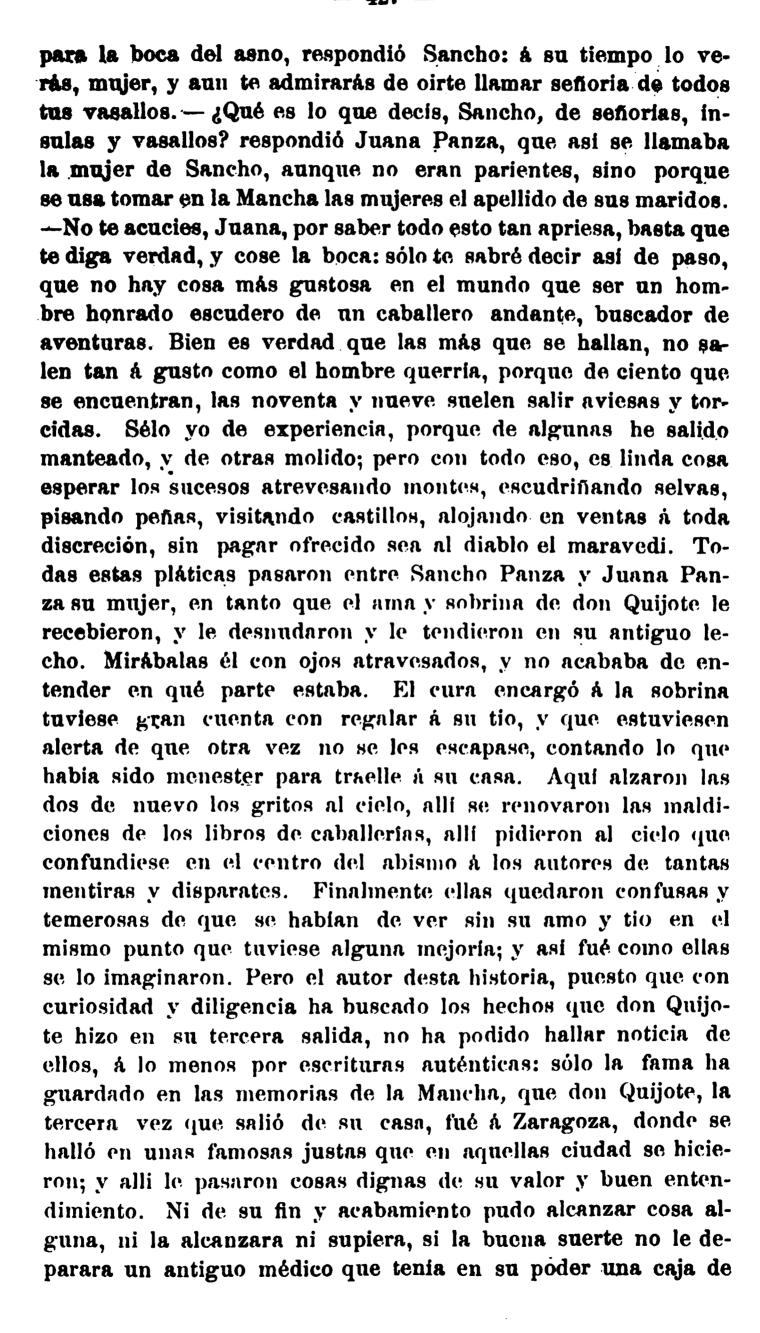
gó, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y don Quijote se puso en pie, volviendo asimismo el rostro adónde el són se oia; y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes. Era el caso, que aquel año habían las nubes negado su rocio á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo à Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que alli junto estaba, venia en procesión á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante, el acometerla; y confirmóle más esta imaginación, pensar que una imagen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió à Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzón el freno y la adarga, y en un punto le enfrenó; y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: — Ahora, valerosa compañia, veredes cuánto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballería: ahora digo, que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante porque espuelas no las tenia, y á todo galope porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese Rocinante, se fué à encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el cura y el canónigo y barbero à detenerle, más no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba, diciendo: — ¿Adónde va, señor don Quijote? ¿Qué demonios lleva en el pecho que le incitan à ir contra nuestra Fe Católica? Advierta, mal haya yo, que aquella es procesión de diciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana, es la imagen benditisima de la Virgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no es lo que sabe.

Fatigose en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar à los ensabanados y en librar à la señora enlutada, que

no oyó palabra; y aunque la oyera, no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesión, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco; y con turbada y ronca voz dijo: - Vosotros, que quiza por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imagen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanias, viendo la extraña catadura de don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en don Quijote, le respondió diciendo: - Señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ní es razón que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. — En una lo diré, replicó don Quijote, y es esta: que luego al punto dejéis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo que naci en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase, sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que don Quijote debia ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora à la cólera de don Quijote, porque sin decir más palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de don Quijote, enarbolando una horquilla ó bastón con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró don Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe à don Quijote encima de un hombro, por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, que el pobre don Quijote vino al suelo muy mal parado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido, dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado, que no habia hecho mal á nadie en todos los días de su vida. Más lo que detuvo al villano, no fueron las voces de Sancho, sino el ver que don Quijote no bullia pie ni mano; y asi, creyendo que le había muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañia de don Quijote adonde él estaba; y más los de la procesión que los vieron venir corriendo, y con

ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algún mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imagen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinación de defenderse y aun ofender, si pudiesen, à sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo, creyeudo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesión venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió el segundo, en dos razones, cuenta de quién era don Quijote; y así él como toda la turba de los diciplinantes, fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza, con lágrimas en los ojos decia: — ¡Oh flor de la caballeria, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenías dada la mejor insula que el mar ciñe y rodea! ¡Oh humilde con los soberbios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin, caballero andante, que es todo lo que decirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió don Quijote, y la primer palabra que dijo fué: — El que de vos vive ausente, dulcisima Dulcinea, à mayores miserias que esta está sujeto. Ayúdame Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante, porque tengo todo este hombro hecho pedazos. --Eso haré yo de niuy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos à mi aldea en compañia destos señores que su bien desean; y alli daremos orden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama. — Bien dices, Sancho, respondió don Quijote; y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo y el cura y barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y asi, habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á don Quijote en el carro como antes venia: la procesión volvió à ordenarse y à proseguir su camino. El cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no

quisieron pasar adelante; y el cura les pagó lo que se les debia; el canônigo pidió al cura le avisase el suceso de don Quijote, si sanaba de su locura, ó si se proseguia en ella; y con esto, tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se divirtieron y apartaron, quedando solos el cura y el barbero, don Quijote y Sancho Panza, y el bueno de Rocinante, que A todo lo que habia visto, estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó a don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema, siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis días llegaron A. la aldea de don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertò á ser domingo; y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron á su compatrioto, quedaron maravillados; y un muchacho acudió corriendo à dar las nuevas à su ama y à su sobrina de que su tio y su señor venia flaco y amarillo, y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lastima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se digron, las maldiciones que de nuevo echaron à los malditos libros de caballerías, todo lo cnal se renovó, cuando vieron entrar á don Quijote por sus puertas. A las nuevas de esta venida de don Quijote, acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero; y así como vió à Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno: Sancho respondió que venia mejor que su amo. - Gracias sean dadas à Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho: pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habéis sacado, de vuestras escuderias? ¿Qué saboyana me traéis á mi? ¿Qué zapaticos á vuestros hijos? — No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración. -- Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer; mostradme esas cosas de más consideración y más momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazón, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra auscucia. — En casa os las mostraré mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar de aventuras, vos me veréis presto conde ó gobernador de una insula, y no de las de por ahi, sino la mejor que pueda hallarse. — Quiéralo así el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Más decidme, ¿que es eso de insulas? que no lo entiendo. — No es la miel



plomo, que según él dijo, se había hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba; en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueva y jamás vista historia. El cual autor, no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo; que con esto, se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invención y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADEMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MAN-CHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, HOC SCRIPSERUNT.

> El Monicongo, académico de la Argamasilla, á la sepultura de don Quijote

EPITAFIO

El calvatrueno que adornó à la Mancha de más despojos que Jasón de Creta; el juicio que tuvo la veleta aguda, donde fuera mejor ancha; el brazo que su fuerza tanto ensancha, que llegó de Catay hasta Gaeta; la musa más horrenda y más discreta que grabó versos en broncinea plancha; el que à cola dejó los Amadises, y en muy poquito à Galaores tuvo, estribando en su amor y bizarria; el que hizo callar los Belianises; aquel que en Rocinante errando anduvo, yace debajo de esta losa fria.

Del Paniaguado, académico de la Argamasilla, in laudem Dulcineæ del Toboso

SONETO

Esta que veis de rostro amondongado,

alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fué el gran Quijote aficionado.
Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra, y el famoso
campo de Montiel, hasta el herboso
llano de Aranjuez, á pie y cansado:
culpa de Rocinante. ¡Oh dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
andante caballero, en tiernos años,
ella dejó muriendo de ser bella,
y él, aunque queda en mármoles escrito,
no pudo huir de amor, iras y engaños.

Del Caprichoso, discretísimo académico de la Argamasilla, en loor de Rocinante, caballo de don Quijote de la Mancha

SONETO

En el soberbio tronco diamantino que con sangrientas plantas huella Marte, frenético el manchego su estandarte tremola con esfuerzo peregrino.

Cuelga las armas y el acero fino, con que destroza, asuela, raja y parte: ¡nuevas proezas! pero inventa el arte un nuevo estilo al nuevo paladino.

Y si de su Amadís se precia Gaula, por cuyos bravos descendientes Grecia triunfó mil veces y su fama ensancha, hoy à Quijote le corona el Aula de Belona preside, (*) y del se precia más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

^(*) La Academia Española ha corregido este verso, Do Belona preside, que es lo que Cervantes escribiría en el original.

Nunca sus glorias el olvido mancha, pues hasta Rocinante, en ser gallardo, excede á Brilladoro y á Bayardo.

Del Burlador, académico Argamasíllesco á Sancho Panza

SONETO

Sancho Panza es aqueste, en cuerpo chico, pero grande en valor: ¡milagro extraño! escudero el más simple y sin engaño que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser conde no estuvo en un tantico, si no se conjuraran en su daño insolencias y agravios del tacaño siglo, que aun no perdonan á un borrico.

Sobre él anduvo (con perdón se miente) este manso escudero, tras el manso caballo Rocinante, y tras su dueño.

¡Oh vanas esperanzas de la gente, cómo pasáis con prometer descanso, y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

Del Cachidiablo, académico de la Argamasilla, en la sepultura de don Quijote

EPITAFIO

Aqui yace el caballero bien molido y mal andante, à quien llevó Rocinante por uno y otro sendero.

Sancho Panza, el majadero, yace también junto á él, escudero el más fiel que vió el trato de escudero.



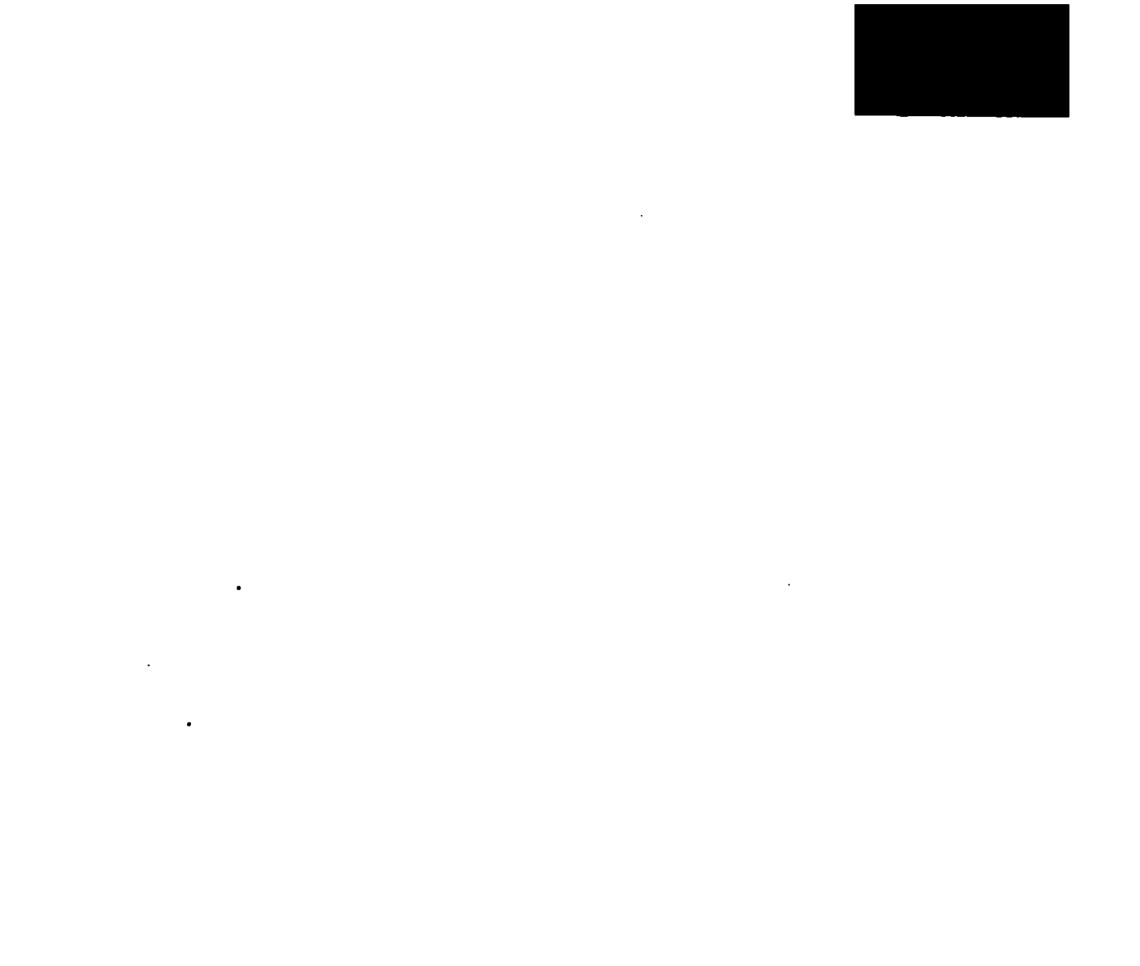
Del Tiquitoc, académico de la Argamasilla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso

EPITAFIO

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer: los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos á luz, con la esperanza de la tercera salida de don Quijote.

Forsi altro canterà con miglior plectro.



SEGUNDA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

1615

TASSA

Yo Hernando de Vallejo Escrivano de Cámara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, doy fé, que habiendose visto por los señores dél, un libro que compuso Miguel de Cervantes Saavedra, intitulado Don Quixote de la Mancha, SEGUNDA PARTE, que con licencia de su Majestad fué impreso, le tasaron cuatro maravedís cada pliego en papel, el cual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho respeto suma y monta doscientos y noventa y dos maravedís, y mandaron que esta tassa se ponga al principio de cada volumen del dicho libro para que se sepa y entienda lo que por él se ha de pedir y llevar, sín que se exceda en ello en manera alguna, como consta y parece por el auto y decreto original sobre ello dado, y que queda en mi poder, á que me refiero; y de mandamiento de los dichos señores del Consejo, y de pedimento de la parte del dicho Miguel de Cervantes, di esta fé en Madrid, à veynte y uno dias del mes de Octubre del mil y seiscientos y quince años.

HERNANDO DE VALLEJO.

FEE DE ERRATAS

Ví este libro intitulado SEGUNDA PARTE DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra, y no hay en él cosa digna de notar, que no corresponda á su original. Dada en Madrid á veynte y uno de Otubre mil y seiscientos y quince.

EL LICENCIADO FRANCISCO MURCIA DE LA LLANA.

APROBACIÓN

Por comisión y mandado de los Señores del Consejo, he hecho ver el libro contenido en este memorial, no contiene cosa contra la Fé ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha Filosofía moral, puédesele dar licencia para imprimirle. En Madrid, á cinco de Noviembre, de mil seyscientos y quince.

DOCTOR GUTIERRE DE CETINO.

APROBACIÓN

Por comisión y mandado de los señores del Consejo he visto la segunda parte de Don Quixote de la Mancha por Miguel de Cervantes Saavedra, no contiene cosa contra nuestra santa Fé Católica, ni buenas costumbres: antes muchas de honesta recreación, y apacible divertimiento, que los antiguos juzgaron convenientes á sus Repúblicas, pues en la severa de los Lacedemonios levantaron estátuas á la risa, y los de Tesalia la dedicaron fiestas, como lo dice Pausanías referido de Bosio, lib. 2 De signis Eccles, cap. 10, alentando ánimos marchitos, y espíritus melancólicos, de que se acordó Tulio en el primero De legibus, y el Poeta, diciendo: Interpone tuis interdum guardia curis, lo cual hace el autor mezclando las veras á las burlas, lo dulce á lo provechoso, y lo moral á lo faceto, disimulando en el cebo del donaire, el anzuelo de la reprensión y cumpliendo con el acertado asunto en que pretende la expulsión de los libros de Caballerias, pues con su buena diligencia mañosamente, alimpiando de su contagiosa dolencia á estos Reynos, es obra muy digna de su grande ingenio, honra y lustre de nuestra nación, admiración y invidia de las extrañas. Este es mi parecer salvo ctc. En Madrid, à 17 de Marzo de 1615.

EL M. JOSEPH DE VALDIVIESO.





APROBACIÓN

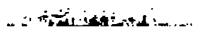
Por comisión del señor Doctor Gutierre de Cetina, Vicario General desta villa de Madrid Corte de su Magestad, he visto este libro de la segunda parte del ingenioso Caballero DON QUIXOTE DE LA MANCHA por Miguel de Corvantes Saavedra y no hallo en él cosa indigna de un Cristiano celo ni que disuene de la decencia debida á buen ejemplo ni virtudes morales: antes mucha erudición y aprovechamiento, así en la continencia de su bien seguido asunto, para extirpar los vanos y mentirosos libros de Caballerías, cuyo contagio había cundido más de lo que fuera justo: como en la lisura del lenguage Castellano, no adulterado con enfadosa y estudiada afectación (vicio con razón aborrecido de hombres cuerdos) y en la corrección de vicios que generalmente toca, ocasionado de sus agudos discursos guarda con tanta cordura las leyes de reprensión Cristiana, que aquel que fuere tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce y sabroso de sus medicinas, gustosamente habrá bebido (cuando menos lo imagine) sin empacho ni asco alguno, lo provechoso de la delestación de su vicio, con que se hallará (que es lo más dificil de conseguirse) gustoso y reprendido. Ha habido muchos, que por no haber sabido templar, ni mesclar d proposito lo útil con lo duice, han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar á Diógenes en lo Filósofo y docto, atrevida (por no decir licenciosa y desalumbradamente) le pretenden imitar en lo Cinico, entregándose á maldicientes, inventando casos que no pasaron, para hacer capaz al vicio que tocan de su depera reprensión, y por ventura descubren caminos, para seguirle, hasta entonces ignorados, con que vienen á quedar sino reprensores, à la menos maestros del. Hácense adiosos à los bien entendidos, con el pueblo pierden el crédito (si alguno tuvieron) para admitir sus escritos, y los vicios que arrojada é imprudentemente quisieren corregir, en muy peor estado que antes, que no todas las postemas á un mismo tiempo están dispuestas para admitir las recetas ó cauterios: antes algunos mucho mejor reciben las blandas y suaves medicinas, con cuya aplicación el atentado y docto médico consigue el fin de resolverlas, término que muchas veces es mejor, que no el que se alcansa con el rígor del hierro. Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel Cervantes así nuestra nación, como las extrañas, pues

como á milagro desean ver el autor de libros que con general aplauso, asi por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos han recibido España, Francia, Ilalia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad, que en veynte y cinco de Febrero deste año de seyscientos y quince, habiendo ido el Ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal, Arzobispo de Toledo mi señor, a pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embajador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos Caballeros Franceses, de los que vinieron acompañando al Embajador, tan corteses, como entendidos, y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros Capellanes del Cardenal mi señor, deseosos de saber qué libros de ingenio andaban más validos, y tocando acaso en este, que yo estaba censurando apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, cuando se comenzaron á hacer lenguas, encareciendo la estimación en que así en Francia como en los Reynos sus confinantes, se tenían sus obras, la Galatea, que alguno de ellos tiene casi de memoria, la primera parte desta, y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos, que me ofrecí llevarlos que viesen al autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos deseos. Preguntáronme muy por menos su edad, su profesión, calidad, y cantidad. Hálleme obligado á decir que era viejo, soldado, Hidalgo, y pobre, á que uno respondió estas formales palabras: Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del erario público. Acudió uno de aquellos Caballeros, con este pensamiento y con mucha agudeza, y dijo: Si necesidad le ha obligado á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo. Bien creo que está para censura un poco larga, alguno dirá, que toca los límites de lisonjero elogio: más la verdad de lo que cortamente digo, deshace en el Critico la sospecha y d mí el cuidado: además que el día de hoy no se lisonjea á quies no tiene con que cebar el pico del adulador, que aunque afectuosa y falsamente dice de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid, á veynte y siete de Febrero de mil y seyscientos y quince.

EL LICENCIADO MARQUEZ TORRES.

PRIVILEGIO

Por cuanto, por parte de vos Miguel de Cervantes Saavedra, nos fué hecha relación que habíades compuesto la SE-GUNDA PARTE DE DON QUÍXOTE DE LA MANCHA, de la cual haciades presentación, y por ser libro de historia agradable, y honesta, y haberos costado mucho trabajo y estudio, nos suplicastes os mandásemos dar licencia para le poder imprimir, y privilegio por veynte años, ó como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los de nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hizo la diligencia que la premática, por nos sobre ello fecha, dispone, fué acordado que debiamos mandar dar esta nuestra cédula en la dicha razón, y nos tuvimoslo por bien. Por la cual vos damos licencia y facultad para que por tiempo y espacio de diez años cumplidos, primeros siguientes, que corran y se cuenten desde el día de la fecha de esta nuestra cédula en adelante, vos, ó la persona que para ello vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir y vender el dicho libro que de suso se hace mención, y por la presente damos licencia y facultad à cualquier Impresor de nuestros Reynos que nombráreles, para que durante el dicho tiempo le pueda imprimir por el original que en el nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado al fin de Hernando de Vallejo, nuestro escribano de Cámara, y uno de los que en él reside, con que antes y primero que se venda, lo traygáis ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme á él, ó traygais fé en pública forma, como por Corrector por nos nombrado, se vió y corrigió la dicha impresión por el original, y más al dicho impresor que ansi imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor, y persona á cuya costa lo imprimiere, ni à otra alguna, para efecto de la dicha corrección y tassa, hasta que antes y primero el dicho libro es-



té corregido y tasado por los del nuestro Consejo, y estando hecho, y no de otra manera, puede imprimir el dicho principio y primer pliego, en el cual, inmediatamente ponga esta nuestra licencia y la aprobación, tassa y erratas, ni lo podáis vender ni lo vendáis vos ni otra persona alguna, hasta que esté el dicho libro en la forma susodicha, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leves de nuestros Reynos que sobre ello disponen, y más, que durante el dicho tiempo, persona alguna sin vuestra licencia, no le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere y vendiere hava perdido y pierda cualesquiera libros, moldes y aparejos que dél tuviere, y más, incurra en pena de cincuenta mil maravedis por cada vez que lo contrario hiciere, de la cual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para el que lo denunciare, y más á los de nuestro Consejo, Presidentes, Oidores de las nuestras Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa, y Corte, y Chancillerías, y á otras cualesquiera justicias de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reynos y señorios. y á cada uno en su jurisdicción, ansi á los que agora son como á los que serán de aqui adelante, que vos guarden y y cumplan esta nuestra cédula y merced que ansi vos hacemos, y contra ella no vayan ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced, y de diez mil maravedis para la nuestra Cámara. Dada en Madrid, á treynta días del mes de Marzo de mil y seyscientos y quince años.

YO EL REY.

Por mandato del Rey nuestro señor,

PEDRO DE CONTRERAS.

PRÓLOGO AL LECTOR

Válame Dios, y con cuánta gana debes estar esperando ahora, lector ilustre (ó quier plebeyo), este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote: digo de aquel que dicen se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he dar este contento; que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castiguele su pecado, con su pan se lo coma, y alla se lo haya. Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mi, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron; que el soldado, más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mi de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera antes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza; y hase de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame invidioso, y que, como à ignorante, me describa qué cosa sea la invidia, que

en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conosco sino à la santa, à la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningún sacerdote, y más si tiene, por añadidura, ser familiar del Santo oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras, y la ocupación continua y virtuosa. Pero en efecto, le agradesco à este señor autor, el decir que mis novelas son más satiricas que ejemplares, pero que son buenas; y no lo pudieran ser, si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los términos de mi modestia, sabiendo que no se ha añadir aflición al afligido; y que la que debe tener este señor, sin duda es grande, pues no osa parecer à campo abierto y al cielo claro, encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si hubiera hecho alguna traición de lesa majestad. Si por ventura llegares á conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agraviado, que bien sé lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores, es ponerle á un hombre en el entendimiento, que puede componer y imprimir un libro con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros cuanta fama; y para confirmación desto, quiero que en tu buen donaire y gracia le cuentes este cuento:

Había en Sevilla un loco, que dió en el más gracioso disparate y tema que dió loco en el mundo. Y fué, que hiso un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algún perro en la calle, ó en cualquier otra parte, con el un pie le cogía el suyo, y el otro le alzaba con la mano, y como mejor podía, le acomodaba el cañuto en la parte que soplándole, le ponía redondo como una pelota, y en teriéndolo desta suerte le daba dos palmaditas en la barriga, y le soltaba diciendo à los circunstantes (que siempre eran muchos): Pensarán vuesas mercedes ahora que es poco trabajo hinchar un perro. Pensará vuesa merced ahora que es poco trabajo hacer un libro. Y si este cuento no le cuadrare, dirasle, lector amigo, este, que también es de loco y de perro:

Había en Córdoba otro loco, que tenía por costumbre de traer encima de la cabeza un pedazo de losa de mármol, ó un canto no muy liviano; y en tomando algún perro descuidado, se le ponía junto, y á plomo, dejaba caer sobre él el peso. Amohinábase el perro, y dando ladridos y aullidos no paraba en tres calles. Sucedió pues, que entre los perros que descargó la carga fué uno un perro de un bonetero, á quién

quería mucho su dueño. Bajó el canto, dióle en la cabeza, alzó el grito el molido perro, viólo y sintiólo su amo, asió de una vara de medir, y salió al loco, y no le dejó hueso sano, y cada palo que le daba decia: Perro ladrón, ¿á mi podenco? ¿No viste, cruel, que era podenco mi perro? Y repitiéndole el nombre de podenco muchas veces, envió al loco hecho un alheña. Escarmentó el loco, y retiróse, y en más de un mes no salió á la plaza, al cabo del cual tiempo volvió con su invención y con más carga. Llegábase donde estaba el perro, y mirádole muy bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse à descargar la piedra, decia: Este es podenco, ¡guarda! En efecto, todos cuantos perros topaba, aunque fuesen alanos ó gozques, decia que eran podencos, y así no soltó más el canto. Quizá de esta suerte le podrá acontecer á este historiador, que no se atreverá à soltar más la presa de su ingenio en libros, que en siendo malos, son más duros que las peñas. Dile también que de la amenaza que me hace que me ha de quitar la ganancia con su libro, no se me da un ardite, que acomodándome al entremés famoso de la Perendenga, le respondo que me viva el Veinte y Cuatro mi señor y Cristo con todos: viva el gran conde de Lemos, cuya cristiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie; y vivame la suma caridad del Ilustrisimo de Toledo don Bernardo de Sandoval y Rojas, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mi más libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos principes, sin que lo solite adulación mía, ni otro género de aplauso, por sola su bondad, han tomado á su cargo el hacerme merced y favorecerme, en lo que me tengo por más dichoso y más rico, que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre. La honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar à la nobleza pero no escurecerla del todo; pero como la virtud dé alguna luz de si, aunque sea por los inconvenientes y resquicios de la estrecheza, viene à ser estimada de los altos y nobles espíritus; y por el consiguiente, favorecida; y no le digas más, ni yo quiero decirte más á ti, sino advertirte, que consideres que esta segunda parte de Don Quijore que te ofrezco, es cortada del mismo artifice y del mismo paño que la primera; y que en ella te doy á Don Quijore dilatado, y finalmente muerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarme nuevos testimonios, pues bastan los pasados, y basta también que un

hombre honrado haya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrarse en ellas: que las abundancia de las cosas, aunque sean buenas, hace que no se estimen; y la carestía, aun de las malas, se estima en algo. Olvidaseme de decirte, que esperes el *Persiles* que ya estoy acabando, y la segunda parte de *Galatea*.

DEDICATORIA AL CONDE DE LEMOS

Enviando á vuestra Excelencia los días pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo, dije, que Don Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir d besar las manos á vuestra Excelencia; y ahora digo, que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega, me parece que habré hecho algún servicio á vuestra Excelencia; porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envie, para quitar el amago y la náusea que ha causado otro Don Quijote que con nombre de Segunda Parte se ha disfrazado y corrido por el orbe; y el que más ha mostrado desearle ha sido el gran emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, o por mejor decir, suplicándome, se le enviase, porque quería fundar un Colegio donde se leyese la lengua Castellana, y quería que el libro que se leyese fuese el de la Histo-RIA DE DON QUIJOTE: juntamente con esto me decía que fuese á ser yo el Rector de tal colegio. Preguntéle al portador, si su Majestad le había dado para mi alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podéis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además, que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al grande conde de Lemos, que sin tantos titulillos de Colegios ni Rectorias, me sustenta, me ampara, y hace más merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á vuestra Excelencia Los trabajos de Persiles y Segismunda, libro à quien daré fin dentro de cuatro meses, Deo volente; el cual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua



se haya compuesto: quiero decir de los de entretenimiento; y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible. Venga vuestra Excelencia con la salud que es deseado, que ya estará Persiles para besarle las manos, y yo los pies, como criado que soy de vuestra Excelencia. De Madrid último de Octubre de mil seyscientos y quince.

Criado de vuestra Excelencia,

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

DE LO QUE EL CURA Y EL BARBERO PASARON CON DON QUIJOTE
CERCA DE SU ENFERMEDAD

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la Segunda parte desta historia y tercera salida de don Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle, por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero no por eso dejaron de visitar á su sobrina, y á su ama, encargándolas tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el celebro, de donde procedia, según buen discurso, toda su mala ventura; las cuales dijeron que asi lo hacian, y lo harian con la voluntad y cuidado posible, porque echaban de ver que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; de lo cual recibieron los dos gran contento, por parecerles que habían acertado en haberle traido encantado en el carro de los bueyes, como se contó en la primera parte desta tan grande como puntual historia en su último capítulo; y así determinaron de visitarle y hacer experiencia de su mejoria, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballeria, por no ponerse à peligro de descoser los de la herida que tan tiernos estaban. Visitáronle en fin, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia. Fueron dél muy bien recebidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de si y della con mucho juicio

y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razón de Estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno ó un Solón flamante, y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habían puesto en una frágua y sacado otra de la que pusieron: y habló don Quijote con tanta discreción en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar gracias á Dios de ver à su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era no tocarle en cosas de caballerías, quiso hacer de todo en todo, experiencia si la sanidad de don Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance, vino á contar algunas nuevas que habían venido de la corte; y entre otras dijo que se tenla por cierto que el turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabia su designio, ni adónde había de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la Cristiandad, y su Majestad había hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia, y la isla de Malta.

A esto respondió don Quijote: — Su Majestad ha hecho como prudentisimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si se tomara mi consejo, aconsejárale yo que usara de una prevención, de la cual su Majestad, la hora de ahora, debe de estar muy ajeno de pensar en ella. Apenas oyó esto el cura, cuando dijo entre si: — Dios te tenga de su mano, pobre don Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Más el barbero, que ya había dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á don Quijote cuál era la advertencia de la prevención que decia era bien se hiciese; quiza podría ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los principes. - El mio, senor rapador, dijo don Quijote, no será impertinente sino perteneciente. — No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbitrios [que se dan á su Majestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del Rey ó del reino. — Pues el mio, respondió don Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo, y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. — Ya tarda en decirle vuesa merced, señor don Quijote, dijo el cura. — No querría, dijo don Quijote, que le dijese yo aquí ahora y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las gracias y el premio de mi trabajo. — Por mi, dijo el barbero, doy la palabra para aqui y para delante de Dios, de no decir lo que vuesa merced dijere, ni à Rey ni à Roque, ni à hombre terrenal: juramento que aprendi del romance del cura que en el prefacio avisó al Rey del ladrón que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. -No sé historias, dijo don Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fe de que sé que es hombre de bien el señor barbero. — Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. — Y á vuesa merced, ¿quién le fia, señor cura? dijo don Quijote. — Mi profesión, respondió el cura, que es de guardar secreto. — Cuerpo de tal, dijo á esta sazón don Quijote, ¿hay más sino mandar su Majestad, por público pregón, que se junten en la corte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastase á destruir toda la potestad del turco? Esténme vuesas mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Si no, diganme, ¿cuantas historias están llenas destas maravillas? Había, en hora mala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso don Belianis ó alguno de los del innumerable linaje de Amadis de Gaula, que si alguno destos hoy viviera, y con el turco se afrontara, à fe que no le arrendara la ganancia; pero Dios mirarà por su pueblo y deparará alguno, que si no tan bravo como los pasados andantes caballeros, à lo menos no le será inferior en el ánimo; y Dios me entiende y no digo más. — ¡Ay! dijo à este punto la sobrina, que me maten si no quiere mi señor volver à ser caballero andante. A lo que dijo don Quijote:—Caballero andante he de morir, y baje ó suba el turco cuando él quisiere y cuán poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazón dijo el barbero: -- Suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para



contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aqui como de molde, me da gana de contarie. Dió la licencia don Quijote, y el cura y los demás le prestaron atención, y él comenzó desta manera:

- En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre à quien sus parientes habían puesto alli por falta de juicio; era graduado en canones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, según opinión de muchos, no dejara de ser loco. Este tal graduado, al cabo de algunos años de recogimiento, se dió à entender que estaba cuerdo y en su entero juicio; y con esta imaginación, escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones, le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios, habla ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hacienda, le tenian ailí, y á pesar de la verdad, querian que fuese loco hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó à un capellan suyo se informase del rector de la casa, si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hizolo asi el capellan, y el rector le dijo que aquel hombre aun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparataba con tantas necedades, que en muchas, y en grandes, igualaban á sus primeras discrectones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellán, y poniéndole con el loco habió con él una hora y más; y en todo aquel tiempo, jamás el loco dijo razón torcida ni disparatada; antes habló tan atentadamente, que el capellán fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo; y entre otras cosas que el loco le dijo, fué que el rector le tenia ojeriza por no perder los regalos que sus parientes le hacian, porque dijese que aun estaba loco y con lúcidos intervalos; y que el mayor dolor que en su desgracia tenía era su mucha hacienda, pues por gozar della, sus enemigos ponian dolo y dudaban de la merced que nuestro. Señor le habia hecho, en volverle de bestia en hombre. Finalmente, él habló de manera que hizo sospechoso al rector, codiciosos y desalmados á sus parientes, y á él tan discreto, que el capellan se determinó à llevarsele consigo à que el arzobispo le viese y tocase con la mano la verdad de aquel negocio. Con esta buena fe, el buen capellán pidió al rector mandase dar los vestidos con que alli había entrado el licenciado: volvió à decir el rector que mirase lo que hacía, porque sin duda alguna el licenciado aun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellán las prevenciones y advertimientos del rector para que dejase de llevarle: obedeció el rector, viendo ser orden del arzobispo; pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellán que por caridad le diese licencia para ir à despedirse de sus compañeros los locos.

El capellán dijo que él queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes; y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: — Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy à mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios, ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mi me ha vuelto á mi primero estado, también le volverá á él si en él confia; yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacios y los celebros llenos de aire: esfuércese, esfuércese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula, frontero de la del furioso; y levantándose de una estera vieja, donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió:—Yo soy hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aqui, por lo que doy infinitas gracias á los cielos, que tan grande merced me han hecho.—Mirad lo que decis licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco, sosegad el pie, y estaos quedito en vuestra casa y ahorraréis la vuelta. -Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar à andar estaciones.—¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien; ello dirá; andad con Dios; pero yo os voto à Júpiter, cuya Majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla, en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, amén. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar à este ignorante pueblo, y es con no llover en él. ni en todo su distrito y contorno, por tres años enteros, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme. A las voces y à las razones del loco, estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellán y asiendole de las manos, le dijo:—No tenga vuesa merced pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho, que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojare y fuere menester. A lo que respondió el capellán:—Con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter: vuesa merced se quede en su casa; que otro dia, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por vuesa merced. Rióse el rector y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellán: desnudaron al licenciado, quedóse en casa y acabóse el cuento. - ¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo don Quijote, que por venir aqui como de molde [no podía dejar de contarle? ;Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que vuesa merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor à valor, de hermosura à hermosura, y de linaje à linaje son siempre odiosas y mal recebidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno, el dios dellas aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; sólo me fatigo por dar á entender al mundo en el error en que está, en no renovar en si el felicisimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballeria; pero no es merecedora la depravada edad nuestra, de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron à su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios, y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas, desde los piés à la cabeza, y ya no hay quien sin sacar los piés

de los estribos, arrimado á su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña; y de alli pise una estéril y desierta playa del mar, las más veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil ni járcia alguna, con intrépido corazón se arroje en el, entregándose à las implacables olas del mar profundo, que va le suben al cielo y va le bajan al abismo; y él, puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil v más leguas distante del lugar donde se embarcó; y saltando en tierra remota y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces. Más ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas; que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Si no, dígame, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadis de Gaula? ¿Quién más discreto que Palmerin de Inglaterra? ¿Quién más acomodado y manual que Tirante el Blanco? ¿Quién más galán que Lisuarte de Grecia? ¿Quién más acuchillado ni acuchillador que don Belianis? ¿Quién más intrépido que Perión de Gaula, ó quien más acometedor de peligros que Félixmarte de Hircania, ó quién más sincero que Esplandían, quién más arrojado que don Ceriongilio de Tracia, quién más bravo que Rodamonte, quién más prudente que el rey Sobrino, quién más atrevido que Reinaldos, quién más invencible que Roldán, y quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien descienden hoy los duques de Ferrara, según Turpin en su cosmografia? Todos esos caballeros, y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos, ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbitrio, que à serlo, su Majestad se hallara bien servido y ahorrara de mucho gasto, y el turco se quedara pelando las barbas, y con esto no quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellán della: y su Júpiter (*) como ha dicho el barbero, no lloviere, aqui estoy yo, que lloveré cuando se me antojare: digo esto, porque sepa el señor bacia que le entiendo. — En ver-

^{(°) «} Si Júpiter » corrigió aquí con mucho acuerdo la Academia Española.

dad, señor don Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios, como fué buena mi intención, y que no debe vuesa merced sentirse- - Si puedo sentirme ó no, respondió don Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: -- Aún bien que yo casi no he hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe y escarba la conciencia, nacido de lo que aqui el señor don Quijote ha dicho. — Para otras cosas más, respondió don Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. — Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la caterva de caballeros andantes que vuestra merced, senor don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir, medio dormidos. - Este es otro error, respondió don Quijote, en que han caído muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones, he procurado sacar á la luz de la verdad este casi común engaño; pero algunas veces no he salido con mi intención, y otras si, sustentándola sobre los hombros de la verdad: la cual verdad es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos vi à Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que he delineado à Amadis, pudiera à mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe; que por la aprensión que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena filosofia sus facciones, sus colores y estaturas. - ¿Qué tan grande le parece à vuesa merced, mi señor don Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? — En esto de gigantes, respondió don Quijote, hay diferentes opiniones, si los ha habido ó no en el mundo; pero la Santa Escritura, que no puede faltar un atomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. También en la isla de Sicilia se han hallado canillas y espaldas tan grandes, que su grandeza manifiesta que fueron gigantes sus



dueños, y tan grandes como grandes torres; que la geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy álto; y muéveme á ser de este parecer, hallar en la historia donde se hace mención particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado, y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. — Así es, dijo el cura, el cual gustando de oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalván, y de don Roldán, y de los demás doce Pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. — De Reinaldos, respondió don Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldán, ó Rotolando, ó Orlando (que con todos estos nombres le nombran las historias) soy de parecer y me afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. -- Si no fué Roldán más gentilhombre que vuestra merced ha dicho, replicó el cura, no fué maravilla que la señora Angélica la bella, le desdeñase y dejase por la gala, brio y donaire que debia de tener el morillo barbiponiente à quien ella se entregó: y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldán. — Esa Angélica, respondió don Quijote, señor cura, fué una doncella destraida, andariega y algo antojadiza, y tan lleno dejó el mundo de sus impertinencias, como de la fama de su hermosura. Despreció mil señores, mil valientes y mil discretos, y contentôse con un pajecillo barbilucio, sin otra hacienda ni nombre que el que le pudo dar de agradecido la amistad que guardó à su amigo. El gran cantor de su belleza, el famoso Ariosto, por no atreverse ó por no querer cantar lo que á esta señora le sucedió después de su ruin entrega, que no debieron ser cosas demasiadamente honestas, la dejó donde dijo:

Y como del Catay recibió el cetro, quizá otro cantará con mejor pletro.

Y sin duda que esto fué como profecia, que los poetas también se llaman vates, que quiere decir adivinos. Vése esta verdad clara, porque después acá, un famoso poeta andaluz lloró y cantó sus lágrimas, y otro famoso y único poeta castellano cantó su hermosura.

—Digame, señor don Quijote, dijo a esta sazón el barbero, ¿no ha habido algún poeta que haya hecho alguna sátira á esta señora Angélica, entre tantos como la han alabado? — Bien creo yo, respondió don Quijote, que si Sacripante ó Roldán fueran poetas, que ya me hubieran jabonado à la doncella; porque es propio y natural de los poetas desdeñados y no admitidos de sus damas fingidas, ó fingidas en efecto de aquellos á quien ellos escogieron por sus señoras de sus pensamientos, vengarse con sátiras y libelos: venganza por cierto indígna de pechos generosos; pero hasta ahora no ha llegado à mi noticia ningún verso infamatorio contra la señora Angélica, que trujo revuelto el mundo. —Milagro, dijo el cura; y en esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habían dejado la conversación, daban grandes voces en el patio y acudieron todos al ruido.

CAPÍTULO II

QUE TRATA DE LA NOTABLE PENDENCIA QUE SANCHO PANZA TUVO CON LA SOBRINA Y AMA DE DON QUIJOTE, CON OTROS SUCESOS GRACIOSOS.

Cuenta la historia, que las voces que oyeron don Quijote, y el cura y el barbero, eran de la sobrina y ama, que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á don Quijote y ellas le defendían la puerta: — ¿Qué quiere este mostrenco en esta casa? Idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca à mi señor, y le lleva por esos andurriales. A lo que Sancho respondió: — Ama de Satanás, el sonsacado y el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañáis en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas, prometiéndome una insula que hasta ahora la espero. - Malas insulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito: ¿v qué son insulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilón, que tú eres? — No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y que cuatro alcaldes de corte. — Con todo eso, dijo el ama, no entraréis



acá, saco de maldades y costal de malicias: id á gobernar vuestra casa y labrar vuestros pegujares, y dejaos de pretender insulas ni insulos. Grande gusto recebian el cura y el barbero, de oir el coloquio de los tres; pero don Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase algún montón de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le liamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de don Quijote, de cuya salud desesperaron, viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerias; y asi dijo el cura al barbero: -- Vos veréis, compadre, cómo cuando menos lo pensemos, nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. — No pongo vo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la insula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños puedan imaginarse. — Dios los remedie, dijo el cura, y estemos á la mira; veremos en lo que para esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero; que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor, sin las necedades del criado, no valian un ardite. — Asi es, dijo el barbero, y holgara mucho saber qué tratarán ahora los dos.—Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuentan después, que no son de condición que dejarán de escucharlo. En tanto don Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: — Mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fui el que te saqué de las casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos: si à ti te mantearon una vez, a mi me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. - Eso estaba puesto en razón, respondió Sancho, porque, según vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgracias, que á sus escuderos. - Engáñastes, Sancho, dijo don Quijote, según aquello: quando cáput dólet ecétera. — No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. — Quiero decir, dijo don Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen, y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razón, el mal que a mi me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo. — Así había de ser

dijo Sancho; pero cuando a mi me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros están obligados á dolerse del mal de la cabeza, había de estar obligada ella à dolerse dellos. — ¿Querras tù decir ahora, Sancho, respondió don Quijote, que no me dolia yo cuando a ti te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pués más dolor sentia vo entonces en mi espiritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto á parte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongamos en su punto: y dime, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mi por este lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas, y qué de mi cortesia? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballeresca? Finalmente, quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado à tus oidos; y esto me has de decir sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales, es decir la verdad à sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulación la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si à los oídos de los principales llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que, de las que ahora se usan, es la dorada. Sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. - Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condición que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron à mi noticia. — En ninguna manera me enojaré, respondió don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno. — Pues lo primero que digo, dijo, es que el vulgo tiene à vuesa merced por grandisimo loco, y á mi por no menos mentecato. Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa merced en los limites de la hidalguia, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrian que los hidalgos se opusiesen à ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. — Eso, dijo don Quijote, no

tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podría ser, y el roto más de las armas que del tiempo. — En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentia, cortesia, hazañas y asunto de vuesa merced, hay diferentes opiniones: uno dicen loco, pero gracioso; otros, valiente, pero desgraciado; otros cortés, pero impertinente; y por aqui van discurriendo en tantas cosas, que ni á vuesa merced ni a mi nos dejan hueso sano. — Mira, Sancho, dijo don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron, dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosisimo, prudentisimo y valentisimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en su costumbres. Alejandro, à quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen del que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules, el de los muchos trabajos, se cuenta que fué lascivo y muelle. De don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, se murmura que fué más que demasiadamente rijoso; y de su hermano, que fué llorón. Así que, ioh Sancho! entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean más de las que has dicho. -Ahi está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. -¿Pues hay más? preguntó don Quijote. — Aun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aqui son tortas y pan pintado; más si vuesa merced quiere saber todo lo que hay acerca de las caloñas que le ponen, yo le traeré aqui luego al momento quien se las diga todas, sin que las falte una meaja; que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller; y yéndole yo å dar la bienvenida, me dijo que andaba ya en libros la Historia de vuesa merced, con nombre del INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA; y dice que me mientan à mi en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y à la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros à solas, que me hice cruces de espantado, cómo las pudo saber el historiador que las escribió. — Yo te aseguro, Sancho, dijo don Quijote, que debe de ser algún sabio encantador, el autor de nuestra historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. — Y cómo, dijo Sancho, si era sabio y encantador, pues según dice el bachiller Sansón Carrasco (que asi se llama el que dicho tengo), que el autor de la historia se llama Cide Amete Berengena. — Ese nombre es de moro, respondió don Quijote. — Asi será, respondió Sancho,

porque por la mayor parte he oido decir que los moros son amigos de berengenas. — Tú debes, Sancho, dijo don Quijote, errarte en el sobrenombre dese Cide, que en árabigo quiere decir señor. — Bien podría ser, replicó Sancho; más si vuesa merced gusta que yo le haga venir aqui, iré por él en volandas. — Harásme mucho placer, amigo, dijo don Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta ser informado de todo. — Pues yo voy por él, respondió Sancho; y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual velvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosísimo coloquio.

CAPÍTULO III

DEL RIDÍCULO RAZONAMIEMTO QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE, SANCHO PANZA Y EL BACHILLER SANSÓN CARRASCO

Pensativo además quedó don Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de si mismo puestas en libro, como había dicho Sancho; y no se podia persuadir à que tal historia hubiese, pues aun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algún sabio, ó ya amigo ó enemigo por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante: si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las más viles que de algún vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre si, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandilocua, alta, insigne, magnifica y verdadera. Con esto se consoló algún tanto; pero desconsolole pensar que su autor era moro, según aquel nombre de Cide; y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temiase no hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices, y doncellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos;

y así, envuelto y revueito en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, à quien don Quijote recibió con mucha cortesia. Era el bachiller, aunque se llamaba Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró viendo á don Quijote, poniéndose delante dél de rodillas, diciéndole. — Deme vuestra grandeza las manos, señor don Quijote de la Mancha, que por el hábito de San Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es vuesa merced uno de los más famosos caba leros andantes que ha habido ni aun habra en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita; y rebién haya el curioso que tuvo cuidado de hacerla traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para univers il entretenimiento de las gentes. Hizole levantar don Quijote, y dijo: - Desa manera, zverdad es que hay historia mia, y que fué moro y sabio el que la compuso? — Es tan verdad, señor, dijo Sansón, que tengo para mi, que en el dia de hoy están impresos más de doce mil líbros de la tal historia: si no, digalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama de que se está imprimiendo en Amberes, y á mi se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca. – Una de las cosas, dijo á esta sazón don Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa. Dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualara. -- Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, solo vuesa merced lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya, tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuesa merced el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgracias, como en las heridas; la honestidad y la continencia en los amores tan platónicos de vuesa merced y de mi señora doña Dulcinea del Toboso. - Nunca, dijo a este punto Sancho Panza, he oido llamar con Don à mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. - No es objeción de importancia, respondió Carrasco. -- No por cierto,

respondió don Quijote; pero digame vuesa merced señor bachiller, ¿qué hazañas mias son las que más se ponderan en esa historia? — En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento que à vuesa merced le parecieron Briareos y gigantes; otros à la de los batanes; éste á la descripción de los dos ejércitos, que después parecieron ser dos manadas de carneros; aquél encarece la del muerto que llevaban à enterrar à Segovia; uno dice que à todas se aventaja la de la libertad de los galeotes; otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaino. — Digame, señor bachiller, dijo á esta sazón Sancho, gentra ahi la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas en el golfo? — No se le quedó nada, respondió Sansón, al sabio en el tintero: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. — En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire si, y aun más de las que yo quisiera. — A lo que yo imagino, dijo don Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. — Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leido la historià, que se holgaran se les hubieran olvidado à los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes en_ cuentros dieron al señor don Quijote. — Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. — También pudieran callarios por equidad, dijo don Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia, no hay para qué escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fe que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio fe pintó, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. — Asi es, replicó Sansón; pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas no como fueron, sino como debían ser; y el historiador las ha de escribir no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar à la verdad cosa alguna. — Pues si es que se anda à decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallan los mios, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no ine la tomasen à mi de todo el cuerpo: pero no hay de qué maravillarme, pues como dice el mismo señor mio, del dolor de la cabeza han de participar los miembros.



- Socarrón sois, Sancho, respondió don Quijote, & fe que no os falta memoria cuando vos queréis tenerla. — Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que aun se están frescos en las costillas. — Callad, Sancho, dijo don Quijote, y no interrumpáis al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mi en la referida historia.— Y de mí, dijo Sancho, que también dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. – Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sansón. — ¿Otro reprochador de voquibles tenemos? dijo Sancho, pues andense a eso, y no acabaremos en toda la vida. — Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, si no sois vos la segunda persona de la historia. y que hay tal, que precia más oiros hablar á vos, que al más pintado de toda ella; puesto que tambien hay quien diga que anduvisteis demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella insula ofrecida por el señor don Quijote, que está presente. — Aun hay sol en las bardas, dijo don Quijote; y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará más idoneo y más hábil para ser gobernador, que no está ahora. - Por Dios, Señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha insula se entretiene no sé donde, y no en faltarme à mi el caletre para gobernarla. - Encomendadlo & Dios, Sancho, dijo don Quijote, que todo se hará bien, y quiza mejor de lo que vos pensais; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. — Así es verdad, dijo Sansón, que si Dios quiere, no le faltaran á Sancho mil islas que gobernar, cuanto más una. — Gobernador he visto por ahi, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso les llaman señoria, y se sirven con plata. — Esos no son gobernadores de insulas, replicó Sansón, sino de otros gobiernos más manuales; que los que gobiernan insulas, por lo menos han de saber gramática. — Con la grama bien me avendría yo, dijo Sancho, pero con la tica. ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche à las partes donde más de mi se sirva, digo, señor bachiller Sansón Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mi de manera que no enfadan las cosas que de mi se cuentan; que á fe de buen escudero, que si hubiera dicho de mi cosas que no fueran

TITE THE CONTRACT THE COME WIT. THE BOS habitan de oir los strain - Est from them thinkers, respindió Sansón. - Mistance of the stance of Stances, cade uno mire como habia e ma este de la la principal. A por pouga à trochemoche le serment de le comme la marche — Una de las tachas que proper a la fair e et cola la fin de factiller, es que su autor puso el elle ulle live i live i liveli is El curano impertinente, no por mala ni più mal resonanza sino per no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la mariera de un merced del señor don Quifore — To spessor, replie Sanche, que ha menclado el hideperri, berge die der die Abora digo, dijo don Quijote, que un la sili sali i a supre de mi historia, sino algun ignorante habis int. 120 a tient y en algún discurso se puso á escribicia, sauga de la suscesa como bacia Orbaneja el pintor de l'beda, al cual preguntation que pintaba, respondio: Lo que salleres tal vez plutares que galle de tal suerte y tan mal parecido, que em meneste i que con letras góticas escribiose junto a el este espera a viva debe de ser de mi historia. que tendra necescia à la consenta para entenderia. - Eso no. respondió. Sans n. par un es tan clara que no hay com que dificultar en ella: les ufies la maneseau, los mozos la leen. los hombres la entienden. El la viejos la celebran: y finalmente es tan trillada, y tan le la, y tan sabida de todo género de gentes, que atemas han visto algún rociu flace, cuando dicen, alli va Rocinante: v los que ross se han dado à su lectura son los pajes; no hay antes mara de señer donde no se balle un Don Quijote: mas le tra un si otros le dejan; éstos le embisten y aquellos le rolen. Emalmente, la tal historia es del más gustoso y menes perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico. — A escribir de otra suerte, dijo don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen, habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo que le movió al autor de valerse de novelas y cuentos ajenos, habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refrán: De paja y de henos, etcétera. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volumen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros de cualquier

suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar à entender que es simple. La historia es como cosa sagrada; porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de si, como si fuesen buñuelos. — No hay libro tan malo, dijo el bachiller, que no tenga algo bueno. — No hay duda en eso, replicó don Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenían méritamente granjeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la perdieron del todo, ó la menoscabaron en algo.—La causa deso es, dijo Sansón, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudriñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre, ó las más veces, son envidiados de aquellos que tienen por gusto y por particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. — Eso no es de maravillar, dijo don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonisimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican. - Todo esto es así, señor don Quijote, dijo Carrasco; pero quisiera yo que los tales censuradores fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse á los átomos del sol clarisimo de la obra de que murmuran, que si aliquando bonus dórmitat Homerus, consideren lo mucho que estuvo despierto por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese; y quizá podria ser que lo que á ellos les parece mal, fuesen lunares que à las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene; y así digo, que es grandisimo el riesgo à que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible, componerle tal que satisfaga y contente à todos los que le leyeren. — El que de mi trata, dijo don Quijote, à pocos habrá contentado. — Antes es al revés, que como stultorum infinitus est númerus, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quién fué el ladrón que hurtó el rucio á Sancho, que alli no se declara. y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron; y de alli à pôco le vemos à caballo sobre el mismo jumento sin haber parecido: también dicen que se le olvidó poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos que halló en la maleta en Sierra Morena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos, ó en qué los gastó, que es uno de los puntos substanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: — Yo, señor Sansón, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago, que si no le reparo con dos tragos de lo añejo, me pondrá en la espina de Santa Lucia: en casa lo tengo, mi oislo me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta, y satisfaré à vuesa merced y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, así de la pérdida del jumento, como del gasto de los cien escudos. Y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. Don Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase à hacer penitencia con él. Tuvo el bachiller el envite; quedóse; añadióse al ordinario un par de pichones; tratóse en la mesa de caballerias; siguióle el humor Carrasco; acabóse el banquete; durmieron la siesta; volvió Sancho, y renovose la plática pasada.

CAPÍTULO IV

DONDE SANCHO SATISFACE AL BACHILLER SANSÓN CARRASCO DE SUS DUDAS Y PREGUNTAS, CON OTROS SUCESOS DIGNOS DE SABERSE Y DE CONTARSE.

Volvió Sancho à casa de don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo: — A lo que el señor Sansón dijo, que se deseaba saber quién, ó cómo, ó cuando, se me hurtó el jumento, respondiendo, digo: que la noche misma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, después de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto que llevaban à Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado à su lanza, y yo sobre mi rucio, molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo, dormi con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó à caballo sobre ella, y me sacó debajo de mi al rucio, sin que yo lo sintiese. — Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mismo le



sucedió à Sacripante cuando estando en el cerco de Albraca, con esa misma invención le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo. — Aconteció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caida; mire por el jumento y no le ví; acudiéronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentación, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos días, viniendo con la señora princesa Micomicona, conoci mi asno, y que venía sobre él en hábito de gitano, aquel Ginés de Pasamonte, aquel embustero y grandisimo maleadar, que quitamos mi señor y yo de la cadena. - No está en eso el yerro, replicó Sansón, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor que iba à caballo Sancho en el mismo rucio. — A eso, dijo Sancho, no sé qué responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.

- Así es, sin duda, dijo Sansón; pero ¿qué se hicieron los cien escudos? – Deshiciéronse, respondió Sancho; yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento à mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mi, aqui estoy, que responderé al mismo rey en presona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasaran si no á cuatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno que meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios lo hizo, y aun peor muchas veces. — Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está. — ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó don Quijote. - Si debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas. — ¿Y por ventura, dijo don Quijote, promete el autor segunda parte? — Si promete, respondió Sansón; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y asi estamos en duda si saldrá ó no; y asi por esto,

como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas, y otros de las cosas de don Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son más joviales que saturninos, dicen: vengan más quijotadas, embista don Quijote y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos. — ¿Y á que se atiene el autor? dijo don Quijote. — ¿A qué? respondió Sansón, en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interés que de darlas se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: — ¿Al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar como sastre en visperas de pascuas; y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfección que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio à la mano, en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre, sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas; pues ténganos el pie al errar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habiamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderanzo tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andante caballeros. No había bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó don Quijote por felicisimo agüero; y determinó de hacer de alli á tres ó cuatro días otra salida; y declarando su intento al bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaría su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragón, y à la ciudad de Zaragoza, adonde de alli á pocos días se habian de hacer unas solemnisimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que sería ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradisima y valentisima su determinación, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, à causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. — Deso es lo que yo reniego, señor Sansón, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso à media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor bachiller: si, que tiempos hay de acometer, y tiempos de

retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y más que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario, està el medio de la valentia; y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni qué acometa cuando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condición que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocare á su limpieza y à su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sansón, no pienso granjear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamás sirvió á caballero andante: y si mi señor don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiera darme alguna insula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello; y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto de otro, sino de Dios; y más que tan bien y aún quizás mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador; ¿y sé yo por ventura si en estos gobiernos me tiene apare. jada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me haga (*) las muelas? Sancho naci, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto, de buenas à buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el cielo alguna insula, ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que también se dice: Cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; y, cuando viene el bien, mételo en tu casa. — Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habéis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una insula. - Tanto es lo demás como lo de menos, respondió Sancho: aunque sé decir al señor Carrasco, que no echará mi señor el reino que me diera en saco roto; que yo he tomado el pulso å mi mismo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar insulas; y esto va otras veces lo he dicho á mi señor. - Mirad Sancho, dijo Sansón, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador, no conociésedes à la madre que os parió. — Eso alla se ha de entender,

^{(°) •}Me deshaga las muelas• diría indudablemente el original de Cervantes.

respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo; no, sino llegaos à mi condición, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. — Dios lo haga, dijo don Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que lo trayo entre los ojos.

Dicho esto, rogó al bachiller que, si era poeta, le hiciera merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso. y que advirtiese que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se levese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composición, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete, y que si hacia cuatro castellanas de á cuatro versos, sobraba una letra; y si de á cinco, á quien llaman décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. — Ha de ser asi en todo caso, dijo don Quijote, que si alli no va el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida sería de alli à ocho días. Encargó don Quijote al bachiller la tuviese secreta, especialmente al cura, y á maese Nicolás, y á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinación. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió, encargando á don Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase, habiendo comodidad; y así se despidieron, y Sancho fué & poner en orden lo necesario para su jornada.



CAPÍTULO V

DE LA DISCRETA Y GRACIOSA PLÁTICA QUE PASÓ ENTRE SANCHO PANZA Y SU MUJER TERESA PANZA, Y OTROS SUCESOS DIGNOS DE FELICE RECORDACIÓN.

Llegando à escribir el traductor desta historia este quinto capítulo, dice que le tiene por apócrifo, porque en él habla Sancho Panza con otro estilo del que se podía prometer de su corto ingenio; y dice cosas tan sutiles, que no tiene por posible que él las supiese; pero que no quiso dejar de traducirlo por cumplir con lo que à su oficio debia y así prosiguió diciendo:

Llegó Sancho à su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegría á tiro de ballesta, tanto, que la obligó á preguntarle: — ¿Qué traes, Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que él respondió: — Mujer mía, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como muestro. - No os entiendo, marido, replicó ella, y no sé qué queréis decir en eso de que os holgárades, si Dios quisiera, de no estar contento; que magüer tonta, no sé yo quien recibe gusto de no tenerle. — Mirad, Teresa, respondió Sancho, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir à mi amo don Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porqne lo quiere asi mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra, de pensar si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de ti y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer à pie enjunto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas, pues lo podía hacer á poca de costa y con no más de quererlo, claro está que mi alegria fuera más firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dejarte: así que, dije bien que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. — Mirad, Sancho, replicó Teresa, después que os hicistes miembro de caballero andante, habláis de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda. - Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aqui; y advertid hermana, que os conviene tener cuenta estos tres días con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás járcias,

porque no vamos a bodas, smo à rober el mundo, y tener dares y tomanes our grantes, our entiriagns y con vestigios, y à oir sillers, ramère, l'orambire y l'allactres y sun todo esto fuera ficres de cantrest. Si un troderance que entender con yangueses y eta miers encantablis. - Bica creo yo, marido. replied Terrest, in- lie estaderes andances no comen el pande balde, y set, juente righted à unestre Sener es saque presto de tanta mela ventura — Yn is digr. majer, respondió Sancho, que si un peristes antes de macho tiempo verme gobernador de una insula. Sou une caeria muerto. - Eso no, marido mio, life Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid via y llavase al fabbi examina gobiernos hay en el mundo: sin gratienta substelle del vientre de vuestra madre, sin grbiem, hebeis vividi dieste edital, y sin gobiesno os ireis o os llevarón a la segultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo são viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La meior salsa del mando es la hambre, y como ésta no falta a les primes, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancha, si par vertura le viereiles con Agrin gobierno, no os civideis de un y le vuestres hijes. Advertid que Sanchico tiene ya guinos años cabales, y es raz in que vaya à la escuela, si es que su tit, el shai, le ha dejar becho de la Iglesia. Mirad también gue Marisancha vuestra hija no se morirà si la casamos, que me va dando hamuntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hila mal casa la que bien abarraganada. -- A buena fe, respondio Sanche, que si Dies me llega à tener algo que dé gobierno, que tengo de casar, mujer mia, à Marisancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarla señora. 🍍 — Eso no. Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo más acertado, que si de los zuecos la sacáis á chapines, y de saya parda de catorceno à verduzado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú, á una doña tal y señoria, no se ha de hallar la mochacha, y à cada paso ha de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. - Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que de-pué- le vendrá el señorio y la gravedad como de molde: y cuando nó ¿qué importa? séase ella señoria, y venga lo

[&]quot;A-f dice la edición de 1615; pero ha de ser error de imprenta. Por el sent lo del discurso y per la misma palabra reformada en el resto del pasaje, se se que el original diría escñorias y nó eschoras.

que viniere. — Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid él refrán que dice: Al hijo de tu vecino, límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra Maria con un condazo ó con caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas; no, en mis dias marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada; y le tendremos siempre á nuestros ojos; y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos; y andará la paz y la bendición de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtes y en esos palacios grandes, adonde ni à ella la entiendan, ni ella se entienda.

- Ven acá bestia, y mujer de Barrabás, replicó Sancho, zpor qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case à mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoria? Mira, Teresa, siempre he oido decir à mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora que está llamando á nuestra puerta, se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que más abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenía por apócrifo este capítulo).— ¿No parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con con mi cuerpo en algún gobierno provechoso, que nos saque el pie del lodo, y casase á Marisancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á ti doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No; sino estaos siempre en un sèr, sin crecer ni menguar, como figura de paramento; y en esto no hablemos más, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú más me digas. — ¿Veis cuanto decis, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdición: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagáis duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mío. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni

arrequives de dones ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mi, por ser vuestra mujer; me llaman Teresa Panza, que á buena razón me habían de llamar Teresa Cascajo: pero alla van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la pazpuerca, ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mi siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasión de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno ó insulo, y entonaos à vuestro gusto, que mi hija ni yo, por el siglo de mi madre, que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro don Quijote à vuestras aventuras; y dejadnos à nosotras con nuestras malas venturas; que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quien le puso A él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. — Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algún familiar en esc cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener pies ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vas huyendo de la dicha), si yo dijera que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenias razón de no venir con mi gusto, pero si en dos paletas y en menos de un abrir y cerrar de ojos, te la chanto un don v una señoria á cuestas, v te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de más almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruccos, apor qué no has de consentir y querer lo que yo quiero? - ¿Sabéis por qué, marido? respondió Teresa, por el refrán que dice: Quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, alli es el murmurar, y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas.

- Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte, quizás no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas, presentes que los ojos están mirando, se presentan, están, y asisten en nuestra memoria, mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aqui va diciendo Sancho, son las segundas por quien dice el traductor que tiene por apocrifo este capitulo, que exceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo): De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida à que le tengamos respeto, puesto que la memoria, en aquel instante, nos representa alguno bajeza en que vimos á la tal persona, la cual inominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es; y sólo es, lo que vemos presente: y si este, á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza, que por estas mismas razones lo dijo el padre, á la alteza de su prosperidad, fuera bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, y si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. — Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebréis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estáis revuelto en hacer lo que decis..... – Resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. — No os pongáis á disputar marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos à vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñéis à tener gobierno; que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. — En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta y te enviaré dineros, que no me faltarán; pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen: y vistele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. - Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. - En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija. — El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro: pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto: que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros; y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haría todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á don Quijote, para dar orden en su partida.

CAPÍTULO VI

DE LO QUE LE PASÓ Á DON QUIJOTE CON SU SOBRINA Y CON SU AMA, Y ES UNO DE LOS IMPORTANTES CAPÍTULOS DE TODA LA HISTORIA.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de don Quijote, que, por mil señales, iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballeria. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama: — En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pie llano, y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como anima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, à quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita à Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió don Quijote: -- Ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco: y sólo sé, que si yo fuera rey, me excusara de responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan; que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y à responder á todos, y así no querría yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: - Diganos, señor, ¿en la corte de su Majestad no hay caballeros? - Si, respondió don Quijote, y muchos: y es razón que los hava para adorno de la grandeza de los principes, y para ostentación de la Majestad real. —¿Pues no sería vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pie quedo sirviesen á su rey

y señor estándose en la corte? — Mira, amiga, respondió don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos à los otros: porque los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo mirando un mapa, sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre ni sed: pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frlo, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo, medimos toda la tierra con nuestros mismos piés; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sinó en su mismo sér; y en todo trance, y en toda ocasión, los acometemos sin mirar en niñerias ni en las leyes de desafios, si lleva ó no lleva más corta la lanza ó la espada, si trae sobre si reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafios particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo si; y has de saber más, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes, que con las cabezas no sólo tocan sino pasan las nubes, y que á cada uno le sírven de piernas dos grandisimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna: antes con gentil continente y con intrépido corazón los ha de acometer y embestir y, si fuere posible, vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado que dicen que son más duras que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas trujesen cuchillos tajantes de damasquino acero, ó porras ferradas con puntas asimismo de acero, como yo las he visto más de dos veces. Todo esto he dicho, ama mía, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razón que no hubiese principe que no estimase en más esta segunda, ó por mejor decir primera especie de caballeros andantes, que según leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos, que ha sido la salud, no sólo de un reino, sino de muchos. — ¡Ah, señor mío! dijo á esta sazón la sobrina, advierta vuesa merced que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira; y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que à cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame o por gastadora de las buenas costumbres. — Por el Dios que me sustenta, dijo don Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en ti, por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. Como, que; ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva à poner lengua y à censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadis, si lo tal oyera? Pero à buen seguro que él te perdonara, porque fué el más humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás, grande amparador de las doncellas; más tal te pudiera haber oído que no te fuera bien dello, que no todos son corteses ni bien mirados, algunos hay follones y descomedidos: ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay, que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambición ó con la virtud; éstos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto, para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones. — ¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿qué sepa vuesa merced tanto, señor tio, que si fuese menester, en una necesidad, podría, subir en un púlpito é irse à predicar por esas calles, y que con todo esto dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé à entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado; y sobre todo, que es caballero no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres? - Tienes mucha razón, sobrina, en lo que dices, respondió don Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes, que te admiraran; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas: à cuatro suertes de linaje (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar à una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el sér que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiendo diminuido y aniquilado su principio, hasta para en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento, no es nada; otros hay, y estos son los más,

que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y asi tendrán el fin sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron à la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que le vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplo muchos principes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacificamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos, porque todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le pue" de dar este nombre) de infinitos principes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y barbaros, todos estos linajes y señorios han acabado en punta y en nonada, así ellos como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus descendientes, y si le hallasemos, seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo qué decir sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mias, que es grande la confusión que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes y ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal, será un avaro mendigo: que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés y comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo, caritativo, que con dos maravedis que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que à campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca deje de juzgarle y tenerle por de buena casta; y el no serlo seria milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud; y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres à llegar à ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y naci, según me inclino á las armas, debajo de la influencia

del planeta Marte: así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir, á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razón pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos al andante cabaliería, sé también los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso: y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran Poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina de la inmortalidad al alto asiento, do nunca arriba quien de alli declina.

— ¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que también mi señor es poeta, todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula. — Yo te prometo, sobrina, respondió don Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras si todos los sentidos, que no habria cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palíllos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando quien llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el amo, cuando corrió à esconderse por no verle: tanto le aborrecía. Abrióle la sobrina, salió à recebirle con los brazos abiertos su señor don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio que no le hace ventaja el pasado.

CAPÍTULO VII

DE LO QUE PASÓ DON QUIJOTE CON SU ESCUDERO, CON OTROS SUCESOS FAMOSÍSIMOS

Apenas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; y imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pe-

sadumbre, se fué à buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor, le podria persuadir à que dejase tan desvariado propósito. Hallole paseandose por el patio de su casa, y viéndole, se dejó caer ante sus pies, trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas, le dijo: - Qué es esto, señora ama? ¿Qué le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? — No es nada, señor Sansón mio, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. — ¿Y por dónde se sale señora? preguntó Sansón; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? — No se sale respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con ésta será la tercera, à buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender cómo les da este nombre. La vez primera nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en si, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. — Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa, ni ha sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor don Quijote? - No, señor, respondió ella. - Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. — ¡Cuitada de mí! replicó el ama: ¿la oración de Santa Apolonia dice vuesa merced que rece? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas, pero no lo ha sino de los cascos. — Yo sé lo que digo, señora ama, váyase y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillear, respondió Carrasco. Y con esto se fué el ama, y el bachiller fué juego à buscar al cura à comunicar con él lo que se dirà à su tiempo.

. En el que estuvieron encerrados don Quijote y Sancho, pasaron las razones que con mucha puntualidad y verdadera

relando enecua la historia. Difo Sancho à su amo: — Sefor. ya yo sengo relikida 4 mi mujer 2 que me deje ir con vuesa mented adonde quittere llevarme. - Reducida has de decir. Saneno, dijo don grijose, que no relucida. — Una ó dos veces, respondi i Sancos, si mai no me acaerdo, he saplicado à vueea merced que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda diga: Sancho è diablo, no se entiendo; y si yo me declarare, entonces podni sumendarme, que yo soy tan fócil. - No te entiendo. Sancho, difo luezo don Quijose, pues no sé qué quiere denir soy tan fiell. - Tan fiell quiere decir, respondió Sancho, soy tan asi. – Menos se entiendo ahora, replico don Quijose. – Paes si no me paede entender, respondió Sancho, no sé como lo diza, no se más, y Dios sea conmigo. - Ya, ya calgo, respondió don Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil blando, y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que enseñare. - Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió; sino que quiso tarbarme por birme decir otras docientas patochadas. — Podrá ser, replicó don Quijote; y en efecto, ¿qué dice Teresa? - Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo con vuesa m-reed, y que hablen cartas y callen barbas, porque quien de-taja no baraja, pues más vale un toma que dos te daré; y po digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. — Y yo lo digo también, respondió don Quijote. Decid. Sancho amigo, pasad adelante, que hablais hoy de perlas. — Es el caso, replicó Sancho, que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos à la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, según es pública voz y fama, y según nos lo dicen por esos púlpitos. — Todo eso es verdad, dijo don Quijote; pero no sé dónde vas á parar. — Voy á parar, dijo Sancho, en que vuesa merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde, ó mal, ó nunca; con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana



algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo, ni lo espero) que vuesa merced me diese la insula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montare la renta de la tal insula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. — Sancho amigo, respondió don Quijote, à las veces tan buena suele ser una gata como una rata. - Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata y no gata; pero no importa nada, pues vuesa merced me ha entendido. — Y tan entendido, respondió don Quijote, que he penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras, con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario, si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algún pequeño resquicio, qué es lo que solian ganar cada mes ó cada año; pero yo he leido todas ó las más de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningún caballero andante haya señalado conocido salario à su escudero; sólo sé que todos servian à merced, y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una insula ó con otra cosa equivalente, y por lo menos quedaban con título y señoria: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustáis de volver à servirme, sea en buen hora; que pensar que yo he de sacar de sus términos y quicios la antigua usanza de la caballeria andante, es pensar en lo excusado. Asi que, Sancho mio, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intención; y si ella gustare y vos gustáredes de estar à merced conmigo, bene quidem, y si no, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale más buena esperanza que ruin posesión, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros à entender que también, como vos, sé yo arrojar refranes como llovidos: y finalmente quiero decir, y os digo, que si no queréis venir à merced conmigo y correr la suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que à mi no me faltaran escuderos más obedientes, más solicitos, y no tan empachados ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolución de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón: porque tenia creido que su señor no se iría sin él por todos los haberes del mundo; y así, estando suspenso y pensativo, entró Sansón Carrasco, y la sobrina, deseo-



sos (*) de oir con qué razones persuadia à su señor que no tornase à buscar las aventuras. Llegó Sansón, socarrón famoso, y abrazándole como la vez primera, y con voz levantada le dijo: - ¡Oh flor de la andante caballerial ¡Oh lus resplandeciente de las armas! ¡Oh honor y espejo de la nación española! plega à Dios todopoderoso, donde más largamente se contiene, que la persona o personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus descos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen; y volviéndose al ama le dijo: - Bien puede la señora ama no rezar más la oración de Santa Apolonia, que yo sé que es determinación precisa de las esferas, que el señor don Quijote vuelva à ejecutar sus altos y nuevos pensamientos: y yo encargaria mucho mi conciencia, si no intimase y persuadiese à este caballero que no tenga más tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentisimo; porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las dencellas, el favor de las viudas y el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen y son anejas à la orden de la caballeria andante. Ea, señor don Quijote mio, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga vuesa merced y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltare para ponerle en ejecución, aqui estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero, lo tendré à felicisima ventura. A esta sazón dijo don Quijote volviéndose á Sancho: - No te dije yo, Sancho, que me habían de sobrar escuderos? Mira quién se ofrece à serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpetuo trástulo y regocijador de los patios de las escuelas salmaticenses, sano de persona, agil de sus miembros, callado, sufridor asi del calor como del frio, asi de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto, desjarrete y quiebre la coluna

^(*) Por lo confuso de este fragmento se advierte que hubo de haber omisión de palabras al copiarse el original ó al componerse en la imprenta. Esta voz «deseoso» sería tal vez «deseoso» y se suprimiría la mención del ama, puesto que, como más adelante se expresa entró también al aposento de dom Quijote para oir las razones del bachiller.

No es pues aventurado restablecer el pristino texto cervantino leyendo; ey el ama y la sobrina deseosas de oiz.... etc.

de las letras y el vaso de las ciencias. y tronque la palma eminente de las buenas y liberales artes: quédese el nuevo Sansón en su patria y, honrándola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo.

- Si, digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguió: — No se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañia deshecha; sí, que no vengo, yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo desciendo, y más, que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras, el deseo que vuesa merced tiene de hacerme merced; y si me he puesto en cuentas de tanto más cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer à mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa, no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta à que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese à quien pesare; y así no hay más que hacer sino que vuesa merced ordene su testamento con su codicilo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sansón, que dice que su conciencia le lita que persuada á vuesa merced á salir vez tercera por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á vuesa merced fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los presentes y pasados tiempos. Admirado quedó el bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como alli le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicilo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicilo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél había leido, y confirmólo por uno de los más solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre si, que tales dos locos como amo y mozo, no se habrian visto en el mundo. Finalmente don Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos, y con parecer y beneplacito del gran Carrasco, que por entonces era su oraculo, se ordenó que de alli à tres dias fuese su partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo don Quijote, que la había de llevar. Ofreciósela Sansón, por-

que sabía no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba más escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller, no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle á que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres dias don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y don Quijote à su sobrina y à su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo don Quijote, dió Sansón la vuelta à su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

donde se cuenta lo que le sucedió á don Quijote yendo á ver su señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á don Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia, pueden hacer cuenta que desde ese punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo



apartado Sansón, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar él rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido à buena señal y por felicisimo agüero: aunque si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrologia judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto ó las costillas quebradas, y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dijole don Quijote: — Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más oscuridad de la que habíamos menester para alcanzar à ver con el dia al Toboso, à donde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y alli tomaré la bendición y buens licencia de la sin par Dulcínea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes à los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. — Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte à lo menos que pueda recebir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena. — ¿Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo don Quijote, à donde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sinó galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. — Todo pudo ser, respondió Sancho; pero a mi bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. - Con todo eso vamos alla, Sancho, replicó don Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios, ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue à mis ojos, alumbrarà mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía. — Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de si rayos algunos: y debió de ser, que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho pol-



vo que sacaba, se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. – ¿Qué, todavia das, Sancho, dijo don Quijote, en decir, en pensar, en creer y en porflar que mi señora Dulcinea aechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Mal se te acuerdan á tí, oh Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian allá, en sus moradas de cristal, aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas, y se sentaron à labrar en el prado verde aquellas ricas telas que alli el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas contestas y tejidas: y desta manera debia de ser el de mi señora cuando tú la viste, sino que la envidia que algún mal encantador debe de tener à mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y asi, temo que en aquella historia que dicen que anda impresa de mis hazanas, si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuación de una verdadera historia. ¡Oh envidia, raiz de infinitos males y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rancores y rabias.

- Eso es lo que yo digo también, respondió Sancho, y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros había visto, debe de andar mi honra & coche acá chinchado, y como dicen, al estricote, aqui y alli barriendo las calles; pues á fe de bueno, que no he dicho yo mal de ningún encantador, ni tengo tantos bienes que pueda ser envidiado; bien es verdad que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judios, debian los historiadores tener misericordia de mi, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me da



un higo que digan de mi todo lo que quisieren. — Eso me parece, Sancho, dijo don Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella à una dama que se podia dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta, diciéndole que qué habia visto en ella, para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que había nacido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abraso el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavia se supo que se llamaba Eròstrato. También alude à esto lo que sucedió al grande emperador Carlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de Todos los Dioses, y ahora con mejor vocación se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandisimo en extremo, y està muy claro sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la cual, mirando el emperador el edificio, estaba con él y à su lado, un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: Mil veces, sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mi, fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aqui adelante no os pondré yo en ocasión que volváis à hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamás me habléis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras, le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tù que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad del Tibre? (*) ¿Quién abrazó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién contra todos los agueros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón á César? Y, con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navios y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazanas son, fueron, y serán, obras de la fama que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros, más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones étéreas y celestes, que à la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: asi, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes á la soberbia; á la envidia en la generosidad y buen pecho; à la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos; à la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos, à las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aqui, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama. — Todo lo que vuesa merced hasta aqui me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido à la memoria. — Asolviese quieres decir, Sancho, dijo don Quijote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. — Digame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazañosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? - Los gentiles, respondió don Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. — Está bien, dijo Sancho, pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de si lámparas de plata, ó están

^(°) Forma anticuada de designar al río Tiber.

adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto nó, ¿de qué están adornadas? A lo que respondió don Quijote: - Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámidé de piedra de desmesuráda grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron Moles Hadriani, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó à su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. - A eso voy, replicó Sancho; y digame agora, ¿cuál es más, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? — La respuesta está en la mano, respondió don Quijote; más es resucitar á un muerto. - Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza à los cojos y da salud à los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. — También confieso esa verdad, respondió don Quijote. — Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia, tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares. - ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo don Quijote. - Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser Santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que según ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora à gran ventura el besarlas y tocarlas, y es-

tán en más veneración que está, según dije, la espada de Roldan en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Asi que, señor mio, más vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. — Todo eso es asi, respondió don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al cielo; religión es la caballeria, caballeros santos hay en la gloria. — Si, respondió Sancho, pero yo he oido decir que hay más frailes en el cielo, que caballeros andantes. — Eso es, respondió don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros, - Muchos son los andantes, dijo Sancho. — Muchos, respondió don Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á don Quijote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á don Quijote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer euando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX

DONDE SE CUENTA LO QUE EN ÉL SE VERÁ

Media noche era por filo poco más ó menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos



de perros, que atronaban los oidos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, grunian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo à Sancho: — Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. —.¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? — Debia de estar retirada entonces, respondió don Quijote, en algún pequeño apartamiento de su alcázar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. — Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, à pesar mio, que sea alcazar la casa de mi señora Dulcinea, jes hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á cualquiera hora, por tarde que sea? — Hallemos primero una por una el alcázar, replicó don Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aqui se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. — Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con la manos, y así lo creeré yo, como creer que es ahora de dia. Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: — Con la iglesia hemos dado, Sancho — Ya lo veo, respondió Sancho, y plega à Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. — Maldito seas de Dios, mentecato, dijo don Quijote: zadónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? — Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quiza se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser que en algún

rindia mante una est manta. Inte de ven yo comido de poтем, пре вы для или изстром у выпраженды. — Habla con respent Sarche, de las cosas de m. sedora, dijo don Quijote, y tengamie la fiesta en man y no aproprimes la sogn tras el enlikent. — In me regerennet, respendit i Sancher spero con qué pacienta podre lienta que quiera nuesca merced que de sola and the fact to it have be appeare and, in have de saber siember y hallania a media nome, to hallandria vaesa merced, que la febe de habectisos millares de veces? — Tú me harás desesperar. Samian, bijn bin gruftiger ven ach, bereje, and te he diche mil veces une en moirs les das de mi vida no he visto a la sin tur l'anciment, un puntès arravesé los umbrales de sa taliaco, y que som espois enamerado de cidas y de la gran fama jue neue le lecuresa y liscoval - Abora lo oigo, respondit. Sanchit, willight, the passe worse merced no la ba visto, ni yo tempoto — Escara anatasis, sen replicò don Quifiniel que pro l'imenie ye me bus finh un que la viste acchando ingo casado me majere la respuesta de la carsa que le carié annight - No se stronge e ser, sedim, respondió Sancho, porque le hago seber que también fué de cidas la vista y la respuesta que le trule, porque usa se yo quién es la señora Daleinea, rimit für an tudit en el ciele - Sancho, Sancho, respondito don Quijone, nempre day de bariar, y tiempos donde even y parecen mel las bariass no porque yo diga que ni he visto ni habitio a la sellore de mi alma, has tu de decir tambien the nife has beliain ni visto, siende tan al revés como subes. Establic los ins en estas pláticas vieros que ventan a pasar por fonde estaban uno con idos mulas, que per el ruit que baca el erait que arrastraba por el suelo, juzgaren, gue debet de ser labrader, que babria madrugado antes del dia a ir à su labranza; y asi fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel comance que dice:

> Mala la hubistes, franceses, en esa de Roncesvalles

— Que me maten. Sancho, dijo en oyendole don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¡No oyes lo que viene cantando ese villano? — Si oigo, respondió Sancho; ¿pero qué hace à nuestro proposito la caza de Roncesvalles? Asi pudiera cantar el romance de Calainos que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, à quien don Quijote preguntó: — ¡Sabréisme

decir, buen amigo, que buena ventura os de Dios, dónde son por aqui los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso? - Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico, en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mi tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras si principales, que cada una en su casa puede ser princesa. — Pues entre esas, dijo don Quijote, debe de estar, amigo, esta por quién te pregunto. — Podria ser, respondió el mozo, y adiós, que ya viene el alba; y dando á sus mulas, no atendió á más preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: — Señor, ya se viene a más andar el dia, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz sería de desdichado si no le hallase, y hallandole hablaré con su merced, y le diré donde y cómo queda vuesa merced, esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. — Has dicho Sancho, dijo don Quijote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonisima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, à buscar, à ver y hablar à mi señora, de cuya discreción y cortesia espero más que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le había llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego; y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.

que sabía no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba más escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos, ama y sobrina, echaron al bachiller, no tuvieron cuento: mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sansón para persuadirle à que otra vez saliese, fue hacer lo que adelante cuenta la historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo había comunicado. En resolución, en aquellos tres dias don Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer, y don Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer, sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, don Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rucio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió don Quijote para lo que se ofreciese. Abrazóle Sansón, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con ésta ó entristecerse con aquella, como las leves de su amistad pedian. Prometióselo don Quijote, dió Sansón la vuelta à su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPÍTULO VIII

À VER SU SEÑORA DULCINEA DEL TOBOSO.

Bendito sea el poderoso Alá, dice Hamete Benengeli al comienzo deste octavo capítulo: bendito sea Alá, repite tres veces, y dice que da estas bendiciones por ver que tiene ya en campaña á don Quijote y á Sancho, y que los lectores de su agradable historia, pueden hacer cuenta que desde ese punto comienzan las hazañas y donaires de don Quijote y de su escudero; persuádeles que se les olviden las pasadas caballerías del ingenioso hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comienzan, como las otras comenzaron en los campos de Montiel; y no es mucho lo que pide para tanto como él promete, y así prosigue diciendo:

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo

apartado Sansón, cuando comenzó á relinchar Rocinante y á sospirar él rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicisimo agüero: aunque si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrologia judiciaria que él se sabía, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caía se holgara no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto o las costillas quebradas, y aunque tonto, no andaba en esto muy fuera de camino. Dijole don Quijote: — Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con más oscuridad de la que habíamos menester para alcanzar à ver con el día al Toboso, á donde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y alli tomaré la bendición y buens licencia de la sin par Dulcínea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa de esta vida hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. — Yo así lo creo, respondió Sancho; pero tengo por dificultoso que vuesa merced pueda hablarla ni verse con ella en parte à lo menos que pueda recebir su bendición, si ya no se la echa desde las bardas del corral por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que vuesa merced quedaba haciendo en el corazón de Sierra Morena. - Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo don Quijote, à donde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sinó galerías ó corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. — Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mi bardas me parecieron, si no es que soy falto de memoria. -Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó don Quijote, que como yo la vea, eso se me da que sea por bardas que por ventanas, ó por resquicios, ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazón de modo, que quede único y sin igual en la discreción y en la valentía. — Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo vi ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de si rayos algunos: y debió de ser, que como su merced estaba aechando aquel trigo que dije, el mucho pol· in think - - The time The Box of the -The Water's are abelian. The time fermione, we e over ne miene Jeneral many or the first the matter BALLETS AND THE STATE OF THE PROPERTY OF THE PERSON OF THE THE SECTION OF THE PERSON AND ADDRESS AND THE PROPERTY OF STREET OF STREET, STRE THE STREET - THE STREET - THE STREET ar ar analast i fili e e erreering i z **o. Angelo. Maritis** the the same tribule to the thirty by the time in The state of the s Annual Control of the Control of t The same is the same with the same to the same the same to the sam The fire with a fire being the fire and the fire of the first the fire of the and the control of t A CONTRACT OF THE PARTY OF THE There is the terminal to the terminal t THE PARTY OF THE P A CONTRACT OF THE CONTRACT OF THE STATE OF T THE PARTY OF THE P The second secon THE PERSON NAMED IN COLUMN TWO IS NOT THE PERSON NAMED IN COLUMN TWO IS NAM the state of the s the ten to the transfer makes to take the best wife. and the second of the second o at the figure of the section that he when since the disconnections, which

the state of the latter than the property of the contraction of the co and the same of the control of the c Transfer to the first of the transfer to the first terms of the state and the first that the second of the second and the state of t or file of the larger than the property of the file file of the contract of th and the argumentary action in the production of the process of the がく うたとう みんかく かさく さんりゃけんあく しまみしゃくさ お記さ 放送上げ合き付送 一家 **は他の** TO A TO THE SECRET RECOVERS OF THE ABOVE THEFT THEFT IN TRICTION IN TRICTION A PART CASE OF A A TIS TOO TO A TOOL A PERSON SERVICE TO BEDCE AF-The bloom of the bottom of the transfer of the of the court ann per neue fierre e verdaderamente en Dire y en todo aquente que tente e como la santa Iglesia casilida comana, y el ser tituage mertal come le see, de les judies, debian les histoconfere e tener misercordia de mi, y tratarme bien en sus estitte pries depan la que quisferen, que desnudo naci, desnudo oo bollo, oo pordo oi gano; aunque por verme puesto en Illiana, a undar par ese mundo de mano en mano, no se me da

un higo que digan de mi todo lo que quisieren. — Eso me parece, Sancho, dijo don Quijote, à lo que sucedió à un famoso poeta destos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella à una dama que se podía dudar si lo era ó no, la cual viendo que no estaba en la lista de las demás, se quejó al poeta, diciendole que que había visto en ella, para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, si no, que mirase para lo que había nacido. Hizolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. También viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, sólo porque quedase vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó que nadie le nombrase, ni hiciese por palabra ó por escrito mención de su nombre, porque no consiguiese el fin de su deseo, todavía se supo que se llamaba Eròstrato. También alude á esto lo que sucedió al grande emperador Carlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de Todos los Dioses, y ahora con mejor vocación se llama de Todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandisimo en extremo, y está muy claro sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, o por mejor decir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la cual, mirando el emperador el edificio, estaba con él y á su lado, un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura; y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: Mil veces, sacra Majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra Majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mi, fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto, y de aqui adelante no os pondré yo en ocasión que volváis á hacer prueba de vuestra lealtad, y asi os mando que jamás me habléis ni estéis donde yo estuviere; y tras estas palabras, le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tù que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas, en la profundidad

del Tibre? (*) ¿Quién abrazó el brazo y la mano á Mucio? ¿Quién impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ¿Quién contra todos los agueros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón á César? Y, con ejemplos más modernos, zquién barrenó los navios y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesisimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron, y serán, obras de la fama que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen; puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros, más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que à la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: asi, oh Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos. Hemos de matar en los gigantes à la soberbia; à la envidia en la generosidad y buen pecho; à la ira en el reposado continente y quietud del ánimo; á la gula y al sueño en el poco comer que comemos, y en el mucho velar que velamos; à la lujuria y lascivia en la lealtad que guardamos, à las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos; á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan, sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanza que consigo trae la buena fama. — Todo lo que vuesa merced hasta aqui me ha dicho, dijo Sancho, lo he entendido muy bien; pero con todo eso querria que vuesa merced me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido à la memoria. — Asolviese quieres decir, Sancho, dijo don Quijote: di en buen hora, que yo responderé lo que supiere. — Digame, señor, prosiguió Sancho, esos Julios ó Agostos, y todos esos caballeros hazanosos que ha dicho que ya son muertos, ¿dónde están ahora? - Los gentiles, respondió don Quijote, sin duda están en el inflerno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. — Está bien, dijo Sancho, pero sepamos ahora: esas sepulturas donde están los cuerpos desos señorazos ¿tienen delante de si lámparas de plata, ó están

^{(&#}x27;) Forma anticuada de designar al río Tiber.

adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y de ojos de cera? y si desto nó, ¿de qué están adornadas? A lo que respondió don Quijote: - Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de Julio César se pusieron sobre una pirámidé de piedra de desmesuráda grandeza, à quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron Moles Hadriani, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó à su marido Mausoleo en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. — A eso voy, replicó Sancho; y digame agora, ¿cuál es más, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? — La respuesta está en la mano, respondió don Quijote; más es resucitar à un muerto. — Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama del que resucita muertos, da vista á los ciegos, endereza á los cojos y da salud á los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lámparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. — También confieso esa verdad, respondió don Quijote. — Pues esta fama, estas gracias, estas prerrogativas, como llaman á esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobación y licencia de nuestra santa madre Iglesia, tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devoción y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares. — ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo don Quijote. -- Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos à ser Santos, y alcanzaremos más brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que según ha poco, se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que cenían y atormentaban sus cuerpos se tiene ahora à gran ventura el besarlas y tocarlas, y es-

tán en más veneración que está, según dije, la espada de Roldán en la armería del Rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, más vale ser humilde frailecito de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. — Todo eso es asi, respondió don Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al cielo; religión es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. — Si, respondió Sancho, pero yo he oido decir que hay más frailes en el cielo, que caballeros andantes. — Eso es, respondió don Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que el de los caballeros. — Muchos son los andantes, dijo Sancho. — Muchos, respondió don Quijote, pero pocos los que merecen nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese, de que no poco le pesó á don Quijote. En fin, otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á don Quijote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer euando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucedió cosas que á cosas llegan.

CAPÍTULO IX

DONDE SE CUENTA LO QUE EN ÉL SE VERÀ

Media noche era por filo poco más ó menos, cuando don Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormían y reposaban á pierna tendida, como suele decirse. Era la noche entre clara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oía en todo el lugar sino ladridos

de perros, que atronaban los oidos de don Quijote y turbaban el corazón de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, grunian puercos, mayaban gatos, cuyas voces de diferentes sonidos, se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamora lo caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: — Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. —.¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo vi á su grandeza no era sino casa muy pequeña? — Debia de estar retirada entonces, respondió don Quijote, en algún pequeño apartamiento de su alcazar solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. — Señor, dijo Sancho, ya que vuesa merced quiere, à pesar mio, que sea alcazar la casa de mi señora Dulcinea, jes hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran á cualquiera hora, por tarde que sea? — Hallemos primero una por una el alcázar, replicó don Quijote, que entonces vo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que yo veo poco, ó aquel bulto grande y sombra que desde aqui se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. — Pues guie vuesa merced, respondió Sancho, quizá será así, aunque vo lo veré con los ojos, y lo tocaré con la manos, y así lo creeré yo, como creer que es ahora de día. Guió don Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos, dió con el bulto que hacia la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcázar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: - Con la iglesia hemos dado, Sancho — Ya lo veo, respondió Sancho, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura, que no es buena señal andar por los cimenterios à tales horas, y más habiendo yo dicho á vuesa merced, si mal no acuerdo, que la casa desta señora ha de estar en una callejuela sin salida. — Maldito seas de Dios, mentecato, dijo don Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? — Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y asi suplico à vuesa merced me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podría ser que en algún

rincón topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. — Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo don Quijote, y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga tras el caldero. — Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera vuesa merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola vuesa merced, que la debe de haber visto millares de veces? — Tú me harás desesperar, Sancho, dijo don Quijote; ven aca, hereje, ano te he dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no he visto à la sin par Dulcinea, ni jamàs atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? — Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues vuesa merced no la ha visto, ni yo tampoco. — Eso no puede ser, replicó don Quijote, que por lo menos ya me has dicho tú que la viste acchando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. - No se atenga à eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que también fué de oidas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo. — Sancho, Sancho, respondió don Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni he visto ni hablado à la señora de mi alma, has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los dos en estas pláticas vieron que venian á pasar por donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado que arrastraba por el suelo, juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado antes del dia à ir à su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice;

> Mala la hubistes, franceses, en esa de Roncesvalles.

— Que me maten, Sancho, dijo en oyendole don Quijote, si nos ha de suceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano? — Si oigo, respondió Sancho; ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien don Quijote preguntó: — ¿Sabréisme

decir, buen amigo, que buena ventura os de Dios, dónde son por aqui los palacios de la sin par princesa doña Dulcinea del Toboso? - Señor, respondió el mozo, yo soy forastero, y ha pocos días que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico, en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristán del lugar, entrambos ó cualquier dellos sabrá dar á vuesa merced razón desa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso; aunque para mi tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras si principales, que cada una en su casa puede ser princesa. — Pues entre esas, dijo don Quijote, debe de estar, amigo, esta por quién te pregunto. — Podría ser, respondió el mozo, y adiós, que ya viene el alba; y dando á sus mulas, no atendió á más preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asaz mal contento, le dijo: — Señor, ya se viene á más andar el día, y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que vuesa merced se embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asaz sería de desdichado si no le hallase, y hallandole hablaré con su merced, y le diré donde y cómo queda vuesa merced, esperando que le dé orden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. — Has dicho Sancho, dijo don Quijote, mil sentencias encerradas en el circulo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonisima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás, como dices, á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discreción y cortesia espero más que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego; y á dos millas del lugar hallaron una floresta ó bosque donde don Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad à hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atención y nuevo crédito.

CAPÍTULO X

DONDE SE CUENTA LA INDUSTRIA QUE SANCHO TUVO PARA EN-CANTAR Á LA SEÑORA DULCINEA, Y DE OTROS SUCESOS TAN RIDÍCULOS COMO VERDADEROS.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capitulo cuenta, dice que quisiera pasarle en silencio, temeroso de que no había de ser creido, porque las locuras de don Quijote llegaron aquí al término y raya de las mayores que pueden imaginarse, y aun pasaron dos tiros de ballesta más allá de las mayores. Finalmente, aunque con este miedo y recelo, las escribió de la misma manera que él las hizo, sin añadir ni quitar à la historia un âtomo de la verdad, sin dârsele nada por las objecciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y así, prosiguiendo su historia, dice: que así como don Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese à su presencia sin haber primero habiado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendición, para que pudiese esperar por ella felicisimos sucesos de todos sus acontecimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trujo la vez primera. — Anda, hijo, replicó don Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú, sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mirala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere, dos ó tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado; finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me lo relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón, acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber,



Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certisimos correos que traen las nuevas de lo que alla en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guiete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. - Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche vuesa merced, señor mío, ese corazoncillo, que le debe de tener ahora no mayor que una avellana, y considere que se suele decir, que buen corazón quebranta mala ventura, y que donde no hay tocinos no hay estacas; y también se dice donde no se piensa salta la liebre: digolo, porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de dia los pienso hallar cuando menos lo piense, y hallados, déjenme à mi con ella. — Por cierto, Sancho, dijo don Quijote, que siempre traes tus refranes tan à pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rucio, y don Quijote se quedó à caballo, descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones; donde le dejaremos, yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor, que él quedaba; y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que don Quijote no parecia, se apeó del jumento, y sentándose al pie de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo, y á decirse: — Sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va vuesa merced. ¿Va á buscar algún jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va à buscar? Voy à buscar, como quién no dice nada, á una princesa, y en ella al sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y à donde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, zy de parte de quién la váis à buscar? De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y da de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabéis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algún día por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estáis vos aqui con intención de ir á sonsacarles sus princesas, y desasosegarles sus damas, viniesen y liesen las costillas á puros palos, y no os dejas





verdad que tendrían mucha razón cuando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no merecéis cuipa non. No os fiéis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura. Oxte, puto, allá darás, rayo: no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno, y más que asi será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mi en esto, que otro no.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó del fué que volvió à decirse: — Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mai que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aún también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refrán que dice: Dime con quién andas, decirte he quién eres, y el otro de no con quién naces, sino con quién paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carperos ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono, no serà muy difficil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aqui es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfia acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensajerias viendo cuán mai recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destos que él dice que le quieren mal, la habra mudado la figura por hacerle mal y daño. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espiritu, y tuvo por bien acabado su negocio; y deteniéndose alli hasta la tarde, por dar lugar à que don Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso hacia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballeria de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió buscar à su señor don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vió, le dijo: — ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? — Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulo de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. - Dese modo, replicó don Quijote, buenas nuevas traes.—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar à Rocinante y salir à lo raso à ver à la señora Dulcinea del Toboso, que con otran don doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. Santo Diosi aqué es lo que dices, Sancho amigo? dijo don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrias alegrar mis verdaderas tristezas. — ¿Qué sacaria yo de enganar a vuena merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de des cubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verh ventr a la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubles, todas telas de brocado de más de diez alton; lon cubellon nucltum por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen à enballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay mán que ver. Hacaneas, querras decir, Sancho. - Poen diferencia liny, rea pondió Sancho, de cananeas à hacaneas; pero vengun solne lo que vinieren, ellas vienen las más galanas setumas que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, un settora, que pasma los sentidos. — Vamos, Sancho hijo, respondió don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que gamare en la polmera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, le mando las crias que este año me dicran las tres yeguns mins, que in sabes que quedan para parir en el prado concejil de nues tro pueblo. — A las crias me atengo, respondió Hancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no està muy cierto. Ya en esto salleron de la selva y descubric ron cerca à las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todos el camino del Toboso, y como no vió sinó A las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó A Sancho si las había dejado fuera de la ciudad. - ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el



colodrillo, que no ve que son estas las que aqui vienen, resplandecientes como el mismo sol à mediodia? - Yo no vec. Sancho, dijo don Quijote, sino à tres labradoras sobre tres berricos. — Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, biancas como el ampo de la nieve, le aparezcan à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. — Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy don Quijote y tú Sancho Panza; á lo menos, á mi tales me parecen. -Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga à hacer reverencia à la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca. Y diciendo esto se adelantó à recebir à las tres aldeanas, y apeandose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas redillas en el suelo, dijo: — Reina y princesa y duquesa. de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante el cautivo caballero vuentro, que alli está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso, de verse ante vuesa magnifica presencia. Yo soy Sanche Panza su escudero, y él es el asendereado caballero den Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre El Caballero 📥 la Triste Figura. A esta sazón ya se había puesto don Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada, á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante à su companera; pero rompiendo el silencio la detanida, toda desgraciada y mohina, dijo:-Apartense nora en tal del camino, y déjennos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: - ¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la coluna y sustento de la andante caballeria? Oyendo lo cual, otra de las dos dijo:-Mas jo que te estrego, burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora à hacer burla, de las aldeanas, como si aqui no aupiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, é déjennos hacer el nueso, y serles ha sano. - Levantate, Sancho, dijo a este punto don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mai no harta, tiene



ENCANTAMENTO DE DULCINEA



tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento à esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora, ya que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros, ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si va también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible à tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento, que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. — Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apartense y déjennos ir, y agradecerselo hemos. Apartose Sancho y dejola ir, contentisimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que había hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijón que en un palo traia, dió à correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcovos, de manera- que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que también vino à la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo más ligero que un halcón sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: — Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un acotán, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano: el arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanca como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento. Y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon à correr, sin volver la cabeza atrás, por espacio de más de media legua. Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose à Sancho, le dijo: — Sancho, ¿qué te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores! Y mira hasta donde se extiende me tienen, pues me han querido su malicia y

privar del contento que pudiera darme ver en su sér 4 mi señora. En efecto, yo naci para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asienten las fiechas de la mala fortuna: y has también de advertir, Sancho. que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado à mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ámbares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mi me pareció borrica, me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. — ¡Oh canalla! gritó à esta razón Sancho; joh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mas hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purisimo en cerdas de cola de buey bermejo; y finalmente todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi su fealdad sino su hermosura, à la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebra de oro, y largos de más de un palmo. — A este lunar, dijo don Quijote, según la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinca en la tabla del musio que corresponde al lado de donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. — Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. — Yo lo creo, amigo, replicó don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese pertecta y bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que à mi me pareció albarda, que tú aderezaste, ¿era silla rasa, ó sillón? — No era, respondió Sancho, sino silla à la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino según es de rica. — ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo don Quijote: ahora torno à decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarrón

de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allá llegasen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPITULO XI

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE, CON EL CARRO Ó CARRETA DE LAS CORTES DE LA MUERTE.

Pensativo además iba don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores, volviendo à su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su sér primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de si, que, sin sentirlo, soltó las riendas à Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia à pacer la verde yerba, de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: — Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en si y coja las riendas à Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardia que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué descaecimiento es este? ¿Estamos aquí ó en Francia? Más que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. — Calla Sancho, respondió don Quijote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la envidia que me tienen los malos, ha nacido su mala andanza. — Asi lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿cuál es el corazón que no llora? — Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó don ? " a. n s la viste en la entereza cabal



verdad que tendrían mucha razón euando no considerasen que soy mandado, y que mensajero sois, amigo, no merecéis culpa non. No os ficis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando maia ventura. Oxte, puto, aliá darás, rayo: no sino ándeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ajeno, y más que asi será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Marica por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido á mi en esto, que otro no.

Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó del fué que volvió à decirse: — Ahora bien, todas las cosas tienen remedio si no es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mai que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: Dime con quién andas, decirte he quién eres, y el otro de no con quién naces, sino con quién paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como se pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono, no serà muy diffeil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aqui es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo à jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mia siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfia acabaré con él que no me envie otra vez á semejantes mensajerias viendo cuán mai recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador destos que él dice que le quieren mal, la habra mudado la figura por hacerle mal y dano. Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espiritu, y tuvo por bien scabado su negocio; y deteniêndose alli hasta la tarde, por dar lugar à que don Quijote pensase que le había tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rucio, vió que del Toboso hacia donde él estaba venian tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballeria de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolución, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió buscar à su señor don Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como don Quijote le vió, le dijo: — ¿Qué hay, Sancho amigo? ¿Podré señalar este dia con piedra blanca, ó con negra? — Mejor será, respondió Sancho, que vuesa merced le señale con almagre, como rétulo de cátedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. — Dese modo, replicó don Quijote, buenas nuevas traes.—Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer vuesa merced sino picar à Rocinante y salir à lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á vuesa merced. — ¡Santo Dios! ¿qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo don Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrias alegrar mis verdaderas tristezas. — ¿Qué sacaría yo de engañar á vuesa merced, respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento; y sobre todo vienen á caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver. --Hacaneas, querrás decir, Sancho. — Poca diferencia hay, respondió Sancho, de cananeas á hacaneas; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos. — Vamos, Sancho hijo, respondió don Quijote, y en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieran las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. — A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca à las tres aldeanas. Tendió don Quijote los ojos por todos el camino del Toboso, y como no vió sinó à las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó à Sancho si las había dejado fuera de la ciudad. — ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene vuesa merced los ojos en el



colodrillo, que no ve que son cetas las que aqui vienen, resplandecientes como el mismo sol à mediodia? — Yo no veo, Sarcho, dijo don Quijote, sino á tres labradoras sobre tres berricos. - Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le aparezcan à vuestra merced borricos? Vive el Señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad. - Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo don Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy don Quijote y tù Sancho Panza; à lo menos, à mi tales me parecen. -Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga à hacer reverencia à la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca. Y diciendo esto se adelanto à recebir à las tres aldeanas, y apeandose del rucio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: — Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante el cautivo caballero vuestro, que alli está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulso, de verse ante vuesa magnifica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre El Caballero de la Triste Figura. A esta sazón ya se habia puesto don Quijote de hinojos junto à Sancho, y miraba con ojos desencajados y vieta turbada, à la que Sancho llamaba reina y sediora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin ocar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante à su compañera; pero rompiendo el silencio la detanida, toda desgraciada y mobina, dijo:—Apartense nors en tal del camino, y déjennos pasar, que vamos de priesa. A lo que respondió Sancho: - ¡Oh princesa y señora universal del Toboso! ¿cómo vuestro maguánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual, otra de las dos dijo:-Mas jo que te estrego, burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los schoritos abora à bacer burla de las aldeanas, como si aqui no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, é déjennos hacer el nueso, y serles ha sano. -- Levantate, Sancho, dijo a este punto don Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mai no harta, tiene



ENCANTAMENTO DE DULCINIA



tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento à esta anima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora, va que el maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros, ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si va también el mio no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible à tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento, que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. — Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir resquebrajos. Apartense y déjennos ir, y agradecerselo hemos. Apartose Sancho y dejola ir, contentisimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cananea con un aguijón que en un palo traia, dió à correr por el prado adelante; y como la borrica sentía la punta del aguijón, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó à dar corcovos, de manera- que dió con la señora Dulcinea en tierra; lo cual visto por don Quijote acudió à levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que también vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo don Quijote levantar a su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora, levantándose del suelo, le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algún tanto atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo más ligero que un halcón sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: — Vive Roque, que es la señora nuestra ama más llgera que un acotán, y que puede enseñar á subir á la jineta al más diestro cordobés ó mejicano: el arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento. Y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea, todas picaron tras ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás, por espacio de más de media legua. Siguiólas don Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose à Sancho, le dijo: - Sancho, ¿qué te parece? ¡Cuán malquisto soy de encantadores! Y mira hasta donde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo naci para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asienten las flechas de la mala fortuna: y has también de advertir, Sancho. que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado à mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares y entre flores; porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tù dices, que á mi me pareció borrica; me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. — ¡Oh canalla! gritó à esta razón Sancho; joh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha! Mucho sabéis, mucho podéis y mucho mas hacéis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purisimo en cerdas de cola de buey bermejo; y finalmente todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad, nunca yo vi su fealdad sino su hermosura, à la cual subia de punto y quilates un lunar que tenía sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rubios como hebra de oro, y largos de más de un palmo. — A este lunar, dijo don Quijote, según la correspondencia que tienen entre si los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo que corresponde al lado de donde tiene el del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. — Pues yo sé decir á vuesa merced, respondió Sancho, que le parecian alli como nacidos. — Yo lo creo, amigo, replicó don Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese pertecta y bien acabada; y asi si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, aquella que à mi me parcció albarda, que tú aderezaste, ¿cra silla rasa, ó sillón? -- No era, respondió Sancho, sino silla à la jineta, con una cubierta de campo que vale la mitad de un reino según es de rica. — ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo don Quijote: ahora torno à decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente, después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar à tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse; pero antes que allà llegasen, les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas, merecen ser escritas y leídas, como se verà adelante.

CAPITULO XI

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE, CON EL CARRO Ó CARRETA DE LAS CORTES DE LA MUERTE.

Pensativo además iba don Quijote por su camino adelante, considerando la mala burla que le habían hecho los encantadores, volviendo à su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su sér primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de si, que, sin sentirlo, soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia à pacer la verde yerba, de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: — Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en si y coja las riendas à Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardia que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿Qué descacelmiento es este? ¿Estamos aqui ó en Francia? Más que se lleve Hatanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. — Calla Sancho, respondió don Quijote con voz no muy desmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa; de la envidia que me tienen los malos, ha nacido su mala andanza. — Asi lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿cuál es el corazón que no llora? — Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó don Quijote, pues la viste en la entereza cabal

de su hermosura, que el encanto no se extendió à turbarte la vista ni à encubrirsc su belleza: contra mi solo, y contra mis ojos, se endereza la fuerza de su veneno, más con todo esto, he caido, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo los de Dulcinea deben de ser de verdes esmeraldas, rasgados con dos celestiales arcos que le sirven de cejas; y esas perlas quitalas de los ojos, y pásalas à los dientes, que sin duda te trocaste, Sancho, tomando los ojos por los dientes. — Todo puede ser, respondió Sancho, porque también me turbó á mí su hermosura como á vuesa merced su fealdad, pero encomendémosio todo à Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaqueria. De una cosa me pesa, señor mio, más que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando vuesa merced venza algún gigante ó otro caballero, y le mande que se vaya à presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y misero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausanes, buscando á mi senora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle, no la conocerán más que á mi padre. — Quizá, Sancho, respondió don Quijote, no se extenderá el encantamento à quitar el conocimiento de Duicinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envie, haremos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relación de lo que acerca desto les hubiere sucedido. — Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido blen lo que vuesa merced ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella, á solo vuesa merced se encubre, la desgracia más será de vuesa merced que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéramos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras de mayores enfermedades. Responder queria don Quijote à Sancho Panza, pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino, cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieron imaginarse. El que guiaba las mulas y servia

de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, sin toldo ni zarzo. La primera figura que se ofreció à los ojos de don Quijote, fué la de la misma muerte, con rostro humano; junto à ella venia un angel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona, al parecer de oro, en la cabeza; á los pies de la muerte, estaba el dios que llaman Cupido, sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia tambièn un caballero armado de punta en blanco excepto que no traia morrión ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros; todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó à don Quijote y puso miedo en el corazón de Sancho; más luego se alegró don Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento; y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: — Carretero, cochero ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, à dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: — Señor, nosotros somos recitantes de la compañia de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detrás de aquella loma, esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las Cortes de la Muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aqui se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos à vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañia los primeros papeles: si otra cosa vuesa merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio todo se me alcanza. — Por la fe de caballero andante, respondió don Quijote, que asi como vi este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano, para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, y haced vuestra flesta, y mirad si mandáis algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fui aficionado à la carátula, y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula. Estando en estas pláticas, quiso la suerte que llegase uno de la compañía, que venía vestido de bojiganga con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traía tres vejigas de vaca hinchadas, el cual moharracho, llegándose á don Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala visión así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle don Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomia. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rucio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante. que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos.

Más apenas hubo dejado su caballería Sancho, para acudir à don Quijote, cuando el demonio bailador de las vejigas saltó sobre el rucio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido, más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hacia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rucio y la caida de su amo, y no sabia á cual de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor, que el cariño de su jumento; puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rucio, eran para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á el en las niñas de los ojos, que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulación llegó donde estaba don Quijote, harto más mal trecho de lo que él quisiera, y ayudandole a subir sobre Rocinante, le dijo: — Señor, el diablo se ha llevado el rucio. — ¿Qué diablo? preguntó don Quijote. — El de las vejigas, respondió Sancho. — Pues yo le cobraré, replicó don Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del infierno. Sigueme, Sancho, que la carreta va despacio, y con las mulas della satisfaré la pérdida del rucio. - No hay para qué hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; vuesa merced temple su cólera, que según me parece ya el diablo ha dejado el rucio, y vuelve & la querencia. Y así era la verdad, porque habiendo caído el diablo con el rucio por imitar à don Quijote y à Rocinante, el diablo se fué á pie al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. — Con todo eso, dijo don Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel deraonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. — Quitesele à vuesa merced eso de la imaginación, replicó Sancho; y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, v salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellas de las compañías reales y de título, que todos, ó los más, en sus trajes y composturas parecen unos principes. — Pues con todo, respondió don Quijote, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano; y diciendo esto volvió à la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, y iba dando voces diciendo: — Deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de don Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intención del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el emperador, el diablo carretero, y el angel; sin quedarse la reina ni el dios Cupido; y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recebir à don Quijote en las puntas de sus güijarros. Don Quijote, que los vió puestos en tan gallardo escuadrón, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rocinante, y púsose à pensar de qué modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo, llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadrón, dijo: — Asáz de locura sería intentar tal empresa; considere vuesa merced, señor mio, que para sopa de arroyo y tente bonete no hay arma defensiva en el mundo, si no es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y también se ha de considerar que es más temeridad que valentia acometer un hombre solo à un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los bueños y los malos ángeles: y si esta consideración no le mueve à estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que alli están, aunque parecen reyes, principes y emperadores, no hay ningún caballero andante. — Ahora sí, dijo don Quijote, has dado Sancho, en el punto que puedo y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras veces muchas te he dicho, com-

300

tra quien no fuere armado caballere: à ti, Sancho, toca, si quieres, tomar la venganza del agravio que à tu rucio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudaré con voces y advertimientos saludables; — No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto más, que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad. la cual es de vivir pacificamente los dias que los cielos me dieren de vida. — Pues esa es tu determinación, replicó don Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano, y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos à buscar mejores y más calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego; Sancho fué à tomar su rucio; la muerte con todo su escuadrón volante volvieron à su carreta y prosiguieron su viaje; y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerre: gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero, de no menos suspensión que la pasada.

CAPITULO XII

DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE LE SUCEDIÓ AL VALEROSO DON QUIJOTE (ON EL BRAVO CABALLERO DE LOS ESPEJOS

La noche que siguió al día del rencuentro de la muerte, la pasaron don Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo, á persuación de Sancho, comido don Quijote de lo que venía en el repuesto del rucio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: — Señor, qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la primera aventura que vuesa merced acabara, antes que las crias de las tres yeguas. En efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando. — Todavía, respondió don Quijote, si tú, Sancho, me dejaras acometer como yo quería, te hubiera cabido en despojos por lo menos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. — Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro, sino de oropel ó hoja de lata. — Así

es verdad, replicó don Quijote, porque no fuera acertado que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes, como lo es la misma comedia; con la cual quiero, Sancho, que estés bien, teniéndola en tu gracia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien à la república, poniéndonos un espejo à cada paso delante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparación hay, que más al vivo nos represente lo que somos y lo que debemos de ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime: ¿no has visto tú representar alguna comedia adonde se introducen reyes, emperadores y pontifices, caballeros, damas, y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, éste el mercader, aquél el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. — Si he visto, respondió Sancho. - Pues lo mismo, dijo don Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontifices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. — ¡Brava comparación! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego, cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. — Cada dia, Sancho, dijo don Quijote, te vas haciendo menos simple y más discreto. — Sí; que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced, respondió Sancho; que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolandolas y cultivandolas, vienen a dar buenos frutos; quiero decir, que la conversación de vuesa merced, ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivación el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero de dar frutos de mi, que sean de bendición, tales que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio.

Rióse don Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de

que todas ó las más veces que Sancho quería hablar de oposición y á lo cortesano, acababa su razón con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia; y en lo que él se mostraba más elegante y memorioso, era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntad de dejar caer las compuertas de los ojos, como él decia cuando queria dormir; y desaliñando al rucio, le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla a Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor, que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desaliñase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzón de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y asi lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rucio, cuya amistad dél y de Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fana por tradición de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capitulos della; más, que por guardar la decencia y decoro que á tan heroica historia se debe, no los puso en ella, puesto que algunas veces se descuida deste su prosupuesto, y escribe que asi como las dos bestias se juntaban acudian à rascarse el uno al otro, y que después de cansados y satisfechos, cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rucio, que le sobraba de la otra parte más de media vara; y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo menos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia el hambre à buscar sustento. Digo que dicen, que dejó el autor escrito que los había comparado en la amistad á la que tuvieron Niso y Eurialo, y Pilades y Orestes: y si esto es asi, se podia echar de ver, para universal admiración; cuán firme debió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusión de los hombres que tan mal saben guardarse amistad los unos á los otros. Por esto se dijo,

> No hay amigo para amigo: las cañas se vuelven lauzas,

y el otro que cantó,

De amigo à amigo la chinche, etc.

Y no le parezca à alguno que anduvo el autor algo fuera de camino, en haber comparado la amistad destos animales á la de los hombres: que de las bestias han recebido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel; de los perros el vómito y el agradecimiento; de las grullas la vigilancia; de las hormigas la providencia; de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo. Finalmente Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto, se puso á mirar y escuchar de donde el ruido procedía, y vió que eran dos hombres á caballo, y que el uno dejándose derribar de la silla, dijo al otro: — Apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos: que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del sílencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos. esto y el tenderse en el snelo, todo fué à un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado; manifiesta señal, por donde conoció don Quijote que debía de ser caballero andante; y llegándose á Sancho que dormía, le trabó del brazo y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo: — Hermano Sancho, aventura tenemos. — Dios nos la dé buena, respondió Sancho, ¿y adonde está, señor mío, su merced desa señora aventura? — ¿Adónde, Sancho? replicó don Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás alli tendido un andante caballero, que á lo que á mi se me trasluce no debe de estar demasiadamente alegre, porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo, con algunas muestras de despecho; y al caer le crujieron las armas. - ¿Pues en qué halla vuesa merced, dijo Sancho, que esta sea aveutura? - No quiero yo decir, respondió don Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aqui se comienzan las aventuras. Pero escucha, que, á lo que parece, templando está un laúd ó vihuela, y según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. - A buena fe que es asi, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. — No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo don Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta; que de la abundancia del corazón habla la lengua. Replicar queria Sancho á su amo, pero la voz del caballero del Bosque, que no era muy mala ni muy buena, lo estorbó; y

estando los dos atónitos (*), oyeron que lo que cantó fué este

SONETO

Dadme, señora, un término que siga, conforme à vuestra voluntad cortado, que serà de la mia asi estimado, que por jamás un punto del desdiga.

Si gustais que callando mi fatiga muera, contadme ya por acabado; si queréis que os la cuente en desusado modo; haré que el mesmo amor la diga.

A prueba de contrarios estoy hecho de blanda cera y de diamante duro, y à les leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es, ó fuerte, ofrezco el pecho: entallad, ó imprimid lo que os dé gusto, que de guardarlo eternamente juro.

Con un ¡ay! arrancado al parecer de lo intimo de su corazón, dió fin á su canto el caballero del Bosque, y de alli á un poco con voz doliente y lastimada dijo: — ¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¡Cómo, qué! ¿será posible, serenisima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en contínuas peregrinaciones y en asperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que he hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? — Eso no, dijo à esta sazón don Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial à la belleza de mi señora; y este tal caballero, ya vees tú Sancho, que desvaria. Pero escuchemos, quiza se declarara mas. — Si hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo.

Pero no fué asi, porque habiendo entreoído el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentación, se puso en pie y dijo con voz sonora y comedida:

— ¿Quién va allá? ¿Qué gente? ¿Es por ventura de la del

^{(&#}x27;) En ediciones modernas se ha puesto injustificadamente «atentos» en lugar de «aténitos».

número de los contentos, ó de la del de los afligidos? — De los afligidos, respondió don Quijote. — Pues lléguese á mi, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la aflicción mesma. Don Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á el, y Sancho ni más ni menos. El caballero lamentador asió á don Quijote del brazo, diciendo: — Sentaos aqui, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andants caballeria, bastame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañía, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. A lo que respondió don Quijote: — Caballero soy, y de la profesión que decis; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgracias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasión que tengo de las ajenas desdichas; de lo que cantasteis poco ha, colegi que las vuestras son enamoradas; quiero decir, del amor que tenéis á aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrasteis. Ya cuando esto pasaba, estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del día no se hubieran de romper las cabezas. — Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á don Quijote, ¿sois enamorado? — Por desventura lo soy, respondió don Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deben tener por gracias que por desdichas. — Asi es a verdad, replicó el del Bosque, si no nos turbasen la razón y el entendimiento los desdenes, que, siendo muchos, parecen venganzas. — Nunca fui desdeñado de mi señora, respondió don Quijote. - No por cierto, dijo Sancho, que alli junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es más blanda que una manteca. — ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. — Si es, respondió don Quijote. — Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva à hablar donde habla su señor, à lo menos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. — Pues á fe, dijo Sancho, que he hablado yo y puedo hablar delante de otro tan, y aun... quédese aqui, que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho, diciéndole: — Vámonos los dos adonde podamos hablar escuderilmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos à estos señores amos nuestros, que se den de las actas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las



han de haber acabado. — Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré à vuesa merced quien soy, para que vea si puedo entrar en docena con los más habiantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

CAPITULO XIII

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOS-QUE CON EL DISCRETO, NUEVO Y SUAVE COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE LOS DOS ESCUDEROS.

Divididos estaban caballeros y escuderos, éstos, contándose sus vidas, y aquéllos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos: y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo à Sancho: -- Trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes; en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios à nuestros primeros padres. - También se puede decir, afiadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque aquién más calor y más frio que los miserables escuderos de la andante cabalieria? Y aun menos mai si comiéramos, pues los duelos con pan son menos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia y dos sin desayunarnos si no es el viento que sopla. - Todo eso se puede llevar y conflevar, dijo el dei Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante & quien un escudero sirve, por lo menos à pocos lances se verà premiado con un hermoso gobierno de cualquier insula, ó con un condado de buen parecer. - Yo, replicó Sancho, ya be dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna însula: y él es tan noble y tan liberal que me le ha prometido muchas y diversas veces. - Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. - ¿Y qué tai? Debe de ser, dijo Sancho, su amo de vuestra merced caballero à lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego: aunque que yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mai

intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la Iglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber à vuesa merced, que aunque parezco hombre soy una bestia para ser de la Iglesia, - Pues en verdad que lo yerra vuesa merced, dijo el del Bosque, á causa que los gobiernos insúlanos, no son todos de buena data; algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos malencónicos, y finalmente el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor sería que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirásemos á nuestras casas, y alli nos entretuviésemos en ejercicios más suaves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo à quien le falte un rocin, y un par de galgos, y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea? — A mi no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocin pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá vuesa merced el valor de mi rucio, que rucio es el color de mi jumento; pues galgos, no me habían de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y más que entonces es la caza más gustosa, cuando se hace á costa ajena. — Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherias destos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. — Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una mochacha à quien crio para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. — ¿Y qué edad tiene esa señora, que se cria para condesa? preguntó el del Bosque. — Quince años, dos más á menos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapán. — Partes son esas, respondió el del Bosque. no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh, hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca! A lo que respondió Sancho algo mohino: — Ni ella es puta, ni lo fué su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios quiriendo, mientras yo viviere; y hablese mas comedidamente, que para haberse



criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesia, no me parecen muy concertadas esas palabras. - ¡Oh, qué mal se le entiende à vuesa merced, replicó el de Bosque, de achaque de alabanzas, señor escuderol ¡Cómol ¿y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hideputa puto, y qué bien que lo ha hechol y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den à sus padres loores semejantes. - Sí, reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razón podía echar vuesa merced á mi y hijos, y á mi mujer toda una puteria encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverios à ver, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me halle un dia en el corazón de Sierra Morena; y el diablo me pone ante las ojos aqui, allí, acá no, sino aculiá, un talego lleno de doblones, que me parece que à cada paso le toco con la mano, y me abrazó con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un principe, y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. - Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va A tratar dellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo. porque es de aquellos que dicen: Cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir á los hocicos. - ¿Y es enamorado, por dicha? - Si, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cojea del pie de la crudesa, que otros mayores embustes le grunen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. - No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algún tropezón ó barranco: en otras casas cuecen habas y en la mia à calderadas; más acompañados y apaniguados debe de tener la locura que la discreción; más si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener companeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve à otro amo, tau

tonto como el mío: — Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque; y más bellaco que tonto y que valiente. — Eso no es el mio. respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien à todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día; y por esta sencillez le quiero como à las telas de mi corazón; y no me amaño à dejarle, por más disparates que haga. — Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies, y volvernos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho á menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo y bosqueril escudero, dijo: — Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno: y levantándose volvió desde alli à un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: -- ¿Y esto trae vuestra merced consigo, señor? — Pues ¿qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algún escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: — Vuesa merced si que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnifico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aqui por arte de encantamento, parécelo á lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello à un gigante, à quien hacen compania cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces; mercedes à la estrecheza de mi dueño, y á la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con la hierba del campo. — Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago à tagarninas, ni à piruétanos, ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de

la silla por si ó por no; y es tan devota mía, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos à Sancho, el cual, empinándola, puesta à la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: — ¡Oh, hideputa bellaco, y cómo es católico! — ¿Veis ahi, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa? — Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero digame, señor, por el siglo de lo que más quiere, zeste vino es de Ciudad Real? — ¡Bravo mojón! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. — A mi con eso, dijo Sancho, no toméis menos sino que se me fuera à mi por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar. con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles à los à dos à probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad o malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que más sabía á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán: porque vea vuesa merced, si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. -- Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos à nuestras chozas, que alli nos hallarà Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue à Zaragoza le serviré, que después todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos

escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE

Entre muchas razones que pasaron don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á don Quijote: — Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vaddalia: llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar à aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencila, y hicela estar queda y á raya (porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes). Vez también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que à caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra; ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relación de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué à luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias

de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido à contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano, es de haber vencido en singular batalla à aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo, los ha vencido à todos, y habiéndole yo vencido à él, su gloria, su fama, y su honra, se han transferido y pasado à mi persona.

Y tanto el vencedor es más honrado cuanto más el vencido es reputado.

Asi que ya corren por mi cuenta y son mías, las innumerables hazañas del ya referido don Quijote. Admirado quedo don Quijote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y va tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: — De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido à los más caballeros andantes de España y aún de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido à don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. — ¿Cômo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con don Quijote, y le venci y rendi, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos; campea debajo del nombre del caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante; y finalmente, tiene por señora de su voluntad à una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia que por llamarse Casilda y ser de la Andalucia, vo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. — Sosegaos, señor caballero, dijo don Quijote y escuchad lo que

deciros quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que dél me habéis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido; por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerias le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmación desto, quiero también que sepáis, que los tales encantadores, sus contrarios, ha más de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera, habrán trasformado á don Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aqui está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas, á pie ó á caballo, o de cualquiera suerte que os agradare: y diciendo esto, se levantó en pie, y se empuño en la espada esperando qué resolución tomaria el caballero del Bosque, el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo: — Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; más porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente à caballero lo que se le ordenare. - Soy más que contento desa condición y convenencia, respondió don Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen à punto los caballos, porque en saliendo el sol, habian de hacer los dos una sangrienta, singular y designal batalla; à cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentias que habia oido decir del suvo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque à Sancho: — Ha de saber, hermano, que tienen por

costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: digolo, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros también hemos de pelear y hacernos astillas. — Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, alla puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice: pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo menos yo no he oido decir á mi amo semejante costumbre; y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballeria: cuanto más, que vo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta à los tales pacificos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera; y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán menos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay más, que me imposibilita el refiir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. — Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo traigo aqui dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y riñiremos á talegazos con armas iguales. — Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. — No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni dano. — Mirad ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cargado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y alla se lo havan, v bebamos v vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben antes de llegar su sazón y término y que se cayan de maduras. - Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. — Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido, trabe cuestión alguna, por mínima que sea; cuánto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á refiir à secas? - Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un su-

ficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente à vuesa merced y le daré tres ò cuatro bofetadas que dé con él à mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón. — Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue à despertarme la cólera, haré yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual, se sabe si no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo más acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así, desde ahora, intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. - Está bién, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban à gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya, por las puertas y balcones del oriente, iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las hierbas, parecia asimismo ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso; reianse las fuentes; murmuraban los arroyos; alegrábanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Más apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del Bosque; que era tan grande, que casi le hacía sombra á todo el enerpo. Cnéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca, enya grandeza, color, verrugas, y encorvamiento, así le afeaban el rostro, que en viendole Sancho; comenzó à herir de pie y de mano como niño con alferecia, y propuso en un corazón, de dejarue das doscientas hosetadas antes que despertar la cólera para refiir con aquel vestigin.

Don Quijose miró à en contendor, y hallôle ya puesta y exlada la celada de modo, que no le pudo ver el rostro; pero

criado vuesa merced entre caballeros andantes, que son la mesma cortesia, no me parecen muy concertadas esas palabras. - ¡Oh, qué mal se le entiende à vuesa merced, replicó el de Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! ¡Cómo! ¿y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, ó cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: ¡Oh hideputa puto, y qué bien que lo ha hecho! y aquello que parece vituperio en aquel término, es alabanza notable? y renegad vos, señor, de los hijos ó hijas que no hacen obras que merezcan se les den á sus padres loores semejantes. — Si, reniego, respondió Sancho, y dese modo y por esa mesma razón podia echar vuesa merced á mi y hijos, y á mi mujer toda una puteria encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos à ver, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un dia en el corazón de Sierra Morena; y el diablo me pone ante las ojos aqui, alli, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que à cada paso le toco con la mano, y me abrazó con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un principe, y el rato que en esto pienso, se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. — Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codicia rompe el saco, y si va 🛦 tratar dellos, no hay otro mayor en el mundo que mi amo. porque es de aquellos que dicen: Cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre otro caballero el juicio que ha perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si después de hallado le ha de salir á los hocicos. — ¿Y es enamorado, por dicha? — Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse: pero no cojea del pie de la crudeza, que otros mayores embustes le grunen en las entranas, y ello dirá antes de muchas horas. — No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algún tropezón ó barranco: en otras casas cuecen habas y en la mia à calderadas; más acompañados y apaniguados debe de tener la locura que la discreción; mås si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alivio en ellos, con vuesa merced podré consolarme, pues sirve à otro amo, tau

tonto como el mio: — Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque; y más bellaco que tonto y que valiente. — Eso no es el mio. respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco; antes tiene una alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien à todos, ni tiene malicia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia; y por esta sencillez le quiero como à las telas de mi corazón; y no me amaño á dejarle, por más disparates que haga. — Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de pies, y volvernos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho à menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo y bosqueril escudero, dijo: — Paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzón de mi caballo, que es tal como bueno: y levantándose volvió desde alli à un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algún cabrón, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: -- ¿Y esto trae vuestra merced consigo, señor? -- Pues ¿qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algún escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados de nudos de suelta, y dijo: — Vuesa merced si que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnifico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aqui por arte de encantamento, parécelo à lo menos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que sólo traigo en mis alforjas un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello à un gigante, à quien hacen compania cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces; mercedes á la estrecheza de mi dueño, y a la opinión que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con la hierba del campo. - Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas, ni á piruétanos, ni à raices de los montes: allà se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: flambreras traigo, y esta bota colgando del arzón de

la silla por si ó por no; y es tan devota mía, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos à Sancho, el cual, empinándola, puesta à la boca, estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza à un lado, y dando un gran suspiro dijo: - ¡Oh, hideputa bellaco, y cómo es católico! — ¿Veis ahi, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa? — Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero digame, señor, por el siglo de lo que más quiere, ¿este vino es de Ciudad Real? — ¡Bravo mojón! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. — A mi con eso, dijo Sancho, no toméis menos sino que se me fuera à mi por alto dar alcance à su conocimiento. ¿No serà bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos más excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles à los à dos à probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad o malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabia á hierro, el segundo dijo que más sabia á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordobán. Con todo eso, los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habían dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba, hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán: porque vea vuesa merced, si quien viene desta ralea podrà dar su parecer en semejantes causas. -- Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y volvámonos à nuestras chozas, que alli nos hallarà Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue à Zaragoza le serviré, que después todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos

escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así, asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora, por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV

DONDE SE PROSIGUE LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE

Entre muchas razones que pasaron don Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo à don Quijote: — Finalmente, señor caballero, quiero que sepáis que mi destino, ó por mejor decir mi elección, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vaddalia: llámola sin par, porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina à Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cual ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mando que fuese á desafiar à aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencila, y hicela estar queda y á raya (porque en más de una semana no soplaron sino vientos nortes). Vez también hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa más para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra; ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relación de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detuve el movimiento à la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despeñéme en la sima, y saqué à luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolución, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias

de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la más aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano, es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero don Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama, y su honra, se han transferido y pasado á mi persona.

Y tanto el vencedor es más honrado cuanto más el vencido es reputado.

Asi que ya corren por mi cuenta y son mías, las innumerables hazañas del ya referido don Quijote. Admirado quedo don Quijote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportose lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: — De que vuesa merced, señor caballero, hava vencido à los más caballeros andantes de España y aún de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. — ¿Cômo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con don Quijote, y le venci y rendi, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos; campea debajo del nombre del caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante; y finalmente, tiene por señora de su voluntad à una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia que por llamarse Casilda y ser de la Andalucia, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aqui esta mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. — Sosegaos, señor caballero, dijo don Quijote y escuchad lo que

deciros quiero. Habéis de saber que ese don Quijote que decis, es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto, que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona; y que por las señas que del me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habéis vencido; por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como el tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra; y para confirmación desto, quiero también que sepáis, que los tales encantadores, sus contrarios, ha más de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera, habrán trasformado á don Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aqui está el mismo don Quijote, que la sustentará con sus armas, á pie ó á caballo, o de cualquiera suerte que os agradare: y diciendo esto, se levantó en pie, y se empuñó en la espada esperando qué resolución tomaria el caballero del Bosque, el cual, con voz asimismo sosegada, respondió y dijo: — Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor don Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro propio sér; más porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas à escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condición de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente à caballero lo que se le ordenare. - Soy más que contento desa condición y convenencia, respondió don Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos, y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol, habian de hacer los dos una sangrienta, singular y designal batalla; à cuyas nuevas quedo Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo, por las valentías que había oído decir del suvo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian olido y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque à Sancho: — Ha de saber, hermano, que tienen por

notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finisimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandisima manera galán y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenia arrimada á un árbol, era grandisima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado, que ya el dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo, dijo al caballero de los Espejos: -- Si la mucha gana de pelear, senor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque vo vea si la gallardia de vuestro rostro responde à la de vuestra disposición. — O vencido o vencedor que salgiis desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia, en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo. - Pues en tanto que subimos á caballo, dijo don Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijisteis haber vencido. — A eso vos respondemos, díjo el de los Espejos, que parecéis, como se parecen un huevo à otro, al mismo caballero que vo venci: pero según vos decis, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. — Eso me basta á mi, respondió don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardárades en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensáis. Con esto, acortando razones, subieron à caballo; y don Quijote volvió las riendas à Rocinante, para tomar lo que convenia del campo para volver á encontrar á su contrario; y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado don Quijote veinte pasos, cuando se oyó llamar del de los Espejos; y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: — Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discreción del vencedor. - Ya la sé, respondió don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido, han de ser cosas que no

ficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un lirón. — Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuesa merced llegue à despertarme la cólera, haré yo dormir à garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual, se sabe si no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo más acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así, desde ahora, intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y dano que de nuestra pendencia resultare. — Está bién, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medraremos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya, por las puertas y balcones del oriente, iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las hierbas, parecia asimismo ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso; reianse las fuentes; murmuraban los arroyos; alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Más apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció à los ojos de Sancho Panza, fué la nariz del escudero del Bosque; que era tan grande, que casi le hacía sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto, que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de verrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos más abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas, y encorvamiento, así le afeaban el rostro, que en viendole Sancho; comenzó à herir de pie y de mano como niño con alferecia, y propuso en su corazón, de dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para refiir con aquel vestiglo.

Don Quijote miró à su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada de modo, que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finisimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandisima manera galán y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenia arrimada à un árbol, era grandisima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó don Quijote, y juzgó de lo visto y mirado, que ya el dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo, dijo al caballero de los Espejos: -- Si la mucha gana de pelear, senor caballero, no os gasta la cortesia, por ella os pido que alcéis la visera un poco, porque vo vea si la gallardia de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición. — O vencido ó vencedor que salgiis desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme: y si ahora no satisfago vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio à la hermosa Casildea de Vandalia, en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabéis que pretendo. - Pues en tanto que subimos á caballo, dijo don Quijote, bien podéis decirme si soy yo aquel don Quijote que dijisteis haber vencido. — A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que parecéis, como se parecen un huevo á otro, al mismo caballero que yo venci: pero según vos decis, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. — Eso me basta à mi, respondió don Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto, vengan nuestros caballos, que en menos tiempo que el que tardárades en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido don Quijote que pensais. Con esto, acortando razones, subieron à caballo; y don Quijote volvió las riendas à Rocinante, para tomar lo que convenia del campo para volver à encontrar à su contrario; y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se había apartado don Quijote veinte pasos, cuando se ovó llamar del de los Espejos; y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: — Advertid, señor caballero, que la condición de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discreción del vencedor. — Ya la sé, respondió don Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido, han de ser cosas que no

salgan de los limites de la caballeria. — Asi se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de don Quijote, las extrañas narices del escudero; y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algún monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir à su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo, tendido en el suelo; y fuése tras su amo asido à una acción de Rocinante; y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese, le dijo: - Suplico à vuesa merced, señor mio, que antes que vuelva à encontrarse, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más à mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. - Antes creo, Sancho, dijo don Quijote, que te quieres encaramar, y subir en andamio, por ver sin peligro los toros. — La verdad que dige, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo à estar junto à él. — Ellas son tales, dijo don Quijote, que à no ser yo quien soy, también me asombraran, y así, ven: ayudarte he á subir, donde dices. En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos, del campo, lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante: y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidisimo, á causa de que ya no podía moverse. Don Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasijadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás, siempre fueron trotes declarados; y con esta no vista furia, llegó donde el de los Espejos estaba, hincando à su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un sólo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura hallo don Quijote a su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó, ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quijote que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno, encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mai de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pie ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y à toda priesa vino donde su señor estaba, el cual, apeandose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos; y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿quién podrá decir lo que vió, sin causar admiración, maravilla y espanto à los que lo oyeren? Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomia, la misma efigie, la perspectiva misma del bachiller Sansón Carrasco; y así como la vió, en altas voces dijo: — Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó, Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco, comenzó à hacerse mil cruces y à santiguarse otras tantas. En todo esto, no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo à don Quijote: - Soy de parecer, señor mio, que por si o por no, vuesa merced hinque y meta la espada por la boca à este que parece el bachiller Sansón Carrasco; quizá matará en él à alguno de sus enemigos los encantadores. - No dices mal. dijo don Quijote, porque de los enemigos los menos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habían hecho, y à grandes voces dijo: - Mire vuesa merced lo que hace, señor don Quijote, que ese que tiene á los piés es el bachiller Sansón Carrasco su amigo, y yo soy su escudero; y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: -- ¿Y las narices? A lo que él respondió: — Aquí las tengo en la faltriquera, y echando mano à la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande, dijo: - ¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial, mi vecino y mi compadre? - Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigudo escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza; y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aqui venido; y en tanto, pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera, ni mate al caballero de los Espejos, que á sus piés tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sansón Carrasco nuestro compatrioto. En esto volvió en si el de los Espejos, lo cual visto por don Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo: — Muerto sois, caballero, si no confesáis que la sin par Dulcinea del Toboso, se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia; y demás de esto, habéis de prometer, si desta contienda y caída quedárades con vida, de ir à la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habéis de volver à buscarme, que el rastro de mis hazañas, os servirà de guia que os traiga donde yo estuviere, y a decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á la que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballeria. — Confieso, dijo el caido caballero, que vale más el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea; y prometo de ir y volver de su presencia à la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis.

- También habéis de confesar y creer, anadió don Quijote, que aquel caballero que vencisteis no fué ni pudo ser don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque parecéis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece; y que en su figura aqui me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el impetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. — Todo lo confieso, juzgo, y siento como vos lo creéis, juzgáis y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar don Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia: más la aprensión que en Sancho había hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habían mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito à la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente se quedaron con este engaño amo y mozo; y el de los Espejos y su escudero, mohinos y malandantes, se apartaron de don Quijote y Sancho, con intención de buscar algún lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. Don Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuento de quien era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPÍTULO XV

DONDE SE CUENTA Y DA NOTICIA DE QUIÉN ERA EL CABALLERO
DE LOS ESPEJOS Y SU ESCUDERO

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba don Quijote, por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razón de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba don Quijote, y otro el de los Espejos; puesto que por entonces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues, la historia, que cuando el bachiller Sansón Carrasco aconsejó à don Quijote que volviese à proseguir sus dejadas caballerias, fué por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir à don Quijote à que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió, por voto común de todos, y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á don Quijote, pues el detenerle parecia imposible: y que Sansón le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase à merced del vencedor; y así, vencido don Quijote, le habia de mandar el bachiller caballero se volviese à su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa, lo cual era claro que don Quijote vencido, cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar à las leyes de la caballeria; y podria ser que en el tiempo de su reclusión, se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar à su locura algún conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sansón, como queda referido, y Tomé

Cecial acomodó sobre sus naturales narices, las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba don Quijote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído, y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de don Quijote, que se dió à entender que el bachiller no era el bachiller, el senor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos, donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller: - Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della: don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cual es el más loco, ¿el que lo es por no poder menos ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sansón: — La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado, lo dejará de ser cuando quisiere. — Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced; y por la misma, quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. — Eso os cumple, respondió Sansón, porque pensar que yo he de volver à la mia hasta haber molido á palos á don Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas, no me deja hacer más piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron à un pueblo donde fue ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sansón desgraciado; Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con don Quijote.



CAPÍTULO XVI

DE LO QUE SUCEDIÓ À DON QUIJOTE CON UN DESCRETO CABA-LLERO DE LA MANCHA

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia don Quijote su jornada, imaginandose por la pasada victoria, ser el caballero andante más valiente que tenía en aquella edad el mundo: daba por acabadas, y á felice fin conducidas, cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante; tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerias le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galectes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yangüeses: finalmente, decia entre si que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no invidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: - 2No es bueno, señor, que aún todavia traigo entre los ojos las dessforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Celial? - ¿Y crees tú, Sancho, por ventura, que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Celial tu compadre? - No sé que me diga à eso, respondió Sancho; sólo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos no me las podria dar otro que él mismo; y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Celial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa; y el tono de la habla era todo uno. -- Estemos & razón, Sancho, replicó don Quijote: ven acá, ¿en qué consideración puede caber que el bachiller Sansón Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas à pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamás ocasión para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesión de las armas, para tener invidia á la fama que yo por clias he ganado? - ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como vuesa merced ha dicho, ano había en el mundo otros dos á quien se parecieran? — Todo es artificio y traza, respondic don Quijote,

de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el cabellero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazón, y desta manera quedase con vida, el que con embelecos y falsias procuraba quitarme la mía. Para prueba de lo cual ya sabes, oh Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no ha dos días que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y vo la vi en la fealdad y bajeza de una záfia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y más que el perverso encantador que se atrevió à hacer una trasformación tan mala, no es mucho que haya hecho la de Sansón Carrasco y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin, en cualquiera figura que hava sido, he quedado vencedor de mi enemigo. — Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabia que la trasformación de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. – En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detrás dellos por el mismo ca mino venia, sobre una muy bermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traia un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalı de verde y oro y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas, que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó à ellos el caminante, los saludó cortésmente, y picando á la yegua, se pasaba de largo; pero don Quijote le dijo: — Señor galán, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos. — En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo sino fuera por temor que con la compañia de mi yegua no se alborotara ese caballo. -- Bien puede, señor, respondió à esta sazón Sancho, bien puede tener las

, ,

riendas à su vegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez, que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, à buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de don Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzón delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á don Quijote, mucho más miraba don Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura, daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de don Quijote de la Mancha el de lo Verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la fiaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato, no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien don Quijote la atención con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspensión, su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto à todos, antes que le preguntase nada le salió al camino, diciéndole: — Esta figura que vuesa merced en mi ha visto, por ser tan nueva y tan tuera de las que comúnmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballeros destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Sali de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballeria, y ha muchos dias que tropezando aqui, cayendo alli, despeñándome acá y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi desco, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que soy don Quijote de la Mancha, por otro

nombre llamado el caballero de la Triste Figura, y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentilhombre, ni este caballo, esta lanza, ni escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza, os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quien soy yo y la profesión que hago. Calló en diciendo esto don Quijote, y el de lo Verde, según se tardaba en responderle, parecia que no acertaba á hacerlo; pero de alli á buen espacio le dijo: — Acertasteis, señor caballero, á conocer por mi suspensión mi deseo; pero no habéis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa, el haberos visto; que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me lo podría quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé, quedo más suspenso y maravillado. Cómo, ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerias? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos; y no lo creyera, si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerias, se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. — Hay mucho que decir, respondió don Quijote, en razón de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. — Pues ¿hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? — Yo lo dudo, respondió don Quijote y quédese esto aqui, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar à entender à vuesa merced, que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razón de don Quijote, tomo barruntos el caminante de que don Quijote debia de ser algún mentecato, y aguardaba que con otros lo confirmase; pero antes que se divertiesen en otros razonamientos, don Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condición y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gabán: - Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un llugar donde iremos à comer hoy, si Dios fuere servido; soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer

y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca: pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso ó algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devoción otros: los de caballerías. aun no han entrado por los umbrales de mis puertas: hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón á la hipocresia y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desevenidos: soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentisimo estuvo Sancho à la relación de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debia hacer milagros, se arrojó del rucio; y con gran priesa le fué à asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas, le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: — ¿Qué hacéis, hermano? ¿Qué besos son estos? — Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuesa merced el primer santo à la jineta que he visto en todos los dias de mi vida.

— No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos si, hermano, que debéis de ser bueno, como vuesa simplicidad lo muestra. Volvió Sancho à cobrar la albarda, habiendo sacado à plaza la risa de la profunda malencolía de su amo, y causado nueva admiración à don Diego. Preguntóle don Quijote que cuántos hijos tenía, y díjole que una de las cosas en que ponían el sumo bien los antiguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. — Yo, señor don Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que à no tenerle, quizá me juzgara por más dichoso de lo que soy; y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera: será de edad de diez y ocho años; los seis ha estado en Salamanca

aprendiendo las lenguas latina y griega; y cuando quise que pasase à estudiar otras ciencias, hallèle tan embebido en el de la poesia (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes que vo quisiera que estudiara; ni de la reina de todas, la teologia. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglo donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras; porque letras sin virtud, son perlas en el muladar. Todo el día se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Iliada; si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epigrama; si se han de entender de una manera ó otra tales y tales versos de Virgilio: en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal y Tibulo; que de los modernos romancistas, no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos los pensamientos el hacer una glosa à cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria. A todo lo cual respondió don Quijote: - Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y si así se han de querer ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadilles, no será dañoso: y cuando no se ha de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia à que más le vieren inclinado; y aunque la de la poesia es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar à quien las posee. La poesia, señor hidalgo, a mi parecer es como una doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas que son todas las otras ciencias; y ella se ha de servir de todas, y todas se ha de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purisimo de inestimable precio: hala de tener, el que la tuviere,

á raya; no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragedias, ó en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo: incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aqui vulgo solamente á la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y principe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que, con los requisitos que he dicho, tratare y tuviere á la poesia, será famoso y estimado su nombre en todas las naciones politicas del mundo. Y á lo que decis, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesia de romance, doime à entender que no anda muy acertado en ello, y la razón es esta: el grande Homero no escribió en latín, porque era griego; ni Virgilio no escribió en griego porque era latino. En resolución, todos los poetas antiguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razón seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones; y que no se desestimase el poeta alemán porque escribe en su lengua, ni el castellano, ni aun el vizcaino que escribe en la suya: pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesia de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen y despierten y ayuden á su natural impulso; y aun en esto, puede haber yerro; porque según es opinión verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta natural sale poeta, y con aquella inclinación que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio, compone cosas que hace verdadero al que dijo: Est Deus in nobis, etc. También digo, que el natural poeta que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al poeta que sólo por saber el arte, quisiera serlo. La razón es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perfecciónala; así que, mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza, sacarán un perfectisimo poeta. Sea pues la conclusión de mi plática, señor hidalgo, que vuesa merced deje caminar à su hijo por donde su estrella le llama, que siendo él tan buen estudiante como debe ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas. por si mismo, subirà à la cumbre de las letras humanas; las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y

asi le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña vuesa merced á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele; porque licito es al poeta escribir contra la invidia, y decir en sus versos mal de los invidiosos y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malicia se pondrán á peligro que los destierren à las islas de Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será también en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y cuando los reyes ó principes veen la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas veen honradas y adornadas sus sienes. Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de don Quijote; y tanto, que fué perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato. Pero á la mitad desta plática, Sancho, por no ser muy de su gusto, se habia desviado del camino à pedir un poco de leche à unos pastores que alli junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvia à renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discreción y buen discurso de don Quijote, cuando alzando don Quijote la cabeza, vió que por el camino por donde ellos iban, venía un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, à grandes voces llamó à Sancho que viniese à darle la celada: el cual Sancho, oyéndose llamar, dejó à los pastores, y à toda priesa picó al rucio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPITULO XVII

DE DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO, ADON-DE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELICEMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES.

Cuenta la historia que cuando don Quijote daba voces à Sancho que le trujese el yelmo, estaba el comprando unos requesones que los pastores le vendian; y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió à ver lo que le quería, el cual en llegando le dijo: -Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que alli descubro es alguna que me ha de necesitar, y me necesita á tomar mís armas. El del Verde Gabán, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron à entender que el tal carro debia de tracr moneda de su Majestad, y así se lo dijo á don Quijote: pero él no le dió crédito, siempre crevendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras, y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: - Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que se por experiencia, que tengo enemigos visibles é invisibles; y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho, le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo á Sancho. — ¿Qué será esto, Sancho, que me parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias à Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse don Quijote,



y quitose la celada por ver qué cosa era la que à su parecer le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó à las narices, y en oliéndolas, dijo: - Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aqui me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho: — Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahi los puso ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habéis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahi esa inmundicia para mover á la cólera su paciencia. y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni vo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. — Todo puede ser, dijo don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado don Quijote, cabeza, rostro y barbas, y la celada, se la encajó; y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: — Ahora venga lo que viniere, que aqui estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venía otra gente que el carretero en lamulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante, y dijo; - ¿A dónde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: — El carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia à la corte, presentados à su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor en señal de que aqui va cosa suya. — ¿Y son grandes los leones? preguntó don Quijote. — Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamas: y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de aetrás; y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvie, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo don Quijote, sonriéndose ¿Leoncitos à mi?



¿A mi leoncitos, y à tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré à conocer quién es don Quijote de la Mancha, à despecho y pesar de los encantadores que & mi los envian. — Ta, ta, dijo á esta sazón entre si el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero; los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho, y dijule: — Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi senor don Quijote, no se tome con estos leones, que si se toma, aqui nos han de hacer pedazos à todos. — Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fieros animales? — No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. — Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas le dijo: — Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventnras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan; porque la valentia que se entra en la juridicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados à su Majestad, y no serà bien detenerlos ni impedirles su viaje. — Váyase vuesa merced, senor hidalgo, respondió don Quijote, á entender con su perdigón manso, y con su hurón atrevido, y deje a cada uno hacer su oficio: este es el mio y yo sé si vienen á mi ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: — Voto à tal, don bellaco, que si no abris luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasia, le dijo: — Señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desenvainen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. — ¡Oh hombre de poca fe! respondió don Quijote; apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo à grandes voces: — Séanme testigos cuantos aqui están, como contra mi voluntad y forzado, abro las jaulas y suelto los leones; y de que protesto á este señor que todo el



Intelligence to the second The second of th Harrison Branches BID BOOK OF ST general angliches des in mende in die eine Turk Hilliam Control of the Control A M. The - Con-The Markov program the talk of the second tetera en la compaña de la En la compaña de la compaña Lead to Servery L TEMES etter of the الميداد والأفلا Att in the second of the secon - --- ----A Company in and the second of the secon راء سورات موراه



En el espacio que tardó el leonero en abrir en la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si seria bien hacer la batalla antes á pie que à caballo, y en fin se determino de hacerla à pie, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lacua y embrazó el escudo; y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fué A poner delante del carro, encomendandose a Dice de todo corazón, y luego a su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este puso el autor desta verdadera historia exclama y dice: ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento, animpso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo don Mannel de León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué racenes la haré creible à los siglos venideros, o qué alabanua habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérbejes sobre todos los hipérboles? Tú á pie, tú solo, tú intrépido, tú magnánimo, con solo una espada, y no de las del Perrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limple. acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fleros leones que jamás criaron las africanas selvas. Tus mismos hachos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aqui en su punto, por faltarme palabras con que encaracerlos. Aqui cesó la referida exclamación del autor, y paré adelante anudando el hillo de la historia y diciendo: que vista el leonero ya puesto en postura à don Quijote, y que no podia dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia. del indignado y atrevido caballero, abrió de par en per la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el león; el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todos abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se. lavó el rostro: hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y adomán para poner espanto á la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba bacerle pedazos.

Hasta aquí llegó el extremo de su jamas vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo



VENUEL DE TOS THOMES



caso de niñerias ni de bravatas, después de haber mirado à una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quijote, y con gran flema y remanso, se volvió à echar en la jaula: viendo lo cual don Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. — Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero à quien hará pedazos serà à mi mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna: él león tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el día: la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según á mi se me alcanza, está obligado á más que à desafiar à su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. - Así es verdad, respondió don Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad, y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huídos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el leonero, y don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza à cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: — Que me maten si mi señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacia las señas era don Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote, que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando dijo don Quijote al carretero: - Volved, hermano, à uncir vuestras mulas y a proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mi se han detenido. — Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho, pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos? Entonces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda,

CAPITULO XVII

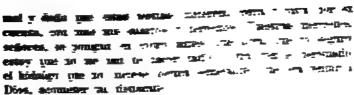
DE DONDE SE DECLARA EL ÚLTIMO PUNTO Y EXTREMO, ADON-DE LLEGÓ Y PUDO LLEGAR EL INAUDITO ÁNIMO DE DON QUIJOTE, CON LA FELICEMENTE ACABADA AVENTURA DE LOS LEONES.

Cuenta la historia que cuando don Quijote daba voces à Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pastores le vendian; y acosado de la mucha priesa de su amo, no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió à ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo: -Dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que alli descubro es alguna que me ha de necesitar, y me necesita à tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hacia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron à entender que el tal carro debia de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á don Quijote: pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras, y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: — Hombre apercebido, medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que se por experiencia, que tengo enemigos visibles é invisibles; y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho, le pidió la celada, el cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla don Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venía, con ^toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron, comenzó à correr el suero por todo el rostro y barbas de don Quijote, de lo que recibió tal susto, que dijo à Sancho. — ¿Qué será esto, Sancho, que me parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los pies á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho, y dióle un paño, y dió con él gracias a Dios de que su señor no hubiese caído en el caso. Limpióse don Quijote,

y quitose la celada por ver qué cosa era la que à su parecer le enfriaba la cabeza; y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: - Por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aqui me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulación respondió Sancho: — Si son requesones, démelos vuesa merced, que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahi los puso ¿Yo había de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de vuesa merced? Halládole habéis el atrevido. A la fe, señor, á lo que Dios me da á entender, también debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de vuesa merced; y habrán puesto ahi esa inmundicía para mover á la cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga; y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estómago que en la celada. — Todo puede ser, dijo don Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando después de haberse limpiado don Quijote, cabeza, rostro y barbas, y la celada, se la encajó; y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada, y asiendo la lanza, dijo: — Ahora venga lo que viniere, que aqui estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera. Púsose don Quijote delante, y dijo; - ¿A donde vais, hermanos? ¿Qué carro es este, qué lleváis en él y qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: — El carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia à la corte, presentados à su Majestad; las banderas son del Rey nuestro señor en señal de que aqui va cosa suya. — ¿Y son grandes los leones? preguntó don Quijote. — Tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores ni tan grandes de Africa á España jamás: y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera, y la hembra en la de aetráe; y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así vuesa merced se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dijo don Quijote, sonriéndose un poco: - ¿Leoncitos à mí?



A mi leoncitos, y à tales horas? Pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré à conocer quien es don Quijote de la Mancha, á despecho y pesar de los encantadores que á mi los envian. — Ta, ta, dijo à esta sazón entre si el hidalgo: dado ha señal de quién es nuestro buen caballero; los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á el Sancho, y dijole: - Señor, por quien Dios es, que vuesa merced haga de manera que mi senor don Quijote, no se tome con estos leones, que si se toma, aqui nos han de hacer pedazos à todos. - Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que teméis y creéis que se ha de tomar con tan fleros animales? - No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. — Yo haré que no lo sea, replicó al hidalgo; y llegándose á don Quijote, que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas le dijo: — Señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas, y no aquellas que de en todo la quitan; porque la valentia que se entra en la juridicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortalesa; cuanto más que estos leones no vienen contra vuesa merced, ni lo sueñan; van presentados à su Majestad, y no serà bien detenerlos ni impedirles su viaje. — Váyase vuesa merced, senor bidalgo, respondió don Quijote, á entender con su perdigón manso, y con su hurón atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio y yo sé si vienen a mi ó no estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: - Voto à tal, don bellaco, que si no abris luego las jaulas, que con esta lanza os he de coser con el carro. El carretero, que vió la determinación de aquella armada fantasia, le dijo: — Señor mio, vuesa merced sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desenvainen los leones; porque si me las matan, quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. — ¡Oh hombre de poca fe! respondió don Quijote; apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero y desunció á gran priesa, y el leonero dijo à grandes voces: - Séanme testigos cuantos aqui están, como contra mi voluntad y forzado, abro las jaulas y suelto los leones; y de que protesto à este señor que todo el



A in the responding that will be the second to the incident Respondible of the time to the contract to a supplied que se engralable. — extern, sedjon montire, tora quil app a munici mercel in himse the mouth their like that there is in ser regeria, juga a medita e naga- en esce ensi par Santan ma saprime di ce con e embre trascon se de क्यों स्थापनस्था, स्था द्यारा राज्यावस्थार व अस्तवत ४० व स्थार ह pen placeds at the secundaries to mental in a temper set to us becomes y financieries were als remains the raise accommoder en el Chemina de la mon. — X m - el m dema Sidado (de again and said estendants to meet the community of the said to the por entre de verse y respirate de la dita tra til in esc werdadert. I sam pre Alau que e tu en to tura dete de see is tal atis, es mayte que una montalis — El mied es o menos, respondit for interest to a term termen name (it is mited del mande. Learner, beneter, o beganne y et eine manriere va saine inneren sinur monorita batimis i Dinamea, y no se dige mas. A section affait, these explicites a might print Les experienzes de une un man a de legan de un seguin su desvariado intento ligalmenta el del Vende Dalber intropresela, pers wione designal en las armas de la porte, derrinta a mareccon un ices, que ya se in danta game, in de todo punto des-Quijoses el cual, welv ende a dan press al lebnere y a resterar las amenazas, dio ceasión si hidalgo y que prease la yegna, y Sancho al rucio, y el carretero o sus riules, procurando todos apartarse del carro lo mas que pulhesen, antes que los leones se desembanastasen. Libraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creta que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y liamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver à servirle; pero no por llorar y lamentarse, dejaba de aporrear al racio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que va los que Iban huyendo estaban bien desviados, tornó à requerir y å intimar å don. Quijote lo que ya le habia requerido è lutt. mado: el cual respondió que le oia, y que no se curase de mán intimaciones y requirimientos, que todo seria de paco frato, y que se diese priesa.

A CONTRACTOR OF THE PARTY



En el espacio que tardó el leonero en abrir en la jaula primera, estuvo considerando don Quijote si seria bien hacer la batalla antes á pie que á caballo, y en fin se determino de bacerla à pie, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltó del caballo, arrojó la lames y embrazó el escudo; y desenvainando la espada, paso ante paso, con maravilloso denuedo y corazón valiente, se fue à poner delante del carro, encomendándose á Dios da todo corazón, y luego à su señora Dulcinea. Y es de saber, que llegando à este puso el autor desta verdadera historia exclama y dice: ¡Oh fuerte y sobre todo encarecimiento, animoso don Quijote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los vallentes del mundo, segundo y nuevo don Manuel da León, que fué gloria y honra de los españoles caballeros! ¿Con qué palabras contaré esta tan espantosa hazaña, ó con qué ranones la haré creible à los siglos venideros, o que alabanças habrá que no te convengan y cuadren, aunque sean hipérhojes sobre todos los hipérboles? Tù á pie, tù solo, tù intrépido, tú magnánimo, con solo una espada, y no de las del Psrrillo cortadoras, con un escudo, no de muy luciente y limpio acero, estás aguardando y atendiendo los dos más fieros leones que jamas criaron las africanas selvas. Tus mismos bechos sean los que te alaben, valeroso manchego, que yo los dejo aqui en sa punto, por faltarme palabras con que encarecerlos. Aquí cesó la referida exclamación del autor, y pasó adelante anudando el hillo de la historia y diciendo: que visto el leonero ya puesto en postura à don Quijote, y que no podia dejar de soltar al león macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se ha dicho, el león; el cual pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperezarse todo: abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera, se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro; hecho esto, sacó la cabeza fuera de la jaula, y miró à todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademán para poner espanto á la misma temeridad. Sólo don Quijote lo miraba atentamente, descando que saltase ya del carro y vimese con él à las manos, entre las cuales pensaba bacerle pedazos.

Hasta aqui llegó el extremo de su jamas vista locura; pero el generoso león, más comedido que arrogante, no haciendo



VENTURA DE LOS LEGNES





caso de nifierias ni de bravatas, después de haber mirado á una y otra parte, como se ha dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á don Quijote, y con gran flema y remanso, se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual don Quijote mandó al leonero que le diese de palos, y le irritase para echarle fuera. — Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el primero à quien harà pedazos serà à mi mismo. Vuesa merced, señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna: él león tiene abierta la puerta, en su mano está salir ó no salir; pero pues no ha salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia: la grandeza del corazón de vuesa merced ya está bien declarada: ningún bravo peleante, según á mi se me alcanza, está obligado á más que à desafiar à su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. — Asi es verdad, respondió don Quijote: cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio, en la mejor forma que pudieres, lo que aqui me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al león, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad, y á la verdadera caballería; y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas á los huídos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo así el leonero, y don Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se había limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza à cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño, dijo: — Que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era don Quijote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de don Quijote, que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando dijo don Quijote al carretero: -- Volved, hermano, à uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dale dos escudos de oro para él y para el leonero, en recompensa de lo que por mi se han detenido. — Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho, pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos? Entonces el leonero menudamente y por sus pausas contó el 1





exagerando, como él mejor pudo, y supo el valor de don Quijote, de cuya vista el león acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta de la jaula, y que por haber él dicho à aquel caballero, que era tentar à Dios irritar al león para que por fuerza saliese, como él quería que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad había permitido que la puerta se cerrase. - ¿Qué te parece desto, Sancho, dijo don Quijote, hay encantos que valgan contra la verdadera valentia? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el animo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero à don Quijote por la merced recebida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey cuando en la corte se viese. — Pues si acaso su Majestad preguntare quién la hizo, diréisle que el Caballero de los Leones: que de aqui adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí he tenido del caballero de la Triste Figura; y en esto sigo la antigua usanza de los andantes caballeros, que se mudaban los nombres cuando querian, ó cuando les venia à cuento. Siguió su camino el carro, y don Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no había hablado don Diego de Miranda, todo atento à mirar y anotar los hechos y palabras de don Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco, y un loco que tiraba á cuerdo. No había aún llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido, cesara la admiración en que lo ponían sus hechos y sus palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabia, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, por. que lo que hablaba era concertado, elegante, y bien dicho; y lo que bacia, disparado, temerario y tonto; y decia entre al: ¿Qué más locura puede ser que ponerse la celada liena de requesones, y darse à entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿Y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó don Quijote, diciéndole: — ¿Quién duda, señor don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco? Y no seria mucho que así fuese, porque mís obras no pueden dar testimonio de otra cosa: pues con todo esto, quiero que vuestra merced advierta, que no soy tan loco ni tan menguado come debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero & los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza, dar una

lanzada con felice suceso à un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas, pasar la tela en alegres justas delante de las damas; y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, o que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran, las cortes de sus principes; pero sobre todos estos, parece mejor un caballero andante, que por los desiertos, por las solodades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes, anda buscando peligrosas aventuras con intención de darles dichosa y bien afortunada cima, sólo por alcanzar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algún despoblado, que un cortesano caballero, requebrando à una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios: sirva à las damas el cortesano, autorice la corte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el expléndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muéstrese grande, liberal y magnifico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera, cumplirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque las rincones del mundo, entrese en los más intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endriagos; que buscar éstos, acometer aquellos, y vencerlos à todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mi me pareciere que cae debajo de la jurisdicción de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conoci ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentia, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad: pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no baje y toque en el punto de cobarde; que azi como es más fácil venir el pródigo à ser lineral que el avano, así es más fácil dar el temerario en verdadero valante, que no el cobarde subir à la verdadera valentia y en cett de monne ser aventuras créatue vuesa mendo, seton con longo, que antes se la de perder per carta de más que de mesor por que mejor encua en las orejas de los que lo oyen: es tal est ballero es temerario y atrevido que no e in capallero er li



mido y cobarde. — Digo, sefior don Quijote, respondió don Diego, que todo lo que vuesa merced ha dicho y hecho, va nivelado con el fiei de la misma razón, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballeria andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de vuesa merced como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos à mi aldea y casa, donde descansará vuesa merced del pasado trabajo; que si no ha sido del cuerpo, ha sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. — Tengo el ofrecimiento à gran favor y merced, señor don Diego, respondió don Quijote; y picando más de lo que hasta entonces, serían como las dos de la tarde cuando llegaron à la aldea y à la casa de don Diego, à quien don Quijote llamaba el caballero del Verde Gabán.

CAPÍTULO XVIII

DE LO QUE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN EL CASTILLO Ó CASA DEL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, CON OTRAS COSAS EX-TRAVAGANTES.

Halló don Quijote ser la casa de don Diego de Miranda ancha como de aldea; las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas à la redonda, que por ser del Toboso, le renovaron las memorias de su encantada y transformada Dulcinea; y suspirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas, dulces y alegres cuando Dios queria!

¡Oh, tobosescas tinajas, que me habéis traido à la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta hijo de don Diego, que con su madre había salido à recibirle, y madre y hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de don Quijote, el cual, apeândose de Rocinante, fué con mucha cortesia à pedirle las manos para besarlas, y don Diego dijo: — Recebid, señora, con vuestro sólito agrado al señor don Quijote de la Mancha, que es el que tenéis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo. La señora, que doña Cristina se

llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y don Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar don Quijote le tuvo por discreto y agudo. Aqui pinta el autor todas las circunstancias de la casa de don Diego, pintándonos en ella lo que contiene una casa de un caballero labrador y rico; pero al traductor desta historia le pareció pasar estas y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venían bien con el propósito principal de la historia, la cual tiene más su fuerza en la verdad, que en las frías digresiones. Entráron á don Quijote en una sala, desármole Sancho, quedó en valones y en jubón de camuza, todo visunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil, sin almidón y sin randas; los borceguies eran datilados y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahali de lobos marinos, que es opinión que muchos años fué enfermo de los riñones; cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero antes de todo con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero, merced à la golosina de Sancho y à la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavios y con gentil donaire y gallardía, salió don Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle, en tanto que en las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huésped quería la señora doña Cristina mostrar que sabía y podia regalar á los que á su casa llegasen. En tanto que don Quijote se estuvo desarmando, tuvo lugar don Lorenzo (que así se llamaba el hijo de don Diego) de decir à su padre: — ¿Quién diremos, señor, que es este caballero que vuestra merced nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mi y á mi madre nos tiene suspensos. — No sé lo que te diga hijo, respondió don Diego: sólo te sabré decir que le he visto hacer cosas del mayor loco del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe; pues eres discreto, juzga de su discreción ó tonteria lo que más puesto en razón estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué don Lorenzo à entretener à don Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron, dijo don refior don Diego de Miranda, Quijote á don Lo

padre de vuesa merced, me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que vuesa merced tiene; y sobre todo que es vuesa merced un gran poeta. — Poeta bien podrá ser, respondió don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algún tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. — No me parece mal esa humildad, respondió don Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de si que es el mayor poeta del mundo. — No hay regla sin excepción, respondió don Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense. -Pocos, respondió don Quijote; pero dígame vuesa merced, ¿qué versos son los que agora trae entre manos, que me ha dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, à mi se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaria saberlos; y si es que son de justa literaria, procure vuesa merced llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona; el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene & ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero. -Hasta ahora, dijo entre si don Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: — Paréceme que vuesa merced ha cursado las escuelas: ¿qué ciencias ha oído? — La de la caballería andante, respondió don Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y aún dos deditos más. — No sé que ciencia sea esa, replicó don Lorenzo, y hasta ahora no ha llegado á mí noticia. — Es un ciencia, replicó don Quijote, que encierra en si todas ó las más ciencias del mundo, & causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar & cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido: ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos, las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no ha de andar el caballero andante à cada triquete buscando quien se las cure: ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: ha de saber las matemáticas, porque à cada paso se le ofrecera tener necesidad dellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, descendiendo á otras menudencias, digo que ha de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao: ha de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama: ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas que en los ginasios y escuelas se enseñan. — Si eso es así, replicó don Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia à todas. -- ¿Cómo si es así? respondió don Quijote. --Lo que yo quiero decir, dijo don Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. -- Muchas veces he dicho lo que vuelvo à decir ahora, respondió don Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no ha habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que si el cielo milagrosamente no les dá á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome ha de ser en vano como muchas veces me lo ha mostrado la experiencia, no quiero detenerme agora en sacar á vuesa merced del error que con los muchos tiene: lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé à entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usaran: pero triunfan ahora, por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. — Escapado se nos ha nuestro huèsped, dijo á esta sazón entre si don Lorenzo: pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato flojo, si asi no lo creyese. Aqui dieron fin a su plática, porque los llamaron á comer. Preguntó don Diego à su hijo qué había sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: -- No le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse à comer, y la comida fué tal como don Diego había, dícho en el camino que solía dar á sus convidados: limpia, abundante y sabrosa, pero de lo que más se contentó don



Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que semejaba un monasterio de cartujos. Levantados, pues, los manteles, y dadas gracias á Dios y agua à la manos, don Quijote pidió ahincadamente à don Lorenzo dijete los versos de la justa literaria. A lo que él respondió que por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan sus versos los niegan y cuando no se los piden los vomitan, yo dire mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho. — Un amigo y discreto, respondió don Quijote, era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos; y la razón, decia él, era, que jamás la glosa podia llegar al texto; y que muchas ó las más veces, iba la giosa fuera de la intención y propósito de lo que pedia lo que se glosaba; y mas, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrian interrogantes, ni dijo ni diré, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuesa merced debe de saber. — Verdaderamente, señor don Quijote, dijo don Lorenzo, que deseo coger à vuesa merced en un mal latin continuado, y no puedo porque se me desliza de entre las manos como anguila. - No entiendo, respondió don Quijote, le que vuesa merced dice, ni quiere decir en eso del deslizarme. -- Yo me daré à entender, respondió don Lorenzo, y por ahora esté vuesa merced atento à los versos glosados y à la glosa, que dicen desta manera:

> Si mi fué tornase d es, sin esperar más será, ó viniese el tiempo ya de lo que será después.

> > GLOSA

Al fin como todo pasa, se pasó el bien que me dió fortuna un tiempo no escasa, y nunca me le volvió, ni abundante, ni por tasa. Siglos ha ya que me ves, fortuna, puesto á tus ples; vuélveme à ser venturoso, que será mi sér dichoso si mi fué tornase à es.

No quiero otro gusto ó gloria, otra palma ó vencimiento, otro triunfo, otra victoria, sino volver al contento, que es pesar en mi memoria. Si tú me vuelves allá, fortuna, templado está todo el rigor de mi fuego, y más si este bien es luego, sin esperar más será.

Cosas imposibles pido,
pues volver el tiempo à ser
después que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder
que à tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverà,
y erraria el que pidiese,
ó que el tiempo ya se fuese,
ó volviese el tiempo ya. (*)

Vivo en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
acabar, más no lo es,
pues con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será después.

En acabando de decir su glosa don Lorenzo, se levantó en pie don Quijote, y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de don Lorenzo, dijo: — Viven los cielos donde más altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe; y que merecéis estar laureado, no por Chipre ni por Gaeta, como dijo un poeta que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca. Plega al cielo

^(*) Así escribió Cervantes este verso para la edición de 1615, pero la Academia de la Lengua puso en la suya de 1780, ·ó viniese el tiempo, ya», sin que haya razón convincente para esta variante, por mas que corresponda á la redondilla glosada.



que los jueces que os quitaren el premio primero, Febo los asactée, y las musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Decidme, señor, si sois servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. ¿No es bueno que dicen que se holgó don Lorenzo de verse alabar de don Quijote, aunque le tenía por loco? ¡Oh fuerza de la adulación, à cuánto te extiendes y cuán dilatados limites son los de tu jurisdicción agradable! Esta verdad acreditó don Lorenzo, pues concedió con la demanda y deseo de don Quijote, diciéndole este soneto à la fâbula ó historia de Piramo y Tisbe:

RONETO

El muro rompe la doncella hermosa que de Piramo abrió el gallardo pecho; parte el amor de Chipre, y va derecho à ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí porque no osa la voz entrar por tan estrecho estrecho; las almas si, que amor suele de hecho facilitar la más dificil cosa.

Salió el desco de compas, y el paso de la imprudente virgen solicita por su gusto su muerte: ved qué historia.

Que á entrambos en un punto, joh extraño caso! los mata, los encubre y resucita una espada, un sepulcro, una memoria.

— Bendito sea Dios, dijo don Quijote habiendo oido el soneto à don Lorenzo, que entre los infinitos poetas consumidos que hay, he visto un consumado poeta, como lo es vuestra merced, señor mio, que así me lo dá à entender él artificio deste soneto. Cuatro dias estuvo don Quijote reguladisimo en la casa de don Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa había recebido: pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas à ocio y al regalo, se queria à ir cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenía noticia que aquella tierra abundaban, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el día de las justas de Zaragosa, que era el de su derecha derrota; y que primero había de



entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas, en aquellos contornos se contaban; sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera.

Don Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinación, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en agrado le viniese, que le servirian con la voluntad posible que à ello les obligaba el valor de su persona y honrosa profesión suya. Llegóse en fin el día de su partida, tan alegre para don Quijote, como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de don Diego, y rehusaba de volver à la hambre que se usa en las florestas, despoblados, y à la estrecheza de sus mal proveidas alforjas. Con todo esto, las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció, y al despedirse dijo don Quijote à don Lorenzo: - No sè si he dicho à vuesa merced otra vez, y si lo he dicho lo vuelvo à decir, que cuando vuesa merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechisima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas. Con estas razones acabó don Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió diciendo: — Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor don Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas à la profesión que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni le querran consentir sus loables ejercicios, sólo me contento con advertirle á vuesa merced, que siendo poeta podrá ser famoso si se guia más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre à quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de don Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y tesón que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenía por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos; y con la buena licencia de la señora del castillo, don Quijote y Sancho, sobre Rocinante y el rucio, se partieron.

CAPÍTULO XIX

OTROS EN VERDAD GRACIOSOS SUCESOS

Poco trecho se habia alongado don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo, en un lienzo de bocaci verde, envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras, . de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las habían comprado y las llevaban a su aldea; y asi estudiantes como labradores, cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la ves primera veian á don Quijote, y morian por saber que hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dijoles que se llamaba de nombre propio don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, el Caballero de los Leones. Todo esto, para los labradores, era hablarles en griego ó en jerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de don Quijote; pero con todo eso, le miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo: — Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle don Quijote si eran de algún principe, que asi las ponderaba. — No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está

-junto al pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico; ella de edad de diez y ocho años, y él de veintidos; ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar à visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenía su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar à Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va á decir las verdades sin envidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla à los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar; y sobre todo, juega una espada como el más pintado. — Por esa sola gracia, dijo á esta sazón don Quijote, merecía ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra, si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. — A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su



igual, ateniendose al refran que dice: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen pozo (iba å decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. - Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo don Quijote, quitariase la elección y juridicción á los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben: y si à la voluntad de las hijas quedase escojer los maridos, tal habria que escogielle al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, 4 su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la afición, con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escojer estado; y el del matriminio está muy a peligro de errarse; y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, ca la mesa, y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer, no es mercaduria que una ves comprada se vueive, ó se trueca, ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida; es un laso que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nuco gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó don Quijote, que: — De todo no me queda más que decir, sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reir ni hablar razón concertada; y siempre anda pensativo y triste habiando entre si mismo, con que da ciertas y claras sañales de que se le ha vuelto el jnicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas; y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tenemos, todos los que le conocemos, que el dar el sí mañana la hermosa Quite-

ria, ha de ser la sentencia de su muerte. — Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aqui á mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol todo á un mismo punto: tal se acuesta sano à la noche, que no se puede mover otro dia. Y diganme, ¿por ventura habra quien se alabe que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el sí y el no de la mujer, no me atreveria yo à poner una punta de alfiler, porque no cabria: denme à mi que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad á Basilio que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, según yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. -- ¿Adónde vas à parar, Sancho, que seas maldito? dijo don Quijote; que cuando comienzas à ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa alguna? — ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. — Fiscal has de decir, dijo don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. — No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la córte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Si que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagües à que hable como el toledano; y toledanos puede haber, que no las corten en el aire en esto de hablar polido. - Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerías y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones por Salamanca, y picome algún tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. — Si no os picárades más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos

llevárades el primero en licencias, como llevasteis cola. — Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estais en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana. -- Para mi no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que lo muestre con la experiencia, espadas traeis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco, os harán confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros circulos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas á mediodia con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaldas, y que no le hay en el mundo à quien yo no le haga perder tierra. — En eso de volver ó no las espaidas no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, alli os abriesen la sepultura; quiero decir, que alli quedasedes muerto por la despreciada destreza.

- Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeándose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. — No ha de ser asi, dijo á este instante don Quijote, que vo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión; y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lanza, se puso en la mitad del camino á tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compas de pies, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acoinpañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, más espesas que higado, y más menudas que granizo. Arremetia como un león irritado, pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, el licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traía vestida, haciéndole tiras los faldamentos, como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia, asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que

fué por ella, dió después por testimonio que la alongó de si casi tres cuartas de legua, el cual testimonio sirve y ha servido, para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo: — Mía fe, señor bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aqui adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oido decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

— Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia, la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho, y asi determinaron seguir por llegar temprano à la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino le fué contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia y Corchrelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegasen, les pareció à todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada, que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegria y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron, así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísimo á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de doracos techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele à la memoria el buen alojamienque había tenido en el castillo ó casa de don Diego.

CAPÍTULO XX

DONDE SE CUENTAN LAS BODAS DE CAMACHO EL RICO, CON EL SUCESO DE BASILIO EL POBRE

Apenas la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamo a su escudero Sancho, que aun todavia roncaba: lo cual visco por don Quijote, antes que le despertase, le dijo: — ¡Oh tů, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espiritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos! Duermes, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se extienden á más, que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre à los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rocio, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en si. Despertó, en fin, soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes, dijo: -- De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.



- Acaba, glotón, dijo don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. — Más que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casarase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer, que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es asi, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, más que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja de mundo es el dinero. — Por quien Dios es, Sancho, dijo á esa sazón don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mi, que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. — Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto, antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo, ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta agora me parece que no he contravenido contra el tal capitulo. — Yo no me acuerdo, Sancho, respondió don Quijote, del tal capitulo; y puesto que sea asi, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oimos, vuelven à alegrar los valles; y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla à Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se había de asar, ardía un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en si carneros enteros sin echarse de



CAPÍTULO XIX

DONDE SE CUENTA LA AVENTURA DEL PASTOR ENAMORADO, CON OTROS EN VERDAD GRACIOSOS SUCESOS

Poco trecho se habia alongado don Quijote del lugar de don Diego, cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venían caballeros. El uno de los estudiantes traia como en portamanteo, en un lienzo de bocaci verde, envuelto al parecer un poco de grana blanca y dos pares de medias de cordellate; el otro no traia otra cosa que dos espadas negras, de esgrima, nuevas y con sus zapatillas. Los labradores traian otras cosas que daban indicio y señal que venían de alguna villa grande, donde las habían comprado y las llevaban á su aldea; y asi estudiantes como labradores, cayeron en la misma admiración en que caían todos aquellos que la vez primera veian á don Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles don Quijote, y después de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacía, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesión, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio don Quijote de la Mancha, y por el apelativo, el Caballero de los Leones. Todo esto, para los labradores, era hablarles en griego ó en jerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de don Quijote; pero con todo eso, le miraban con admiración y con respeto, y uno de ellos le dijo: - Si vuesa merced, señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vuesa merced se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el día de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle don Quijote si eran de algún principe, que así las ponderaba. — No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está

-junto al pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico; ella de edad de diez y ocho años, y él de veintidos; ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho; pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tiene muñidos; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dejado de referir, ha de hacer más memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mismo lugar de Quiteria, el cual tenia su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasión el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe, porque Basilio se enamoró de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fué correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fué creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar à Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza; pues si va á decir las verdades sin envidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar; y sobre todo, juega una espada como el más pintado. — Por esa sola gracia, dijo à esta sazón don Quijote, merecia ese mancebo, no sólo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma reina Ginebra, si fuera hoy viva, à pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. — A mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces había ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su



igual, ateniendose al refran que dice: Cada ovela con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basilio, que ya me le voy aficionando, se casara con esa señora Quiteria, que buen siglo hayan y buen pozo (iba à decir al revês) los que estorban que se casen los que bien se quieren. - Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo don Quijote, quitariase la elección y juridicción à los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben: y si à la voluntad de las hijas quedase escojer los maridos, tal habria que escogielle al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, 4 m parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la afición, con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escojer estado; y el del matriminio está muy à peligro de errarse; y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa, y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer, no es mercaduria que una ves comprada se vuelve, ó se trueca, ó cambia; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida; es un laso que si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia, si no estorbara el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado, como le llamó don Quijote, que: — De todo no me queda más que decir. sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reir ni hablar razón concertada; y siempre anda pensativo y triste hablando entre si mismo, con que da ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el jnicio; come poco y duerme poco, y lo que come son frutas; y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto; mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida que el aire le mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazón, que tenemos, todos los que le conocemes, que el dar el sí mañana la hermosa Quite-



ria, ha de ser la sentencia de su muerte. — Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir; de aqui á mañana muchas horas hay, y en una, y aun en un momento se cae la casa: y yo he visto llover y hacer sol todo á un mismo punto: tal se acuesta sano à la noche, que no se puede mover otro día. Y diganme, apor ventura habra quien se alabe que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? No por cierto, y entre el sí y el no de la mujer, no me atreveria yo a poner una punta de alfiler, porque no cabria: denme à mi que Quiteria quiera de buen corazón y de buena voluntad á Basilio que yo le daré à él un saco de buena ventura; que el amor, según yo he oido decir, mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, y á las lagañas perlas. — ¿Adónde vas à parar, Sancho, que seas maldito? dijo don Quijote; que cuando comienzas à ensartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa alguna? — ¡Oh! pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no he dicho muchas necedades en lo que he dicho, sino que vuesa merced, señor mio, siempre es friscal de mis dichos y aun de mis hechos. — Fiscal has de decir, dijo don Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. — No se apunte vuesa merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la córte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Si que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagües á que hable como el toledano; y toledanos puede haber, que no las corten en el aire en esto de hablar polido. - Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerias y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo, señores, por mis pecados he estudiado cánones por Salamanca, y picome algún tanto de decir mi razon con palabras claras, llanas y significantes. — Si no os picárades más de saber más menear las negras que lleváis que la lengua, dijo el otro estudiante, vos



llevarades el primero en licencias, como llevasteis cola. - Mirad, bachiller, respondió el licenciado, vos estais en la más errada opinión del mundo acerca de la destreza de la espada, teniéndola por vana. -- Para mi no es opinión, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereis que lo muestre con la experiencia, espadas tracis, comodidad hay, yo pulsos y fuerzas tengo, que acompañadas de mi ánimo, que no es poco. os haran confesar que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compás de pies, de vuestros circulos y vuestros ángulos y ciencia, que yo espero de haceros ver estrellas à mediodía con mi destreza moderna y zafla, en quien espero, después de Dios, que está por nacer hombre que me haga volver las espaidas, y que no le hay en el mundo à quien yo no le haga perder tierra. - En eso de volver ó no las espaldas no me meto, replicó el diestro, aunque podría ser que en la parte donde la vez primera clavásedes el pie, allí os abriesen la sepultura; quiero decir, que allí quedasedes muerto por la despreciada destreza.

- Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeandose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el licenciado en el suyo. — No ha de ser asi, dijo à este instante don Quijote, que yo quiero ser el maestro desta esgrima, y el juez desta muchas veces no averiguada cuestión; y apeándose de Rocinante, y asiendo de su lauza, se puso en la mitad del camino à tiempo que ya el licenciado, con gentil donaire de cuerpo y compas de pias, se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lanzando, como decirse suele, fuego por los ojos. Los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearse de sus pollinas, sirvieron de aspetatores en la mortal tragedia. Las cuchilladas, estocadas, altibajos, reveses y mandobles que tiraba Corchuelo, eran sin número, más capesas que higado, y más menudas que granizo. Arremetia como un león irritado, pero saliale al encuentro un tapaboca de la zapatilla de la espada del licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se la hacia besar como si fuera reliquia, aunque no con tanta devoción como las reliquias deben y suelen besarse. Finalmente, al licenciado le contó á estocadas todos los botones de una media sotanilla que traia vestida, haciendole tiras los faldamentos, como colas de pulpo: derribóle el sombrero dos veces, y cansóle de manera, que de despecho, cólera y rabia, asió la espada por la empuñadura, y arrojóla por el aire con tanta fuerza, que uno de los labradores asistentes, que era escribano, que

fué por ella, dió después por testimonio que la alongó de si casi tres cuartas de legua, el cual testimonio sirve y ha servido, para que se conozca y vea con toda verdad como la fuerza es vencida del arte. Sentóse cansado Corchuelo, y llegándose á él Sancho, le dijo: — Mía fe, señor bachiller, si vuestra merced toma mi consejo, de aqui adelante no ha de desafiar á nadie á esgrimir, sino á luchar ó á tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello, que destos á quien llaman diestros, he oído decir que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja.

- Yo me contento, respondió Corchuelo, de haber caído de mi burra, y de que me haya mostrado la experiencia, la verdad, de quien tan lejos estaba: y levantándose, abrazó al licenciado, y quedaron más amigos que de antes, y no quisieron esperar al escribano, que había ido por la espada, por parecerles que tardaría mucho, y asi determinaron seguir por llegar temprano á la aldea de Quiteria, de donde todos eran. En lo que faltaba del camino le fué contando el licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones matemáticas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia y Corchvelo reducido de su pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegasen, les pareció à todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca, vieron que los árboles de una enramada, que á mano habían puesto á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminarias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que no tenía fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegría y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habían de hacer en aquel lugar, dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basilio. No quiso entrar en el lugar don Quijote, aunque se lo pidieron, así el labrador como el bachiller; pero él dió por disculpa, bastantísimo à su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debajo de doracos techos; y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele à la memoria el buen alojamienque había tenido en el castillo ó casa de don Diego.

CAPÍTULO XX

DONDE SE CUENTAN LAS BODAS DE CAMACHO EL RICO, CON EL SUCESO DE BASILIO EL POBRE

Apenas la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las liquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamo á su escudero Sancho, que aun todavia roncaba: lo cual visto por don Quijote, antes que le despertase, le dijo: — ¡Oh tů, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espiritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos! Duermes, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se extienden à más, que à pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre à los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando cómo le ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir à la tierra con el conveniente rocio, no aflige al criado, sino al señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si don Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en si. Desperto, en fin, sonoliento y perezoso, y volviendo el rostro à todas partes, dijo: - De la parte desta enramada, si no me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados, que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas.

- Acaba, glotón, dijo don Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basilio. — Más que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casarase con Quiteria. ¿No hay más sino no tener un cuarto y querer casarse por las nubes? A la fe, señor, yo soy de parecer, que el pobre debe de contentarse con lo que hallare y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basilio; y si esto es asi, como debe de ser, bien boba fuera Quiteria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada, no dan un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y gracias que no son vendibles, más que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja de mundo es el dinero. — Por quien Dios es, Sancho, dijo á esa sazón don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mi, que si te dejasen seguir en las que à cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. — Si vuesa merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capitulos de nuestro concierto, antes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me había de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo, ni contra la autoridad de vuesa merced, y hasta agora me parece que no he contravenido contra el tal capitulo. - Yo no me acuerdo, Sancho, respondió don Quijote, del tal capitulo; y puesto que sea asi, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oimos, vuelven á alegrar los valles; y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla à Rocinante y la albarda al rucio, subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho fué, espetado en un asador de un olmo entero, un entero novillo, y en el fuego donde se habia de asar, ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que alrededor de la hoguera estaban, no se habían hecho en la común turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que en cada una cabia un rastro de carne: así embebian y encerraban en si carneros enteros sin echarse de

ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros, eran infinitos, colgados de los árboles para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, según después pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquisimo, como los suele haber de montones de trigo en las eras: los quesos, puestos como ladrillos enrejados, formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que alli junto estaba. Los cocineros y cocinaras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que, cosidos por encima, servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diferentes suertes no parecía haberlas comprado por libras sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente, el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante, que podia sustentar à un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, y todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quién él tomara de bonisima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques, y últimamente las frutas de sartén, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y asi, sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solicitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones, le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cocinero respondió: - Hermano: este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridición la hambre, merced al rico Camacho; apeaos y mirad si hay por ahi un cucharón, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. -- No veo ninguno, respondió Sancho. -- Esperad, dijo el cocinero, pecador de mi, y qué melindroso y para poco debéis de ser! y diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas, sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: - Comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. -- No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto, pues, que esto pasaba Sancho, estaba don Qui-

jote mirando como por una parte de la enramada, entraban hasta doce labradores sobre doce hermosisimas yeguas, con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los pretales, y todos vestidos de regocijo y flesta; los cuales en concertado tropel corrieron, no una sino mu chas carrera por el prado, con regocijada algazara y grita, diciendo: - ¡Vivan Camacho y Quiteria, él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo! Oyendo lo cual don Quijote, dijo entre si: -- Bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso, que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venía una de espadas, de hasta veinticuatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquisimo lienzo, con sus paños de tocar labrados de varios colores de fina seda; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se había herido alguno de los danzantes. — Por ahora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos. Y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque don Quijote estaba hecho à ver semejantes danzas, ninguna le había parecido tan bien como aquella. También le pareció bien otra que entró de doncellas hermosisimas, tan mozas, que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del sol podían tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona: pero más ligeros y sueltos que sus años prometian.

Hacíales el són una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos à la honestidad y en los piés à la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Tras esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés; aquél adornado de alas, arco, aljaba y saetas: éste vestido de ricas y diversas colores de oro y seda. Las ninfas que al Amor seguian, traian à las espaldas, en pergamino blanco y letras grandes, escritos sus nombres: Poesía era el titulo de la primera; el de la segunda, Discreción; el de la tercera, Buen linaje; el de la cuarta, Valentía. Del modo mismo venían señaladas las que



al Interés seguian. Decia Liberalidad el titulo de la primera: Dádiva el de la segunda: Tesoro el de la tercera: y el de la cuarta Posesión pacífica. Delante de todos venia un castillo de madera, à quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde tan al natural, que por poco espantaran à Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro partes de sus cuadros, traia escrito: Castillo del buen recato. Hacíanles el són cuatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Comenzaba la danza Cupido, y habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, à la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso en el aire y en la tierra, y en el ancho mar undoso, y en cuanto el abismo encierra en su báratro espantoso. Nunca conoci qué es miedo;

Nunca conoci qué es miedo; todo cuanto quiero puedo, aunque quiera lo imposible; y en todo lo que es posible mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el *Interés*, é hiso otras dos mudanzas; callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede más que Amor, y es amor el que me guia; soy de la estirpe mejor que el cielo en la tierra cria más conocida y mayor.

Soy el Interés, en quien pocos suelen obrar bien, y obrar sin mí es gran milagro, y cual soy te me consagro por siempre jamás amén.

Retiróse el *Interés*; y hizose adelante la *Poesia*, la cual después de haber hecho sus mudanzas como los demás, prestos los ojos en la doncella del castillo, dijo: En dulcisimos concetos la dulcisima Poesia, altos, graves y discretos, señora, el alma te envia. envuelta entre mil sonetos.

Si acaso no te importuna mi porfia, tu fortuna, de otras muchas envidiada, será por mi levantada sobre el cerco de la luna.

Desvióse la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad, y después de hechas sus mudanzas, dijo:

Llaman liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad,
y del contrario, que arguye
tíbia y floja voluntad.

Más yo por te engrandecer,
de hoy mas pródiga he de ser;
que aunque es vicio, es vicio honrado,
y de pecho enamorado
que en el dar se echa de ver.

Deste modo salieron y se retiraron todas las dos figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridiculos, y sólo tomó de memoria don Quijote (que la tenía grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donaire y desenvoltura: y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancias doradas. Finalmente, después de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolsón, que le formaba el pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademán de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al són de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pu-

siéronlos en paz los salvajes, los cuales, con mucha presteza, volvieron à armar y à encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo; y con esto, se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó don Quijote à una de las ninfas, que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. -Yo apostaré, dijo don Quijote, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado; y que debe de tener más de satirico que de visperas: bien ha encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: — El rey es mi gallo, à Camacho me atengo. – En fin, dijo don Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. — No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas, y asiendo de una, comenzó à comer con mucho donaire y gana, y dijo: - A la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una abuela mia, que son el tener y el no tener; aunque ella al del tener se atenia, y el dia de hoy, mi señor don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado. Así que, vuelvo à decir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas, gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. — ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo don Quijote. — Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que vuestra merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra había cortada para tres dias. – Plega á Dios, Sancho, replicó don Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera. - Al paso que llevamos respondió Sancho, antes que vuestra merced se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo que no hable palabra hasta la fin del mundo, ó por lo menos hasta el dia del juicio. - Aunque eso así suceda, oh Sancho, respondió don Quijote, nunca llegará tu silencio á do ha llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más que está muy puesto en razón natural, que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya; y asi, jamas

pienso verte mudo, ni aún cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer. — A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero; y á nuestro cura he oído decir, que con igual pie pisaba las altas torres de los reyes, como las humildes chozas de los po-Tiene esta señora más de poder que de melindre; no es nada asquerosa, de todo come y á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas; que á todas horas siega y corta asi la seca como la verde yerba; y no parece que masca sinó que engulle y traga cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca se harta; y aunque no tiene barriga, da á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua fria. — No más, Sancho, dijo á este punto don Quijote: tente en buenas, y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos, es lo que pudiera decir un buen predicador. Digote, Sancho, que si como tienes buen natural y discreción, (*) pudieras tomar un púlpito en la mano y irte por ese mundo predicando lindezas. — Bien predica quien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. — Ni las has menester, dijo don Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más á un lagarto que á él, sabes tanto. — Juzgue vuestra merced, señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías agenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vecino; y dejeme vuestra merced despabilar esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; y diciendo esto, comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero, con tan buenos alientos, que despertó los de don Quijote, y sin duda le ayudara, si no lo impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

^(*) La falta que se nota en este período, para que sea perfecto el concepto, prueba el descuido con que se imprimieron y corrigieron las ediciones del tiempo de Cervantes. No se necesita gran esfuerzo de inteligencia, para comprender que en vez de las palabras «natural y discreción» habria en el pristimo texto «natural tuvieses discreción», con lo cual queda en su punto el sentido de este pasaje.

CAPÍTULO XXI

DONDE SE PROSIGUEN LAS BODAS DE CAMACHO, CON OTROS
GUSTOSOS SUCESOS

Cuando estaban don Quijote y Sancho en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyeron grandes voces y gran ruido: y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recebir á los novios, que, rodeados de mil géneros de intrumentos y de invenciones, venian acompañados del cura y de la parentela de entrambos, y de toda la gente más lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia, dijo: — A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que según diviso, que las patenas que había de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnición es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo si no son anillos de oro y muy de oro, y empedrados con perlas blancas como una cuajada, que cada una debe valer un ojo de la cara. ¡Oh, hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto más luengos ni más rubios en toda vida! No, sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la comparéis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes. Rióse don Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso, no había visto mujer más hermosa jamás. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro, que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habían de hacer los desposorios, y de donde habían de mirar las danzas y las invenciones; y & la sazón que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia: - Esperaos un poco, gente tan inconsiderada como presurosa. A cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un savo negro jironado de carmesi à llamas.

Venia coronado (como se vió luego) con una corona de funesto ciprés; en la manos traia un bastón grande. En llegando más cerca fué conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habían de parar sus voces y sus palabras, temiendo algún mal suceso de su venida en sazón semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando el bastón en el suelo, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puesto los ojos en Quiteria, con voz tremente y ronca, estas razones dijo: - Bien sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que profesamos, que viviendo yo, tù no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no he querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes à mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven, no sólo de buena fortuna, sinó de bonisima ventura: y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos), yo por mis manos desharé el imposible ó el inconveniente que pueda estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura. Y diciendo esto, asió del bastón que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad del en la tierra, mostró que servia de vaina à un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas con la mitad del acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgracia; y dejando don Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, y le tomó en sus brazos, y halló que aun no había expirado. Quisiéronle sacar el estoque: pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen antes de confesarle, porque el sacarsele y el espirar, sería todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en si Basilio, con voz doliente y desmayada dijo: - Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria desculpa, pues en ella alcancé

el bien de ser tuyo. El cura ovendo lo cual, le dijo que atendiese á la salud del alma antes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras à Dios perdón de sus pecados y de su desesperada determinación. A lo cual replicó Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaría la voluntad y le daría aliento para confesarse. En oyendo don Quijote la petición del herido, en altas voces dijo que Basilio pedía una cosa muy justa y puesta en razón, y además muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quiteria viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un sí, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo destas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese partiendo desesperada desta vida, que le movieron y aun forzaron à decir que si Quiteria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. — Luego acudieron todos à Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lágrimas, y otros con eficaces razones, la persuadían que diese la mano al pobre Basilo; y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estátua, mostraba que ni sabía, ni podia, ni quería responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que debia de hacer, porque tenía Basilio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basilio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basilio, y mirándola atentamente le dijo: — ¡Oh, Quiteria, que has venido à ser piadosa à tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me dás, en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es, oh fatal estrella mia, que la mano que me

pides y que quieres darme no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza à tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legitimo esposo; pues no es razón que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se había de llevar el alma consigo. Quiteria, toda honesta y toda vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dijo: — Ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la más libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrio, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. — Si doy, respondió Basilio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y asi me doy y me entrego por tu esposo. — Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. — Para estar tan herido este mancebo, dijo à este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda à su alma, que à mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio y Quiteria, el cura, tierno y lloroso, les echó la bendición, y pidió al cielo diese buen poso al alma del desposado, el cual así como recibió la bendición con presta ligereza se levanto en pie, y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, à quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: -- ¡Milagro! milagro! Pero Basilio replicó: - No milagro, milagro, sino industria, industria. El cura, desatentado y atónito acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla había pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañón hueco de hierro, que, lleno de sangre, en aquel. lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, según después se supo, de modo que no se helase. Finalmente, el cura y Camacho con todos los más circunstantes, se tuvieron por burlados y escarnidos. La esposa no dió muestras de pesarle de la burla; antes, oyendo decir que aquel casamiento por haber sido engañoso no había de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduria de los dos se había trazado aquel caso; de lo quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remi-



tieron su venganza à las manos, y desenvainande muchas espadas arremetieron á Basilio; en cuyo favor, en un instante. se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera à caballo don Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacia dar lugar de todos. Sancho, à quien jamas pluguieron ni solazaron semejantes fechurias, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma. y pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. Don Quijote à grandes voces decia: - Teneos, señores, teneos, que no es razón toméis venganza de los agravios que el amor nos hace; y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no seca en menoscabo y deshoura de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposición de los cielos. Camacho es rico y podrá comprar su gusto cuando, dónde y cómo quisiere. Basilio no tiene más desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que à los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre; y el que lo intentare, primero ha de pasar por la punta desta lanza; y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que no le conocian; y tan intensamente se fijó en la imaginación de Camacho, el desdén de Quiteria, que se la borró de la memoria en un instante; y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varón prudente y bien intencionado, con las cuales quedo Camacho y los de su parcialidad pacificos y sosegados; sa señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más à la facilidad de Quiteria, que à la industria de Basilio; haciendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien à Basilio doncella, también le quisiera casada, y que debia dar gracias al cielo, más por habérsela quitado que por habérsela dado. Consolado pues y pacifico Camacho y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se sosegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que las fiestas pasasen adelanto como si realmente se desposara; pero no quisieron asistir a ellas Basilio ni su esposa, ni secuaces, y así se fueron à la aldea de Basilio: que también los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen

quien los lisonjee y acompañe. Llevarónse consigo à don Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y así, asendereado y triste, siguió à su señor, que con la cuadrilla de Basilio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdía; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rucio siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XXII

DONDE SE DA CUENTA DE LA GRANDE AVENTURA DE LA CUEVA DE MONTESINOS, QUE ESTÁ EN EL CORAZÓN DE LA MANCHA. CHA, Á QUIEN DIÓ FELICE CIMA EL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron à don Quijote, obligados de las muestras que había dado defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discreción, teniéndole por un Cid en las armas y por un Cicerón en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias à costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mismo suceso que se había visto: bien es verdad que confesó que había dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necesario favoreciesen su intención y abonasen su engaño. - No se pueden ni deben llamar engaños, dijo don Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados, era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre y la continua necesidad; porque el amor es todo alegria, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesión de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos y declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el señor Basilio de ejercitar las habilidades que sabe, que aunque le daban fama, no le daban dineros, y que atendiese á granjear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes



y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por si sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen; y como á señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los enervos, los milanos y las otras aves de rapiña; y la que está á tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basilio, anadió don Quijote, opinión fué de no sé que sabio, que no había en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y asi viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ba venido en pensamiento serlo; y con todo esto, me atreveria à dar consejo al que me lo pidiese, el modo que había de buscar la mujer con quien se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase más à la fama que à la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maidades secretas. Si traes buena mujer à tu casa, fácil cosa seria conservaria y aún mejoraria en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso. Oia todo esto Sancho, y dijo entre si: - Este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podría yo tomar un púlpito en las manos y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza à enhilar sentencias y à dar consejos, no solo puede tomar púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que sólo podia saber aquello que tocaba à sus caballerias, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada.

Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: — ¿Qué murmaras, Sancho? — No digo nada ni murmuro de nada, respondió Sancho; solo éstaba diciendo entre mi, que quisiera baber oido lo que vuesa merced aquí ha dicho, antes que me casara; que quizá dijera yo agora el buey

suelto, bien se lame. — ¿Tan mala es tu Teresa, Sancho? dijo don Quijote. — No es muy mala, respondió Sancho; pero no es muy buena, á lo menos no es tan buena como yo quisiera. - Mal haces, Sancho, dijo don Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. — No nos debemos nada, respondió Sancho, que también ella dice mal de mi cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás. Finalmente, tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpos de rey. Pidió don Quijote al diestro licenciado le diese una guia que le encaminase à la cueva de Montesinos, porque tenía gran deseo de entrar en ella, y ver, á ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que della se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daría à un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado à leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondría à la boca de la misma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruidera, famosas ansimismo en toda Mancha y aun en toda España: y dijole que llevaria con él gustoso entretenimiento, à causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos à principes. Finalmente, el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho à Rocinante y aderezó al rucio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo, asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despideéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntó don Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesión y estudios. A lo que él respondió, que su profesión era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar à la estampa, todos de gran provecho y no menos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba El de las Libreas donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen, en tiempo de fiestas y regocijos, los caballeros cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando, como dicen, el cerbelo por sacarlas conformes à sus deseos é intenciones: porque doy al celoso, al desdeñado, al olvidado y al ausente las que les convienen, que les vendrán más justas que pecadoras. Otro libro tengo también, à quien he de llamar Metamorfóseos, ó Ovidio español, de invención nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quien fué la Giralda de Sevilla y el ángel de



la Magdalena, quién el caño de Vecinguerra de Cérdoba, quiénes los toros de Guisando, la Sierramorena, las fuentes de Leganitos y Lavapies en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorias, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo Suplemento d Virgilio Polidoro, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudición y estudio, à causa que, las cosas que se dejó de decir Polidoro de gran sustancia, las averiguo yo y las declaro por gentil estilo. Olvidósele à Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo y el primero que tomó las unciones para curarse del morbo gálico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con más de veinticinco autores, porque vea vuesa merced si he trabajado bien, y si ha de ser útil el tal libro à todo el mundo. Sancho, que habia estado muy atento à la narración del primo, le dijo: - Digame, señor, así Dios le dé buena manderecha en la impresión de sus libros, ¿sabriame decir, que si sabrá, pues todo lo sabe, quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mi tengo que debió de ser nuestro padre Adan. -Si seria, respondió el primo, porque Adán no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. -- Asi lo creo yo, respondió Sancho; pero digame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo á donde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. --Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora he caido en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer volteador del mundo fué Lucifer cuando le echaron o arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. - Tienes razón, amigo, dijo el primo; y dijo don Quijote: — Esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oldo decir. -- Calle, señor, replicó Sancho, que & buena fe que si me doy à preguntar y à responder, que no acabe de aqui à mañana. Si; que para preguntar necedades y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vecinos. - Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni à la memoria. En estas y

otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y por la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo à don Quijote, que desde alli à la cueva de Montesinos no habia más de dos leguas; y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. Don Quijote dijo, que aunque llegase al abismo, habia de ver donde paraba; y asi, compraron casi cien brazas de soga, y otro día, á las dos de la tarde, llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahigos, de zarzas y malezas, tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola, se apearon el primo, Sancho y don Quijote, al cual los dos le ataron luego fortisimamente con las sogas; y en tanto que le fajaban y cenian, le dijo Sancho: — Mire vuestra merced, señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen à enfriar en algún pozo; si, que a vuesa merced no le toca y atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. — Ata y calla, respondió don Quijote, que tal empresa como aquesta Sancho amigo, para mi estaba guardada. Y entonces dijo al guia: — Suplico à vuesa merced, señor don Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allá dentro, quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis transformaciones — En manos está el pandero que le sabrá bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto, y acabada la ligadura de don Quijote (que no fué sobre el arnés sino sobre el jubón de armar), dijo don Quijote: -- Inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de algún esquilón pequeño, que fuera atado junto á mí en esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavia bajaba y estaba vivo; pero pues ya no es posible, à la mano de Dios que me guie; y luego se hincó de rodillas, y hizo una oración en voz baja al cielo pidiendo à Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: — ¡Oh señora de mis acciones y movimientos, clarisima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen à tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo, ahora que tanto le he menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aqui se me representa, sólo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible à quien yo no acometa y acabe; y en diciendo esto, se acercó



à la sima, viò no ser posible descolgarse ni hacer lugar à la entrada si no era á fuerza de brazos y euchilladas; y asi, poniendo mano à la espada, comenzó à derribar y à cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandisimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con don Quijote en el suelo; y si él fuera tan agorero como católico cristiano, lo tuviera á mala señal y excusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levanté, y viendo que no salian más cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciálagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho, y le dejó (*) calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendición y haciéndo sobre él mil cruces, dijo: - Dios te guie y la peña de Francia junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vas, vaientón del mundo, corazón de acero, brazos de bronce: Dios te guie otra vez, y te vuelva libre, sano y sin cautela à la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo.

Iba don Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco à poco; y cuando las voces, que acanaladas por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de eoga, y fueron de parecer de volver à subir à don Quijote, pues no le podian dar más cuerda: con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron à recoger à la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que don Quijote se quedaba dentro; y creyéndolo así, Sancho lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse; pero llegando, à su parecer, à poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, à las diez, vieron distintamente à don Quijote, à quien dio voces Sancho diciendole: - Sea vuesa merced muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba alla para casta; pero no respondía palabra don Quijote, y sacándole del todo, vieron que traia cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revol-

f) La Academia Española ha puesto aqui, en su edición de 1780, edándole soga el primo y Sancho, le dejaron calare etc.

vieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en si, desperezándose bien como si de algún grave y profundo sueño despertase, y mirando á una y otra parte como espantado, dijo: — Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh desdichado Montesinos! ¡Oh mal ferido Durandarte! ¡Oh sin ventura Belerma! ¡Oh lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha, hijas de Ruidera, que mostráis en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atención escuchaban el primo y Sancho las palabras de don Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicaronle les diese à entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. — ¿Infierno le llamais? dijo don Quijote, pues no le llaméis ansi, porque no lo merece, como luego veréis. Pidió que le diesen algo de comer, que traia grandisima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron à la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen humor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo don Quijote de la Mancha: — No se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPÍTULO XXIII

DE LAS ADMIRABLES COSAS QUE EL EXTREMADO DON QUIJOTE CONTÓ QUE HABÍA VISTO EN LA PROFUNDA CUEVA DE MONTESINOS, CUYA IMPOSIBILIDAD Y GRANDEZA HACE QUE SE TENGA ESTA AVENTURA POR APÓCRIFA.

Las cuatro de la tarde serían cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos, dió lugar á don Quijote para que sin calor y pesadumbre, contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos había visto, y comenzó en el modo siguiente:

— A obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano, se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Entrále una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tie-



rra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo, cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y asi determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese: pero no debisteis de oirme. Fui recogiendo la soga que enviábades, y haciendo de ella una rosca ó rimero, me senté sobre éi, pensativo además, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño protundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél, y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que allí estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mi hacia, me certificaron que yo era alli entonces el que soy aqui ahora. Ofrecióseme luego à la vista un real y suntuoso palacio ó alcazar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que po ellas salia y hacia mi se venia un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceñiale los hombros y los pechos una beca de cologial, de raso verde: cubriale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canisima, le pasaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un resario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchisima presencia, cada cosa de por si y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: — Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierrá y cubre la profunda eneva por donde has entrado, ilamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarisimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcazar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazón de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mando al punto de su nuerte. Respondióme que en todo decian verdad sino en la laga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna.

- Debia de ser, dijo à este punto Sancho, el puñal, de Ranón de Hoces el Sevillano. - No sé, prosiguió don Quijote: pero no seria dese puñalero, porque Ramón de Hoces fué ayer, r lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracía, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. — Así es, responlió el primo: prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le sscucho con el mayor gusto del mundo. — No con menor lo vuento yo, respondió don Quijote, y asi digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquisima sobre modo, y toda de alabastro, estava un sepulcro de mármol con gran maestria fabricado, sobre el cual vi à un caballero tendido de largo à largo, no de brone ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia a mano derecha (que á mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado iel corazón, y antes que preguntase nada a Montesinos, viénlome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: — Este es mi ımigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados r valientes de su tiempo; tiénele aqui encantado, como me tiene á mi y á otros muchos y muchas, Merlin, aquel francés enantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo ss que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están nuy lejos, según imagino. Lo que á mi me admira es, que ié tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó os de su vida en mis brazos, y que después de muerto, le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que de-Dia pesar dos libras, porque según los naturales, el que tiene nayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene requeño. - Pues siendo esto así, y que realmente murió este aballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando



como si estuviese vivo? Este dicho, el misero Durandarte, dando una gran vos, dijo:

Oh mi prime Montesinos: le postrero que es regaba, que cuando yo fuere muerto, y mi ánima arrancada, que llevéis mi corasón adénde Belerma estaba, sacándomele del pecho, ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual, el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con ligrimas en los ojos le dijo: Ya, señor Durandarte, carisimo primo mio, ya hice lo que me mandasteis en el aciago día de nuestra pérdida; yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un pafiizuelo de puntas; yo parti con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corasón porque no oliese mal y fuese, si no fresco, á lo menos amojamado, á la presencia de la señora Belerma, la cual, con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera v sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasión que debió tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera; las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santisima, que llaman de San Juan. Gnadiana, vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un rio llamado de su mesmo nombre; èl cual cuando llegó à la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir à su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, oh primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os lo aumentaran en ninguna manera. Sabed que tenéis aqui en vuestra presencia (y abrid los ojos y vereislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuvo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas, para los grandes hombres están guardadas. — Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando asi no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar más palabra. Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volvi la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosisimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras, venía una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de algunas de las otras: era cejijunta y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los lábios: los dientes, que talvez los descubria, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, à lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venia seco y amojamado.

Dijome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que alli con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que

A ALL



traia el corazón entre el lienzo, y en las manos, era la ceñora Belerma, la cual con sus doncellas, cuatro dias en la semana, hacian aquella procesión y cantaban, o por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazón de su primo: y que si me había parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamiento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar en el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aún años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. — Cepos quedos, dije yo entonces, senor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa; y así no hay para qué comparar à nadie con nadie: la sin par Dulci-. nea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aqui. A lo que él me respondió: - Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea à la señora Belerma, pues me bastaba á mi haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la leugua, antes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recebi en ofr que á mi señora la comparaban con Belerma. - Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. - No, Sancho amigo, respondió don Quijote, no me estaba à mi bien hacer eso, porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos à deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo: — Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. - ¿Cuánto ha que bajé? preguntó don Quijote. - Poco más de una hora, respondió Sancho. - Eso no puede ser, replicó don Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó a anochecer y amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. — Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá à lo que à nosotros nos parece una hora, debe parecer alla tres dias con sus noches. – Asi sera, respondió don Quijote. – ¿Y ha comido vuesa merced en todo ese tiempo, señor mio? preguntó el primo. - No me he desayunado de bocado, respondió don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. — ¿Y los encantados comen? dijo el primo. — No comen, respondió don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. — ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. -- No por cierto, respondió don Quijote, à lo menos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo; ni yo tampoco. — Aqui encaja bien el refran, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quien eres: ándese vuesa merced con encantados, ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. -¿Cómo no, dijo el primo, ¿pues había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millón de mentiras? — Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. - Si no, ¿qué crees? le preguntó don Quijote. - Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron à toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado alla bajo, le encajaron en el magin ó la memoria toda esa maquina que nos ha contado. y todo aquello que por contar le queda. — Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó don Quijote, pero no es asi, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y à sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostro tres labradoras que por aquellos amenisimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conoci ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las



otras dos aquellas mismas labradoras que ventan con ella, que hallamos à la salida del Toboso? Pregunté à Montesinos si las conocía: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos días había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque alli estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él à la reina Ginebra y á su dueña Quintañona escanciando el vino à Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa; que como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien el había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indudablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y asi le dijo; -En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejo à cada paso; y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. -- Como te conosco, Sancho, no hago caso de tus palabras. - Ni vo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige ó enmienda. Pero digame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en que conoció à la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo y quê le respondió? - Conocila, respondió don Quijote, en que trae los mismos vestidos que trata cuando tú me le mostrastes. Habléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaidas y se fué huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más, porque se llegaba la hora donde me convenia volver à salir de la sima. Dijome asimismo que andando el tiempo, se me daria aviso cómo habían de ser desencatados él y Belerma y Durandarte, con todos los que alli estaban; pero lo que más pena me dió de las que alli vi y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó A mi por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compeñeras de la sin ventura Dulcinea; y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dije: Mi señora Dukines del Teboso besa á vuesa merced las manos, y suplica á vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gian necesidad, asimismo suplica á vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aqui traigo de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Créame vuesa merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende, y à todos alcanza, y aun hasta à los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envía à pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondi, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna à los pobres que topase por los caminos), y le dije: Decid, amiga mia, a vuestra señora, que á mi me pesa en el alma de sus trabajos; y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación; y que le suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también, que cuando menos se lo piense, oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mantua, de vengar à su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña; que fué de no comer pan à manteles, con las otras zarandajas que alli añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. — ¡Oh santo Dios! dijo a ese tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparataba locura! ¡Oh señor, se-



nor, por quien Dios es, que vuesa merced mire por si y vuelva por su honra y no dé crédito à esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido! — Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo don Quijote; y como no estàs experimentado en las cosas dél mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andarà el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te haran creer las que aqui he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPÍTULO XXIV

DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJAS, TAN IMPERTINENTES
COMO NECESARIAS AL VERDADERO ENTENDIMIENTO DESTA
GRANDE HISTORIA.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél, estaban escritas de mano del mismo Hamete, estas mismas razones:

« No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir. « que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo « que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es, « que todas las aventuras hasta aqui sucedidas, han sido con-« tingibles y verisimiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para teneria por verdadera, para ir tan fuera « de los términos razonables. Pues pensar yo que don Qui-· jote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo, y el más « noble caballero de sus tiempos, no es posibie; que no dijera · él una mentira si le asactearan. Por otra parte, considero « que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran má-« quina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, «yo no tengo la cuipa, y así, sin afirmaria por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, jusga « lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo más, puesto « que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte, · dicen que se retrató della, y dijo que él la habia inventado « por parecerle que convenia y cuadraba bien con las aven-turas que había leido en sus historias».

Y luego prosiguió diciendo: Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo; y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; por qué si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecían molerle á palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo:

- Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadisima la jornada que con vuesa merced he hecho, porqué en ella he granjeado cuatro cosas. La primera haber conocido à vuesa merced; que lo tengo à gran felicidad. La segunda haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el Ovidio español, que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del Emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo del aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: Paciencia y barajar. Y esta razón y modo de hablar no lo pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia, y en tiempo del referido emperador Carlomagno. Y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más, alegando autor tan grave y tan verdadero, como es el señor de Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado por las gentes. - Vuesa merced tiene razón, dijo don Quijote: pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quien piensa dirigirlos. — Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. - No muchos, respondió don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse à la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesia de sus autores. Un principe conozco yo que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviere à decirlas, quizà despertara la invidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aqui para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recoger-

rra. Esta concavidad y espacio vi yo a tiempo, cuando ya iba cansado y mohino de verme pendiente y colgado de la soga, caminar por aquella escura región abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Di voces pidiéndoos que no descolgásedes más soga hasta que yo os lo dijese: pero no debisteis de oirme. Fui recogiendo la soga que enviábades, y haciendo de ella una rosca ó rimero, me senté sobre él, pensativo además, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusión, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño protundísimo, y cuando menos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél, y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza, ni imaginar la más discreta imaginación humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y vi que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Con todo esto, me tenté la cabeza y los pechos por certificarme si era yo mismo el que alli estaba, ó alguna fantasma vana y contrahecha; pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados que entre mi hacía, me certificaron que yo era alli entonces el que soy aqui ahora. Ofrecióseme luego à la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del cual, abriéndose dos grandes puertas, vi que po ellas salia y hacia mi se venia un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; ceníale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde: cubriale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canisima, le pasaba de la cintura; no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los dieces asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchisima presencia, cada cosa de por si y todas juntas, me suspendieron y admiraron. Llegóse á mi, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: — Luengos tiempos ha, valeroso caballero don Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierrá y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña sólo guardada para ser acometida de tu invencible corazón y de tu animo estupendo. Ven conmigo, señor clarisimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda

mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. Apenas me dijo que era Montesinos, cuando le pregunté si fué verdad lo que en el mundo de acá arriba se contaba, que él había sacado de la mitad del pecho con una pequeña daga el corazón de su grande amigo Durandarte, y llevádole á la señora Belerma, como él se lo mandó al punto de su muerte. Respondióme que en todo decian verdad sino en la daga, porque no fué daga, ni pequeña, sino un puñal buido, más agudo que una lezna.

- Debia de ser, dijo à este punto Sancho, el puñal, de Ramón de Hoces el Sevillano. - No sé, prosiguió don Quijote: pero no seria dese puñalero, porque Ramón de Hoces fué ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contexto de la historia. — Así es, respondió el primo: prosiga vuesa merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. — No con menor lo cuento yo, respondió don Quijote, y asi digo que el venerable Montesinos me metió en el cristalino palacio, donde en una sala baja, fresquisima sobre modo, y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestria fabricado, sobre el cual vi à un caballero tendido de largo à largo, no de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha (que à mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerzas su dueño) puesta sobre el lado del corazón, y antes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: — Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aqui encantado, como me tiene à mi y à otros muchos y muchas, Merlin, aquel francés encantador, que dicen que fué hijo del diablo, y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. El cómo ó para qué nos encantó, nadie lo sabe, y ello dirá andando los tiempos, que no están muy lejos, según imagino. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que después de muerto, le saqué el corazón con mis propias manos; y en verdad que debia pesar dos libras, porque según los naturales, el que tiene mayor corazón es dotado de mayor valentía del que le tiene pequeño. — Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando

como si estuviese vivo? Esto dicho, el misero Durandarte, dando una gran voz, dijo:

Oh mi primo Montesinos:
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que llevéis mi corazón
adónde Belerma estaba,
sacándomele del pecho,
ya con puñal, ya con daga.

Oyendo lo cual, el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: Ya, señor Durandarte, carisimo primo mio, ya hice lo que me mandasteis en el aciago día de nuestra pérdida; yo os saqué el corazón lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho; yo le limpié con un panizuelo de puntas; yo parti con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles, eché un poco de sal en vuestro corazón porque no oliese mal y fuese, si no fresco, à lo menos amojamado, á la presencia de la señora Belerma, la cual, con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aqui encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros; solamente faltan Ruidera y sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compa sión que debió tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y en la provincia de la Mancha, las llaman las lagunas de Ruidera: las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas, de los caballeros de una orden santisima, que llaman de San Juan. Guadiana, vuestro escudero plañendo asimesmo vuestra desgracia, fué convertido en un río llamado de su mesmo nombre; el cual cuando llegó à la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir à su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que agora os digo, oh primo mio, os lo he dicho muchas veces, y como no me respondéis, imagino que no me dais crédito ó no me ois, de lo que yo recibo tanta pena cual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alivio á vuestro dolor, no os lo aumentarán en ninguna manera. Sabed que tenéis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y vereislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel don Quijote de la Mancha, digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos, ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuvo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas, para los grandes hombres están guardadas. — Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando asi no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado, tornó á su acostumbrado silencio sin hablar más palabra. Ovéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volvi la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala pasaba una procesión de dos hileras de hermosisimas doncellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabezas, al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras, venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas y largas, que besaban la tierra. Su turbante era mayor dos veces que el mayor de algunas de las otras: era cejijunta y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los lábios: los dientes, que talvez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, à lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venia seco y amojamado.

Dijome Montesinos, como toda aquella gente de la procesión eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que alli con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazón entre el lienzo, y en las manos, era la señora Belerma, la cual con sus doncellas, cuatro dias en la semana, hacian aquella procesión y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el iastimado corazón de su primo: y que si me había parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores dias que en aquel encantamiento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar en el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses y aún años que no le tiene ni asoma por sus puertas, sino del dolor que siente su corazón por el que de contino tiene en las manos, que le renueva y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante: que si esto no fuera, apenas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y aun en todo el mundo. — Cepos quedos, dije yo entonces, senor don Montesinos: cuente vuesa merced su historia como debe, que ya sabe que toda comparación es odiosa; y así no hay para qué comparar à nadie con nadie: la sin par Dulci-. nea del Toboso es quien es, y la señora doña Belerma es quien es y quien ha sido, y quédese aqui. A lo que él me respondió: — Señor don Quijote, perdóneme vuesa merced, que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apenas igualara la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que vuesa merced es su caballero, para que me mordiera la lengua, antes de compararla sino con el mísmo cielo. Con esta satisfacción que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazón del sobresalto que recebi en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. - Y aun me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuesa merced no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. — No, Sancho amigo, respondió don Quijote, no me estaba à mi bien hacer eso, porque estamos todos obligados à tener respeto à los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. A esta sazón dijo el primo: — Yo no sé, señor don Quijote, cómo vuesa merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá bajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. — ¿Cuánto ha que bajé? preguntó don Quijo-

te. - Poco más de una hora, respondió Sancho. - Eso no puede ser, replicó don Quijote, porque alla me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y amanecer tres veces, de modo que à mi cuenta, tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. — Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá à lo que à nosotros nos parece una hora, debe parecer allá tres dias con sus noches. – Asi será, respondió don Quijote. – ¿Y ha comido vuesa merced en todo ese tiempo, señor mio? preguntó el primo. - No me he desayunado de bocado, respondió don Quijote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. — ¿Y los encantados comen? dijo el primo. — No comen, respondió don Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinión que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. — ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. — No por cierto, respondió don Quijote, á lo menos en estos tres dias que yo he estado con ellos ninguno ha pegado el ojo; ni yo tampoco. — Aqui encaja bien el refrán, dijo Sancho, de dime con quién andas, decirte he quien eres: ándese vuesa merced con encantados, ayunos y vigilantes; mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme vuesa merced, señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. -¿Cómo no, dijo el primo, ¿pues había de mentir el señor don Quijote, que, aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer é imaginar tanto millón de mentiras? — Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. - Si no, ¿qué crees? le preguntó don Quijote. - Creo, respondió Sancho, que aquel Merlín, ó aquellos encantadores que encantaron à toda la chusma que vuesa merced dice que ha visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín ó la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. — Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó don Quijote, pero no es asi, porque lo que he contado lo vi por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora, como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos (las cuales despacio y á sus tiempos te las iré contando en el discurso de nuestro viaje, por no ser todas deste lugar), me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apenas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las

والمنطران فالراجات

otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hallamos à la salida del Toboso? Pregunté à Montesinos si las conocía: respondióme que no; pero que él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias había que en aquellos prados habían parecido; y que no me maravillase desto, porque alli estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él à la reina Ginebra y á su dueña Quintañona escanciando el vino à Lanzarote cuando de Bretaña vino. Cuando Sancho Panza ovó decir esto à su amo, pensó perder el juicio ó morirse de risa: que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indudablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y asi le dijo; — En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuesa merced, caro patrón mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuesa merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se lo había dado, hablando sentencias y dando consejo á cada paso; y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. -- Como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras. — Ni yo tampoco de las de vuesa merced, replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le le dicho ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige ó enmienda. Pero digame vuesa merced ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra ama? y si la habló, ¿qué dijo y qué le respondió? – Conocila, respondió don Quijote, en que trae los mismos vestidos que traia cuando tú me le mostrastes. Habléla, pero no me respondió palabra, antes me volvió las espaldas y se fué huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara. Quise seguirla, y lo hiciera si no me aconsejara Montesinos que no me cansase en ello, porque sería en balde, y más, porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo, se me daria aviso cómo habían de ser desencatados él y Belerma y Durandarte, con todos los que alli estaban; pero lo que más pena me dió de las que alli vi y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones, se llegó à mi por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea; y llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dijo: Mi señora Dulcinea del Toboso besa à vuesa merced las manos, y suplica à vuesa merced se la haga de hacerla saber cómo está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica a vuesa merced cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aqui traigo de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que vuesa merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: ¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que él me respondió: Créame vuesa merced, señor don Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende, y à todos alcanza, y aun hasta à los encantados no perdona: y pues la señora Dulcinea del Toboso envia à pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algún grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondi, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosna à los pobres que topase por los caminos), y le dije: Decid, amiga mia, a vuestra señora, que á mi me pesa en el alma de sus trabajos; y que quisiera ser un Fúcar para remediarlos; y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud careciendo de su agradable vista y discreta conversación; y que le suplico, cuan encarecidamente puedo, sea servida su merced de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle también, que cuando menos se lo piense, oirá decir como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el marqués de Mantua, de vengar à su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la montaña; que fué de no comer pan à manteles, con las otras zarandajas que alli añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal, hasta desencantaria. Todo eso y más debe vuesa merced á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola que se levantó dos varas de medir en el aire. — ¡Oh santo Dios! dijo à ese tiempo dando una gran voz Sancho: ¡es posible que tal haya en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparataba locura! ¡Oh señor, senor, por quien Dios es, que vuesa merced mire por si y vuelva por su honra y no dé crédito à esas vaciedades, que le tienen menguado y descabalado el sentido! — Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera, dijo don Quijote; y como no estás experimentado en las cosas dél mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles: pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPÍTULO XXIV

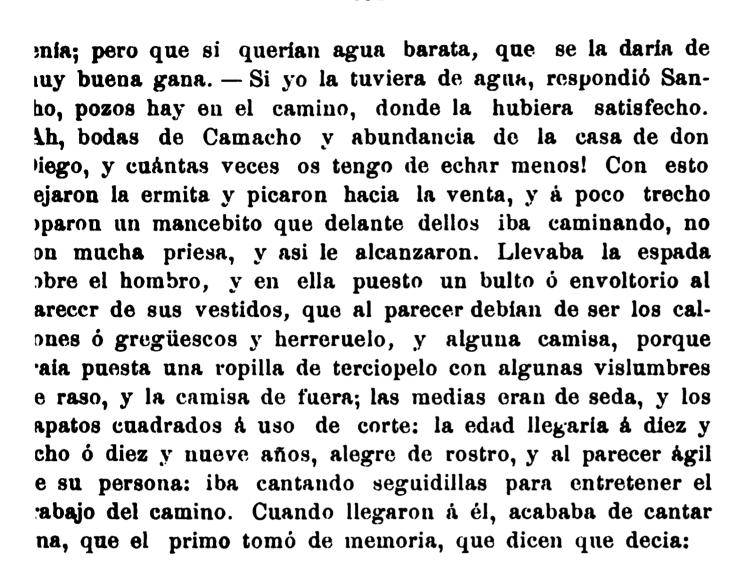
DONDE SE CUENTAN MIL ZARANDAJAS, TAN IMPERTINENTES
COMO NECESARIAS AL VERDADERO ENTENDIMIENTO DESTA
(†RANDE HISTORIA.

Dice el que tradujo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél, estaban escritas de mano del mismo Hamete, estas mismas razones:

« No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, « que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo « que en el antecedente capítulo queda escrito. La razón es, « que todas las aventuras hasta aqui sucedidas, han sido con-« tingibles y verisimiles; pero esta desta cueva no le hallo « entrada alguna para tenerla por verdadera, para ir tan fuera « de los términos razonables. Pues pensar yo que don Qui-« jote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo, y el más « noble caballero de sus tiempos, no es posibie; que no dijera « él una mentira si le asactearan. Por otra parte, considero « que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas « y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran má-« quina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, « yo no tengo la culpa, y asi, sin afirmarla por falsa ó « verdadera, la escribo. Tú, letor, pues eres prudente, juzga « lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo más, puesto « que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte, « dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado « por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aven-« turas que había leido en sus historias».

Y luego prosiguió diciendo: Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la paciencia de su amo; y juzgó que del contento que tenía de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacía aquella condición blanda que entonces mostraba; por qué si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecían molerle á palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo:

- Yo, señor don Quijote de la Mancha, doy por bien empleadisima la jornada que con vuesa merced he hecho, porqué en ella he granjeado cuatro cosas. La primera haber conocido á vuesa merced; que lo tengo á gran felicidad. La segunda haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el Ovidio español, que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del Emperador Carlomagno, según puede colegirse de las palabras que vuesa merced dice que dijo Durandarte, cuando al cabo del aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: Paciencia y barajar. Y esta razón y modo de hablar no lo pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba, en Francia, y en tiempo del referido emperador Carlomagno. Y esta averiguación me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro en la invención de las antigüedades, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más, alegando autor tan grave y tan verdadero, como es el señor de Durandarte. La cuarta es haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado por las gentes. - Vuesa merced tiene razón, dijo don Quijote: pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, à quien piensa dirigirlos. — Señores y grandes hay en España à quien puedan dirigirse, dijo el primo. — No muchos, respondió don Quijote; y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse à la satisfación que parece se debe al trabajo y cortesia de sus autores. Un principe conozco yo que puede suplir la falta de los demás, con tantas ventajas, que si me atreviere à decirlas, quizà despertara la invidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aqui para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar adonde recogernos esta noche. — No lejos de aqui, respondió el primo, está una ermita donde hace su habitación un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinión de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. — ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. — Pocos ermitaños están sin ellas, respondió don Quijote, porque no son los que agora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos; sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces, no llegan las penitencias de los de ahora: pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio, menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que hacia donde ellos estaban, venía un hombre á pie, caminando á priesa, y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó à ellos, los saludó y pasó de largo. Don Quijote le dijo: — Buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que la que ese macho ha menester. — No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aqui llevo, han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y adiós. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que hacéis este mesmo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y adiós otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar don Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen à pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedaran. Hizose así, subieron à caballo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, à la cual llegaron un poco antes de anochecer. Dijo el primo á don Quijote que llegasen á ella á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, cuando encaminó el rucio à la ermita, y lo mismo hicieron don Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que asi se lo dijo una sota-ermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo



A la guerra me lleva mi necesidad; si tuviera dineros no fuera en verdad.

il primero que habló fué don Quijote, diciéndole: — Muy á i ligera camina vuesa merced, señor galán: ¿y adónde bueno? epamos, si es que gusta decirlo. A lo que el mozo responió: — El caminar tan á la ligera lo causa el calor y la poreza, y el adónde voy es á la guerra. — ¿Cómo la pobreza? reguntó don Quijote; que por el calor bien puede ser. eñor, replicó el mancebo, yo llevo en este envoltorio unos regüescos de terciopelo, compañeros desta ropilla; si los asto en el camino no me podré honrar con ellos en la iudad, y no tengo con qué comprar otros: y así por esto omo por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas ompañias de infanteria, que no están doce leguas de aqui, onde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en que camiar de alli en adelante hasta el embarcadero, que dicen ha e ser en Cartagena. Y más quiero tener por amo y por eñor al Rey, y servirle en la guerra, que no à un pelon en 1 corte. - ¿Y lleva vuesa merced alguna ventaja por venara? preguntó el primo. — Si yo hubiera servido á algún rande de España, ó à algún principal personaje, respondió



el moso, A buen seguro que yo la llevara, que eso tiene el servir à les buenes, que del tinele suelen saltr à ser alferes ó capitanes, ó con algún buen entretenimiento; pero yo, desventurado, servi siempre á cata-riberas y á gente advenedisa de ración y quitación tan misera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello, se consumia la mitad della; y seria tenido à milagro que un paje aventurero alcansase alguna siquiera razonable ventura. - Y digame por su vida, amigo, pregunto don Quijote, ¿es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? - Dos me han dado, respondió el paje; pero así como el que se sale de alguna religión antes de profesar, le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mi los mios mis amos; que acabados los negocios á que venian á la corte, se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentación habla dado. - Notable espilorcheria, como dice el italiano, dijo don Quijote; pero con todo eso, tenga à felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intención como lleva; porque no hay otra cosa en la tierra más honrada, ni de más provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas: por las cuales se alcanzan, si no más riquesas, á lo menos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavia llevan un no sé que, los de las armas á los de las letras; con un si sé qué de esplendor, que es halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que ahora le quiero decir llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que le podrán venir; que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano; que puesto caso que os maten en la primera facción y refriega, ó ya de un tiro de artilleria, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla. que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia à sus capitanes y à los que mandar le pueden; y advertid, hijo, que al soldade,



está el oler á pólvora que á algalia, y que si la coje en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de y estropeado ó cojo, á lo menos no os podrá coger a, y tal, que no os la podrá menoscabar la pobreza: nás, que ya se va dando orden como se entretengan y ı los soldados viejos y estropeados, porque no es bien iaga con ellos lo' que suelen hacer los que ahorran y rtad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden echándolos de casa con títulos de libres, los hacen de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino uerte; y por ahora no os quiero decir más, sino que las ancas deste mi caballo hasta la venta, y alli conmigo, y por la mañana seguiréis el camino, que ios tan bueno como vuestros deseos merecen. El aceptó el convite de las ancas, aunque si el de cenar a la venta; y á esta sazón dicen que dijo Sancho - ¡Valate Dios por señor! ¿y es posible que hombre : decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí , diga que ha visto los disparates tan imposibles que e la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá; y llegaron á la venta á tiempo que anochecia y no sin · Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdata, y no por castillo, como solia. No hubieron bien cuando don Quijote preguntó al ventero por el homas lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la za estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron amento el sobrino (*) y Sancho, dando à Rocinante pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPÍTULO XXV

E APUNTA LA AVENTURA DEL REBUZNO Y LA GRACIOSA TITERERO, CON LAS MEMORABLES ADIVINANZAS DEL D ADIVINO.

le cocia el pan à don Quijote, como suele decirse, y saber las maravillas prometidas del hombre conlas armas. Fuéle à buscar donde el ventero le había e estaba, y hallóle, y díjole que en todo caso le díje-

nido evidente de Cervantes, que en todas las otras menciones que ersonaje, le llama primo.





se luego lo que le habia de decir después, acerca de lo que habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: -Más despacio y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme vuesa merced, señor bueno, acabar de dar recado à mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. -No quede por eso, respondió don Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo, aechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre à contarie con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y don Quijote junto à él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, A Sancho Panza y al ventero, comenzó à decir desta manera: - Sabrán vuesas mercedes que en un lugar que està cuatro leguas y media desta venta, sucedió que à un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es iargo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarie, no fué posible. Quince dias serian pasados, según es pública vos y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: - Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. - Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos dónde ha parecido. — En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco. que era una compasión miralle; quisele antecoger delante de mi y traérosle; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué à éi se fué huyendo, y se entré en le mas escondido del monte; si queréis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. - Mucho placer me haréis, dije el del jumento, é yo procuraré pagároslo en la mesma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolución, los dos regidores á pie, y mano á mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le haliaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: - Mirad. compadre: una traza me ha venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto dad el hecho por concluido. - ¿Algún tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no doy la ventaja à nadie,

ni aun a los mesmos asnos. — Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que lo rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos sino que el asno nos oya y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: — Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno, engañado del rebuzno del otro, acudieron à buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido; y en viéndose dijo el perdidoso: — ¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? — No fué sino yo, respondió el otro. - Ahora digo, dijo el dueño, que de vos à un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida he visto ni oido cosa más propia. — Estas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan à vos, que à mi, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. -- Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aqui adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que rebuznaba bien, nunca entendi que llegaba a extremo que decis.—También diré yo ahora, respondió el segun do, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que sonmal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. - Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega a Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron à dividir y à volver à sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas. Más ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: — Ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznara



si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos cido rebusnar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarlo, aunque le he hallado muerto. - En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron à su aldea. adonde contaron à sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvencinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordias por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea, rebusnasen como dándoles en restre con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado à tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón, han salido contra los buriadores los burlados á darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque. ni temor ni vergüensa. Yo creo que mañana, ó esotro dia, han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar, y si no os lo han parecido no sé otras; y con esto dió fin à su platica el buen hombre; y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camusa, medias, gregilescos y jubón, y con voz levantada dijo: — Señor huésped, ¿hay posada? que viene aqui el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. -- Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aqui está el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidabaseme de decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrrillo, con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo; y el ventero prosiguió diciendo: - Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo que no lo veo? — Ya llegan cerca, respondió al todo camuza, sino que yo me he adelantado á saber si hay

posada. — Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagarà el verle y las habilidades del mono. — Sea en buena hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa, me daré por bien pagado; y yo vuelvo a hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió à salir de la venta. Preguntó luego don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia. A lo que respondió el ventero: — Este es un famoso titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, (*) que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto; trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegandosele al oido, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más de las que están por venir; y aunque no todas las veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle hablado al oído; y así se cree que el tal maese Pedro está riquisimo, y es hombre galante, (como dicen en Italia), y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le vio don Quijote cuando le pregunto: — Digame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aqui mis dos reales; y mandó á Sancho que se los diese à maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo: - Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas

^{(&#}x27;) Algo confuso aparece aqui el texto, sin duda por el descuido con que la edición fué impresa. En la edición de la Real Academia (1780) se ha reformado de esta manera: «un retablo de Melisendra libertada por el famoso don Gaiferos».

que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto. — Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mi ha pasado, porque zquién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aqui mis dos reales, y digame el señor monisimo, que hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene. No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: — No quiero recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él; y llegando la boca al oido daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandisima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas dijo: — Estas piernas abrazo bien asi, como si abrazara las dos columnas de Hércules, joh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! joh no jamás como se debe alabado caballero don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que overon las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: — Y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero, y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porqué de vino, con que se entretiene en su trabajo. -- Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pró; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. - Ahora digo, dijo a esta sazón don Quijote, que el que lec mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto, porque ¿qué persuación fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy

gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. - Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se había levantado de los pies de don Quijote): — Ya he dicho que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importara no haber dineros, que por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora, porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar placer á cuantos están en la venta, sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, senaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y asi, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oidos de nadie, le dijo: -Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. — Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe ser muy sucio patio, ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? — No me entiendes Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer; y después que esté rico, le dará su alma, que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto, el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduria del diablo no se puede extender á más: que las por venir, no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que solo à Dios està reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente, y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él, alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España; que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo, que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando á perder

con sus mentiras é ignorancias, la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó à uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica, se empreñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de alli à dos días se murió la perra de haita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadisimo judiciario, como lo quedan todos ó los más levantadores. — Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese à maese Pedro, preguntase à su mono si es verdad lo que à vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mi tengo, con perdón de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo menos cosas soñadas. — Todo podria ser, respondió don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese à verle porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego à su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro, sin responder palabra, volvió à traer el mono, y puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo: — Mirad señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciendole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oído, dijo luego maese Pedro: — El mono dice que parte de las cosa que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisimiles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le pregnntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. - ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? — Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió don

Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mi tengo que debe de tener alguna novedad. — ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en si este mi retablo; digole à vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y operibus crédite, et non verbis, y manos à la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle don Quijote y Sancho; y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios de tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian, Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capitulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI

DONDE SE PROSIGUE LA GRACIOSA AVENTURA DEL TITERERO, CON OTRAS COSAS EN VERDAD HARTO BUENAS

Callaron todos, tirios y troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artillería, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: — Esta verdadera historia que aqui á vuesas mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes

alli como está jugando á las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

Jugando está á las tablas don Gaiferos, que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que alli asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos, es el emperador Carlomagno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale à refiir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le rifie, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradlo.

Miren vuesas mercedes también como el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven como arroja, impaciente de la cólera, lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana, y como don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compania en la dificil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice que él solo es bastante para sacar a su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra à armar parà ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos à aquella torre que alli parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcón parece vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde alli, muchas veces se ponia a mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas, de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los lábios, y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de la camisa; y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la

Calculation of the

culpa del maleficio. Miren también como aquel grave moro que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aqui donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése, como entre nosotros. — Niño, niño, dijo con voz alta a esta sazón don Quijote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metáis en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. También dijo maese Pedro desde dentro: - Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese senor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano. y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. — Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura que aqui parece á cáballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, à quien su esposa y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

> Caballero, si à Francia ides, por Gaiferos preguntad,

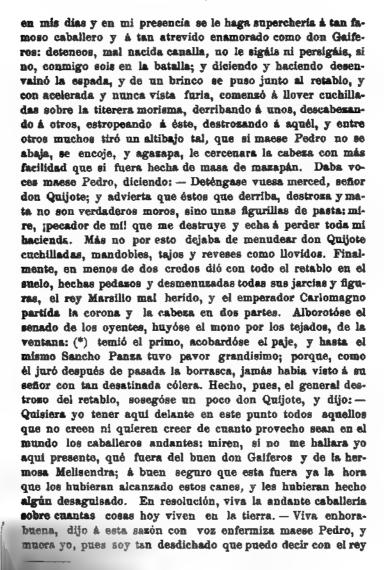
las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace,
se nos da á entender que ella le ha conocido; y más ahora
que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas
del caballo de su buen esposo. Más ¡ay sin ventura! que se
le ha asido una punta del faldellín de uno de los hierros del
balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo.
Pero veis como el píadose cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó
nó el rico faldellín, ase de ella, y mal su grado la hace bajar
al suelo; y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su
caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga
fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo

que los cruce en el pecho porque no se caiga, à causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada à semejantes caballerias. Veis también como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, oh! par sin par de verdaderos amantes! lleguéis à salvamento à vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en pas tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aqui alzó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: — Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: — No faitaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas, que en todas las torres de las mezquitas suenan. — Eso no, dijo à esta sazón don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas sino atabales, y un género de dulzainas que parecen nuestras chirimias; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual, oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: — No mire vuesa merced en niñerias, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahi casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicisimamente su carrera y se escuchan, no sólo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

— Asi es la verdad, replicó don Quijote; y el muchacho dijo:

— Miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que seria un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pie, en voz alta dijo: — No consentiré yo que



^(*) En las modernas ediciones se ha puesto aventas por aventanas. Los ios puntos que en la edición cervantina siguen á aventanas hacen claro el entido, con una coma detrás de la palabra tejados. No resulta así necesala variante académica para que se entienda el sentido del texto, es dala variante académica para que se entienda el sentido del texto, es dala variante académica para que se entienda el sentido del texto, es dala variante académica para que se entienda el sentido del texto, es dela variante académica para que se entienda el sentido del texto, es dela variante académica para que se entienda el sentido del texto, es dela variante académica para que se entienda el sentido del texto, es de-



si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarlo, aunque le he hallado muerto. - En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en raga el monacillo. Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron à su aidea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar; todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvencinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordias por doquiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo à alguno de nuestra aldea, rebusnasen como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del inflerno; y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadrón, han salido contra los burladores los burlados à darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana, ó esotro dia, han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen; y por salir bien apercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habéis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar, y si no os lo han parecido no sé otras; y con esto dió fin à su plàtica el buen hombre; y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jabón, y con voz levantada dijo: — Señer huésped, ¿hay posada? que viene aqui el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. -- Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aqui està el señor maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir como el tal maese Pedro trala cubierto el ojo izquierdo, y casi medio carrrillo, con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo; y el ventero prosiguió diciendo: - Sea bien venido vuesa merced, señor maese Pedro: ¿adónde está el mono y el retablo que no lo veo? — Ya llegan cerca, respondió el todo camusa, sino que yo me he adelantado á saber si hay

posada. — Al mismo duque de Alba se la quitara para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. — Sea en buena hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa, me daré por bien pagado; y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió à salir de la venta. Preguntó luego don Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia. A lo que respondió el ventero: — Este es un famoso titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragón enseñando un retablo de Melisendra, dada por el famoso don Gaiferos, (*) que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este Reino se han visto; trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, està atento à lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oido, le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego; y de las cosas pasadas dice mucho más de las que están por venir; y aunque no todas las veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él, después de haberle habiado al oido; y así se cree que el tal maese Pedro está riquisimo, y es hombre galante, (como dicen en Italia), y bon compaño, y dase la mejor vida del mundo; habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el mono grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara; y apenas le viò don Quijote cuando le preguntó: — Digame vuesa merced, señor adivino, ¿qué peje pillamo? ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aqui mis dos reales; y mandó á Sancho que se los diese à maese Pedro, el cual respondió por el mono, y dijo: - Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas

^(*) Algo confuso aparece aqui el texto, sin duda por el descuido con que la edición fué impresa. En la edición de la Real Academia (1780) se ha reformado de esta manera; «un retablo de Melisendra libertada por el famoso don Gaiferos».



que están por venir; de las pasadas sabe algo, y de las presentes algún tanto. - Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mi ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y digame el señor monisimo, que hace ahora mi mujer Teresa Panza, y en qué se entretiene. No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: - No quiero recibir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él; y llegando la boca al oido daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandisima priesa se fué maese Pedro à poner de rodillas ante don Quijote, y abrazándole las piernas dijo: — Estas piernas abrazo bien asi, como si abrazara las dos columnas de Hércules, 10h resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballeria! ¡oh no jamás como se debe alabado cabaliero don Quijote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedo pasmado don Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: - Y tú, oh buen Sancho Pansa, el mejor escudero, y del mejor caballero del mundo, alégrate, que ta buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más señas tiene 🛦 su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porquê de vino, con que se entretiene en su trabajo. - Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que según mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pró; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mai pasar, aunque sea à costa de sus herederos. — Ahora digo, dijo a esta sazón don Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto, porque gque persuación fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho, puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy

gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos, y mal á ninguno. - Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntara al señor mono qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que ya se habia levantado de los pies de don \Quijote): — Ya he dicho que esta bestezuela no responde à lo por venir, que si respondiera, no importara no haber dineros, que por servicio del señor don Quijote, que está presente, dejara yo todos los intereses del mundo; y agora, porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo, y dar placer á cuantos están en la venta, sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y asi, en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró don Quijote con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde, sin ser oidos de nadie, le dijo: -Mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. — Si el patio es espeso y del demonio, dijo Sancho, sin duda debe ser muy sucio patio, ¿pero de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? — No me entiendes Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer; y después que esté rico, le dará su alma, que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto, el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduria del diablo no se puede extender á más: que las por venir, no las sabe si no es por conjeturas, y no todas veces; que solo á Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni porvenir, que todo es presente, y siendo esto asi, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado como no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto éstá que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él, alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España; que no hay mujercilla, ni paje, ni zapatero de viejo, que no presuma de alzar una figura, como si fuera una sota de naipes, del suelo, echando à perder



con sus mentiras é ignorancias, la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó à uno de estos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenta, si se empreñaria y pariria, y cuántos y de qué color serian los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, después de haber alzado la figura, respondió que la perrica se empreñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condición que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de alli à dos días se murió la perra de haita, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadisimo judiciario, como lo quedan todos ó los más levantadores. — Con todo eso querria, dijo Sancho, que vuesa merced dijese à maese Pedro, preguntase à su mono si es verdad lo que à vuesa merced le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdón de vuesa merced, que todo fué embeleco y mentira, é por lo menos cosas soñadas. — Todo podría ser, respondió don Quijote; pero yo hare lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Estando en esto llegó maese Pedro à buscar à don Quijote y decirle que ya estaba en orden el retablo, que su merced viniese à verle porque lo merecia. Don Quijote le comunicó su pensamiento, y le rogé preguntase luego à su mono le dijese si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido aofiadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro, ein responder palabra, volvió A tracr el mono, y puesto delante de don Quijote y de Sancho, dijo: -Mirad señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el cido, dijo luego maese Pedro: - El mono dice que parte de las cosa que vuesa merced vió ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisimiles; y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta; y que si vuesa merced quisiere saber más, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. - ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que vuesa merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? - Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió don

Quijote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque à luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra: y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mi tengo que debe de tener alguna novedad. — ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro, sesenta mil encierra en si este mi retablo; digole à vuesa merced, mi señor don Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo, y operibus crédite, et non verbis, y manos à la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer y que decir y que mostrar. Obedeciéronle don Quijote y Sancho; y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacían vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió maese Pedro dentro dél, que era el que había de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios de tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian, Puestos pues todos cuantos habia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados don Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujamán comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capitulo siguiente.

CAPÍTULO XXVI

DONDE SE PROSIGUE LA GRACIOSA AVENTURA DEL TITERERO, CON OTRAS COSAS EN VERDAD HARTO BUENAS

Callaron todos, tirios y troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban, de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: — Esta verdadera historia que aquí à vuesas mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes, y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor don Gaiferos à su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vuesas mercedes



alli como está jugando á las tablas don Gaiferos, según aquello que se canta:

> Jugando está à las tablas don Gaiferos, que ya de Melisendra está olvidado.

Y aquel personaje que alli asoma con corona en la cabesa y cetro en las manos, es el emperador Carlomagno, padre pntativo de la tal Melisendra, el cual, mohino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir; y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que la quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y después de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dijo:

Harto os he dicho, miradio.

Miren vuesas mercedes también como el Emperador vuelve las espaldas, y deja despechado á don Gaiferos, el cual ya ven como arroja, impaciente de la cólera, lejos de si el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á don Roldán, su primo, pide prestada su espada Durindana, y como don Roldán no se la quiere prestar, ofreciéndole su compatita en la dificil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dice que él solo es bastante para sacar à su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra à armar parà ponerse luego en camino. Vuelvan vuesas mercedes los ojos à aquella torre que alli parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcón parece vestida A lo moro, es la sin par Melisendra, que desde alli, muchas veces se ponía á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginación en Paris y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren también un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro que callandico y pasito à paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se da á escupir y à limpiárselos con la bianca manga de la camisa; y como se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la

culpa del maleficio. Miren también como aquel grave moro que está en aquellos corredores, es el rey Marsilio de Sansueña, el cual, por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le mandó luego prender, y que le den doscientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detrás; y veis aqui donde salen á ejecutar la sentencia, aun bien apenas no habiendo sido puesta en ejecución la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni a prueba y estese, como entre nosotros. — Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazón don Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó transversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. También dijo maese Pedro desde dentro: - Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que ese senor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. — Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura que aqui parece á cáballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de don Gaiferos, á quien su esposa y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y más sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance que dice:

Caballero, si á Francia ides, por Gaiferos preguntad,

las cuales no digo yo ahora, porque de la prolijidad se suele engendrar el fastidio: basta ver como don Gaiferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra hace,
se nos da á entender que ella le ha conocido; y más ahora
que vemos se descuelga del balcón para ponerse en las ancas
del caballo de su buen esposo. Más ¡ay sin ventura! que se
le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del
balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo.
Pero veis como el píadose cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega don Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó
nó el rico faldellín, ase de ella, y mal su grado la hace bajar
al suelo; y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su
caballo à horcajadas como hombre, y la manda que se tenga
fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo



que los cruce en el pecho porque no se caiga, à causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada à semejantes cabalierias. Veis también como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lieva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, oh! par sin par de verdaderos amantes! lleguéis à salvamento à vuestra descada patria, sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viaje; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en pas tranquila los dias (que los de Néstor sean) que os quedan de la vida. Aqui alsó otra vez la voz maese Pedro, y dijo: -- Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: -- No faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsilio, el cual maudó luego tocar al arma: y miren con qué priesa, que ya la ciudad se hunde con el són de las campanas, que en todas las torres de las mesquitas suenan. - Eso no, díjo á esta sazón don Quijote; en esto de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas sino atabales, y un género de duizainas que parecen nuestras chirimias; y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo cual, oido por maese Pedro, cesó el tocar, y dijo: - No mire vuesa merced en niñerias, señor don Quijote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. ¿No se representan por ahi casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren felicisimamente su carrera y se escuchan, no sólo con aplanso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y deja decir, que como yo liene mi talego, siquiera represente más impropiedades que tiene átomos el sol.

— Asi es la verdad, replicó don Quijote; y el muchacho dijo:

— Miren cuánta y cuán lucida caballeria sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes; cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, y cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcansar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo.

Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estraendo don Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pie, en vos alta dijo: — No consentiré yo que

en mis dias y en mi presencia se le haga superchería à tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos: deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis, si no, conmigo sois en la batalla; y diciendo y haciendo desenvainó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia, comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando à unos, descabezando á otros, estropeando á éste, destrozando á aquél, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoje, y agazapa, le cercenara la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro, diciendo: — Deténgase vuesa merced, señor don Quijote; y advierta que éstos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire, ¡pecador de mi! que me destruye y echa a perder toda mi hacienda. Más no por esto dejaba de menudear don Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en menos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus jarcias y figuras, el rey Marsilio mal herido, y el emperador Carlomagno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados, de la ventana: (*) temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandisimo; porque, como él juró después de pasada la borrasca, jamás habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco don Quijote, y dijo: — Quisiera yo tener aqui delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aqui presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algún desaguisado. En resolución, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. — Viva enhorabuena, dijo á esta sazón con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que puedo decir con el rey

^(°) En las modernas ediciones se ha puesto «venta» por «ventana». Los dos puntos que en la edición cervantina siguen á «ventana» hacen claro el sentido, con una coma detrás de la palabra tejados. No resulta así necesaria la variante académica para que se entienda el sentido del texto, es decir, que el mono de maese Pedro huyó á los tejados, desde la ventana, ó sea saliendo por ella.

vitere con satisfacción de las partes, que llegaren à cuarents rembe y tree cuartilios: y además deste, que luego lo desemvolsé Saucire, pudit macse Pedro dos reales per el trabajo de zonas el mono — Daseios, Sancho, dijo den Quijeta, no para while a more since in more a descientes diere ve shore en albreise i quier me dijera con certificative, que la selora cola Melisendra y el seine don Gaiferos estaban ya en Franca y entre les suves - Ningune nes le pedri decir mejer que mi mono, dije maese Pedro: pero no habri diabio que niura le some, aunque imagine que el carillo y la hambre le san de forzar à que me pusque esta mehe, y amanacerà Dios y verbuouce. En resolución, la borraca del recebb se acabé, y vidus senaron en par y en buena compañía à casta de don Lujote, que era liberal en rodo extremo. Autes que amenociese se fué el que lievaba las langas y las alabardas; y ya desputs de suispecide se vinierm à despedir de don Coffete el prime y el paje, el une para volverse à su tierra, y el stre a prompuir en camino, para avuda del cual le dió den Quijour que d'esseua de reales. Maese Pedro no quiso volver à ca-1444 en más dimes ni direses con don Quijosc, à quien di comeda may bien, y asi madrurė antes que el soi, y cogiondo lua sellejuine de su retable y à su mono, se fué también à bus-440 RUE AVELITURAE. El ventero, que no conscia à des Quijow, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. l'imbinative. Saucho le jago muy bien por orden de su seller, y darpidikudose dél casi à las ocho del dia, dejaron la venta y es puereros en esmino, donde los dejaremos ir, que asi convivile, pura dar lugar à contar otras cosas persenecientes à la desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

III/HIIN EN IIA CUESTA QUIÉNES ERAN MARSE PEDRO T SE MONOLICE SIL MAL SUCESO QUE DON QUIJOTE TETO EN LA AVER,
ILPA IINI, RESUNSO, QUE NO LA ACABÓ COMO ÉL QUISTERA
I LUMO IN TESÍA PESSADO.

Vintin Cide Hamete, coronista desta grande historia, con entant palabran, en ente capítulo: Juro como católico cristiano: à lo que su traductor dice. que el jurar Cide Hamete como entálico cristiano siendo él moro, como sin dada lo cra, no quino desir otro cosa sino que así como el católico cris-

los que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagarselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinósele maese Pedro, diciéndole: — No esperaba yo menos de la inaudita cristiandad del valeroso don Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aqui el señor ventero y el gran Saucho serán medianeros y apreciadores entre vuesa merced y mi, de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que asi lo harian; y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza menos, al rey Marsilio de Zaragoza, y dijo: -Ya se ve cuán imposible es volver à este rey à su sér primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. — Adelante, dijo don Quijote. — Pues por esta abertura de arriba à bajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlomagno; no sería mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. — No es poco, dijo Sancho. — Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida, y señalensele cinco reales. — Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo don Quijote, que no está en un cuartillo más á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. — Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es la de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis. — Aún ahi sería el diablo, dijo don Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia; porque el caballo en que iban, à mi me pareció que antes volaba que corria, y asi no hay para qué venderme à mi el gato por liebre, presentándome aqui á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene à mano, ahora holgándose en Francia con su esposo à pierna tendida: ayude Dios con lo suyo à cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intención sana, y prosiga. Maese Pedro, que vió que don Quijote izquierdeaba, y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: - Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que le servian; y asi, con sesenta maravedis que me den por ella, quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que después lo moderaron los dos jueces ar١

bitros con satisfacción de las partes, que llegaron a cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. — Dáselos, Sancho, dijo don Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y doscientos diera yo ahora en albricias à quien me dijera con certidumbre, que la señora doña Melisendra y el señor don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos. — Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar à que me busque esta noche, y amanecera Dios y verémonos. En resolución, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya después de amanecido se vinieron á despedir de don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver à entrar en más dimes ni diretes con don Quijote, á quien él conocia muy bien, y asi madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué también á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á don Quijote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien por orden de su señor, y despidiéndose dél casi à las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene, para dar lugar à contar otras cosas pertenecientes à la declaración desta famosa historia.

CAPÍTULO XXVII

DONDE SE DA CUENTA QUIÉNES ERAN MAESE PEDRO Y SU MONO-CON EL MAL SUCESO QUE DON QUIJOTE TUVO EN LA AVEN, TURA DEL REBUZNO, QUE NO LA ACABÓ COMO EL QUISIERA Y COMO LO TENÍA PENSADO.

Entra Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras, en este capítulo: «Juro como católico cristiano»: á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otro cosa sino que así como el católico cris-

tiano cuando jura, jura o debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, asi él la decia como si jurara como cristiano católico, en lo que quería escribir de don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, à quien entre otros galeotes dió libertad don Quijote en Sierra Morena, beneficio que después le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, à quien don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó à Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la primera parte, por culpa de los impresores (*), ha dado en qué entender à muchos, que atribuían à poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolución, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y después le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragón y cubrirse el ojo izquierdo acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos, lo sabía hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berbería, compró aquel mono à quien enseñó que, en haciéndole cierta señal, se le subiese en el hombro y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar más cercano, ó de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubicsen sucedido en el tal lugar, y à qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, y regocijadas, y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente, pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada

^(*) Aquí Cervantes explica los descuidos en que había incurrido con rese pecto al hurto y hallazgo del rucio de Sancho. Véase sobre este particular lo que se dice en las notas de las páginas 161, 163, 166 y 175.



pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, según tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba à las casas de quién él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarie, él hacia la seña al mono, y luego decia que le babla dicho tal y tal cosa, que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba à que dijese cômo adevinaba su mono, á todos hacía monas, y llenaba sua esqueros. Así cómo entró en la venta conoció à don Quijote y à Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiración á don Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban: pero hubiérale de costar caro si don Quijote bajara un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marailio y destruyó toda su caballeria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y volviendo à don Quijote de la Mancha, digo que después de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo, el mucho que faltaba desde alli à las justas. Con esta intención siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, basta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algún tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlo picó à Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pie della, à su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijėsemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadrón, tanto, que distintamente vió las banderas, juzgó de los colores, y notó las empresas que en ellas trajan, especialmente una que en un estandarte ó jirón de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boça abierta y la lengua de fuera en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor del, estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

> No rebuznaron en balde el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó don Quijote que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarandole lo que en el estandarte venia escrito. Dijole también que el que les había dado noticia de aquel caso, se habia errado en decir que dos regidores habían sido los que rebuznaron, pero que según los versos del estandarte, no habian sido sino alcaldes. A lo que respondió Sancho Panza: - Señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron, viniesen con el tiempo à ser alcaldes de su pueblo; y así se pueden llamar con entrambos titulos, cuanto más que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ò regidores, como ellos una por una hayan rebuznado; porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salía à pelear con otro que le corría más de lo justo y de lo que se debia à la buena vecindad. Fuése llegando à ellos don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadrón le recogieron en medio, crevendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera con gentil brio y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y alli se le pusieron alrededor todos los más principales del ejército por verle admirados con la admiración acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dijo:

--Buenos señores: cuán encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpáis un razonamiento que quiero haceros, hasta que veáis que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagáis, pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza en mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo: — Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesión la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Días ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso, para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, según las leyes del duelo, que estáis engañados en teneros por afrentados, por-



que ningún particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traición por que le reta. Ejemplo desto tenemos en don Diego Ordófiez de Lara, que retó à todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que sólo Vellido Dolfos había cometido la traición de mater á su rey, y así retó à todos, y à todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el señor don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estaban por nacer, ni à las otras menudencias que alli se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija. Siendo pues esto asi, que uno sólo no puede afrentar à reino, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir & venganza del reto de tal afrenta, pues no lo es: porque bueno seria que se matasen à cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazoleros, berenjeneros, ballenatos, jaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahi en boca de los muchachos y de gente de poco más ó menos; bueno seria por cierto que todos estes jusignes pueblos se corriesen, y vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches à cualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas, y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica; la segunda, por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera en defensa de su honca, de su familia y hacienda; la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos anadir la quinta : que puede contar por segunda), es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agragar algunas otras que sean justas y razonables; y que obliguen á tomar las armas. Pero tomarias por nifierias; y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrente, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto más, que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea; va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen; mandamiento que aunque parece algo dificultoso

de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana, y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, vuesas mercedes están obligados por leves divinas y humanas à sosegarse. — El diablo me lleve, dijo à esta sazón Sancho entre si, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento don Quijote, y viendo que todavia le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiere en medio la agudeza de Sancho, el cual, viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él diciendo: — Mi señor don Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el caballero de la Triste Figura, y ahora se llama el caballero de los Leones, es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un bachiller; y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado; y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña; y asi, no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren: cuanto más que ello se está dicho que es necedad correrse por sólo oir un rebuzno, que yo me acuerdo cuando muchacho, que rebuznaba cada y cuando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradisimos; y aunque por esa habilidad era envidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida, nunca se olvida; y luego, puesta la mano en la narices, comenzó à rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso à otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le había dado, con la lanza sobre mano, pero fueron tantas los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle; antes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no menos cantidad de arcabuces, volvió las riendas



à Rocinante, y à todo lo que su galope pudo, se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo à cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y à cada punto recogla el aliento por ver sin le faltaba: pero los del escuadrón se contentaron con verle huir sin tirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento apenas vuelto en si, y le dejaron ir tras su amo, no porque ėl tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado pues don Quijote buen trecho, volvió la cabeza, y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadrón se estuvieron alli hasta la noche, y por no haber salido à la batalla sus contrarios, se volvieron à su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantaran en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPÍTULO XXVIII

de cosas que dice Benengeli que las sabrá quiex le Leyere, si las les con atención

Cuando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasión. Esta verdad se verificó en don Quijote, el cual, dando lugar A la furia del pueblo y à las malas intenciones de aquel indignado escuadrón, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Segulale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin, ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio à los pies de Rocinante, todo ansioso, todo melido y todo apaleado. Apeóse don Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asas cólora le dijo: --Tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho; ay dónde hailastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿qué contrapunto se había de llevar sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el per signum crucis con un alfanje. - No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas; subamos y apartémonos de aqui, que yo pondré silencio en

mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan à sus buenos escuderos molidos como alheña ó como cibera en poder de sus enemigos. huye el que se retira, respondió don Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentia que no se funda sobre la base de la prudencia, se llama temeridad; y las hazañas del temerario más se atribuyen à la buena fortuna que à su ánimo; y así, yo confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores; y desto están las historias llenas, las cuales por no serte à ti de provecho, ni à mi de gusto, no te las refiero ahora. En esto ya estaba a caballo Sancho, ayudado de don Quijote, el cual asimismo subió en Rocinante, y poco à poco se fueron à emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de alli se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundisimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole don Quijote la causa de tan gran sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del celebro, le dolía de manera que le sacaba de sentido. — La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo don Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas estas partes que te duelen, y si más te cogiera más te doliera. — Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mi, ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo, todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el porqué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fe, señor nuestro amo, el mal ajeno, de pelo cuelga: y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear; otra vez y otras ciento volveremos à los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido à las espaldas, después me saldran à los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida), harto mejor haria yo, vuelvo à decir, en volverme à mi casa y à mi mujer y à mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fué servido de darme, y no andarme con tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano es-

cudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar y tendeos á todo vuesto buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballeria, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. -- Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadic os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y à la boca, que à trueco de que à vos no os duela nada, tendré vo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros a vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida; dineros tenéis mios; mirad cuanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar por cada mes, y pagaos de vuestra mano. — Cuando yo servia, respondió Sancho, à Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante, que el que sirve à un labrador; que en resolución los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido después que ha que sirvo à vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comi y bebi y dormi en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto à lo que dicen inclemencias del cielo, sustentandome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. -- Confieso, dijo don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco? — A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes me tendría por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo: pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una insula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todo serían treinta. — Está muy bien, replicó don Quijote, y conforme al salario que vos os habéis señalado, vinticinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. — ¡Oh cuerpo de mi! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. — Pues qué! ¿tanto ha, Sancho, que os la prometi? dijo don Quijote. — Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres dias más ó menos. Dióse don Quijote una gran palmada en la frente y comenzó à reir muy de gana, y dijo: — Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices Sancho, que ha veinte años que te prometi la insula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es asi y tú gustas dello, desde aqui te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgarême de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballeria, ¿dónde has visto tú ó leido que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto más tan más tanto, me habéis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follón y vestiglo, que todo lo pareces; éntrate, digo, por el mare mágnum de sus historias, y si hallares que algún escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete à tu casa; porque un solo paso desde aqui no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡Oh promesas mal colocadas! !Oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu mujer te llamaran señoria, te despides? ¿Ahora te vas. cuando yo venia con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mi tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho à don Quijote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia; y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: — Señor mio, yo confleso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida. Vuesa merced me perdone y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; más quien yerra y se enmienda, à Dios se encomienda. - Maravillarame, yo Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien; yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón, y te alientes y anímes à esperar el cumplimiento de mis promesas, qué aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que si haría, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo y Sancho al de una haya; que estos tales árboles y otros sus semejantes, siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir el alba siguieron su camino, buscando les riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contarà en el capítulo venidero.

CAPÍTULO XXIX

DR LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO

Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda, llegaron don Quijote y Sancho al río Ebro; y el verle fué de gran gusto à don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenía más à las verdaderas que à las mentirosas; bien al revés de Sancho, que todas

las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera, se le ofreció à la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que à entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote: — Has de saber Sancho, que este barco que aqui está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algún caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado dél, sino por la mano de otro-caballero; puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aún más, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: asi que, oh Sancho, este barco está puesto aqui para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia; y antes que éste se pase, ata juntos al rucio y a Rocinante, y a la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. - Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar à cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza atendiendo al refran: Has lo que tu amo te manda, y sientate con él à la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á vuesa merced que á mi me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadorés deste rio, porque en él se pescan las mejores zabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la protección y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longineuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlas. — No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los días de mi vida. - Longincuos, respondió don Quijote, quiere

decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. — Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? — ¿Qué? respondió don Quijote; santiguarnos y levar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del río, comenzó á tembiar temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oir roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: — El rucio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carisimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que don Quijote, mohino y colérico, le dijo: — ¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De qué lloras, corazón de mantequilla? ¿Quién te persigue, ó quién te acosa, ánimo de ratón casero? ¿O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aqui un astrolabio con qué tomar la a!tura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la linea equinoccial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. — Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuanto habremos caminado? — Mucho, replicó don Quijote, porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la linea que he dicho.

— Por Dios, díjo Sancho, que vuesa merced me trac por testigo de lo que dice á una gentil persona, puto y gafo, con la añadidura de meón, ó meo, ó no sé cómo. Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: — Sabrás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan en

Cádiz para ir à las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea equinoccial que te he dicho, es que á todos los que van en el navio, se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si les pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y si no, pasado habemos. — Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque alli estàn Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andemos al paso de una hormiga. — Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodiacos, eclipticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote à decir que te tientes y pèsques, que yo para mi tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza, miró á su amo y dijo: — O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas. - ¿Pues qué, preguntó don Quijote, has topado algo? - Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: — Ves alli, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, ó alguna reina, ó infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aqui traido. — ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho; ano echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? — Calla, Sancho, dijo don Qui-

ilea -

jote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experieucia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó à caminar no tan lentamente como hasta alli. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas à detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: - Demonios de hombres, ¿donde vais? ¿Venis desesperados? ¡Qué! ¿queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? - ¿No te dije yo, Sancho, dijo à esta sazón don Quijote, que habiamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciendoles: - Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrio à la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los Leones por otro nombre, à quien está reservada, por orden de los altos cielos, el dar fin felice à esta aventura; y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó à esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas à detener el barco, que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas:

Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tau manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con don Quijote y con Sancho al través en el agua: pero vinole bien à don Quijote, que sabía nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso à entrambos, allí había sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las

manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió à Dios con una larga y devota plegaria le librase de alli adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto acometieron å desnudar å Sancho y å pedir å don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo à los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonisima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela à la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. - ¿Qué personas ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen à moler trigo à estas aceñas? — Basta, dijo entre si don Quijote; aqui será predicar en desierto querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta; el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras: yo no puedo más, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas:—Amigos, cualesquiera que seáis, qué en esta prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto, se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: — A dos barcadas como éstas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera de uso, al parecer, de los otros hombres; y no acababan de entender á do se encaminaban las razones y preguntas que don Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron à sus aceñas y los pescadores à sus ranchos. Volvieron à sus bestias y à ser bestias don Quijote y Sancho; y este fin tuvo la aventura del encantado barco.



cudero, siete pies de tierra, y si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar y tendeos á todo vuesto buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballeria, ó à lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe vuesa merced un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. -- Haria yo usa buena apuesta con vos, Sancho, dijo don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya å la mano, que no os ducie nada en todo vuestro cuerpo. Habiad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y à la boca, que à trueco de que à vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto desekis volveros à vuestra casa con vuestra mujer y hijos, no permita Dios que yo os lo impida; dineros tenéis mios; mirad cuanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podéis y debéis ganar por cada mes, y pagaos de vuestra mano. — Cuando yo servia, respondió Sancho, à Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sansón Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amén de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante, que el que sirve á un labrador, que en resolución los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, à la noche cenamos olla y dorminos en cama, en la cual no he dormido después que ha que sirvo à vuesa merced, si no ha sido el tiempo brevo que estuvimos en casa de don Diego de Miranda, y la jira que tuve con la espuina que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comi y bebi y dormi en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto à lo que dicen inclemencias del cielo, sustentândome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. -- Confieso, dijo don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuanto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco? - A mí parecer, dijo Sancho, con dos reales más que vuesa merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado; esto es cuanto al salario de mi trabajo: pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una insula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todo serían treinta. — Está muy bien, replicó don Quijote, y conforme al salario que vos os habéis señalado, vinticinco días ha que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. — ¡Oh cuerpo de mi! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la insula se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. — Pues qué! ¿tanto ha, Sancho, que os la prometi? dijo don Quijote. — Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres dias más ó menos. Dióse don Quijote una gran palmada en la frente y comenzó à reir muy de gana, y dijo: — Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas, ¿y dices Sancho, que ha veinte años que te prometi la insula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es asi y tú gustas dello, desde aqui te lo doy, y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgarême de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballeria, ¿dónde has visto tú ó leído que ningún escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto más tan más tanto, me habéis de dar cada mes porque os sirva? Entrate, éntrate, malandrin, follón y vestiglo, que todo lo pareces; éntrate, digo, por el mare mágnum de sus historias, y si hallares que algún escudero haya dicho ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio, y vuélvete á tu casa; porque un solo paso desde aquí no has de pasar más adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡Oh promesas mal colocadas! !Oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu mujer te llamaran señoria, te despides? ¿Ahora te vas. cuando yo venia con intención firme y valedera de hacerte señor de la mejor insula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida; que para mi tengo que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho à don Quijote de hito



en hito, en tanto que los tales vituperios le decia; y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo: - Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los días que me quedan de mi vida. Yuesa merced me perdone y se duela de mi necedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malicia; más quien yerra y se enmienda, à Dios se encomienda. - Maravillárame, yo Sancho, si no mezclaras algún refrancico en tu coloquio. Ahora bien; yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interés, sino que procures ensanchar el corazón, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, qué aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que si haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y don Quijote se acomodó al pie de un olmo y Sancho al de una haya; que estos tales árboles y otros sus semejantes, siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia más sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir el alba siguieron su camino, buscando les riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capitulo venidero.

CAPITULO XXIX

DE LA FAMOSA AVENTURA DEL BARCO ENCANTADO

Por sus pasos contados y por contar, dos días después que salieron de la alameda, llegaron don Quijote y Sancho al rio Ebro; y el verle fué de gran gusto á don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidos cristales; cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos; especialmente fué y vino en lo que había visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le había dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia más à las verdaderas que à las mentirosas; bien al revés de Sancho, que todas

las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera, se le ofreció à la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró don Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego, sin más ni más, se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que alli estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió don Quijote: — Has de saber Sancho, que este barco que aqui está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algún caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque éste es estilo de los libros de las historias caballerescas y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algún caballero está puesto en algún trabajo que no puede ser librado dél, sino por la mano de otro-caballero; puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aún más, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos, le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: asi que, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia; y antes que éste se pase, ata juntos al rucio y à Rocinante, y à la mano de Dios que nos guie, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. - Pues así es, respondió Sancho, y vuesa merced quiere dar à cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza atendiendo al refran: Has lo que tu amo te manda, y sientate con él à la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir à vuesa merced que à mi me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadorés deste rio, porque en él se pescan las mejores zabogas del mundo. Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la protección y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. Don Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longineuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlas. — No entiendo esto de logicuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los días de mi vida. - Longincuos, respondió don Quijote, quiere



decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. - Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer abora? - ¿Qué? respondió don Quijote; santiguarnos y levar ferro; quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un saito en él, siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco à poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó à temblar temiendo su perdición; pero ninguna cosa le dió más pena que el oir roznar al rucio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y dijole á su señor: - El rucio rebusna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carisimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó à llorar tan amargamente, que don Quijote, mohino y colérico, le dijo: — ¿De qué temes, cobarde criatura? ¿De quê lloras, corazón de mantequilla? ¿Quién te persigue, ó quién te acosa, animo de ratón casero? ¿O qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿Por dicha vas caminando á pie y descalzo por las montañas Rifeas, sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ó ochocientas leguas; y si yo tuviera aqui un astrolabio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que hemos caminado, aunque, o yo se poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la linea. equinoccial, que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. — Y cuando lleguemos á esa leña que vuesa merced dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado? - Mucho, replicó don Quijote, porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, según el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que he dicho.

— Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me trae por testigo de lo que dice à una gentil persona, puto y gafo, con la afiadidura de meón, ó meo, ó no sé cómo. Rióse don Quijote de la interpretación que Sancho había dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y dijole: — Sabrás, Sancho, que los españoles y los que se embarcan en

Cádiz para ir à las Indias orientales, una de las señales que tienen para entender que han pasado la linea equinoccial que te he dicho, es que á todos los que van en el navio, se les mueren los piojos sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallaran si les pesan a oro; y asi puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y si no, pasado habemos. — Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que vuesa merced me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí estàn Rocinante y el rucio en el propio lugar do los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto à tal que no nos movemos ni andemos al paso de una hormiga. — Haz, Sancho, la averiguación que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodiacos, eclipticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote à decir que te tientes y pèsques, que yo para mi tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hacia la corva izquierda, alzó la cabeza, miró á su amo y dijo: — O la experiencia es falsa, ó no hemos llegado adonde vuesa merced dice, ni con muchas leguas. — ¿Pues qué, preguntó don Quijote, has topado algo? - Y aun algos, respondió Sancho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el río, por el cual sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algún encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces y suave. En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban; y apenas las hubo visto don Quijote, cuando con voz alta dijo á Sancho: — Ves alli, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algún caballero oprimido, ó alguna reina, ó infanta ó princesa malparada, para cuyo socorro soy aqui traido. — ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice vuesa merced, señor? dijo Sancho; ano echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? — Calla, Sancho, dijo don Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan y mudan de su sér natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro sér realmente, sino que lo parece, como lo mostró la experiencia en la transformación de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto el barco, entrado en la mitad de la corriente del río, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el río, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salían enharinados, y cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, representaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: - Demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿Venis desesperados? ¡Qué! ¿queréis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? — ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazón don Quijote, que habíamos llegado donde he de mostrar á do llega el valor de mi brazo? Mira que de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos: pues ahora lo veréis, bellacos; y puesto en pie en el barco, con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: - Canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrio à la persona que en esa vuestra fortaleza ó prisión tenéis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sca, que yo soy don Quijote de la Mancha, llamado el caballero de los Leones por otro nombre, à quien està reservada, por orden de los altos cielos, el dar fin felice à esta aventura; y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó à esgrimirla en el aíre contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas à detener el barco, que ya iba entrando en el randal y canal de las ruedas:

Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al ciclo le librase de tau manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron; pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con don Quijote y con Sancho al través en el agua: pero vínole bien à don Quijote, que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le lievó al fondo dos veces; y si no fuera por los molineros, que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso à entrambos, alli había sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho, puesto de rodillas, las

manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de alli adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habian hecho pedazos las ruedas de las aceñas, y viéndole roto acometieron à desnudar à Sancho y à pedir à don Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como si no hubiera pasado nada por él, dijo à los molineros y pescadores que él pagaria el barco de bonisima gana, con condición que le diesen libre y sin cautela à la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. - ¿Qué personas ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿Quiéreste llevar por ventura las que vienen à moler trigo à estas aceñas? — Basta, dijo entre si don Quijote; aqui será predicar en desierto querer reducir à esta canalla à que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta; el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras: yo no puedo más, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas:—Amigos, cualesquiera que seáis, qué en esta prisión quedáis encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra, yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto, se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: — A dos barcadas como éstas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados, mirando aquellas dos figuras tan fuera de uso, al parecer, de los otros hombres; y no acababan de entender à do se encaminaban las razones y preguntas que don Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejaron, y se recogieron à sus aceñas y los pescadores à sus ranchos. Volvieron à sus bestias y à ser bestias don Quijote y Sancho; y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPÍTULO XXX

DE LO QUE LE AVINO À DON QUIJOTE CON UNA BELLA CAZADORA

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, a quien llegaba el alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitarselo à él de las nifias de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra, se pusieron á caballo, y se apartaron del famoso rio: don Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo, todas ó las más, eran disparates; y buscaba ocasión de que, sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un día se desgarrase y se fuese à su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él temía. Sucedió pues que otro dia, al poner del sol y al salir de una selva, tendió don Quijote la vista por un verde prado; y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altaneria. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquisima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió à entender à don Quijote ser aquella alguna gran señora que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad: y así dijo á Sancho: — Corre, hijo Sancho, y di à aquella señora del palafrén y del azor, que yo, el caballero de los Leones, besa las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me da licencia se las iré á besar, y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandare: y mira, Sancho, como hablas y ten cuenta de no encajar algún refrán de los tuyos en tu embajada. - Hallado os le habéis el encajador, respondió Sancho: à mi con eso; sí, que no es esta la vez primera que he llevado embajadas å altas y crecidas señoras en esta vida. — Si no fué la que llevaste à la señora Dulcinea, replicó don Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, à lo menos en mi poder. — Asi es verdad, respondió Sancho, pero al buen pagador no le due-

len prendas, y en casa llena, presto se guisa la cena: quiero decir, que à mi no hay que decirme ni advertirme de nada; que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco. — Yo lo creo, Sancho, dijo don Quijote; ve en buen hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rucio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos le dijo: — Hermosa señora, aquel caballero que alli se parece, llamado el caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza: este tal caballero de los Leones, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envia por mí á decir á vuestra grandeza, sea servida de darle licencia para que con su propósito, y beneplácito, y consentimiento, el venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altaneria y fermosura, que en dársela vuestra señoria hará cosa que redunde en su pró, y él recibirá señaladisima merced y contento. — Por cierto, buen escudero, respondió la señora, vos habéis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantáos del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el de la Triste Figura, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos: levantáos, amigo, y decid á vuestro señor, que venga mucho enhorabuena á servirse de mi y del Duque mi marido, en una casa de placer que aqui tenemos.

Levantôse Sancho admirado, así de la hermosura de la buena señora, como de su mucha crianza y cortesia, y más de lo que le había dicho que tenía noticia de su señor el caballero de la Triste Figura: y que si no le habia llamado el de los Leones debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa (cuyo titulo aún no se sabe): - Decidme, hermano escudero, geste vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del In-GENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe andar en la tal historia, à quien llaman Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir que trocaron en la estampa. — De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid à vuestro señor, que él sea el bien llegado y el bien venido à mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandisimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le había dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos, su mucha fermosura, su gran donaire y cortesia. Don Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió à Rocinante, y con gentil denuedo fué à besar las manos à la duquesa; la cual, haciendo llamar al duque su marido, le contó en tanto que don Quijote llegaba, toda la embajada suya; y los dos, por haber leido la primera parte desta historia, y haber entendido por ella el disparatado humor de don Quijote, con grandisimo gusto y con deseo de conocerle le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los días que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leido, y aun les eran muy aficionados.

En esto llegó don Quijote, alzada la visera; y dando muestras de apearse, acudió Sancho á tenerle el estribo, pero fué tan desgraciado, que al apearse del rucio se le asió un pie en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, antes quedó colgado del con la boca y los pechos en el suelo. Don Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado à tenérsele, descargo de golpe el cuerpo, y llevôse tras si la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suclo no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echo al desdichado de Sancho, que aun todavía tenía al pie en la corma. El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á don Quijote mal trecho de la caida, y renqueando y como pudo, fué à hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeandose de su caballo, fué à abrazar à don Quijote, diciéndole: — A mi me pesa, señor caballero de la Triste Figura, que la primera que vuesa merced ha hecho en mi tierra haya sido tan mala como se ha visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. - El que yo he tenido en veros, valeroso principe, respondió don Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caída no parara hasta el profundo de los abismos, pues de alli me levantara y me sacara la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua

para decir malicias, que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pie ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesia. — Pasito, mi señor don Quijote de la Mancha, dijo el duque, que adonde está mi señora doña Dulcinea del Toboso, no es razón de que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazón libre Sancho Panza del lazo, y hallandose alli cerca, ante que su amo respondiese dijo: — No se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Dulcinea del Toboso, pero donde menos se piensa se levanta la liebre, que yo he oido decir que esto que llaman naturaleza, es como un alcaller que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso, también puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la duquesa á fe que no va en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse don Quijote à la duquesa y dijo — Vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me sacará verdadero, si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mi. A lo que respondió la duquesa: — De que Sancho el bueno, sea gracioso, lo estimo yo en mucho; porque es señal que es discreto; que las gracias y los donaires, señor don Quijote, como vuesa merced bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes: y pues el buen Sancho es gracioso y donairoso, desde aqui le confirmo por discreto. -- Y hablador, añadió don Quijote. -- Tanto que mejor, dijo el duque, porque muchas gracias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran caballero de la Triste Figura... — De los Leones ha de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay triste figura: el siguro sea el de los Leones. Prosiguió el duque: — Digo que venga el caballero de los Leones á un castillo mio, que está aqui cerca, donde se le hará el acogimiento que à tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que à él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla à Rocinante, y subiendo en él don Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron à la duquesa en medio, y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretejióse entre los tres, y hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron à gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPÍTULO XXXI

QUE TRATA DE MUCHAS Y GRANDES COSAS

Suma era la alegria que llevaba consigo Sancho, viéndose à su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de don Diego y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasión por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se ofrecía. Cuenta pues la historia, que antes que à la plaza (*) de placer ó castillo llegasen, se adelantó el duque, y dió orden à todos sus criados del modo que habian de tratar á don Quijote, el cual como llegó con la duquesa à las puertas del castillo, al instante salieron dél dos lacayos ó palafreneros vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesi; y cogiendo á don Quijote en brazos, sin ser oído ni visto, le dijeron: -- Vaya la vuestra grandeza à apear à mi señora la duquesa. Don Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfia de la duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafrén sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á apearla, y al entrar en un gran patio, llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros à don Quijote un gran manto de finisima escarlata; y en un instante, se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo à grandes voces: — Bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos, ó los más, derramaban pomos de aguas olorosas sobre don Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba don Quijote; y aquel fué el primer dia que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballe-

^(*) En varias ediciones modernas se ha puesto «casa de placer».

ros en los pasados siglos. Sancho, desamparando al rucio, se cosió con la duquesa, y se entró en el castillo; y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó à una reverenda dueña que con otras á recebir á la duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: - Señora González, o como es su gracia de vuesa merced. — Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña, ¿qué es lo que mandáis, hermano? A lo que respondió Sancho: — Querria que vuesa merced me la hiciese de salir à la puerta del castillo, donde hallará un asno rució mio: vuesa merced sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. — Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala, para vos y para quien acá os trujo; y tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. — Pues en verdad, respondió Sancho, que he oido decir á mi señor, que es zahori de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, «Que damas curaban dél, y dueñas de su rocino»; y que en el particular de mi asno, que no lo trocara yo con el rocin del señor Lanzarote. — Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mi no podéis llevar sino una higa. — Aun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá vuesa merced la quinola de sus años por punto menos. — Hijo de puta, dijo la dueña, toda ya encendida en colera, si soy vieja o no, a Dios daré la cuenta, que no à vos, bellaco, harto de ajos; y esto dijo en voz tan alta, que lo oyó la duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia. — Aqui las he, respondió la dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza à un asno suyo que està à la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo, que así lo hicieron no sé dónde, que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas à su rocino, y sobre todo, por buen término, me ha llamado vieja. – Esto tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, más que cuantas pudieran decirme; y hablando con Sancho le dijo: — Advertid, Sancho amigo, que doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por la autoridad y por la usanza, que por los años.

- Malos sean los que me quedan por vivir, respondió San-

cho, si lo dije por tanto; sólo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podía encomendarle á persona más caritativa que á la señora doña Rodriguez. Don Quijote que todo lo oia, le dijo: — ¿Platicas son estas, Sancho, para este lugar? — Señor, respondio Sancho, cada uno ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aqui se me acordó del rucio, y aqui hablé de él, y si en la caballeriza se me acordara, alli hablara. A lo que dijo el duque:--Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rucio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como à su misma persona. Con estos razonamientos gustosos à todos sino à don Quijote, llegaron à lo alto, y entraron à don Quijote en una sala adornada de telas riquisimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habían de hacer, y de como habíam de tratar á don Quijote para que imaginase y viese que le trataban como caballero andante. Quedó don Quijote, después de desarmado, en sus estrechos gregüescos y en su jubón de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra. figura que à no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa (que fué una de las precisas órdenes que sus señores les habían dado,) reventaran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar, para (*) una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes, como la valentia. Con todo, dijo que diesen la camisa à Sancho, y encerrándose con él en una cuadrá donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho, le dijo: — Dime, truhán moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar à una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquellos para acordarte del rucio, ò señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente à sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no descubras la hilaza, de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de ti, que en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los principes á los demás

^{(&#}x27;) Para ponerle una camisa se ha puesto on muchas ediciones modernas.

hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti, y malaventurado de mi, que si ven que tú eres un grosero villano, ò un mentecato gracioso, pensarán que soy yo algún echacuervos, ó algún caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo: huye, huye destos inconvinientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer puntapié cae y da en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca; y advierte que hemos llegado à parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto, en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua antes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba; y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubriría quien ellos eran. Vistióse don Quijote, púsose su tahali con su espada, echose el manton de escarlata acuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió à la gran sala, adonde halló à las doncellas puestas en ala, tantas à una parte como à otra, y todas con adrezo de darle aguamanos, la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Luego llegaron doce pajes con el maestresala, para llevarle à comer, que ya los señoces le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad, le llevaron á otra sala donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios. La duquesa y el duque salieron à la puerta de la sala á recebirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los principes; destos que como no nacen principes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de las grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales, digo que debia de ser el grave religioso, que con los duques salió à recebir à don Quijote. Hiciéronse mil corteses comedimientos, y finalmente cogiendo à don Quijote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Convidó el duque á don Quijote con la cabecera de la mesa; y aunque él lo rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, y el duque y la duquesa à las dos lados. A todo estaba presente Saucho, embobado y atónito de ver la honra que à su señor aquellos principes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y don Qui-

fraise :

jote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: — Si sus mercedes me dan licencia les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando don Quijote tembló, creyendo sir. duda alguna que habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho, y entendióle, y dijo: -- No tema vuesa merced, señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuesa merced me dió, sobre el hablar mucho ó poco, bien ó mal. — Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió don Quijote; di lo que quisieres, como lo digas presto. — Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor don Quijote, que está presente no me dejará mentir. - Por mi, replicó don Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré à la mano: pero mira lo que vas à decir. — Tan mirado y remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. — Bien será, dijo don Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aqui à este tonto, que dirà mil patochadas. - Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se ha de apartar de mi, Sancho, un punto: quiérole yo mucho, porque es muy discreto. — Discretos días, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mi tiene, aunque en mi no lo haya; y el cuento que quiero decir es este: Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con dona Mencia de Quinones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero. ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? digalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algún hablador mentiroso.

— Hasta ahora, dijo el eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré.—Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad; pasa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos días. — No ha de acortar tal, dijo la duquesa, por hacerme à mí placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis días, que si tantos fuesen, serían para mí los mejores que hubiese llevado en mí vida. — Digo pues, señores míos, prosiguió Sancho, que este



tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa à la suya un tiro de ballesta, convidó à un labrador pobre, pero honrado. — Adelante, hermano, dijo a esta sazón el religioso, que camino lleváis de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. — A menos de la mitad pararė, si Dios fuere servido, respondió Sancho; y así digo, que llegando el tal labrador à casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempe à segar à Tembleque. — Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo, si no queréis hacer más exequias, acabéis vuestro cuento. — Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca.... Gran gusto recibian los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. — Digo asi, dijo Sancho, que estando, como he dicho, los dos para sentarse à la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba también que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza diciéndole: — Sentáos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera; y este es el cuento; y en verdad, que creo que no ha sido aqui traido fuera de propósito.

Púsose don Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecían. Los señores disimularon la risa porque don Quijote no acabase de correrse habiendo entendido la malicia de Sancho; y por mudar de plática, y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á don Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos días algunos presensentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. A lo que don Quijote respondió: — Señora mia, mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes he vencido, y follones y malandrines le he enviado; ¿pero adónde la habían de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede? — No sé, dijo Sancho Panza; á mi me parece la más hermosa cria-

tura del mundo; à lo menos en la ligereza y en el brincar. bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fe, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. — ¿Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque. — Y cómo si la he visto, respondió Sancho: ¿pues quién diablos sino yo fué al primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico, que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser don Quijote de la Mancha, cuya historia leia el duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha colera, habiando con el duque, le dijo: - Vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta à nuestro Señor de lo que hace este buen hombre. Este don Quijote, ó don Tonto, ó como se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lieve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la platica a don Quijote, le dijo: — Y a vos, alma de cantaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad en hora buena, y en tal se os diga: volveos á vuestra casa, y criad vuestros hijos si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento, y dando que reir à cuantos os conocen y no os conocen. ¿En donde nora tal habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Donde hay gigantes en España, o malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo don Quijote à las razones de aquel venerable varón, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro, se puso en pie y dijo: pero esta respuesta capitulo por si merece.

CAPÍTULO XXXII

DE LA RESPUESTA QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SU REPRENSOR,
CON OTROS GRAVES Y GRACIOSOS SUCESOS

Levantado pues en pie don Quijote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: — El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo; y asi por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con vuesa merced, de quien se debia esperar antes buenos consejos, que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo menos el haberme reprendido en público y tan asperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprensión; pues las primeras, mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien, que sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin más ni más mentecato y tonto. Si no, dígame vuesa merced, ¿por cuál de las mentecaterías que en mi ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della, y de mi mujer, y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino á trochemoche entrarse por las casas agenas à gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondón á dar leyes à la caballería, y à juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magnificos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballeria, no se me da un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altisimo: unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adu-

lación servil y baja, otros por el de la hipocresia engañosa, y algunos por el de la verdadera religión; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo he satisfecho agravios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean: y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes. — Bien por Dios, dijo Sancho, no diga más vuesa merced, señor y amo mio, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo: y más, que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? — Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, à quien vuestro amo tiene prometida una insula? — Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate à los buenos, y seras uno dellos; y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces; y de los quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija: yo me he arrimado á buen señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni à mi insulas que gobernai.

— No por cierto, Sancho amigo, dijo à esta saxón el duque, que yo en nombre del señor don Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones, de no pequeña calidad. — Hincate de rodillas, Sancho, dijo don Quijote, y besa los pies de su excelencia por la merced que te ha hecho. Hisolo asi Sancho; lo cual visto por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohino además, diciendo: — Por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sandio vuestra excelencia como estos pecadores; mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa me estaré yo en la mía, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir más ni comer más se fué, sin que facesa

parte à detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le había causado. Acabó de reir, y díjo á don Quijote: — Vuesa merced, señor caballero de los Leones, ha respondido por si tan altamente, que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres no agravian los eclesiásticos, como vuesa merced mejor sabe. — Así es, respondió don Quijote, y la causa es que el que no puede ser agraviado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe: la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta; el agravio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: Está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada, y dándole de palos, pone mano á la espada, y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado; y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no alcanza: este que recibió los palos recibió agravio, más no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió à hurta cordel, pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traición; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que había hecho, sin volver las espaldas y à pie quedo: y así, según las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, más no afrentado; porque los ninos no sienten, ni las mujeres, ni pueden huir ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religión; porque estos tres géneros de gentes carecen de armas ofensivas y defensivas; y así, aunque naturalmente estén obligados à defenderse, no lo están para ofender à nadie: y aunque poco ha dije que yo podia estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera; porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las cuales razones, yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: sólo quisiera que esperara algún poco para darle á entender el error en que está, en pensar y decir que no ha habido ni los

hay caballeros andantes en el mundo; que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linaje, yo sé que no le fuera bien a su merced. — Eso juro yo bien, dijo Sancho, cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como á un melón muy maduro; bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalván hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablara más en tres años: no sino, tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos. Perecia de risa la duquesa en oyendo hablar à Sancho, y en su opinión le tenía por más gracioso y por más loco que á su amo; y muchos hubo en aquel tiempo que fueren deste mismo parecer. Finalmente, don Quijote se sosegó, y la comida se acabó, y en levantando los manteles, llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil, asimismo de plata, y la otra con dos blanquisimas y riquisimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabón napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donaire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de don Quijote, el cual, sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así, tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó à llover el aguamanil, y la doncella del jabón le manoscó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no sólo por las barbas, más por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto, que se los hicieron cerrar por fuerza. El duque y la duquesa, que de nada desto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le había acabado el agua, y mandó à la del aguamanil fuese por ella, que el señor don Quijote esperaria. Hizolo asi, y quedó don Quijote con la más extraña figura, y más para hacer reir, que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos; y como le veian con media vara de cuello más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón, fué gran maravilla y mucha discreción poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores; á ellos les retozaba la cólera y

· la risa en el cuerpo, y no sabían á qué acudir: ó á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó darles premio por el gusto que recebian de ver à don Quijote de aquella suerte. Finalmente, la doncella del aguamanil vino y acabaron de lavar à don Quijote, y luego, la que traia las toallas, le limpió y le enjugó mny reposadamente; y haciendole todas cuatro à la par una grande y profunda reverencia, se querian ir; pero el duque, porque don Quijote no cayese en la burla, llamó à la doncella de la fuente, diciéndole: — Venid y lavadme à mi, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha, aguda y diligente, llegó y puso la fuente al duque como á don Quijote, y dándose prisa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejandole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron. Después se supo que había jurado el duque que si á él no le lavaran como á don Quijote, habia de castigar su desenvoltura, lo cual habían enmendado discretamente con haberle á él jabonado. Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre si: — Válame Dios, isi será también usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como à los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo he bien menester, y aunque si me las raspasen à navaja lo: tendria más á beneficio. — ¿Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la duquesa. — Digo, señora, respondió él, que en las cortes de los otros principes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua à las manos, pero no lejia à las barbas, y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho: aunque también dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio destos, antes es gusto que trabajo. — No tengáis pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y aún os metan en colada si fuera menester. — Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. - Mirad maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El maestresala respondió que en todo sería servido el señor Sancho; y con esto se fué à comer, y llevo consigo à Sancho, quedandose à la mesa los duques y don Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballeria. La duquesa rogó à don Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que según lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la más bella criatura del orbe y aun de toda la Mancha.

Sospiró don Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo: — Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aqui delante sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo à mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y les buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en marmoles y en bronce, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? — ¿Qué quiere decir demostina, señor don Quijote? preguntó la duquesa; que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. — Retórica demostina, respondió don Quijote, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Cicerón, que fueron los dos mayores retóricos del mundo. — Así es, dijo el duque, y habéis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo eso nos daria gran gusto el señor don Quijote si nos la pintase, que å buen seguro que, aunque sea en rasguño ó bosquejo, que ella salga tal que la tengan invidia las más hermosas. — Si hiciera, por cierto, respondió don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgracia que poco ha que le sucedió, pues es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los días pasados á besarle las manos, y á recebir su bendición, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba; halléla encantada y conversida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. — ¡Válame Dios! dando una gran voz dijo á este instante el duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenía, y la honestidad que le acreditaba? — ¿Quién? respondió don Quijote, ¿quién puede ser sino algún maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? Esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y para dar luz y levantar los fechos de los malos.

Perseguidome han encantadores; encantadores me persiguen; y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido; y en aquella parte me dañan y hieren donde veen que más lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho y ahora lo vuelvo á decír, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

- No hay más que decir, dijo la duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor don Quijote, de pocos días á esta parte ha salido á la luz del mundo con general aplauso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea; y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. — En eso hay mucho que decir, respondió don Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es tantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré, ni pari à mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en si las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tache, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, à causa que sobre la buena sangre, resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas. - Asi es, dijo el duque: pero hame de dar licencia el señor don Quijote para que diga lo que me fuerza á decir la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que vuesa merced nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madasimas, ni con otras deste jaez, de quien están llenas las historias que vuesa merced bien sabe. — A eso puedo decir, respondió don Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre; y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto más, que Dulcinea tiene un jirón que la puede llevar à ser reina de corona y cetro; que es me-

recimiento de una mujer hermosa y virtuosa à hacer mayores milagros se entiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en si encerradas mayores venturas. — Digo, señor don Quijote, dijo la duquesa, que en todo cuanto vuesa merced dice va con pie de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aqui adelante, creeré y haré creer á todos los de mi casa, y aún al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy día, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como es el señor don Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo, y tener algún no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es, que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea, cuando de parte de vuesa merced le llevó una epistola, aechando un costal de trigo, y por más señas dice que era rubión; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje. A lo que respondió don Quijote. - Señora mía, sabra la vuestra grandeza, que todas ó las más cosas que á mi me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algún encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los más caballeros andantes y famosos. uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser ferido, como lo fué el famoso Roldán, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pie izquierdo, y que esto habia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna: y asi, cuando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llegar con fierro, le levantó del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordándose entonces de la muerte que dió Hércules à Anteon, aquel feroz gigante que decian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podría ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme si no fuera á fuerzas de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de haber otro alguno que me empezca; y asi viendo estos encantadores que con mi persona no pueden

usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo: y así, creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubión, ni trigo, sino granos de perlas orientales; y para prueba desta verdad quiero decir à vuestras magnitudes, como viniendo poco ha por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro día, habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discreción del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar según buen discurso, ella es la encantada, la ofendida y la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mi mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lágrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho, para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mi me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca parte à la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor titulo y fama. Por otra parte quiero que entiendan vuestras señorias, que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene à veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo, causa no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo, y créelo todo; cuando pienso que se va à despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no le trocaria con otro escudero, aunque me diesen de añadidura una ciudad, y asi estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le ha hecho merced; aunque veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldría con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y más que ya por muchas experiencias, sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador; pues hay por ahi ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intención y deseen acertar en todo;

que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejariale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la insula que gobernare. A este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y don Quijote, cuando overon muchas voces y gran rumor de gente en el palacio; y à deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir, picaros de cocina y otra gente menuda; y uno venía con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguiale y perseguiale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro picaro mostraba querérselas lavar. — ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la duquesa; ¿qué es esto? ¿qué queréis à este buen hombre? ¿cómo? ¿y no consideráis que está electo gobernador? A lo que respondió el picaro barbero: - No quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo. — Si quiero, respondió Sancho con mucha cólera, pero querria que fuese con toallas más limpias, con lejía más clara, y con manos no tan sucias; que no hay tanta diferencia de mi a mi amo, que á él le laven con agua de ángeles, y á mi con lejia de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los principes, tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aqui se usa, peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios; y el que se llegare à lavarme ni à tocarme á un pelo de la cabeza, digo de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras, más parecen burlas que gasajos de huéspedes. Perecida de risa estaba la duquesa viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto à don Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina, y así, haciendo una profunda reverencia à los duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dijo à la canalla: - Hola, senores caballeros, vuesas mercedes dejen al mancebo, y vuélvanse por donde vinieron, ó por otra parte si les antojare, que mi escudero es limpio tanto como otro; y esas artesillas son para él estrechas y penantes búcaros: tomen mi consejo, y

déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razón de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: No, sino lléguense à hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aqui un peine ó lo que quisieren, y almohácenme estas barbas, y si sacaren dellas cosas que ofenda á la limpieza, que me trasquilen á cruces. A esta sazón, sin dejar la risa, dijo la duquesa: — Sancho Panza tiene razón en todo cuanto ha dicho y la tendrá en cuanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse; y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habéis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, eu lugar de fuentes y aguamaniles de oro puro y de alemanas toallas, artesilias y dornajos de palo y rodillas de aparadores: pero en fin, sois malos y mal nacidos, y no podéis dejar, co. mo malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que tenéis con los escuderos de los andantes caballeros. Creveron los apicarados ministros, y aun el maestresala que venía con ellos, que la duquesa hablaba de veras; y asi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos, se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel, à su parecer sumo peligro, se fué à hincar de rodillas ante la duquesa, y dijo: — De grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra merced hoy me ha fecho, no puede pagarse con menos sino es con desear verme armado caballero andante para ocuparme todos los días de mivida en servir à tan alta senora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con algunas destas cosas puedo servir à vuestra grandeza, menos tardaré yo en obedecer, que vuestra señoria en mandar. — Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habéis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesia: bien parece, quiero decir, que os habéis criado à los pechos del señor don Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias como vos decis: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesias, con hacer que el duque mi señor, lo más presto que pudiere, os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y don Quijote se fué à reposar la siesta, y la duquesa pidió á Sancho, que si no tenia mucha gana de dormir, viniese á pasar la tarde con ella

y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que aunque era verdad que tenía por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad, él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel día ninguna, y vendría obediente á su mandado, y fuése. El duque dió nuevas órdenes como se tratase á don Quijote como à caballero andante, sin salir un punto del estilo como cuentan que se trataban los antiguos caballeros.

CAPÍTULO XXXIII

DE LA SABROSA PLÁTICA QUE LA DUQUESA Y SUS DONCELLAS PASARON CON SANCHO PANZA, DIGNA DE QUE SE LEA Y DE QUE SE NOTE.

Cuenta pues la historia, que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra, vino, en comiendo, à ver à la duquesa, la cual con el gusto que tenía de oirle le hizo sentar junto à si en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado, no quería sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas, con grandisimo silencio, á escuchar lo que diria; pero la duquesa fué la que hablo primero diciendo: — Ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me asolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran don Quijote anda ya impresa; una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió à Dulcinea, digo à la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del señor don Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió à fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinión de la sin par Dulcinea, y todas, que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buenos escuderos? A estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla; y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: — Ahora, señora mia, que he visto que no

nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto, responderé à lo que se me ha preguntado, y à todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo es, que yo tengo à mi señor don Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mi se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ó ocho días, que aun no está la historia; conviene á saber, lo del encanto de mi señora doña Dulcinea, que le he dado à entender que està encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que había pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática, dijo la duquesa: — De lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oidos, que me dice: pues don Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido à las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe ser él más loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le dás insulas que gobierne, porque el que no sabe gobernarse à si ¿cómo sabra gobernar à otros? — Par Dios señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero digale vuesa merced que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias ha que había de haber dejado à mi amo; pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quiérole bien, es agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadón; y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podría ser que el no darmele, redundase en pro de mi conciencia; que magüer tonto, se me entiende aquel refran de por su mal le nacieron alas à la hormiga; y aun podria ser que se fuese más aina Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador; tan buen pan hacen aqui como en Francia; y de noche todos los gatos son pardos; y asaz de desdichada es la persona que à las dos de la tarde no se ha desayunado; y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno; y las avecitas del campo tienen à Dios por su proveedor y despensero; y más calientan cuatro varas de paño de Cuenca que otras cuatro de limiste de Segovia; y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el principe como el jornalero; y no ocupa más pies de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo, todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar ó encoger, mal que nos pese y á buenas noches: y torno á decir, que si vuesa señoria no me quisiere dar la insula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto; y yo he oído decir que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce, y que de entre los bueyes, arados y conyundas sacaron al labrador Wamba para ser rey de España; y de entre los brocados, pasatiempos y riquezas sacaron a Rodrigo para ser comido de culebras (si es que las trovas de los romances antiguos no mienten). — Y cómo que no mienten, dijo á esta sazón dona Rodriguez la duena, que era una de las escuchantes, que un romance hay que dice, que metieron al rey Rodrigo vivo vivo, en una tumba llena de sapos, culebras y lagartos, y que de alli à dos dias dijo el rey desde dentro de la tumba con voz doliente y baja:

Ya me comen, ya me comen por do más pecado había.

Y según esto, mucha razón tiene este señor en decir que quiere ser más labrador que rey, si le han de comer sabandijas. No pudo la duquesa tener la risa oyendo la simplicidad de su dueña, ni dejó de admirafse en oir las razones y refranes de Sancho, á quien dijo: — Ya sabe el buen Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El duque, mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida insula á pesar de la invidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando menos lo piense se verá sentado en la silla defsu insula y en la de su estado y empuñará su gobierno, que,

con otro de brocado de tres altos lo deseche: lo que yo le encargo es que mire como gobierna á sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. — Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque vo soy caritativo de mio, y tengo compasión de los pobres, y á quien cuece y amasa, no le hurtes hogaza: y para mi santiaguada, que no me han de echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todos tus tus, y sé despavilarme à sus tiempos; y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato: digolo, porque los buenos tendrían conmigo mano y concavidad y los malos ni pie ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podria sea que á quince dias de gobernador me comiese las manos tras el oficio, y supiese más dél, que de la labor del campo en que me he criado. -Vos tenéis razón, Sancho, dijo la duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco ha tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada, que aquella imaginación que Sancho tuvo de buscar à su señor, y darle à entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia debía de ser por estar encantada, toda fué invención de alguno de los encantadores que al señor don Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte, que la villana que dió el brinco sobre la pollina, era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza que también tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y creáme, Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y cuando menos nos pensemos, la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

— Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y agora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió à la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la había visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mia, dice; porque de mi ruín ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase

en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca y magra persuasión como la mia, crevese una cosa tan fuera de todo término: pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como vo á taladrar los pensamientos y malicia de los pésimos encantadores. Yo fingi aquello por escaparme de las riñas de mi señor don Quijote, y no con intención de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. — Así es la verdad, dijo la duquesa; pero dígame ahora Sancho, qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa dijo: — Deste suceso se puede inferir, que pues el gran don Quijote dice que vió allí à la misma labradora que Sancho vió à la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aqui los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. — Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño; que yo no me tengo de tomar yo con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea que la que yo vi fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea no ha de estar à mi cuenta ni ha de correr por mi, ò sobre ello morena. No, sino ándense á cada triquete conmigo á dime y direte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algún quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza, el que anda ya en libros por ese mundo adelante, según me dijo Sansón Carrasco, que por lo menos es persona bachillerada por Salamanca; y los tales no pueden mentir si no es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento: así que, no hay para qué nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y según oí decir á mi señor, que más vale el buen nombre que las muchas riquezas, encajenme ese gobierno, y verán maravillas; que quien ha sido buen escudero será buen gobernador. — Todo cuanto aqui ha dicho el buen Sancho, dijo la duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo menos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, florentibus occidit annis. En fin, en fin, hablando à su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor. - En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita; bebo cuando tengo gana, y cuando no la

tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado; que á un brindis de un amigo, ¿qué corazón ha de haber tan de mármol que no haga la razón? Pero aunque las calzo no las ensucio: cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo. — Yo lo creo así, respondió la duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que después hablaremos más largo, y. daremos orden como vaya presto à encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo le besó las manos Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbre de sus ojos. — ¿Qué rucio es este? preguntó la duquesa. — Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rucio, y à esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser más propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh, válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! — Sería algún villano, dijo doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna. — Agora bien, dijo la duquesa, no haya màs, calle doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese à mi cargo el regalo del rucio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. — En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas; que aunque dice mi señor que en las cortesias antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas se ha de ir con el compás en la mano y comedido término. - Llévele, dijo la duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aún jubilarle del trabajo. — No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicha mucho, dijo Sancho, que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos; y que llevase yo el mío, no seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento y enviandole à reposar, ella se fué à dar cuenta al duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla à don Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le

hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPÍTULO XXXIV

QUE CUENTA DE LA NOTICIA QUE SE TUVO DE CÓMO SE HABÍA
DE DESENCANTAR LA SIN PAR DULCINEA DEL TOBOSO, QUE
ES UNA DE LAS AVENTURAS MÁS FAMOSAS DESTE LIBRO.

Grande era el gusto que recebian el duque y la duquesa de la conversación de don Quijote y de la de Sancho Panza, y confirmándose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que don Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa; pero de lo que más la duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que hubiese venido à creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio; y asi, habiendo dado orden á sus criados de todo lo que habían de hacer, de allí á seis dias le llevaron à casa de monteria con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rev coronado. Diéronle à don Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finisimo paño; pero don Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro dia habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposterias. Sancho si, tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese. Llegado pues el esperado día, armose don Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y don Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén, aunque el duque no queria consentirio; y finalmente llegaron à un bosque que entre dos altisimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y voceria, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el són de las bocinas. Apeóse la duquesa, y con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalies. Apeóse asimismo el

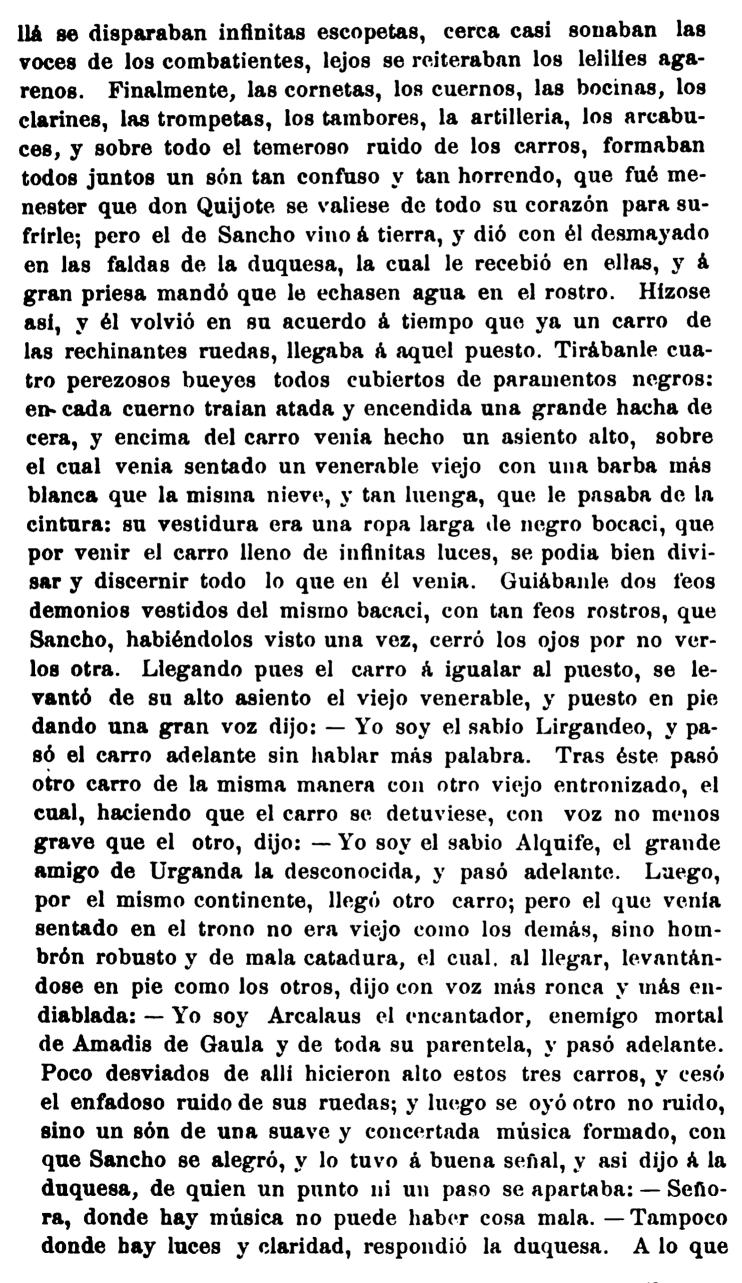
duque, y don Quijote, y pusiéronse à sus lados. Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio, á quien no osara desamparar porque no le sucediese algún desman; y apenas habian sentado el pie y puesto en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabali, crujiendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca; y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó à recebirle don Quijote: lo mismo hizo el duque con su venablo; pero à todos se adelantara la duquesa si el duque no se lo estorbara. Sólo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al rucio, y dió à correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad del asido de una rama, pugnando subir à la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viéndose asi, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal alli allegaba le podía alcanzar, comenzó à dar tantos gritos y à pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabali quedó atravesado de las cuchillas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza don Quijote à los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad; y dice Cide Hamete que pocas veces vió à Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver à Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban. Llegó don Quijote y descolgó à Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabali poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella, la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas à la duquesa de su roto vestido, dijo: — Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en ese extremo: yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, quo si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido, como Favila el nombrado.

— Ese fué un rey godo, dijo don Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. — Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querría yo que los principes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros à trueco de un gusto, que parece que no le había de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno. — Antes os engañáis, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y principes, que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra; hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer à su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandisimos y calores intolerables: menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volateria, que también es solo para reyes y grandes señores. Asi que, oh Sancho, mudad de opinión, y cuando seáis gobernador ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento. — Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: asi enhoramala andaria el gobierno. Mia fe, señor, la caza y los pasatiempos, más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores; en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ní cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia. — Plega à Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay un gran trecho. — Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y más vale al que Dios ayuda que al que mucho madruga; y tri. pas llevan piés, que no pies à tripas; quiero decir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intención, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte; no, sino pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no. — Maldito seas

de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo don Quijote; y cuándo será el dia, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen à este tonto, señores mios, que les molera las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes traídos tan á sazón y tan á tiempo cuanto le dé Dios à él la salud, ó à mi si los querria escuchar. — Los refranes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son más que los del Comendador griego, no por eso son menos en de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mi sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con más sazón acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos, salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos, se les pasó el día y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazón del tiempo pedía, que era en la mitad del verano: pero un cierto claro escuro que trujo consigo, ayudó mucho á la intención de los duques; y así como comenzó à anochecer, un poco más adelante del crepúsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardía, y luego se oyeron por aqui y por alli, y por aca y por aculla, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el són de los bélicos instrumentos, casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y aún de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilies al uso de moros cuando entran en las batallas, sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifaros, casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedara sin él, al són confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el duque, suspendióse la duquesa, admiróse don Quijote, tembló Sancho Panza, y, finalmente, aún hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y un postillón, que en traje de demonio les pasó por delante tocando en vez de corneta un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso són despedia. -Hola, hermano correo, dijo el duque, ¿quién sois, adónde vais, y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? A lo que respondió el correo con voz horrisona y desenfadada: - Yo soy el diablo, voy à buscar à don Quijote de la Mancha, la gente que por aqui viene son seis tropas de encantadores, que sobre un carro triunfante traen à la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo francés

Montesinos à dar orden à don Quijote de cômo ha de ser desencantada la tal señora. — Si vos fuérades diablo como decis, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero don Quijote de la Mancha, pues le tenéis delante. — En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venia se me olvidaba. -Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque à no serlo, no jurara en Dios y en mi conciencia; ahora yo tengo para mi, que aun en el mismo inflerno debe de haber buena gente. Luego el demonio; sin apearse, encaminando la vista à don Quijote, dijo: — A ti, el caballero de los Leones (que entre las garras dellos te vea yo), me envía el desgraciado pero valiente caballero Montesinos, mandandome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topare, à causa que trae consigo à la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte la que es menes. ter para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no ha de ser más mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores. Y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, y volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiración en todos, especialmente en Sancho y don Quijote: en Sancho, en ver que à despeche de la verdad, querian que estuviese encantada Dulcinea: en don Quijote, por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le había pasado en la cueva de Montesinos, y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo: — ¿Piensa vuesa merced esperar, señor don Quijote? — ¿Pues no? respondió él: aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese à embestir todo el infierno. — Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, asi esperare yo aqui como en Flandes, dijo Sancho. En esto se cerró más la noche. y comenzaron à discurrir muchas luces por el bosque, bien asi como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren. Oyôse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos, si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué, que parecia verdaderamente, que à las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro rencuentros ó batallas, porque alli sonaba el duro estruendo de espantosa artilleria, acu-



ille .

replicó Sancho: — Luz da el fuego y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen, pero la música siempre es indicio de regocijo y de fiestas. — Ello dirá, dijo don Quijote, que todo lo escuchaba; y dijo bien, como se muestra en el capitulo siguiente.

CAPÍTULO XXXV

DONDE SE PROSIGUE LA NOTICIA QUE TUVO DON QUIJOTE DEL DESENCANTO DE DULCINEA, CON OTROS ADMIRABLES SUCESOS.

Al compás de la agradable música, vieron que hacia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco; y sobre cada una venia un diciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con una hacha de cera grande, encendida en la mano. Era el carro dos veces, y aun tres, mayor que los pasados; y los lados y encima dél, ocupaban doce otros diciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono, venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, sino rica, à lo menos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un transparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosisimo rostro de doncella; y las muchas luces, daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban à veinte, ni bajaban de diez y siete: junto à ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes, hasta los pies, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente à frente de los duques y de don Quijote, cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y laúdes que en el carro sonaban; y levantándose en pie la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que don Quijote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los duques hicieron algún sentimiento temeroso. Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó à decir desta manera:



Yo soy Merlin, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo (mentira autorizada de los tiempos), principe de la mágica, y monarca y archivo de la ciencia zoroástrica, émulo á las edades y á los siglos, que solapar pretenden las hazañas de los andantes bravos caballeros, à quien yo tuve y tengo gran cariño,

Y puesto que es de los encantadores, de los magos ò mágicos, contino dura la condición, áspera y fuerte, la mía es tierna, blanda y amorosa, y amiga de hacer blen á todas gentes. En las cavernas lóbregas de Dite, donde estaba mi alma entretenida en formar ciertos rombos y caracteres, llegó la voz doliente de la bella y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia, y su trasformación de gentil dama en rústica aldeana: condolíme, y encerrando mi espiritu en el hueco desta espantosa y fiera notomía, después de haber revuelto cien mil libros desta mi ciencia endemoniada y torpe, vengo á dar el remedio que conviene à tamaño dolor, à mai tamaño.

Oh tù, gloria y honor de cuantos visten las túnicas de acero y de diamante, luz y farol, sendero, norte y guía de aquellos que dejando el torpe sueño y las ociosas plumas, se acomodan à usar el ejercicio intolerable de las sangrientas y pesadas armas:

A ti digo, oh varon, como se debe por jamas alabado, à ti, valiente juntamente y discreto don Quijote de la Mancha esplendor, de España estrella, que para recobrar su estado primo la sin par Dulcinea del Toboso, es menester que Sancho tu escudero, se dé tres mil azotes y trescientos en ambas sus valientes posaderas, al aire descubiertas, y de modo que le escuezan, le amarguen y le enfaden, y en estos se resuelven todos cuantos de su desgracia han sido los autores. Y à esto es mi venida, mis señores.

 Voto á tal, dijo á esta sazón Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres, como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé que tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. -- Tomaros he yo, dijo don Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros he à un árbol, desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados, que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones; y no me repliquéis palabra, que os arrancaré el alma. Ovendo lo cual, Merlin dijo: — No ha de ser asi, porque los azotes que ha de recebir el buen Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permitesele que si él quisiere redimir su vejación por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. — Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo si, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todas las diligencias necesarias para su desencanto; pero gazotarme yo? abernuncio. Apenas acabó de decir esto Sancho, cuando le vantándose en pie la argentada ninfa, que junto al espiritu de Merlin venia, quitandose el sutil velo del rostro, le descubrió tal, que á todos pareció más que demasiadamente hermoso; y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: - Oh malaventurado escudero, alma de cántaro, corazón de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandaran, ladrón, desuellacaras, que te arrojaras de una alta torre al suelo, si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de cule-

bras, si te persuadieran á que mataras á tu mujer y á tus hijos con algún truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostraras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinieren à saber con el discurso del tiempo. Pon, oh miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarrón y mal intencionado mónstro, que la edad tan florida mía, que aun se está todavia en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego à veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me ha hecho el señor Merlin, que está presente, sólo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en esas carnazas, bestión indómito, y saca de harón ese brio, que á sólo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condición, y la belleza de mi faz; y si por mi no quieres ablandarte, ni reducirte à algún razonable término, hazlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo, digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rigida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago.

Tentóse oyendo esto la garganta don Quijote, y dijo volviéndose al duque: — Por Dios, señor, que Dulcinea ha dicho la verdad, que aqui tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. — ¿Qué decis vos á esto, Sancho? preguntó la duquesa. — Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes abernuncio. — Abrenuncio habéis de decir, Sancho, y no como decis, dijo el duque. — Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy agora para mirar en sotilezas ni en letras más ó menos, porque me tienen tan turrbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo ni lo que me hago. Pero querría yo saber de la señora, mi señora doña Dulcinea del Toboso, adónde aprendió el modo de rogar que

tiene: viene à pedirme que me abra las carnes à azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, ó váme á mi algo en que se desencante ó nó? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de si para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ahi: que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña; y que dádivas quebrantan peñas; y á Dios rogando y con el mazo dando; y que más vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habían de considerar estos lastimados senores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos, unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen à pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique. — Pues en verdad amigo Sancho, dijo el duque, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. Bueno seria que vo enviase à mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lagrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador. — Señor, respondió Sancho, ano se me darian dos días de término para pensar lo que me está mejor? — No, en ninguna manera, dijo Merlin, aqui, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su pristino estado de labradora, ò ya en el sér que está será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. — Ea, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor don Quijote, à quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerias. Dad el si, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corasón



quebranta mala ventura, como vos bien sabéis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntó: — Digame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aqui el diablo correo y dió a mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aqui, porque venia à dar orden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto à Montesinos ni à sus semejas. A lo cual respondió Merlin: — El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandisimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio; porque Montesinos se está en su cueva entendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes: y por agora acabad de dar el si desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho, asi para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo se que sois de complexión sanguinea, y no os podrá hacer dano sacaros un poco de sangre. — Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues según parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición, que no he de estar obligado à sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. — De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal nùmero, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que, no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe à nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. — Ea pues, à la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo

acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimias, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes, dieron muestras de haber recebido grandisimo contento, y el carro comenzó à caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza á los duques y hizo una gran reverencia á Sancho; y ya en esto se venia à más andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuclos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los ríos que las esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por si y todos juntos, daban manifiestas señales que el dia, que à la aurora venia pisando las faldas, habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron à su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no había veras que más gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI

DONDE SE CUENTA LA EXTRAÑA Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA, ALIAS DE LA CONDESA TRIFALDI, CON UNA CARTA QUE SANCHO PANZA ESCRIBIÓ Á SU MUJER TERESA PANZA.

Tenía un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos y hizo que un paje hiciese à Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la duquesa à Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que si, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. — Eso, replicó la duquesa, más es darse de palmedas, que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura; menester será que el

buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejan sentir, porque la letra con sangrè entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada. (*) A lo que respondió Sancho: — Déme vuestra señoría alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me dará con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno. — Sea en buena hora, respondió la duquesa: yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho: - Sepa vuestra Alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della: aqui la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme à lo de gobernador, digo, al modo que deben de escribir los gobernadores. — ¿Y quién la notó? preguntó la duquesa. — ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mi? respondió Sancho. — ¿Y escribistesla vos? dijo la duquesa. — Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. - Veámosla, dijo la duquesa, que à buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER

« Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen « gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo « entenderás tú, Teresa mia, por ahora: otra vez lo sabrás.

^(*) Desde las palabras «y advierta» hasta la conclusión de este párrafo falta en casi todas las ediciones del Quijote. Tal supresión se debe á las miras de ciertas clases, sociales cuyos intereses y predicaciones se oponen al principio de moral que Cervantes pone en boca de la Duquesa, para condenar la hipocresía de los que sin bondad de corazón, hacen actos benéficos por pura conveniencia y exhibicionismo.

« Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en « coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar · es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres, mira si te « roerá nadie los zancajos. Ahi te envio un vestido verde de « cazador, que me dió mi señora la duquesa; acomódale en « modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Qui-« jote mi amo, según he oido decir en esta tierra, es un loco « cuerdo y un mentecato gracioso; y que yo no le voy en zaga. « Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin r ha echado mano de mi para el desencanto de Dulcinea del « Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres « mil y trescientos azotes, menos cinco, que me he dar, que-« dará desencantada como la madre que la parió. No dirás « desto nada á nadie, porque pon lo tuyo en consejo, y unos « dirán que es blanco y otros que es negro. De aqui à po-« cos dias me partiré al gobierno, adonde voy con grandisimo « deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los « gobernadores nuevos van con este mesmo deseo; tomaréle « el pulso, y avisaréte si has de venir à estar conmigo ó no. « El rucio está bueno, y se te encomienda mucho, y no le « pienso dejar aunque me llevaran á ser gran turco. La du-« quesa mi señora te besa mil veces las manos; vuélvele el « retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni « valga más barato, según dice mi amo, que los buenos come-« dimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra ma-« leta con otros cien escudos, como la de marras; pero no te « dé pena, Teresa mia, que en salvo está el que repica, y todo « saldrá en la colada del gobierno, sino que me ha dado gran « pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo « de comer las manos tras él, y si así fuese no me costaria « muy barato; aunque los estropeados y mancos ya se tienen « su calonjia en la limosna que piden: así que, por una via ó « por otra, tú has de ser rica de buena ventura. Dios te la « dé como puede, y á mi guarde para servirte. Deste casti-« llo, å 20 de julio 1614.

« Tu marido el gobernador, « Sancho Panza ».

En acabando la duquesa de leer la carta, dijo à Sancho: — En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador; la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se le prometió,



no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. — Yo no lo digo por tanto, señora, respondiò Sancho; y si à vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva, y podria ser que fuese peor, si me lo dejan á mi caletre. — No, no, replicó la duquesa, buena está esta, y quiero que el duque la vea. Con esto se fueron à un jardin, donde habían de comer aquel dia. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de que recibió grandisimo contento. Comieron, y después de alzado los manteles, y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, á deshora se oyó el són tristisimo de un pifaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonia, especialmente don Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado, de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristisimo y malencólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante, dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venían tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pifaro, negro y pizmiento como los demás.

Seguia à los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrisima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahali tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un tranparente velo negro, por quien se entreparecia una longuisima barba blanca como la nieve. Movia el paso á són de los tambores, con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender à todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopoyeya referida à hincarse de rodillas ante el duque, que en pie con los demás que alli estaban le atendia. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hizolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie. alzó el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba

que hasta entonces humanos ojos habian visto; y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque, dijo: — Altisimo y poderoso señor, à mi me llaman Trifaldin el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo à vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo, el valeroso y jamás vencido caballero don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene a pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener à milagro ó à fuerza de encantamento: ella queda à la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar, sino vuestro beneplácito: dijo. Y tosió luego, y manoscóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque, que fué: — Ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, á quien los encantadores la hacen llamar la Dueña Dolorida. Bien podéis, estupendo escudero, decirle que entre y que aqui está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte mujeres, en especial à las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoria. Oyendo lo cual Trifaldin, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pifaro y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que habia entrado, se volvió á salir del jardin dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque á don Quijote, le dijo: - En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen à buscar de lueñas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios sino à pie y en ayunas, los tristes, los afligidos los confiados que han de hallar en ese fortisimo brazo el remedio de



sus cuitas y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. — Quisiera yo, señor duque, respondió don Quijote, que estuviera aqui presente aquel bendito religioso, que à la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van å buscar su remedio à las casas de los letrados, ni à las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado à salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las secriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo, doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espiritu.

CAPÍTULO XXXVII

DOLORIDA

En extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intención don Quijote; y á esta sazón dijo Sancho: — No querría yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oido decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno. — Calla, Sancho amigo, dijo don Quijote, que pues esta señora dueña de tan

- Salara Maria Cara

¿Quien, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesia en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesania; y en estas cosas, según he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras. — Así es como Sancho dice, dijo el duque: veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesia que se le debe. En esto entraron los tambores y el pifaro como la vez primera. Y aqui, con este breve capitulo, dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII

DONDE SE CUENTA LA QUE DIÓ DE SU MALA ANDANZA LA DUEÑA DOLORIDA

Detrás de los tristes músicos, comenzaron á entrar por el jardin adelante, hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que sólo el ribete del mojil descubrian. Tras ellas venian la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finisima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en la manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se podia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli, que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundar; empero esta condesa, por favorecer la novedad de su



tiene: viene à pedirme que me abra las carnes à azotes, y llámame alma de cántaro y bestión indómito, con una tiramira de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce, ó váme á mi algo en que se desencante ó nó? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de si para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí: que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña; y que dádivas quebrantan peñas; y á Dios rogando y con el mazo dando; y que más vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que había de traerme la mano por el cerro y halagarme para que yo me hiciese de lana y de algodón cardado, dice que si me coge me amarrará desnudo á un árbol y me dobiará la parada de los azotes; y habían de considerar estos lastimados senores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador; como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir, y á tener crianza, que no son todos los tiempos, unos, ni están los hombres siempre de un buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen à pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique. — Pues en verdad amigo Sancho, dijo el duque, que si no os ablandáis más que una breva madura, que no habéis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase à mis insulanos un gobernador cruel, de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lagrimas de las afligidas doncellas, ni à los ruegos de discretos, imperiosos y antiguos encantadores y sabios. En resolución, Sancho, ó vos habéis de ser azotado, ó os han de azotar, ó no habéis de ser gobernador. — Señor, respondió Sancho, ano se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? - No, en ninguna manera, dijo Merlin, aqui, en este instante y en este lugar, ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y à su pristino estado de labradora, ò ya en el sér que está será llevada á los eliscos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. — Ea, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habéis comido del señor don Quijote, à quien todos debemos servir y agradar por su buena condición y por sus altas caballerias. Dad el si, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corasón

quebranta mala ventura, como vos bien sabéis. A estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntó: — Digame vuesa merced, señor Merlin, cuando llegó aquí el diablo correo y dió à mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aqui, porque venia à dar orden de que la señora doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejas. A lo cual respondió Merlin: — El diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandisimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio; porque Montesinos se está en su cueva entendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que aun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó tenéis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes: y por agora acabad de dar el si desta diciplina; y creedme, que os será de mucho provecho, así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la haréis; para el cuerpo, porque yo se que sois de complexión sanguinea, y no os podrá hacer dano sacaros un poco de sangre. — Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, replicó Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trescientos azotes, con condición que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goce el mundo de la hermosura de la señora doña Dulcinea del Toboso, pues según parece, al revés de lo que vo pensaba, en efecto es hermosa. Ha de ser también condición, que no he de estar obligado à sacarme sangre con la disciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me errare en el número, el señor Merlín, pues lo sabe todo, ha de tener cuidado de contarlos y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. — De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlín, porque llegando al cabal nùmero, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias y aun premios por la buena obra. Así que, no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe à nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. — Ea pues, á la mano de Dios, dijo Sancho, yo consiento en mi mala ventura, digo que yo

acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimias, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y don Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa y el duque y todos los circunstantes, dieron muestras de haber recebido grandisimo contento, y el carro comenzó à caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea, inclinó la cabeza á los duques y hizo una gran reverencia a Sancho; y ya en esto se venia á más andar el alba alegre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que las esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por si y todos juntos, daban manifiestas señales que el dia, que à la aurora venia pisando las faldas, habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza y de haber conseguido su intención tan discreta y felicemente, se volvieron à su castillo, con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no había veras que más gusto les diesen.

CAPÍTULO XXXVI

DONDE SE CUENTA LA EXTRAÑA Y JAMÁS IMAGINADA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA, ALIAS DE LA CONDESA TRIFALDI, CON UNA CARTA QUE SANCHO PANZA ESCRIBIÓ Á SU MUJER TERESA PANZA.

Tenía un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingenio, el cual hizo la figura de Merlín y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos y hizo que un paje hiciese á Dulcinea. Finalmente, con intervención de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que si, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. — Eso, replicó la duquesa, más es darse de palmedas, que de azotes: yo tengo para mí que el sabio Merlín no estará contento con tanta blandura; menester será que el



buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos ó de las de canelones, que se dejan sentir, porque la letra con sangrè entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea, por tan poco precio; y advierta, Sancho, que las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente no tienen mérito ni valen nada. (*) A lo que respondió Sancho: — Déme vuestra señoria alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me dará con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuesa merced que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto, y no será bien que yo me descrie por el provecho ajeno. — Sea en buena hora, respondió la duquesa: yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dijo Sancho: - Sepa vuestra Alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido después que me aparté della: aqui la tengo en el seno, que no le falta más de ponerle el sobrescrito; querría que vuestra discreción la leyese, porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo, al modo que deben de escribir los gobernadores. — ¿Y quién la notó? preguntó la duquesa. – ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mi? respondió Sancho. — ¿Y escribistesla vos? dijo la duquesa. — Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la duquesa, que á buen seguro que vos mostréis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingenio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER

« Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen « gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo « entenderás tú, Teresa mia, por ahora: otra vez lo sabrás.

^(*) Desde las palabras ey adviertae hasta la conclusión de este párrafo falta en casi todas las ediciones del Quijote. Tal supresión se debe á las miras de ciertas clases, sociales cuyos intereses y predicaciones se oponen al principio de moral que Cervantes pone en boca de la Duquesa, para condenar la hipocresia de los que sin bondad de corazón, hacen actos benéficos por pura conveniencia y exhibicionismo.



« Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en « coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar · es andar à gatas. Mujer de un gobernador eres, mira si te « roerá nadie los zancajos. Ahí te envio un vestido verde de « cazador, que me dió mi señora la duquesa; acomódale en « modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. Don Qui-« jote mi amo, según he oido decir en esta tierra, es un loco « cuerdo y un mentecato gracioso; y que yo no le voy en zaga. « Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin r ha echado mano de mi para el desencanto de Dulcinea del « Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres « mil y trescientos azotes, menos cinco, que me he dar, que-« dará desencantada como la madre que la parió. No dirás « desto nada á nadie, porque pon lo tuyo en consejo, y unos « dirán que es blanco y otros que es negro. De aqui á po-« cos dias me partiré al gobierno, adonde voy con grandisimo « deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los « gobernadores nuevos van con este mesmo deseo; tomaréle « el pulso, y avisaréte si has de venir à estar conmigo ó no. « El rucio está bueno, y se te encomienda mucho, y no le « pienso dejar aunque me llevaran á ser gran turco. La du-« quesa mi señora te besa mil veces las manos; vuélvele el « retorno con dos mil, que no hay cosa que menos cueste ni valga más barato, según dice mi amo, que los buenos come-« dimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra ma-« leta con otros cien escudos, como la de marras; pero no te « dé pena, Teresa mia, que en salvo está el que repica, y todo « saldrá en la colada del gobierno, sino que me ha dado gran « pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo « de comer las manos tras él, y si asi fuese no me costaria « muy barato; aunque los estropeados y mancos ya se tienen 🔹 su calonjia en la limosna que piden: así que, por una via ó « por otra, tu has de ser rica de buena ventura. Dios te la « dé como puede, y à mi guarde para servirte. Deste casti-« llo, à 20 de julio 1614.

« Tu marido el gobernador, « Sancho Panza ».

En acabando la duquesa de leer la carta, dijo à Sancho: — En dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador; la una en decir ó dar à entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se le prometió,

no se soñaba haber azotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. — Yo no lo digo por tanto, señora, respondiò Sancho; y si à vuesa merced le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla y hacer otra nueva, y podria ser que fuese peor, si me lo dejan á mi caletre. — No, no, replicó la duquesa, buena está esta, y quiero que el duque la vea. Con esto se fueron à un jardin, donde habían de comer aquel dia. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de que recibió grandisimo contento. Comieron, y después de alzado los manteles, y después de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversación de Sancho, á deshora se oyó el són tristisimo de un pifaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonia, especialmente don Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado, de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refugio, que era el lado ó faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el són que se escuchaba era tristisimo y malencólico. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante, dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venian tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. A su lado venia el pifaro, negro y pizmiento como los demás.

Seguia à los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido, con una negrisima loba, cuya falda era asimismo desaforada de grande. Por encima de la loba le ceñia y atravesaba un ancho tahali tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfanje, de guarniciones y vaina negra. Venia cubierto el rostro con un tranparente velo negro, por quien se entreparecia una longuisima barba blanca como la nieve. Movia el paso à són de los tambores, con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopoyeya referida à hincarse de rodillas ante el duque, que en pie con los demás que alli estaban le atendia. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hizolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pie. alzo el antifaz del rostro, y hizo patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba

que hasta entonces humanos ojos habian visto; y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque, dijo: — Altisimo y poderoso señor, á mí me llaman Trifaldin el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo, el valeroso y jamás vencido caballero don Quijote de la Mancha, en cuya busca viene à pie y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener à milagro ó à fuerza de encantamento: ella queda à la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar, sino vuestro beneplácito: dijo. Y tosió luego, y manoscose la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque, que fué: — Ya, buen escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi señora la condesa Trifaldi, à quien los encantadores la hacen llamar la Duena Dolorida. Bien podéis, estupendo escudero, decirle que entre y que aqui está el valiente caballero don Quijote de la Mancha, de cuya condición generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda; y asimismo le podréis decir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado á dársele el ser caballero, á quien es anejo y concerniente favorecer á toda suerte mujeres, en especial á las dueñas viudas, menoscabadas y doloridas, cual lo debe estar su señoria. Oyendo lo cual Trifaldin, inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pifaro y tambores señal que tocasen, al mismo són y al mismo paso que habia entrado, se volvió á salir del jardin dejando à todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque á don Quijote, le dijo: — En fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñas y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios sino à pie y en ayunas, los tristes, los afligidos los confiados que han de hallar en ese fortisimo brazo el remedio de

sus cuitas y trabajos, merced á vuestras grandes hazañas, que corren y rodean todo lo descubierto de la tierra. — Quisiera yo, señor duque, respondió don Quijote, que estuviera aqui presente aquel bendito religioso, que à la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y tan mala ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano que los extraordinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van a buscar su remedio à las casas de los letrados, ni à las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado à salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes; y de serlo yo, doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña, y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolución de mi animoso espiritu.

CAPÍTULO XXXVII

DONDE SE PROSIGUE LA FAMOSA AVENTURA DE LA DUEÑA DOLORIDA

En extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intención don Quijote; y á esta sazón dijo Sancho: — No querria yo que esta señora dueña pusiese algún tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo he oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal estaba con ellas el tal boticario! de lo que yo saco, que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condición que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno. — Calla, Sancho amigo, dijo don Quijote, que pues esta señora dueña de tan

lueñes tierras viene à buscarme, no debe de ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto más que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, será sirviendo à reinas y à emperatrices, que en sus casas son señorisimas, que se sirven de otras dueñas. A esto respondió doña Rodriguez que se halló presente: — Dueñas tiene mi senora la duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes: y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antiguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda; y quien à nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. — Con todo esto, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, según mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. — Siempre los escuderos, respondió doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antesalas, y nos veen á cada paso, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrándonos los huesos, y enterrándonos la fama. Pues mándoles yo à los leños movibles, que mal que les pese, hemos de vivir en el mundo y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro monjil nuestras delicadas ó no delicadas carnes, como quien cubre ó tapa un muladar con un tapiz en dia de procesión. A fe que si me fuere dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera à entender, no sólo à los presentes, sino à todo el mundo, como no hay virtud que no se encierro en una dueña. — Yo creo, dijo la duquesa, que mi buena doña Rodriguez tiene razón, y muy grande; pero conviene que aguarde tiempo para volver por si y por las demás dueñas, para confundir la mala opinión de aquel mal boticario y desarraigar la que tiene en su pecho el gran Sancho Panza. A lo que Sancho respondió: — Después que tengo humos de gobernador, se me han quitado los vaguidos de escudero, y no se me da por cuantas dueñas hay, un cabrahigo. Adelante pasaran con el coloquio duenesco, si no overan que el pifaro y los tambores volvian A sonar, por donde entendieron que la dueña dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si seria bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal. — Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho antes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña soy de parecer que no se muevan un paso. — Quién te mete à ti en esto, Sancho? dijo don Quijote. —

¿Quien, señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme, como escudero que ha aprendido los términos de la cortesia en la escuela de vuesa merced, que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesania; y en estas cosas, según he oido decir á vuesa merced, tanto se pierde por carta de más como por carta de menos: y al buen entendedor pocas palabras. — Así es como Sancho dice, dijo el duque: veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesia que se le debe. En esto entraron los tambores y el pifaro como la vez primera. Y aqui, con este breve capitulo, dió fin el autor, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.

CAPÍTULO XXXVIII

DONDE SE CUENTA LA QUE DIÓ DE SU MALA ANDANZA LA DUEÑA DOLORIDA

Detrás de los tristes músicos, comenzaron á entrar por el jardin adelante, hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos monjiles anchos al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequi, tan luengas, que sólo el ribete del mojil descubrian. Tras ellas venian la condesa Trifaldi, à quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finisima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos: la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en la manos de tres pajes asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se podía llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas: y así dice Benengeli, que fué verdad, y que de su propio apellido se llama la condesa Lobuna, á causa que se criaban en su condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la condesa Zorruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los señores la denominación de sus nombres de la cosa ó cosas en que más sus estados abundar; empero esta condesa, por favorecer la novedad de su faldad dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucia.

Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el duque, la duquesa y don Quijote, se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaldín. Viendo lo cual el duque, la duquesa y don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos à recebirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: — Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesia á este su criado, digo á esta su criada, porque según soy de dolorida, no acertaré à responder à lo que debo, à causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco, menos la hallo. — Sin él estaria, respondió el duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesia, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto à la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quien le habia de romper, y fué la dueña Dolorida con estas palabras: — Confiada estoy, señor poderosisimo, hermosisima señora, y discretisimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitisima en vuestros valerosisimos pechos acogimiento no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles y á ablandar los diamantes, y á modificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía, el acendradisimo caballero don Quijote de la Manchisima, y su escuderisimo Panza. -El Panza, antes que otros respondiese dijo Sancho, aqui esta y el don Quijotisimo asimismo, y así podréis, dolorosisima duenisima, decir lo que quisieredisimis, que todos estamos prontos y aparejadisimos à ser vuestros servidorisimos.

En esto se levantó don Quijote, y encaminando sus razones à la Dolorida dueña, dijo: - Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor ó fuerzas de algún andante caballero, aqui están las mías, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preàmbulos, sino á la llana y sin rodeos, decir vuestros males, que oidos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarse à los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: — Ante estos pies y piernas me arrojo, oh caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballeria: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: — ¡Oh tú: el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos: más luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran don Quijote, sirves en cifra à toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes à tu bondad fidelisima, me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humildisima y desdichadisima condesa. A lo que respondió Sancho: — De que sea mi bondad, señoria mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá, poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude à vuesa merced en todo lo que pudiere; vuesa merced desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habían tomado el pulso á la tal aventura, y alababan entre sí la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo: — Del famoso reino de Candaya, faldad dejó el Lobuna y tomó el Trifaldi. Venían las doce dueñas y la señora á paso de procesión, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucia.

Así como acabó de parecer el dueñesco escuadrón, el duque. la duquesa y don Quijote, se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procesión miraban. Pararon las doce dueñas, y hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó, sin dejarla de la mano Trifaidín. Viendo lo cual el duque, la duquesa y don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recebirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: — Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesia á este su criado, digo á esta su criada, porque según soy de dolorida, no acertaré à responder à lo que debo, à causa que mi extraña y jamás vista desdicha me ha llevado el entendimiento no sé adonde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto mis le busco, menos la hallo. — Sin él estaria, respondió el duque, señora condesa, el que no descubriese por vuestra persona vuestro valor, el cual sin más ver, es merecedor de toda la nata de la cortesia, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias: y levantándola de la mano la llevó & asentar en una silla junto à la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. Don Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quien le habia de romper, y fué la dueña Dolorida con estas palabras: — Confiada estoy, señor poderosisimo, hermosisima señora, y discretisimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitisima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles y á ablandar los diamantes, y á modificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero antes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía, el acendradisimo caballero don Quijote de la Manchisima, y su escuderisimo Panza. — El Panza, antes que otros respondiese dijo Sancho, aqui está y el don Quijotísimo asimismo, y asi podréis, dolorosisima duenisima, decir lo que quisieredisimis, que todos estamos prontos y aparejadisimos à ser vuestros servidorisimos.

En esto se levantó don Quijote, y encaminando sus razones à la Dolorida dueña, dijo: - Si vuestras cuitas, angustiada señora, se pueden prometer alguna esperanza de remedio por algún valor ó fuerzas de algún andante caballero, aqui están las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearán en vuestro servicio. Yo soy don Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos; y siendo esto así, como lo es, no habéis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preàmbulos, sino à la llana y sin rodeos, decir vuestros males, que oídos os escuchan, que sabrán, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarse à los pies de don Quijote, y aun se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: — Ante estos pies y piernas me arrojo, oh caballero invicto, por ser los que son basas y colunas de la andante caballeria: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y oscurecen las fabulosas de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á don Quijote se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos le dijo: — ¡Oh tú: el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos: más luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! bien puedes preciarte que en servir al gran don Quijote, sirves en cifra à toda la caterva de caballeros que han tratado las armas en el mundo. Conjúrote por lo que debes à tu bondad fidelisima, me seas buen intercesor con tu dueño para que luego favorezca á esta humildisima y desdichadisima condesa. A lo que respondió Sancho: — De que sea mi bondad, señoria mia, tan larga y grande como la barba de vuestro escudero, à mi me hace muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá, poco o nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias, yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y más agora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á vuesa merced en todo lo que pudiere; vuesa merced desembaúle su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderemos.

Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habían tomado el pulso à la tal aventura, y alababan entre si la agudeza y disimulación de la Trifaldi, la cual volviéndose à sentar dijo: — Del famoso reino de Candaya,

que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas más alla del Cabo Comorin, fué señora la reina doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon à la infanta Antonomasia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomasia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la más principal dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomasia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfección de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Pues digamos agora que la discreción era mocosa: así era discreta como bella, y era la más bella del mundo, y lo cs, si ya los nados invidiosos y las parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida; pero no habrán; que no han de permitir los cielos que se haga tanto mal á la tierra, como seria llevarse en agráz el racimo del más hermoso veduño del suelo. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de principes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza, un caballero particular que en la corte estaba, conflado en su mocedad y en su bizarria, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, si no lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacia hablar, y más que era poeta y gran bailarin, y sabía hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no qué una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueran poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón desuellacaras, no usara del remedio de rendirme a mi primero. Primero quiso el maladrin y desalmado vagamundo, granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolución, él me aduló el entendimiento, y me rindó la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oi cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian:



De la dulce mi enemiga nace un mal que al alma hiere, y por más tormento, quiere que se se sienta y no se diga.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almibar, y después acá, digo desde entonces, viendo el mal en que cai por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas, se habian de desterrar los poetas como aconsejaba Platón, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mantua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vesti do. Y otra vez cantó:

Ven, muerte, tan escondida, que no te sienta venir, porque el placer del morir no me torne a dar la vida.

Y de esta jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan y escritos suspenden. ¿Pues qué, cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, à quien ellos llamaban seguidillas? Alli era el brincar de las almas, el retorzar de la risa, el desasociego de los cuerpos y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y asi digo, señores mios, que los tales trovadores con justo titulo los debian desterrar à las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos ni habían de creer ser verdad aquel decir: vivo muriendo, ardo en el hielo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, pártome y quedóme, con otros imposibles desta ralea, de que están sus escritos llenos. ¿Pues qué, cuando prometen el fénix de Arabia, la corona de Adriadna, los caballos del sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el bálsamo? Aqui es donde ellos alargan más la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamás piensan ni pueden cumplir. ¿Pero donde me divierto? ¡Ay de mi, desdichada! ¿qué locura ó que desatino me lleva à contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí, otra vez sin ventura!

que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad, mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos que don Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y asi, siendo yo la medianera él se halló una y muchas veces en la estancia de la, por mí y no por él, engañada Antonomasia, debajo del título de verdadero esposo; que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegara à la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no, el matrimonio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mi se tratare. Solamente hubo un dano en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser don Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomasia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y ensolapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la iba descubriendo à más andar, no sé que hinchazón del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo á los tres; y salió dél, que antes que se saliese á la luz el mal recado, don Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer à Antonomasia, en fe de una cédula que de ser su esposa la infanta le había hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sansón no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesión á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un alguacil de córte muy honrado. A esta sazón dijo Sancho: — ¿También en Candaya hay aguaciles de corte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vuestra merced priesa, señora Trifaldi, que es tarde y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. --Si haré, respondió la condesa.

CAPÍTULO XXXIX

DONDE LA TRIFALDI PROSIGUE SU ESTUPENDA Y MEMORABLE HISTORIA

De cualquiera palabra que Sancho decia, la duquesa gustaba tanto como se desesperaba don Quijote, y mandándole que callase, la Dolorida prosiguió diciendo: — En fin al cabo de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaración, el vicario sentenció en favor de don Clavijo, y se la entregó por su legitima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina doña Maguncia, madre de la infanta Antonomasia, que dentro de tres días la enterramos. — Debió de morir sin duda, dijo Sancho. - Claro está, respondió Trifaldiín, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. — Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto, y pareciame á mi que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse antes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian; y no fué tan grande el disparate de la infanta, que obligase à sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esta señora con algún paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, según he oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentilhombre y tan entendido como aqui nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necedad, no fué tan grande como se piensa; porque según las reglas de mi señor, que está presente y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y más si son andantes, los reyes y los emperadores. — Razón tienes, Sancho, dijo don Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propincua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que à mi se me trasluce que le falta para contar lo amargo desta hasta aqui dulce historia. — Y cómo si queda lo amargo! respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparación son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterramos; y apenas la cubrimos en la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando ¿quis talia fando témperet á lácrimis? puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador; el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su hermana, y por castigo del atrevimiento de don Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomasia, los dejó encantados sobre la misma sepultura, á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido; y entre los dos está un padrón asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca, unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: «No « cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, has-

« ta que el valeroso Manchego venga conmigo à las manos en « singular batalla, que para sólo su gran valor, guardan los « hados esta nunca vista aventura». Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfanje, y asiéndome à mi por los cabellos, hizo finta de querer segarme la gola y cortarme á cercén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohina en todo extremo; pero con todo me esforcé lo más que pude, y con voz tembladora y doliente, le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecución de tan rigoroso castigo. Finalmente, hizo traer ante si todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes; y después de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargando à todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no quería con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de aguja. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora veréis; y luego la Dolorida y las demás dueñas, alzaron los antifaces con que cubiertas venían, y descubriendo los rostros, todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas, y cuáles albarrazadas, de cuya vista mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados don Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes; y la Trifaldi prosiguió: — Desta manera nos castigó aquel follón y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que plugiera al cielo que antes con su desmesurado alfanje nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrara la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios (y esto que voy å decir ahora lo quisiera decir hechos mis ojos fuentes; pero la consideración de nuestra desgracia, y los mares que hasta aquí han llovido, los tienen sin humor y secos como aristas, y así lo diré sin lágrimas): digo pues que zadónde podrá ir una dueña con barbas? ¿Qué padre ó qué madre se dolerá della? ¿Quién le dará ayuda? pues aun cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurjes y mudas, apenas halla quien bien le quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y companeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada

nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

CAPÍTULO XL

DE COSAS QUE ATAÑEN Y TOCAN À ESTA AVENTURA Y À ESTA MEMORABLE HISTORIA

Real y verda leramente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deben de mostrarse agradecidos à Cide Hamete, su autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos las seminimas della, sin dejar cosa por menuda que fuese que no la sacase à luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde à las tácitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos, finalmente los àtomos del más curioso deseo manifiesta. ¡Oh autor celebérrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! todos juntos, y cada uno de por si, viváis siglos infinitos para gusto y general pasatiempo de los vivientes.

Dice pues la historia que así como Sancho vió desmayada à la Dolorida, dijo: — Por la fe de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil Satanases, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras, sino el de barbarlas? Cómo, ¿y no fuera mejor, y á ellas les estuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no ponerles barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. -- Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y asi hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo, de usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra: que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurjes tocantes á mujeres, nosotras, las dueñas de mi señora, por jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras, habiendo dejado de ser primas; y si por el señor don

Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. — Yo me pelaria las mias, dijo don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: — El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos: y asi, de nuevo os suplico, andante inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. — Por mi no quedará, respondió don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está inuy pronto para serviros. — Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aqui al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos más ó menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y doscientas y veintisiete. Es también de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada à la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele à Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino à quien él queria ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De alli le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aqui y mañana en Francia, y otro dia en Potosi: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado; por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho: — Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra vo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: - Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin

à nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que había hallado el caballo que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. — ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: — Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella. — Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, que nombre tiene ese caballo. - El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalván; ni Frontino como el de Rugero; ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. — Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. — Asi es, respondió la barbada condesa; pero todavia le cuadra mucha, porque se llama Clavileño el Alijero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la lijereza con que camina, y así en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante. — No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? — Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola à una parte ó à otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra; ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. — Ya lo querría ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojin y almohada alguna; pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas à nadie; cada cual se rape como más le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto más que yo no debo de

hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. — Si sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada. — Aqui del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mi! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas don Paralipomenón de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente à todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor puede ir sólo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aqui en compañia de la duquesa mi señora; y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. - Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. — Aqui del rey otra vez. replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, podria el hombre aventurarse à cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas à dueñas, ¡mal año! más que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la más melindrosa hasta la más repulgada.

— Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa; mucho os vais tras la opinión del boticario toledano; pues á fe que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa, que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa. — Más que la diga vuestra excelencia, dijo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas y lampiñas que seamos las dueñas, tan bién nos parió nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadic. — Ahora bien, señora Rodriguez, dijo don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con

Malambruno, que yo sé que no habría navaja que con más facilidad rapase à vuestras mercedes, como mi espada raparia de les hombres la cabeza de Malambruno; que Dies sufre à los malos, pero no para siempre. — ¡Ay! dijo á esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren à vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socalinado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero à ser monja que à dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por linea recta de varón en varón, del mismo Héctor el troyano, no dejaran de echarnos un vos nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh, gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certisimo en tus promesas, envianos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aún arrasó los de Sancho; y propuso en su corazón de acompañar à su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI

DE LA VENIDA DE CLAVILEÑO, CON EL FIN DESTA DILATADA
AVENTURA

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era ei caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veís aquí cuando á deshora, entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: — Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. — Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ní tengo ánimo ni soy caballero, y el salvaje prosiguió dí-

ciendo: — Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, qué si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á don Quijote: — Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más, sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio à vuestro nuevo viaje. — Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme à tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. — Eso no haré yodijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna ma nera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aqui á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya no habrá ni insula ni insulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. A lo que el duque dijo: - Sancho amigo, la insula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raices tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierraque no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún gênero de oficio destos de mayor cuantia, que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor don Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su lijereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva à pie, hecho romero de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra insula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. — No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero y no puedo llevar à cuestas tantas cortesias. Suba mi amo, tapenme estos ojos, y encomiendenme à Dios, y avisenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, é invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: - Sancho, bien podéis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. - Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santisima Trinidad de Gaeta. — Desde la memorable aventura de los batanes, dijo don Quijote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aqui, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo: -- Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuando volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino; y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas, es tenerlas medio acabadas. — Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razón: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa á salirme de mi obligación, que vuesa merced se contente, y no le digo más. Y



don Quijote respondió: — Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre veridico. - No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo don Quijote: - Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan lueñes tierras envía por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia, y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá obscurecer malicia alguna. -- Vamos, senor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón; y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. — Así es la verdad, replicó don Quijote; y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió à la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir, y dijo: — Si mal no me acuerdo, yo he leido en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron à la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados que después fueron la total ruina de Troya, y asi, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estómago. - No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y & mi dano si alguno le sucediere. Pareciòle à don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, seria poner en detrimento su valentia; y así, sin más altercar, subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba, y como no tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecía sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algún romano triunfo. De mal talante y poco á poco, llegó á subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecían de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningún jaez ni ningún género de adorno sufria sobre si Clavileño; que lo que podía hacer era ponerse à mujeriegas; y que así, no sentiria tanto la dureza. Hizolo así

Sancho, y diciende adiós, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarias, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote: - Ladrón, gestás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino à ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy à tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga à la boca el temor que tienes, à lo menos en presencia mia. - Tapenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende à Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aqui alguna legion de diablos que de con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: — Dios te guie, valeroso caballero, Dios sea contigo, escudero intrépido; ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta; ya comenzáis à suspender y admirar à cuantos desde la tierra os estás mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no caigas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir al carro del sol su padre. Ovó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y cinéndole con los brazos, le dijo: — Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sinó que están aqui hablando junto á nosotros? — No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano; no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. – Así es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles ne están soplando: y así era ello, que unos grandes fue-

lles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar don Quijote, dijo: --- Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar à la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo, las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: — Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado; y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. - No hagas tal, respondió don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó à Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, á su parecer del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: asi que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quiza vamos tomando punta y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó nebli sobre la garza para cogerla por mas que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. — No sé lo que es, respondió Sancho Panza, sólo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el duque y la duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura; por la cola de Clavileño, le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.



En este tiempo ya se habían desparecido del jardin todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardín quedaron como desmayados tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de versé en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando á un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

EL ÍNCLITO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA FENECIÓ Y ACABÓ LA AVENTURA DE LA CONDESA TRIFALDI, POR
OTRO NOMBRE LLAMADA LA DUEÑA DOLORIDA, Y COMPAÑÍA,
CON SÓLO INTENTARLA. MALAMBRUNO SE DA POR CONTENTO Y
SATISFECHO Á TODA SU VOLUNTAD, Y LAS BARBAS DE LAS DUEÑAS YA QUEDAN LISAS Y MONDAS, Y LOS REYES DON CLAVIJO
Y ÂNTONOMASIA EN SU PRISTINO ESTADO; Y CUANDO SE CUMPLIERE EL ESCUDERIL VÁPULO, LA BLANCA PALOMA SE VERÁ
LIBRE DE LOS PESTÍFEROS GIRIFALTES QUE LA PERSIGUEN, Y
EN BRAZOS DE SU QUERIDO ARRULLADOR, QUE ASÍ ESTÁ ORDENADO POR EL SABÍO MERLÍN, PROTOENCANTADOR DE LOS ENCANTADORES.

Habiendo pues don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué à donde el duque y la duquesa aun no habian vuelto en si, y trabando de la mano al duque le dijo: — Ea, buen senor, buen animo, buen animo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto. El duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en si, y por el mismo tenor la dupuesa y todos los que por el jardín estaban caídos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego, con los brazos abiertos, fué à abrazar à don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hu-



Quijote no somos remediadas, con barbas nos llevarán á la sepultura. — Yo me pelaria las mias, dijo don Quijote, en tierra de moros, si no remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: - El retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oídos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos: y asi, de nuevo os suplico, andante inclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. — Por mi no quedará, respondió don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. — Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aqui al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos más ó menos; pero si se va por el aire y por la linea recta, hay tres mil y doscientas y veintisiete. Es también de saber, que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, que él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada à la linda Magalona; el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y vuela por el aire con tanta ligereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, según es tradición antigua, fué compuesto por aquel sabio Merlin. Prestósele à Pierres, que era su amigo, con el cual hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y no le prestaba sino à quien él queria ó mejor se lo pagaba; y desde el gran Pierres hasta ahora, no sabemos que haya subido alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosi: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante por los aires, sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, según camina llano y reposado; por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él. A esto dijo Sancho: - Para andar reposado y llano, mi rucio, puesto que no anda por los aires; pero por la tierra yo le cutiré con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: - Y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin

à nuestra desgracia, antes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daria por donde yo entendiese que había hallado el caballo que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. — ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: — Dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte, estas tales dos personas son caballero y escudero, cuando falta alguna robada doncella. — Querria yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, que nombre tiene ese caballo. - El nombre, respondió la Dolorida, no es como el caballo de Belerofonte, que se llamaba Pegaso; ni como el del Magno Alejandro, llamado Bucéfalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fué Brilladoro; ni menos Bayarte, que fué el de Reinaldos de Montalván; ni Frontino como el de Rugero; ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del sol; ni tampoco se llama Orelia, como el caballo en que el desdichado Rodrigo, último rey de los godos, entró en la batalla donde perdió la vida y el reino. — Yo apostaré, dijo Sancho, que pues no le han dado ninguno desos famosos nombres de caballos tan conocidos, que tampoco le habrán dado el de mi amo, Rocinante, que en ser propio excede á todos los que se han nombrado. — Asi es, respondió la barbada condesa; pero todavia le cuadra mucha, porque se llama Clavileño el Alijero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la lijereza con que camina, y así en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante. — No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? - Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola à una parte ó à otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra; ó por el medio, que es el que se busca y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. — Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apenas puedo tenerme en mi rucio, y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrian ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cojín y almohada alguna; pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como más le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuanto más que yo no debo de

hacer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. — Si sois, amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia, entiendo que no haremos nada. — Aqui del rey, dijo Sancho, ¿qué tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿Hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡cuerpo de mí! aun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero ¡que escriban á secas don Paralipomenón de las Tres Estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero que se halló presente á todo, como si no fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor puede ir sólo, y buen provecho le haga, que yo me quedaré aqui en compañía de la duquesa mi señora; y podría ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados, darme una tanda de azotes, que no me la cubra pelo. — Con todo eso, le habéis de acompañar si fuere necesario, buen Sancho, porque os lo rogarán buenos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que cierto seria mal caso. — Aqui del rey otra vez, replicó Sancho; cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas, ó por algunas niñas de la doctrina, podria el hombre aventurarse à cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas, ;mal año! más que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la más melindrosa hasta la más repulgada.

— Mal estáis con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa; mucho os vais tras la opinión del boticario toledano; pues á fe que no tenéis razón, que dueñas hay en mi casa, que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa. — Más que la diga vuestra excelencia, dijo Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buenas ó malas, barbadas y lampiñas que seamos las dueñas, tan bién nos parió nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó en el mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. — Ahora bien, señora Rodriguez, dijo don Quijote, y señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandare, ya viniese Clavileño, y ya me viese con

144

Malambruno, que yo sé que no habria navaja que con más facilidad rapase á vuestras mercedes, como mi espada raparia de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre à los malos, pero no para siempre. — ¡Ay! dijo à esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren à vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda prosperidad y valentía, para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero à ser monja que à dueña: desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta de varón en varón, del mismo Héctor el trovano, no dejaran de echarnos un vos nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas. ¡Oh, gigante Malambruno, que aunque eres encantador, eres certisimo en tus promesas, envianos ya al sin par Clavileño, para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor, y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y aún arrasó los de Sancho; y propuso en su corazón de acompañar à su senor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPÍTULO XLI

DE LA VENIDA DE CLAVILEÑO, CON EL FIN DESTA DILATADA AVENTURA

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á don Quijote, pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era ei caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aqui cuando á deshora, entraron por el jardín cuatro salvajes vestidos todos de verde hiedra, que sobre sus hombros traían un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: — Suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. — Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ní tengo ánimo ni soy caballero, y el salvaje prosiguió dí-

Section 1

ciendo: — Y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, qué si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin à su viaje. Esto dicho, dejando à Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo à don Quijote: — Valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas, te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más, sino en que subas en él con tu escudero, y dés felice principio à vuestro nuevo viaje. — Eso haré yo, señora condesa Trifaldi, de muy buen grado y de mejor talante, sin ponerme à tomar cojin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros à vos, señora, y a todas estas dueñas rasas y mondas. — Eso no haré yo: dijo Sancho, ni de malo ni de buen talante, en ninguna ma nera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba a las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires: ¿y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardaremos en dar la vuelta media docena de años, y ya no habra ni insula ni insulos en el mundo que me conozcan; y pues se dice comunmente que en la tardanza va el peligro, y que cuando te dieren la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma; quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. A lo que el duque dijo: — Sancho amigo, la insula que yo os he prometido no es movible ni fugitiva, raices tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierraque no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tírones; y pues vos sabéis que sé yo que no hay ningún género de oficio destos de mayor cuantia, que no se granjee con alguna suerte de cohecho, cual más, cual menos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor don Quijote à dar cima y cabo à esta memorable aventura; que ahora volváis sobre Clavileño con la brevedad que su lijereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva à pie, hecho romero de mesón en mesón y de venta en venta, siempre que volviéredes hallaréis vuestra insula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recebiros por su gobernador que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongáis duda en esta verdad, señor Sancho, que seria hacer notorio agravio al deseo que de serviros tengo. — No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero y no puedo llevar à cuestas tantas cortesias. Suba mi amo, tapenme estos ojos, y encomiéndenme à Dios, y avisenme si cuando vamos por esas altanerías podré encomendarme á nuestro Señor, é invocar los ángeles que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi: - Sancho, bien podéis encomendaros á Dios, ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. — Ea pues, dijo Sancho, Dios me ayude y la Santisima Trinidad de Gaeta. — Desde la memorable aventura de los batanes, dijo don Quijote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aqui, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras; y apartando á Sancho entre unos árboles del jardín, y asiéndole ambas las manos, le dijo: -- Ya vees, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuando volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino; y en un daca las pajas te dieses à buena cuenta de los tres mil y trescientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que el comenzar las cosas, es tenerlas medio acabadas. — Par Dios, dijo Sancho, que vuesa merced debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas. ¿Ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere vuesa merced que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene vuesa merced razón: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á vuesa merced, como quien soy, de darme tanta priesa à salirme de mi obligación, que vuesa merced se contente, y no le digo más. Y

don Quijote respondió: - Pues con esa promesa, buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, cres hombre veridico. — No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla, cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron à subir en Clavileño, y al subir dijo don Quijote: — Tapaos, Sancho, y subid, Sancho, que quien de tan luches tierras envia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia, y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá obscurecer malicia alguna. -- Vamos, senor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazón; y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuesa merced, y tapese primero, que si yo tengo de ir a las ancas, claro está que primero sube el de la silla. — Así es la verdad, replicó don Quijote; y sacando un pañuelo de la faltriquera, pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto se volvió á descubrir, y dijo: — Si mal no me acuerdo, vo he leido en Virgilio aquello del Paladión de Troya, que fué un caballo de madera que los griegos presentaron à la diosa Palas, el cual iba preñado de caballeros armados que después fueron la total ruina de Troya, y asi, será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estômago. - No hay para qué, dijo la Dolorida, que yo le fio, y sé que Malambruno no tiene nada de malicioso ni de traidor: vuesa merced, señor don Quijote, suba sin pavor alguno, y á mi dano si alguno le sucediere. Parecióle à don Quijote que cualquiera cosa que replicase acerca de su seguridad, seria poner en detrimento su valentia; y asi, sin más altercar, subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba, y como no tenía estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algún romano triunfo. De mal talante y poco á poco, llegó a subir Sancho; y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algún cojin ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algún paje, porque las ancas de aquel caballo más parecian de mármol que de leño. A esto dijo la Trifaldi, que ningún jaez ni ningún género de adorno sufria sobre si Clavileño; que lo que podía hacer era ponerse á mujeriegas; y que así, no sentiría tanto la dureza. Hizolo así

Sancho, y diciende adiós, se dejó vendar los ojos, y ya después de vendados se volvió à descubrir, y mirando à todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayadasen en aquel trance con sendos paternostres y sendas avemarias, porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. A lo que dijo don Quijote: - Ladrón, gestás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino à ser reina de Francia, si no mienten las historias? Y yo, que voy à tu lado, ano puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga à la boca el temor que tienes, à lo menos en presencia mia. - Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende à Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aqui alguna legión de diablos que dé con nosotros en Peralvillo? Cubriéronse, y sintiendo don Quijote que estaba como había de estar, tentó la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: — Dios te guie, valeroso caballero, Dios sea contigo, escudero intrépido; ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta; ya comenzáis á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os estás mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no caigas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir al carro del sol su padre. Ovó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñendole con los brazos, le dijo: — Señor, ¿cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sinó que están aqui hablando junto á nosotros? — No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los días de mi vida he subido en cabalgadura de paso más llano; no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como ha de ir, y el viento llevamos en popa. — Asi es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me da un viento tan recio, que parece que con mil fuelles næ estan soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque y la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito que la dejase de hacer perfecta. Sintiéndose pues soplar don Quijote, dijo: --- Sin duda alguna, Sancho, que ya debemos de llegar à la segunda región del aire, adonde se engendra el granizo, las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera región; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la región del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, desde lejos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: — Que me maten si no estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado; y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. — No hagas tal, respondió don Quijote, y acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralva, á quien llevaron los diablos en volandas por el aire, caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó á Roma, y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vió todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dió cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo, que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se vió tan cerca, à su parecer del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar á la tierra por no desvanecerse: asi que, Sancho, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo, él dará cuenta de nosotros; y quiza vamos tomando punta y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó nebli sobre la garza para cogerla por mas que se remonte; y aunque nos parece que no ha media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. - No sé lo que es, respondió Sancho Panza, sólo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el duque y la duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate à la extraña y bien fabricada aventura; por la cola de Clavileño, le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con don Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados.

En este tiempo ya se habían desparecido del jardin todo el barbado escuadrón de las dueñas, y la Trifaldi y todo; y los del jardín quedaron como desmayados tendidos por el suelo. Don Quijote y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de versé en el mismo jardín de donde habían partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiración cuando á un lado del jardín vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente:

EL ÍNCLITO CABALLERO DON QUIJOTE DE LA MANCHA FENECIÓ Y ACABÓ LA AVENTURA DE LA CONDESA TRIFALDI, POR
OTRO NOMBRE LLAMADA LA DUEÑA DOLORIDA, Y COMPAÑÍA,
CON SÓLO INTENTARLA. MALAMBRUNO SE DA POR CONTENTO Y
SATISFECHO Á TODA SU VOLUNTAD, Y LAS BARBAS DE LAS DUEÑAS YA QUEDAN LISAS Y MONDAS, Y LOS REYES DON CLAVIJO
Y ÂNTONOMASIA EN SU PRISTINO ESTADO; Y CUANDO SE CUMPLIERE EL ESCUDERIL VÁPULO, LA BLANCA PALOMA SE VERÁ
LIBRE DE LOS PESTÍFEROS GIRIFALTES QUE LA PERSIGUEN, Y
EN BRAZOS DE SU QUERIDO ARRULLADOR, QUE ASÍ ESTÁ ORDENADO POR EL SABÍO MERLÍN, PROTOENCANTADOR DE LOS ENCANTADORES.

Habiendo pues don Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban; y dando muchas gracias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué à donde el duque y la duquesa aun no habian vuelto en si, y trabando de la mano al duque le dijo: — Ea, buen señor, buen ánimo, buen ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padrón está puesto. El duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en si, y por el mismo tenor la dupuesa y todos los que por el jardín estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podian dar à entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego, con los brazos abiertos, fué à abrazar à don Quijote, diciéndole ser el más buen caballero que en ningún siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposición prometía; pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadrón de las dueñas, con la Trifaldi, había desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones.

Preguntó la duquesa á Sancho que cómo le había ido en aquel largo viaje. A lo cual Sancho respondió: — Yo, señora, senti que ibamos, según mi señor me dijo, volando por la región del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, à quien pedi licencia para descubrirme, no lo consintió; más yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba é impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto à las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos, y por alli miré hacia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debiamos de ir entonces. A esto dijo la duquesa: — Sancho amigo, mirad lo que decis, que á lo que me parece vos no vistéis la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella; y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre sólo habia de cubrir toda la tierra. — Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubri por un ladito, y la vi toda. — Mirad Sancho, dijo la duquesa, que por un ladito no se ve el todo de lo que se mira. — Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, sólo sé que será bien que vuesa señoria entienda que pues volábamos por encantamento, por encantamento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres, por doquiera que los mirara; y si esto no se me cree, tampoco creerá vuesa merced como descubriéndome por junto à las cejas, me vi junto al cielo, que no había de mi á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, que es muy grande además; y sucedió que ibamos por parte donde están las siete cabrillas; y en Dios y en mi anima, que como yo en mi niñez fui en mi tierra cabrerizo, que así como las ví me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y si no la cumpliera me parece que reventara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin decir nada á nadie, ní á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. — Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el duque, ¿en qué se entretenia el señor don Quijote? A lo que don Quijote respondió: — Como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mi sé decir que ni me descubri por alto ni por bajo, ni vi el cielo ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad que senti que pasaba por la región del aire, y aun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de alli no lo puedo creer, pues estando en la región del fuego entre el cielo de la luna y la última región del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice, sin abrasarnos: y pues no nos asamos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. — Ni miento ni sueño, respondió Sancho, si no, preguntenme las señas de tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. — Digalas pues, Sancho, dijo la duquesa. — Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla, — Nueva manera de cabras es esa, dijo el duque, y por esta nuestra región del suelo no se usan tales colores, digo, cabras de tales colores. — Bien claro está eso, dijo Sancho: si, que diferencia ha de haber de las cabras de cielo á las del suelo. — Decidme, Sancho, preguntó el duque, zvistéis allá entre esas cabras algún cabrón? — No señor, respondió Sancho; pero oi decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolución, este fué el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reir á los duques, no sólo aquel tiempo, sinó el de toda su vida, y qué contar à Sancho siglos si los viviera: y llegándose don Quijote à Sancho al oido, le dijo: — Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis á mi, lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo más.

CAPÍTULO XLII

DE LOS CONSEJOS QUE DIÓ DON QUIJOTE Á SANCHO PANZA, ANTES QUE FUESE Á GOBERNAR LA ÍNSULA, CON OTRAS COSAS BIEN CONSIDERADAS.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los duques, que determinaron

pasar con las burlas adelante, viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por veras: y asi, habiendo dado la traza y órdenes que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la insula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque à Sancho que se adelifiase y compusiese para ir à ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló, y le dijo: -Después que baié del cielo, y después que desde su alta cumbre miré à la tierra, y la vi tan pequeña, se templo en parte en mi, la gana que tenia tan grande de ser gobernador: porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á medie docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia más en toda la tierra? Si vuestra señoria fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor insula del mundo. — Mirad, amigo Sancho, respondió el duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que una uña, que á sólo Dios están reservadas esas mercedes y gracias; lo que puedo dar os doy, que es una insula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra, granjear las del cielo. — Ahora bien, respondió Sancho, venga esa insula, que yo pugnaré por ser tal gobernador, que à pesar de bellacos me vaya al cielo: y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ní de levantarme à mayores, sino por el desco que tengo de probar & qué sabe el ser gobernador. - Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcisima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue à ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma del tiempo que hubiere dejado de serlo. - Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea à un hato de ganado. — Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aqui, y advertid que mañana en ese mismo dia habéis de ir al gobierno de la insula, y esta tarde os acomodarán el traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. - Vistamne, dijo Sancho, como quisieren,

que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza. - Asi es verdad, dijo el duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa; que no serie bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la insula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. — Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A B C, pero bástame tener el Christus en la memoria, para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. — Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó don Quijote, y sabiendo lo que pasaba, y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano, y se fué con él à su estancia, con intención de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados pues en su aposento, cerró tras si la puerta, y hizo, casi por fuerza, que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

- Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes y primero que yo haya encontrado con alguna buena dicha, te haya salido á tí á recebir y á encontrar la buena ventura. Yo, que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tú antes de tiempo, contra la ley del razonable discurso, te vees premiado de tus deseos. Otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron: y aqui entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mi sin duda alguna eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballeria, sin más ni más, te vees gobernador de una insula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas á tus merecimientos la merced recebida, sino que desgracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después, las darás á la grandeza que en si encierra la profesión de la caballeria andante. Dispuesto pues el corazón à creer lo que te he dicho, está, oh hijo, atento à este tu Catón, que quiere aconsejarte y ser norte y guia que te encamine y saque à seguro puerto de este mar proceloso donde vas à engolfarte; que los oficios y grandes cargos, no son otra cosa sino un golfo profundo de confusiones.

Primeramente, oh hijo, has de temer à Dios; porque en el temerle està la sabiduria; y siendo sabio, no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte à ti mismo, que es el más dificil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá à ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra. — Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reves. — Así es verdad, replicó don Quijote, por lo cual los no de principios nobles, deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que, guiada por la prudencia, los libre de la murmuración maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprecies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá á correrte; y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe nacidos, han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y desta verdad te pudiera traer tantos ejemplos, que te cansaran.

Mira, Sancho: si tomas por medio à la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia à los que los tienen principes y señores, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por si sola, lo que la sangre no vale.

Siendo esto así, como lo es, que si acaso viniere à verte cuando estés en tu insula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si trujeres à tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten à gobiernos, de mucho tiempo estén sin las propias), enséñala, doctrinala y desbàstala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que de todo aquello que la mujer del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagara con el cuatro tanto en la muerte, las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida, con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente; que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algún pleito de algún tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y pónlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasión propia en la casa ajena; que los yerros que en ella hicieres, las más veces serán sin remedio; y si le tuvieren, será á costa de tu crédito y aun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere à pedirte justicia, quita los ojos de sus lágrimas y tus oídos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, si no quieres que se anegue tu razón en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras; pues, le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable, sujeto à las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio à la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea à nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus días, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible; casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, viviras en paz y beneplácito de las gentes, y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las

tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aqui te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma: escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPÍTULO XLIII

DE LOS CONSEJOS SEGUNDOS QUE DIÓ DON QUIJOTE À SANCEO PANZA

¡Quién oyera el pasado razonamiento de don Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero como muchas veces, en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente disparataba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en esta destos segundos documentos que dió á Sancho, mostró tener gran donaire, y puso su discreción y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos y salir por ellos á buen parto de la prefiez de su gobierno. Prosiguió pues don Quijote, y dijo:

—En lo que toca à como has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, à quien su ignorancia les ha dado à entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo antes garra de cernicalo lagartijero, puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discreción el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo; y este nuevo modo de dar librea no lo alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria: anda despacio, habla con reposo, pero no de manera que parezca que te escuchas à ti mismo, que toda afectación es mala.

Come poco, y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado, ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. — Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y don Quijote le dijo: — Erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ha acogido al latín, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones: y cuando algunos no entienden estos términos, importa poco, que el uso los irá introduciendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan; y esto es enriquecer la lengua, sobre quien tiene poder el vulgo y el uso. — En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria ha de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy amenudo. — Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo don Quijote. — Erutar, diré de aqui adelante, respondió Sancho, y á fe que no se me olvide.

— También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias. — Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros, pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan à pelo; màs yo tendré cuenta de aqui en adelante de decir los que convengan à la gravedad de mi cargo, que en casa llena, presto se guisa la cena; y quien destaja no baraja; y á buen salvo está el que repica; y el dar y el tener, seso ha menester. — Eso si, Sancho, dijo don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes que nadie te va à la mano: castigame mi madre y yo trompójelas. Estóite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aqui una letania dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traido á propósito, pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres à caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzón postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rucio; que el andar à caballo, à unos hace caballeros, à otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día: y advierte, oh, Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es, que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo menos comparándolos entre si, pues por fuerza, en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo, gregüescos ni por pienso, que no les están bien ni à los caballeros ni à los gobernadores.

Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares. — Señor, respondió Sancho, bien veo que todo cuanto vuesa merced me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; ¿pero de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad se que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magin, pero esotros badulaques y enredos y revoltillos, no se me acuerda, ni acordará más dellos, que de las nubes de antaño; y asi será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré à mi confesor para que me los encaje y recapacite cuando fuere menester. - ¡Ah, pecador de mi! respondió don Quijote, y qué mai parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado de humildes y bajos, ó él tan travieso y malo, que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses à firmar siquiera. — Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fui prioste en mi lugar, aprendi à hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que de-

cian mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mi, que para todo hay remedio, sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo vo gobernador, que es más que ser alcalde, llegaos, que la dejan ver, no sino popen y calóñenme, que vendrán por lana y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe; y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo; y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca: no, sino haceos miel y paparos han moscas; tanto vales cuanto tienes, decia una mi abuela; y del hombre arraigado no te verás vengado. — ¡Oh maldito seas de Dios, Sancho! dijo á esta sazón don Quijote: sesenta mil Satanases te lleven à ti y à tus refranes: una hora ha que los estás ensartando, y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un dia à la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó ha de haber entre ellos comunidades. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? ¿ó cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno, y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. — Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuesa merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes, y ahora se me ofrecen cuatro que venian aqui pintiparados ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. -- Ese Sancho no eres tú, dijo don Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso, querria saber qué cuatro refranes te ocurrian ahora à la memoria que venian aqui à propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. — Qué mejores, dijo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y, á idos de mi casa, y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y, si da el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cantaro: todos los cuales vienen a pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa; y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salios de mi casa, y qué queréis con mi mujer: pues lo de la piedra en el cantaro un ciego lo vera. Así que, es

menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la viga en el suyo; porque no se diga por él, espantóse la muerte de la degollada, y vuesa merced sabe bien, que más sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena. — Eso no, Sancho, respondió don Quijote, que el necio, en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el aumento (*) de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aqui, Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza; más consuélome que he hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discreción á mi posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa; Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y à mi me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la insuia patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al duque quien eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes, no es otra cosa que nn costal lleno de refranes y de malicias. - Señor, replicó Sancho, si à vuesa merced le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un sólo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo, y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuesa merced mira en ello, verá que sólo vuesa merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobiernos de insulas que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al inflerno. — Por Dios, Sancho, dijo don Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser gobernador de mil insulas: buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate à Dios, y procura no errar en la primera intención: quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

^(*) Variante de la Real Academia: «cimiento» en lugar de «aumento».

CAPÍTULO XLIV

COMO SANCHO PANZA FUÉ LLEVADO AL GOBIERNO, Y DE LA EXTRAÑA AVENTURA QUE EN EL CASTILLO SUCEDIÔ Á DON QUIJOTE.

Dicen que en el propio original desta historia, se lee, que llegando Cide Hamete à escribir este capítulo no le tradujo su intérprete como él le habia escrito, que fué un modo de queja que tuvo el moro de si mismo, por haber tomado entre manos una historia tan seca y tan limitada como esta de don Quijote, por parecerle que siempre habia de hablar dél y de Sancho, sin osar extenderse á otras digresiones y episodios más graves y más entretenidos; y decia que el ir siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma á escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundaba en el de su autor; y que por huir deste inconveniente, habia usado en la primera parte, del artificio de algunas novelas; como fueron la del Curioso impertinente, y la del Capitán cautivo, que están como separadas de la historia, puesto que las demás que alli se cuentan son casos sucedidos al mismo don Quijote, que no podían dejar de escribirse. También pensó, como él dice, que muchos, llevados de la atención que piden las hazañas de don Quijote, no la darian à las novelas, y pasarian por ellas ó con priesa à con enfado, sin advertir la gala y artificio que en si contienen, el cual se mostrará bien al descubierto cuando por si solas, sin arrimarse à las locuras de don Quijote, ni à las sandeces de Sancho, salieran à luz: y asi, en esta segunda parte no quiso ingerir novelas sueltas ni pegadizas, sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos en los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan á declararlos: y pues se contiene y cierra en los estrechos límites de la narración, teniendo habilidad, suficiencia y entendimiento para tratar del universo todo, pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dejado de escribir; y luego prosigue la historia diciendo, que en acabando de comer don Quijote el día que dió los consejos à Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayeron y vinieron à manos del duque, que los comunicó con la duque-



sa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote: y asi, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron à Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para el habia de ser insula. Acaeció, pues, que el que le ilevaba à cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y may gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción; el cual había hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que asi como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuro en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose à su señor, le dijo: — Señor, ó à mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aqui está, es el mesmo de la Dolorida. Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndolo mirado, dijo á Sancho: - No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida, es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que à serlo implicaria contradicción muy grande; y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados la berintos. Créeme, amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras que nos libre à los dos de malos hechiceros y malos encantadores. - No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oi hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aqui adelante à ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. – Asi lo has de hacer Sancho, dijo don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salio, en fin. Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho a la gineta, y detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jacces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañia iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho

la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto, atiende à saber lo que le pasó à su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarán los labios con risa de gimia, porque los sucesos de don Quijote ó se han de celebrar con admiración ó con risa. Cuéntase pues que apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolia, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirían muy á satisfacción de su deseo. — Verdad es, señora mia, respondió don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás, suplico à vuestra excelencia, que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. — En verdad, dijo la duquesa, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores. — Para mí, dijo don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre, por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolución antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. — No más, no más, señor don Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mi se ha de descalabar la decencia del señor don Quijote, que según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced, y vistase á sus solas y á su modo, cómo y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme à puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue à que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su

nombre extendido por toda la redondez de la tierra; pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Pansa nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. A lo cual dijo don Quijote. — Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas senoras no ha de haber ninguna que sea mala: y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra. — Agora bien, señor don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hiso de Candaya no fué tan corto que no haya causado algún molimiento.

- No siento ninguno, señora, respondió don Quijote, porque osaré jurar à vuestra excelencia, que en mi vida he subido en bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla asi, sin más ni más. — A eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que había hecho à la Trifaldi y compañía y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como a principal, y que más le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha. De nuevo, nuevas gracias dió don Qüijote A la duquesa, y en cenando, don Quijote se retiró en su aposento, solo, sin consentir que nadie entrase con el à servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen à perder el honesto decoro que à su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras si la puerta, y à la luz de dos velas de cera se desnudo, y al descalzarse, joh desgracia indigna de tal personal se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosia. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener alli un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde porque las medias eran verdes. Aqui exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: — ¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarle dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bién sé por la comunicación que he tenido con cristianos. que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia, y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere à contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuviésedes», y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas à dar pantalia à los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos à su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que lo obligue à limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó à don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesareso, asi de la falta que Sancho le hacia, como de la inrreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor y no podía dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin; y al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oir estas razones:

- No me porfies, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y

no querría que nos hallase aqui por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta por oirle este nuevo Eneas, que ha llegado à mis regiones para dejarme escarnida. — No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el senor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora senti que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto; canta, lastimada mia, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. — No está eu eso el punto, oh Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón; y en esto sintió (*) tocar una arpa suavisimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras semejantes à aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerias habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada y que la honestidad la forzaba à tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante à su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que alli estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban, sino que don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio à este romance:

Oh tú, que estás en tu lecho entre sábanas de holanda, durmiendo á pierna tendida de la noche à la mañana; Caballero el más valiente que ha producido la Mancha,

^(*) Algunos editores, sin razón que lo justifique, han variado *comenzó* or *sintió*.

más honesto y más bendito que el oro fino de Arabia:

Oye à una triste doncella, bien crecida y mal lograda, que en la luz de tus dos soles se siente abrasar el alma.

Tù buscas tus aventuras y ajenas desdichas hallas; das las feridas, y niegas el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven, que Dios prospere tus ánsias, si te criaste en la Libia, ó en las montañas de Jaca.

Si sierpes te dieron leche? si à dicha fueron tus amas, la aspereza de las selvas y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea, doncella rolliza y sana preciarse de que ha rendido à una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa desde Henares à Jarama, desde el Tajo à Manzanares, desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella, y diera encima una saya de las más gayadas mías, que de oro le adornan franjas.

¡Oh quién se viera en tus brazos, ó si no, junto á tu cama, rascándote la cabeza y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna de merced tan señalada: los pies quisiera traerte, que à una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera, qué de escarpines de plata, qué de calzas de damasco, qué de herreruelos de holanda! ¡Qué de finísimas perlas, cada cual como una agalla, que á no tener compañeras, las solas fueran liamadas!

No mires de tu Tarpeya este incendio que me abrasa, Nerón Manchego del mundo, ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna, mi edad de quince no pasa, catorce tengo y tres meses, te juro en Dios y en mi anima.

No soy renca, ni soy coja, ni tengo nada de manca; los cabellos como lirios, que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque en mi boca aguileña, y la nariz algo chata, ser mis dientes de topacios, mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz, ya ves, si me ascuchas, que á la que es más dulce iguala, que soy de disposición algo menos que mediana.

Estas y otras gracias miras, (*) son despojos de tu aljaba: desta casa soy doncella, y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre si: — Que tenga de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mi no se enamore? ¿Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar à solas gozar de la incomparable firmeza mia? ¿Qué la queréis, reinas? ¿à qué la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosáis. doncellas de à catorce à quince años? Dejad, dejad à la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma: mirad,

^(°) Indudablemente el texto de Cervantes diría «Estas y otras gracias mías.

caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar; para mi, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguno, me arrojó la naturaleza al mundo, llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con todo esto, cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV

DE CÓMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ LA POSESIÓN DE SU ÍNSULA Y DEL MODO QUE COMENZÓ Á GOBERNAR

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Trimbio aqui, Febo alli, tirador acá, médico acullá, padre de la poesia, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones! A tí digo, oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á ti digo, que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos, en la narración del gobierno del gran Sancho Panza; que sin tí, yo me siento tibio, desmalazado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho à un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle à entender que se llamaba la insula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar à las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo à recebirle: tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría; y con mucha pompa le llevaron à la iglesia mayor à dar gracias à Dios, y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la insula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pe-

queñez del nuevo gobernador, tenian admirada a toda la gente que el busilis del cuento no sabis, y à aun à todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacandole de la iglesia, le llevaron à la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo: — Es costumbre antigua en esta insula, señor gobernador, que el que viene & tomar posesión desta famosa insula está obligado á responder à una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta, el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador: y así ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto à Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: - Senor, alli està escrito y notado el dia en que vuestra señoria tomo posesión de esta insula, y dice el epitafio: Hoy, dia á tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta insula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce. - Y à quien llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho. - A vuestra señoria, respondió el mayordomo, que en esta insula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. — Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta insula debe de haber más dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias, vo escardaré estos dones, que por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante, entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador. y el otro de sastre, porque traia una tijeras en la mano, y el sastre dijo: - Señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razón que este buen hombre llegó à mi tienda ayer, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniêndome un pedazo de paño en las manos me pregunto: — Señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar

Contract Contract to

alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí: y él caballero en su primera y dañada intención, fue anadiendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague o vuelva el paño. — ¿Es todo esto asi, hermano? preguntó Sancho-Si, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. - De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: - He aqui las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores de oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso à considerar un poco, y dijo: — Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego à juicio de buen varón, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras y el labrador el paño; y las caperuzas se lleven à los presos de la carcel, y no hay más. (*) Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió à admiración à los circunstantes, esta les provocó à risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traia una cañahéja por báculo, y el sin báculo dijo: — Señor, á este buen hombre le presté dias ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedirselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los prestė; pero por parecernie que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de

^(*) El texto que sigue prueba nuevamente el descuido con que lo ordenó Cervantes, ó, en todo caso el que se tuvo en la impresión y corrección del libro. Se hace aquí referencia, como cosa pasada, á una sentencia de Sancho que solo se refiere más adelante. Señal es esto de que la tal sentencia tal vez se traspapelería ó se ordenaría mal en las fojas escritas por Cervantes.

sa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura y del ingenio de don Quijote: y así, llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron à Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él había de ser insula. Acaeció, pues, que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber gracia donde no hay discreción; el cual habia hecho la persona de la condesa Trifaldi con el donaire que queda referido; y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se había de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente. Digo, pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo, se le figuró en su rostro el mismo de la Trifaldi, y volviéndose á su señor, le dijo: — Señor, ó á mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy en justo y en creyente, ó vuesa merced me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró don Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndolo mirado, dijo á Sancho: — No hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en crevente (que no sé lo que quieres decir), que el rostro de la Dolorida, es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradicción muy grande; y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados la berintos. Créeme, amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras que nos libre à los dos de malos hechiceros y malos encantadores. - No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oi hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aqui adelante à ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. – Asi lo has de hacer Sancho, dijo don Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió, en fin, Sancho, acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, y encima un gabán muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho à la gineta, y detrás dél, por orden del duque, iba el rucio con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañia iba tan contento, que no se trocara con el emperador de Alemania.

Al despedirse de los duques les besó las manos y tomó la bendición de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho

la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber cómo se portó en su cargo; y en tanto, atiende à saber lo que le pasó à su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarán los labios con risa de gimia, porque los sucesos de don Quijote ó se han de celebrar con admiración ó con risa. Cuentase pues que apenas se hubo partido Sancho, cuando don Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolia, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirían muy á satisfacción de su deseo. — Verdad es, señora mia, respondió don Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás, suplico à vuestra excelencia, que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. — En verdad, dijo la duquesa, señor don Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mías, hermosas como unas flores. — Para mí, dijo don Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas que puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre, por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolución antes dormiré vestido, que consentir que nadie me desnude. — No más, no más, señor don Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré orden que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una doncella; no soy yo persona que por mi se ha de descalabar la decencia del señor don Quijote, que según se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese vuesa merced, y vistase à sus solas y à su modo, cómo y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme à puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue à que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su

nombre extendido por toda la redondez de la tierra; pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazón de Sancho Panza nuestro gobernador, un deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belieza de tan gran señora. A lo cual dijo don Quijote. — Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas senoras no ha de haber ninguna que sea mala: y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra. — Agora bien, señor don Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga vuesa merced, y cenemos, y acostaráse temprano, que el viaje que ayer hiso de Candaya no fué tan corto que no haya causado algún molimiento.

- No siento ninguno, señora, respondió don Quijote, porque osaré jurar à vuestra excelencia, que en mi vida he subido en bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño; y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentil cabalgadura, y abrasarla asi, sin más ni más. — A eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que había hecho á la Trifaldi y compañía y à otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal, y que más le traia desasosegado vagando de tierra en tierra, abrasó à Clavileño, que con sus abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel, queda eterno el valor del gran don Quijote de la Mancha. De nuevo, nuevas gracias dió don Qüijote A la duquesa, y en cenando, don Quijote se retiró en su aposento, solo, sin consentir que nadie entrase con el à servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen à perder el honesto decoro que à su señora Duicinea guardaba, siempre puesta en la imaginación la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras si la puerta, y à la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse, joh desgracia indigna de tal personal se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policia, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosia. Afligióse en extremo el buen señor, y diera él por tener alli un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde porque las medias eran ver-

des. Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: — ¡Oh pobreza, pobreza! no sé yo con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés á llamarle dádiva santa desagradecida: yo, aunque moro, bién sé por la comunicación que he tenido con cristianos. que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia, y pobreza; pero con todo eso digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere à contentar con ser pobre, si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de sus mayores santos: «Tened todas las cosas como si no las tuviésedes», y á esto llaman pobreza de espíritu; pero tú, segunda pobreza (que eres de la que yo hablo), ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos, más que con la otra gente? ¿Por qué los obligas à dar pantalia à los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas y otros de vidrio? ¿Por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antiguo el uso del almidón y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos à su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que lo obligue à limpiarselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó à don Quijote en la soltura de sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente, él se recostó pensativo y pesareso, asi de la falta que Sancho le hacia, como de la inrreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los puntos aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacia calor y no podía dormir: levantóse del lecho, y abrio un poco la ventana de una reja que daba sobre un hermoso jardin; y al abrirla, sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto, que pudo oir estas razones:

— No me porfies, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar; cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y

no querría que nos hallase aqui por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta por oirle este nuevo Eneas, que ha llegado à mis regiones para dejarme escarnida. — No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, si no es el senor de tu corazón y el despertador de tu alma, porque ahora senti que abria la ventana de la reja de su estancia, y sin duda debe de estar despierto; canta, lastimada mia, en tono bajo y suave al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. — No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió la Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazón, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor, por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón; y en esto sintió (*) tocar una arpa suavisimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras semejantes à aquella, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerias habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buen ánimo y buen talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar à entender que alli estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban, sino que don Quijote las oyese. Recorrida pues y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

> Oh tú, que estás en tu lecho entre sábanas de holanda, durmiendo á pierna tendida de la noche á la mañana; Caballero el más valiente que ha producido la Mancha,

^(*) Algunos editores, sin razón que lo justifique, han variado *comenzó* or *sintió*.

más honesto y más bendito que el oro fino de Arabia:

Oye à una triste doncella, bien crecida y mal lograda, que en la luz de tus dos soles se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras y ajenas desdichas hallas; das las feridas, y niegas el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven, que Dios prospere tus ánsias, si te criaste en la Libia, ó en las montañas de Jaca.

Si sierpes te dieron leche? si à dicha fueron tus amas, la aspereza de las selvas y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea, doncella rolliza y sana preciarse de que ha rendido á una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa desde Henares á Jarama, desde el Tajo á Manzanares, desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella, y diera encima una saya de las más gayadas mías, que de oro le adornan franjas.

¡Oh quién se viera en tus brazos, ó si no, junto á tu cama, rascándote la cabeza y matándote la caspa!

Mucho pido, y no soy digna de merced tan señalada: los pies quisiera traerte, que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cofias te diera, qué de escarpines de plata, qué de calzas de damasco, qué de herreruelos de holanda!

¡Qué de finisimas perlas,

cada cual como una agalia, que á no tener compañeras, las solas fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya este incendio que me abrasa, Nerón Manchego del mundo, ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna, mi edad de quince no pasa, catorce tengo y tres meses, te juro en Dios y en mi anima.

No soy renca, ni soy coja, ni tengo nada de manca; los cabellos como lirios, que en pie por el suelo arrastran.

Y aunque en mi boca aguileña, y la nariz algo chata, ser mis dientes de topacios, mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz, ya ves, si me ascuchas, que à la que es más dulce iguala, que soy de disposición algo menos que mediana.

Estas y otras gracias miras, (*) son despojos de tu aljaba: desta casa soy doncella, y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre si: — Que tenga de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mi no se enamore? ¿Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia? ¿Qué la queréis, reinas? ¿à qué la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosáis. doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma: mirad,

^(*) Indudablemente el texto de Cervantes diría «Estas y otras gracias mías.

caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras acibar; para mi, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida, y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguno, me arrojó la naturaleza al mundo, llore ó cante Altisidora, desespérese madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con todo esto, cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso como si le hubiera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, que quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPÍTULO XLV

DE CÓMO EL GRAN SANCHO PANZA TOMÓ LA POSESIÓN DE SU ÍNSULA Y DEL MODO QUE COMENZÓ Á GOBERNAR

¡Oh perpetuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras! ¡Trimbio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece nunca te pones! A tí digo, oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: á ti digo, que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para quo pueda discurrir por sus puntos, en la narración del gobierno del gran Sancho Panza; que sin tí, yo me siento tibio, desmalazado y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho à un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenía. Diéronle à entender que se llamaba la insula Barataria, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le había dado el gobierno. Al llegar à las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo à recebirle: tocaron las campanas y todos los vecinos dieron muestras de general alegría; y con mucha pompa le llevaron à la iglesia mayor à dar gracias à Dios, y luego, con algunas ridículas ceremonias, le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo gobernador de la insula Barataria. El traje, las barbas, la gordura y pe-

queñez del nuevo gobernador, tenian admirada á toda la gente que el busilis del cuento no sabía, y á aun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia, le llevaron à la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo: — Es costumbre antigua en esta insula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesión desta famosa insula está obligado á responder à una pregunta que se le hiciere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta, el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador; y asi ó se alegra ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto à Sancho, estaba él mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: — Senor, alli està escrito y notado el dia en que vuestra senoria tomó posesión de esta insula, y dice el epitafio: Hoy, dia A tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesión desta insula el señor don Sancho Panza, que muchos años la goce. - Y à quien llaman don Sancho Panza? preguntó Sancho. - A vuestra señoría, respondió el mayordomo, que en esta insula no ha entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. — Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le ha habido: Sancho Panza me llaman á secas, y Sancho se llamó mi padre, y Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta insula debe de haber más dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias, yo escardaré estos dones, que por la muchedumbre, deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supicre, ora se entristezca ó no se entristezca el pueblo. A este instante, entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador. y el otro de sastre, porque traia una tijeras en la mano, y el sastre dijo: - Señor gobernador, vo y este hombre labrador venimos ante vuesa merced en razón que este buen hombre llegó à mi tienda ayer, que yo, con perdón de los presentes, soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: — Señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondi que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicome que mirase si habria para dos: adivinele el pensamiento, y díjele que sí: y el caballero en su primera y dañada intención, fue anadiendo caperuzas, y yo añadiendo sies, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas; yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague ó vuelva el paño. — ¿Es todo esto asi, hermano? preguntó Sancho-Si, señor, respondió el hombre; pero hágale vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho. — De buena gana, respondió el sastre, y sacando encontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: — He aqui las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores de oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso à considerar un poco, y dijo: — Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varón, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras y el labrador el paño; y las caperuzas se lleven à los presos de la carcel, y no hay mas. (*) Si la sentencia pasada de la bolsa del ganadero movió à admiración à los circunstantes, esta les provocó à risa; pero en fin se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traia una cañahéja por báculo, y el sin báculo dijo: — Señor, á este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos días sin pedirselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté; y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de

^(*) El texto que sigue prueba nuevamente el descuido con que lo ordené Cervantes, ó, en todo caso el que se tuvo en la impresión y corrección del libro. Se hace aquí referencia, como cosa pasada, á una sentencia de Sancho que solo se refiere más adelante. Señal es esto de que la tal sentencía tal ves se traspapelería ó se ordenaría mal en las fojas escritas por Cervantes.

la vuelta, porque no me los ha vuelto: querria que vuesa merced le tomase juramento, y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aqui y para delante de Dios. — ¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo: — Yo, señor, confleso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los he vuelto y pagado real y verdademente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo, dió el báculo al otro viejo que se lo tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvía à pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor, qué respondia á lo que decia su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniendose el indice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo: — Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester. — De muy buena gana, respondió el viejo: hele aqui señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo: -- Andad con Dios, que ya vais pagado. -- ¿Yo, señor? respondió el viejo, ¿pues vale esa cañaheja diez escudos de oro? — Si, dijo el gobernador, ó si no, soy el más porro del mundo; y ahora se verá si tengo vo caletre para gobernar todo un reino: y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hizose asi, y en el cora zón della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se lo había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó à pedir el báculo, le vino à la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedía: de donde se podía colegir, que los que gobiernan, aun sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él había oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que à no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado, se fueron y los presentes quedaron admirados; y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho, no acababa de determinarse si le tendría ó pondría por tonto ó por discreto.

Luego, acabado este pleito, entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces diciendo: — Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré à buscar al cielo. (*) Señor gobernador de mi anima, este ma hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mi! me ha llevado lo que yo tenia guardado más de veintitres años há, defendiéndolo de moros y cristia nos, de naturales y extranjeros y yo siempre dura como un alcornoque, conservandome entera como la salamanquesa en el fuego ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias à manosearme. -- Aun eso está por averiguar si tiene limpias ó nó las manos este galán, dijo Sancho, y volviéndose al hombre, le dijo qué decia y respondia à la querella de aquella mujer. El cual todo turbado respondió: - Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía desde el lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco menos de lo [que ellos valian: volviame à mi aldea, topé en el camino à esta buena dueña, y el diablo que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogasemos juntos: paguéle lo soficiente, y ella, mal[contenta, asió de mí, y no me ha dejado hasta traermegájeste puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es la verdad sin faltar meaja. Entonces el gobernador le preguntó si traia consigo algún

^(*) Bi caso que aquí empieza á referirse y la sentencia con que lo resolvió Sancho, son el pasaje traspuesto en el original corvantino y al que hace rescencia la nota de la pázina 711.

dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una boisa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que asi miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas; y con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras su bolsa, — Buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aqui con ella: y. no lo dijo à tonto ni à sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos esperando el fin de aquel pleito; y de alli poco volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela, más no era posible, según la mujer la defendia, la cual daba voces diciendo: — Justicia de Dios y del mundo: mire vuestra merced, señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor dese desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle, me ha querido quitar la bolsa que vuestra merced mandó darme. — ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. — ¿Cómo quitar?, respondió la mujer, antes me dejara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no scrán bastantes à sacármela de las uñas, ni aun garras de leones, antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. — Ella tiene razón, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitàrsela, y dejóla. Entonces el gobernador dijo á la mujer: - Mostrad, honrada y valiente, esa bolsa. Ella se la dió luego y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo à la esforzada y no forzada: — Hermana mia, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza: andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta insula, ni en seis leguas à la redonda, so pena de doscientos azotes: andad luego, digo, churrillera, desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer y fuese cabizbaja y mal contenta,

y el gobernador dijo al hombre: — Buen hombre, andad con Dios à vuestro lugar con vuestro dinero, y de aqui adelante, si no le queréis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuese, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual, notado de su coronista, fué luego escrito al duque que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aqui el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos da su amo, alborotado con la música de Altisidora.

CAPÍTULO XLVI

DEL TEMEROSO ESPANTO CENCERRIL Y GATUNO QUE RECIBIÓ DON QUIJOTE EN EL DISCURSO DE LOS AMORES DE LA ENA-MORADA ÁLTISIDORA.

Dejamos al gran don Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias; pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza, llegó la de la mañana. Lo cual visto por don Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino, por encubrir la desgracia de sus medias. Arrojóse encima su mantón de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde guarnecida de pasamanos de plata; colgó el tahali de sus hombros con su buena y tajadora espada; asió un gran rosario que consigo continuo traia, y con gran prosopopeya y contoneo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galería, estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga; y así como Altisidora vió á don Quijote fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. Don Quijote, que lo vió, llegándose á ellas dijo: — Ya sé yo de qué proceden estos accidentes. - No sé vo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto ha que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el



mundo, si es que todos son desagradecidos: vàyase vuestra merced, señor don Quijote, que no volverá en si esta pobre niña, en tanto que vuestra merced aqui estuviere. A lo que respondió don Quijote: — Haga vuestra merced, señora, que se me ponga un laúd esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere à esta lastimada doncella, que en los principios amorosos, los desengaños prestos, suelen ser remedios calificados: y con esto se fué porque no tuese notado de los que allí le viesen.

No se hubo bien apartado, cuando volviendo en si la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: — Menester será que se le ponga el laúd, que sin duda don Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fueron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del laúd que pedía don Quijote y ella, alegre sobre modo, concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa; y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con don Quijote: y la duquesa aquel dia, real y verdaderamente despachó à un paje suyo, (que había hecho en la selva la figura encantada de Dulcinea), à Teresa Panza con la carta de su marido Sancho Panza, y con el lío de ropa que habia dejado para que se le enviase, encargándole le trujese buena relación de todo lo que con ella pasase. Hecho esto, y llegadas las once horas de la noche. halló don Quijote una vihuela en su aposento; tempiola, abrio la reja y sintió que andaba gente en el jardín; y y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió y remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel dia habia compuesto:

> Suelen las fuerzas de amor sacar de quicio à las almas, tomando por instrumento la ociosidad descuidada. Suele el coser y el labrar,

Suele el coser y el labrar, y el estar siempre ocupada, ser antidoto al veneno de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas que aspiran á ser casadas, la honestidad es la dote y voz de sus alabanzas. Los andantes caballeros, y los que en la corte andan,

y los que en la corte andan requiébranse con las libres, con las honestas se casan.

Hay amores de levante, que entre huéspedes se tratan, que llegan presto al poniente, porque en el partir se acaban.

El amor recién venido, que hoy llegó, y se vá mañana, las imágenes no deja bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura ni se muestra ni señala, y do hay primera belleza, la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso del alma en la tabla rasa, tengo pintada de modo que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes es la parte más preciada, por quien hace amor milagros, y así mismo los levanta.

Aqui llegaba don Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor, que sobre la reja de don Quijote á plomo caía, descolgaron un cordel, doude venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso don Quijote, quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una región (*) de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que

^(*) En las ediciones modernas se lee «legión» en vez de «región», que tiene el primitivo texto.

en el aposento ardian, y andaban buscando por do escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse don Quijote en pie, y poniendo mano à la espada, comenzó à tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: — Afuera, malignos encantadores, afuera canalla hechiceresca, que yo soy don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones; y volviéndose à los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por alli se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de don Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor don Quijote comenzó à dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podía ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra, vieron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el duque à despartirla, y don Quijote dijo à voces: — No me lo quite nadie, déjenme mano à mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré à entender, de mi à él, quien es don Quijote de la Mancha. Pero el gato no curándose destas amenazas, gruñia y apretaba. Más en fin, el duque se le desarraigó y le echó por la reja: quedó don Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado, porque no le habían dejado fenecer la batalla que tan trabada tenía con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceite de aparicio, y la misma Altisidora, con sus blanquisimas manos, le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas, con voz baja le dijo: - Todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega à Dios que se le olvide à Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió don Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo à los duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque había conocido la buena intención con que habían venido á socorrerle. Los duques le dejaron sosegar y se fueron pesarosos del mai suceso de la burla, que

no creveron que tan pesada y costosa la saliera à don Quijote aquella aventura; que le costó cinco días de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura más gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora, por acudir à Sancho Panza, que andaba muy solicito y muy gracioso en su gobierno.

CAPÍTULO XLVII

DONDE SE PROSIGUE CÓMO SE PORTABA SANCHO PANZA EN SU
GOBIERNO

Cuenta la historia, que desde el juzgado llevaron à Sancho Panza á un suntuoso palacio, adonde en una gran sala estaba puesta una real y limpisima mesa; y así como Sancho entró en la sala, sonaron chirimías y salieron cuatro pajes à darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no había más de aquel asiento y no otro servicio en toda ella. Pusose à su lado en pie un personaje, que después mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantaron una riquisima y blanca toalla con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecía estudiante, echó la bendición; y un paje puso un babador randado à Sancho: otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante, pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandisima celeridad; pero el maestresala le llevó otro de otro manjar. Iba à probarle Sancho, pero antes que llegase à él ni le gustase, ya la varilla había tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho quedó suspenso; y mirando á todos, preguntó si se había de comer aquella comida como juego de Maesecoral. A lo cual respondió el de la vara: - No se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras insulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta insula para serlo de los gobernadores della; y miro por su salud mucho más que por la mía, estudiando de noche y de día y tanteando la complexión del gobernador para acertar à curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago, es asistir à sus comidas y cenas, y à dejarle comer de lo que

me parece que le conviene, y à quitarle lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago: y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar también le mandé quitar, por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especies, que acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical donde consiste la vida. -- Desa manera aquel plato de perdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algún daño. A lo que el médico respondió: — Esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. — ¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió: — Porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: Omnis saturatio mala, perdicis autem péssima. Quiere decir: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. — Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor, de cuantos manjares hay en esta mesa, cuál me hará más provecho y cuál menos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee, porque por vida del gobernador, y así Dios me le deje gozar, que me muero de hambre; y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más que diga, antes será quitarme la vida, que aumentármela. — Vuesa merced tiene razón, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que vuesa merced no coma de aquellos conejos guisados que alli están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, si no fuera asada y en adobo aun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: — Aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. - Absit, dijo el médico, vava lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida: allá las ollas podridas para los canónigos, o para los retores de colegios, ó para las bodas labradorescas; y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es, porque siempre y à do quiera y de quien quiera, son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas si, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: más lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de canutillos de suplicaciones, y unas tajadicas subtiles de carne de membrillo, que le

asienten el estómago y le ayuden a la digestión. Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico; y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y donde había estudiado. A lo que él respondio: — Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera. que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo à la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en cólera: — Pues, señor doctor Pedro Recio de mal Agüero, natural de Tirteatuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel à Almodóvar del Campo, graduado en Osuna, quiteseme luego delante, sino, voto al sol, que tome un garrote, y que à garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la insula, à lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza y los honraré como à personas divinas: y vuelvo à decir que se me vaya Pedro Recio de aqui; si no, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pidanmelo en residencia, que yo me descargaré con decir que hice servicio à Dios en matar à un mal médico, verdugo de la república; y dénme de comer, ó si no, tómense su gobierno, que oficio que no da de comer à su dueño, no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: — Correo viene del duque mi señor; algún despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del gobernador; y Sancho le puso en las del mayordomo, à quien mandó leyese el sobrescrito, que decia asi:

« A don Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario». Oyendo lo cual Sancho, dijo: — ¿Quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban respondió: — Yo, señor, porque sé leer y escribir y soy vizcaino. — Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podéis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. — Hizolo así el recién nacido secretario, y habiendo leido lo que decía, dijo que era negocio para tratarle à solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, y los

demás y el médico se fueron, y luego el secretario leyó la carta, que así decia:

« A mi noticia ha llegado, señor don Sancho Panza, que unos enemigos mios y desa insula, la han de dar un asalto « furioso, no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercebido. Sé también por espías ver- « daderos, que han entrado en este lugar cuatro personas dis- « frazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro • ingenio: abrid el ojo, y mirad quien llega à hablaros, y no « comáis de cosas que os presentaren. Yo tendré cuidado de « socorreros si os viéredes en trabajo, y en todo haréis como • se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar, à diez y • seis de Agosto, à las cuatro de la mañana. Vuestro amigo, « El Duque ».

Quedo atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstantes, y volviéndose al mayordomo, le dijo: — Lo que agora se ha de hacer, y ha de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Recio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminicula y pésima, como es la de la hambre. — También, dijo el maestresala, me parece á mi que vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo. — No lo niego, respondió Sancho, y por ahora denme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uva, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer, y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazón, que no corazón tripas: y vos, secretario, responded al duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto: y daréis de mi parte un besamanos à mi señora la duquesa, y que le supliquo no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio à mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de escribirla con todo lo que mis fuerzas alcanzaren; y de camino podéis encajar aún besamanos á mi señor don Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido; y vos, como buen secretario y como buen vizcaino, podéis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere à cuento: y âlcense estos manteles, y dénme á mi de comer, que yo me avendré con cuantas espias y matadores y encantadores vinieren sobre mi y sobre mi insula. En esto entró un paje y dijo: — Aqui

está un labrador negociante que quiere hablar á vuestra senoria en un negocio, según él dice, de mucha importancia. — Estraño caso es este, dijo Sancho, destos negociantes; ¿es posible que sean tan necios que no echen de ver que semejantes horas como estas, no son en las que han de venir à negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará según se me trasluce) que yo pouga en pretina à más de un negociante. Agora decid à ese buen hombre que entre; pero advièrtase primero, no sea alguno de los espías ó matador mío. — No, señor, respondió el paje, porque parece una alma de cantaro, y yo sé poco, ó el es tan bueno como el buen pan. - No hay que temer, dijo el mayordomo, que aqui estamos todos. — ¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no esta el doctor Pedro Recio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? — Esta noche à la cena se satisfarà la falta de la comida, y quedarà vuestra senoria satisfecho y pagado, dijo el maestresala. — Dios lo haga, respondió Sancho, y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echaba de ver que era bueno y buena alma. Lo primero que dijo tué: — ¿Quién es aqui el señor gobernador? — ¿Quién ha de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla? — Humillome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hizolo asi el labrador, y luego dijo: — Yo, senor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que està dos leguas de la Ciudad Real. — ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho; decid hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien à Miguel Turra, y que no està muy lejos de mi pueblo. — Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachilier, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando prenada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiere à estudiar para doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. — De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuèrades agora viudo. — No, señor, en ninguna manera, respondió el labrador. — Medrados estamos, replicó Sancho: adelante, hermano, que es hora de dormir más que de negociar. — Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo que ha de ser bachiller, se enamoró en el mismo pueblo de una doncella llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquisimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcurnia, sino porque todos los de este linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines, aunque si va decir la verdad. la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo; por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas; y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo eso parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los labios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usaran aspar labios, pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul y verde y aberenjenado: y perdóneme el señor gobernador si tan amenudo voy pintando las partes de la que al fin al fin, ha de ser mi hija; que la quiero bien, y no me parece mal. — Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura, y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mi que vuestro retrato. -- Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiración; pero no puede ser á causa de que ella está agoviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa à mi bachiller, sino que no la puede extender, que está anudada, y con todo, en las unas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. — Está

bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habéis pintado de los pies à la cabeza: ¿qué es lo que queréis ahora? y venid al punto sin rodeos, ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras. — Querria, señor, respondió el labrador, que vuesa merced me hiciese merced de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos designales en los bienes de fortuna, ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espiritus: y de haber caido una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condición de un angel, y si no es que se aporrea y se da de puñadas él mismo á si mismo, fuera un bendito. — ¿Queréis otra cosa, buen hombre? replicó Sancho. — Otra cosa querría, dijo el labrador, sino que no me atrevo à decirlo; pero vaya, que en fin no se me ha de podrír en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que vuesa merced me diese trescientos o seiscientos ducados para ayuda la dote de mi bachiller, para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por si, sin estar sujetos á las impertinencias de los snegros. — Mirad si queréis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejéis de decir por empacho ni por vergüenza. — No por cierto, respondió el labrador; y apenas dijo esto, cuando levantándose en pie el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado, y dijo: — Voto à tal, don patán, rústico y mal mirado, que si no os apartáis y ascondéis luego de mi presencia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hideputa, bellaco, pintor del mismo demonio zy a estas horas te vienes a pedirme seiscientos ducados? zy dónde los tengo yo, hediondo? zy por qué te los había de dar aunque los tuviera, socarrón y mentecato? ¿y qué se me da á mí de Miguel Turra, ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mi, digo, si no, por vida del duque mi señor, que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Turra, sino algún socarrón, que para tentarme te ha enviado aqui el infierno. Dime, desalmado: aún no ha dia y medio que tengo el gobierno, ¿v ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso, de que el gobernador no ejecutase su cólera; que el bellacón supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, y andese la paz en el corro, y volvamos a don Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en ocho dias: en uno de los cuales le sucedió lo que Cide-Hamete promete de contar con la puntualidad y verdad que suele contar las cosas desta historia, por mínimas que sean.

CAPÍTULO XLVIII

DE LO QUE LE SUCEDIÓ À DON QUIJOTE CON DORA RODRÍGUEZ, LA DUEÑA DE LA DUQUESA, CON OTROS ACONTECMIENTOS DIGNOS DE ESCRITURA Y DE MEMORIA ETERNA.

Además estaba mohino y malencólico el mal ferido don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las nñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballeria. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y y luego imaginó que la enamorada doncella, venia para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condición de faltar á la fe que guardar debia à su señora Dulcinea del Toboso. — No. dijo crevendo a su imaginación (y con esta voz que pudiera ser oida), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas; ora estés, señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tengan Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y à do quiera he sido yo y he de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se desmayasen y cayesen: en el cual traje parecia la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada-Altisidora, viò entrar à una reverendisima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas tanto, que la cubrian y enmantaban desde los pies à la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traia una media vela encendida, y con la

derecha se hacia sombra porque no le diese la luz en los ojos, à quien cubrian unos muy grandes antojos; venía pisando quedito y movia los pies blandamente.

Miróla don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoria, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la visión, y cuando llemi à la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suva, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con la vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: - ¡Jesús! ¿Qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida; don Quijote, temeroso, comenzó á decir: — Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quien eres, y que digas qué es lo que de mi quieres. Si eres alma en pena, dimelo, que vo haré por ti todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien à todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballeria andante que profeso, cuyo ejercicio, aun hasta à hacer bien à las ánimas del purgatorio se estiende.

La abrumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de don Quijote, y con voz aflijida y baja le respondió: - Señor don Quijote (si es que acaso vuesa merced es don Quijote), yo no soy fantasma ni visión, ni alma de purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, à vuesa merced vengo. — Digame, señora doña Rodriguez, dijo don Quijote, ¿por ventura viene vuesa mcrced á hacer alguna terceria? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced à la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin, señora doña Rodriguez, que como vuesa merced salve y deje à una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. -¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: si, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja à semejantes ninerias, pues Dios loado mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas

en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios. Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré à encender mi vela, y volveré en un instante à contar mis cuitas como à remediador de todas las del mundo. Y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y pareciale ser mal hecho y peor pensado, ponerse en peligro de romper á su señora la fe prometida, y deciase a si mismo. -- ¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas, ni condesa? que yo he oido decir muchas veces y à muchos discretos, que si él puede, antes os la dará roma que aguileña: ¿y quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio, despertarán mis deseos, que duermen, y haran que al cabo de mis años venga a caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿Por ventura hay dueña en el orbe que deje de ser impertinente, fruncida y melindrosa? afuera, pues, caterva duefiesca. inútil para ningún humano regalo: joh cuán bien hacia aquella señora de quién se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho con intención de cerrar la puerta y no dejar entrar à la señora Rodriguez; mas cuando la llegó 🛊 cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca; y cuándo ella vió á don Quijote de más cerca envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin. temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos dijo: --¿Estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse vuesa merced levantado de su lecho. - Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió don Quijote; y así pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. - ¿De quién ó á quién pedis, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. - A vos y de vos la pido, replicó don Quijote, porque ni vo sov de marmol, ni vos de bronce, ni

ahora son las diez del día, sino media noche y aún un poco más, según imagino, y en una estancia más cerrada y secreta que lo debió de ser la cueva donde el traidor y atrevido Eneas gozó á la hermosa y piadosa Dido. Pero, dadme, senora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendisimas tocas; y diciendo esto besó su derecha mano, y le asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias. Aqui hace Cide Hamete un paréntesis, y dice, que por Mahoma que diera por ver ir á los dos así asidos y trabados desde la puerta al lecho, la mejor almalafa de dos que tenía. Entrôse en fin don Quijote en su lecho, y quedóse doña Rodriguez sentada en una silla algo desviado de la cama, no quitándose los antojos ni la vela. Don Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más, de el rostro descubrierto; y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué don Quijote diciendo: — Puede vuesa merced ahora, mi señora doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazón y lastimadas entrañas; que será de mi escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. - Así lo creo yo, respondió la dueña, que de la gentil y agradable presencia de vuesa merced, no se podia esperar sino tan cristiana respuesta. Es pues el caso, señor don Quijote, que aunque vuesa merced me ve sentada en esta silla y en la mitad del reino del Aragón, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo y de linaje que atraviesan por él muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trajeron á la corte á Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de doncella de labor à una principal señora, y quiero hacer sabedor á vuesa merced, que en hacer vainillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dejaron sirviendo, y se volvieron á su tierra, y de allí á pocos años se debieron de ir al ciclo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana, y atenida al miserable salario y à las angustiadas mercedes que á tales criadas se suele dar en palacio; y en este tiempo, sin que diese yo ocasión á ello, se enamoró de mi un escudero de casa, hombre ya en días, barbudo y apersonado, y sobre todo, hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros

amores, que no viniesen à noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón; sino porque desde alli à poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: — Perdôneme vuesa merced, señor don Quijote, que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi malogrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios y con que autoridad llevaba à mi señora à las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache; que entonces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejarlo de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas à la mula, dando señal de volver à acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: — ¿Qué hacéis, desventurado, no veis que voy aqui? El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y dijole: - Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo de acompañar á mi senora dona Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavia porfiaba mi marido con la gorra en la mano à querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos à levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo, la gente baldia que en ella estaba. Vinose à pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Divulgóse la cortesia de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrían por las calles, y por esto y porque él cra algún tanto corto de vista, mi señora la duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna, tengo para mi que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese

fama de gran labrandera, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo A este reino de Aragón, y a mi hija ni más ni menos, adonde yendo dias y viniendo dias, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza come el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y caenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno más á menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquisimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aqui. En efecto, no sé cómo, ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo, burló à mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado á él, no una sino muchas veces, y pedido le mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querria pues, señor mio, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables; y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue à la suela de su zapato; y que una que llaman-Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esa Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto à ella un momento: y aun mi señora la duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. — ¿Qué tiene mi señora la duquesa, por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó don Quijote. — Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder à lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermo-

The r

sura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardia con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced, que lo puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena. — ¡Santa Maria! dijo don Quijote: y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares, no debeu de manar humor, sino ámbar liquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe ser cosa importante para salud. Apenas acabó don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe, se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una, al parecer chinela, le comenzó à dar tantos azotes, que era una compasión; y aunque don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida á la ducna los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron à don Quijote, y desenvolviéndole de la sabana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse à puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera, sin decir palabra à don Quijote; el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó sólo, donde le dejaremos descoso de saber quién había sido el perverso encantador que tal le había puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX

DE LO QUE LE SUCEDIÓ À SANCHO PANZA RONDANDO SU ÍNSULA

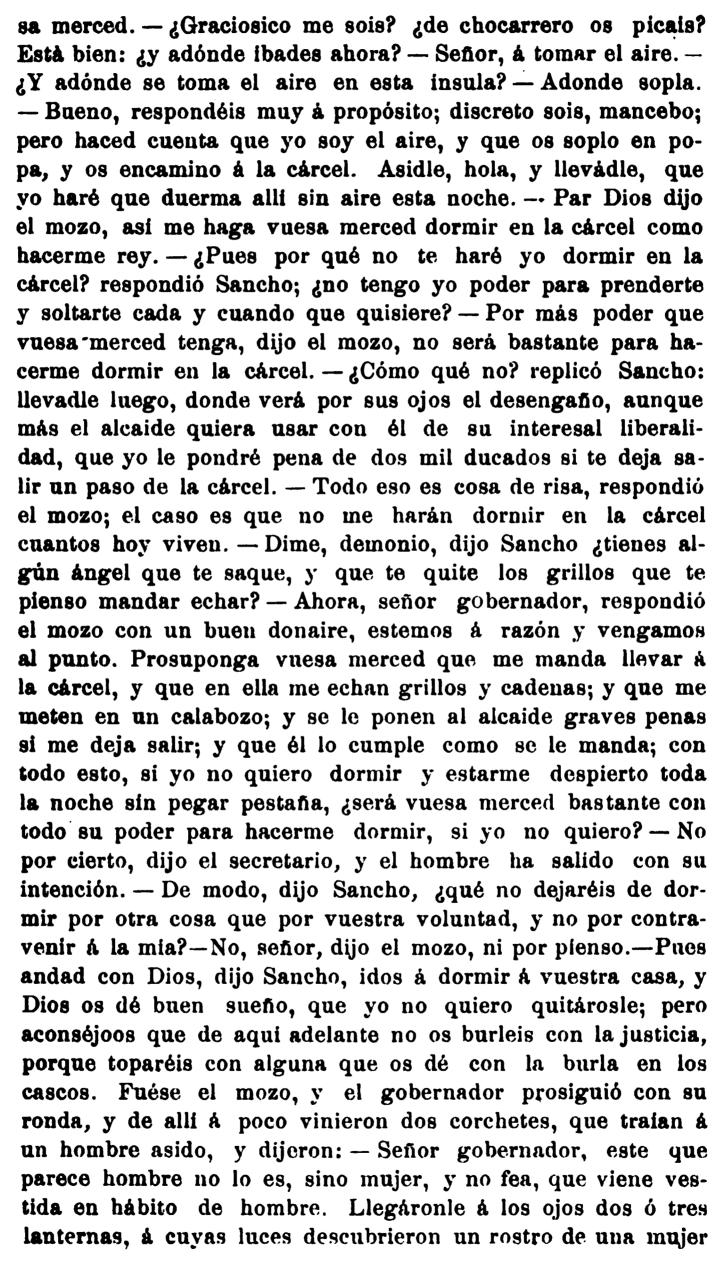
Dejamos al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarrón, el cual industriado del mayordome, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas à todos, magüera tonto, bronco y rollizo; y dijo à los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duque, había vuelto à entrar en la sala: -- Ahora verdaderamente, que entiendo que los jucces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que à todas horas y à todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo à su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazón y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni à la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar à la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer à la mia, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios à él y à todos los de su raela, digo, à la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocían á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian à qué atribuirlo, sino à que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera, prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar, y aunque el tiempo, al parecer suyo se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavia se llegó, por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en días. Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Morón, ó gansos de Lavajos, y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: — Mirad, señor doctor, de aqui adelante no os curéis de darme à comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar à mi estómago de sus quicios, el cual està acostumbrado a cabra, a vaca, a tocino, a cecina, a nabos y a cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco; lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen; y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algún dia; y no se burla nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece, para todos amanece; yo gobernaré esta insula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cautillana, y que si me dan ocasión, han de ver maravillas: no, sino haccos miel, y comeros han moscas.

- Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos desta insula, que han de servir à vuesa nerced con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. — Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios, si otra cosa hiciesen o pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso, y en siendo hora, vamos á rondar; que es mi intención limpiar esta insulo de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldia y perezosa, es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer à los labradores, guardar sus preeminencias à los hidalges, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto à la religión, y à la houra de los religiosos. ¿Qué os parece desto amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? — Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vucas merced, que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tan-

معالم المتكسر

tas cosas llenas de sentencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced, esperaban los que nos enviaron y los que aqui venimos: cada dia se veen cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podía formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia más que ver, y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron alla, y hallaron que eran dos sólos hombres los que renian, los cuales viendo venir à la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: -Aqui de Dios y del rey; cómo ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan à saltear en él en la mitad de las calles? — Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme que es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: -- Señor goberna dor, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrà, que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juo go, que está aquí frontera, más de mil reales, y sabe Dion cómo; y hallándome yo presente juzgué más de una aueste dudosa, en su favor, contra todo aquello que me dietaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algún escudo por lo menos de barato, como en uso y costumbre darle à los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mul pasar, y para apoyar sin razones y evitar pendencias, él embolso su dimeno y me salió de la casa: yo vine despechado tras el, y con hucuan y corteses palabras le he pedido que me diena signiera orba reales, pues sabe que yo soy hombre homado, i que un tou go oficio ni beneficio, porque mis padros no mo lo mantaron ni me le dejaron; y el socarron, que un un man ladron un Caco, y más fullero que Andradilla, no que la darne es e cuatro reales; porque vea vuesa mercad. mun golomento qué poca vergüenza y que poca concluncia, para 4 2 - 4 vuesa merced no llegara, que yo le litetera vomiter is annie cia, y que había de saber con cudutan entinha la secon -¿Qué decis vos à esto? pregunto famelos y ol este augusta que era verdad cuanto su continuo do la, y w para darle más de cuatro reales, porque o los cases and ces; y los que esperan barato han de a contre cara-

con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuenta con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón, como decía, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. -Asi es, dijo el mayordomo, vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. — Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta insula, desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota ó á lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la insula, y aquel se fué à su casa, y el gobernador quedó diciendo: — Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que à mi se me trasluce que son muy perjudiciales. — Esta á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra esos garitos de menor cantia podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren; que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algún oficial, donde cogen à un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. – Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que trafa asido á un mozo, y dijo: — Señor gobernador, este mancebo venia hacia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo parti tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás. — ¿Porqué huías, hombre? preguntó Saucho. A lo que el mozo respondió: -- Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? — Tejedor. -¿Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vue-



amores, que no viniesen à noticia de mi señora, la cual por excusar dimes y diretes, nos casó en paz y en haz de la santa madre Iglesia católica romana de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazón; sino porque desde alli á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que vuesa merced se admirara: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: - Perdóneme vuesa merced, señor don Quijote, que no va más en mi mano, porque todas las veces que me acuerdo de mi malogrado, se me arrasan los ojos de lágrimas. ¡Válame Dios y con qué autoridad llevaba á mi señora à las ancas de una poderosa mula, negra como el mismo azabache; que entonces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo menos no puedo dejarlo de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella un alcalde de corte con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió volvió las riendas à la mula, dando señal de volver à acompañarle. Mi señora, que iba à las ancas, con voz baja le decia: — ¿Qué hacéis, desventurado, no veis que voy aqui? El alcalde, de comedido, detuvo la rienda al caballo, y dijole: - Seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo de acompañar à mi senora dona Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavia porfiaba mi marido con la gorra en la mano á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, ó creo que un punzón del estuche, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz, y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos à levantarla, y lo mismo hizo el alcalde y los alguaciles. Alborotose la puerta de Guadalajara, digo, la gente baldía que en ella estaba. Vinose à pie mi ama, y mi marido acudió en casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte & parte las entrañas. Divulgóse la cortesia de mi esposo, tanto, que los muchachos le corrian por las calles, y por esto y porque él era algún tanto corto de vista, mi señora la duquesa le despidió, de cuyo pesar sin duda alguna, tengo para mi que se le causó el mal de la muerte. Quedé yo viuda y desamparada y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese

fama de gran labrandera, mi señora la duquesa, que estaba recién casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragón, y á mi hija ni más ni menos, adonde yendo días y viniendo días, creció mi hija, y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza come el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres días, uno más á menos. En resolución, desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquisimo, que està en una aldea del duque mi señor, no muy lejos de aquí. En efecto, no sé cómo, ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo, burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado à él, no una sino muchas veces, y pedido le mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader, y apenas quiere oírme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningún modo. Querria pues, señor mío, que vuesa merced tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues según todo el mundo dice, vuesa merced nació en él para deshacerlos y para enderezar los tuertos y amparar los miserables; y póngasele á vuesa merced por delante la orfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho que tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, que no hay ninguna que llegue à la suela de su zapato; y que una que llaman-Altisidora, que es la que tienen por más desenvuelta y gallarda, puesta en comparación de mi hija, no la llega con dos leguas; porque quiero que sepa vuesa merced, señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esa Altisidorilla tiene más de presunción que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida: además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento cansado, que no hay sufrir el estar junto à ella un momento: y aun mi señora la duquesa... quiero callar, que se suele decir que las paredes tienen oídos. — ¿Qué tiene mi señora la duquesa, por vida mia, señora doña Rodriguez? preguntó don Quijote. — Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder à lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Ve vuesa merced, señor don Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmin, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardia con que va pisando y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde pasa? Pues sepa vuesa merced, que lo puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor de quien dicen los médicos que está llena. — ¡Santa Marial dijo don Quijote: y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora doña Rodriguez lo dice, debe de ser así; pero tales fuentes y en tales lugares, no deben de manar humor, sino ámbar liquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe ser cosa importante para salud. Apenas acabó don Quijote de decir esta razón, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe, se le cayó à doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una, al parecer chinela, le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasión; y aunque don Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, y no sabía qué podia ser aquello, y estábase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando molida à la duena los callados verdugos, la cual no osaba quejarse, acudieron à don Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan reciamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodríguez sus faldas, y gimiendo su desgracia se salió por la puerta afuera, sin decir palabra à don Quijote; el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó sólo, donde le dejaremos descoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPÍTULO XLIX

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á SANCHO PANZA RONDANDO SU ÍNSULA

Dejamos al gran gobernador enojado y mohino con el labrador pintor y socarrón, el cual industriado del mayordome, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho; pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo; y dijo à los que con él estaban y al doctor Pedro Recio, que como se acabó el secreto de la carta del duque, había vuelto à entrar en la sala: -- Ahora verdaderamente, que entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que à todas horas y à todos tiempos quieren que los escuchen y despachen, atendiendo sólo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran, y le roen los huesos, y aun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazón y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que naturalmente les pide, si no es yo, que no le doy de comer á la mía, merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que asi se la dé Dios á él y á todos los de su raela, digo, á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen. Todos los que conocían á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian à qué atribuirlo, sino à que los oficios y cargos graves, ó adoban ó entorpecen los entendimientos. Finalmente, el doctor Pedro Recio Agüero de Tirteafuera, prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excedicse de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ansia llegase la noche y la hora de cenar, y aunque el tiempo, al parecer suyo se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía se llegó, por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicón de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera, algo entrada en dias. Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milán, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdíces de Morón, ó gansos de Lavajos, y entre la cena, volviéndose al doctor, le dijo: — Mirad, señor doctor, de aqui adelante no os curéis de darme à comer cosas regaladas ni manjares exquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está acostumbrado a cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas; y si acaso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas veces con asco; lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen; y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como soa de comer, que yo se lo agradeceré, y se lo pagaré algún dia; y no se burla nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece, para todos anianece; yo gobernaré esta insula sin perdonar derecho ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote, porque les hago saber que el diablo está en Cantillana, y que si me dan ocasión, han de ver maravillas: no, sino haceos miel, y comeros han moscas.

- Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que vuesa merced tiene mucha razón en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos ios insulanos desta insula, que han de servir à vuesa nerced con toda puntualidad, amor y benevolencia; porque el suave modo de gobernar que en estos principios vuesa merced ha dado, no les da lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de vuesa merced redunde. — Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios, si otra cosa hiciesen ó pensasen; y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi rucio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso, y en siendo hora, vamos á rondar; que es mi intención limpiar esta insulo de todo género de inmundicia y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais. amigos, que la gente baldia y perezosa, es en la república lo mismo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer & los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo, tener respeto à la religión, y à la honra de los religiosos. ¿Qué os parece dusto amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? — Dice tanto vuesa merced, señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como vuesa merced, que à lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tan-

tas cosas llenas de seutencias y de avisos, tan fuera de todo aquello que del ingenio de vuesa merced, esperaban los que nos enviaron y los que aqui venimos: cada dia se veen cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegó la noche y cenó el gobernador con licencia del señor doctor Recio. Aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenía cuidado de poner en memoria sus hechos, y alguaciles y escribanos tantos, que podía formar un mediano escuadrón. Iba Sancho en medio con su vara, que no había más que ver, y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruido de cuchilladas: acudieron alla, y hallaron que eran dos sólos hombres los que renian, los cuales viendo venir à la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: -Aqui de Dios y del rey; cómo ¿y qué se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo y que salgan à saltear en él en la mitad de las calles? — Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme que es la causa desta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: - Señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: vuesa merced sabrá, que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego, que está aqui frontera, más de mil reales, y sabe Dios como; y hallandome yo presente juzgue mas de una suerte dudosa, en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algún escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle à los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sin razones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado tras él, y con buenas y corteses palabras le he pedido que me diera siquiera ochoreales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron ni me le dejaron; y el socarrón, que no es más ladrón que Caco, y más fullero que Andradilla, no quería darme más de cuatro reales; porque vea vuesa merced, señor gobernador, que poca vergüenza y que poca conciencia; pero à fe que si vuesa merced no llegara, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuántas entraba la romana. — ¿Qué decis vos à esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia, y no había querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar

con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuenta con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que él era hombre de bien, y no ladrón, como decia, ninguna había mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. -Así es, dijo el mayordomo, vea vuesa merced, señor gobernador, qué es lo que se ha de hacer destos hombres. — Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho: vos ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta insula, desterrado por diez años, so pena, si lo quebrantáredes, los cumpláis en la otra vida, colgándoos vo de una picota ó à lo menos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, éste se salió de la insula, y aquel se fué à su casa, y el gobernador quedó diciendo: — Ahora yo podré poco, ó quitaré estas casas de juego, que á mi se me trasluce que son muy perjudiciales. -- Esta á lo menos, dijo un escribano, no la podrá vuesa merced quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparación lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra esos garitos de menor cantla podrá vuesa merced mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren; que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se ha vuelto en ejercicio común, mejor es que se juegue en casas principales, que no en la de algún oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. – Agora, escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso. Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: - Señor gobernador, este mancebo venia hacia nosotros, y asi como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algún delincuente; yo parti tras él, y si no fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzara jamás. — ¿Porqué huías, hombre? preguntó Saucho. A lo que el mozo respondió: - Señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. - ¿Qué oficio tienes? — **Tejedor**. --¿Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de vue-

sa merced. — ¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picais? Està bien: ¿y adonde ibades ahora? — Señor, á tomar el aire. — ¿Y adonde se toma el aire en esta insula? — Adonde sopla. - Bueno, respondéis muy à propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asidle, hola, y llevádle, que yo hare que duerma alli sin aire esta noche. -- Par Dios dijo el mozo, así me haga vuesa merced dormir en la cárcel como hacerme rey. — ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; ¿no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? — Por más poder que vuesa merced tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. — ¿Cómo qué no? replicó Sancho: llevadle luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados si te deja salir un paso de la cárcel. — Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo; el caso es que no me harán dormir en la carcel cuantos hoy viven. - Dime, demonio, dijo Sancho ¿tienes algún ángel que te saque, y que te quite los grillos que te pienso mandar echar? — Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donaire, estemos á razón y vengamos al punto. Prosuponga vuesa merced que me manda llevar à la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas; y que me meten en un calabozo; y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir; y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir, si yo no quiero? - No por cierto, dijo el secretario, y el hombre ha salido con su intención. — De modo, dijo Sancho, ¿qué no dejaréis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir à la mia?—No, señor, dijo el mozo, ni por pienso.—Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aqui adelante no os burleis con la justicia, porque toparéis con alguna que os dé con la burla en los cascos. Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: - Señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, à cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer

al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cábellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar; los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traia un jubón de tela finisima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquisima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecia bien à todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar; dijeron que no podian pensar quien fuese, y los consabedores de las burlas que se habían de hacer á Sancho, fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y asi estaban dudosos, esperando en que pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quien era, adónde iba, y que ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza, respondió: — No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladrón, ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, à quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho: — Haga, señor gobernador apartar la gente, porque esta señora, con menos empacho, pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: - Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. — Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien a Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra: y más, que decis que es vuestro padre, y luego añadis que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. - Yo ya habia dado en ello, dijo Sancho. - Ahora señores, yo estoy turbada, y no se lo que me digo, respondió la doucella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. - Aún eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que és un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudó no ha habido nadie en todo esté

lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto, la fama dice que es en extremo hermosa. — Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto; y en esto comenzó à llorar tiernamente. Viendo lo cual, el secretario se llegó al oido del maestresala, y le dijo muy paso: — Sin duda alguna que à esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y à tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

-No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y más que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sanchó la consoló con las mejores razones que el supo, y le pidió que sin temór alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. — Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que à mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aún hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Pérez al arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme salir de casa, siquiera à la iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo menos el pueblo donde naci, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar à si mismas. Cuando oia decir que corrian toros, y jugaban cañas, y se representaban comedias, preguntaba à mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia. pero todo esto era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdición, digo, rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara; y tornó à renovar el llanto. El mayordomo le dijo: - Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen á todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. - Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas si que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.

Habiase sentado en el alma del maestresala doucella, y llegó otra vez su linterna para ve parecióle que no eran lágrimas las que llorab rocio de los prados, y aún las subia de punt à perlas orientales, y estaba deseando que fuese tanta como daban á entender los indiy de sus suspiros. Desesperábase el gober danza que tenia la moza en dilatar su histo acabase de tenerlos más suspensos, que era mucho que andar del pueblo. Ella, entre in y mal formados suspiros dijo: - No es otra : mi infortunio es otro, sino que yo roguê à 1 me vistiese en hábitos de hombre con uno de que me sacase una noche à ver todo el puet tro padre durmiese: él, importunado de mis re dió con mi desso, y poniéndome este vestido, de otro mio, que le está como nacido, porque de barba, y no parece sino una doncella b noche, debe de haber una hora poco más ó mos de casa, y guiados de nuestro mozo y curso, hemos rodeado todo el pueblo; y cu volver à casa, vimos venir un gran tropel de mano me dijo: - Hermana, esta debe de ser l los pics y pon alas en ellos, y vente tras mi c no nos conozcan, que nos será mal contado; volvió las espaldas, y comenzó, no digo á cori Y yo à menos de seis pasos cai con el sobrei llegó el ministro de la justicia que me trujo an des, adoude por mala y antojadiza, me veo a tanta gente, - En efecto, señora, dijo Sanch cedido otro desmán alguno, ni celos, como de vuestro cuento dijisteis, no os sacaron de No me ha sucedido nada, ni me sacaron ce desco de ver mundo, que no se extendia à m calles de este lugar. Y acabó de confirmar s la doncella decia, llegar los corchetes con su A quien alcanzó uno de ellos, cuando se huyó No traia sino un faldellin rico y una mantel azul con pasamanos de uro fino; la cabeza otra cosa adornada que con sus mismos ca sortijas de oro, según cran rubios y enrizade con él el gobernador, mayordomo y maestres: oyese su hermana, le preguntaron cómo veni

y él con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: — Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapaceria, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle.

- Así es la verdad, respondió la doncella: pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. — No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre; quizá no los habrá echado ménos, y de aqui adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la mujer y la gallina por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles, de volverlos á su casa, y así se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de alli. Llegaron pues, y tirando el hermano una china à una reja, al momento bajó una criada que los estaba esperando, y les abrió la puerta; y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron à su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazón, y propuso de luego, otro dia pedirsela por mujer à su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del duque, y aun à Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija; y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dandose á entender que á una hija de un gobernador ningún marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de alli à dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L

DONDE SE DECLARA QUIEN FUERON LOS ESCANT DUGOS QUE AZOTARON Á LA DUEÑA Y PELL ÑARON Á DON QUIJOTE, CON EL SUCESO PAJE QUE LLEVÓ LA CARTA Á TERESA SAN SANCHO PANZA.

Dice Cide Hamete, puntualisimo escudriñado desta verdadera historia, que al tiempo que o salió de su aposento para ir à la estancia de d dueña que con ella dormia lo sintió; y que o las dueñas son amigas de saber, entender y c ella con tanto silencio, que la buena Rodrig de ver: y así como la dueña la vió entrar en don Quijote, porque no faltase en ella la ger que todas las dueñas tienen de ser chismosas, fué à poner en pico à su señora la duquesa, Rodriguez quedaba en el aposento de don Q quesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia Altisidora viniesen à ver lo que aquella dueña Quijote. El duque se la dió, y las dos con g siego, paso ante paso, llegaron à ponerse ju del aposento, y tan cerca, que olan todo lo qu ban; y cuando oyô la duquesa que Rodrigue en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo menos Altisidora; y asi, llenas de cólera y d ganza, entraron de golpe en el aposento, y se Quijote, y vapulearon à la dueña del modo qu do; porque las afrentas que van derechas con ro y presunción de las mujeres, despiertan e manera la ira, y enciende el deseo de veng duquesa al duque lo que le había pasado, de mucho; y la duquesa, persiguiendo con su in larse y recibir pasatiempo con don Quijote, d que habia hecho la figura de Dulcinea en el desencanto, (que tenia bien olvidado Sancho ocupación de su gobierno), à Teresa Panza s carta de su marido y con otra suya, y con un corales ricos presentados. Dice pues la histo era muy discreto y agudo, y con deseo de sei

res, partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de entrar en él, vio en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, à quienes preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha; á cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando y dijo: -- Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. – Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. - Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza que mostraba ser de edad de catorce años, poco más á menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: - Venga vuesa merced, que à la entrada del pueblo està nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena, por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre: — Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias à Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dijo a voces desde la puerta: -- Salga madre Teresa, salga, salga, que viene aqui un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; à cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, según era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lagar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: — ¿Qué es esto, niña, qué señor es este? — Es un scrvidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad à poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: — Deme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legitima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la insula Barataria. — ¡Ay; señor mio! quitese de ahi, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. — Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignisima de un gobernador archidignisimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la

faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echo al cuello, y dijo: -- Esta carta es del señor gobernador. • y otra que traigo y estos corales, son de mi señora la duquesa, que à vuesa merced me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dijo: — Que me maten si no anda por aqui nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. — Asi es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor don Quijote, es ahora el señor Sancho gobernador de la insula Barataria, como se verá por esta carta. — Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer una migaja. — Ni yo tampoco, añadió Sanchica, pero espérenme aqui, que yo iré à llamar quien la lea, ora sea el cura mismo, ó el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. — No hay para que se llame à nadic, que vo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aqui; y luego sacó otra de la duquesa, que decia desta manera:

* Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del in-« genio de vuestro marido Sancho, me movieron y obligaron « á pedir á mi marido el duque le diese un gobierno de una « insula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna « como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el « duque mi señor por el consiguiente; por lo que doy muchas « gracias al cielo de no haberme engañado en haberle esco-« gido por el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora « Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en « el mundo, y tal me haga á mi Dios, como Sancho gobierna. « Ahi le envio, querida mia, una sarta de corales con extre-" mos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales; pero quien te da el huego (*) no te querria ver muerta: « tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos. y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, · y digala de mi parte que se apareje, que la tengo de casar « altamente cuando menos lo piense. Dicenme que en ese

فالمعيكات أرواح

^(*) Esta palabra de la edición principe ha sido variada de diverso modo por los posteriores editores. La Real Academia ha puesto chueso y otros han sustituído chuevo. Debe suponerse que este abuegos sea error de imprenta y que Cervantes escribiría ó querria decir abuevos.

- « lugar hay bellotas gordas, envieme hasta dos docenas, que
- « las estimaré en mucho por ser de su mano; y escribame
- « largo, avisandome de su salud y de su bienestar, y si hu-
- « biere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que
- « boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde.
- « Deste lugar, su amiga que bien la quiere:

« LA DUQUESA ».

- ¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, y qué humilde señora: con estas tales señoras me entierren á mi, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas, no las ha de tocar el viento; y van á la iglesia con tanta fantasia, como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen a deshonra el mirar á una labradora; y veis aqui donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré à su señoria un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor: pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como á un principe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo; y en tanto saldré vo à dar à mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. — Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desta sarta, que no tengo yo por tan boba à mi senora la duquesa, que se la había de enviar á ella toda. — Todo es para ti hija, respondió Teresa; pero dejamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón. — También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finisimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica. — Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó á bailar y á decir: -- A fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no, sino tómese conmigo la más pin-

al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo y vieron que venía con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetán blanco y rapacejos de oro y aljófar; los gregüescos eran verdes, de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla de lo mismo, suelta, debajo de la cual traia un jubón de tela finisima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquisima daga, y en los dedos muchos y muy buenos anillos. Finalmente, la moza parecia bien à todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar; dijeron que no podian pensar quien fuese, y los consabedores de las burlas que se habian de hacer á Sancho, fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venía ordenado por ellos, y asi estaban dudosos, esperando en que pararía el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quien era, adónde iba, y que ocasión le había movido para vestirse en aquel hábito. Ella, puestos los ojos en tierra, con honestisima vergüenza, respondió: — No puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladrón, ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada, á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que à la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo, dijo á Sancho: — Haga, señor gobernador apartar la gente, porque esta señora, con menos empacho, pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, si no fueron el mayordomo, maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: — Yo, señores, soy hija de Pedro Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar, el cual suele muchas veces ir en casa de mi padre. - Eso no lleva camino, dijo el mayordomo, señora, porque yo conozco muy bien a Pedro Pérez, y sé que no tiene hijo ninguno, ni varón ni hembra: y más, que decis que es vuestro padre, y luego añadis que suele ir muchas veces en casa de vuestro padre. — Yo ya habia dado en ello, dijo Sancho. — Ahora señores, yo estoy turbada, y no se lo que me digo, respondió la doncella; pero la verdad es que yo soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. — Aún eso lleva camino, respondió el mayordomo, que yo conozco á Diego de la Llana, y sé que és un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que después que enviudo no ha habido nadie en todo este

lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada, que no da lugar al sol que la vea, y con todo esto, la fama dice que es en extremo hermosa. — Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habréis, señores, desengañado, pues me habéis visto; y en esto comenzó á llorar tiernamente. Viendo lo cual, el secretario se llegó al oido del maestresala, y le dijo muy paso: — Sin duda alguna que á esta pobre doncella le debe de haber sucedido algo de importancia, pues en tal traje y á tales horas, y siendo tan principal, anda fuera de su casa.

-No hay dudar en eso, respondió el maestresala, y más que esa sospecha la confirman sus lágrimas. Sanchó la consoló con las mejores razones que el supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles. — Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años ha, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratorio, y yo en todo este tiempo no he visto que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni aun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Pérez al arrendador, que por entrar de ordinario en mi casa, se me antojó decir que era mi padre, por no declarar el mio. Este encerramiento y este negarme salir de casa, siquiera à la iglesia, ha muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, o à lo menos el pueblo donde naci, pareciéndome que este deseo no iba contra el buen decoro que las doncellas principales deben guardar à si mismas. Cuando oia decir que corrian toros, y jugaban cañas, y se representaban comedias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, que me dijese qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia. pero todo esto era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mí perdición, digo, rogué y pedi á mi hermano, que nunca tal pidiera ni tal rogara; y tornó à renovar el llanto. El mayordomo le dijo: - Prosiga vuesa merced, señora, y acabe de decirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen à todos suspensos sus palabras y sus lágrimas. - Pocas me quedan por decir, respondió la doncella, aunque muchas lágrimas si que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes.

Habiase sentado en el alma del maestresala la belleza de la doncella, y llegó otra vez su linterna para verla de nuevo, y parecióle que no eran lágrimas las que lloraba, sino aljófar ó rocio de los prados, y aún las subia de punto, y las llegaba à perlas orientales, y estaba deseando que su desgracia no fuese tanta como daban á entender los indicios de su llanto y de sus suspiros. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y dijole que acabase de tenerlos más suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella, entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: — No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo rogué à mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacase una noche à ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: él, importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, que le está como nacido, porque él no tiene pelo de barba, y no parece sino una doncella hermosisima, esta noche, debe de haber una hora poco más ó menos, nos salimos de casa, y guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo; y cuando queriamos volver á casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: — Hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los pies y pon alas en ellos, y vente tras mi corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar. Y yo à menos de seis pasos cai con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia que me trujo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza, me veo avergonzada ante tanta gente, - En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijisteis, no os sacaron de vuestra casa? — No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino sólo el desco de ver mundo, que no se extendía á más que á ver las calles de este lugar. Y acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar los corchetes con su hermano preso, à quien alcanzó uno de ellos, cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul con pasamanos de oro fino; la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro, según cran rubios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron como venia en aquei traje,

y él con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana habia contado, de que recibió gran gusto el enamorado maestresala; pero el gobernador les dijo: — Por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapaceria, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas ni tantas lágrimas y suspiros; que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espaciar de casa de nuestros padres con esta invención, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabara el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle.

- Asi es la verdad, respondió la doncella: pero sepan vuesas mercedes que la turbación que he tenido ha sido tanta, que no me ha dejado guardar el término que debia. — No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, v dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre; quizá no los habrá echado ménos, y de aqui adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada, la pierna quebrada y en casa; y la mujer y la gallina por andar se pierden aina; y la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista: no digo más. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles, de volverlos à su casa, y así se encaminaron hacia ella, que no estaba muy lejos de alli. Llegaron pues, y tirando el hermano una china à una reja, al momento bajó una criada que los estaba esperando, y les abrió la puerta; y ellos se entraron, dejando á todos admirados así de su gentileza y hermosura, como del deseo que tenían de ver mundo de noche y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron à su poca edad. Quedó el maestresala traspasado su corazón, y propuso de luego, otro dia pedirsela por mujer à su padre, teniendo por cierto que no se la negaria, por ser él criado del duque, y aun à Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mozo con Sanchica su hija; y determinó de ponerlo en plática á su tiempo, dandose à entender que à una hija de un gobernador ningún marido se le podia negar. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de alli á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPÍTULO L

DONDE SE DECLARA QUIEN FUERON LOS ENCANTADORES Y VERDUGOS QUE AZOTARON À LA DUEÑA Y PELLIZCARON Y ARAÑARON À DON QUIJOTE, CON EL SUCESO QUE TUVO EL
PAJE QUE LLEVÓ LA CARTA À TERESA SANCHA, MUJER DE
SANCHO PANZA.

Dice Cide Hamete, puntualisimo escudrinador de los atomos desta verdadera historia, que al tiempo que doña Rodriguez salió de su aposento para ir à la estancia de don Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió; y que como que todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se tué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver: y así como la dueña la vió entrar en la estancia de don Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento lo fué à poner en pico à su señora la duquesa, de como doña Rodriguez quedaba en el aposento de don Quijote. La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen à ver lo que aquella dueña queria con don Quijote. El duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso, llegaron à ponerse junto à la puerta del aposento, y tan cerca, que oian todo lo que dentro habiaban; y cuando ovo la duquesa que Rodríguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos Altisidora; y así, llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acrebillaron a don Quijote, y vapulcaron á la dueña del modo que queda contado; porque las afrentas que van derechas contra la hermosuro y presunción de las mujeres, despiertan en ellas en gran manera la ira, y enciende el deseo de vengarse. Contó la duquesa al duque lo que le habia pasado, de lo que se holgó mucho; y la duquesa, persiguiendo con su intención de burlarse y recibir pasatiempo con don Quijote, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, (que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupación de su gobierno), à Teresa Panza su mujer, con la carta de su marido y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados. Dice pues la historia que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus seño-

res, partió de muy buena gana al lugar de Sancho, y antes - de entrar en él, vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, à quienes preguntó si le sabrian decir si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado don Quijote de la Mancha; à cuya pregunta se levantó en pie una mozuela que estaba lavando y dijo: -- Esa Teresa Panza es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. — Pues venid, doncella, dijo el paje, y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. - Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza que mostraba ser de edad de catorce años, poco más á menos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: - Venga vuesa merced, que à la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena, por no haber sabido muchos días ha de mi señor padre: — Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien gracias à Dios por ellas. Finalmente saltando, corriendo y brincando, llegó al pueblo la muchacha, y antes de entrar en su casa, dijo à voces desde la puerta: -- Salga madre Teresa, salga, salga, que viene aqui un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; à cuyas voces salió Teresa Panza su madre hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, según era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lagar, con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija v al paje á caballo, le dijo: — ¿Qué es esto, niña, qué señor es este? — Es un scrvidor de mi señora doña Teresa Panza, respondió el paje; y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: — Deme vuesa merced sus manos, mi señora doña Teresa, bien así como mujer legitima y particular del señor don Sancho Panza, gobernador propio de la insula Barataria. — ¡Ay; señor mio! quitese de ahi, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. — Vuesa merced, respondió el paje, es mujer dignisima de un gobernador archidignisimo: y para prueba desta verdad reciba vuesa merced esta carta y este presente; y sacó al instante de la

faltriquera una sarta de corales con extremos de oro, y se la echo al cuello, y dijo: -- Esta carta es del señor gobernador. y otra que traigo y estos corales, son de mi señora la duquesa, que à vuesa merced me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni menos, y la muchacha dijo: — Que me maten si no anda por aqui nuestro señor amo don Quijote, que debe de haber dado à padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. — Asi es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor don Quijote, es ahora el señor Sancho gobernador de la insula Barataria, como se verá por esta carta. — Léamela vuesa merced, señor gentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo se hilar, no se leer una migaja. — Ni yo tampoco, añadió Sanchica, pero espérenme aqui, que vo iré à llamar quien la lea, ora sea el cura mismo, ó el bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. — No hay para que se llame à nadie, que vo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aqui; y luego sacó otra de la duquesa, que decia desta manera:

« Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del in-« genio de vuestro marido Sancho, me movieron y obligaron « á pedir á mi marido el duque le diese un gobierno de una « insula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna « como un girifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el « duque mi señor por el consiguiente; por lo que doy muchas « gracias al cielo de no haberme engañado en haberle esco-« gido por el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora « Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en « el mundo, y tal me haga á mi Dios, como Sancho gobierna. * Ahi le envio, querida mia, una sarta de corales con extre-« mos de oro: yo me holgara que fuera de perlas orientales; « pero quien te da el huego (*) no te querria ver muerta: « tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, « y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, · y digala de mi parte que se apareje, que la tengo de casar « altamente cuando menos lo piense. Dicenme que en ese

^(°) Esta palabra de la edición principe ha sido variada de diverso modo por los posteriores editores. La Real Academia ha puesto chueso y otros han sustituído chuevo. Debe suponerse que este chuego» sea error de imprenta y que Cervantes escribiría ó querría decir chuevo».

- « lugar hay beliotas gordas, envieme hasta dos docenas, que
- « las estimaré en mucho por ser de su mano; y escribame
- « largo, avisándome de su salud y de su bienestar, y si hu-
- « biere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que
- « boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde.
- « Deste lugar, su amiga que bien la quiere:

« LA DUQUESA ».

- ¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena, y qué llana, y qué humilde señora: con estas tales señoras me entierren a mi, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas, no las ha de tocar el viento; y van á la iglesia con tanta fantasia, como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar à una labradora; y veis aqui donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mío, yo le enviaré à su señoria un celemin, que por gordas las pueden venir å ver å la mira y å la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende à que se regale este señor: pon en orden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia, y démosle de comer como à un principe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo; y en tanto saldré vo à dar à mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. — Si haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desta sarta, que no tengo yo por tan boba á mi senora la duquesa, que se la habia de enviar á ella toda. — Todo es para ti hija, respondió Teresa; pero dejamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón. — También se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finisimo, que el gobernador solo un dia llevó à caza, el cual todo le envía para la señora Sanchica. — Que me viva el mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni menos, y aun dos mil si fuere necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, y iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero; y encontrándose acaso con el cura y Sansón Carrasco, comenzó å bailar y å decir: -- A fe, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no, sino tómese conmigo la más pin-

tada hidalga, que yo la pondré como nueva. — ¿Qué es esto. Teresa Panza? ¿qué locuras son estas y que papeles son esos? - No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello, son corales finos, las avemarias y los padrenuestros son de oro de martillo y yo soy gobernadora. — De Dios en ayuso no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decis. — Ahi lo podrán ver ellos, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sansón Carrasco; y Sansón y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habían leido; y preguntó el bachiller, quién había traido aquellas cartas. pondió Teresa que se vinieran con ella à su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia más de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, y mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, torno à admirarse de nuevo, y dijo: - Por el hábito que tengo, que no sé qué me diga ni qué me piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza destos corales, y por otra leo que una duquesa euvia à pedir dos docenas de bellotas. — Aderézame esas medidas, dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos à ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo asi, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y à Sanchica cortando un torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho à los dos; y después de haberle saludado cortesmente, y él á ellos, le preguntó Sansón les dijese nuevas así de don Quijote como de Sancho Panza; que puesto que habían leido las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavia estaban confusos y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y más de una insula, siendo todas ó las más que hay en el mar Mediterráneo, de su majestad. A lo que el paje respondió: - De que el senor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudur en ello; de que sea insula ó nó la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto à lo de las bellotas, digo, que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia él, enviar à pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecía enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya; porque quiero que sepan vuesas mercedes, que las señoras de Aragón, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las

señoras castellanas: con más llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas pláticas, saltó Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje: — Digame, señor, ¿mi senor padre trae por ventura calzas atacadas después que es gobernador? - No he mirado en ello, respondió el paje, pero si debe traer. - ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y qué será de ver à mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que naci tengo deseo de ver à mi padre con calzas atacadas? - Como con esas cosas le verá vuesa merced si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba, lo deshacia todo (que ya Teresa les había mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo: — Señor cura, eche cata por ahi si hay alguien que vaya a Madrid ó a Toledo, para que me compre un verdugado redondo hecho y derecho; y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad, que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y aun, que si me enojo, me tengo de ir à esa corte y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. — Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese à Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel coche: Mirad la tal para cual, hija del harto de ajos, y como va sentada y tendida en el coche como si tuera una papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los pies del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y andeme yo caliente, y riase la gente. ¿Digo bien, madre mía? - Y cómo que dices bien, hija: respondió Teresa, y todas estas venturas, y aun mayores, me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa, que todo es comenzar à ser venturosas; y como yo he oido decir muchas veces á tu buen padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado, agárrale; y cuando te hicieren tus tus con alguna buena dádiva, envásala: no, sino dormios y no respondáis á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de nuestra casa. — ¿Y què se me dá á mi, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea enoulus funcasiosa: vióse el perro en bragas de cerro, y lo demás? Oyendo lo cual el cura, dijo: — Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas, nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos he visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. — Así es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho à cada paso los dice, y aunque muchos no vienen à propósito, todavia dan gusto; y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho. — ¿Qué, todavia se afirma vuesa merced, señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envie presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, v pensamos que esta es una de las cosas de don Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y asi, estoy por decir que quiero tocar y palpar á vuesa merced por ver si es embajador fantástico, ó hombre de carne y hueso. - Señores, yo no sé más de mi, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores, duque y duquesa, puedan dar y han dado el tal gobierno, y que he oido decir que en él se porta valentisimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vuesas mercedes lo disputen alla entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo y los quiero mucho. — Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller, pero dubitat Augustinus. — Dude quien dudare, respondió el paje, la verdad es la que he dicho, y es la que ha de andar siempre sobre la mentira, como el aceite sobre el agua; y si no opéribus credite, et non verbis; véngase alguno de vuesas mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oidos. — Esa ida á mi me toca, dijo Sanchica: lléveme vuesa merced, señor, à las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. — Las hijas de los gobernadores no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas de carrozas y literas y de gran número de sirvientes. -- Par Dios, respondió Sancha (*), también me vaya yo sobre una pollina como sobre un coche:

^(*) Es indudable que aquí debió decir «Sanchica» en el original, pues así lo requiere el orden del diálogo, atendidas las palabras que á continuación dirije Teresa Panza á su hija.

hallado lo habéis la melindrosa. — Calla mochacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora, y no sé si digo algo. — Màs dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y dénme de comer y despachenme luego, porque pienso volverme esta tarde. A lo que dijo el cura: — Vuesa merced se vendrá á hacer penitencia conmigo, que la señora Teresa más tiene voluntad que alhajas para servir á tan buen huésped. Rehusólo el paje: pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora, y el cura lo llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por don Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas à Teresa, de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenía por algo burlón; y asi, dió un bollo y dos huevos à un monacillo que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas: una para su marido, y otra para la duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en cada grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPÍTULO LI

DEL PROGRESO DEL GOBIERNO DE SANCHO PANZA, CON OTROS SUCESOS TALES COMO BUENOS

Amaneció el día que se siguió à la noche de la ronda del gobernador, la cual el maestresala pasó sin dormir ocupado el pensamiento en el rostro, brio y belleza de la disfrazada doncella; y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir à sus señores lo que Sancho Panza hacía y decía, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos; porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantôse en fin el señor gobernador, y por orden del doctor Pedro Recio, le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, que era lo que más convenía á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno y aun á quien se le había dado: pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel día; y lo primero que se le ofreció fué una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué: — Señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorio (y esté vuesa merced atento, por. que el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorio, que era en esta forma: Si alguno pasare por esta puente de una parte à otra, ha de jurar primero adónde y a qué va, y si jurare verdad, déjenle pasar, y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que alli se muestra, sin remisión alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condición della, pasaban muchos, y luego en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, y los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento à un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacia, que iba á morir en aquella horca que alli estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si à este hombre le dejamos pasar libremente, mintio en su juramento, y conforme à la ley debe morir; y si le ahorcamos, el juró que iba a morir en aquella horca, y habiendo júrado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese a vuesa merced, señor gobernador, ¿qué harán los jueces de tal hombre. que aun hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de vuesa merced, me enviaron á mí á que suplicase á vuesa merced, de su parte, diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: — Por cierto que esos señores jueces que à mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo. pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo lo entienda, quizá podría ser que diese en el hito. Volvió otra y otra vez el preguntante à referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: - A mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿El tal hombre jura que va á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y si no le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? - Asi es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto à la entereza y entendimiento del caso no hay más pedir ni qué dudar. — Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje. — Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. -- Venid acá, señor buen hombre, respondió Sancho, este pasajero que decis, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto asi, como lo es, soy de parecer que digáis á esos señores que à mi os enviaron, que pues están en un fil las razones de condenarlo ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar: y yo en este caso no he hablado de mio, sino que se me vino à la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dió mi amo don Quijote la noche antes que vinicse à ser gobernador desta insula; que fué que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese á la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como molde. — Así es, respondió el mayordomo; y tengo para mí que el mismo Licurgo, que dió leyes à los lacedemonios, no pudiera dar mejor sentencia que la que el gran Panza ha dado; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré orden como el señor gobernador coma muy á su gusto. — Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, denme de comer y lluevan casos y dudas sobre mí, que vo las despabilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo, pareciéndole ser cargo de conciencia, matar de hambre á tan discreto gobernador, y más que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traia en comisión de hacerle. Sucedió pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y áforismos del doctor Tirteafuera, al levantar los manteles entró un correo con una carta de don Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para si, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hizolo asi el secretario, y repasándola primero, dijo: - Bien se puede leer, en



voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe à vuesa merced, merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA À SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA

« Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é imperti-« nencias, Sancho amigo, las oi de tus discreciones, de que · di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol « sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. « Dicenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres « hombre como si fueses bestia, según es la humildad con · que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas « veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, « ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno « de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser « conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que « su humilde condición le inclina. Vistete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, « ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te ador-« nes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que « gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser · bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he « dicho; y la otra procurar la abundancia de los manteni-« mientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los « pobres, que la hambre y la carestia.

« No hagas muchas pragmàticas, y si las hicieres, procura « que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; « que las pragmàticas que no se guardan, lo mismo es que « si no lo fuesen, antes dan à entender que el principe que « tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor « para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan y « no se ejecutan, vienen à ser como la viga, rey de las « ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la « menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de « las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre « riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos « dos extremos, que en esto está el punto de la discreción. « Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la pre- « sencia del gobernador en lugares tales es de mucha impor- « tancia: consuela á los presos que esperan la brevedad de

« su despacho, sé coco á los carniceros, que por entonces « igualan los pesos, y sé espantajo á las placeras por la mis. « ma razón. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo « cual yo no creo) codicioso, mujeriego, ni glotón, porque en « sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación deter-« minada, por alli te darán bateria hasta derribarte en el · profundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los « consejos y documentos que te di por escrito antes que de « aqui partieses à tu gobierno, y verás como hallas en ellos, « si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los « trabajos y dificultades que à cada paso à los gobernadores « se les ofrecen. Escribe à tus señores, y muéstrateles agra-« decido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de « los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agra-« decida à los que bien le han hecho, da indicio que también « lo será à Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo « le hace.

« La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y « otro presente, à tu mujer Teresa Panza; por momentos espe-« ramos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de « un cierto gateamiento que me sucedió no muy à cuento de « mis narices, pero no fué nada, que si hay encantadores « que me maltraten, también los hay que me defiendan. Avi-« same si el mayordomo que está contigo, tuvo que ver en « las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo « lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto « el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida « ociosa en que estoy, pues no naci para ella. Un negocio « se me ha ofrecido que creo que me ha de poner en des-« gracia destos señores; pero aunque se me da mucho, no se « me da nada, pues en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi « profesión que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: « Amicus Plato, sed magis amica véritas. Digote este latin, « porque me doy á entender que después que eres gobernador « lo habrás aprendido. Y à Dios, el cual te guarde de que nin-« guno te tenga lástima.

« Tu amigo,

« Don Quijote de la Mancha.»

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego à su señor don Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

- « La ocupación de mis negocios es tan grande, que no « tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme « las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. « Digo esto, señor mío de mi alma, porque vuesa merced no comento si heste agere no he dede evice de mi hier i
- « se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien o « mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre,
- « que cuando andábamos los dos por las selvas y por los « despoblados.

«Escribióme el duque mí señor el otro día dándome aviso « que habían entrado en esta insula ciertas espías para ma-« tarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un « cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar « à cuantos gobernadores aqui vinieren; llamase el Doctor · Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa « merced qué nombre para no temer que he de morir á sus « manos. Este tal doctor, dice el mismo de si mismo, que él « no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medecinas que usa son « dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos « mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la ca-« lentura. Finalmente, el me va matando de hambre, y yo me « voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este « gobierno à comer caliente, y à beber frio, y à recrear el cuer-« po entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma, he « venido à hacer penitencia, como si fuera ermitaño, y como 🧸 no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo, me « ha de llevar el diablo.

«Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y
« no puedo pensar en que va esto, porque aqui me han dicho
« que los gobernadores que à esta insula suelen venir, an« tes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado
« los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usan« za en los demás que van à gobiernos, no solamente en
este.

«Anoche andando de ronda topé una muy hermosa doncella

« en traje de varón, y un hermano suyo en hábito de mujer: « de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su « imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo esco-« gi al mozo para mi yerno: hoy los dos pondremos en plá-« tica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que « es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuan-» to se quiere.

«Yo visito las plazas como vuesa merced me lo aconseja, y aver hallé una tendera que vendia avellanas nuevas: y averigüele que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza; hanme dicho que lo hice valerosamente: lo que sé decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas; y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos,

«De que mi señora la duquesa haya escrito à mi mujer Te« resa Panza, y enviadole el presente que vuestra merced
« dice, estoy muy satisfecho, y procuraré mostrarme agrade« cido à su tiempo: bésele vuesa merced las manos de mi
» parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco
« roto, como lo verá por la obra. No querría que vuesa mer« ced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores:
» porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que
» ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se da
» à mi por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no
» lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tan» to regalo ha sido tratado en su castillo.

«Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe
« de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced
« suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos
« veamos. Quisiera enviarle á vuesa merced alguna cosa; pero
« no sé que envie, si no es algunos cañutos de jeringas, que
« para con vejigas los hacen en esta insula, muy curiosos;
« aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar de hal« das ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza,
« pague vuesa merced el porte, y envieme la carta, que ten« go grandísimo deseo de saber del estado de mi casa, de
« mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre á vuesa
« merced de mal intencionados encantadores y á mi me sa« que con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque

« le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro « Recio.

«Criado de vuestra merced, «Sancho Panza, el gobernador.»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre si como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser insula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre, perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancía: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese: puso gravisimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan, son fingidos en perjuicio de los verdaderos. Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque à la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.

CAPÍTULO LII

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenia, era contra toda la orden de caballería que profesaba; y así determinó de pedir licencia à los duques para partirse à Za-

ragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales flestas se conquista. Y estando un día en la mesa con los duques, y comenzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, véis aqui á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza; y la una dellas, llegándose á don Quijote se le echó á los pies, tendida de largo á largo, la boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión á todos los que la oían y miraban; y aunque los duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querian hacer á don Quijote, todavia viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote, compasivo, la levanto del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodriguez, la ducha de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y más los duques que ninguno; que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese à hacer locuras. Finalmente, doña Rodriguez, volviéndose à los señores, les dijo: — Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro á don Quijote, le dijo: — Dias ha valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aqui està presente; y vos me habedes prometido de volver por ella enderezándole el tuerto que le tienen fecho; y agora ha llegado à mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así, querría que antes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo, antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasión que va á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto, nuestro Señor dé á vuesa

merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: - Bueno dueña, templad vuestras lágrimas, ó por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo; y le hallaré, y le desaflaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesión es perdonar á los humildes, y castigar à los soberbios: quiero decir acorrer à los miserables y destruir à los rigorosos. — No es menester, respondió el duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida à mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo à mi cargo de hacerle saber este desafio, y que le acete, y venga à responder por si à este mi castillo, donde à entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia à cada uno, como están obligados à guardarla todos aquellos principes que dan campo franco à los que se combaten en los términos de sus señorios. — Pues con ese seguro y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó don Quijote, desde aquí digo que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y asi, aunque ausente le desafio y repto en razón de que bizo mal en defraudar à esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legitimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el duque le alzó, diciendo que, como ya había dicho, el acetaba el tal desafio en nombre de su vasallo; y señalaba el plazo de alli à seis dias; y el campo en la plaza de aquel castillo; y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnés tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, supercheria ó superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote; que de otra manera

<u> در در دان کامانی را کامانی د</u>

no se hará nada, ni llegará á debida ejecución el tal desafio. - Yo si pongo, respondió la dueña: - Y yo también, añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el duque lo habia de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de allí allí en adelante no las tratasen como à sus criadas, sino como à señoras aventureras, que venian à pedir justicia à su casa; y así les dieron cuarto à parte, y las sirvieron como à forasteras; no sin espanto de las demás criadas, que no sabían en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin á la comida, veis aqui donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes à Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques, deseosos de saber lo que le había sucedido en su viaje: y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras; que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para à solas, y que entretanto se entretuviese con aquellas cartas: y sacando dos cartas las puso en manos de la duquesa: la una decia en el sobrescrito: «Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé donde; y la otra: «A mi marido Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, que Dios prospere más años que á mi». No se le cocia el pan, como suele decirse, á la duquesa, hasta leer su carta; y abriéndola, y leido para si y viendo que la podía leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA

« Mucho contento me dió, señora mía, la carta que vuesa « grandeza me escribió, que en verdad que la tenía bien de« seada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de
« caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra se« ñoría haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha re« cebido mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay
« quien lo crea, principalmente el cura y maese Nicolás el
« barbero y Sansón Carrasco el bachiller; pero á mi no se me
« da nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada uno
« lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los
« corales y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este
« pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que sa-

والمنطاع المطالعة

« cado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar « para qué gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga y lo en-« camine como vee que lo han menester sus hijos. Yo, seño-« ra de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa mer-« ced, de meter este buen dia en mi casa, yéndome à la côrte « à tenderme en un coche, para quebrar los ojos à mil envi-«diosos que va tengo: y así suplico á vuestra Excelencia, mande á mi marido me envie algún dinerillo, y que sea algo « qué; porque en la córte son los gastos grandes, que el pan « vale à real, y la carne la libra à treinta maravedis, que es « un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con « tiempo; porque me estan bullendo los pies por ponerme en « camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si vo v mi hija andamos orondas v pomposas en la córte, vendrá « à ser conocido mi marido por mi más que vo por él, siendo « forzoso que pregunten muchos: ¿quién son estas señoras deste coche? y un criado mio responder: la mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria; y des-🛾 ta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y 🛦 « Roma por todo. Pésame cuanto pesar me puede, que este · año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso « envío á vuesa alteza hasta medio celemín, que una á una las « fui yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé más ma-« vores; vo quisiera que fueran como huevos de avestruz. No se le olvide à vuestra pomposidad de escribirme, que

No se le olvide à vuestra pomposidad de escribirme, que vo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo rogando à nuestro Señor, guarde à vuestra grandeza y à mi no olvide. Sancha mi hija, y mi hijo, besan à vuesa merced las manos.

« La que tiene más deseo de ver á usia que de escribirla,

· Su criada, TERESA PANZA. »

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los duques: y la duquesa pidió parecer à don Quijote si sería bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonisima. Don Quijote dijo que él la abriría por darles gusto, y así lo hiso, y vió qué decia desta manera.

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO

« Tu carta recibi, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo « y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo « llegué à oir que eres gobernador, me pensé caer muerta de « puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la ale-« gria súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le « fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El vestido « que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió 🕶 mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y «.el portador dellas alli presente; y con todo eso, creia y pen-« saba que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; porque « ¿quién podia pensar que un pastor de cabras habia de venir « à ser gobernador de insulas? Ya sabes tú, amigo, que de-« cia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mu-« cho: dígolo, porque pienso ver más si vivo más, porque no « pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son « oficios que aunque lleva el diablo à quien mal los usa, en « fin en fin, siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la « duquesa te dirà el deseo que tengo de ir à la corte: mirate « en ello, y avisame de tu gusto, que yo procuraré honrarte « en ella, andando en coche.

« El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristan, no « pueden creer que eres gobernador; y dicen que todo es em-¿ beleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de don « Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir á buscarte y á « sacarte el gobierno de la cabeza, y à don Quijote la locura « de los cascos; yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y « dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra · hija. Unas bellotas envié á mi señora la duquesa, yo qui-« siera que fueran de oro. Enviame tú algunas sartas de per-« las, si se usan en esa insula. Las nuevas deste lugar son, « que la Berrucca casó à su hija con un pintor de mala mano, « que llegó à este pueblo à pintar lo que saliese. Mandôle el « Consejo pintar las armas de su majestad sobre las puertas « del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronsele adelanta-« dos, trabajó ocho dias, al cabó de los cuales no pintó nada; « y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió el « dinero, y con todo eso se casó à titulo de buen oficial: ver-« dad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va « al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro de Lobo, se voz alta, que lo que el señor don Quijote escribe à vuesa merced, merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA À SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA INSULA BARATARIA

« Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é imperti-« nencias, Sancho amigo, las oi de tus discreciones, de que · di por ello gracias particulares al cielo, el cual del estiércol « sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. « Dicenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres « hombre como si fueses bestia, según es la humildad con « que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas « veces conviene y es necesario, por la autoridad del oficio, « ir contra la humildad del corazón; porque el buen adorno « de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser « conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que « su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, uni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te ador-· nes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que « gobiernas, entre otras has de hacer dos cosas: la una, ser - bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he « dicho; y la otra procurar la abundancia de los manteni-· mientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los « pobres, que la hambre y la carestia.

No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen, antes dan à entender que el principe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen à ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción. Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas; que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia: consuela á los presos que esperan la brevedad de

« su despacho, sé coco à los carniceros, que por entonces « igualan les peses, y sé espantajo à las placeras por la mis. « ma razón. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo « cual yo no creo) codicioso, mujeriego, ni glotón, porque en « sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación deter-« minada, por alli te darán bateria hasta derribarte en el · profundo de la perdición. Mira y remira, pasa y repasa los « consejos y documentos que te di por escrito antes que de « aqui partieses à tu gobierno, y verás como hallas en ellos, « si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los « trabajos y dificultades que á cada paso á los gobernadores « se les ofrecen. Escribe à tus señores, y muéstrateles agra-« decido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de · los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agra-« decida à los que bien le han hecho, da indicio que también « lo será à Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo « le hace.

« La señera duquesa despachó un propio con tu vestido y « otro presente, à tu mujer Teresa Panza; por momentos espe-« ramos respuesta. Yo he estado un poco mal dispuesto de « un cierto gateamiento que me sucedió no muy á cuento de « mis narices, pero no fué nada, que si hay encantadores « que me maltraten, también los hay que me defiendan. Avi-« same si el mayordomo que está contigo, tuvo que ver en « las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo « lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto « el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida « ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio « se me ha ofrecido que creo que me ha de poner en des-« gracia destos señores; pero aunque se me da mucho, no se « me da nada, pues en fin, en fin, tengo de cumplir antes con mi « profesión que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: « Amicus Plato, sed magis amica véritas. Digote este latin, « porque me doy á entender que después que eres gobernador « lo habrás aprendido. Y à Dios, el cual te guarde de que nin-« guno te tenga lástima.

· Tu amigo,

« DON QUIJOTE DE LA MANCHA.»

Oyó Sancho la carta con mucha atención, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder luego á su señor don Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese, y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA

« La ocupación de mis negocios es tan grande, que no « tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aun para cortarme « las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. « Digo esto, señor mio de mi alma, porque vuesa merced no « se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó « mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre, « que cuando andábamos los dos por las selvas y por los « despoblados.

*Escribióme el duque mí señor el otro día dándome aviso « que habían entrado en esta insula ciertas espias para ma-« tarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un « cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar · à cuantos gobernadores aqui vinieren; llamase el Doctor « Pedro Recio, y es natural de Tirteafuera, porque vea vuesa · merced qué nombre para no temer que he de morir à sus « manos. Este tal doctor, dice el mismo de si mismo, que él « no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medecinas que usa son « dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos « mondos, como si no fuese mayor mal la flaqueza que la ca-« lentura. Finalmente, el me va matando de hambre, y yo me « voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir à este « gobierno à comer caliente, y à beber frio, y à recrear el cuer-« po entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma, he 🛾 venido à hacer penitencia, como si fuera ermitaño, y como - no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo, me » ha de llevar el diablo.

«Hasta agora no he tocado derecho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en que va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que à esta insula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van à gobiernos, no solamente en este.

«Anoche andando de ronda topé una muy hermosa doncella

« en traje de varón, y un hermano suyo en hábito de mujer: « de la moza se enamoró mi maestresala, y la escogió en su « imaginación para su mujer, según él ha dicho, y yo esco-« gi al mozo para mi yerno: hoy los dos pondremos en plá-« tica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que « es un tal Diego de la Llana, hidalgo y cristiano viejo cuan-« to se quiere.

«Yo visito las plazas como vuesa merced me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas: y averigüele que había mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciéla que por quince días no entrase en la plaza; hanme dicho que lo hice valerosamente: lo que sé decir á vuesa merced es, que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas; y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos,

«De que mi señora la duquesa haya escrito á mi mujer Te« resa Panza, y enviádole el presente que vuestra merced
« dice, estoy muy satisfecho, y procuraré mostrarme agrade« cido á su tiempo: bésele vuesa merced las manos de mi
« parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco
« roto, como lo verá por la obra. No querría que vuesa mer« ced tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores:
« porque si vuesa merced se enoja con ellos, claro está que
« ha de redundar en mi daño, y no será bien que pues se da
« á mi por consejo que sea agradecido, que vuesa merced no
« lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tan« to regalo ha sido tratado en su castillo.

«Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe « de ser alguna de las malas fechorías que con vuesa merced « suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos « veamos. Quisiera enviarle à vuesa merced alguna cosa; pero « no sé que envie, si no es algunos cañutos de jeringas, que « para con vejigas los hacen en esta insula, muy curiosos; « aunque si me dura el oficio, yo buscaré que enviar de hal- « das ó de mangas. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, « pague vuesa merced el porte, y envieme la carta, que ten- « go grandisimo deseo de saber del estado de mi casa, de « mi mujer y de mis hijos. Y con esto, Dios libre à vuesa « merced de mal intencionados encantadores y à mi me sa- « que con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque

« le pienso dejar con la vida, según me trata el doctor Pedro « Recio.

«Criado de vuestra merced, «Sancho Panza, el gobernador.»

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, dieron orden entre si como despacharle del gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser insula, y ordenó que no hubiese regatones de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimación, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre, perdiese la vida por ello: moderó el precio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á rienda suelta por el camino del interese: puso gravisimas penas à los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningún ciego cantase milagro en coplas, si no trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan, son fingidos en perjuicio de los verdaderos. Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque à la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolución, él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.

CAPÍTULO LII

Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando ya don Quijote sano de sus aruños, le pareció que la vida que en aquel castillo tenía, era contra toda la orden de caballeria que profesaba; y así determinó de pedir licencia à los duques para partirse à Za-

ragoza, cuyas flestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés que en las tales flestas se conquista. Y estando un dia en la mesa con los duques, y comenzando á poner en obra su intención y pedir la licencia, véis aqui á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como después pareció, cubiertas de luto de los pies á la cabeza; y la una dellas, llegándose á don Quijote se le echó á los pies, tendida de largo à largo, la boca cosida con los pies de don Quijote, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusión á todos los que la oían v miraban; y aunque los duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querian hacer á don Quijote, todavía viendo con el ahinco que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que don Quijote, compasivo, la levantó del suelo, y hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser lo que jamás se pudiera pensar, porque descubrió el rostro de doña Rodriguez, la dueña de casa; y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admirárouse todos aquellos que la conocían, y más los duques que ninguno; que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese à hacer locuras. Finalmente, doña Rodriguez, volviéndose à los señores, les dijo: — Vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor don Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la voz y el rostro á don Quijote, le dijo: — Dias ha valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazón y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, que es esta desdichada que aqui esta presente; y vos me habedes prometido de volver por ella enderezándole el tuerto que le tienen fecho; y agora ha llegado à mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare; y así, querría que antes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo, antes y primero que yogase con ella; porque pensar que el duque mi señor me ha de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasión que ya á vuesa merced en puridad tengo declarada; y con esto, nuestro Señor dé á vuesa

merced mucha salud, y á nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió don Quijote con mucha gravedad y prosopopeya: — Bueno dueña, templad vuestras lágrimas, o por mejor decir, enjugadlas y ahorrad de vuestros suspiros. que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales, por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir; y así con licencia del duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo; y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesión es perdonar à los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir acorrer á los miserables y destruir á los rigorosos. — No es menester, respondió el duque, que vuesa merced se ponga en trabajo de buscar al rústico de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que vuesa merced me pida à mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafio, y que le acete, y venga à responder por si à este mi castillo, donde à entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse, guardando igualmente su justicia à cada uno, como están obligados á guardarla todos aquellos principes que dan campo franco á los que se combaten en los términos de sus señorios. — Pues con ese seguro y con buena licencia de vuestra grandeza, replicó don Quijote, desde aqui digo que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano y ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente le desafio y repto en razón de que hizo mal en defraudar à esta pobre, que fué doncella, y ya por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le dió de ser su legitimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego, descalzándose un guante, le arrojó en mitad de la sala, y el duque le alzó, diciendo que, como ya había dicho, el acetaba el tal desafio en nombre de su vasallo; y señalaba el plazo de alli & seis dias; y el campo en la plaza de aquel castillo; y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza y escudo y arnés tranzado, con todas las demás piezas, sin engaño, supercheria ó superstición alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas, es menester que esta buena dueña y esta mala doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor don Quijote; que de otra manera

no se hará nada, ni llegará á debida ejecución el tal desafio. - Yo si pongo, respondió la dueña: - Y yo también, añadió la hija, toda llorosa y toda vergonzosa y de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y habiendo imaginado el duque lo había de hacer en el caso, las enlutadas se fueron, y ordenó la duquesa que de alli alli en adelante no las tratasen como á sus criadas, sino como á señoras aventureras, que venían á pedir justicia á su casa; y así les dieron cuarto à parte, y las sirvieron como à forasteras; no sin espanto de las demás criadas, que no sabian en qué habia de parar la sandez y desenvoltura de doña Rodriguez y de su mal andante hija. Estando esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buen fin à la comida, veis aqui donde entro por la sala el paje que llevó las cartas y presentes à Tercsa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques, deseosos de saber lo que le había sucedido en su viaje: y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podía decir tan en público ni con breves palabras; que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para à solas, y que entretanto se entretuviese con aquellas cartas: y sacando dos cartas las puso en manos de la duquesa: la una decia en el sobrescrito: «Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé donde; y la otra: «A mi marido Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria, que Dios prospere más años que á mí». No se le cocia el pan, como suele decirse, à la duquesa, hasta leer su carta; y abriéndola, y leido para si y viendo que la podia leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA

« Mucho contento me dió, señora mía, la carta que vuesa « grandeza me escribió, que en verdad que la tenía bien de« seada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de
« caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra se« ñoría haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha re« cebido mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay
« quien lo crea, principalmente el cura y maese Nicolás el
« barbero y Sansón Carrasco el bachiller; pero á mi no se me
« da nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada uno
« lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los
« corales y el vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este
« pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que sa-

« cado de gobernar un hato de cabras, no pueden imaginar para qué gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga y lo en-« camine como vee que lo han menester sus hijos. Yo, seño-« ra de mi alma, estoy determinada, con licencia de vuesa mer-« ced, de meter este buen dia en mi casa, yéndome à la côrte « á tenderme en un coche, para quebrar los ojos á mil envi-«diosos que va tengo: y así suplico á vuestra Excelencia, mande à mi marido me envie algún dinerillo, y que sea algo qué; porque en la córte son los gastos grandes, que el pan « vale à real, y la carne la libra à treinta maravedis, que es un juicio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con « tiempo; porque me están bullendo los pies por ponerme en « camino; que me dicen mis amigas y mis vecinas, que si vo « v mi hija andamos orondas v pomposas en la córte, vendrá « á ser conocido mi marido por mi más que yo por él, siendo « forzoso que pregunten muchos: ¿quién son estas señoras « deste coche? y un criado mio responder: la mujer y la hija 🛾 de Sancho Panza, gobernador de la insula Barataria; y des-🧸 ta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y å Roma por todo. Pésame cuanto pesar me puede, que este · año no se han cogido bellotas en este pueblo; con todo eso « envio á vuesa alteza hasta medio celemín, que una á una las • fui yo á coger y á escoger al monte, y no las ballé más ma-« yores; yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.

- « No se le olvide à vuestra pomposidad de escribirme, que vo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere que avisar deste lugar, donde quedo rogando à nuestro Señor, guarde à vuestra grandeza y à mi no olvide. Sancha mi hija, y mi hijo, besan à vuesa merced a las manos.
 - « La que tiene más deseo de ver á usia que de escribirla,

· Su criada, Teresa Panza. »

Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los duques: y la duquesa pidió parecer á don Quijote si sería bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debía de ser bonisima. Don Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió qué decía desta manera.

CARTA DE TERESA PANZA À SANCHO PANZA SU MARIDO

« Tu carta recibi, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo « y juro como católica cristiana que no faltaron dos dedos pa-« ra volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo « llegué à oir que eres gobernador, me pensé caer muerta de « puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que asi mata la ale-« gria súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le « fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El vestido « que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió « mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y « el portador dellas alli presente; y con todo eso, creia y pen-« saba que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; porque « ¿quién podia pensar que un pastor de cabras habia de venir « á ser gobernador de insulas? Ya sabes tú, amigo, que de-« cia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mu-« cho: dígolo, porque pienso ver más si vivo más, porque no « pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son « oficios que aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en « fin en fin, siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la « duquesa te dirá el deseo que tengo de ir á la corte: mirate « en ello, y avisame de tu gusto, que yo procuraré honrarte « en ella, andando en coche.

« El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristan, no · pueden creer que eres gobernador; y dicen que todo es em-¿ beleco, ó cosas de encantamento, como son todas las de don « Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir á buscarte y á « sacarte el gobierno de la cabeza, y à don Quijote la locura « de los cascos; yo no hago sino reirme, y mirar mi sarta, y « dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra · hija. Unas bellotas envié à mi señora la duquesa, yo qui-« siera que fueran de oro. Enviame tú algunas sartas de per-« las, si se usan en esa insula. Las nuevas deste lugar son, « que la Berrueca casó à su hija con un pintor de mala mano, « que llegó à este pueblo à pintar lo que saliese. Mandóle el « Consejo pintar las armas de su majestad sobre las puertas « del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronsele adelanta-· dos, trabajó ocho dias, al cabó de los cuales no pintó nada; « y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió el « dinero, y con todo eso se casó á titulo de buen oficial: ver-« dad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y va « al campo como gentilhombre. El hijo de Pedro de Lobo, se · ha ordenado de grados y corona, con intención de hacerse « clérigo: súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale « puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; « malas lenguas quieren decir que ha estado en cinta dél, pe-« ro él lo niega à pies juntillas. Hogaño no hay aceitunas, « ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por « aqui pasó una compañía de soldados, lleváronse de camino « tres mozas deste pueblo; no te quiero decir quién son, qui-« zá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres con « sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntos de ran-« das, gana cada dia ocho maravedis horros, que los va echan-« do en una alcancia para ayuda à su ajuar; pero ahora que « es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella « lo trabaje. La fuente de la plaza se secó: un rayo cayó en « la picota, y alli me las den todas. Espero respuesta desta « y la resolución de mi ida à la córte: y con esto. Dios te me « guarde más años que á mi, ó tantos, porque no querria de-« jarte sin mi en este mundo.

« Tu mujer, Teresa Panza ».

Las cartas fueron solenizadas, reidas, estimadas y admiradas: y para acabar de echar el sello, llegó el correo, el que traía la que Sancho enviaba à don Quijote, que asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la duquesa para saber del paje lo que le había sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba à los de Tronchón: recibiólo la duquesa con grandisimo gusto, con el cual la dejaremos, por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor'y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPÍTULO LIII

DEL FATIGADO FIN Y REMATE QUE TUVO EL GOBIERNO DE SANCHO PANZA

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. La primavera sigue al verano, el verano al estio, el estio al otoño, y el otono al invierno, y el invierno à la primavera, (*) y asi torna à andarse el tiempo con esta rueda continua. Sola la vida humana corre à su fin, ligera más que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duración de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fe, sino con la luz natural, lo han entendido; pero aqui nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho; el cual, estando la séptima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño à despecho y pesar de la hambre le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la insula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no sólo no lo supo, pero añadiéndose al ruido de voces y campanas, el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto; y levantándose en pie se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobrerropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento, á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas, gritando todos á grandes voces: — Arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la insula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre. Con este ruido, furia y alboroto, llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia; y cuando llegaron à él, uno le dijo: - Armese luego vuestra señoria, si no quiere perderse y que toda esta insula se pierda. --¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo don Quijote, que en dos paletas las despachará y pon drá en cobro; que yo, pecador fui à Dios, no se me entiende nada destas priesas. — ¡Ah señor gobernador! dijo otro, ¿què relente es ese? ármese vuesa merced, que aqui le traemos ar-

^{(&#}x27;) Nótase aqui una extraña inversión de las estaciones que no es posible achacar á Cervantes, sino á incuria ó ignorancia de algún copista.

mas ofensivas y defensivas; y salga a esa plaza y sea nuestro guia y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. - Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trajeron dos paveses, que ventan proveidos dellos y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronie en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando asi le tuvieron, le dijeron que caminase y los guíase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrían buen fin sus negocios. — ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algún postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. — Ande, señor gobernador, dijo otro, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde y los enemigos crecen, y las voces se aumentan; y el peligro carga. Por cuyas persuaciones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, o como medio tocino metido entre dos artezas, ó bien así como barca que da al través en la arena: y no por verle caído aquella gente burladora, le tuvieron compasión alguna; antes apagando las antorchas tornaron & reforzar las voces, y à reiterar el arma con tan gran priess, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se encomendaba à Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde alli, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y A grandes voces decia:

— Aqui de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancias, per y resina

en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones. En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad: y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre si: -- ¡Oh! ¡si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta insula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su petición, cuando menos lo esperaba oyó voces que decian: — Victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga a gozar del vencimiento, y à repartir los despojos que se han tomado à los enemigos por el valor dese invencible brazo. -- Levantenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pie dijo: - El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecha tan pesada; pero el haber vuelto en si Sancho, les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecía. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestía. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podía ir mucho á mucho; se fué á la caballériza, siguiéndoles todos los que allí se hallaban; y llegándose al rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: — Venid vos acá, compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero después que os dejé, y me subi sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias mil trabajos y cuatro mil desasociegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asi mismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y

á Pedro Recio el doctor, y á otros muchos estaban, dijo:

- Abrid camino, señores mios, y dejac antigua libertad: dejadme que vaya A busca para que me resucite desta muerte presente ser gobernador, ni para defender insulas n enemigos que quisieren acometerias. Mejor mi de arar y cavar, podar y ensarmentar dar leyes, ni de defender provincias ni rei San Pedro en Roma: quiero decir, que bier usando el oficio para que fué nacido. Me ana hoz en la mano, que un cetro de gober hartarme de gazpachos, que estar sujeto à médico impertinente, que me mate de ham! recostarme à la sombra de una encina en parme con un zamarro de dos pelos en e libertad, que acostarme con la sujeción d sábanas de holanda, y vestirme de martas mercedes se queden con Dios; y digan al di desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo decir, que sin blanca entré en este gol salgo, bien al revés de como suelon salir de otras insulas; y apartense, déjenme ir, o mar, que creo que tengo brumadas todas la A los enemigos que esta noche se han par No ha de ser asi, señor gobernador, dijo el yo le daré à vuesa merced una bebida con mientos, que lucgo le vuelva en su pristina y en lo de la comida yo prometo A vuesa darme, dejándole comer abundantemente de quisiere. - Tarde piache, respondió Sanci irme como volverme turco. No son estaveces. Por Dios, que así me quede en el gobierno, aunque me le diesen entre dos pl cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas tarudos, y si una vez dicen nones, nones l sean pares, à pesar de todo el mundo. Que balleriza las alas de la hormiga, que me aire, para que me comiesen veucejos y otr vámonos à andar por el suelo con pieadornaren sapatos picados de cordobán, no gatas toscas de cuerda; cada oveja con tienda más la pierna de cuanto fuere larga l me pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo: - Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir å vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder, obligan á desearle: pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, dar primero residencia: déla vuesa merced de los diez dias que ha que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. — Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenara el duque mi señor: yo voy à verme con él, y à él se la daré de molde: cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un angel. - Par Dios que tiene razón el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañia, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria más de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, asi de sus razones, como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV

QUE TRATA DE COSAS TOCANTES Á ESTA HISTORIA Y NO Á OTRA ALGUNA

Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafio que don Quijote hizo à su vasallo por la causa ya referida, pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo por no tener por suegra à doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar à un lacayo gascón, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer. De allí à dos días, dijo el duque à don Quijote, como desde allí à cuatro, vendría su contrario y se presentaría en el campo, armado como caballero, y sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba, y aún por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado la palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo

de hacer maravillas en el caso, y tuvo à gr sele ofrecido ocasión donde aquellos seño: hasta donde se extendia el valor de su p así, con alborozo y contento, esperaba los c le iban haciendo à la cuenta de su deseo, cui Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos [y vamos à acompañar à Sancho, que entr venia caminando sobre el rucio à buscar compañía le agradaba más que ser goberna insulas del mundo. Sucedió pues, que no gado mucho de la insula del su gobierno, puso à averiguar si era insula, ciudad, vil gobernaba), vió que por el camino por donde peregrinos con sus bordones, destos extranj limosna cantando, los cuales, en llegando en ala, y levantando las voces todos juni cantar en su lengua lo que Sancho no pufué una palabra que claramente pronuncidonde entendió que era limosna la que en y como él, según dice Cide Hamete, era c sacó de sus alforjas medio pan y medio qu proveido, y dióselo diciéndoles por señas, o cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy jeron:-Guelte, güelte.-No entiendo, respoi es lo que me pedis, buena gente.

Entonces uno dellos sacó una bolsa del a Sancho, por donde entendió que le pediar niéndose el dedo pulgar en la garganta, mano arriba, las dió à entender que no tei neda, y picando al rucio rompió por ellos; y dole estado mirando uno dellos con mucha a à él echandole los brazos por la cintura, e castellana dijo: - Válame Dios, ¿qué es lo sible que tengo en mis brazos al mi caro s vecino Sancho Panza? Si tengo sin duda, p mo, ni esto; ahora borracho. Admiróse nombrar por su nombre, y de verse abras peregrino; y después de haberle estado m palabra con mucha atención, nunca pude viendo su suspensión, el peregrino le dij posible, Sancho Panza hermano, que no cor Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Er miró con más atención, y comenzó á refigur le vino à conocer de todo punto; y sin aparearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: — ¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver à España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura? — Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy que en este traje no habra nadie que me conozca; y apartémonos del camino à aquella alamena que alli parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros; y alli comeras con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me parti de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nación amenazaba según oíste. Hizolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecía, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveidas, á los menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevas de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete, fueron seis botellas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se había trasformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron à comer con grandisimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos à una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la punteria: y desta manera, meneando las cabezas á uno y á otro lado, señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cos por cumplir con el refrån que él muy bien à Roma fueres haz como vieres, pidió à l tomó su punteria como los demás, y no con ellos. Cuatro veces dieron lugar las bota pinadas, pero la quinta no fué posible, pe más enjutas y secas que un esparto; cosa qu alegria que hasta alli habian mostrado. De c juntaba alguno su mano derecha con la de - Español y tudisqui tuto uno bon compañ pondia: - Bon compaño jura Di, y disparat que le duraba una hora, sin acordarse ento lo que le habio sucedido en su gobierno, rato y tiempo, cuando se come y bebe, poc len tener los cuidados. Finalmente, el acabá. principio de un sueño que dió á todos, que sobre las mismas mesas y manteles; solos quedaron alerta, porque habian comido más y apartando Ricote à Sancho, se sentaron al dejando à los peregrinos aspultados en dulce sin tropezar nada en su lengua morisca, en l le dijo las siguientes razones:

- Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y el pregon y bando que su majestad mandó p de mi nación, puso terror y espanto en tod menos en mi, le puso de suerte que me par tiempo que se nos concedia para que hiclése España, ya tenia el rigor de la pena ejecuta y en la de mis hijos. Ordené pues à mi pa dente bien asi como el que sabe que para de quitar la casa donde vive, y se provee de darse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi fan v ir å busear donde llevarla con comodidat con que los demás salieron; porque bien t nuestros ancianos, que aquellos pregones n nazas, como algunos decian, sino verdade: habian de poner en ejecución à su determin zábame á creer esta verdad, saber yo los ru dos intentos que los nuestros tenian, y tale que fué inspiración divina la que movió à su en efecto tan gallarda resolución; no porqu culpados, que algunos habia cristianos firm pero eran tau pocos, que no se podian ope

lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berberia y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, allí és donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven à élla, y dejan alla sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen. Y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Sali, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque alli nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, y llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejè tomada casa en un pueblo junto à Augusta; juntéme con estos peregrinos que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año, á visitar los santuarios della, que ellos tienen por sus Indias y certisima granjeria y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan à sus tierras, à pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado; que por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro; y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar trazas como traerlas á algún puerto de Francia, y desde alli llevarlas à Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer, son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre à Dios me

abra los ojos del entendimienso, y me de A tengo de servir; y lo que me tiene admirado t qué se fué mi mujer y mi hija antes à Berber cia, adonde podia vivir como cristiana. A k Sancho: - Mira, Ricote, eso no debió estar es que las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de a debe de ser fino moro, fuése à lo más bien decir otra cosa, que creo que vas en balde dejaste encerrado, porque tavimos nuevas que á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y r oro que llevaban por registrar. - Bien puede Ricote; pero yo se, Sancho, que no tocaron à 1 que yo no les descubri donde estaba, temeros mán: y asi si tú, Sancho, quieres venir con me à sacarlo y à encubrirlo, yo te daré dose con que podrás remediar tus necesidades, qu sé yo que las tienes muchas. - Yo lo hiciera, cho pero no soy nada codicioso, que á serk yo esta mañana de las manos, donde pudiera des de un casa de oro, y comer antes de sei tos de plata: y así por esto, como por parecer à mi rey en dar favor à sus enemigos, no i como me prometes doscientos escudos, me die tado cuatrocientos — ¿Y qué oficio es el que cho? preguntó Ricote. He dejado de ser gol insula, respondió Sancho, y tal, que à buena otra cosa como ella à tres tirones. -- ¿Y dond la? preguntó Ricote - ¿Adonde? respondió Sa de aqui, y se llama la insula Barataria. -- Ca Ricote, que las insulas están allá dentro de hay insulas en la tierra firme. ¿Cómo no? repli te Ricote amigo, que esta mañana me parti del en ella gobernando à mi placer como un sagitar eso, la he dejado por parecerme oficio peligro bernadores. - ¿ Y qué has ganado en el gol Ricote. He ganado, respondió Sancho, el que no soy bueno para gobernar si no es un he que las riquezas que se ganan en los tales gobier de perder el descanso y el sueño, y ann el en las insulas deben de comer poco los goli conbuente si tienen médicos que miren por si te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréci que dices es disparate; que ¿quién te habia de

que gobernases? faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. — Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mi no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. -- No quiero porfiar Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿hallástete en nuestro lugar cuando se partió dél mi mujer, mi hija y cuñado? - Si hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y à cuantos llegaban à verla, y à todos pedia la encomendasen à Dios y à nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que à mi me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón: y à fe que muchos tuvieron desco de esconderla y salir à quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo; principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. -- Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habras oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo atendia á ser más cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dé ese señor mayorazgo. — Dios lo haga, replicó Sancho, que à entrambos les estaria mal: y déjame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote. - Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino. Y luego se abrazaron los dos y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordón y se apartaron.

mas ofensivas y defensivas; y salga á esa plaza y sea nuestro guia y nuestro capitán, pues de derecho le toca el serlo. siendo nuestro gobernador. - Armenme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trajeron dos paveses, que venian proveidos dellos y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traian hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pie. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase y los guiase, y animase à todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. - ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado ó en pie en algún postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. — Ande, señor gobernador, dijo otro, que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde y los enemigos crecen, y las voces se aumentan; y el peligro carga. Por cuyas persuaciones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se había hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artezas, ó bien así como barca que da al través en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora, le tuvieron compasión alguna; antes apagando las antorchas tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre los paveses, lo pasara muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazón se eficomendaba à Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde alli, como desde atalaya, gobernaba los ejércitos, y & grandes voces decia:

— Aqui de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancias, pez y resina

en calderas de aceite ardiendo, trinchéense las calles con colchones. En fin, el nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad: y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre si: - ¡Oh! ¡si mi Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta insula, y me viese yo ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su petición, cuando menos lo esperaba oyó voces que decian: — Victoria, victoria, los enemigos van de vencida: ea, señor gobernador, levántese vuesa merced, y venga á gozar del vencimiento, y à repartir los despojos que se han tomado à los enemigos por el valor dese invencible brazo. - Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle a levantar, y puesto en pie dijo: - El enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba à los de la burla de habérsela hecha tan pesada; pero el haber vuelto en si Sancho, les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó à vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué había de parar la priesa con que se vestia. Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podía ir mucho á mucho; se fué á la caballeriza, siguiéndoles todos los que alli se hallaban; y llegándose al rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: — Venid vos acá, compañero mio y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero después que os dejé, y me subi sobre las torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias mil trabajos y cuatro mil desasociegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba así mísmo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado pues el rucio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala y

à Pedro Recio el doctor, y à otros muchos que alli présentes estaban, dijo:

– Abrid camino, señores míos, y dejadme volver á mi antigua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no naci para ser gobernador, ni para defender insulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende à mi de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se està San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mi una hoz en la mano, que un cetro de gobernador: más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujeción del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vuesas mercedes se queden con Dios; y digan al duque mi señor, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras insulas; y apartense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. --No ha de ser asi, señor gobernador, dijo el doctor Recio, que yo le daré à vuesa merced una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á vuesa merced de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. - Tarde piache, respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios, que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, à pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros; y volvámonos á andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja, y nadle tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. A lo que el mayordomo dijo: - Señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á vuesa merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder, obligan á desearle: pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, antes que se ausente de la parte donde ha gobernado, dar primero residencia: déla vuesa merced de los diez días que ha que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. — Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sino es quien ordenara el duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto más que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. — Par Dios que tiene razón el gran Sancho, dijo el doctor Recio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañia, y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no quería más de un poco de cebada para el rucio, y medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no había menester mayor ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, asi de sus razones, como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

CAPÍTULO LIV

QUE TRATA DE COSAS TOCANTES Á ESTA HISTORIA Y NO Á OTRA ALGUNA

Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafio que don Quijote hizo à su vasallo por la causa ya referida, pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se había ido huyendo por no tener por suegra à doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar à un lacayo gascón, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que había de hacer. De alli à dos días, dijo el duque à don Quijote, como desde alli à cuatro, vendría su contrario y se presentaría en el campo, armado como caballero, y sustentaría como la doncella mentía por mitad de la barba, y aún por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado la palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió asimismo

de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasión donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se extendia el valor de su poderoso brazo; y asi, con alborozo y contento, esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo à la cuenta de su deseo, cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste, venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las insulas del mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la insula del su gobierno, (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba), vió que por el camino por donde él iba, venían seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden ia limosna cantando, los cuales, en llegando á él, se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian; y como él, según dice Cide Hamete, era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciéndoles por señas, que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana, y dijeron:-Güelte, güelte.-No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedis, buena gente.

Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedían dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba, las dió à entender que no tenía ostugo de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atención, arremetió á él echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: — Valame Dios, ¿que es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni esto: ahora borracho. Admiróse Sancho de oirse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino; y después de haberle estado mirando sin hablar palabra con mucha atención, nunca pudo conocerie; pero viendo su suspensión, el peregrino le dijo: - Cómo, ay es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con más atención, y comenzó á refigurarie, y finalmente

le vino à conocer de todo punto; y sin aparearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: — ¿Quién diablos te había de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote, y cómo tienes atrevimiento de volver à España, donde si te cogen y conocen, tendrás harta mala ventura? - Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy que en este traje no habra nadie que me conozca; y apartémonos del camino à aquella alamena que alli parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros; y alli comeras con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido después que me parti de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor à los desdichados de mi nación amenazaba según oíste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron à la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, según pareció, venían bien proveidas, á los menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevas de pescados, gran despertador de la colambre; no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en el campo de aquel banquete, fueron seis botellas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se había trasformado de morisco en alemán ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podía competir con las cinco. Comenzaron à comer con grandisimo gusto y muy de espacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos à una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecía sino que ponían en él la punteria: y desta manera, meneando las cabezas á uno y á otro lado, señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de minguna cospor cumplir con el refran que él muy bien i A Roma fueres haz como vieres, pidió & 1 tomó su punteria como los demás, y no conellos. Cuatro veces dieron lugar las bota pinadas, pero la quinta no fué posible, pe más enjutas y secas que un esparto; cosa qu alegria que hasta alli habian mostrado. De c juntaba alguno su mano derecha con la de - Español y tudisqui tuto uno bon compañ pondia: - Bon compaño jura Di, y disparah que le duraba una hora, sin acordarse entor lo que le hablo sucedido en su gobierno, rato y tiempo, cuando se come y bebe, poci len tener los cuidados. Finalmente, el acabás principio de un sueño que dió á todos, qued sobre las mismas mesas y manteles: solos quedaron alerta, porque habían comido más y apartando Ricote à Sancho, se sentaron al dejando à los peregrinos sepultados en dulce sin tropezar nada en su lengua morisca, en l le dijo las siguientes razones:

- Bien sabes, oh Sancho Pauza, vecino y el pregón y bando que su majestad mandó pi de mi nación, puso terror y espanto en tod menos en mi, le paso de suerte que me partiempo que se nos concedia para que hiclése España, ya tenia el rigor de la pena ejecuta y en la de mis hijos. Ordené pues à mi pa dente (bien asi como el que sabe que para ! de quitar la casa donde vive, y se provee de darse), ordené, dígo, de salir yo solo sin mi fan y ir à buscar donde llevarla con comodidad con que los demás salieron; porque bien v muestros ancianos, que aquellos pregones no nazas, como algunos deciau, sino verdader habian de poner en ejecución à su determina zábaine á creer esta verdad, saber yo los ru dos intentos que los nuestros tenian, y talei que fué inspiración divina la que movió à su en efecto tan gallarda resolución; no porqu culpados, que algunos habia cristianos firm pero eran tau pocos, que no se podian opo

lo eran; y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural; en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berberia y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recebidos, acogidos y regalados, alli és donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que lo hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á élla, y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen. Y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Sali, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque alli nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, y llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejè tomada casa en un pueblo junto á Augusta; juntéme con estos peregrinos que tienen por costumbre de venir à España muchos dellos cada año, á visitar los santuarios della, que ellos tienen por sus Indias y certisima granjeria y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras, á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intención, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado; que por estar fuera del pueblo, lo podré hacer sin peligro; y escribir o pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar trazas como traerlas á algún puerto de Francia, y desde alli llevarias à Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros; que en resolución, Sancho, yo sé cierto que la Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer, son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo más de cristiano que de moro, y ruego siempre à Dios me

abra los ojos del entendimienso, y me de a c tengo de servir; y lo que me tiene admirado e qué se fué mi mujer y mi hija antes à Berber cia, adonde podía vivir como cristiana. A lo Sancho: - Mira, Ricote, eso no debió estar en que las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tr debe de ser fino moro, fuése à lo más bien decir otra cosa, que creo que vas en balde A dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que A tu cuñado y tu mujer muchas perlas y n oro que llevaban por registrar. - Bien puede Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron à r que yo no les descubri donde estaba, temeros mán: y así si tú, Sancho, quieres venir com me à sacarlo y à encubrirlo, yo te daré dosc con que podrás remediar tus necesidades, qu sé yo que las tienes muchas. -- Yo lo hiciera, cho, pero no soy nada codicioso, que à serlo yo esta mañana de las manos, doude pudiera des de mi casa de oro, y comer antes de seit tos de plata: y así por esto, como por parecert à mi rey en dar favor à sus enemigos, no f como me prometes doscientos escudos, me dietado cuatrocientos. - ¿Y qué oficio es el que l cho? preguntó Ricote. He dejado de ser got insula, respondió Sancho, y tal, que à buena otra cosa como ella à tres tirones. -- ¿Y dond la? pregnutó Ricote. - ¿Adónde? respondió Sar de aqui, y se llama la insula Barataria. - Cal Ricote, que las insulas están allá dentro de hay insulas en la tierra firme - ¿Cómo no? replic te Bicote amigo, que esta mañana me parti dell en ella gobernando à mi placer como un sagitari eso, la he dejado por parecerme oficio peligro bernadores - ¿ Y qué has ganado en el gob Ricote. - He ganado, respondió Sancho, el que no soy bueno para gobernar si no es un ha que las riquezas que se ganan en los tales gobier de perder el descanso y el sueño, y ann el e en las insulas, deben de comer poco los gobe cialmente si tienen médicos que miren por su te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero parèce que dices es disparate; que ¿quién te habia de

que gobernases? faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme & sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. — Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mi no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. — No quiero porflar Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿hallastete en nuestro lugar cuando se partió del mi mujer, mi hija y cuñado? - Si hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y à cuantos llegaban à verla, y à todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que à mi me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón: y á fe que muchos tuvieron desco de esconderla y salir à quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo; principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. -- Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habras oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que á lo que yo creo atendia á ser más cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dé ese señor mayorazgo.—Dios lo haga, replicó Sancbo, que à entrambos les estaria mal: y déjame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote. - Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino. Y luego se abrazaron los dos y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordón y se apartaron.

CAPÍTULO LV

DE COSAS SUCE::IDAS Á SANCHO EN EL CAMINO, Y OTRAS QUE NO HAY MÁS QUE VER

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar à que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quizo su corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurisima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer, se encomendó á Dios de todo corazón, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué asi, porque à poco más de tres estados, dió fondo el rucio, y él se halló encima dél sin haber recebido lisión ni dano alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias á Dios nuestro Señor de la merced que le había hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, y especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio: que á la verdad no estaba muy bien parado.

— ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor don Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó de la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha.

Alli vió él visiones hermosas y apacibles, y vo veré aqui, à lo qué creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasias! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizás se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez, digo, imiserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dello se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puesto los dos; que yo prometo ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor, vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no había persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas, que también habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: - Todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió à un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver, porque por lo que se podia llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo cual volvió à salir donde estaba el jumento, y con una piedra empezó á desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con

facilidad pudiera entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro, comenzó á caminar por aquella gruta adelante por ver si hallaba alguna salida por otra parte: à veces iba à escuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. -¡Válame Dios todopoderoso! decia entre si: esta que para mi es desventura, mejor fuera para aventura de mi amo don Quijote. El si que tuviera estas profundidades y mazmorras por jardines floridos y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta escuridad y estrecheza á algún florido prado; pero yo sin ventura, falto de consejo y menoscabado de ánimo, a cada paso pienso que debajo de los pies, de improviso se ha de abrir otra sima más profunda que la otra que acabe de tragarme; bien vengas mal, si vienes solo. Desta manera y con estos pensamientos le pareció que habria caminado poco más de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto, aquei, para él, camino de la otra vida.

Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar don Quijote, que alborozado y contento, esperaba el plazo de la bataila que habia de hacer con el robador de la honra de la hija de doña Rodriguez, à quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado que malamente le tenia fecho. Sucedió, pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que había de hacer en el trance en que otro día pensaba verse, dando un repelón ó arremetida á Rocinante llegó á poner los pies tan junto à una cueva, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella. En fin le detuvo, y no cayó; y llegándose algo más cerca, sin apearse, miró aquella hondura; y estándola mirando ovó grandes voces dentro; y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba decia: -- ¡Ah de arriba! ¿hay algún cristiano que me escuche? ¿ó algún caballero caritativo que s duela de un pecador enterrado en vida, á un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á don Quijote que ofa la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: - ¿Quién está allà abajo? ¿Quién se queja? — ¿Quién puede estar aqui, ó quien se ha de quejar, respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados, y por su mala andanza, de la insula Barataria, escudero que fué del famoso caballero don Quijote de la Mancha? Oyendo lo cual don Quijote se le dobló la admiración, y se le acrecentó el pasmo, vinión-

dosele en el pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba alli penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo: - Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién éres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo que no pueden ayudarse por si propios. — Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz, no es otro sin duda. — Don Quijote soy, repitió don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades à los vivos y à los muertos: por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana, bastantes á sacarte de la pena en que estás; y vo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declárarte y dime quién eres. - Voto à tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza; y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche cai en esta sima, donde yago, el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por más señas está aquí conmigo. Y hay más: que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. – Famoso testigo, dijo don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho amigo; espérame, iré al castillo del duque, que está aqui cerca, y traeré quien te saque desa sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. - Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle don Quijote, y fué al castillo à contar à los deques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriables estaba alli hecha; pero no podian pensar como habia dejado el gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas y maromas, y a costa de mucha gente y de mucho trabajo, sacaron al rucio y a Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Viólo un estudiante, y dijo: — Desa manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo: — Ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, que entré à gobernar la insula que me dieron, en los cuales no me vi harto de pan siquiera un hora: en ellos me han perseguido médicos y enemigos me han brumado los huesos; ni he tenido lugar de hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, a mi parecer, salir de esta manera; pero el hombre pone y Dios dispone; y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga de esta agua no beberé; que á donde se sienta que hay tocinos no hay estacas; y Dios me entiende, y basta; y no digo más, aunque pudiera. -- No te enojes, Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que overes, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren; y es querer atar las lenguas de los maldicentes, lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen dél que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco y un mentecato. — A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto que por ladrón. En estas pláticas, llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente, al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando à don Quijote y à Sancho; el cual no quiso subir à ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió à ver à sus señores, ante los cuales, puesto de rodillas, dijo: - Yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin ningún merecimiento mio, fui à gobernar vuestra insula Barataria, en la cual entré desnudo, y desnudo me hallo; ni pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren. He declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la insula que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones, el gobernar; y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través; y ayer de manana dejé la insula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metidome en granjerias: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Sali, como digo, de la insula sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caí en una sima; vineme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo à mi señor don Quijote, allí me quedara hasta el fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aqui está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez dias que ha tenido el gobierno, à conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando à vuesas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen «salta tú, y dámela tú», doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que en fin, en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome à lo menos; y para mi, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin à su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo; y el duque abrazó à Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazóle la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALLA QUE PASÓ ENTRE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Y EL LACAYO TOSILOS, EN LA DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA DOÑA RODRIGUEZ.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha à Sancho Panza del gobierno que le dieron, y más que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les contó punto por punto todas casi las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Después desto, cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el duque una y muchas advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con don Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á don Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo Concilio que prohibe los tales desafios, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el duque que delante de la plaza del castillo se hiciese un espacioso cadahalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas madre é hija demandantes, había acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas, infinita gente à ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal no habían visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algún engaño ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente don Quijote en la estacada. De alli á poco acompanado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza, sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambronado con unas fuertes



y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de como se habia de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, si no que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el maese de campo á don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló à las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que si, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galeria que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condición de los combatientes, que si don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacción alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar.

Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, don Quijote, encomendándose de todo su corazón á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré. Parece ser, que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegandose a él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le paso el corazón de parte á parte: y púdole hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. abra los ojos del entendimienso, y me dé á conocer cómo le tengo de servir; y lo que me tiene admirado es no saber porqué se fué mi mujer y mi hija antes à Berberia que à Fraucia, adonde podia vivir como cristiana. A lo que respondió Sancho: — Mira, Ricote, eso no debió estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo, el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fuése á lo más bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. — Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubri donde estaba, temeroso de algún desmán: y asi si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudar. me à sacarlo y à encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. -- Yo lo hiciera, respondió Sancho, pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traición á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado cuatrocientos. — ¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. — He dejado de ser gobernador de una insula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no halle otra cosa como ella à tres tirones. -- ¿Y donde està esa insula? preguntó Ricote. - ¿Adónde? respondió Sancho: dos leguas de aqui, y se llama la insula Barataria. — Calla, Sancho, dijo Ricote, que las insulas están allá dentro de la mar, que no hay insulas en la tierra firme. - ¿Cómo no? replicó Sancho: digote, Ricote amigo, que esta mañana me parti della, y ayer estuve en ella gobernando à mi placer como un sagitario; pero con todo eso, la he dejado por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. - ¿ Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. — He ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar si no es un hato de ganado; y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos, son à costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento; porque en las insulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. - Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te habia de dar á ti insulas

que gobernases? faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernadores que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. — Ya te he dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mi no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño. — No quiero porfiar Sancho, dijo Ricote; pero dime, ¿hallastete en nuestro lugar cuando se partió del mi mujer, mi hija y cuñado? - Sí hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la más bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen à Dios y à nuestra Señora su madre; y esto con tanto sentimiento, que á mi me hizo llorar, que no suelo ser muy llorón: y à fe que muchos tuvieron desco de esconderla y salir à quitarsela en el camino; pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo; principalmente se mostró más apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces, que dicen que la queria mucho; y después que ella se partió, nunca más él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. -- Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habras oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija, que à lo que yo creo atendia á ser más cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes de ese señor mayorazgo. - Dios lo haga replicó Sancbo, que à entrambos les estaria mal: y déjame partir de aqui, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote. — Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y también es hora que prosigamos nuestro camino. Y luego se abrazaron los dos y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordón y se apartaron.

CAPÍTULO LV

DE COSAS SUCELIDAS Á SANCHO EN EL CAMINO, Y OTRAS QUE NO HAY MÁS QUE VER

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intención de esperar la mañana; y quizo su corta y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rucio en una honda y escurisima sima que entre unos edificios muy antiguos estaba, y al tiempo del caer, se encomendó à Dios de todo corazón, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; v no fué asi, porque á poco más de tres estados, dió fondo el rucio, y él se halló encima dél sin haber recebido lisión ni dano alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tento asimismo con las manos por las paredes de la sima por ver si scria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asídero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, y especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente; y no era mucho, ni se lamentaba de vicio: que à la verdad no estaba muy bien parado.

— ¡Ay, dijo eutonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen suceder á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una insula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado, ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos antes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo menos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor don Quijote de la Mancha cuando descendió y bajó de la cueva de aquel encantado Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha.

Alli vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aqui, à lo qué creo, sapos y culebras. ¡Desdichado de mí, y en qué han parado mis locuras y fantasías! De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blancos y raidos, y los de mi buen rucio con ellos, por donde quizás se echará de ver quién somos, á lo menos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez, digo, ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria, y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dello se doliera, y en la hora última de nuestro pasamiento nos cerrara los ojos. ¡Oh compañero y amigo mio, que mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puesto los dos; que yo prometo ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado poeta, y de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal cra el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor, vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, v comenzó á lamentarse y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rucio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener; y sacando de las alforjas, que también habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: - Todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver, porque por lo que se podia llamar techo, entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió también que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa, viendo lo cual volvió à salir donde estaba el jumento, y con una piedra empezó à desmoronar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio hizo lugar donde con

facilidad pudiera entrar el asno, como lo his del cabestro, comenzó à caminar por aquelli por ver si hallaba alguna salida por otra part escuras, y à veces sin luz, pero ninguna ve ¡Válame Dios todopoderoso! decia entre sí; e es desventura, mejor fuera para aventura de jote. El si que tuviera estas profundidades y jardines floridos y por palacios de Galiana, y esta escuridad y estrecheza à algún florido pr ventura, falto de consejo y menoscabado de An pienso que debajo de los pies, de improvisc otra sima más profunda que la otra que aca bien vengas mal, si vienes solo. Desta man pensamientos le pareció que habria caminad media legua, al cabo de la cual descubrió u dad, que pareció ser ya de dia, y que por a traba, que daba indicio de tener fin abierto camino de la otra vida,

Aqui le deja Cide Hamete Benengeli, y vut Quijote, que alborozado y contento, esperabbataila que había de hacer con el robador de la de doña Rodríguez, á quien pensaba enderezar guisado que malamente le tenia fecho. Suced lièndose una manana à imponerse y ensay habia de hacer en el trance en que otro día dando un repelón ó arremetida á Rocinante I pies tan junto à una cueva, que à no tirarle riendas, fuera imposible no caer en ella. E y no cayó; y llegándose algo más cerea, si aquella hondura; y estándola mirando oyó dentro; y escuchando atentamente pudo per que el que las daba decía: ¡Ah de arribal tiano que me escuche? ¿ò algún caballero c duela de un pecador enterrado en vida, á un gobernado gobernador? Parecióle A don Qu voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso levantando la voz todo lo que pudo, dijo: --abajo? ¿Quién se queja? ¿Quién puede esta se ha de quejar, respondieron, sino el asender Panza, gobernador por sus pecados, y por si de la insula Barataria, escudero que fué de llero don Quijote de la Mancha? Ovendo lo c se le doblo la admiración, y se le acrecento e dosele en el pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba alli penando su alma; y llevado desta imaginación, dijo: - Conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién éres; y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, que pues es mi profesión favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, también lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro mundo que no pueden ayudarse por si propios. — Desa manera, respondieron, vuesa merced que me habla debe de ser mi señor don Quijote de la Mancha, y aun en el órgano de la voz, no es otro sin duda. — Don Quijote soy, repitió don Quijote, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quien eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estés en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana, bastantes á sacarte de la pena en que estás; y vo que lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzare: por eso acaba de declararte y dime quién eres. - Voto à tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuesa merced quisiere, juro, señor don Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza; y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche cai en esta sima, donde yago, el rucio conmigo, que no me dejará mentir, pues por más señas está aqui conmigo. Y hay más: que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba. – Famoso testigo, dijo don Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho amigo; espérame, iré al castillo del duque, que está aqui cerca, y traeré quien te saque desa sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. - Vaya vuesa merced, dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejole don Quijote, y fué al castillo à contar à los deques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que debia de haber caido por la correspondencia de aquella gruta que de tiempos inmemoriables estaba alli hecha; pero no podian pensar como había dejado el gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Final-

mente, como dicen, llevaron sogas y maroma mucha gente y de mucho trabajo, sacaron al cho Panza de aquellas tinieblas à la luz de estudiante, y dijo: - Desa manera hablan d gobiernos todos los malos gobernadores, con cador del profundo del abismo, muerto de h rido y sin blanca à lo que yo creo. Oyólo Sa Ocho dias ó diez ha, hermano murmurador, c bernar la insula que me dieron, en los cuales de pan siquiera un hora; en ellos me han per y enemigos me han brumado los huesos; nide hacer cohechos, ni de cobrar derechos; y como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir pero el hombre pone y Dios dispone; y Dios lo que le está bien à cada uno; y cual el tiento; y nadie diga de esta agua no beberé; sienta que hay tocinos no hay estacas; y D y basta; y no digo más, aunque pudiera. -Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que s nunca acabar; ven tú con segura concienc que dijeren; y es querer atar las lengus: centes, lo mismo que querer poner puertas gobernador sale rico de su gobierno, dicen un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un mentecato. - A bnen seguro, respondió Sanc vez antes me han de tener por tonto que estas pláticas, llegaron rodeados, de muchachos gente, al castillo, adoude en unos corredore duque y la duquesa esperando à don Quijoti cual no quiso subir à ver al duque sin que biese acomodado al rucio en la cahalleriza, p habia pasado muy mala noche en la posad A ver à sus señores, ante les cuales, pueste

- Yo, señores, porque lo quiso así vuesti ningún merceimiento mío, fui à gobernar vi rataria, en la cual entré desnudo, y desnu pierdo ni gano. Si he gobernado bien ó tenido delante, que dirán lo que quisieres dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerte haberlo querido así el doctor Pedro Recio, teafuera, médico insulano y gobernadoresco, enemigos de noche, y habiéndonos puesto er dicen los de la insula que salieron libres y

el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios, como ellos dicen verdad. En resolución, en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo y las obligaciones, el gobernar; y he hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba; y así, antes que diese conmigo al través el gobierno, he querido yo dar con el gobierno al través; y ayer de manana deje la insula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenía cuando entré en ella. No he pedido prestado á nadie, ni metidome en granjerias: y aunque pensaba hacer algunas ordenanzas provechosas, no hice ninguna, temeroso que no se habían de guardar, que es lo mesmo hacerlas que no hacerlas. Sali, como digo, de la insula sin otro acompañamiento que el de mi rucio; caí en una sima; vineme por ella adelante, hasta que esta mañana, con la luz del sol, vi la salida; pero no tan fácil, que à no depararme el cielo á mi señor don Quijote, allí me quedara hasta el fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que ha granjeado en solos diez días que ha tenido el gobierno, à conocer que no se le ha de dar nada por ser gobernador, no que de una insula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vuesas mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen «salta tú, y dámela tú», doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor don Quijote, que en fin, en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo menos; y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre don Quijote que había de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazón gracias al cielo; y el duque abrazó à Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de menos carga y de más provecho. Abrazóle la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPÍTULO LVI

DE LA DESCOMUNAL Y NUNCA VISTA BATALL DON QUIJOTO DE LA MANCHA Y EL LA LA DEFENSA DE LA HIJA DE LA DUEÑA

No quedaron arrepentidos los duques d Sancho Panza del gobierno que le dieron mismo dia vino su mayordomo, y les cont todas casi las palabras y acciones que Sar hecho en aquellos días; y finalmente les de la insula, y el miedo de Sancho, y su pequeño gusto recibieron. Después desto, que se llegó el día de la batalla aplazada; y una y muchas advertido à su lacayo Tosil de avenir con don Quijote para veucerle, sin ordenó que se quitasen los hierros à las lans Quijote que no permitia la cristiandad, de que aquella batalla fuese con tanto riesge vidas, y que se contentase con que le dabsu tierra, puesto que iba contra el decreto que prohibe los tales desafios, y no quisie do rigor aquel trance tan fuerte. Don Q excelencia dispusiese las cosas de aquel ! fuese servido, que él le obedeceria en todo temeroso dia, y habiendo mandado el duq la plaza del castillo se luciese un espaciose estuviesen los jueces del campo, y las du demandantes, había acudido de todos los lu cunvecinas, infinita gente à ver la novedad que nunca otra tal no habian visto ni oid tierra los que vivian ni los que habian m que entró en el campo y estacada fué el m monias, que tanteó el campo y le paseó t no hubiese algún engaño ni cosa encubier zase y cayese: luego entraron las dueñas, sus asientos, cubiertas con los mantos has basta los pechos, con muestras de no pepresente don Quijote en la estacada. De a ñado de muchas trompetas, asomo por una sobre un poderoso caballo, hundiéndola tod Tosilos, calada la visera y todo encambronac y lucientes armas. El caballo mostraba ser frisón, ancho y de color tordillo: de cada mano y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del duque su señor de como se habia de portar con el valeroso don Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, si no que procurase huir el primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algún tanto á mirar á la que por esposo le pedia: llamó el maese de campo à don Quijote, que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló à las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho don Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que si, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galeria que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condición de los combatientes, que si don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez, y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacción alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar.

Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, don Quijote, encomendándose de todo su corazón á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que agora diré. Parece ser, que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasión que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así, llegandose a él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le paso el corazón de parte á parte: y púdole hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos.

Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida, estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad: y asi no atendió al són de la trompeta, como hizo don Quijote, que apenas la hubo oldo, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: — Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la victoria, pues llevas la razón de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra si à don Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al masse de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo: -- Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? — Así es, le fué respondido. — Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora.

Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose don Quijote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El duque no sabía la ocasión porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué à declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó á donde doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: — Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas, lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso don Quijote, y dijo: — Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: — ¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? — Sí, señor, respondió Tosilos. — El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur dalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela aprisa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual doña Rodrigues y su hija,

dando grandes voces, dijeron: — Este es engaño, engaño es este; à Tosilos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. — No vos acuitéis, señora, dijo don Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaqueria: y si la es, (*) no ha sido la causa del duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales, envidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el de este, que decis que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casáos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: - Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor don Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince días si quieren, y tengamos encerrado á este personaje que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor don Quijote, y más yéndoles tan poco en usar estos embelecos y transformaciones. - ¡Oh senor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan à mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y à mi señora Dulcinea del Toboso, le han vuelto en una rústica labradora; y asi, imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los dias de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez: — Séase quién fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que más quiero ser mujer legitima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que à mi me burló no lo es. En resolución todos estos cuentos y sucesos, pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en que paraba su transformación. Aclamaron todos la victoria por don Quijote; y los más, quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien así como los mochachos quedan tristes, cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fué-

^(*) El original dice «si la es; y no ha sido», lo cual destruye el concepto del autor.

se la gente, volviéronse el duque y don Quijote al castillo, encerraron à Tosilos, quedaron doña Rodriguez y su hija contentisimas de ver que por una via ó por otra, aquel caso había de parar en casamiento, y Tosillos no esperaba menos.

CAPÍTULO LVII

QUE TRATA DE CÓMO DON QUIJOTE SE DESPIDIÓ DEL DUQUE Y DE LO QUE LE SUCEDIÓ CON LA DISCRETA Y DESENVUEL-TA ALTISIDORA, DONCELLA DE LA DUQUESA.

Ya le pareció à don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como à caballero andante, aquellos señores le hacian; y pareciale que había de dar cuenta estrecha al ciclo de aquella ociosidad y encerramiento; y asi, pidió un dia licencia à los duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: — ¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo don Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió à ser quien es, enviando las bellotas á la duquesa; que à no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió; y està puesto en razón que los que reciben algún beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo déi, y asi podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre si Sancho, el día de la partida; y saliendo don Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron à verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del duque, el que fué de la Trifaldi, le había dado un
bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aún no lo sabía don Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora, entre las
otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban, alzó
la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en són lastimero, dijo:

Escucha mal caballero, Detén un poco las riendas, No fatigues las hijadas De tu mal regida bestia. Mira, falso, que no huyas De alguna serpiente fiera, Sino de una corderilla, Que está muy lejos de oveja. Tu has burlado, mónstruo horrendo, La más hermosa doncella Que Diana vió en sus montes, Que Venus miró en sus selvas. Crüel Vireno, fugitivo Eneas, Barrabás te acompañe, allá te avengas. Tú llevas, ¡llevar impío! En las garras de tus cerras Las entrañas de una humilde, Como enamorada tierna. Llévaste tres tocadores Y unas ligas de unas piernas, Que al mármol puro se igualan En lisas, blancas y negras. Llévaste dos mil suspiros, Que a ser de fuego, pudieran Abrasar á dos mil Troyas, Si dos mil Troyas hubiera. Crüel Vireno, fugitivo Eneas, Barrabás te acompañe, allá te avengas. De ese Sancho, tu escudero, Las entrañas sean tan tercas Y tan duras, que no salga De su encanto Dulcinea. De la culpa que tú tienes Lleve la triste la pena:

Que justos por pecadores Tal vez pagan en mi tierra. Tus más finas aventuras En desventuras se vuelvan; En sueños tus pasatiempos, En olvidos tus firmezas. Crüel Vireno, fugitivo Eneas. Barrabás te acompañe, allá te avengas Seas tenido por falso Desde Sevilla à Marchena, Desde Granada hasta Loja, De Londres à Inglaterra. Si jugares al reinado, Los cientos, ó la primera, Los reves huyan de ti, Ases ni sietes no veas. Si te cortares los callos, Sangre las heridas viertan, Y quédente los raigones, Si te sacares las muelas. Crüel Vireno, fugitivo Eneas, Barrabás te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo: — Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: — Los tres tocadores si llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenía por atrevida, graciosa y desenvue ta, no en grado que se atreviera à semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiración. El duque quiso reforzar el donaire, y dijo: - No me parece bien señor caballero, que habiendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayáis atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos; y por lo más, las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no, yo os desafio à mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho

en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. - No quiera Dios, respondió don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrisima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco: y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdón, ni à ella, ni à vuestra excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinión, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. — Déoslo Dios tan bueno, dijo la duquesa, señor don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorias, y andad con Dios, que mientras más os detenéis, más aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y à la mia yo la castigaré de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. — Una no más quiero que me escuches, oh valeroso don Quijote, dijo entonces Altisidora, y és, que te pido perdòn del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mí ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. — ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues à quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasión en mi gobierno. Abajó la cabeza don Quijote, y hizo reverencia à los duques y à todos los circunstantes; y volviendo las riendas à Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el Rucio, se salió del castillo, enderezando su camino à Zaragoza.

CAPÍTULO LVIII

QUE TRATA DE CÓMO MENUDEARON SOBRE DON QUIJOTE AVEN-TURAS TANTAS, QUE NO SE DABAN VAGAR UNAS Á OTRAS

Cuando don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías; y volviéndose á Sancho le dijo: — La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella

no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, asi como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mi que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran mios: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo á otro que al mismo cielo. — Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte, doscientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que como pictima y confortativo, la llevo puesta sobre el corasón para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á si tenian unas, como sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho à trecho puestas. Llegó don Quijote à los que comian, y saludándoles primero cortesmente, les preguntó que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno dellos ie respondió: --- Señor, debajo destos lienzos están unas imágenes de relieve y entabladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. - Si sois servidos, respondió don Quijote, holgaría de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. — Y cómo si lo son, dijo otro, si no, digalo lo que cuesta; que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose, dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge, puesto á caballo con una serpiente enroscada à los pies, y la lánza atravesada por

la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola don Quijote, dijo: — Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse don san Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de san Martin puesto á ca ballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto don Quijote, cuando dijo: — Este caballero también fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno, que si no, él se la diera toda, según era de caritativo. — No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dice, que para dar y tener, seso es menester. Rióse don Quijote, y pídió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del patrón de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo don Quijote: - Este si que es caballero, y de las escuadras de Cristo; este se llama don san Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubría la caída de san Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversión sueen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia, - Este, dijo don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás; caballero andante por la vida, y santo á pie quedo por la muerte; trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos y de catedrático y maestro que le enseñase, el mismo Jesucristo. No había más imágenes, y así mandó don Quijote que las volviesen å cubrir, y dijo å los que las llevaban: - Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mi y ellos, es, que ellos fueron santos, y pelearon à lo divino, y yo soy pecador, y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza; y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. — Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho à esta ocasión. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de don Quijote, siguieron su viaje. Qnedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y dijole: — En verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinación nos han sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. — Tú dices bien, Sancho, dijo don Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado san Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaidas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolia por el corazón, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipión à Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénenlo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo, dijo: - No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Asi que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes, ha sido para mi felicisimo acontecimiento. — Yo asi lo creo, respondió Sancho, y querría que vuesa merced me dijese, ¿qué es la causa porqué dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aqui el san Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla; ó qué ceremonia es esta? — Simplicisimo eres, Sancho, respondió don Quijote, y mira que este gran

caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patrón y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido; y asi le invocan y llaman como à defensor suyo en todas las batallas que acometen; y muchas veces, le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática y dijo á su amo: — Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazón, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte à parte con sus flechas. He oido decir también que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan, que despuntan. — Advierte, Sancho, dijo don Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razón en sus discursos; y tiene la misma condición que la muerte, que asi acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y asi sin ella, declaró Altisidora sus deseos. que engendraron en mi pecho antes confusión que lastima. — ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mi sé decir que me rindiera y avasallara la más minima razón amorosa suya. Hideputa, jy qué corazón de mármol, qué entrañas de bronce, y qué alma de argamasa! Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced que asi la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por si destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, nó teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoió la pobre. — Advierte, Sancho, respondió don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza, y todas estas partes caben y

pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con impetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo, para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estaban tendidas y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dijo á Sancho: — Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durisimos diamantes, o más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó à Venus y à Marte, asi las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodón: y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosisimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquisimos faldellines de tabí de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró à Sancho, suspendió à don Quijote, hiso parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio à todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á don Quijote: — Detened, señor cabaliero, el paso, y no rompáis las redes; que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí están tendidas: y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó con que sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes, nos viniésemos à holgar à este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentisimo Camoens, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado: ayer fué el primero dia que aqui llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes destos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustáis, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no díjo más: á lo que respondió don Quijote: — Por cierto, hermosisima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vió al impovisto bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar; porque no es esta la profesión mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representan: y si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por dó pasar sin romperlas: y porque déis algún crédito á esta mi exageración, ved que os lo promete por lo menos don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oídos este nombre. — ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues hágote saber que es el más valiente, y el más enamorado, y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene consigo es un tal Sancho Panza su escudero, á cuyas gracias no hay ningunas que se le igualen. - Asi es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que vuesa merced dice, y este señor es mi amo, el mismo don Quijote de la Mancha, historiado y referido. — Ay! dijo la otra: supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que también he oido decir de su valor y de sus gracias lo mismo que tú me has dicho; y sobre todo, dicen dél que es el má

firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España le dan la palma de la hermosura.

-- Con razón se la dan, díjo don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningún cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que à las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él à sus tiendas, húbolo de conceder don Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojco, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bisarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian del noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron a don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos y admirabánse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz, y dijo: - Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, vo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome à lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen, con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte, los que reciben son inferiores à lo que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido & la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder à la misma medida, conteniéndome en los estrechos limites de mi po-

derio, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y asi, digo que sustentaré dos dias naturales, en metad de ese camino real que va à Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas, que aqui están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetado sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le habia estado escuchando, dando una gran voz dijo: - ¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que éste mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores, ghay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofrecido? Volvióse don Quijote á Sancho, y encendido el rostro, y colérico, le dijo:

- ¿Es posible, oh Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso ó de bellaco? ¿Quién te mete à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, Rocinante: vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razón que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados à los circunstantes, haciéndoles dudar si le podían tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad; y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto salió don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues don Quijote en mitad del camino, como os he dicho, hirió el aire con semejantes palabras: - Oh, vosotros, pasajeros, viandantes, caballeros, escuderos, gente de pie y de á caballo, que por este camino paséis, ó habéis de pasar en estos dos dias siguientes; sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, està aqui puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesias

del mundo, exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aqui le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningún aventurero; pero la suerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de alli a poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de à caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos, caminando todos apiñados, de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con don Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del cammino, porque conocieron que si esperaban, les podia suceder algún peligro: sólo don Quijote con intrépido corazón se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno de ellos que venia más delante, à grandes voces comenzó à decir à don Quijote: — Apartate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. — Ea, canalla, respondió don Quijote, para mí no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así, á carga cerrada, que es verdad lo que aqui yo he publicado, sino, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni don Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y asi el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban à un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre don Quijote y sobre Sancho, Rocinante y el rucio, dando con todos ellos en tierra, echándole á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado don Quijote, aporreado el rucio, y no muy católico Rocinante, pero en fin se levantaron todos, y don Quijote a gran priesa, tropezando aqui y cayendo alli, comenzó à correr tras la vacada, diciendo à voces: - Deteneos y esperad, canalla malandrina, que un sólo caballero os espera, el cual no tiene condición, ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á don Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rució llegasen. Llegaron, volvieron à subir amo y mozo, y sin volver é despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto, siguieron su camino.

CAPÍTULO LIX

DONDE SE CUENTA EL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ À DON QUIJOTE

Al polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que, entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho à la reposteria de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espiritus desalentados: no comia don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar à los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan á la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. — Come, Sancho amigo, dijo don Quijote, sustenta la vida que más que á mi te importa, y déjame morir à mi à manos de mis pensamientos y á fuerzas de mis desgracias. Yo Sancho, naci para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérante impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de principes, solicitado de doncellas, al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo, la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes. — Desa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobara vuesa merced aquel refrán que dicen: muera Marta y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo: antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y después de

comido, échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destes yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo más aliviado. Hizolo así don Quijote, pareciéndole que las razonas de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y dijole: — Si tú, oh Sancho, quisiéses hacer por mi lo que yo ahora te diré, serian mis alivios más ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes; y es que, mientras yo duermo obedeciendo tus consejos, tú te desviases un poco lejos de aqui, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea; que es lástima no pequeña, que aquella pobre señora esté encantada por tu descuido y negligencia. — Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y después Dios dijo lo que será. Sepa vuesa merced que esto de azotarse un hombre à sangre fria es cosa recia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando se cate, me verá hecho un criba de azotes, y hasta la muerte. todo es vida: quiero decir, que aún yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo don Quijote comió algo, y Sancho mucho; y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrio y sin ordena alguna, pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos continuos compañeros y amigos, Rocinante y el rucio. Despertaron algo tarde, volvieron & subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer à una legua de alli se descubria: digo que era venta, porque don Quijote la llamó así, fuera del uso que tenía de llamar á todas las ventas castillos. Llegaron pues á ella: preguntaron al huésped si había posada. Fuéle respondido que si, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en Zaragoza. Apeáronse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento de quien el huésped le dió la llave. Llevó las bestias à la caballeriza, echôles sus piensos, salió à ver lo que don Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares gracias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogiéronse à su estancia, preguntó Sancho al huésped que qué tenía para darles de cenar, à lo que el huésped respondió que su boca sería medida, y asi, que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar, estaba proveída aquella

venta. — No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasia. Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados. — Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. — ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer à la ciudad à vender más de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. — Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. — En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. — Medrados estamos con eso, respondió Sancho; yo pondré que se vienen a resumirse todas estas faltas, en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. - Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues héle dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? Discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. — Resolvámonos, cuerpo de mi, dijo Sancho, y digame finalmente lo que tiene y déjese de discurrimientos. — Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. — Por mias las marco desde aqui, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mi, ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daria nada que fuesen manos como fuesen uñas.

— Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y reposteria. — Si por principales va, díjo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerias: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nisperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sin querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora de cenar, recogióse á su estancia don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote: — Por vida de vuesa merced, señor don Ge-

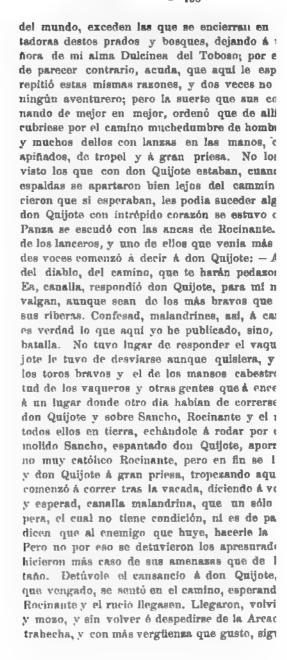
pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con impetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale à un hombre de bien no ser monstruo, para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló don Quijote enredado entre unas redes de hilo verde que desde unos árboles á otros estaban tendidas y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dijo á Sancho: — Paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde fueran de durisimos diamantes, ó más fuertes que aquella con que el celoso dios de los herreros enredó á Venus y à Marte, asi las rompiera como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodón: y queriendo pasar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosisimas pastoras, á lo menos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquisimos faldellines de tabi de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró à Sancho, suspendió à don Quijote, hiso parar al sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio à todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á don Quijote: — Detened, señor caballero, el paso, y no rompáis las redes; que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahi estan tendidas: y porque sé que nos habéis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aqui, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó con que sus hijos, mujeres y hijas, vecinos, amigos y parientes, nos viniésemos à holgar à este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vis-

tiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: traemos estudiadas dos églogas, una del famoso poeta Garcilaso, y otra del excelentisimo Camoens, en su misma lengua portuguesa, las cuales hasta ahora no hemos representado: ayer fué el primero dia que aqui llegamos: tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen se llaman de campaña, en el margen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza: tendimos la noche pasada estas redes destos árboles para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido, vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, seréis agasajado liberal y cortesmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no díjo más: á lo que respondió don Quijote: - Por cierto, hermosisima señora, que no debió de quedar más suspenso ni admirado Anteón cuando vió al impovisto bañarse en las aguas á Diana, como yo he quedado atónito en ver vuestra belleza. Alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podéis mandar; porque no es esta la profesión mia, sino de mostrarme agradecido y hienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representan: y si como estas redes, que deben de ocupar algún pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara vo nuevos mundos por dó pasar sin romperlas: y porque déis algún crédito á esta mi exageración, ved que os lo promete por lo menos don Quijote de la Mancha, si es que ha llegado à vuestros oidos este nombre. — ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? Pues bágote saiter que es el más valiente, y el más enamorado, y el más comedido que tiene el mundo, si no es que nos miente y nos engañe una bistoria que de sus hazañas anda impresa y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene consign es un tal Sancho Panza su escudero, à enyas gracias no hay ningunas que se le igualen. - Asi es la verdad, dijo Samelso, que yo voy ese gracioso y ene encudero que vuena merced dice, y ense seher es mi ame. el mismo don Quijose de la Mancha, historiado y referido. — Ar! dije la estra: empliopalmonte, amiga, que se queste, que nuestros padros y ausocena hormanas guesarán induina della, que tambéla la vida desir de en valor y de ene granas la mismo que tá me has diches, y sobre todo, dicem del que es el má

firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España le dan la palma de la hermosura.

-- Con razón se la dan, dijo don Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canséis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesión no me dejan reposar en ningún cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso don Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofreciósele el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder don Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes, caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran don Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian del noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron a don Quijote dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos y admirabánse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó don Quijote la voz, y dijo: - Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome à lo que suele decirse, que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas obras que me hacen, con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte, los que reciben son inferiores à lo que dan; y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia; y esta estrecheza y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues, agradecido à la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder à la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderio, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y asi, digo que sustentaré dos dias naturales, en metad de ese camino real que va à Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas, que aqui están, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetado sólo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atención le habia estado escuchando, dando una gran voz dijo: — ¿Es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que éste mi señor es loco? Digan vuesas mercedes, señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho, ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse don Quijote á Sancho, y encendido el rostro, y colérico, le dijo:

- ¿Es posible, oh Sancho, que haya en todo el orbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso ó de bellaco? ¿Quién te mete á ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado, Rocinante: vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razón que va de mi parte, puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla; y con gran furia y muestras de enojo se levantó de la silla, dejando admirados à los circunstantes, haciéndoles dudar si le podian tener por loco ó por cuerdo. Finalmente, habiéndole persuadido que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad; y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto salió don Quijote con su intención, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rucio con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues don Quijote en mitad del camino, como os he dicho, hirió el aire con semejantes palabras: - Oh, vosotros, pasajeros, viandantes, caballeros, escuderos, gente de pie y de à caballo, que por este camino paséis, ó habéis de pasar en estos dos dias siguientes: sabed que don Quijote de la Mancha, caballero andante, está aqui puesto para defender que á todas las hermosuras y cortesias



CAPÍTULO LIX

DONDE SE CUENTA EL EXTRAORDINARIO SUCESO, QUE SE PUEDE TENER POR AVENTURA, QUE LE SUCEDIÓ À DON QUIJOTE

Al polvo y al cansancio que don Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y limpia, que, entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la cual, dejando libres sin jáquima y freno al rucio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho à la reposteria de sus alforjas, y dellas sacó de lo que él solia llamar condumio: enjuagóse la boca, lavóse don Quijote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento 108 espiritus desalentados: no comia don Quijote de puro pesaroso, ni Sancho no osaba tocar á los manjares que delante tenia, de puro comedido, y esperaba á que su señor hiciese la salva; pero viendo que, llevado de sus imaginaciones, no se acordaba de llevar el pan à la boca, no abrió la suya, y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. — Come, Sancho amigo, dijo don Quijote, sustenta la vida que más que á mi te importa, y déjame morir à mi à manos de mis pensamientos y á fuerzas de mis desgracias. Yo Sancho, naci para vivir muriendo, y tú para morir comiendo: y porque veas que te digo verdad en esto, considérante impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de principes, solicitado de doncellas, al cabo al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces. Esta consideración me embota los dientes, entorpece las muelas y entomece las manos, y quita de todo en todo, la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes. — Desa manera, dijo Sancho sin dejar de mascar apriesa, no aprobara vuesa merced aquel refrán que dicen: muera Marta y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme à mi mismo: antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo: y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced: y créame, y después de

comido, échese à dormir un poco sobre los « destes yerbas, y verà como cuando despier más aliviado. Hizolo asi don Quijote, parec razonas de Sancho más eran de filósofo que dijole: - Si tú, oh Sancho, quisiéses hacer p nhora te diré, serian mis alivios más ciertos, bres no tan grandes; y es que, mientras yo dr do tus consejos, tú te desviases un poco lejo las riendas de Rocinante, echando al aire tu ses trescientos ó cuatrocientos azotes á buen tres mil y tantos que te has de dar por el des cinea; que es lástima no pequeña, que aquel esté encantada por tu descuido y negligenci que decir en eso, dijo Sancho: durmamos po bos, y después Dios dijo lo que será. Sepque esto de azotarse un hombre à sangre fr y más si caen los azotes sobre un cuerpo n peor comido; tenga paciencia mi señora Dulc se cate, me verá hecho un criba de azotes, y todo es vida: quiero decir, que aun yo la ter desco de camplir con lo que he prometido.

Agradeciéndoselo don Quijote comió algo, y y echáronse à dormir entrambos, dejando à s ordena alguna, pacer de la abundosa yerba, de estaba lleno, A los dos continuos compañeros cinante y el rucio. Despertaron algo tarde, v y à seguir su camino, dándose priesa para Il ta que al parecer á una legua de allí se desc era venta, porque don Quijote la llamó así, fi tenía de llaníar à todas las ventas castillos. ella: preguntaron al huésped si habia posada dido que si, con toda la comodidad y regalo liar en Zaragoza. Apearonse, y recogió Sanc en un aposento de quien el huésped le dic las bestias à la caballeriza, echôles sus pier lo que don Quijote, que estaba sentado sol mandaba, dando particulares gracias al cielo no le hubiese parecido castillo aquella venta ra del cenar, recogiéronse à su estancia, pre buésped que qué tenía para darles de cenar, i ped respondió que su boca serla medida, y lo que quisiese, que de las pajaricas del sire la tierra y de los pescados del mar, estaba

venta. — No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy tragantón en demasia. Respondióle el huésped que no tenía pollos, porque los milanos los tenían asolados. — Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. — ¡Polla, mi padre! respondió el huésped, en verdad en verdad que envié ayer à la ciudad à vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida vuesa merced lo que quisiere. — Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. — En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. — Medrados estamos con eso, respondió Sancho; yo pondré que se vienen a resumirse todas estas faltas, en las sobras que debe de haber de tocino y huevos. — Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene: pues héle dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? Discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. — Resolvámonos, cuerpo de mi, dijo Sancho, y digame finalmente lo que tiene y déjese de discurrimientos. — Señor huésped, dijo el ventero, lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. — Por mías las marco desde aqui, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mi, ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daría nada que fuesen manos como fuesen uñas.

— Nadie las tocará, dijo el ventero, porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y reposteria. — Si por principales va, díjo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerias: ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos. Esta fué la plática que Sancho tuvo con el ventero, sín querer Sancho pasar adelante en responderle, que ya le había preguntado qué oficio ó qué ejercicio era el de su amo. Llegóse pues la hora de cenar, recogióse à su estancia don Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse à cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote: — Por vida de vuesa merced, señor don Ge-

rónimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro cápitulo de la Segunda parte de don Quijote de la Mancha. Apenas ovó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie y con oido alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal don Gerónimo referido respondió: -- ¿Para qué quiere vuesa merced, señor don Juan, que leamos estos disparates, y el que hubiere leido la primera parte de la Historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segundo?-Con todo eso, dijo el don Juan, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que à mi en este màs desplace, es que pinta à don Quijote, ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho, alzo la voz y dijo: — Quien quiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales, que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmesa, y su profesión el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. — ¿Quién es el que nos responde? respondieron del otro aposento. — ¿Quién ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho, y aún cuanto dijere; que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno de ellos, echando los brazos al cuello de don Quijote le dijo: — Ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero don Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que ha querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el autor deste libro, que aqui os entrego; y poniéndole un libro en las manos, que traia su compañero, le tomó don Quijote, y sin responder palabra comenzó à hojearle, y de alli à un poco se le volvió diciendo: - En este poco que he visto, he hallado tres cosas en este autor, dignas de reprensión. La primera es algunas palabras que he leido en el prólogo; la otra, que el lenguaje es aragonés porque tal vez escribe sin artículos; y la tercera, que más le confirma por ignorante, es que yerra y se desvía de la verdad en lo más principal de la historia; porque aqui dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero, se llama Mari Gutiérrez, y no llama tal, sino Tere-

sa Panza, y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. A esto dijo Sancho: — Donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer, Marí Gutiérrez: torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahi y si me ha mudado el nombre.—Por lo que he oído hablar, amigo, dijo don Gerónimo, sin duda debéis de ser Sancho Panza, el escudero del señor don Quijote. — Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. - Pues à fe, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra; pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. — Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejarame en mirincón sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron à don Quijote se pasase à su estancia à cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no había cosas pertenecientes para su persona. Don Quijote, que siempre fué comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos; quedose Sancho con la olla con mero mixto imperio: sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no menos que Sancho. estaba de sus manos y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena, preguntó don Juan á don Quijote qué nuevas tenía de la señora doña Dulcinea del Toboso, si se había casado, si estaba parida ó preñada, ó si estando en su entereza, se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor don Quijote. A lo que él respondió:—Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea y lo que le había sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar à don Quijote los extraños sucesos de su historia; y así, quedaron admirados de sus disparates como del elegante modo con que los contaba. Aqui lo tenian por discreto, y alli se les deslizaba por mentecato, sin saber determinarse qué grado le darían entre la discreción y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis al ventero, se pasó à la estancia de su amo, y entrando, dijo: -- Que me maten, señores, si el autor deste libro que vuesas mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos: yo querría que ya que me llama comilón, como vuesas (*) dicen, no me llamase también borracho. Si llama, dijo don Gerónimo, pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son mai sonantes las razones, y además mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomia del buen Sancho que está presente. — Créanme vuesas mercedes, dicho Sancho, que el Sancho y el don Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado; y yo simple, gracioso y no comedor ni borracho. — Yo asi lo creo, dijo don Juan, y si fuera posible, se había de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran don Quijote, sino fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. — Retrateme el que quisiere, dijo don Quijote; pero no me maltrate, que muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. — Ninguna, dijo don Juan, se le puede hacer al señor don Quijote, de quien el no se pueda vengar, si no la repara en el escudo de su paciencia, que à mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque don Juan quisiera que don Quijote levera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo necio; y que no quería, si acaso llegase à noticia de su autor que le había tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le había leido; pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntaronle que adonde llevaba determinado su viaje. Respondió que à Zaragoza à hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Dijole don Juan que aquella nueva historia contaba cómo don Quijote, sea quien se quisiere, se había hallado en ella en una sortija, falta de invención, pobre de letras, pobrisima de libreas, aunque rica de simplicidades. — Por el mismo caso, respondió don Quijote, no pondré los pies en Zaragoza; y asi saca-

^(*) Es evidente que en este punto existe una omisión en el original. «Vuesas mercedes» diría Sancho, y pondría seguramente Cervantes.

ré à la plaza del mundo la mentira dese historiador moderno, y echarán de ver las gentes, como yo no soy el don Quijote que él dice. — Hará muy bien, dijo don Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor don Quijote mostrar su valor. — Asi lo pienso hacer, dijo don Quijote, y vuesas mercedes me dén licencia, pues ya es hora para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. — Y á mí también, dijo Sancho, quizá seré bueno para algo. Con esto se despidieron, y don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á don Juan y à don Gerónimo admirados de ver la mezcla que había hecho de su discreción y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos don Quijote y Sancho, y no los que describía su autor aragonés. Madrugó don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magnificamente, y aconsejóle que alabase menos la provisión de su venta, ó la tuviese más proveida.

CAPÍTULO LX

DE LO QUE SUCEDIÓ À DON QUIJOTE YENDO À BARCELONA

Era fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: tal era el deseo que tenía de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba. Sucedió, pues, que en más de seis días no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele. Apearonse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que había merendado aquel día, se dejó entrar de rondón por las puertas del sueño; pero don Quijote, à quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podía pegar sus ojos, antes iba y venía con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos; ya ver brincar y subir sobre su pollina à la convertida en labradora, Dulcinea; ya que le sonaban en los oidos las palabras del sabio Merlin, que

le referian las condiciones y diligencias que se habían hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero; pues à lo que creia, sólo cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: - Si nudo gordiano cortó el magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase à Sancho à pesar suyo: que si la condición deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da a mi que se los dé él ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren? Con esta imaginación se llegó a Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinión que no tenía más que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo y dijo: - ¿Qué es esto? zquién me toca y desencinta? - Yo soy, respondió don Quijote, que vengo à suplir tus faltas y à remediar mis trabajos: véngote à azotar, Sancho, y à descargar en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero descando, y asi desatácate por tu voluntad, que la mía es de darte en esta soledad por lo menos dos mil azotes - Eso no, dijo Sancho; vuesa merced se esté quedo, si no, por Dios verdadero que nos han de oir los sordos: los asotes à que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza y ahora no tengo ganas de azotarme; basta que doy à vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere. — No hay dejarlo á tu cortesia, Sancho, dijo don Quijote; porque eres duro de corazón, y aunque villano, blando de carnes; y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pie, y arremetiendo à su amo, se abrazo con él à brazo partido, y echándole una cadilla (*) dió con él en el suelo boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear, ni alentar. Don Quijote le decia: — ¿Cómo, traidor, contra tu amo y

[🖰] Casi todas las ediciones han trocado esta palabra por «zancadilla».

señor natural te demandas? ¿Con quien te da su pan te atreves? — Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome à mi, que soy de mi señor; vuesa merced me prometa que se estará quedo y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado: donde no, aqui morirás traidor, enemigo de doña Sancha.»

Prometióselo don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en todo su voluntad y albedrio el azotarse cuando quisiese. Levantose Sancho, y desviose de aquel lugar un buen espacio, y yendo à arrimarse à otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y alzando las manos topó con dos pies de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y succdióle lo mismo: dió voces llamando á don Quijote que le favoreciese; hizolo asi don Quijoto, y preguntándole qué le había sucedido, y de qué tenia miedo, le respondió Sancho, que todos aquellos árboles estaban llenos de pies y de piernas humanas. Tentólos don Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podía ser, y dijole á Sancho: — No tienes de qué tener miedo, porque estos pies y piernas que tientas y no vees, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aqui lo suele ahorcar la justicia cuando los coje, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y así era la verdad, como él lo había imaginado. Al parecer, (*) alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Ya en esto amanecia, y si los muertos los habían espantado, no menos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos, y se detuviesen hasta que llegaso su capitán. Hallose don Quijote à pie, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos, é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazón y coyuntura.

Acudieron los bandoleros à espulgar al rucio, y à no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y la maleta traia; y avinole bien à Sancho, que en una ventiera que tenia ceñida venian los escudos del duque y los que habían

^(*) En la edición de la Real Academia y en otras, se ha puesto «Al amanecer».

sacado de su tierra, y con todo eso, aquellescardara y le mirara hasta los que entre el tuviera escondido, si no llegara en aquella : el cual mostró ser de edad hasta de treint robusto, más que de mediana proporción, de color morena. Venia sobre un poderoso es acerada cota, y con cuatro pistoletes, que se llaman pedreñales, à los lados. Viò que et asi se llaman à los que andan en aquel ejerpojar à Sancho Pauza: mandôles que no le luego obedecido, y así se escapó la ventier lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo armado y pensativo, con la más triete y mela: pudiera formar la misma tristeza. Llegóse 4 No estéis tan, tan triste, buen hombre, porqu en las manos de algún cruel Osiris, sino Guinart, que tienen más de compasivas que No es mi tristeza, respondió don Quijote, hal poder, oh valeroso Roque, cuya fama no t tierra que la encierren, sino por haber sido que me hayan cogido tus soldados sin el f. obligado, según la orden de la andante ca feso, a vivir continuo alerta, siendo a toda de mi mismo: porque te hago saber, oh gri me hallaran sobre mi caballo, con mi lanza no les fuera muy fácil rendirme, porque yo de la Mancha, aquel que de sus hazañas tic orbe Luego Roque Guinart conoció que la el Quijote tocaba más en locura que en val algunas veces le había oldo nombrar, nunca sus hechos, ni se pudo persuadir à que reinase en corazón de hombre; y holgóse et berle encontrado, para tocar de cerca lo que oido, y así le dijo: - Valeroso caballero, no tengáis à siniestra fortuna esta en que os he ser que en estos tropiezos, vuestra torcida s zase; que el cielo, por extraños y nunca : los hombres no imaginados, suele levantar quecer los pobres. Ya le iba à dar gracias de sintieron à sus espaldas un ruido como de tr y no era sino uno solo, sobre el cual venis mancebo, al parecer de hasta veinte años, ve verde, con pasamanos de oro, gregüescos

con sombrero terciado á la walona, botas enceradas y justas, espuelas, daga y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos y dos pistolas á los lados. Al ruido volvió Roque la cabeza, y vió esta hermosa figura, la cual, en llegando à él, dijo: — En tu busca venia, oh valeroso Roque, para hallar en ti, sino remedio, à lo menos alivio en mi desdicha; y por no tenerte suspenso, porque sé que no me has conocido, quiero decirte quién soy. Y soy Claudia Gerónima, hija de Simón Forte, tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que así mismo lo es tuyo, por ser uno de los de tu contrario bando; y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que don Vicente Torrellas se llama, ó á lo menos se llamaba no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te diré en breves palabras la que me ha causado. Vióme, requebróme, escuchéle, enamóreme á hurto de mi padre, porque no hay mujer, por retirada que esté y recatada que sea, á quien no le sobre tiempo para poner en ejecución y efecto sus atropellados deseos. Finalmente, él me prometió de ser mi esposo, y yo le dí la palabra de ser suya, sin que en obras pasásemos adelante: supe ayer, que olvidado de lo que me debia, se casaba con otra, y que esta mañana iba à desposarse; nueva que me turbó el sentido y acabó la paciencia; y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el traje que vees, y apresurando el paso à este caballo alcancé à don Vicente obra de una legua de aqui, y sin ponerme à dar quejas ni à oir disculpas, le disparé esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas; y à lo que creo le debi de encerrar más de dos balas en el cuerpo, abriéndole puertas por donde envuelta en su sangre saliere mi honra. Alli le dejo entre sus criados que no osaron ni pudieron ponerse en su defensa: vengo á buscarte para que me pases à Francia, donde tengo parientes con quien viva, y asimismo, á rogarte defiendas á mi padre, porque los muchos de don Vicente no se atrevan à tomar en él desaforada venganza. Roque, admirado de la gallardia, bizarria, buen talle y suceso de la hermosa Claudia, le dijo: — Ven, señora, y vamos à ver si es muerto tu enemigo, que después veremos lo que más te importare. Don Quijote, que estaba escuchando atentamente lo que Claudia había dicho, y lo que Roque Guinart respondió, dijo:

- No tiene nadie para qué tomar trabajo en defender à esta señora, que lo tomo yo à mi cargo: denme mi caballo y mis armas, y espérenme aquí, que yo iré à buscar à ese caballero, y muerto ó vivo le haré cumplir la palabra prometida á tanta belleza. — Nadie dude desto, dijo Sancho, porque mi senor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias que hizo casar á otro que también negaba á otra doncella su palabra; y si no fuera porque los encantadores que le persiguen le mudaron su verdadera figura en la de un lacayo, esta fuera la hora que ya la tal doncella no lo fuera. Roque, que atendia más á pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de amo y mozo, no las entendió, y mandando à sus escuderos que volviesen à Sancho todo cuanto le habian quitado del rucio, mandóles asimismo que se retirasen à la parte donde aquella noche habian estado alojados, luego se partió con Claudia á toda priesa á buscar al herido ó muerto don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él sino recién derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y diéronse à entender, como era la verdad, que debia ser don Vicente, à quien sus criados ó muerto ó vivo llevaban, ó para curarle ó para enterrarle: diéronse priesa à alcanzarlos, que como iban de espacio, con facilidad lo hicieron. Hallaron á don Vicente en los brasos de sus criados, á quien con cansada y debilitada voz rogaba que le dejasen alli morir, porque el dolor de las heridas no consentia que más adelante pasase. Arrojáronse de los caballos Claudia y Roque, llegáronse á él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia ser turbó en ver la de don Vicente: y asi, entre enternecida y rigurosa, se llegó á él, y asiéndole de las manos le dijo: — Si tú me dieras éstas conforme à nuestro concierto, nunca tu te vieras en este paso. Abrió los casi cerrados ojos el herido caballero, y conociendo à Claudia le dijo: — Bien veo: hermosa y engañada señora, que tú has sido la que me has muerto: pena no merecida ni debida á mis deseos, con los cuales, ni con mis obras, jamás quise ni supe ofenderte. - ¿Luego no es verdad, dijo Claudia, que ibas esta mañana á desposarte con Leonora, la hija del rico Balvastro? — No por cierto, respondió don Vicente; mi mala fortuna te debió de llevar estas nuevas para que celesa me quitases la vida, la cual, pues la dejo en tus manos y en tus brazos, tengo mi suerte por venturosa: y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano y recibeme por esposo si quisieres, que no tengo otra mayor satisfacción que darte, del agravio que piensas que de mi has recibido.

Apretôle la mano Claudia, y apretôsele à ella el corasón de

manera que sobre la sangre y pecho de don Vicente se quedó desmayada, y à èl le tomó un mortal parasismo. Confuso estaba Roque, y no sabia que hacerse. Acudieron los criados à buscar agua que echarles en los rostros, y trujéronla, con que se los bañaron. Volvió de su desmayo Claudia; pero no de su parasismo don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo cual de Claudia, habiéndose enterado que ya su dulce esposo no vivía, rompió los aires con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltrató sus cabellos, entregándolos al viento, afeó su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. — ¡Oh cruel é inconsiderada mujer, decia, con qué facilidad te moviste à poner en ejecución tan mal pensamiento! ¡Oh fuerza rabiosa de los celos, á qué desesperado fin conducis à quien os da acogida en su pecho! ¡Oh esposo mio, cuya desdichada suerte, por ser prenda mía, te ha llevado del tálamo à la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lágrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados á verterlas en ninguna ocasión. Lloraban los criados, desmayábase á cada paso Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza y lugar de desgracia. Finalmente, Roque Guinart ordenó à las criados de don Vicente que llevasen su cuerpo al lugar de su padre, que estaba alli cerca, para que le diesen sepultura. Claudia dijo à Roque que quería irse à un monasterio, donde era abadesa una tía suya, en el cual pensaba acabar la vida, de otro mejor esposo y más eterno acompañada. Alabóle Roque su buen propósito, ofreciósele de acompañarla hasta donde quisiese, y de defender à su padre de los parientes (*), y de todo el mundo, si ofenderle quisiesen. No quiso su compañia Claudia en niuguna manera; y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despedió del llorando. Los criados de don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se volvió à los suyos: y este fin tuvieron los amores de Claudia Gerónima. ¿Pero qué mucho si tejieron la trama de su lamentable historia las fuerzas invencibles y rigurosas de los celos? Halló Roque Guinart à sus escuderos en la parte donde les habia ordenado, y à don Quijote entre ellos sobre Rocinante, haciéndoles una plática en que les persuadía dejasen aquel mo-

^{(&#}x27;) Es de suponer que aquí se han suprimido por error de copia las palabras ede don Vicentes. A juzgar por los antecedentes del relato.

do de vivir, tan peligroso así para el alma c po; pero como los más eran gascones, gentratada, no les entraba bien la plática de dor que fué Roque, preguntó à Sancho Panza s y restituido las alhajas y preseas que los s habian quitado. Sancho respondió que si, ban tres tocadores que valian tres ciudades dices, hombre, dijo uno de los presentes; qu no valen tres reales? -- Asi es, dijo don Qu. los mi escudero en lo que ha dicho por habé me los dió. Mandóselos volver al punto 1 mandando poner los suyos en ala, mandó todos los vestidos, joyas y dineros, y todo la última repartición babian robado; y hacie tanteo, volviendo lo no repartible y reducié: repartió por toda su compañía con tanta le cia, que no pasó un punto ni defraudó nada tributiva. Hecho esto, con lo cual todos qu satisfechos y pagados, dijo Roque A don Q guardase esta puntualidad con éstos, no se ellos. A lo que dijo Sancho: -- Según lo c es tan buena la justicia, que es necesario q tre los mismos ladrones. Oyólo un escudo mocho de un arcabús, con el cual sin dudi beza a Sancho, si Roque Guinart no le diere tuviese. Pasmose Sancho, y propuso de n bios en tanto que entre aquella gente est esto uno ó algunos de aquellos escuderos qu por centinelas por los caminos para ver la g venía, y daraviso à su mayor de lo que pa - Señor, no lejos de aqui, por el camino qu viene un gran tropel de gente. A lo que - ¿Has echado de ver si son de los que nos que nosotros buscamos? - No, sino de los q pondió el escudero. - Pues salid todos, repli melos aqui luego sin que os escape ningun y quedándose solos don Quijote, Sancho y ron à ver lo que los escuderos traian, y c dijo Roque à don Quijote: - Nueva manera parecer al señor don Quijote la nuestra; n nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no i asi le parezca, porque realmente le confieso de vivir más inquieto ni más sobresaltado

mi me han puesto en él no sé que deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones: yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado, pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo asi da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado à despecho y pesar de lo que entiendo: y como un abismo llama á otro y un pecado á otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera, que no sólo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó don Quijoté de oir hablar à Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear, no podia haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle: -Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico ordene: vuesa merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues vuesa merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo, y esperar mejoria de la enfermedad de su conciencia: y si vuesa merced quiere ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacióne véngase conmigo, que vo le enseñaré à ser caballero andante; donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse Roque del consejo de don Quijote, á quien mudando plática, contó el trágico suceso de Claudia Gerónima, de que le pesó en extremo á Sancho, que no le habia parecido mal la belleza, desenvoltura y brio de la moza. Llegaron en esto los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros à caballo y dos peregrinos à pie, y un coche de mujeres con hasta seis criados que á pie y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando, vencidos y vencedores gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablase; el cual preguntó à los caballeros que quién eran, y adónde iban, y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: — Señor, nosotros somos dos capitanes de infanteria española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y va-

mos à embarcarnos en cuatro galeras, que dicen están en Barcelona con orden de pasar à Sicilia: llevamos hasta doscientos ó trescientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque à los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre entrambos, podian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber también quién iba en el coche y adonde, y el dinero que llevaban: y uno de los de á caballo dijo. — Mi señora doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaria de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche: acompañámoslas seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aqui novecientos escudos y sesenta reales: mis soldados deben de ser hasta sesenta: mirese á como le cabe á cada uno, porque vo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores levantaron la voz diciendo: — ¡Viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres que su perdición procuran! Mostraron aflijirse los capitanes; entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscación de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podía conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes, dijo: — Vuesas mercedes, señores capitanes, por cortesia sean servidos de prestarme sesen**ta escudos, y la señora** regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconduto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mías, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intención de agraviar á soldados ni à mujer alguna, especialmente à las que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron à Roque su cortesia y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdón del agravio que le habia, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regente á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habían repartido, y ya los capitanes habían desembolsado los sesenta. Iban los

peregrinos à dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose à los suyos, les dijo: destos escudos, dos tocan á cada uno, y sobran veinte, los diez se dén à estos peregrinos y los otros diez à este buen escudero, porque pueda decir bien desta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconduto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose dellos los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposición y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladrón conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: - Este nuestro capitán, más es para frade que para bandolero: si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda y no con la nuestra. No lo dijo tan paso el desventurado, que dejase de oirlo Roque, el cual echando mano á la espada le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: — Desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartôse Roque à una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso don Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien tantas cosas se decian; y que le hacía saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo, y que de alli à cuatro días, que era el de San Juan Bautista, se le pondría en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre un asno, y que diese noticia desto à sus amigos, los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells sus contrarios; pero que esto era imposible, à causa que las locuras y discreciones de don Quijote, y los donaires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general à todo el mundo. Despachó estas cartas con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de un labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPÍTULO LXI

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á DON QUIJOTE EN LA ENTRADA DE BARCELONA, CON OTRAS COSAS QUE TIENEN MÁS DE LO VERDADERO QUE DE LO DISCRETO.

Tres dias y tres noches estuvo don Quijote con Roque, y si estuviera trescientos años no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida. Aqui amanecian, aculta comian: unas veces huian sin saber de quién, y otras esperaban sin saber á quién. Dormían en pie interrompiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espias, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos, en partes y lugares donde no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos que el visorrey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso; y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos, o le habian de matar o entregar à la justicia: vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas, partieron Roque, don Quijote y Sancho con otros seis escuderos à Barcelona. Llegaron à su playa la vispera de san Juan en la noche y abrazando Roque á don Quijote y á Sancho, à quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedose don Quijote esperando el dia así à caballo como estaba; y no tardó mucho, cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mesmo instante alegraron también el oído el són de las muchas chirimias y atabales. ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad salian. Dió lugar la aurora al sol, que un rostro mayor que el de una rodeia, por el más bajo horizonte, poco á poco se iba levantaban. Tendieron don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto: parecióles espaciocisimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimias, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron à moverse, y à hacer modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles, casi al mismo modo, infinitos caballeros que de la ciudad, sobre hermosos caballos y con vistosas libreas, salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artilleria, à quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad; y la artilleria gruesa, con espantoso estruendo, rompia los vientos, à quien respondian los cañones de crujia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, sólo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho cómo pudiesen tener tantos pies aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililies y algazara los de las libreas, adonde don Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos que era el avisado de Roque, dijo en alta voz à don Quijote. — Bien sea venido à nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella, y el norte de toda la caballeria andante, donde más largamente se contiene. Bien sea venido, digo, el valeroso don Quijote de la Mancha: no el falso, no el ficticio, no el apócrifo, que en falsas historias estos días nos han mostrado; sino el verdadero, el legal y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, flor de los historiadores. No respondió don Quijote palabra, ni los caballeros esperaron à que la respondiese; sino volviéndose y revolviéndose con los demás que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor de don Quijote, el cual volviéndose à Sancho dijo: — Estos bien nos han conocido; yo apostarė que han leido nuestra historia y aun la del aragonés recién impresa. Volvió otra vez el caballero que habló á don Quijote y dijo: — Vuesa merced, señor don Quijote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que don Quijote respondió: -- Si cortesias engendran cortesias, la vuestra, senor caballero, es hija ó parienta muy cercana de la del gran Roque: llevadme dó quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más, si la queréis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al són de las chirimias y de los atabales, se encaminaron con él à la ciudad: al entrar de la cual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos que son más malos que el malo, dos dellos,

traviesos y atrevidos, se entraron por toda la gente, y alsando el uno de la cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas, aumentaron su disgusto, de manera que, dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. Don Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rucio. Quisieron los que guiaban á don Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible; porque se encerraron entre más de otros mil que los seguian. Volvieron á subir don Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guía, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPÍTULO LXII

QUE TRATA DE LA AVENTURA DE LA CABEZA ENCANTADA, CON OTRAS NIÑERÍAS, QUE NO PUEDEN DEJAR DE CONTARSE

Don Antonio Moreno se llamaba el huésped de don Quijote, caballero rico y discreto, y amigo de holgarse á lo honesto y afable; el cual, viendo en su casa á don Quijote, andaba buscando modos cómo, sin su perjuicio, sacase á plaza sus locuras; porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar à don Quijote, y sacarle à vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras veces le hemos descrito y pintado) à un balcon que salia à una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que, como á mona, le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo, no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto; y Sancho estaba contentisimo por parecerle que se habia hallado, sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de don Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Comieron aquel dia con don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á don Quijote como caballero andante, de lo cual, hueco y pomposo, no cabia en si de contento. Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los

criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa dijo don Antonio & Sancho: -- Acá tenemos noticias buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y de albondiguillas, que si os sobran, las guardais en el seno para el otro dia. — No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso, y mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho días: verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo, y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto si no mirara à las barbas honradas que están à la mesa. — Por cierto, dijo don Quijote, que la parsimonia y limpieza con que Sancho come, se puede escribir y grabar en láminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragón, porque come apriesa y masca à dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto; y en el tiempo que fué gobernador, aprendió à comer à lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada. — ¡Cómo! dijo don Antonio, zgobernador ha sido Sancho? — Si, respondió Sancho, y de una insula llamada la Barataria. Diez dias la goberné à pedir de boca: en ellos perdí el sosiego y aprendi á despreciar todos los gobiernos del mundo: sali huyendo della, cai en una cueva donde me tuve por muerto, de la cual sali vivo por milagro. Contó don Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes. Levantados los manteles y tomando don Antonio por la mano à don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia; sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseose don Antonio con don Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, después de lo cual dijo: — Agora, señor don Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno y está cerrada la puerta, quiero contar á vuesa merced una de las mas raras aventuras, ó por mejor decir novedades, que imaginarse pueden, con condición que lo que á vuesa merced dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto.

₽.

- Así lo juro, respondió don Quijote, y aun le echaré una losa encima para más seguridad; porque quiero que sepa vuesa merced, señor don Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar: asi que, con seguridad, puede vuesa merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. — En fe desa promesa, respondió don Antonio, quiero poner à vuesa merced en admiración con lo que viere y oyere, y darme i mi algún alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos que no son para flarse de todos. Suspenso estaba don Quijote esperando en que habian de parar tantas prevenciones. En eso tomándole la mano don Antonio se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, y por el pie de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: -Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación, y discípulo del famaso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder á cuantas cosas al oido le preguntaren. Guardo rumbos, pintó caracteres, observó astros, miro puntos, y finalmente la sacó con la perfección que veremos mañana, porque los viérnes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar à mañana. En este tiempo podrá vuesa merced prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedo don Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer à don Antonio; pero por ver cuán poco tiempo habia para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta don Antonio con llave, y fuéronse à la sala donde los demás caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que à su amo habian acontecido. Aquella tarde sacaron á pasear á don Quijote, no armado, sino de rúa, vestido un balandrán de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen à Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba don Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronie el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: Este es don Quijote de la Mancha. En comenzado el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: Este es don Quijote de la Mancha, admirábase don Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviêndose à don Antonio, que iba à su lado, le dijo:

— Grande es la prerrogativa que encierra en si la andante caballeria, pues hace conocido y famoso al que profesa por todos los términos de la tierra; sino, mire vuesa merced, señor don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca haberme visto me conocen. — Asi es, señor don Quijote, respondió don Antonio, que asi como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesión de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues, que yendo don Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el retulo de las espaldas alzó la voz diciendo: — Valgate el diablo por don Quijote de la Mancha; como ¿qué hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes á cuestas? Tú eres loco, y si lo fueras à solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos à cuantos te tratan y comunican: sino, mirenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, y déjate destas vaciedades que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. — Hermano, dijo don Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos à quien no os los pide. El señor don Quijote de la Mancha, es muy cuerdo, y nosotros que le acompañamos no somos necios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se hallare, y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman. — Pardiez, vuesa merced tiene razón, respondió el castellano, que aconsejar à este buen hombre es dar coces contra el aguijón; pero con todo eso, me da muy gran lástima que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballeria; y la enhoramala que vuesa merced dijo sea para mi y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalén, diere consejo à nadie, aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo, pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenia leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar don Antonio como que le quitaba otra cosa.

Llegó la noche, volviéronse à casa, hube porque la mujer de don Antonio, que era pal y alegre, hermosa y discreta, convidó à que viniesen à honrar à su buésped, nunca vistas locuras. Vinieron algunas, mente y comenzòse el sarao casi á las Entre las damas había dos de gusto picare ser muy honestas, eran algo descompuesta las burlas alegrasen sin enfado. Estas diet sacar à danzar à don Quijote, que le m cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la jote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrec desairado, y sobre todo no nada ligero. Re á hurto las damiselas, y él también, come deñaba; pero viéndose apretar de requiebr dijo: Fúgite partes adversa: dejadme en mientos malvenidos: allá os avenid, seac descos, que la que es reina de los mios, la del Toboso, no consiente que ningunos ot me avasallen y rindan; y diciendo esto se la sala en el suelo, molido y quebrantado ejercicio. Hizo don Antonio que le llevasen y el primero que asió del fué Sancho, dici tal, señor nuestro amo, lo habéis bailado: (los valientes son danzadores, y todos los a bailarines? Digo que si lo pensais, que está bre hay que se atreverà à matar à un g hacer una cabriola; si hubiérades de sapa vuestra falta, que zapateo como un girifa danzar no doy puntada. Con estas v otras reir Sancho à los del sarao, y dió con su arropandole para que sudase la frialdad de le pareció à don Antonio ser bien hacer la cabeza encantada, y con don Quijote, Sa amigos, con las dos señoras que habían t jote en el baile, que aquella propia noche s con la mujer de don Antonio, se encerró et estaba la cabeza. Contôles la propiedad que el secreto, y dijoles que aquel era el prim habia de probar la virtud de la tal cabeza (eran los dos amigos de don Antonio, ning sabía el busilis del encanto, y aún, si don hubiera descubierto primero a sus amigos,

yeron en la admiración en que los demás caveron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal orden estaba fabricada. El primero que se llegó al oído de la cabeza fué el mismo don Antonio, y dijole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: Dime, cabeza, por la virtud que en ti se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo agora? Y la cabeza le respondió sin mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razón: — Yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos, y más viendo que en todo el aposento ni al derredor de la mesa no había persona humana que responder pudiese. - ¿Cuantos estamos aquí? tornó a preguntar don Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: — Estáis tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso llamado don Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aqui si que fué el admirarse de nuevo: aqui si que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose don Antonio de la cabeza, dijo: — Esto me basta para darme á entender que no fui engañado del que te me vendió, cabeza sabia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro, y preguntele lo que quisiere, y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de don Antonio, y lo que le preguntó fué:

- Dime, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: - Sé muy honesta. - No te pregunto más, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera, y dijo: — Querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: — Mira las obras que te hace, y echarlo has de ver. Apartóse la casada, diciendo: - Esta respuesta no tenía necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de don Antonio y pregúntole: — ¿Quién soy yo? Y fuéle respondido: — Tú lo sabes. - No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú. — Si conozco, le respondieron, que eres don Pedro Noriz. -- No quiero saber más, pues esto basta para entender, oh cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose llegó el otro amigo y preguntóle: - Dime, cabeza, ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? — Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso, te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. -

Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto más. Llegóse la mujer de don Antonio, y dijo: — Yo no sé, cabeza, que preguntarte; sólo querria saber de ti si gozaré muchos años de buen marido. Y respondiéronla: — Si gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego don Quijote, y dijo: — Dime tú el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño, lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ztendrá efecto el desencanto de Dulcinea? — A lo de la cueva, le respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene; los azotes de Sancho irán de espacio; el desencanto de Dulcinea llegará à debida ejecución. - · No quiero saber más, dijo don Quijote, que como vo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las aventuras que acertare á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó tué: — ¿Por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrecheza de escudero? ¿volveré à ver à mi mujer y á mis hijos? A lo que le respondieron: — Gobernaras en tu casa; y si vuelves á ella, verás á tu mujer y á tus hijos; y dejando de servir, dejaràs de ser escudero. — Bueno, par Dios, dijo Sancho Panza, esto yo me lo dijera, no dijera mas el profeta Perugrullo. — Bestia, dijo don Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabesa ha dado correspondan á lo que se le pregunta? - Si basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarara más, y me dijera más. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas; pero no se acabó la admiración en que todos quedaron, excepto los dos amigos de don Antonio, que el caso sabian. El cual quiso Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algún hechicero y extrordinario misterio en la tal cabeza se encerraba: y así dice que don Antonio Moreno, à imitación de otra beza que vió en Madrid fabricada por un estampero, hiso ésta en su casa para entretenerse y suspender à los ignorantes; y la fábrica era desea sucrte: la tabla de la mesa era de palo, pintada y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia era de lo mismo, con cuatro garras de águila que dél salian para mayor firmeza del peso. La cabeza, que parecia medalla y figura de emperador romano, y de color de bronce, estaba toda hueca, y ni más ni menos la tabla de la mesa, en que se encajaba tan justamente que ninguna señal de

juntura se parecía. El pie de la tabla era ansimismo hueco, que respondia à la garganta y pechos de la cabeza; y todo esto venia à responder à otro aposento que debajo de la estancia de la cabeza estaba. Por todo este hueco de pie, mesa, gargantas y pechos de la medalla y figura referida, se encaminaba un cañón de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto. En el aposento de abajo, correspondiente al de arriba, se ponia el que había de responder, pegada la boca con el mismo cañón, de modo que, á modo de cerbatana, iba la voz de arriba abajo, y abajo arriba, en palabras articuladas y claras, y de esta manera era imposible conocer el embuste. Un sobrino de don Antonio, estudiante agudo y discreto, fué el respondiente, el cuando estando avisado de su señor tio · de los que habían de entrar con él en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fué fácil responder con presteza y puntualidad à la primera pregunta: à las demás respondió por conjeturas, y, como discreto, discretamente. Y dice más Cide Hamete, que hasta diez ó doce dias durò esta maravillosa máquina; pero que divulgándose por la ciudad que don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que á cuantos le preguntaban respondía, temiendo no llegase á llos oídos de las despiertas centinelas de nuestra fe, habiendo declarado el caso à los señores inquisidores, le mandaron que lo deshiciese, y no pasase más adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizase. Pero en la opinión de don Quijote y de Sancho Panza la cabeza quedó por encantada y por respondona, más á satisfacción de don Quijote que de Sancho. Los caballeros de la ciudad, por complacer á don Antonio y por agasajar á don Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de alli á seis días, que no tuvo efecto por la ocasión que se dirá adelante. Dióle gana á don Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pie, temiendo que si iba à caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho con otros dos criados que don Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió pues que yendo por una calle alzó los ojos don Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: Aquí se imprimen libros; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no había visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra,

ù

Llegábase don Quijote á un cajón, y preguntaba qué era aquello que alli se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntole que era lo que hacia. El oficial le respondio: — Señor, este caballero que aqui está (y enseñole á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estóyle yo componiendo para darle á la estampa. — ¿Qué título tiene el libro? preguntó don Quijote: á lo que el autor respondió: — Señor, el libro en toscano se llama Le bagatelle. — ¿Y qué responde Le bagatelle en nuestro castellano? preguntó don Quijote. — Le bagatelle, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos «Los juguetes», y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en si cosas muy buenas y sustanciales. — Yo, dijo don Quijote, sé algún tanto de el toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Arioste. Pero digame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar pignata? — Si, muchas veces, respondió el autor. — 2Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó don Quijote. — ¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? — ¡Cuerpo de tal, dijo don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostare una buena apuesta que adonde diga en el toscano piace, dice vuesa merced en el castellano place; y adonde diga più, dice más, y el su declara con arriba, y el giú con abajo. — Si, declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. — Osaré yo jurar, dijo don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahi! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veén las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se véen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podia ocupar el hombre, y que menos provecho le trajesen. Fuera desta cuenta



van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su Pastor Fido, y el otro don Juan de Jauregui en su Aminta, donde felizmente ponen en duda cual es la traducción, ó cual el original. Pero digame vuesa merced, zeste libro imprimese por su cuenta, ó tiene ya vendido el privilegio à algún librero? — Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. — Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante. — ¿Pues qué, dijo autor, quiere vuesa merced que se lo dé à un librero, que me dé por el priviligio tres maravedis, y aun piensa que me hace merced en dármelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. — Dios le dé à vuesa merced buena manderecha, respondió don Quijote, y pasó adelante á otro cajón, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba Luz del alma, y en viéndola dijo: — Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron que se llamaba la Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. - Ya yo tengo noticias deste libro, dijo don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegará como á cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della; y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son más verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algún despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle à ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, à causa que en su vida las había visto. Avisó don Antonio al cuatralbo de las galeras como aquella tarde había de llevar á verlas á su huésped el

famoso don Quijote de la Mancha, de quién y todos los vecinos de la ciudad tenían noti sucedió en ellas se dirá en el siguiente capit

CAPÍTULO LXIII

DE LO MAL QUE LE AVINO Á SANCHO PANZA
DE LAS GALERAS Y LA NUEVA AVENTURA
MORISCA.

Grandes eran los discursos que don Quijot respuestas de la encantada cabesa, sin que diese en el embuste, y todos paraban con la tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. y se alegraba entre si mismo, crayendo que h to su cumplimiento; y Sancho, aunque aborn nador, como queda dicho, todavia deséaba ve A ser obedecido: que esta mala ventura trae do, aunque sea de burlas. En resolución, a Antonio Moreno, su huésped y sus dos amig jote y Sancho, fueron à las galeras. El cuati avisado de su buena venida, por ver á los Quijote y Sancho, apenas llegaron à la mar las galeras abatieron tienda, y sonaron las ron luego el esquife al agua cubierto de ric almohadas de terciopelo carmesi, y en ponie pies en él don Quijote, disparó la capitana jia, y las otras galeras hicieron lo mismo, y jote por la escala derecha, toda la chusma es usanza cuando una persona principal en diciendo: hu! hu! tres veces. Dióle la 1 que con este nombre le llamaremos, que era ballero valenciano: abrazó á don Quijote, d día señalaré yo con piedra blanca, por ser res que pienso llevar en mi vida, habiendo 1 Quijote de la Mancha; tiempo y señal que en él se encierra y cifra todo el valor de la ria. Con otras no menos corteses razones Quijote, alegre sobremanera de verse tratar

Entraron todos en la popa, que estaba mu; v sentáronse por los bandines: pasose el con dió señal con el pito que la chusma hiciese

se hizo en un instante. Sancho que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban alli trabajando: pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder (*) de la mano derecha, el cual ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar qué fué lo que sucedido le habia. Don Quijote que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intención de profesar en ellas, no quería hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le había de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pie y empuñó la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandisimo ruido, dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba en sus quicios, y venía á dar sobre su cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que también se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto, callando como si no tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó à mosquear las espaldas de la chusma, y alargarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos pies colorados (que tales pensó él que eran los remos), dijo entre si: — Estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados que así los azotan? ¿y cómo este hombre solo, que an-

^{(*) «}Espaldar» dice la edición príncipe, pero evidentemente es error de imprenta. Harto sabía Cervantes por experiencia de sus navegaciones, que espalder» y no «espaldar» es el nombre del que á cala banda de las galeras bogaba á las espaldas de los demás remeros.

da por aqui silbando, tiene atrevimiento para azotar à tanta gente? Ahora yo digo que este es inflerno, o por lo menos el purgatorio. Don Quijote, que vió la atención con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: — ¡Ah, Sancho amigo, y con qué brevedad, y cuán á poca costa os podiades vos si quisiésedes desnudar de medio cuerpo arriba, y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos, no sentiriades vos mucho la vuestra, y más que podria ser que el sabio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habéis de dar. Preguntar queria el general qué azotes eran aquellos, ó qué desencanto de Dulcinea, cuando dijo el marinero: — Señal hace Montjui de que hay bagel de remos en la costa por la banda del poniente. Esto oido, saltó el general en la crujia, y dijo: — Ea hijos, no se nos vaya: algún bergantin de corsarios de Argel debe de ser este que la atalaya nos señala. Llegaronse luego las otras tres galeras à la capitana à saber lo que se les ordenaba. Mandó el general que las dos saliesen á la mar, y él con la otra iria tierra à tierra; porque ansi el bajel no se les escaparia. Apretó la chusma los remos, impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban. Las que salieron à la mar, à obra de dos millas descubrieron un bajel, que con la vista le marcaron por de hasta catorce ó quince bancos, y asi era la verdad, el cual bajel cuando descubrió las galeras se puso en caza con intención y esperanza de escaparse por su ligereza; pero avinole mal, porque la galera capitana era de los más ligeros bajeles que en la mar navegaban, y asi le fué entrando, que claramente los del bergantin conocieron que no podian escaparse; y asi, el arraez quisiera que dejara los remos y se entregaran, por no irritar á enojo al capitán que nuestras galeras regia; pero la suerte, que de otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la capitana llegaba tan cerca que podian los del bajel oir las voces que desde ella les decian que se rindiesen, dos toraquis, que es decir como dos turcos borrachos, que en el bergantin venian con estos (*) doce, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo cual, juró el general de no dejar con vida à todos cuan-

^{(&#}x27;) «Estos» debe ser error de imprenta 6 de corrección. Posiblemente Cervantes escribiría «otros», que es lo que exige el sentido del párrafo.

tos en el bejel romase. y llegamin e empeste eun runs fuere. зе le евсаро рег белије бе и развични. Рам и рами воlante un buen trechte for de tripe de vierte pertitue fire ton cejs en mure dus je triste lotan . de mais e ser . e remo se pusieron en cura: pere ut me apprecament at diligent. cio tanto como les dafio su atrevimento: perque aexinzante. les la capitana à poet mus or metir milu. es serve a paramenta encina. The come them a ment begann of water las otras dos galeras. Y todas cuntre, con u tressa concuerta à la playa, donde infinne gente un estate especation, usus, sos de ver la que raini. Ila fanta e general estes la laces y conoció que estable en la matthe el terre de se estable. Sint. do echar el esquit para irana a mano amania a cincia para ahoreur inegri megri a. arranz . e no tomuso tutico que en el bajel incina cognut. Que serran mark mente e ser pare some, todoe guingabe. I die like engliseerin turin Pre-द्वारारं से द्वासाय प्राप्ता स्ट्र स सन्त्रका प्रम् क्रियाता respondido por une de los cauteros en sengela conseilana en después particul des religions empalis . Lois manifeste después que aqui reel et mestre arrays " mississe une la la la man bellos y galiardos mostes que menera primer a numera maginación. La cóso, a pareze un legana a tenta altra yes, gumile el general: - Dime ma accomerate peres espeter a motic & markethe min southful plant " Plan are impristion of CHESTIALITY LEASE TOMPHEN OF PLANTER OF THE CAMPITALITY LAND. COURSE LIKE OF THESE & YOU DONNESSES MARKETERS SHOW THE SECOND Tion. Benjoulden unions of actions prof in profe or property per CONTROL OF THE PROPERTY OF WILEIN A CONTROL OF THE PARTY OF THE The Collection of the grante, and is only entered algunor to have crisides a sugarist permitted of property busine in esculie of CHER. BUILDS EMINER. Chil of there . . . Let manie emporadisc ti general, that a vers vacales excelerate alors congada de Cuberns. - 2 June and expire of the feet matter. responding r. general contractors are a contractors PAROL Y USHIEL OF PROFES. OUR SOMERHOS OF HOS HISTORY QUE SIL while gueste venuel. I is in jurate unorder a cuantor in cau-Livedu, intucipalitanise é esse unixu, que es el arrese del bergantin: y sussition at que ya tema atudas las manos y schado el corde è la garganta, esperance la muerte rrey. Y viendoje tau hermoso y tan galiardo y tau humilde. dándole en aque, instante una curta de recomendación su hermosura, le vino deseo de excusar su muerte, y asi le preguntó: — Dime, arraez, ¿eres turco de nación, ó moro, ó renegado? A lo cual el mozo respondió en lengua asimismo castellana: — Ni soy turco de nación, ni moro, ni renegado. —
Pues ¿qué eres? replicó el virrey. — Mujer cristiana, respondió el mancebo. — ¿Mujer y cristiana y en tal traje y en tales
pasos? Más es cosa para admirarla que para creerla. — Suspended, dijo el mozo, oh señores, la ejecución de mi muerte,
que no se perderá mucho en que se dilate vuestra venganza
én tanto que yo os cuente mi vida.

¿Quién fuera el de corazón tan duro que con estas razones no se ablandara, à lo menos hasta oir las que el triste y lastimado mancebo decir queria? El general le dijo que dijese lo que quisiese, pero que no esperase alcanzar perdón de su conocida culpa. Con esta licencia el mozo comenzó a decir desta manera: - De aquella nación más desdichada que prudente, sobre quien ha llovido estos días un mar de desgracias, naci yo de moris os padres engendrada. En la corriente de su desventura fui yo por dos tios mios llevada A Berberia, sin que me aprovechase decir que era cristiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aparentes, sino de las verdaderas y católicas. No me valió con los que tenian à cargo nuestro miserable destierro, decir esta verdad, ni mis tios quisieron creerla; antes la tuvieron por mentira y por invención, para quedarme en la tierra donde había nacido, y así, por fuerza más que por grado, me trujeron consigo. Tuve una madre cristiana, y un padre discreto y cristiano ni mas ni menos: mamé la fe católica en la leche; criéme con buenas costumbres; ni en la lengua ni en ellas jamas, a mi parecer, di señales de ser morisca. Al par y al paso destas virtudes, que yo creo que lo son, creció mi hermosura, si es que tengo alguna; y aunque mi recato y mi encerramiento fué mucho, no debió de ser tanto que no tuviese lugar de verme un mancebo caballero llamado don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un caballero que junto á nuestro lugar otro suyo tiene. Cómo me vió, cómo nos hablamos, cómo se vió perdido por mí, y cómo yo no muy ganada por él, seria largo de contar, y más, en tiempo que estoy temiendo que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel que me amenaza, y así sólo diré como en nuestro destierro quiso acompañarme don Gregorio. Mezclóse con los moriscos que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viaje se hizo amigo de dos tíos mios, que consigo me traian; porque mi padre, prudente y prevenido, asi como oyó

el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué à buscar alguno en los reinos extraños, que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sóla tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese, nos desterraban. Hicelo asi, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados, pasamos à Berberia; y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamome ante si, preguntôme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Dijele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendi que lo decian por don Gaspar Gregorio; cuya belleza se deja atras las mayores que en carecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos, en más se tiene y estima un mochachó ó mancebo hermoso, que una mujer por bellisima que sea. Mandó luego el se que se le trujesen, alli delante para verie, y preguntome a cen cer dad lo que de aquel mozo le deciar. Entonere do casa como prevenida del cielo, le dije que el cra: perce que le lincia -a ber que no era varón, sino mujer como los que le suplion ba me la dejase ir à vestir en eu mar ira, trait quara qui de todo en todo mostrase su hacia-za a con montra en qual ho par reciese ante su presencia. Incince con forte en contra bona y que otro dia habiar an ose en el cuer el que el perios tenere po-Hable con don Gaeçae, there are in feel and there is not tran ser homores seatile to seem a significant continue to the rado, y bizo tingino la prinche a lan como per continue al gran Setting a year than the year part of the control of SES BEEFER VAN WIND I VINDO BE IN THE IN THE HOUSE there will make the make you as party where the party in the property of la restance absolute a service and a final of the service Little of the work of the second of the second of the second of the second

consideración de los que se apartan si bie luego traza el rey de que yo volviese A E gantin, y que me acompañasen dos turcos e ron los que mataron vuestros soldados. migo este renegado español, señalando al primero, del cual sé yo bien que es crist que viene con más deseo de quedarse en E ver à Berberia; la demás chusma del berg turcos, que no sirven de más que de bogas turcos codiciosos è insolentes, sin guardar mos de que à mi y à este renegado en l España, en hábitos de cristianos de que 1 nos echasen en tierra, primero quisieron b hacer alguna presa si pudiesen, temiendo echaban en tierra, por algún acidente que cediese, podriamos descubrir que quedaba mar, y si acaso hubiese galeras por esta c Anoche descubrimos esta playa, y sin tener tro galeras, fulmos descubiertos y nos ha s béis visto. En resolución, don Gregorio q mujer entre mujeres, con manificato pelig yo me veo atadas las manos, esperando, temiendo perder la vida que ya me cansa. el fiu de mi lamentable historia, tan verde chada: lo que os ruego es, que me dejéis na, pues, como yo he dicho, en ninguna pante de la culpa en que los de mi nación go calló, prenados los ojos de tiernas lágrin pañaron muchos de los que presentes estab no y compasivo, sin hablarle palabra se lleg con sus manos el cordel que las hermosas En tanto, pues, que la morisca cristiana su trataba, tuvo clavados los ojos en ella un que entró en la galera cuando entre el virre à su plática la morisca, cuando él se arrojó zado dellos, con palabras interrumpidas de piros, le dijo:

—¡Oh, Ana Félix, desdichada hija mia, y cote, que volvia à buscarte, por no pode eres mi alma. A cuyas palabras abrió los e la cabeza, que inclinada tenia pensando en paseo; y mirando al peregrino, conoció ser que topo el día que salió de su gobierno.

tella era su hija, la cual, ya desatata. Lirezzi a en pastre. relando sus lágrimas con las sur les en tras tipo de general I virrey: - Esta, señores, - mi nia. ma- te-s' estada el. sucesos que en su nombre. And Felix - la company of the renombre de Ricote, famosa tante ter en terme entre en la imi riqueza; yo sali de mi patria a interación de como esc nos quien nos albergase y reministre de la complete Alemania, volvi en este zamen de persente de la compania otros alemanes á buscar az ala. A firmante a como de c nezas que dejé escondidas. No tator a péis visto he hallado el tesce. Las mas uns entre assert uns à mi querida hija: «. nuestra totra estima e est agrillomias por la integriciati de la merca par ella como como ella rimos pensamiento de tiedate en la companya de la companya del companya del companya de la companya del companya de la companya de la companya del companya de la companya del companya de la companya de la companya de la companya de la companya del companya de la companya de la companya de la companya de la companya del companya del companya del companya de la companya de la companya del companya del companya del companya d edo con la intención de late trace en la late de late de la late de late o desterrados. Entonomo tipo tado e se se e e e tote, y sé que es vertat de la terre de la como de la como de ena ó mala insensión, actuar en entre contrano caso todos los presentados en galleras e a vuestras lágrimas ao me teraciones a como rid, hermosa Ana Fenti die alle die die minados el cicio. Tillement la peria de la como la com 3 y atrevidos que a cometer en la comita de la comete della comete de la comete de la comete de la comete della comete della comete de la comete de la comete de la comete della comete del entena á los dos tiltors que a la la local de la ro el visorrey le palas ellegares la larga el la la que el visores de serviciones de la lacción de lacción de la lacción de la lacción de lacción inzas á sanzos selada, pesellos don Gaspar Greegerich im im ger ger in der geicote para such has to the men and the yas tenta: the trace appropriate the propriate to more than the compatible of the contraction of the t Olemeid de transport i preparation e promise de la company de bandos, amusito de como finder como in magnina per a la como a la como 10 BO (2000) BOR A PAGE TO ME TO THE PROPERTY OF A PAGE TO THE The first general to the second of the second of the second of of the emetalistic case in the case of the experience of the case The fire Experience with a production of the configuration and the first of the configuration Control to the say that have been present to be a first to

Llegabase don Quijote a un cajón, y preguntaba qué era aquello que alli se hacia: dábanle cuenta los oficiales, admirábase, y pasaba adelante. Llegó en otras á uno, y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió: — Señor, este caballero que aqui está (y enseñole á un hombre de muy buen talle y parecer y de alguna gravedad) ha traducido un libro toscano en nuestra lengua castellana, y estóyle yo componiendo para darle á la estampa. — ¿Qué título tiene el libro? preguntó don Quijote: á lo que el autor respondió: - Señor, el libro en toscano se llama Le bagatelle. - ¿Y què responde Le bagatelle en nuestro castellano? pregunto don Quijote. — Le bagatelle, dijo el autor, es como si en castellano dijésemos «Los juguetes», y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en si cosas muy buenas y sustanciales. — Yo, dijo don Quijote, sé algún tanto de el toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Arioste. Pero digame vuesa merced, señor mio (y no digo esto porque quiero examinar el ingenio de vuesa merced, sino por curiosidad no más), ¿ha hallado en su escritura alguna vez nombrar pignata? — Si, muchas veces, respondió el autor. — 1Y cómo la traduce vuesa merced en castellano? preguntó don Quijote. — ¿Cómo la había de traducir, replicó el autor, sino diciendo olla? — ¡Cuerpo de tal, dijo don Quijote, y qué adelante está vuesa merced en el toscano idioma! Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano piace, dice vuesa merced en el castellano place; y adonde diga più, dice más, y el su declara con arriba, y el giú con abajo. — Si, declaro por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias. — Osaré yo jurar, dijo don Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto, me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se veén las figuras, son llenas de hilos que las escurecen, y no se véen con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel: y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podia ocupar el hombre, y que menos provecho le trajesen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el doctor Cristóbal de Figueroa en su Pastor Fido, y el otro don Juan de Jáuregui en su Aminta, donde felizmente ponen en duda cual es la traducción, ó cual el original. Pero digame vuesa merced, zeste libro imprimese por su cuenta, ò tiene ya vendido el privilegio à algún librero? — Por mi cuenta lo imprimo, respondió el autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impresión, que ha de ser de dos mil cuerpos, y se han de despachar á seis reales cada uno en daca las pajas. — Bien está vuesa merced en la cuenta, respondió don Quijote: bien parece que no sabe las entradas y salidas de los impresores, y las correspondencias que hay de unos á otros. Yo le prometo que cuando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y más si el libro es un poco avieso y no nada picante. — ¿Pues qué, dijo autor, quiere vuesa merced que se lo dé à un librero, que me dé por el priviligio tres maravedis, y aún piensa que me hace merced en darmelos? Yo no imprimo mis libros para alcanzar fama en el mundo, que ya en él soy conocido por mis obras; provecho quiero, que sin él no vale un cuatrin la buena fama. — Dios le dé à vuesa merced buena manderecha, respondió don Quijote, y pasó adelante à otro cajón, donde vió que estaban corrigiendo un pliego de un libro que se intitulaba Luz del alma, y en viéndola dijo: — Estos tales libros, aunque hay muchos deste género, son los que se deben imprimir, porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luces para tantos desalumbrados. Pasó adelante, y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron que se llamaba la Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal vecino de Tordesillas. - Ya vo tengo noticias deste libro, dijo don Quijote; y en verdad y en mi conciencia que pensé que ya estaba quemado y hecho polvos por impertinente; pero su San Martin se le llegarà como à cada puerco: que las historias fingidas tanto tienen de buenas y de deleitables, cuanto se llegan á la verdad ó á la semejanza della; y las verdaderas tanto son mejores, cuanto son más verdaderas; y diciendo esto, con muestras de algún despecho se salió de la emprenta, y aquel mismo dia ordenó don Antonio de llevarle à ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó don Antonio al cuatralbo de las galeras como aquella tarde había de llevar á verlas á su huésped el

famoso don Quijote de la Mancha, de quién ya el cuatralbo y todos los vecinos de la ciudad tenían noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO LXIII

DE LO MAL QUE LE AVINO À SANCHO PANZA CON LA VISITA DE LAS GALERAS Y LA NUEVA AVENTURA DE LA HERMOSA MORISCA.

Grandes eran los discursos que don Quijote hacia sobre las respuestas de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Alli iba y venia y se alegraba entre si mismo, creyendo que había de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavia deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolución, aquella tarde don Antonio Moreno, su huésped y sus dos amigos, con don Quijote y Sancho, fueron à las galeras. El cuatralbo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina cuando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias: arrojaron luego el esquife al agua cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesi, y en poniendo que puso los pies en él don Quijote, disparó la capitana el cañón de crujia, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir don Quijote por la escala derecha, toda la chusma le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu! hu! tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamaremos, que era un principal caballero valenciano: abrazó à don Quijote, diciéndole: - Este día señalaré yo con piedra blanca, por ser uno los de mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor don Quijote de la Mancha; tiempo y schal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballeria. Con otras no menos corteses razones le respondió don Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan à lo señor-

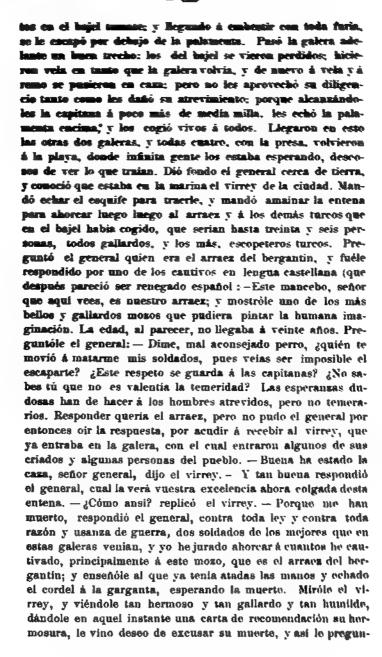
Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderesada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en crujia, y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa, que

se hizo en un instante. Sancho que viò tanta gente en cue ros, quedo pasmado, y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban alli trabajando: pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espaider (*) de la mano derecha, el cual ya avianda de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pie y alerta, comenzan do de la derecha banda, le fué dando y voltemudo nobre los brazos de la chusma de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos, y sin duda permi que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con el hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popul Quedó el pobre molido, y jadeando, y trasudando, su podra imaginar qué fué lo que sucedido le habla. Don Quijote que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al peneral al cran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que en traban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que un le nia intención de profesar en ellas, no querta lacer acua lan tes ejercicios, y que votaba à Dios que si alguno llegalm a asirle para voltearle, que le habla de sucui el alma a pun tillazos; y diciendo esto se levantó en ple y empano la repuda. A este instante abatieron tienda, y con prandfalma rubba dejaron caer la entena de alto abajo. Penede tenne los que el 'cielo se desencajaba en sus quicios, y venta a dan entar en cabeza, y agobiándola, lleno de miedo, la para, cultir las plus nas. No las tuvo todas consigo don Quijote, que munito en estremeció y encogió de hombros, y pendió la cala del contro La chusma izó la entena con la miento pricen y rubbo que lo habian amainado, y todo esto, enllando como el no turbiron voz ni aliento. Hizo sefial el comitic que zarpanen el terre, y saltando en mitad de la crujta con el contacto à rela nque, comenzó à mosquear las espaidas de la chaman, y alarparas poco à poco à la mar. Cuando finnello viò à una maveratantos pies colorados que tales penso el que em los comos, dijo entre si: — Estas si son verdaderamente coma encanta das, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecha catan deadt chados que así los azotan? ¿y cómo este hombre sulo, que an

^{(&#}x27;) «Espaldar» dice la edición principa, pero exidentemente cambin de la prenta. Harto sabir Cervantes por expariencia de sus navagaciones, qua espalder» y no «espaldar» es el nombre del que A ca la handa da las galaras. bogaba A las espaldas de los demás remeros.

da por aqui silbando, tiene atrevimiento para a gente? Ahora yo digo que este es inflerno, ò el purgatorio. Don Quijote, que vió la atención cho miraba lo que pasaba, le dijo: - ¡Ah, Sa: con qué brevedad, y cuán á poca costa os p quisiésedes desnudar de medio cuerpo arriba, y estos señores, y acabar con el desencanto de l con la miseria y pena de tantos, no sentiriades vuestra, y más que podría ser que el sabio Mei cuenta cada azote destos, por ser dados de budiez de los que vos finalmente os habéis de d queria el general qué azotes eran aquellos, ó q de Dulcinea, cuando dijo el marinero: - Señal de que hay bagel de remos en la costa por la niente Esto oido, saltó el general en la crujia hijos, no se nos vaya: algún bergantin de corso debe de ser este que la atalaya nos señala. I go las otras tres galeras à la capitana à saber ordenaba. Mandó el general que las dos salic y él con la otra irla tierra à tierra; porque ansi les escaparía. Apretó la chusma los remos, galeras con tanta furia, que parecia que vola salieron A la mar, à obra de dos millas descubr que con la vista le marcaron por de hasta ca bancos, y así era la verdad, el cual bajel cuando galeras se puso en caza con intención y espet parse por su ligereza; pero avinole mal, porqupitana era de los más ligeros bajeles que en la ban, y así le fué entrando, que claramente los conocieron que no podian escaparse; y así, el 1 que dejara los remos y se entregaran, por no al capitàn que nuestras galeras regla; pero la otra manera lo guiaba, ordenó que ya que la ce tan cerca que podían los del bajel oir las voi ella les decian que se rindiesen, dos toraquia como dos turcos borrachos, que en el bergant estos * doce, dispararon dos escopetas, con qu te á dos soldados que sobre nuestras arrumbadas do lo cual, juró el general de no dejar con vida

^{(*) «}Fistosa debe ser error de imprenta ó da corrección, vantes escribiría actrosa, que es lo que exige el sentido d



tó: — Dime, arraez, geres turco de nación, o gado? A lo cual el mozo respondió en lengu tellana: Ni soy turco de nación, ni moro, Pues ¿qué eres? replicó el vitrey. - Mujer er dió el mancebo. — ¿Mujer y cristiana y en tal pasos? Más es cosa para admirarla que para pended, dijo el mozo, oh señores, la ejecución que no se perderá mucho en que se dilate vi én tanto que yo os cuente mi vida.

こののからなるのではないのできませんかっ しょういっしょう

¿Quién fuera el de corazón tan duro que co no se ablandara, à lo menos hasta oir las que timado mancebo decir queria? El general le lo que quisiese, pero que no esperase alcanza conocida culpa. Con esta licencia el moso c desta manera: - De aquella nación más dead dente, sobre quien ha llovido estos días un cias, nacl yo de moris os padres engendrada. te de su desventura fui yo por dos tios mios beria, sin que me aprovechase decir que cra en efecto lo soy, y no de las fingidas ni aps las verdaderas y católicas. No me valió con à cargo nuestro miserable destierro, decir esta tios quisieron creerla; antes la tuvieron por invención, para quedárme en la tierra donde así, por fuerza más que por grado, me trujero: una madre cristiana, y un padre discreto y c ni menos: mamé la fe católica en la leche; i nas costumbres; ni en la lengua ni en ellas j recer, di señales de ser morisca. Al par y al tudos, que yo creo que lo son, creció mi herm tengo alguna; y aunque mi recato y mi en mucho, no debió de ser tanto que no tuviese un mancebo caballero llamado don Gaspar Gre yorazgo de un caballero que junto á nuestro tiene. Cômo me vió, cômo nos hablamos, côm do por mi, y cômo yo no muy ganada por él, contar, y más, en tiempo que estoy temiendo q gua y la garganta se ha de atravesar el rigui me amenaza, y así sólo diré como en nuestro acompañarme don Gregorio. Mezclóse con k de otros lugares salieron, porque sabia muy y en el viaje se hizo amigo de dos tios mios, o traian; porque mi padre, prudente y prevenide el primer bando de nuestro destierro se salió del lugar, y se fué à buscar alguno en los reinos extraños, que nos acogiese. Dejó encerradas y enterradas en una parte, de quien yo sóla tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados y doblones de oro. Mandóme que no tocase al tesoro que dejaba en ninguna manera, si acaso antes que él volviese, nos desterraban. Hícelo así, y con mis tios, como tengo dicho, y otros parientes y allegados, pasamos à Berberia; y el lugar donde hicimos asiento fué en Argel, como si le hiciéramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el rey de mi hermosura, y la fama se la dió de mis riquezas, que en parte fué ventura mia. Llamôme ante si, preguntôme de qué parte de España era, y qué dineros y qué joyas traia. Dijele el lugar, y que las joyas y dineros quedaban en él enterrados; pero que con facilidad se podrian cobrar si yo misma volviese por ellos. Todo esto le dije, temerosa de que no le cegase mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas le llegaron á decir como venía conmigo uno de los más gallardos y hermosos mancebos que se podia imaginar. Luego entendi que lo decian por don Gaspar Gregorio; cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecerse pueden. Turbéme considerando el peligro que don Gregorio corria, porque entre aquellos bárbaros turcos, en más se tiene y estima un mochachó ó mancebo hermoso, que una mujer por bellisima que sea. Mandó luego el rey que se le trujesen alli delante para verle, y preguntôme si era verdad lo que de aquel mozo le decian. Entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dije que si era: pero que le hacia saber que no era varón, sino mujer como yo, y que le suplicaba me la dejase ir à vestir en su natural traje, para que de todo en todo mostrase su belleza, y con menos empacho pareciese ante su presencia. Dijome que fuese en buena hora, y que otro dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo volviese à España à sacar el escondido tesoro. Hablé con don Gaspar, contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestile de mora, y aquella misma tarde le truje à la presencia del rey, el cual en viéndole quedó admirado, y hizo disignio de guardarla para hacer presente della al gran Señor; y por huir del peligro que en el serrallo de sus mujeres podia tener y temer de si mismo, la mandó poner en casa de unas principales moras, que la guardasen y la sirviesen, adonde le llevaron luego. Lo que los dos sentimos (que no puedo negar que no le quiero) se deje a la consideración de los que se apartan si bien se quieren. Dió luego traza el rey de que yo volviese á España en este bergantin, y que me acompañasen dos turcos de nación, que fueron los que mataron vuestros soldados. Vino también conmigo este renegado español, señalando al que había hablado primero, del cual sé yo bien que es cristiano encubierto, y que viene con más desco de quedarse en España, que de volver á Berberia: la demás chusma del bergantin son moros y turcos, que no sirven de más que de bogar al remo. Los dos turcos codiciosos è insolentes, sin guardar el orden que traiamos de que à mi y à este renegado en la primer parte de España, en hábitos de cristianos de que venimos proveidos, nos echasen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hacer alguna presa si pudiesen, temiendo que si primero nos echaban en tierra, por algún acidente que á los dos nos sucediese, podríamos descubrir que quedaba el bergantin en la mar, y si acaso hubiese galeras por esta costa, los tomasen. Anoche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas cuatro galeras, fuimos descubiertos y nos ha sucedido lo que habéis visto. En resolución, don Gregorio queda en hábito de mujer entre mujeres, con manifiesto peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, ó por mejor decir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este es, señores, el fin de mi lamentable historia, tan verdadera como desdichada: lo que os ruego es, que me dejéis morir como cristiana, pues, como yo he dicho, en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nación han caído: y luego calló, preñados los ojos de tiernas lágrimas, á quien acompañaron muchos de los que presentes estaban. El virrey, tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó á ella, y le quitó con sus manos el cordel que las hermosas de la mora ligaba. En tanto, pues, que la morisca cristiana su peregrina historia trataba, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino que entró en la galera cuando entro el virrey; y apenas dió fin á su plática la morisca, cuando él se arrojó á sus pies, y abrazado dellos, con palabras interrumpidas de mil sollozos y suspiros, le dijo:

—¡Oh, Ana Félix, desdichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que volvia à buscarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma. A cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alsó la cabeza, que inclinada tenía pensando en la desgracia de su paseo; y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topò el día que salió de su gobierno, y confirmóse que

aquella era su hija, la cual, ya desatada, abrazó á su padre, mezciando sus lágrimas con las suyas; el cual dijo al general y al virrey: — Esta, señores, es mi hija, más desdichada en sus sucesos que en su nombre. Ana Félix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza; yo sali de mi patria a buscar en reinos extraños quien nos albergase y recogiese, y habiéndolo hallado en Alemania, volvi en este hábito de peregrino en compañia de otros alemanes á buscar mi hija, y á desenterrar muchas riquezas que dejé escondidas. No hallé á mi hija, hallé el tesoro que conmigo traigo; y ahora por el extraño rodeo que habéis visto he hallado el tesoro que más me enriquece, que es à mi querida hija; si nuestra poca culpa y sus lágrimas y las mias por la integridad de vuestra justicia pueden abrir puertas à las de misericordia, usadla con nosotros, que jamás tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningún modo con la intención de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dijo Sancho: — Bien conozco à Ricote, y sé que es verdad lo que dice en cuanto à ser Ana Félix su hija; que en esotras zarandajas de ir y venir, tener buena ó mala intención, no me entremeto. Admirados del extraño caso todos los presentes, el general dijo: — Una por una vuestras lágrimas no me dejarán cumplir mi juramento, vivid, hermosa Ana Félix, los años de vida que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los insolentes y atrevidos que la cometieron; y mandó luego ahorcar de la entena à los dos turcos que à sus soldados habían muerto; pero el visorrey le pidió encarecidamente no los ahorcase, pues más locura que valentia habia sido la suya. Hizo el general lo que el visorrey le pedia, porque no se ejecutan bien las venganzas à sangre helada: procuraron luego dar traza de sacar à don Gaspar Gregorio del peligro en que quedaba: ofreció Ricote para ello más de dos mil ducados que en perlas y en joyas ténia: diéronse muchos medios; pero ninguno fué tal como el que dió el renegado español que se ha dicho, el cual se ofreció de volver à Argel en algún barco pequeño de hasta seis bancos, armado de remeros cristianos; porque él sabia dónde, cómo y cuando podía y debía desembarcar; y asimismo no ignoraba la casa donde don Gaspar quedaba: dudaron el general y el virrey el fiarse del renegado, ni confiar de los cristianos que habian de bogar el remo; fióle Ana Félix, y Ricote su padre, dijo que salia à dar el rescate de los cristianos si acaso se perdiesen. Firmados pues en este parecer se desembarcó el virrey; y don Antonio Moreno se llevó consigo á la morisca y á su padre, encargándole el virrey que los regalase y acariciase cuanto le fuese posible, que de su parte le ofrecía lo que en su casa hubiese para su regalo: tanta fué la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Félix infundió en su pecho.

CAPÍTULO LXIV

QUE TRATA DE LA AVENTURA QUE MÁS PESADUMBRE DIÓ Á DON QUIJOTE, DE CUANTAS HASTA ENTONCES LE HABÍAN SUCEDIDO.

La mujer de don Antonio Moreno, cuenta la historia que recibió grandisimo contento de ver à Ana Félix en su casa. Recibióla con mucho agrado, así enamorada de su belleza como de su discreción, porque en lo uno y en lo otro era extremada la morisca; y toda la gente de la ciudad, como a campana tañida, venian á verla. Dijo don Quijote á don Antonio que el parecer que habían tomado en la libertad de don Gregorio no era bueno, porque tenia más de peligroso que de conveniente, y que sería mejor que le pusiesen á él en Berberia con sus armas y caballo; que él le sacaria á pesar de toda la morisma, como había hecho don Gaiferos á su esposa Melisendra. — Advierta vuesa merced, dijo Sancho oyendo esto, que el señor don Gaiferos sacó á su esposa de tierra firme y la llevó à Francia por tierra firme; pero aqui, si acaso sacamos á don Gregorio, no tenemos por donde traerle á España, pues está la mar en medio.— Para todo hay remedio si no es para la muerte, respondió don Quijote, pues llegando el barco à la marina nos podremos embarcar en él aunque todo el mundo lo impida.—Muy bien lo pinta y facilita vuesa merced, dijo Sancho; pero del dicho al hecho hay gran trecho, y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien y de muy buenas entrañas. Don Antonio dijo que si el renegado no saliese bien del caso, se tomaría el expediente de que el gran don Quijote pasase en Berberia. De alli à dos dias partió el renegado, en un ligero barco de seis remos por banda, armado de valentisima chusma; y de alli á otros dos se partieron las galeras á Levante, habiendo pedido el general al visorrey, fuese servido de avisarle de lo que sucediese en la libertad de don Gregorio y en el caso de Ana Félix. Quedó el visorrey de hacerio asi

plays official section of the sectio

Monthees

e concert

imparation

al regular

imparation

interment

36

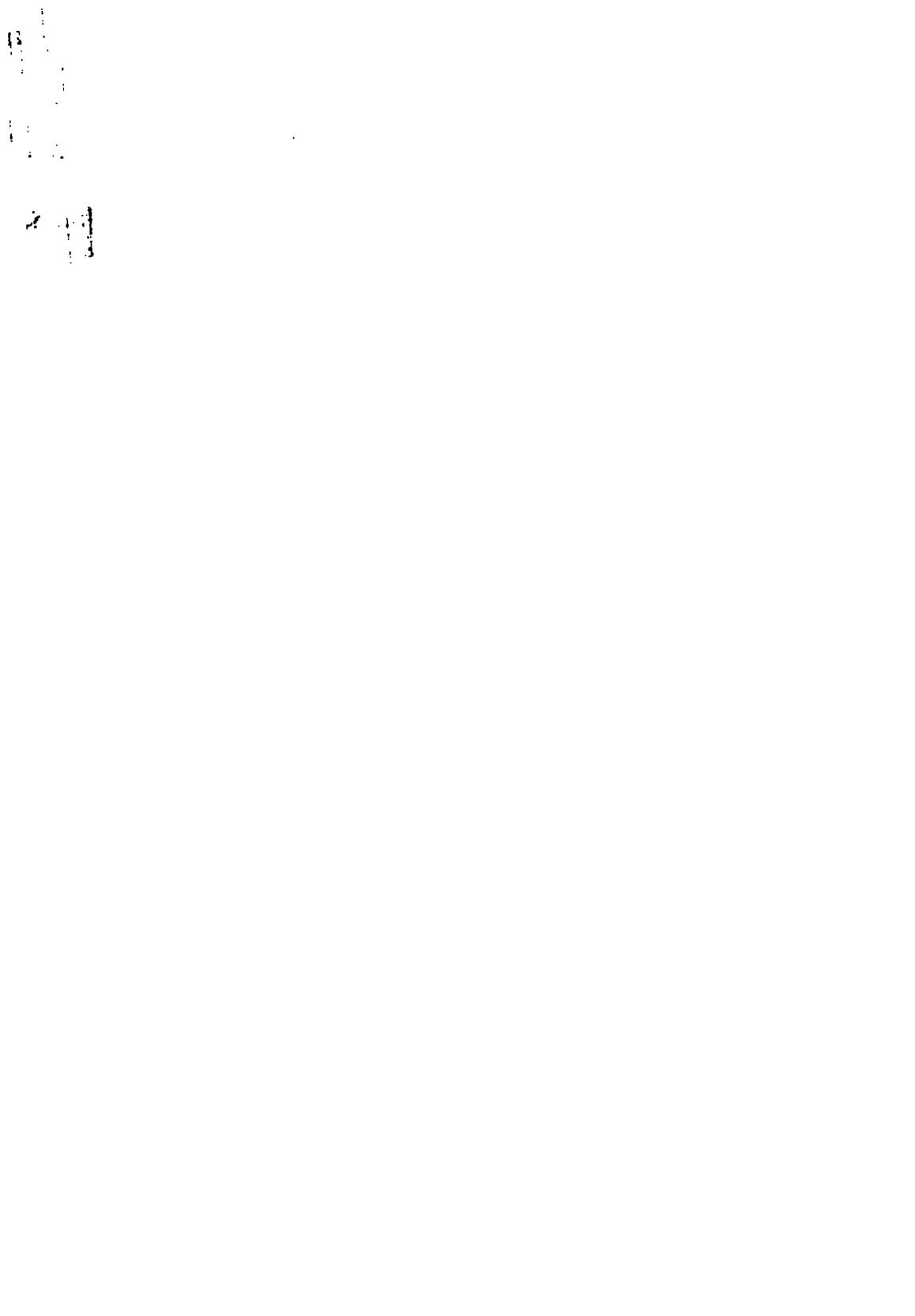
Marie of the second sec

dro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichosele al visorrey, que estaba hablando con don Quijote de la Mancha. El virrey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por don Antonio Moreno, ó por otro algún caballero de la ciudad, salió luego 🛦 la playa con don Antonio y con otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo cuando don Quijote volvía las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorrey que daban las dos señales de volverse encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que les movia à hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que había dicho à don Quijote, con la acetación de las condiciones del desafío hechas por entrambas partes. Llegóse el visorrey à don Antonio, y preguntôle de paso si sabía quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á don Quijote. Don Antonio le respondió que ni sabia quien era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplejo al visorrey en si les dejaría ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir A que fuese si no burla, se apartó diciendo: — Secores caballeros, si aqui no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el señor don Quijote está en sus trece, y vuesa merced el de la Blanca Luna en sus catorce, à la mano de Dios, y dénse. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorrey la licencia que se les daba, y. don Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazón, y a su Dulcinea, como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo, y sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas à sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á don Quijote á dos tercios andados de la carrera, y alli le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con don Quijote por el suelo una peligrosa caida. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera le dijo: — Vencido sois, caballero, y aun muerto si no confesáis las condiciones de nuestro desafio. Don Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma di-





VENCIMIENTO DE DON QUIJOTE



jo — Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. — Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la senora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran don Quijote se retire à su lugar un año, ò hasta el tiempo que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto overon el visorrey y don Antonio con otros muchos que alli estaban, y oyeron asimismo que don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesión volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura con la cabeza al visorrey, à medio galope se entrô en la ciudad. Mandó el visorrey à don Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quien era. Levantaron à don Quijote, descubriéronle el rosto, y hallaronle sin color y trasudando. Rocinante, de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabla qué decirse ni qué hacerse. Pareciale que todo aquel suceso pasaba en sueños; y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia a su señor rendido y obligado a no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas como se deshace el humo con el viento. Temía si quedaria ó no contrahecho Rocinante, ó deslocado su amo; que no fuera poca ventura si deslocado quedara. Finalmente, con una silla de manos, que mandó traer el visorrey, le llevaron à la ciudad, y el visorrey se volvió también à ella con deseo de saber quien fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mai talante había dejado á don Quijote.

CAPÍTULO LXV

DONDE SE DA NOTICIA QUIEN ERA EL DE LA BLANCA LUNA, CON LA LIBERTAD DE DON GREGORIO Y OTROS SUCESOS

Siguió don Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna y siguiéronle también, y aun persiguiéronle, muchos muchachos, hasta que le cerraron en un mesón dentro de la ciudad. Entró en él don Antonio con deseo de conocerle: salió un escudero a recebirle y a desarmarle; encerróse en una sala baja, y con él don Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quien fuese. Viendo pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: — Bien sé, señor á lo que venis, que es à saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo. en tanto que éste mi criado me desarma os lo diré sin faltar un punto à la verdad del caso. Sabed señor, que à mi me llaman el bachiller Sansón Carrasco. Soy del mismo lugar de don Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido he sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, di traza para hacerle estar en ella, y asi habra tres meses que le sali al camino como caballero andante, llamándome caballero de los Espejos, con intención de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condición de nuestra pelea, que el vencido quedase á discreción del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado; pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció å mi, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento; él prosiguió su camino y yo me volvi vencido, corrido y molido de la caida, quo fué además peligrosa; pero no por ésto se me quitó el deseo de volver à buscarle y à vencerle, como hoy se ha visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballeria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo pasa, (*) sin que tenga que deciros otra cosa alguna; suplicoos no me descubráis, ni le digáis á don Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva à cobrar su juicio un hombre que le tiene bonisimo, como le dejen las sandeces de la caballeria. -- ¡Oh senor! dijo don Antonio, Dios os perdone el agravio que habéis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote, á lo que llega el gusto que da con sus desvarios? Pero yo imagino que toda

^{(&#}x27;) Visiblemente falta aquí una palabra omitida por los copistas ó los im presores. El original diría elo que pasas:

la industria del señor bachiller no ha de ser parte para volver cuerdo à un hombre tan rematadamente loco; y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus gracías, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar à la misma melancolia. Con todo esto callaré y no le dirá nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió que ya una por una estaba en buen punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso; y habiéndose ofrecido don Antonio de hacer lo que más le mandase, se despidió dél; y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto, sobre el caballo con que entró en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo dia, y se volvió à su patria sin sucederle cosa que obligue à contarla en esta verdadera historia. Contó don Antonio al visorrey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de don Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo don Quijote en el lecho, marrido, triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginación en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: — Señor mio, alce vuesa merced la cabeza, y alégrese si puede, y dé gracias el cielo, que ya que le derribó en la tierra no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dan las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa al médico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es vuesa merced el más mal parado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si vuesa merced deja de ser rey, dejando el ejercicio de su caballeria; y asi vienen a volverse en humo mis esperanzas. — Calla, Sancho, pues ves que mi reclusión y retirada no ha de pasar de un año, que luego volverć à mís honrados ejercicios, y no me ha de faltar reino que gane y algún condando que darte. - Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oido decir que más vale buena esperanza que ruin posesión.

En esto estaban, cuando entró don Antonio diciendo ·

muestras de grandisimo contento: - Albricia jote, que don Gregorio y el renegado que fi la playa; ¿qué digo en la playa? ya está en y estará aqui al momento. Alegrôse algún te, y dijo: - En verdad que estoy por decir que hubiera aucedido todo al revés, porque sar à Berberia, donde con la fuerza de mi tad, no sólo à don Gregorio, sino à cuantos vos hay en Berberia. Pero, ¿qué digo, mi. yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿ no puede tomar armas en un año? Pues ge qué me alabo, si antes me conviene usar de la espada? Déjese deso, señor, dijo Sanche aunque con su pepita, que hoy por ti y mai estas cosas de encuentros y porrazos, no ha alguno; pues el que boy cae puede levantar es que se quiera estar en la cama: quiero e desmayar, sin cobrar nuevos brios para nue levántese vuesa merced agora para recebir que me parece que anda la gente alborotada tar en casa. Y asi era la verdad, porque l cuenta don Gregorio y el renegado al vino vuelta, descoso don Gregorio de ver à Ana renegado à Casa de don Antonio; y aunqu cuando le sacaron de Argel fué con hábitos barco los trocó por los de un cautivo que se en cualquiera que viniera, mostrara ser peri diciada, servida y estimada; porque era horn y la edad al parecer de diez y siete o diez cote y su hija salieron à recebirle, el padre la hija con honestidad. No se abrazaron t que donde hay mucho amor, no suele habe envoltura. Las dos bellezas juntas de don Félix admiraron en particular à todos junto tes estaban. El silencio fué allí el que habló tes; y los ojos fueron las lenguas que descub y honestos pensamientos. Contó el renega medio que tuvo para sacar à don Gregorio. gorio los peligros y aprietos en que se hal imijeres con quien habia quedado, no con la sino con breves palabras, donde mostró que adelantaba à sus años. Finalmente, Ricote liberalmente así al renegado, como à los qu al remo. Reincorporóse y redújose el renegado con la Iglesia, y de miembro podrido volvió limpio y sano con la penitencia y el arrepentimiento. De allí à dos dias trató el visorrey con don Antonio qué modo tendrian para que Ana Félix y su padre quedasen en España, pareciéndoles no ser de inconveniente alguno que quedasen en ella, hija tan cristiana y padre al parecer tan bien intencionado. Don Antonio se ofreció venir à la corte à negociarlo, donde habia de venir forzosamente à otros negocios, dando à entender que en ella, por medio del favor y de las dádivas, muchas cosas dificultosas se acaban.

- No, dijo Ricote que se halló presente á esta plática, hay que esperar en favores ni en dádivas, porque con el gran don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, à quien dió su majestad carga de nuestra expulsión, no valen ruegos, no promesas, no dádivas, no lástimas; porque aunque es verdad que él mezcla la misericordia con la justicia, como él vée que todo el cuerpo de nuestra nación está contaminado y podrido, usa con él, antes del cauterio que abrasa, que del ungüento que molifica; y así, con prudencia, con sagacidad, con diligencia y con miedos que pone, ha llevado sobre sus fuertes hombros á debida ejecución, el peso de tan gran máquina, sin que nuestras industrias, estratagemas, solicitudes y fraudes hayan podido deslumbrar sus ojos de Argos, que continuo tiene alerta, porque no se le quede y encubra ninguno de los nuestros, que como raiz escondida, que con el tiempo venga después à brotar y á echar frutos venenosos en España, ya limpia, ya desembarazada de los temores en que nuestra muchedumbre las tenia. ¡Heroica resolución del gran Felipe III, y inaudita prudencia en haberla encargado al tal don Bernardino de Velasco! — Una por una yo haré, puesto allá las diligencias posibles, y haga el cielo lo que más fuere servido, dijo don Antonio: don Gregorio se irá conmigo á consolar la pena que sus padres deben tener por su ausencia: Ana Félix se quedará con mi mujer en mi casa ó en un monasterio, y yo sé que el señor visorrey gustará se quede en la suya el buen Ricote, hasta ver cómo yo negocio. El visorrey consintió en todo lo propuesto: pero don Gregorio, sabiendo lo que pasaba, dijo que en ninguna manera podia ni queria dejar à doña Ana Félix; pero teniendo intención de ver a sus padres, y de dar traza de volver por ella, vino en el decretado concierto. Quedóse Ana Félix, con la mujer de don Antonio, y Ricote en casa del visorrey. Llegóse el dia de la partida de don Antonio, y el de don Quijote y Sancho, que fué de alli à otros dos, que la caida no le concedió que más presto se pusiese en camino. Hubo lágrimas, hubo suspiros, desmayos y soliozos al despedirse don Gregorio de Ana Félix. Ofrecióle Rícote à don Gregorio mil escudos si los queria; pero él no tomó ninguno, sino solos cinco que le prestó don Antonio, prometiendo la paga dellos en la corte. Con esto se partieron los dos, y don Quijote y Sancho después, como se ha dicho: don Quijote desarmado y de camino, Sancho à pie, por ir el rucio cargado con las armas.

CAPÍTULO LXVI

QUE TRATA DE LO QUE VERÁ EL QUE LO LEYERE, Ó LO OIRÁ EL QUE LO ESCUCHARE LEER

Al salir de Barcelona volvió don Quijote á mirar el sitio donde había caido, y dijo: — Aquí fué Troya; aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aqui usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aqui se escurecieron mis hazañas: aqui finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse. Ovendo lo cual Sancho, dijo: — Tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como alegria en las prosperidades: y esto lo juzgo por mi mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de à pie, no estoy triste; porque he oido decir que esta que llaman por ahi fortuna es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quien derriba ni á quien ensalza. — Muy filósofo estás, Sancho, respondió don Quijote, muy á lo discreto hablas: no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aqui viene lo que suele decirse, que cada uno es artifice de su ventura. Yo lo he sido de la mía, pero no con la prudencia necesaria, y asi me han salido al gallarin mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevime en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdi la honra, no perdi ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis

obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y agora cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos à tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva, para volver al nunca, de mi, olvidado ejercicio de las armas. — Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar à pie, que me mueva é incite à hacer grandas jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algún árbol en el lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rucio, levantados los pies del suelo, haremos las jornadas como vuesa merced las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pie, y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. — Bien has dicho, Sancho, respodio don Quijote: cuélguense mis armas por trofeo, y al pie dellas ó alrededor dellas, grabaremos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldán estaba escrito:

> Nadie las mueva, que estar no pueda con Roldán á prueba.

- Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho; y si no fuera por la falta que para el camino nos había de hacer Rocinante, también fuera bien dejarle colgado. - Pues ni él ni las armas, replicó don Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que à buen servicio mal galardón. - Muy bien dice vuesa merced, respondió Sancho, porque según opínión de discretos, la culpa del asno no se ha de echar A la albarda; y pues deste suceso vuesa merced tiene la culpa, castiguese à si mismo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de Rocinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo que caminen más de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia, y aun otros cuatro, sin sucederles cons que estor base su camino; y al quinto día à la entrada de un lugar, hallaron à la puerta de un messon mucha gente, que por ser fiesta se estaban alli solazando. Cuando llegaba à ellos don Quijote un labrador alzó la voz dielendo: Alguno destos dos señores que aqui vienen, que no connecen ina partea, dirà lo que se ha de hacer en nueutra apuenta. Hi dirk por alurto, respondió don Quijote, con toda rectitud, al un que alcanso à entenderia. - En pura el rano, dijo el labrador, antor buano,

que un vecino deste lugar, tan gordo que desafió à correr à otro su vecino que no p Fué la condición que habían de correr u pasos con pesos iguales, y habiéndole pr fiador, cómo se había de igualar el peso, o do, que pesa cinco arrobas, se pusiese seitas, y así se igualarlan las once arrobas del del gordo.

- Eso no, dijo à esta sazón Sancho ante respondiese: y à mi que ha pocos dias que nador y juez, como todo el mundo sabe, te dudas, y dar parecer en todo pleito. -- Res hora, dijo don Quijote, Sancho amigo, que dar migas à un gato, según traigo alboro el juicio. Con esta licencia, dijo Sancho a l estaban muchos alrededor dél, la boca ab sentencia de la suya: - Hermanos, lo que lleva camino, ni tiene sombra de justicia es verdad lo que se dice, que el desafiado armas, no es bien que éste las escoja tale ni estorben el salir vencedor; y así es n gordo desaflador se escamonde, monde, c atilde, y saque seis arrobas de sus carnes de su cuerpo, como mejor le pareciere y manera quedando en cinco arrobas de pe ajustará con las cinco de su contrario, y ignalmente. -- Voto á tal, dijo un labrado sentencia de Sancho, que este señor ha bendito, y sentenciado como un canônig guro que no ha de querer quitarse el gord carnes, cuanto más seis arrobas - Lo mejo respondió otro, porque el flaco no se muel gordo se descarne, y echese la mitad de l y llevemos estos señores á la taberna de le la capa cuando llueva. - Yo, señores, resp os lo agradezco; pero no puedo detenerme pensamientos y sucesos tristes me hacen p caminar más que de paso; y así dando de cinante pasó adelante, dejándolos admirado notado asi su extraña figura, como la disc do, que por tal juzgaron à Sancho, y otro dijo: - Si el criado es tan discreto, ¿cuál Yo apostarê que si van â estudiar â Salam.

han de venir á ser alcaldes de corte, que todo es burla, sino estudiar y más estudiar, y tener favor y ventura, y cuando menos se piensa el hombre, se halla con una vara en la mano, ó con una mitra en la cabeza.

Aquella noche la pasaron amo y mozo en mitad del campo al cielo raso y descubierto, y otro dia, siguiendo su camino, vieron que hacia ellos venia un hombre de á pie con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pie, el cual como llegó junto á don Quijote adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á más, le dijo con muestras de mucha alegría: — ¡Oh mi señor don Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazón de mi señor el duque, cuando sepa que vuesa merced vuelve à su castillo, que todavia se està en él con mi señora la duquesa! — No os conozco, amigo, respondió don Quijote, ni sé quien sois, si vos no me lo decis. — Yo, señor don Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con vuesa merced sobre el casamiento de la hija de doña Rodriguez. — ¡Válame Dios! dijo don Quijote: ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos transformaron en ese lacayo que decis, por defraudarme de la honra de aquella batalla? — Calle, señor bueno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí de ella. Yo pense casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza: pero sucediome al revés mi pensamiento, pues así como vuesa merced se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas antes de entrar en la hatalla; y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y dona Rodríguez ne ha vuelto à Castilla, y vo voy abora à Barcelona à llevar un pliego de cartas al visorrey, que le envia mi amo. El vuena merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aqui llevo una calabaza llena de lo caro, con no né connitan rajitan de queso de Tronchón, que serviran de liamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite, dijo Sancho, y écheme el reste de la cortesia, y caranche al linen Tosilos à despectio y preser de countrie encontadores hay su las Indian. - En fin, dije, dem Quipene, the eren, thuncher, el ma yor glovin del mando, o el mayor tymenmo de la therea, puen no to prevenden que unte emper en emendado y ente l'indian

contrahecho: quédate con él y hártate, qu lante poco à poco, esperandote à que veni yo, desenvainó su calabaza, desalforjó su: un panecillo, él y Saucho se sentaron sobi y en buena paz compaña, despabilaron y todo el repuesto de las alforjas, con tan bi lamieron el pliego de las cartas sólo porqu jo Tosilos à Sancho: - Sin duda este tu m debe de ser un loco. - ¿Cómo debe? res debe nada á nadie, que todo lo paga, y n neda es locura; bien lo veo yo, y bien se ¿qué aprovecha? y más agora que va ret vencido del caballero de la Blanca Luna. contase lo que le había sucedido; pero Se que era descortesta dejar que su amo le dia, si se encontrasen, habria lugar para e después de haberse sacudido el sayo y barbas, antecogió al rucio, y diciendo ad. y alcanzó á su amo, que á la sombra de esperando.

CAPITULO LXVII

DE LA RESOLUCIÓN QUE TOMÓ DON QUIJOTE I Y SEGUIR LA VIDA DEL CAMPO EN TAN EL AÑO DE SU PROMESA, CON OTROS SU GUSTOSOS Y BUENOS.

Si muchos pensamientos fatigaban à dos ser derribado, muchos más le fatigaron de la sombra del árbol estaba, como se ha moscas à la miel, le acudian y picaban peiban al desencanto de Dulcinea, y otros è de hacer en su forzosa retirada. Llegó Eliberal condición del lacayo Tosilos — ¿Es Quijote, que todavía, oh Sancho, pienses dadero lacayo? Parece que se te ha ido de visto à Dulcinea convertida y trasformada caballero de los Espejos en el bachiller Ca de los encantadores que me persiguen. Per guntaste à ese Tosilos que dices, qué ha sidora, si ha llorado mi ausencía, ó si ha

manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia le fatigaban? — No eran, respondió Sancho, los que yo tenia, tales que me diesen lugar à preguntar boberias. ¡Cuerpo de mi! señor, ¿está vuesa merced ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? — Mira, Sancho, dijo don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quisome bien, al parecer, Altisidora; dióme los tres tocadores que sabes; lloró en mi partida; maldijome, vituperóme; quejóse á despecho de la vergüenza públicamente; señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas à Dulcinea; y los tesoros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y talsos, y sólo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio, pero, de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agravias con la remisión que tienes en azotarte y en castigarte esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre señora. — Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo menos yo osaré jurar que en cuantas historias vuesa merced ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algún desencantado por azotes; pero por si ó por nó, yo me los daré cuando tenga ganas, y el tiempo me dé comodidad para castigarine. — Dios lo haga, respondió don Quijote, y los cielos te den gracia para que caigas en la cuenta y en la obligación que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú eres mio.

En estas pláticas iban siguiendo su camino cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle don Quijote, y dijo à Bancho: Esta es el prado donde topamos à las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querían renovar à imitar à la pastoral Arcadia: pensamiento tan nuevo como discreto, à cuya imitación, si es que à tí te parece blen, querria, oh Bancho, que nos convirtiésemos en pastores, siguiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las domás

cosas que al pastoral ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijótiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantisima mano de su dulcisimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos. — Pardiez dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y más que no la han de haber aún visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros: y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse. — Tú has dicho bien, dijo don Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino ó ya el pastor Carrascón: el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra asi al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. — No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trasiego por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. — ¡Válame Dios, dijo don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar à nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si destas diferencias de música resuena la de los albogues? Alli se verà casi todos los instrumentos pastoriles. — ¿Que son albogues?

preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar ni los he visto en toda mi vida. — Albogues son, respondió don Quijote, unas chapas à modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacio y hueco, hace un són, sino muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre albogues es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al: conviene A saber: «almohasa», «almorzar» «alhombra», «alguacil», «alhucema», «almacén», «alcancia» y otros semejantes, que deben ser pocos más, y sólo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en t y son «borcegui», «zaquizami» y «maravedi»; «alheli» y «nifaqui, tanto por el al primero como por el i en que acaban. son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albogues y hanos de ayudar mucho al parecer en parfección este ejercicio, el ser yo algún tanto poeta como tá sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Banaon Carrasco. Del cura no digo nada, pero yo apostaré que debe tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga macae Nicolás no dudo en ello, porque todos o los más (*) son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón de desdenado y el cura Curiambro de lo que él mán puede nerviros, y así andará la cosa que no haya mán que deveur. A lo que runpondió Sancho: — Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. (Mi qué polidas eucharas tengo de hacer cuando pastor ma vant ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y que da zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearum la de ingeniuso; hauchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda; que es de buen parecer, y hay pastores más muliciosos que simples, y no querria que luese por lana y volvinas trasquilada; y tan bien sucieu suder los mayres y los ao buenos descos por los escopos, como por las chidadas, y por las pastorales chozas como por los reales pularios; y quitada la cause se quite el portedo; y ojos que mo vomo exeruções que mo

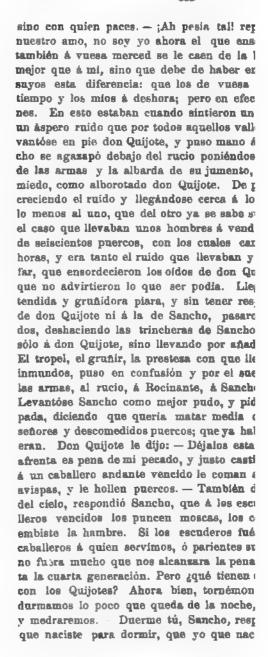
[&]quot;) Es de scopeciair que siqui se autrit una cumation per les improverses la rêce de Corvantes en ente passes entent de seu actual de les més les informations passes propiertes y copiertes a

quiebra; y más vale salto de mata que ruego de No más refrance, Bancho, dijo don Quijou de los que has dicho basta para dar a er miento, y muchas veces te he aconsejado pródigo de refrance, y que te vayas á la r pero paréceme que es predicar en desierto: madre y yo trompójelas. - Paréceme, respo vuesa merced es como lo que dicen: dijo la dera, quitate allá, ojinegra. Estáme reprendi yo refranes, y ensártalos vuesa merced de do Sancho, respondió don Quijote, yo traigo los pósito, y vienen, cuando los digo, como as pero tráeslos tan por los cabellos, que los as guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te refranes son sentencias breves, sacadas de especulación de nuestros antiguos sabios; y viene à propósito, antes es disparate que se jémonos desto, y pues ya viene la noche, camino real algún trecho, donde pasarémon Dios sabe lo que será mañana. Retirárouse, mal, bien contra la voluntad de Sancho, à c sentaban las estrechezas de la andante cat las selvas y en los montes, si bien tal vez mostraba en los castillos y casas, así de d randa, como en las bodas del rico Camacho, Moreno; pero consideraba no ser posible ser ni siempre de noche, y asi pasó aquella dura velando.

CAPITULO LXVIII

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECI

Era la noche algo escura, puesto que la l cielo, pero no en parte que pudiese ser visi señora Diana se va à pasear à los antipodas tes negros y los valles escuros. Cumplió d naturaleza, durmiendo el primer sueño sin gundo; bien al revés de Sancho, que nunc porque le duraba el sueño desde la noche en que mostraba su buena complexión y poc de don Quijoto le desvelaron de manera, qu cho y le dijo: -- Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condición. Yo imagino que eres hecho de marmol o de duro bronce, en quien no cabe movimiento ni mentimiento ni guno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, vo me desmayo de ayuno cuando tú estas peresoso y desalen tado de puro harto. De buenos criados es confleyar ins penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida à entremeter alguna vigilla entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desviste signi tro cho de aqui, y con buen ánimo y demuedo agradecido, date trescientos ó cuatrocientos azotes à buena cuenta de las del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo à los brazos como la otra vez, porque ale que los tienes pesados. Después que te hayas dada, passer mos lo que resta de la noche, cantando yo mi nuacuein, y th tu firmeza, dando desde abora principio al ejercicio, pastoral que hemos de tener en nuestra aldea Seture, respondible Same cho, no soy yo religione para que dende la minad de mi analm me levante y me discipione, in mesor me parada igna das av tremo del doios de ira azistas sa cinada caras a. An la infaraa Vices merced me defe dortout, it all the applicable of the day again tarme. The me hard harer prescheded to be the transpla from the pelo del 1270, 20 the se to the manager of the sema endorse cidal The encirclers and gradual the san man amistorial y may cedes mal significantes as the to to south a since to to CERSES PAR IN THE HEAR THE YOUR TARREST TO SEE TO THE TARREST THE TARREST THE TARREST TO THE TARREST T CARDETALIZAR SUSPINIONARY TO ADV PANIOR S CARDA CORS OFFICE ACTIV TRICTION 7 IN TAPTARA H + Employioned follow now do eggine THE STATE STATE STATE STATE STATE STATE STATES OF STATES OF ASSESSED AS AS AS In munda on some Searther who retunde you so once WIR METTER IT MINES WITH IT TANKER WITH IT METALL IT HE THE PAPER 1877 H. THE INTENTED OF MOTOR CONTRACT OF CONTRACT CO the he much a remainment control to piece a senten THE THE MUSTER A AND MARK THE COLLEGE OF ME THERE A WITH . Indicate accords governed on the class THE THERE WE TOTALISTON IN THE WAY TO THE PROPERTY. # 1997. " of America ten of Oceanies . They was seen tomp notice A mode with a statement of a party of a arming THEY TO TO TEMBLES IN THE ESTATES OF PRINCIPLES The third capital complian the fact the pro-BOTTLE TIME STATE AT LANGE CALLED , ARREST AN CHARLE A Files for it stopmen course color topic in the given interest



tiempo que falta de aqui al día, daré rienda à mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria. — A mi me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar à hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplée cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere: y luego tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió à sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado à un tronco de una haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das terrible y fuerte,
voy corriendo à la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso:
 Más en llegando al paso,
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza, y no le paso.
 Así el vivir me mata,
que la muerte me torna à dar la vida.
¡Oh condición no oida,
la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el día, dió el sol con sus rayos en los ojos à Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que babian hecho los puercos en su repostería, y maldijo la piara y aun más adelante. Finalmente, volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de à pie. Sobrenaltose el corazón de don Quijote, y azorose el de Sancho, porque la gente que se les llegaba trais lanzas y adargas, y venia muy à punto de guerra. Volviose don Quijote à Sancho, y dijole: — Si yo pudiera, Sancho, ejereitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene, la taviera yo por tortas y pan pintado, pero podria est faces esta com de la que tenemos.

Llegaron en esto los de A caballo, y arl sin hablar palabra alguna, rodearon à doi pusieron à las espaldas y pechos amenas Uno de los de à pie, puesto un dedo en la que callase, asió del freno de Rocinante, y no; y los demás de à pie, antecogiendo à guardando todos maravilloso silencio, sigu que llevaba á don Quijote, el cual dos ó tr guntar adonde le llevaban, ò que querfar menzaba á mover los lábios, cuando se los los hierros de las lanzas, y & Sancho le a porque apenas daba muestras de hablar, cu A pie con un aguijón le punzaba, y al ru nos, como si hablar quistera. Cerró la not paso, creció en los dos presos el miedo, y : que de cuando en cuando les decian: - Ca callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no ni abrais los ojos, Polifemos matadores, le otros nombres semejantes à estos, con que oldos de los miserables amo y mozo. Sanc tre si: - Nosotros tortolitas, nosotros barb nosotros perritas à quien dicen cita, cita? nada estos hombres, á mal viento va esta nos viene junto como al perro los palos, ellos lo que amenaza esta Aventura tan des Quijote embelesado, sin poder atinar con cu cia, qué serian aquellos nombres llenos de ponían, de los cuales sacaba en limpio no es y temer mucho mal. Llegaron en esto un che à un castillo, que bien conoció don Qu duque, donde bacia poco que habían estad dijo así como conoció la estancia, ¿v quê en esta casa todo es cortesia y buen come ra los vencidos el bien se vuelve en mal, Entraron al patio principal del castillo, y y puesto de manera que les acrecentó la ac bló el miedo, como se verá en el siguiente

CAPÍTULO LXIX

DEL MÁS RARO Y MÁS NUEVO SUCESO QUE EN TODO EL DISCURSO DESTA GRANDE HISTORIA AVINO Á DON QUIJOTE

Apearonse los de à caballo, y junto con los de à pie, tomando en peso y arrebatadamente à Sancho y à don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con grandisimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacia parecer con su hermosura, hermosa à la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoriferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y dos sillas, sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trajeron á los presos, sentaron á don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con senales, à los dos, que asimismo callasen; pero sin que lo senalaran callaron ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas.

Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote, ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquisimas sillas, junto à los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa en el teatro, se levantaron don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillación; y los duques hicieron lo mismo, inclinando algún tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y lle-

gándose á Sancho le echo una ropa de boca toda pintada con llamas de fuego; y quitáne le puso en la cabeza una coroza, al modo c los penitenciados por el Santo Oficio, y díjol descosiese los labios, porque le echarian u quitarian la vida. Mirábase Sancho de arr ardiendo en llamas; pero como no le quema maba en dos ardites. Quitóse la corosa, viól blos, volviósela á poner diciendo entre si: ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirál Quijote, y aunque el temor le tenia suspen no dejó de reirse de ver la figura de Sanc esto à salir, al parecer debajo del túmulo, agradable de flautas, que por no ser impedie mana vos, porque en aquel sitio el mismo ! silencio, asimismo so mostraba blando y amo de si improvisa muestra, junto á la almoha cadáver, un hermoso mancebo vestido à lo re de una arpa que él mismo tocaba, cantó clara voz estas dos estancias:

4

En tanto que en si vuelve Altisido muerta por la cruel·lad de don Quijo y en tanto que en la corte encantad se vistieren las damas de picote, y en tanto que á sus dueñas mi ser vistiere de bayeta y de anescote, cantaré su belleza y su desgracia con mejor plectro que el cantor de

Y aún no se me figura que me to aqueste oficio solamente en vida, más con la lengua muerta y fria en pienso mover la voz á ti debida: líbre mi alma de su estrecha roca, por el Estigio lago conducida, celebrándote irá, y aquel sonido hará parar las aguas del Olvido.

- No más, dijo á esta sazón uno de los dos yes: no más, cantor divino, que seria proc representarnos ahora la muerte y las grac: Altisidora: no muerta, como el mundo ignor viva en las lenguas de la fama, y en la per veria à la perdida luz ha de pasar Sancho Pansa que està presente: y así, oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Lite, pues sabes todo aquello que en los inescrustables hados está determinado acerca de volver en si esta doncella, dilo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto, dijo: — Ea ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid uno tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinticuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos brazos y lomos, que en esta ceremonial consiste la salud de Altisidora. Ovendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo: — Voto a tal, asi me deje yo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mi! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan à Dulcinea y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle y hanla de resucitar hacerme à mi veinticuatro mamonas, y acribarme el cuerpo à alfilerazos, y acardenalarme los brazos à pellizcos. Esas burlas à un cuñado, que yo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus. -- Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablandate, tigre, humillate Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles; y no metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo. ministros, cumplid mi mandamiento; sino, por la fe de hombre de bien, que habéis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesión una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro, dijo: -- Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gateénme el rostro, como hicieron à mi amo en este mesmo castillo: traspasenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenacenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió también el silencio don Quijote, diciendo á Sancho: — Ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della descosas que al pastoral ejercicio son necesarias; y llamándome yo el pastor Quijótiz, y tú el pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aqui, endechando alli, bebiendo de los liquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantisima mano de su duicisimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes sino en los venideros siglos. — Pardiez dijo Sancho, que me ha cuadrado y aun esquinado tal género de vida; y más que no la han de haber aún visto el bachiller Sansón Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros: y aun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar también en el aprisco, según es de alegre y amigo de holgarse. — Tú has dicho bien, dijo don Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sansón Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como entrará sin duda, el pastor Sansonino ó ya el pastor Carrascón: el barbero Nicolás se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, si no es algún derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Las pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres; y pues el de mi señora cuadra asi al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. — No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno sino el de Teresona, que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa, y más que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trasiego por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buen ejemplo, y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma. - ¡Valame Dios, dijo don Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar à nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué tamborines, y qué de sonajas, y qué de rabeles! ¿Pues qué si destas diferencias de música resuena la de los albogues? Alli se verá casi todos los instrumentos pastoriles. — ¿Qué son albogues?

preguntó Sancho, que ni los he oido nombrar ni los he visto en toda mi vida. — Albogues son, respondió don Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azófar, que dando una con otra por lo vacio y hueco, hace un són, sino muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre albogues es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en al: conviene à saber: «almohaza», «almorzar» «alhombra», «alguacil», «alhucema», «almacén», calcancia y otros semejantes, que deben ser pocos más, y sólo tres tiene nuestra lengua que son moriscos y acaban en f y son «borcegui», «zaquizami» y «maravedi»; «alheli» y «alfaqui, tanto por el al primero como por el i en que acaban, son conocidos por arábigos. Esto te he dicho de paso por habérmelo reducido á la memoria la ocasión de haber nombrado albogues y hanos de ayudar mucho al parecer en perfección este ejercicio, el ser yo algún tanto poeta como tú sabes, y el serlo también en extremo el bachiller Sansón Carrasco. Del cura no digo nada, pero yo apostaré que debe tener sus puntas y collares de poeta, y que las tenga maese Nicolás no dudo en ello, porque todos ó los más (*) son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascón de desdeñado y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y asi andará la cosa que no haya más que desear. A lo que respondió Sancho: - Yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no ha de llegar el día en que en tal ejercicio me vea. ¡Oh qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que, puesto que no me granjéen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso; Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato. ¡Pero guarda! que es de buen parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buenos deseos por los campos, como por las ciudades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios; y quitada la causa se quita el pecado; y ojos que no veen corazón que no

^(°) Es de sospechar que aqui se sufrió una omisión por los impresores. La idea de Cervantes en este pasaje hubo de ser: «todos ó los más barberos son guitarristas y copleros.»



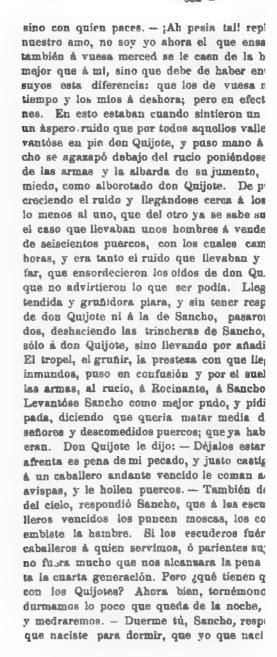
quiebra; y más vale salto de mata que ruego de hombres buenos. — No más refrancs, Sancho, dijo don Quijote, pues cualquiers de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento, y muchas veces te he aconsejado que no seas tan pródigo de refranes, y que te vayas à la mano en decirlos: pero paréceme que es predicar en desierto; y castigame mi madre y yo trompójelas. - Paréceme, respondió Sancho, que vuesa merced es como lo que dicen: dijo la sartén à la caldera, quitate alla, ojinegra. Estame reprendiendo que no diga yo refranes, y ensártalos vuesa merced de dos en dos. - Mira, Sancho, respondió don Quijote, yo traigo los refrancs á propósito, y vienen, cuando los digo, como anillo en el dedo; pero tráeslos tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guias; y si no me acuerdo mal, otra vez te he dicho que los refranes son sentencias breves, sacadas de la experiencia y especulación de nuestros antiguos sabios; y el refrán que no viene à propósito, antes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algún trecho, donde pasarémonos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrechezas de la andante caballeria usadas es las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de don Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y asi pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

CAPÍTULO LXVIII

DE LA CERDOSA AVENTURA QUE LE ACONTECIÓ À DON QUIJOTE

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista; que tal vez la señora Diana se va à pasear à los antipodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió don Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta la mañana, en que mostraba su buena complexión y pocos cuidados. Los de don Quijote le desvelaron de manera, que despertó a San-

sho y le dijo: -- Maravillado estoy, Sancho, de la libertad de ru condición. Yo imagino que eres hecho de mármol o de luro bronce, en quien no cabe movimiento ni sentimiento alzuno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas. vo me desmayo de ayuno cuando tú estás perezoso y desalenado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas le sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, y desviate algún trecho de aqui, y con buen ánimo y denuedo agradecido, date trescientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo à los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Después que te hayas dado, pasaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. — Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni menos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar al de la música. Vuesa merced me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes. — ¡Oh alma endurecida! ¡Oh escudero sin piedad! ¡Oh pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te he hecho y pienso de hacerte! Por mi te las visto gobernador, y por mi te vees con esperanzas propincuas de ser conde ó tener otro titulo equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo post ténebras spero lúcem. No entiendo eso, replicó Sancho; sólo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el ancho, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre. agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general con que sodas las cosas se compran, balanza y pego que ignala al pagtor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, según he oido decir, y es que se parace à la muerte. pues de un dormido à un muerto hay poca diferencia - Nunca te he oido hablar. Sancho, dijo don Quijore, ran elegantemente como ahora, por donde vengo à conocer ser verdad el refrin que tú algunas venos meles decir: no con mien naces.



tiempo que falta de aqui al día, daré rienda à mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú lo sepas, anoche compuse en la memoria. — A mi me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar à hacer coplas no deben de ser muchos: vuesa merced coplée cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere: y luego tomando en el suelo cuanto quiso, se acurrucó y durmió à sueño suelto, sin que fianzas, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. Don Quijote, arrimado à un tronco de una haya, ó de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al són de sus mismos suspiros cantó desta suerte:

Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das terrible y fuerte,
voy corriendo à la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso:
 Más en llegando al paso,
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza, y no le paso.
 Así el vivir me mata,
que la muerte me torna à dar la vida.
¡Oh condición no oida,
la que conmigo muerte y vida trata!

Cada verso destos acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazón tenía traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros: miró el destrozo que habian hecho los puercos en su reposteria, y maldijo la piara y aun más adelante. Finalmente, volvieron los dos a su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hacia ellos venían hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pie. Sobresaltóse el corazón de don Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venía muy á punto de guerra. Volvióse don Quijote a Sancho, y díjole: — Si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por tortas y pan pintado, pero podria ser fuese otra cosa de la que tenemos.

Llegaron en esto los de A caballo, y art sin hablar palabra alguna, rodearon à doi pusieron á las espaldas y pechos amenas Uno de los de à pie, puesto un dedo en la que callase, asió del freno de Rocinante, ; no; y los demás de á pie, antecogiendo á gnardando todos maravilloso silencio, sigu que llevaba à don Quijote, el cual dos ó tr guntar adonde le llevaban, o que queriar menzaba à mover los lábios, cuando se los los hierros de las lanzas, y A Sancho le a porque apenas daba muestras de hablar, cu à pie con un aguijón le punzaba, y al ro nos, como si hablar quisiera. Cerró la no paso, creció en los dos presos el miedo, y que de cuando en cuando les decian: - Ca callad, bárbaros; pagad, antropôfagos; no ni abrais los ojos, Polifemos matadores, 1 otros nombres semejantes à estos, con qu oidos de los miserables amo y mozo. Sanc tre si: - Nosotros tortolitas, nosotros bart nosotros perritas á quien dicen elta, cita? nada estos hombres, à mal viento va esta nos viene junto como al perro los palos, ellos lo que amenaza esta àventara tan des Quijote embelesado, sin poder atinar con ct cla, qué serian aquellos nombres llenos de ponian, de los cuales sacaba en limpio ro e y temer mucho mal. Llegaron en esto nu che à un castillo, que bien conoció don Qu duque, donde hacia poco que habían estad dijo asi como conoció la estancia, ¿v qué en esta casa todo es cortesia y buen come ra los vencidos el bien se vuelve en mal, Entraron al patio principal del castillo, y y puesto de manera que les acrecentó la ac bló el miedo, como se verá en el siguiente

CAPÍTULO LXIX

DEL MÁS RARO Y MÁS NUEVO SUCESO QUE EN TODO EL DISCURSO DESTA GRANDE HISTORIA AVINO Á DON QUIJOTE

Apearonse los de á caballo, y junto con los de á pie, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á don Quijote, los entraron en el patio, alrededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del patio más de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del patio se levantaba un túmulo como dos varas del suelo, cubierto todo con grandisimo dosel de terciopelo negro, alrededor del cual, por sus gradas, ardian velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, encima del cual túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que hacía parecer con su hermosura, hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estaba puesto un teatro, y dos sillas, sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos, daban señales de ser algunos reyes ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las cuales, los que trajeron á los presos, sentaron á don Quijote y á Sancho, todo esto callando, y dándoles á entender con senales, à los dos, que asimismo callasen; pero sin que lo senalaran callaron ellos, porque la admiración de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas.

Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de don Quijote, ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas, junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido don Quijote que el cuerpo muerto que estaba sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa en el teatro, se levantaron don Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillación; y los duques hicieron lo mismo, inclinando algún tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y lle-

gándose à Sancho le echo una ropa de boca toda pintada con llamas de fuego; y quitáno le puso en la cabeza una corosa, al modo e los penitenciados por el Santo Oficio, y díjol descosiese los labios, porque le echarian u quitarian la vida. Mirábase Sancho de arr ardiendo en llamas; pero como no le queme maba en dos ardites. Quitóse la corosa, vióblos, volviósela á poner diciendo entre si: -ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirà Quijote, y aunque el temor le tenia suspen no dejó de reirse de ver la figura de Sanc esto á salir, al parecer debajo del túmulo, agradable de flautas, que por no ser impedi mana voz, porque en aquel sitio el mismo . silencio, asimismo so mostraba blando y amo de si improvisa muestra, junto à la almoha endáver, un hermoso mancebo vestido á lo r de una arpa que él mismo tocaba, cantó clara voz estas dos estancias:

En tanto que en si vuelve Altiside muerta por la crueblad de don Quija y en tanto que en la corte encantad se vistieren las damas de picote, y en tanto que à sus dueñas mi set vistiere de bayeta y de anescote, cantaré su belleza y su desgracia con mejor plectro que el cantor de

Y aún no se me figura que me to aqueste oficio solamente en vida, más con la lengua muerta y fria en pienso mover la voz á ti debida: libre mi alma de su estrecha roca, por el Estigio lago conducida, celebrándote irá, y aquel sonido hará parar las aguas del Olvido.

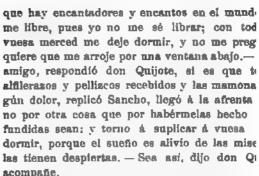
- No más, dijo à esta sazón uno de los dos yes: no más, cantor divino, que seria prorepresentarnos ahora la muerte y las grac Altisidora: no muerta, como el mundo ignor viva en las lenguas de la fama, y en la pe-

veria à la perdida luz ha de pasar Sancho Panza que está presente: y así, oh tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Lite, pues sabes todo aquello que en los inescrustables hados está determinado acerca de volver en si esta doncella, dilo y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pie Radamanto, dijo: — Ea ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid uno tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinticuatro mamonas, y doce pellizcos y seis alfilerazos brazos y lomos, que en esta ceremonial consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza rompió el silencio y dijo: — Voto a tal, así me deje vo sellar el rostro ni manosearme la cara como volverme moro. ¡Cuerpo de mil ¿qué tiene que ver manosearme el rostro con la resurrección desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos: encantan á Dulcinea y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle y hanla de resucitar hacerme à mi veinticuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos à pellizcos. Esas burlas à un cuñado, que vo soy perro viejo, y no hay conmigo tus, tus. -- Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablandate, tigre, humillate Nembrot soberbio, y sufre y calla, pues no te piden imposibles; y no metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Ea, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; sino, por la fe de hombre de bien, que habéis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el patio venian hasta seis dueñas en procesión una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas como ahora se usa. No las hubo visto Sancho cuando bramando como un toro, dijo: -- Bien podré yo dejarme manosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gateénme el rostro, como hicieron à mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas buidas: atenácenme los brazos con tenazas de fuego, que vo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré si me llevase el diablo. Rompió también el silencio don Quijote, diciendo á Sancho: — Ten paciencia, hijo, y da gusto à estos señores, y muchas gracias al cielo por haber puesto tal virtud en tu persona, que con el martirio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho cuando él, más blando y mas persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba à la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. — Menos cortesia, menos mudas, señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traéis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente, todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron: pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y asi se levantó de la sílla al parecer mohino, y asiéndo de una hacha encendida que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: -- Afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martirios. En esto, Altisidora, que debia de estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, casi todos á una voz dijeron: - Viva es Altisidora! Altisidora vive! Mandó Radamanto à Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba- Asi como don Quijote vió rebullir à Altisidora se fué à poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: — Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te dés algunos de los azotes que estás obligado à dar por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. A lo que respondió Sancho: — Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen más que hacer sino tomar una gran piedra, y atármela al cuello, v dar conmigo en un pozo, de lo que á mi no pesaria mucho, si es que para curar los males ajenos, tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenne: sino, por Dios que lo arroje y que lo eche todo A trece, aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimias, à quien acompañaron las flautas y las voces de todos. que aclamaban: — Viva Altisidora! Altisidora vival Levantironse los duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con don Quijote y Sancho fueron á recebir á Altisidora, y a bajarla del túmulo, la cual haciendo de la desmayada se inclinó à los duques y à los reyes, y mirando de través à don Quijote le dijo: — Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo a mi parecer más de mil años: y á tí, oh el más compasivo escadero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. dispon desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas; à lo menos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, y le volviesen su caperuza, y le pusiesen el sayo, y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra, que las queria llevar a su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que si dejarian, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el patio, y que todos se recogiesen à sus estancias, y que à don Quijote y a Sancho los llevasen à las que ellos ya se sabían.

CAPÍTULO LXX

QUE SIGUE AL DE SESENTA Y NUEVE, Y TRATA DE COSAS NO EXCUSADAS PARA LA CLARIDAD DESTA HISTORIA

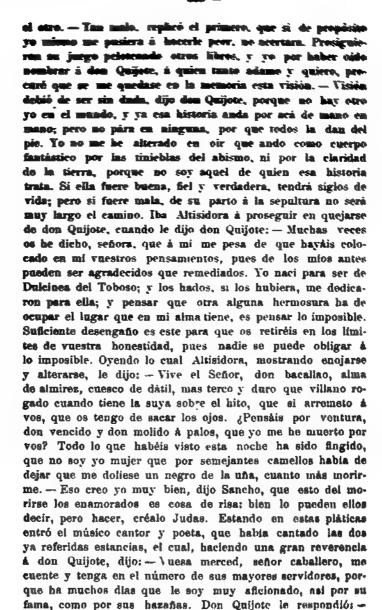
Durmió Sancho aquella noche en una carriola en el mismo aposento de don Quijote, cosa que él quisiera excusarla si pudiera, porque bien sabia que su amo no le había de dejar dormir à preguntas y à respuestas, y no se hallaba en disposición de hablar mucho, porque los dolores de los martirios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más á cuento dormir en una choza solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho, cuando dijo: — ¿Qué te parece Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altisidora, no con otras sactas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideración del rigor y el desdén con que yo siempre la be tratado. — Muriérase ella enhorabuena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame à mi en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez he dicho, con los martirios de Sancho Panza. Ahora si que vengo à conocer clara y distintamente



Durmiéronse los dos, y en este tiempo quir cuenta Cide Hamete, autor desta grande hista vió à los duques à levantar el edificio de la n y dice, que no habiéndosele olvidado al bach rrasco cuando el caballero de los Espejos derribado por don Quijote, cuyo vencimient y deshizo todos sus designios, quiso volver à esperando mejor suceso que el pasado; y a del paje que llevó la carta y presente à Tere de Sancho, adonde don Quijote quedaba, bus y caballo, y puso en el escudo la bianca luna sobre un macho, á quien guisba un labrade Cecial, su antiguo escudero, porque no fu Sancho ni de don Quijote. Llegó pues al car que le informó el camino y derrota que don con intento de hallarse en las justas de Zara mismo las burlas que le había hecho, con la canto de Dulcinea, que había de ser á costa de Sancho. En fin, dió cuenta de la burla qu hecho á su amo, dándole à entender que encantada y transformada en labradora; y co su mujer, había dado A entender A Sancho q se engañaba, porque verdaderamento estaba cinea, de que no poco se rió y admiró el bi rando la agudesa y simplicidad de Sancho, c de la locura de don Quijote. Pidiòle el duque y le venciese ó no, se volviese por alli A c suceso. Hizolo así el bachiller: partióse en halló en Zaragoza, pasó adelante, y sucedió referido. Volvióse por el castillo del duque, y con las condiciones de la batalla, y que ya de à cumplir como buen caballero andante la palabra de retirarso un año en su aldea, en el cual tiempo podia ser, dijo el bachiller, que sanase de su locura, que esta era la intención que le había movido á hacer aquellas transformaciones, por ser cosa de lástima que un hidalgo tan bien entendido como don Quijote, fuese loco.

Con esto se despidió del duque, y se volvió à su lugar, esperando en él à don Quijote, que tras él venia. De aqui tomó ocasión el duque de hacerle aquella burla: tanto era le que gustaba de las cosas de Sancho y de don Quijote; y haciendo tomar los caminos cerca y lejos del castillo por todas las partes que imaginó que podría volver don Quijote, con muchos criados suyos de á pie y de á caballo, para que por fuerza ó de grado le trujesen al castillo, si le hallasen: halláronle, dieron aviso al duque, el cual ya prevenido de todo lo que habia de hacer, así como tuvo noticia de su llegada, mandó encender las hachas y las luminarias del patio, y poner Altisidora sobre el túmulo, con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo y tan bien hechos, que de la verdad à ellos, había bien poca diferencia: y dice más Cide Hamete, que tiene para si ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahinco ponían en burlarse de dos tontos; los cuales, el uno durmiendo á sueño suelto y el otro velando á pensamientos desatados, les tomó el día y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á don Quijote. Altisidora en la opinión de don Quijote, vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenía, y vestida una tunicela de tafetán blanco sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finisimo ébano, entró en el aposento de don Quijote, con cuya presencia, turbado y confuso se encogió y cubrió casi todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesia ninguna. Sentose Altisidora en una silla junto á su cabecera, y después de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: -- Cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra, y dan licencia à la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazón encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor don Quijote de la Mancha, soy una destas, apretada, vencida y enamorada; pero

con todo esto, sufrida y honesta; tanto, que por serlo tanto, reventó mi alma por mi silencio, y perdí la vida. Dos dias ha que la consideración del rigor con que me has tratado. ioh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero! he estado muerta, ó à la menos juzgada por tal de los que me han visto: y si no fuera porque el amor, condoliéndose de mi, depositó mi remedio en los martirios deste buen escudero, alla me quedara en el otro mundo. — Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero digame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza ha tener aquel paradero. - La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debi morir del todo, pues no entré en el inflerno: que si alla entrara, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué à la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos à la pelota, todos en calzas y en jubón, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que les servian puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas, en las cuales tenían unas palas de fuego: y lo que más me admiró fué que les servian en lugar de pelotas, libros, al parecer llenos de viento y de borra, cosa maravillosa y nueva; pero eso no me admiró tanto como el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, alli en aquel juego todos grunian, todos reganaban y todos se maldecian. - Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen o no ganen. — Así debe de ser, respondió Altisidora: más hay otra cosa, que también me admira (quiero decir me admiró entonces), y tué que al primer boleo no quedaba pelota en pie, ni de provecho para servir otra vez, y asi menudeaban libros nuevos y viejos, que era una maravilla. A uno dellos, nuevo, flamante y bien encuardenado, le dieron un papirotazo que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas. Dijo un diablo à otro: - Mirad qué libro es ese, y el diablo le respondió: Esto es la Segunda parte de la historia de don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas. Quitadmele de ahí, respondió el otro diablo y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos. — ¿Tan malo es? respondió



Vuesa merced me diga quien es, porque mi cortesia responda à sus mercelmientos. El mozo respondió que era el músico y pa-

negírico de la noche antes. — Por cierto, replico don Quijote. que vuesa merced tiene extreinada voz; pero lo que canto no me parece que fué muy à propósito; porque ¿qué tienen que ver las estancias de Garcilaso con la muerte desta señora? - No se maraville vuesa merced deso, respondió el músico, que ya entre los intonsos poetas de nuestra edad, se usa que cada uno escriba como quisiere, y hurte de quien quisiere. venga ó no venga á pelo de su intento; y ya no hay necedad que canten ó escriban, que no se atribuya á licencia poética. Responder quisiera don Quijote, pero estorbaronlo el duque y la duquesa, que entraron à verle, entre los cuales pasaron una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donaires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados à los duques, así con su simplicidad, como con su agudeza. Don Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo día, pues á los vencidos caballeros como él, más les convenia habitar una zahurda que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su gracia Altisidora. El le respondió: - Señora mia, sepa vuestra señoria que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha dicho aqui que se usan randas en el invierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se menearán en su imaginación la imagen ó imágines de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer y este es mi consejo. - Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas, más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores. Por mi lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oislo, digo, de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos. - Vos decis muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré que mi Altisidora se ocupe de aqui adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. - No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideración de las crueldades que conmigo ha usado este malandrin mostrenco, me le borraran de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aqui, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. -- Eso me parece, dijo el duque, à lo que suele decirse, porque que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hiso Altisidora

muestra de limpiarse lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. — Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina: á fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara. Acabóse la plática, vistióse don Quijote, comió con los duques y partióse aquella tarde.

CAPÍTULO LXXI

DE LO QUE À DON QUIJOTE LE SUCEDIÓ CON SU ESCUDERO SANCHO, YENDO À SU ALDEA

Iba el vencido y asendereado don Quijote pensativo además por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegria el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurección de Altisidora, aunque con algún escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada Sancho alegre, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas, y yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: — En verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay fisicos que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y catalo cantusado; y a mi, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: pues yo les voto à tal, que si me traen à las manos otro algún enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias; que el abad de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bóbilis bòbilis. — Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió don Quijote, y halo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y puesto que tu virtud es gratis data, que no te ha costado estudio alguno, más que estudio es recebir martirios en tu persona: de mi te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena: pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querría que impidiese el premio á la medicina: con todo eso, me parece que no se perderá nada en

probarlo. Mira, Sancho, el que quieres, y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios A cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo a su amo: — Agora bien, señor, yo quiero disponerme à dar gusto à vuesa merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer, me hace que me muestre interesado. Digame vuesa merced cuanto me dará por cada azote que me diere. — Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosi, fueran poco para pagarte: toma tú el tiento à lo que llevas mio, y pon el precio à cada azote. - Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trescientos y tantos: de ellos me he dado hasta cinco, quedan los demás: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos à los tres mil y trescientos, que à cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trescientos cuartillos, que son los tres mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trescientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinticinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más. — ¡Oh Sancho bendito! 10h Sancho amable! respondió don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo a servirte todos los días que el cielo nos diere la vida. Si ella vuelve al sér perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicisimo triunfo: y mira, Sancho, cuando quieras comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. - ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de don Quijote, con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba más de lo acostumbrado, bien asi como acontece à los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacias la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: — Mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento: quiero decir, que no te dés tan recio que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por cartas de más ni de menos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intención merece. — Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la substancia deste milagro. Desnudó. se luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó à darse, y comenzó don Quijote à contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho, cuando le apareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della: y deteniéndose un poco, dijo a su amo que se llamaba à engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real, no que à cuartillo. — Prosigue, Sancho amigo, y no desmaves, le dijo don Quijote, que yo doblo la parada del precio. - Dese modo, dijo Sancho, à la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarrón dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: — Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se gano Zamora en un hora. Más de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, más no la sobrecarga. — No, no señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mi: A dineros pagados brazos quebrados: apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera, que á dos levadas destas, habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa. — Pues tú te hallas con tan buena disposición, dijo don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya había quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba; y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una

haya, dijo: — Aqui morira Sanson, y cuantos con él son. Acudió don Quijote luego al són de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho à Sancho, le dijo: — No permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los limites de la esperanza propincua; y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. — Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere asi, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobres estas espaldas, que estoy sudando, y no querría resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo asi don Quijote, y quedándose en pelota, abrigó à Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol; y luego volvieron a proseguir su camino, à quien dieron fin por entonces, en un lugar que tres leguas de alli estaba.

Apearonse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que después que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurria, como agora se dirá. Alojáronle en una sala baja, à quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se usan en las aldeas. En una dellas estaba pintado de malisima mano el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao; y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas, ella sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sabana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata ó bergantin se iba huyendo. Notó en las dos historias que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia à socapa y à lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo cual don Quijote, dijo: - Estas dos señoras fueron desdichadisimas por no haber nacido en esta edad; y yo sobre todos desdichado en no haber nacido en la suya; encontrara aquestos señores (*) ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues con sólo que yo matara á Paris se excusaran tantas desgracias. — Yo apostaré, dijo San-

^(*) Evidentemente hay omisión en este pasaje. Diría Cervantes quizá de esta manera: «encontrara yo aquestos señores y ni fuera abrasada Troya», etc.

cho, que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas; pero querria yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado éstas. - Tienes razón, Sancho, dijo don Quijote, porque este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Ubeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: «Lo que saliere;» y si por ventura pintaba un gallo escribia debajo: Este es gallo, porque no pensasen que era zorra. Desta manera me parece à mi, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó à luz la historia deste nuevo don Quijote que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta que andaba los años pasados en la córte, llamado Mauleón, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y preguntandole uno que qué queria decir Deum de Deo, respondió: «Dé donde diere». Pero dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado ó al cielo abierto. — Pardiez, señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo; pero con todo eso querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente. — Pues no ha de ser asi, Sancho amigo, respondió don Quijote, sino que, para que tomes fuerzas, lo hemos de guardar para nuestra aldea, que à lo más tarde llegaremos alla después de mañana. Sancho respondió que hiciese su gusto, pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro; y á Dios rogando y con el mazo dando; y qué más valla un toma que dos te daré; y el pájaro en la mano que buitre volando. — No más refranes, Sancho, por un solo Dios, dijo don Quijote, que parece que te vuelves al sicut erat; habla à lo llano, à lo liso, à lo no intrincado, como muchas veces te he dicho, y verás como te vale un pan por ciento. - No sé que mala ventura es esta mía, respondió Sancho, que no sé decir razón sin refrán, ni refrán que no me parezca razón; pero yo me enmendaré si pudiere. Y con esto cesó por entonces su plática.

CAPÍTULO LXXII

DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON Á SU ALDEA

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho; el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: aqui puede vuesa merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto don Mira, Sancho, cuando yo hojeé Quijote le dijo à Sancho: aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé alli este nombre de don Alvaro Tarfe. - Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que después se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le preguntó: — ¿Adónde bueno camina vnesa merced, señor gentilhombre? Y don Quijote le respondió: -- A una aldea que está aqui cerca, de donde soy natural. ¿Y vuesa merced dónde camina? -- Yo señor, respondió el caballero, voy à Granada, que es mi patria. — Y buena patria, replicó don Quijote; pero digame vuesa merced por cortesia su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, más de lo que buenamente podré decir. — Mi nombre es don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó don Quijote: - Sin duda alguna, pienso, que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe, que anda impreso en la Segunda parte de la Historia DE DON QUÍJOTE DE LA MANCHA, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. - El mismo soy, respondió el caballero, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandisimo amigo mio, y vo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le movi à que viniese à unas justas que se hacian en Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. - Y digame vuesa merced, señor don Alvaro, apa-

rezco yo en algo à ese tal don Quijote que vuesa merced dice? - No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. - Y ese don Quijote, dijo el nuestro, ¿traia consigo à un escudero llamado Sancho Panza? — Si traia, respondió don Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oi decir gracia que la tuviese. — Eso creo yo muy bien, dijo à esta sazón Sancho, porque al decir gracias no es para todos: y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandisimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia. y andese tras de mi por lo menos un año, y verá que se me caen à cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan: y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora à la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burleria y cosa de sueño.

- Por Dios que lo creo, respondió don Alvaro, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oi hablar, que fueron muchas. Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á don Quijote el bueno, han querido perseguirme à mi con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aqui otro don Quijote, aunque bien diferente del mio. - Yo, dijo don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se habia hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar à las barbas del mundo su mentira; y así me pasé de claro à Barcelona, archivo de la cortesia, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino



de mucha pesadumbre, los llevo sin ella sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Alvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe à ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Pansa mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. - Eso haré yo de muy buena gana, respondió den Alvaro, puesto que causa admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos A un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones; y vuelvo à decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. - Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced, en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno. — No entiendo eso de anotes, dijo don Alvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaria si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en este la hora de comer: comieron juntos don Quijote y don Alvaro. Entró açaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijote por una petición de que à su derecho convenia, de que don Alvaro Tarfe, aquel caballero que alli estaba presente, declarase ante su merced como no conocia à don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba alli presente; y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada SEGUNDA PAR-TE DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyò juridicamente: la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro, la diferencia de los dos don Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesias y ofrecimientos pasaron entre don Alvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengaño à don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entendez que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de don Quijote, y el otro el que había de llevar don Alvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracla de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración á don Alvaro, el cual, abrazando à don Quijote y à Sancho, siguió su camino; y don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche; á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta; y halló, que con los de la noche pasada eran tres mil y veintinueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Alvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente. Aguel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobre modo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín. Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo: — Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve à ti Sancho Panza tu hijo, sino muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de si mismo; que, según él me ha dicho. es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban bien caballero me iba. — Déjate de esas sandeces, dijo don Quijote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron à su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII

DE LOS AGÜEROS QUE TUVO DON QUIJOTE AL ENTRAR DE SU ALDEA, CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRANDE HISTORIA.

A la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vió don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: — No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida. Oyólo don Quijote, y dijo á Sancho: — ¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? -- Pues bien, zqué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? – ¿Qué? replicó don Quijote, ¿no vecs tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino à recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á don Quijote, el cual estaba diciendo:--Málum signum, málum signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. - Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni que mal agüero se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron à ver la liebre, y al uno dellos pregunto Sancho que por qué renian. Y fuéle respondido por el que había dicho «no la verás más en toda tu vida», que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volversela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos à don Quijote, diciendo: - Hé aqui, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerias; y aún vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela don Quijote: pasaron adelante, y à la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocaci pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en si Altisidora. Acomodóle tamla coroza en la cabeza que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron à ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron à verle, y decian unos à otros: — Venid, mochachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron a casa de don Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió à ver à su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

— ¿Cómo venis así, marido mio, que me parece que venis á pie y despeado y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador? — Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. — Traed vos dinero, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. Don Quijote, sin aguardar términos ni ho-

ras, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pic de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballeria; y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde, á rienda suelta, podria dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Dijole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijótiz, y el bachiller el pastor Carrascón, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nuevá locura de don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intención, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndoseles por compañeros en su ejercicio. — Y más, dijo Sansón Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que más es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. — Esto está de molde, respondió don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahi la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hiperbólica que sea.—Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahi pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sansón Carrasco: — Y cuando faltare, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Filidas,

Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con el nombre de Teresaina. Rióse don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución, y se ofreció de nuevo à hacerle compañia todo el tiempo que le vacase de atender à sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plàtica de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote, y la sobrina le dijo: - ¿Qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvía á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose «pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas»: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: — ¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aún mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, senor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese à menudo, favoreza à los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. — Callad hijas, les respondió don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora, sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir à lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra. Y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron à la cama donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXII

DE CÓMO DON QUIJOTE Y SANCHO LLEGARON Á SU ALDEA

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y mesón don Quijote y Sancho; el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó en esto al mesón un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecia: aqui puede vuesa merced, señor don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca. Oyendo esto don Quijote le dijo à Sancho: Mira, Sancho, cuando yo hojeé aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé alli este nombre de don Alvaro Tarfe. - Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que des pués se lo preguntaremos. El caballero se apeó, y frontero del aposento de don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaczada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba don Quijote, le pregunto: -¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhombre? Y don Quijote le respondió: — A una aldea que está aqui cerca, de donde soy natural. ¿Y vuesa merced donde camina? -- Yo señor, respondió el caballero, voy à Granada, que es mi patria. — Y buena patria, replicó don Quijote; pero digame vuesa merced por cortesia su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, más de lo que buenamente podré decir. — Mi nombre es don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó don Quijote: - Sin duda alguna, pienso, que vuesa merced debe de ser aquel don Alvaro Tarfe, que anda impreso en la Segunda Parte de La Historia DE DON QUÍJOTE DE LA MANCHA, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno. — El mismo soy, respondió el caballero, y el tal don Quijote, sujeto principal de la tal historia, fué grandisimo amigo mio, y vo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le movi à que viniese à unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde vo iba, y en verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasiadamente atrevido. - Y digame vuesa merced, señor don Alvaro, spa-

rezco yo en algo á ese tal don Quijote que vuesa merced dice? - No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera. - Y ese don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza? — Si traia, respondió don Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioso, nunca le oi decir gracia que la tuviese. — Eso creo yo muy bien, dijo à esta sazón Sancho, porque al decir gracias no es para todos: y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhombre, debe de ser algún grandisimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mi por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reir á cuantos me escuchan: y el verdadero don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora à la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burleria y cosa de sueño.

- Por Dios que lo creo, respondió don Alvaro, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oi hablar, que fueron muchas. Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á don Quijote el bueno, han querido perseguirme à mi con don Quijote el malo. Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y agora remanece aqui otro don Quijote, aunque bien diferente del mio. - Yo, dijo don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar à las barbas del mundo su mentira; y así me pasé de claro à Barcelona, archivo de la cortesia, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino

de mucha pesadumbre, los llevo sin ella sólo por haberla visto. Finalmente, señor don Alvaro Tarfe, yo soy don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe à ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa mercod no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció. — Eso haré yo de muy buena gana, respondió don Alvaro, puesto que causa admiración ver dos don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y vuelvo à decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado. — Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced, en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno. — No entiendo eso de azotes, dijo don Alvaro: y Sancho le respondió que era largo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mesmo camino. Llegóse en esto la hora de comer: comieron juntos don Quijote y don Alvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió don Quijoto por una petición de que á su derecho convenía, de que don Alvaro Tarfe, aquel caballero que alli estaba presente, declarase ante su merced como no conocia à don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba alli presente; y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada Segunda Par-TE DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas. Finalmente, el alcalde proveyó juridicamente: la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debian hacerse; con lo que quedaron don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro, la diferencia de los dos don Quijotes, y la de los dos Sanchos, sus obras y sus palabras. Muchas de cortesias y ofrecimientos pasaron entre don Alvaro y don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengaño à don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió à entender que debia de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios don Quijotes.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba à la aldea de don Quijote, y el otro el que había de llevar don Alvaro. En este poco espacio le contó don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración à don Alvaro, el cual, abrazando à don Quijote y à Sancho, siguió su camino; y don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche; à costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado don Quijote un solo golpe de la cuenta; y halló, que con los de la noche pasada eran tres mil y veintinueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de don Alvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia, y tan auténticamente. Aguel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó don Quijote contento sobre modo, y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada à Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlín. Con estos pensamientos y deseos, subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo: — Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve à ti Sancho Panza tu hijo, sino muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de si mismo; que, según él me ha dicho, es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban bien caballero me iba. — Déjate de esas sandeces, dijo don Quijote, y vamos con pie derecho à entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron à su pueblo.

CAPÍTULO LXXIII

DE LOS AGÜEROS QUE TUVO DON QUIJOTE AL ENTRAR DE SU ALDEA, CON OTROS SUCESOS QUE ADORNAN Y ACREDITAN ESTA GRANDE HISTORIA.

A la entrada del cual, según dice Cide Hamete, vió don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: — No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo don Quijote, y dijo á Sancho: — ¿No adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? - Pues bien, zqué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? - ¿Qué? replicó don Quijote, ¿no vees tú que aplicando aquella palabra á mí intención, quiere significar que no tengo de ver más à Dulcinea? Queriale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino à recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á don Quijote, el cual estaba diciendo:--Málum signum, málum signum: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. - Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni que mal agüero se puede tomar de aqui? Los dos muchachos de la pendencia se llegaron à ver la liebre, y al uno dellos pregunto Sancho que por qué renian. Y fuéle respondido por el que había dicho «no la verás más en toda tu vida:, que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Saucho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos à don Quijote, diciendo: — Hé aqui, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y si no me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerias; y aún vuesa merced mismo me lo dijo los dias pasados, dándome à entender

que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea. Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela don Quijote: pasaron adelante, y à la entrada del pueblo toparon en un pradecillo, rezando, al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lío de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocaci pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en si Altisidora. Acomodóle tamla coroza en la cabeza que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron à ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron à verle, y decian unos a otros: - Venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de mochachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron à casa de don Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, à quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual, desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió à ver à su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

— ¿Cómo venis así, marido mío, que me parece que venis à pie y despeado y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador? — Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos à nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadíe. — Traed vos dinero, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por alli, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica à su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron à su casa, dejando à don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller. Don Quijote, sin aguardar términos ni ho-

ras, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballeria; y que tenia pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde, à rienda suelta, podría dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio: y que les suplicaba, si no tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente que les diese nombre de pastores: y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenía puestos los nombres, que les vendrian como de molde. Dijole el cura que los dijese. Respondió don Quijote que él se había de llamar el pastor Quijótiz, y el bachiller el pastor Carrascón, y el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nuevá locura de don Quijote; pero porque no se les fuese otra vez del pueblo à sus caballerias, esperando que en aquel año podría ser curado, concedieron con su nueva intención, y aprobaron por discreta su locura, ofreciéndoseles por compañeros en su ejercicio. — Y más, dijo Sansón Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar; y lo que más es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dejemos árbol, por duro que sea, donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. — Esto está de molde, respondió don Quijote, puesto que yo estoy libre de buscer nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria destas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donaires y finalmente, sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hiperbólica que sea.—Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahi pastoras mañeruelas, que si no nos cuadraren, nos esquinen. A lo que añadió Sansón Carrasco: — Y cuando faltare, darémosles los nombres de las estampadas é impresas de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarilis, Dianas, Fléridas, Galateas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamare Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamaré yo Francenia, y si Lucia, Lucinda, que todo se sale alla; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con el nombre de Teresaina. Rióse don Quijote de la aplicación del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolución, y se ofreció de nuevo à hacerle compania todo el tiempo que le vacase de atender à sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, con regalarse lo que fuese bueno. Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plàtica de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con don Quijote, y la sobrina le dijo: - ¿Qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que vuesa merced volvia á reducirse en su casa, y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos haciéndose «pastorcillo tú que vienes, pastorcico tú que vas»: pues en verdad que está ya duro el alcacer para zampoñas. A lo que añadió el ama: — ¿Y podrá vuesa merced pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el aullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio casi desde las fajas y mantillas: aún mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, senor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese à menudo, favoreza à los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. — Callad hijas, les respondió don Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno; y tened por cierto que ahora, sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir à lo que hubiéredes menester, como lo veréis por la obra. Y las buenas hijas (que lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron à la cama donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPÍTULO LXXIV

DE COMO DON QUIJOTE CAYÓ MALO, Y DEL TESTAMENTO QUE HIZO, Y SU MUERTE

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres; y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque ó ya fuese de la melancolia que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza su buen escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro habia compuesto: y que ya tenia comprado de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butrón, que se los habia vendido un ganadero del Quintauar. Pero no por esto dejaba don Quijote sua tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el palso, y no le contentó mucho, y dijo que por si ó por no, atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Ovólo don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico, que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas; tanto, que pensaron el ama la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó y al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dijo: - Bendito sea el poderoso Dios que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordías no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéronle más concertadas que él so-

lia decirlas, á lo menos en aquella enfermedad, y preguntóle: - ¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son estas ó qué pecados de los hombres? — Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, à quien como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, a punto de muerte: querria hacerla de tal modo, que diese à entender que no habia sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llamame, amiga, a mis buenos amigos el cura, al bachiller Sansón Carrasco, y á maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento.

Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió don Quijote cuando dijo: Dadme albricias, buenos señores, de que ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, à quien mis costumbres me dieron renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su línaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballeria: ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron haberlas leido: ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sansón le dijo: — ¿Ahora, señor don Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea sale vuesa merced con eso, y agora que estamos tan á pique de ser pastores, para pasar cantando la vida como unos principes, quiere vuesa merced hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en si, y déjese de cuentos. -- Los de hasta aqui, replicó don Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa, déjense burlas aparte, y tráiganme un confesor que me confiese, y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este, no se ha de burlar el hombre con el alma: y así, suplico que en tanto que el señor cura me confiesa, vayan

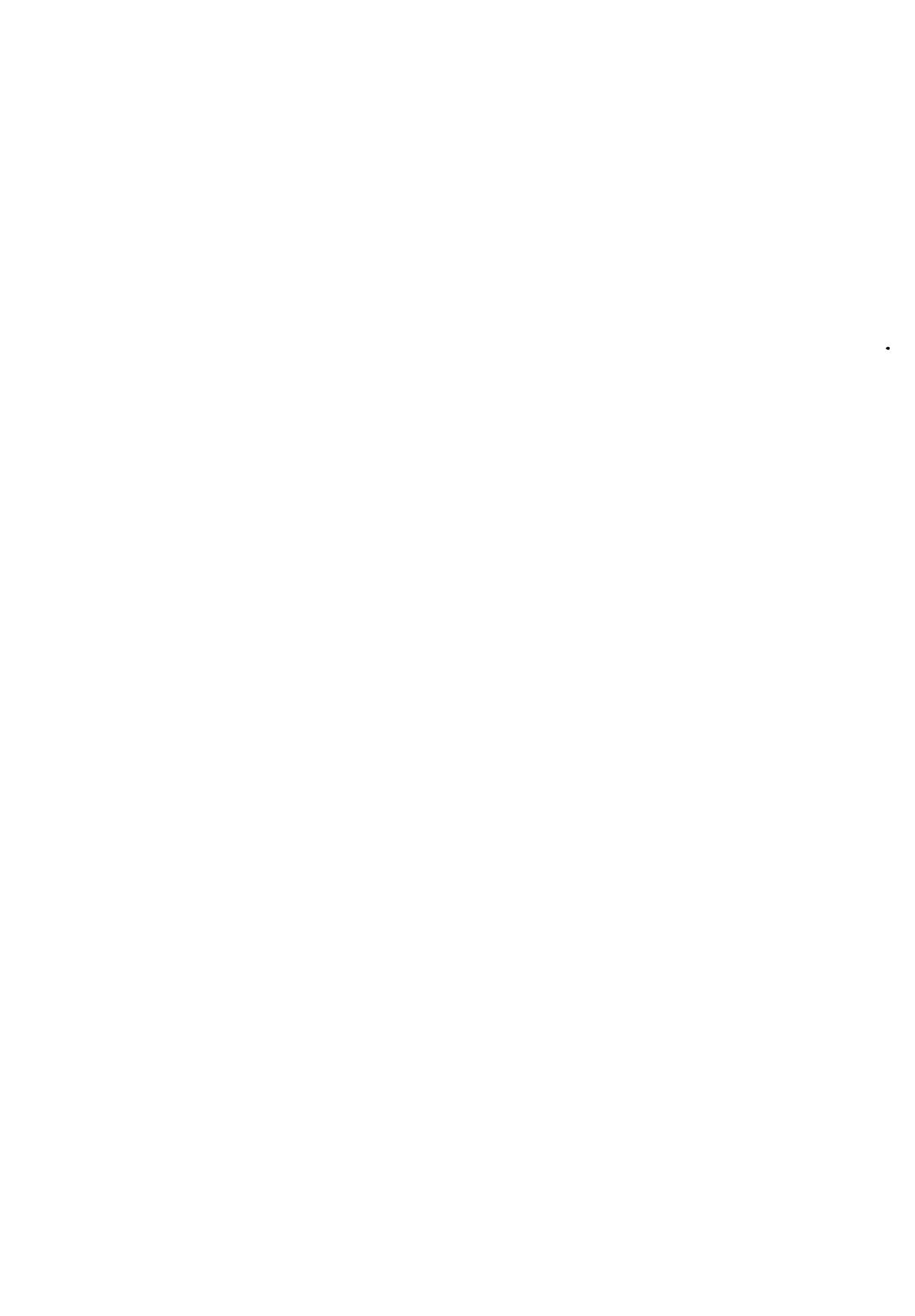
por el escribano. Miráronse unos á otros admirados de las razones de don Quijore, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco à cuerdo; por que à las ya dichas razones anadio otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda, y à creer que estaba cuerdo. salir la gente el cura, y quedose solo con el y confesole. bachiller sue por el escribano; y de alli a poco volvió con al v con Sancho Pauza, el cual Sancho (que va sabia por nue vas del bachiller en que estado estaba su señor) hallando la ama y à la sobrina llorosas, comenzó à hacer pucheros y à

Acabose la confesion, salió el cura diciendo: Verdade. ramente se muere y verdaderamente està cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas muevas dieron un terrible empujón a los ojos derramar lågrimas. preñados de ama, sobrina, y de Sancho Panza su buen de la manana de la la manana de dero, de tal manera, que les hizo reventar las lagrimas de los ojos, v mil profundos suspiros del pecho; porque verdades mente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Qui jote fue Alonso Quijano el Bueno a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición v de agradable trato, v por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos lo conocian. escribano con los demás; y después de haber hecho la cabesa del testamento, y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo: Item, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, à quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre el y mi ciertas tas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno des pués de haberse pagado de lo que le debo, el restante se suyo, que serà bien poco, y buen provecho le baga: y si con estando vo loco fui parte para darle el grobierno de la insu pudiera ahora estando cuerdo darle el de un reino, se le dic porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trat merece. Y volviéndose a Sancho, le dijo: Perdoname, go, de la ocasión que te he dado de parecer loco com haciendote caer en el error en que vo he caido, de que y hay caballeros andantes en el mundo.—¡Ay! respond cho llorando, no se muera vuesa merced, señor mio,





TESTAMENTO DE DON QUIJOTE



me mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire, no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado; quizá detrás de una mata hallaremos à la señora Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme à mi la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal à Rocinante le derribaron: cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías, ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. - Así es, dijo Sansón, y el buen Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. — Señores, dijo don Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vuesas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad, volverme à la estimación que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano. Item: mando toda mi hacienda á puerta cerrada á Antonia Quijano, mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della, lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfacción que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sansón Carrasco que están presentes. Item: es mi voluntad que si Antonia Quijano mi sobrina quisiere casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho información que no sabe qué cosas sean libros de caballerias; y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con el y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad. Item: suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere à conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de SEGUNDA PARTE DE LAS HAZAÑAS DE DON QUIJOTE DE LA Mancha, de mi parte le pidan, cuan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasión que, sin yo pensarlo, le di de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos.

Cerró en esto el testamento, y tomándole tendió de largo á largo en la cama. Alboroi acudieron à su remedio, y en tres dias que vi te donde hizo el testamento, se desmayaba Andaba la casa alborotada; pero con todo, e brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Pan heredar algo, borra ó templa en el heredero, pena que es razón que deje el muerto. En 1 mo de don Quijote, después de recebidos todo tos, y después de haber abominado con mu razones de los libros de caballerías. Hallóse e sente, y dijo que nunca habia leido en ningú llerias, que algún caballero andante hubiese ma tan sosegadamente y tan cristiano como don entre compasiones y lágrimas de los que all su espiritu: quiero decir que se murió.

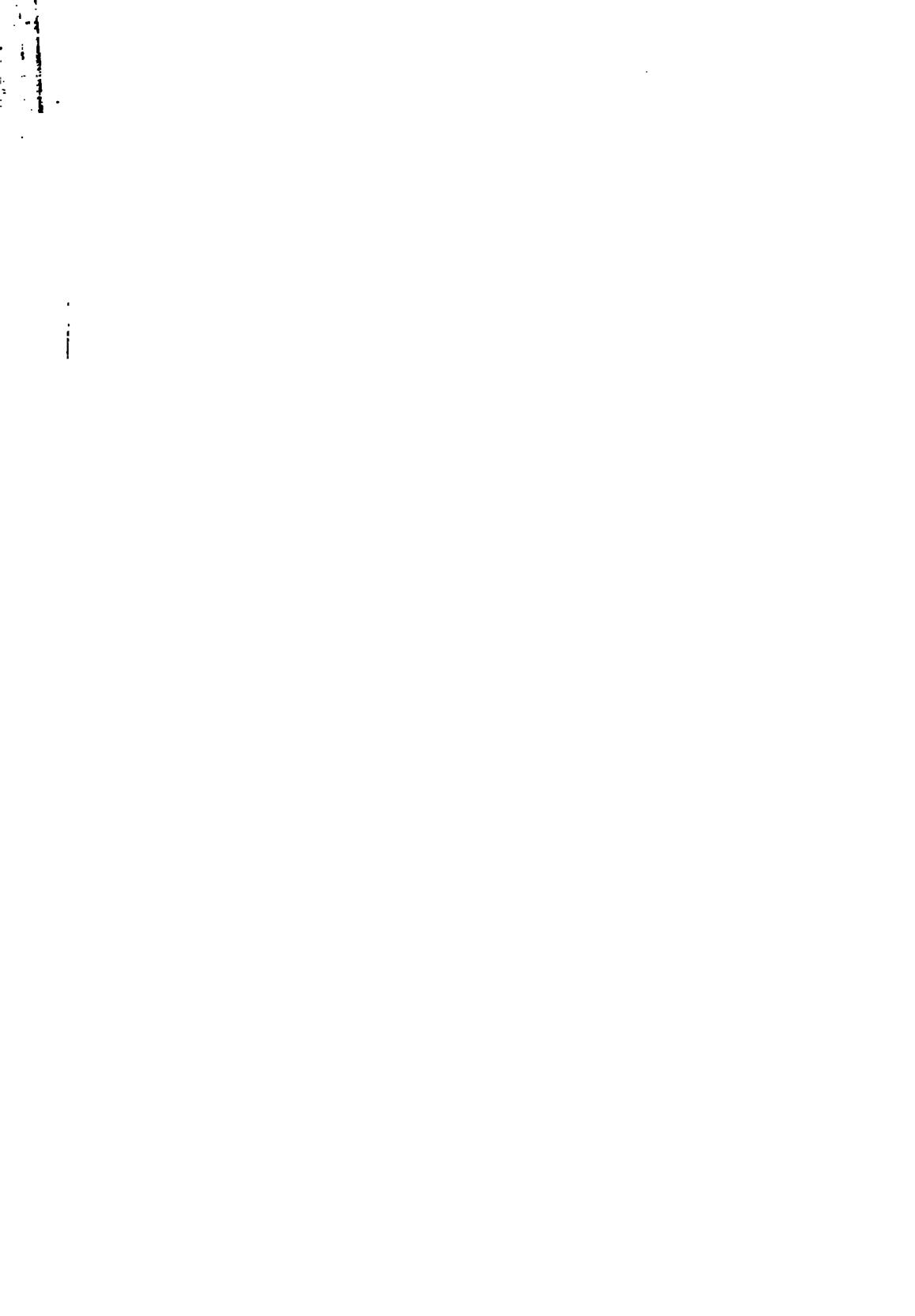
Viendo lo cual el cure, pidió al escribano le monio como Alonso Quijano el Bueno, llama don Quijote de la Mancha, habia pasado desta muerto naturalmente; y que el tal testimonio tar la ocasión de algun otro autor que Cide H li, le resucitase falsamente; y híciese macabal sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide I mente, por dejar que todas fas villas y lugar contendiesen entre si por ahijársele y tenérse mo contendieron las siete ciudades de Grec Déjanse de poner aqui los llantos de Sancho de don Quijote, los nuevos epitafios de su sa Sansón Carrasco le puso este:

Yace aqui el hidalgo fuerte, que à tanto extremo llegó de valiente, que se advierte que la muerte no triunfó de su vida, con su muerte.

Tuvo à todo el mundo en pofué el espantajo y el coco del mundo en tal coyuntura, que acreditó su ventura, morir cuerdo y vivir loco. Y el prudentisimo Cide Hamete dijo à su pluma: aqui quedaràs colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que à ti lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

> Tate, tate, folloncicos, de ninguno sea tocada, porque esta empresa, buen rey, para mi estaba guardada.

Para mi sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir: solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever à escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero; porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio, á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote; y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, à Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes à cuya noticia llegaron, así en estos, como en los extraños reinos: y con esto, cumplirás con tu cristiana profesión aconsejando bien á quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente como deseaba; pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero Don Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. — Vale.



ÍNDICE

TEXTO

de la Comision Ejecutiva	
vantes V	Vida de
	Tassa
de las erratas	
• • • • • • • • • • • • • • • • • • • •	
al Duque de Bejar	
iminares	_
	i oceiae
PRIMERA PARTE	
— Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo uijote de la Manchaue trata de la primera salida que de su tierra hizo el inge-	doi Cap. II
— Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo uijote de la Mancha. ue trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingedon Quijote. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote de se caballero.	doi CAP. II nio CAP. III. arn
— Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo uijote de la Mancha. ue trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingedon Quijote. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote de se caballero. De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la	doi Cap. II nio Cap. III. arn Cap. IV.
— Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo ujote de la Mancha. Tue trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingedon Quijote. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote de se caballero. De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la conde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro ca-	dor CAP. II nio CAP. III. arn CAP. IV. ver CAP. V
— Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo uijote de la Mancha	dor CAP. II nio CAP. III. arn CAP. IV. ver CAP. V bal CAP. VI.
— Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo uijote de la Mancha. ue trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingedon Quijote. Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote de se caballero. De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la conde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro ca-	dor CAP. II nio CAP. III. arn CAP. IV. ver CAP. V bal CAP. VI. cies

		Pág.
CAP.	VIII. — Del buen suceso que el valeroso don Quijote tuvo en la	
Com	espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de vicato. con otros sucesos dignos de felice recordación	55
	IX. — Donde se concluye y da fin à la estupenda batalla que el gallardo vizcatno y el valiente manchego tuvieron	61
CAP.	X De lo que más le avino á don Quijote con el vizcaíno, y del peligro en que se vió con una turba de yangüeses	67
CAP.	XI. — De lo que sucedió á don Quijote con unos cabreros	70
	XII. — De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote XIII. — Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros	76
CAP.	XIV. — Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor	81
	con otros no esperados sucesos	80
	Quijote en topar con unos desalmados yangüeses	97
CAP.	XVI. — De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que	Aand
CAP.	Al imaginaba ser castillo	104
	don Quijote y su buen escudero Sancho Panza, pasaran en la venta	110
CAP.	que por su mai pensó que era castillo	1347
CAP.	su señor don Quijote con otras aventuras dignas de ser contadas XIX. — De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y	117
	de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros	
49	acontecimientos famosos	135
GAP.	XX. — De la jamás vista ni oída aventura, que con más poco pe- ligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que	
	acabó el valeroso don Quijote de la Mancha:	131
CAP.	XXI. — Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de	
	Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero	142
CAP.	XXII. — De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados	
C'an	que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir	152
\ <i>\ .</i> \ <i>1</i>	XXIII. — De lo que aconteció al famoso don Quijote en Sierra Mo- rena, que fué una de las más raras aventuras que en esta ver-	
	dadera historia se cuentan	160
CAP.	XXIV - Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena	170
	XXV. — Que trata de las extrañas cosas que en Sierra Morena su- cedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que	
	hizo à la penitencia de Beltonebros	178
CAP.	XXVI. — Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo	455
CAP.	don Quijote en Sierra Morena	192
	con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia	199
CAP.	XXVIII. — Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura	
('.,	y barbero sucedió en la misma sierra	214
UAP.	XXIX. — Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperlsima penitencia	
	en que se había puesto	236
CAP.	XXX. — Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras	- '
CAD	XXXI. — De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Qui-	. 98 6
* 120 E 0	jote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos	

		Pág.
CAP.	XXXII. — Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cua-	
	drilla de don Quijote	253
	XXXIII. — Donde se cuenta la novela del curioso impertinente	258
	XXXIV. — Donde prosigue la novela del curioso impertinente	275
	XXXV. — Donde se da fin á la novela del curioso impertinente	291
CAP.	XXXVI. — Que trata de la brava y descomunal batalla que don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, con otros raros suce-	
-	sos que en la venta sucedieron	200
CAP.	XXXVII. — Que trata donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona con otras graciosas aventuras	307
CAP.	XXXVIII. — Que trata del curioso discurso que hizo don Quijote de las armas y de las letras	316
CAP.	XXXIX. — Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos	319
	XL. — Donde se prosigue la historia del cautivo	326
	XLI Donde todavía prosigue el cautivo su historia	337
	XLII. — Que trata de lo que más sucedió en la venta, y de otras	354
CAP.	muchas cosas dignas de saberse	
_	con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos	360
	XLIV. — Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta	36 9
CAP.	XLV. — Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mam-	050
43	brino y de la albarda y otras aventuras sucedidas con toda verdad	376
CAP.	XLVI. — De la notable aventura de los cuadrilleros, y de la gran	000
0	ferocidad de nuestro buen caballero don Quijote	383
GAP.	XLVII. — Del extraño modo con que fué encantado don Quijote de	200
Cin	la Mancha, con otros famosos sucesos	390
	XLVIII. — Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio	398
CAP.	XLIX. — Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza	101
CAP.	L. — De las discretas alteraciones que don Quijote y el canónigo	404
	tuvieron con otros sucesos	411
CAP.	LI. — Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que lleva- ban á don Quijote	416
CAP.	LII.—De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero, con la	
	rara aventura de los disciplinantes á quien dió felice sin á costa	
	de su sudor	421
	SEGUNDA PARTE	
Tauca	y Fee de erratas	435
	baciones	436
-	legio	439
	go al lector	441
,	atoria al Conde de Lemos	445
	rulo I. — De lo que el cura y el barbero pasaron con don Quijote	
- 	cerca de su enfermedad	447

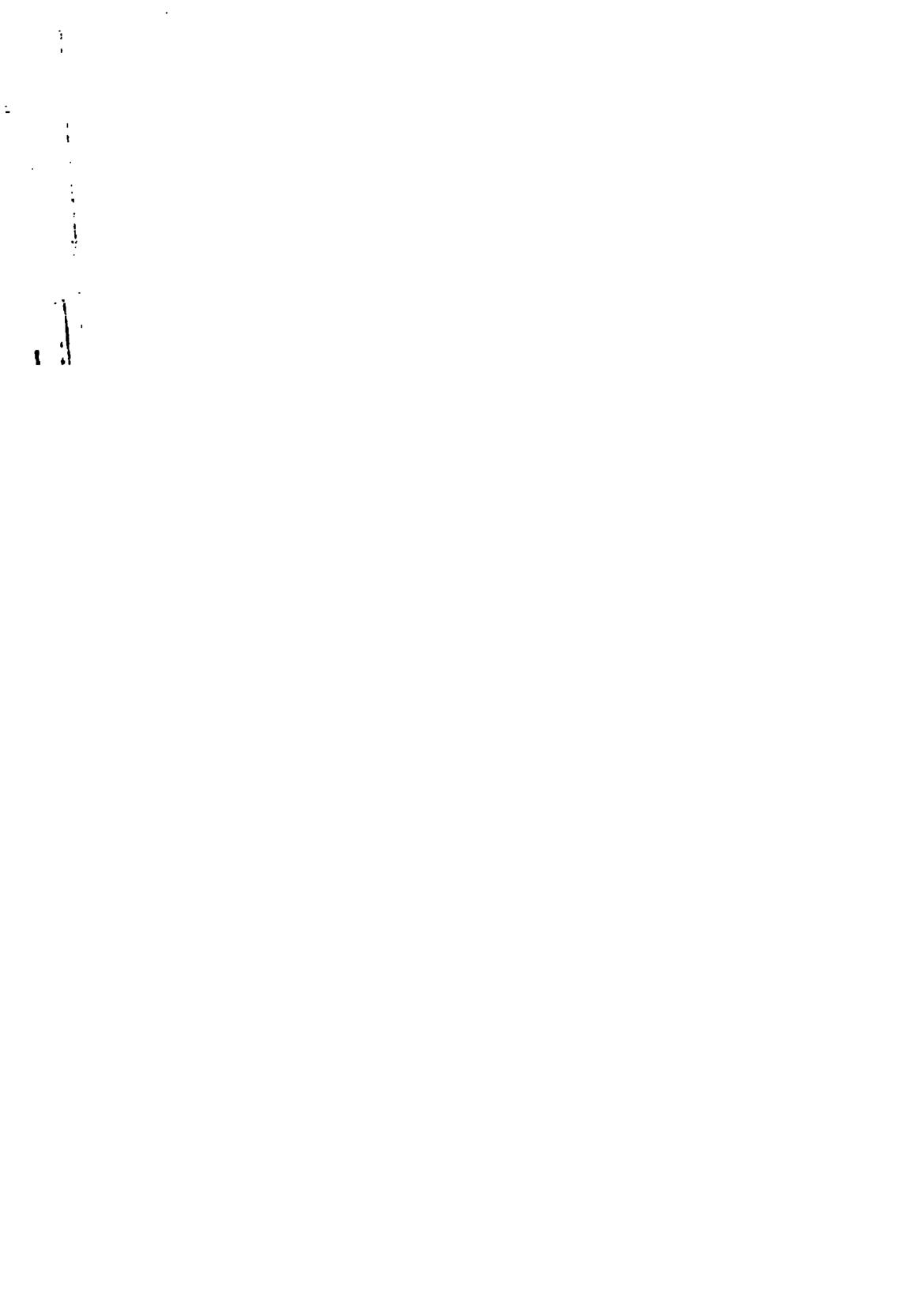
		Pág.
CAP.	II. — Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con	456
CAP.	la sobrina y ama de don Quijote, con otros sucesos graciosos III. — Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote, San-	
Cap.	cho Panza y el bachiller Sansón Carrasco	140
	dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de con- tarse	406
Cap.	V. – De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice re-	471
Cap.	VI. — De lo que le pasó à don Quijote con su sobrina y con su ama.	
CAP.	y es uno de los importantes capítulos de toda la historia	176
CAP.	VIII. — Donde se cuenta lo que le sucedió à don Quijote yendo à	(6 0)
	ver su schora Dulcinea del Toboso	\$86
	IX.— Donde se cuenta lo que en él se verá	fชว
CAP.	X. — Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verda-	
	deros	19 8
Cap.	XI.— De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijo- te, con el carro ó carreta de las cortes de la muerte	503
CAP	XII. — De la extrafia aventura que le sucedió al valeroso don Qui-	
	jote con el bravo caballero de los Espejos	Sink
CAP.	XIII. — Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos escude-	
('	YIV therefore the language state of the stat	514
	XIV. — Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque XV. — Donde se cuenta y dà noticia de quien era el caballero de	519
('A.	los Espejos y su escudero.	548
WAP.	XVI. — De lo que sucedió à don Quijote con un discreto caballero de la Mancha	530
CAP.	XVII. — De donde se declara el último punto y extremo. adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de don Quijote, con la felice-	
CAP.	mente acabada aventura de los Leones	538
	caballero del Verde Gabán, con otras cósas extravagantes	546
CAP.	XIX. — Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos	554
CAP.	XX. — Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el su- ceso de Basilio el pobre	
CAP.	XXI Donde se prosiguen las bodas de Camacho con otros gusto-	
CAP.	XXII. — Donde se dú cuenta de la grande aventura de la cueva de	548
	Montesinos, que està en el corazón de la Mancha, á quien dió feli-	•
CAP.	ce cima el valeroso don Quijote de la Mancha	•
	tó que había visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya im- posibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apó-	
	crifa	
CAP.	XXIV Donde se cuentan zarandajas, tan impertinentes como ne-	•
	cesarias al verdadero entendimiento desta grande historia	588

		Pág.
Cap.	XXV. — Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino	593
CAP.	XXVI. — Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con	
CAP.	otras cosas en verdad harto buenas	601
Cap.	buzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado. XXVIII. — De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le le-	608
Cin	yere, si las lee con atención	614
	XXIX. — De la famosa aventura del barco encantado	618
	XXX. — De lo que le avino á don Quijote con una bella cazadora.	6 24 6 2 8
	XXXI. — Que trata de muchas y grandes cosas	020
	XXXII. — De la respuesta que dió don Quijote à su reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos	635
GAP.	XXXIII. — De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pa- saron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note	646
CAP.	XXXIV. — Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro	65±
Cap.	XXXV. — Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote del	658
Cap.	desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos	1220
Cap.	que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza	669
CAP.	XXXVIII. — Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la due- ña dolorida	671
CAP.	XXXIX. — Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia	676
CAP.	XL. — De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia	679
CAP.	XLI. — De la venida de Clavileño con el fin desta dilatada aven-	
<i>(</i> '	tura	683
	XLII. — De los consejos que dió don Quijote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.	691
CAP.	XLIII. — De los consejos segundos que dió don Quijote á Sancho Panza	696
CAP.	XLIV. — Cómo Sancho Panza fué llevado al gobierno, de la extra- na aventura que en el castillo sucedió á don Quijote	701
CAP.	XLV. — De cómo el gran Sancho Panza tomó la posesión de su insula y del modo que comenzó á gobernar	
CAP.	XLVI. — Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió don Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora	
CAP.	XLVII Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su	
Cap.	gobierno	719
Can	tura y de memoria eterna	7 2 6 733
	L. — Donde se declara quien fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña y pellizcaron y arañaron à don Quijote,	
	* A firming a man said and and a man said a man	

Pig		
	con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza,	
74	mujer de Sancho Panza	
744	NON tales como buenos	
756	CAP. LII. — Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida 6 Angustiada, Ilamada por otro nombre doña Rodríguez	
702	CAP. LIII. — Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho	
	Panza	
761	guna	
774	hay más que ver	
	Cap. LVI. — De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija	
780	de la dueña doña Rodríguez	
	CAP. LVII. — Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella	
784	de la duquesa	
787	CAP. LVIII. — Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventu-	
101	ras tantas, que no se daban vagar unas á otras	
797	ner por aventura, que le sucedió á don Quijote	
808	CAP. LX. — De lo que sucedió á don Quijote yendo á Barcelona	
	CAP. LXI. — De lo que le sucedió á don Quijote en la entrada de Barce- lona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo	
814	discreto	
040	CAP. LXII. — Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras	
816	nifierías, que no pueden dejar de contarse	
826	CAP. LXIII. — De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras y la nueva aventura de la hermosa morisca	
	CAP. LXIV Que trata de la aventura que más pesadumbre dió á don	
884	Quijote, de cuantas hasta entonces le habían sucedido	
	CAP. LXV. — Donde se dá noticia quien era el de la Blanca Luna, con la	
887	libertad de don Gregorio y otros sucesos	
842	CAP. LXVI. — Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchare leer	
-	CAP. LXVII. — De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor	
	y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su	
846	promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos	
850	CAP. LXVIII. — De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote	
~==	CAP. LXIX.— Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso	
865	desta grande historia avino á don Quijote	
850	CAP. LXX. — Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no excu- sadas para la claridad desta historia	
	CAP. LXXI. — De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero San-	
865	cho, yendo á su aldea	
870	CAP. LXXII. — De cómo don Quijote y Sancho llegaron á su aldea	
	CAP. LXXIII.—De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea,	
874	con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia	
	CAP. LXXIV. — De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que	
878	hizo, y su muerte	

LAMINAS

	Pág.
Escudo de la primera edición del «Quijote»	Portada
Busto de Cervantes	
Facsímile de la partida de bautismo de Cervantes	· X
Manteamiento de Sancho	115
Hallazgo del yelmo de Mambrino	144
Encantamento de Dulcinea	
Aventura de los Leones	542
Vencimiento de don Quijote	836
Testamento de don Quijote	



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA CIUDAD DE LA PLATA (REPÚBLICA ARGENTINA) EL DÍA XX

DE DICIEMBRE DE MDCCCCIV EN LOS TALLERES

GRÁFICOS DE SESÉ Y LARRAÑAGA, CON

LAMINAS EJECUTADAS EN LOS MISMOS, EN

HOMENAJE Á MIGUEL DE CERVANTES

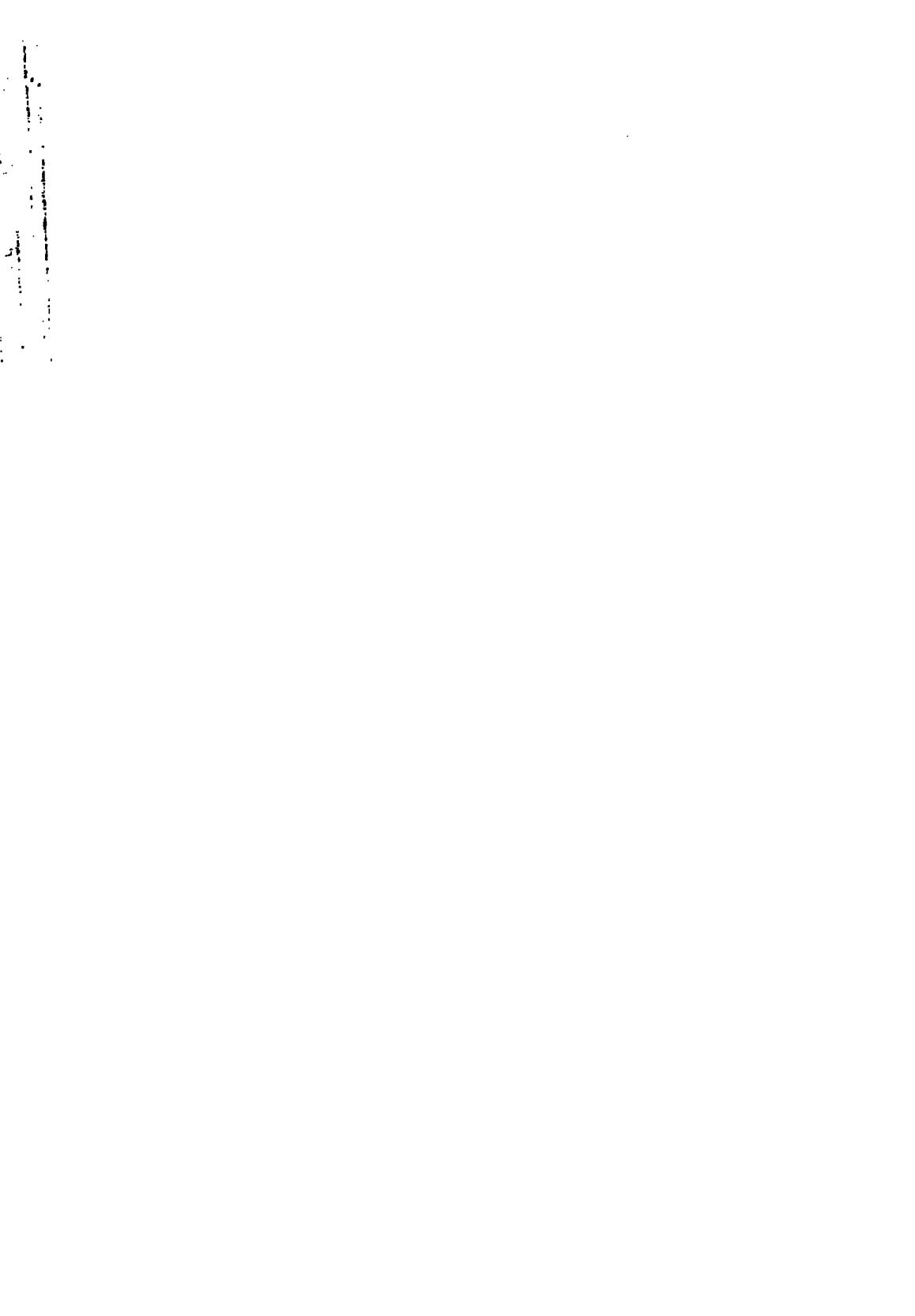
SAAVEDRA, PARA CELEBRAR EL III

CENTENARIO DE LA IMPRESIÓN

DE ESTE LIBRO EN MADRID,

EN IGUAL DÍA DEL AÑO

DE MDCIV.



ÍNDICE

TEXTO

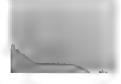
Pág.

Dedicatoria de la Comisión Ejecutiva	1
Vida de Cervantes	VII
Tassa	:
Testimonio de las erratas	9
Privilegio	
Dedicatoria al Duque de Bejar	1
Prólogo	7
Poesías preliminares	18
PRIMERA PARTE	
CAPÍTULO I. — Que trata de la condición y ejercicio del famoso hidalgo don Quijote de la Mancha	91
armarse caballero	30 80
CAP. V. — Donde se prosigue la narración de la desgracia de nuestro caballero	4 :
CAP. VI. — Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librerla de nuestro ingenioso hidalgo,	W
CAP. VII. — De la segunda salida de nuestro buen caballero don Quijote de la Mancha	. 80



cosas de mucho gusto y pasatiempo			Pág.
Cap. XX. — Donde se concluye y da fin à la estupenda hatalia que el gallardo vizcatino y el valiente manchego tuvieron	CAP.	espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento.	N.B.
CAP. X. — De lo que más le avino û don Quijote con el vizeajno, y del peligro en que se vió con una turba de yanglieste	Cap.	IX Donde se concluye y da fin à la estupenda hatalla que el ga-	
CAP. XIII De lo que contó un cabrero à los que estaban con don Quijote CAP. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Morcela, con otros sucessos	Cap.	X De la que más le avino á don Quijote con el vizcaino, y del	
Sucestos	CAP.	XII De lo que contó un cabrero á los que estaban con don Quijote	
con otros no esperados sucesos		SUCERIM	Æŧ
Quijote en topar con umos desalmados yangüeses		con otros no esperados sucesos	140
CAP. XVII Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo don Quijote y su buen escudero Sancho Panza, pasaran en la venta que por su mai pensó que era castillo. CAP. XVIII Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote con otras aventuras dignas de ser contadas 117 CAP. XIX - De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos. GAP. XX De la jamás vista su ofda aventura, que con más poco peligro fué acalada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha. CAP. XXI Que trata de la ulta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero que mai de su grado los llevaban doude no quijote a muchos desdichados que mai de su grado los llevaban doude no quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan. CAP. XXII De lo que aconfeció al famoso don Quijote en Sierra Morena. CAP. XXVV Que trata de las extrafas cosas que en Sierra Morena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitación que hizo á la penitencia de Beltenebros. CAP. XXVI Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hiso don Quijote en Sierra Morena don Quijote en Sierra Morena que hizo á la penitencia de Beltenebros. CAP. XXVI Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hiso don Quijote en Sierra Morena que se cuenten en cata grande historia don Quijote en Sierra Morena de cue cuenten en cata grande historia en que se había puesto. CAP. XXVII Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperlaima pantiencia en que se había puesto. CAP. XXXI Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.		Quijote en topar con unos desalmados yanglieses	97
Cap. XVIII. — Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor don Quijote con otras aventuras dignas de ser contadas 127. Cap. XIX — De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosas	GAP.	XVII Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el bravo	104
Cap. XXII. — De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosas	(_{1,P}	XVIII. « Donde se cuentan las enzones que pasó Sancho Panza com	
GAP. XXVI. — Dorde se prosigue la sentura de la Sierra Morena. GAP. XXVI. — Dorde se prosigue la sentura de la Sierra Morena. GAP. XXIV. — Que trata de la unava y agradable aventura que en esta verdidar a porte de la sentura y con otras cosas sucedidas à nuestro invencible caballero de Mambrino, con otras cosas sucedidas à nuestro invencible caballero de Mambrino, con otras cosas sucedidas à nuestro invencible caballero de machos que mai de su grado los llevaban doude no quisietas ir	Car.	XIX De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo y	117
acabé el valeroso don Quijote de la Mancha CAP. XXI. — Que trata de la ulta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas succelidas à nuestro invencible caballero CAP. XXII. — De la libertad que dió don Quijote à muchos desdichados que mal de su grado los llevaban doude no quisietas ir	Cve	acontecimientos famosos	135
CAP. XXII. — De la libertad que dió don Quijote á muchos desdichados que mai de su grado los llevaban doude no quisieras ir	Cap.	acabó el valeroso don Qoujote de la Mancha	1391
CAP. XXVII. — De lo que aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena, que fué una de las más raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan	CAP.	XXII. — De la libertad que dió don Quijote à muchos desdichados	
Cap. XXIV — Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena	CAP	XXIII — De lo que aconteció al famoso don Quijote en Sierra Mo- rena, que fué una de las máx raras aventuras que en esta ver-	
hizo 6 la penilencia de Beltenebros		XXIV - Donde se prosigue la aventura de la Sierra Morena	
don Quijote en Sierra Morena	Con	hizo á la penitencia de Beltenebros	178
con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia C.P. XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura y harbero sucedió en la misma sierra		don Quijote en Sierra Morena	192
CAP. XXIX. — Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en sacar à nuestro enamorado caballero de la asperlsima panitencia en que se había puesto		con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia XXVIII. Que trata de la nueva y agradable aventura que al cura	190
en que se había puesto	CAP.	XXIX Que trata del gracioso artificio y orden que se tuvo en	#16
cosas de mucho gusto y pasatiempo	CAP.	en que se había puesto	226
		rosas de mucho gusto y pasatiempo	٠.,





		Pág.
	 Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de don Quijote, con otros sucesos graciosos Del ridículo razonamiento que pasó entre don Quijote. San- 	\$5ei
	cho Panza y el bachiller Sansón Carrasco	Je≆ r)
Cap.	V De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Pan-	\$er;
CAP.	za y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice re- cordación	\$71
CAP.	y es uno de los importantes capítulos de toda la historia	\$76 \$80
CAP.	VIII. — Donde se cuenta lo que le sucedió á don Quijote yendo à	-
	ver su señora Dulcinea del Toboso	₹85 }
CAP.	deros	\$5mi
CAP	te, con el carro ó carreta de las cortes de la muerte	5(6)
CAP.	jote con el bravo caballero de los Espejos	Trans
	XIV Donde se prosigne la aventura del caballero del Bosque XV Donde se cuenta y dà noticia de quien era el caballero de	51 4 5 19
	los Espejos y su escudero	549
CAP.	de la Mancha	
CAP.	mente acabada aventura de los Leones	538 514
CAP.	XIX. — Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos	
CAP.	XX. — Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el su- ceso de Basilio el pobre	
Cap.	XXI Donde se prosiguen las bodas de Camacho con otros gusto-	
CAP.	XXII. Donde se dá cuenta de la grande aventura de la cueva de Montesinos, que està en el corazón de la Mancha, á quien dió feli-	•
CAP.	ce cima el valeroso don Quijote de la Mancha	•
Сар,	XXIV Donde se cuentan zarandajas, tan impertinentes como ne	
	cesarias al verdadero entendimiento desta grande historia	

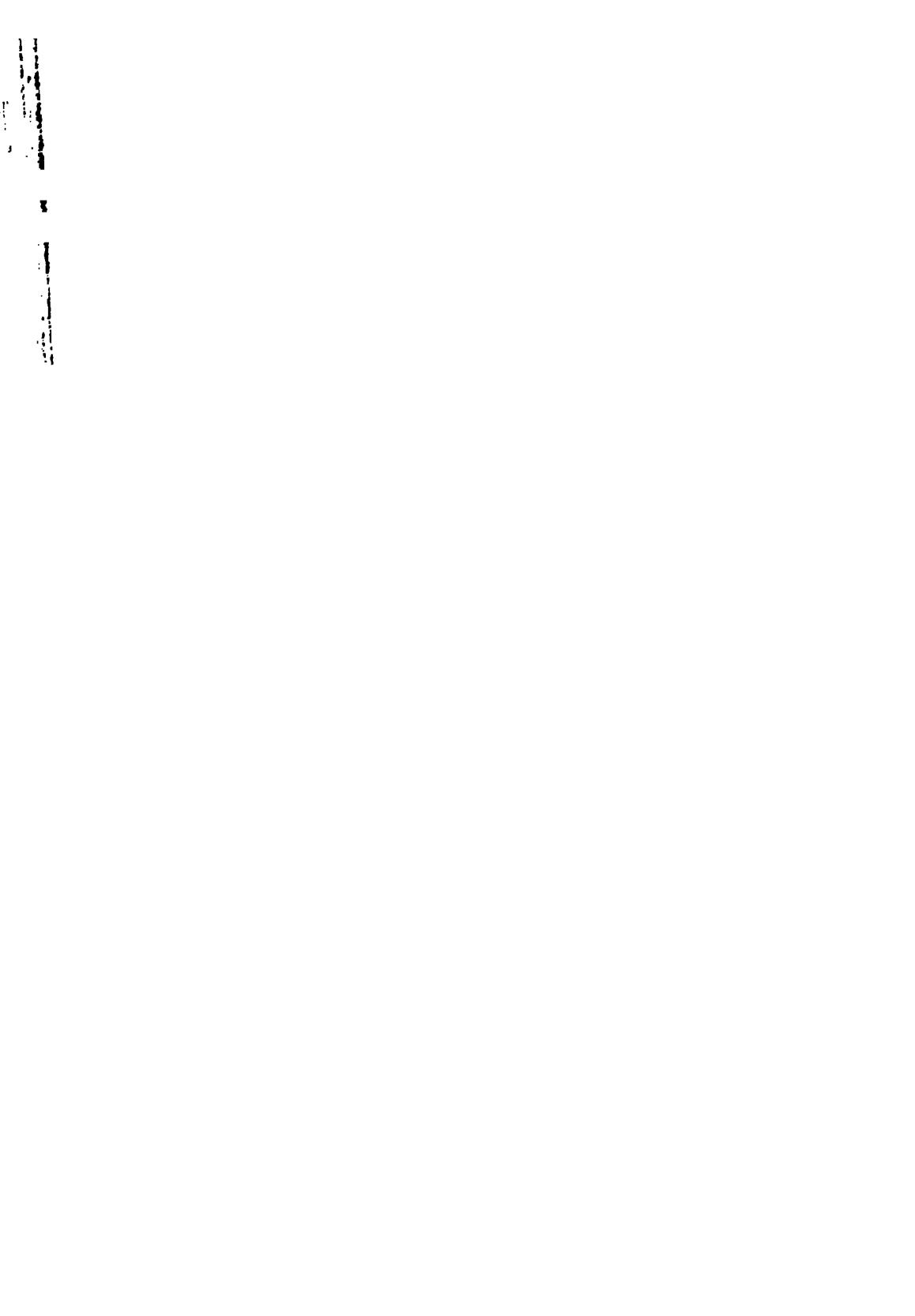
		Pág.
Cap.	XXV. — Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino	593
CAP.	XXVI. — Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas	601
Сар.	XXVII. — Donde se dá cuenta quienes eran maese Pedro y su mo- no, con el mal suceso que don Quijote tuvo en la aventura del re-	
CAP.	buzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado. XXVIII. — De cosas que dice Benengeli que las sabrá quien le le- yere, si las lee con atención	608
CAD	XXIX. — De la famosa aventura del barco encantado	618
	XXX. — De la lamosa aventura del barco encantado	624
	XXXI. — Que trata de muchas y grandes cosas	628
	XXXII. — De la respuesta que dió don Quijote á su reprehensor,	
CAP.	con otros graves y graciosos sucesos	635 646
CAP.	XXXIV. — Que cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las	
Cap.	aventuras más famosas deste libro	652
	desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos	658
Cap.	XXXVI. — Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la dueña dolorida, álias de la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza	664
CAP.	XXXVII. — Donde se prosigue la famosa aventura de la dueña do- lorida	669
CAP.	XXXVIII. — Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la due- ña dolorida	671
Сар.	XXXIX. — Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable historia	676
CAP.	XL. — De cosas que atañen y tocan á esta aventura y á esta memorable historia	679
CAP.	XLI. — De la venida de Clavileño con el fin desta dilatada aven-	683
CAP.	XLII. — De los consejos que dió don Quijote á Sancho Panza antes	691
CAP.	que fuese á gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas. XLIII. — De los consejos segundos que dió don Quijote á Sancho	
CAP.	Panza	
CAP.	na aventura que en el castillo sucedió á don Quijote	
CAP.	sula y del modo que comenzó á gobernar	
CAP.	Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora XLVII. — Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su	
CAP.	gobierno	719
	tura y de memoria eterna	7 2 6 733

		Pág.
	con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza,	74.4
Cap.	mujer de Sancho Panza	742
1° . n	sos tales como buenos	784
WAP.	LII. — Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida ó Angustiada, llamada por otro nombre doña Rodríguez	754
CAP.	LIII Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho	74.3
CAP.	PanzaLIV. – Que trata de cosas tocantes á esta historia y no á otra al-	762
Cap	guna	767
WAP.	LV. — De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver	774
Cap.	LVI. — De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre don	
	Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña doña Rodríguez	780
Cap.	LVII. — Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, doncella	
	de la duquesa	784
CAP.	LVIII. — Que trata de cómo menudearon sobre don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras	787
Cap.	LIX Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede te-	
Cap.	ner por aventura, que le sucedió á don Quijote	797 803
Cap.	LXI. — De lo que le sucedió à don Quijote en la entrada de Barce-	
	lona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto	814
Cap.	LXII. — Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras	
Cap.	nifierías, que no pueden dejar de contarse	816
	las galeras y la nueva aventura de la hermosa morisca	828
CAP.	LXIV Que trata de la aventura que más pesadumbre dió 4 don Quijote, de cuantas hasta entonces le habían sucedido	834
Cap.	LXV. — Donde se dá noticia quien era el de la Blanca Luna, con la	~~~
Cap.	libertad de don Gregorio y otros sucesos	837
	lo escuchare leer	842
GAP.	LXVII. — De la resolución que tomó don Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo en tanto que se pasaba el año de su	
('\p	promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos	846 850
	LXVIII. — De la cerdosa aventura que le aconteció á don Quijote LXIX. — Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso	nou
CAP	desta grande historia avino á don Quijote	855
	sadas para la claridad desta historia	859
CAP.	LXXI. — De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero San- cho, yendo á su aldea	865
	LXXII. — De cômo don Quijote y Sancho llegaron á su aldea	870
CAP.	LXXIII.—De los aglieros que tuvo don Quijote al entrar de su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia	874
Cap.	LXXIV De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que	919
	hizo, y su muerte	878



LAMINAS

	Pág.
Escudo de la primera edición del «Quijote»	Portada
Busto de Cervantes	VII
Facatmile de la partida de bautismo de Cervantes	X
Mantesmiento de Sancho	115
Hallazgo del yelmo de Mambrino	144
Encantamento de Dulcinea,,,,,,,	300
Aventura de los Leones	542
Vencimiento de don Quijote	836
Testamento de don Quijote	R90



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA CIUDAD DE LA PLATA (REPÚBLICA ARGENTINA) EL DÍA XX

DE DIGIEMBRE DE MDCCCCIV EN LOS TALLERES

GRÁPICOS DE SESÉ Y LARRAÑAGA, CON

LAMINAS EJECUTADAS EN LOS MISMOS, EN

HOMENAJE Á MIGUEL DE CERVANTES

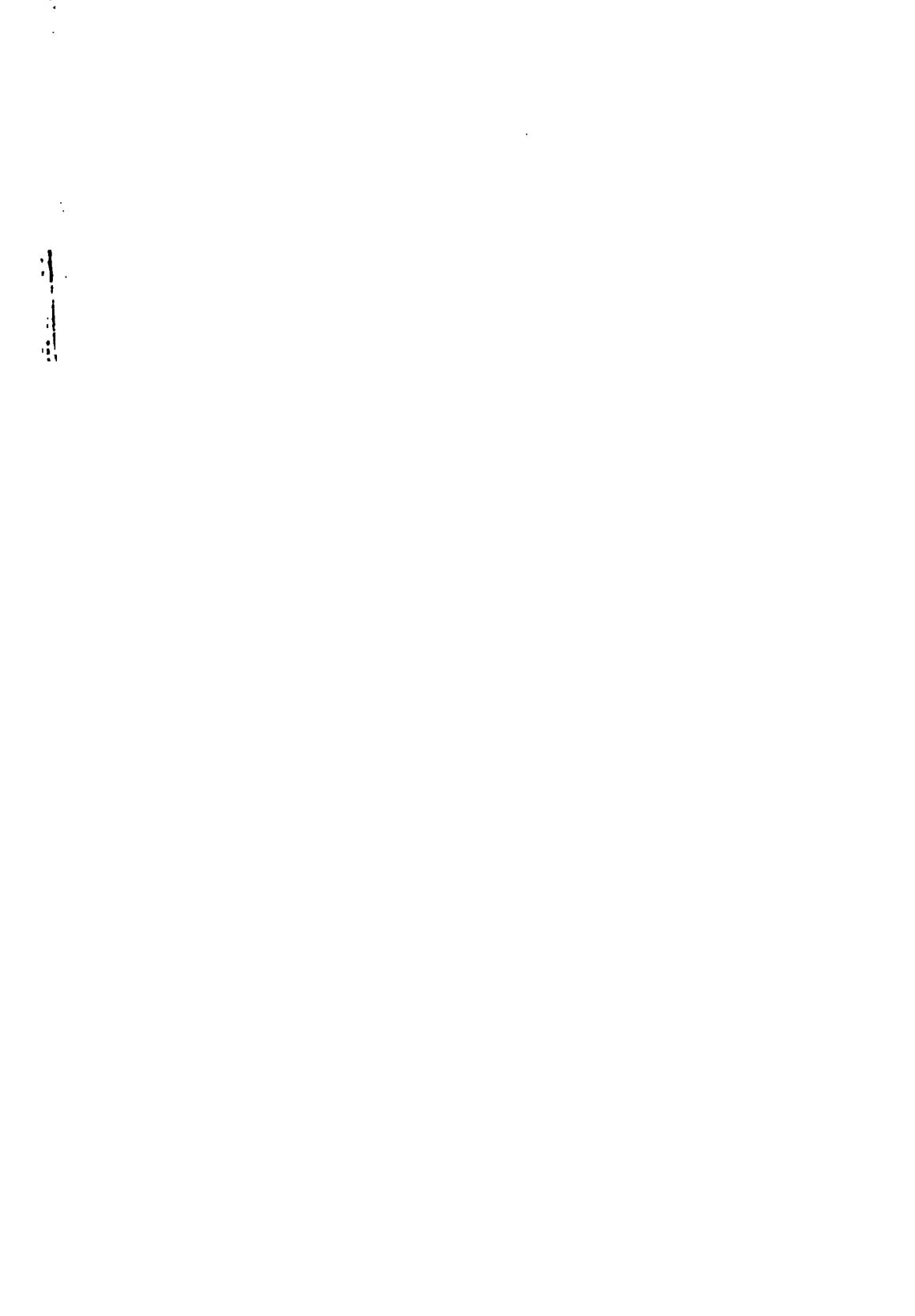
SAAVEDRA, PARA CELEBRAR EL LII

CENTENARIO DE LA IMPRESIÓN

DE ESTE LIBRO EN MADRID,

EN IGUAL DÍA DEL AÑO

DE MDCIV.





•

.





•

•

•

•

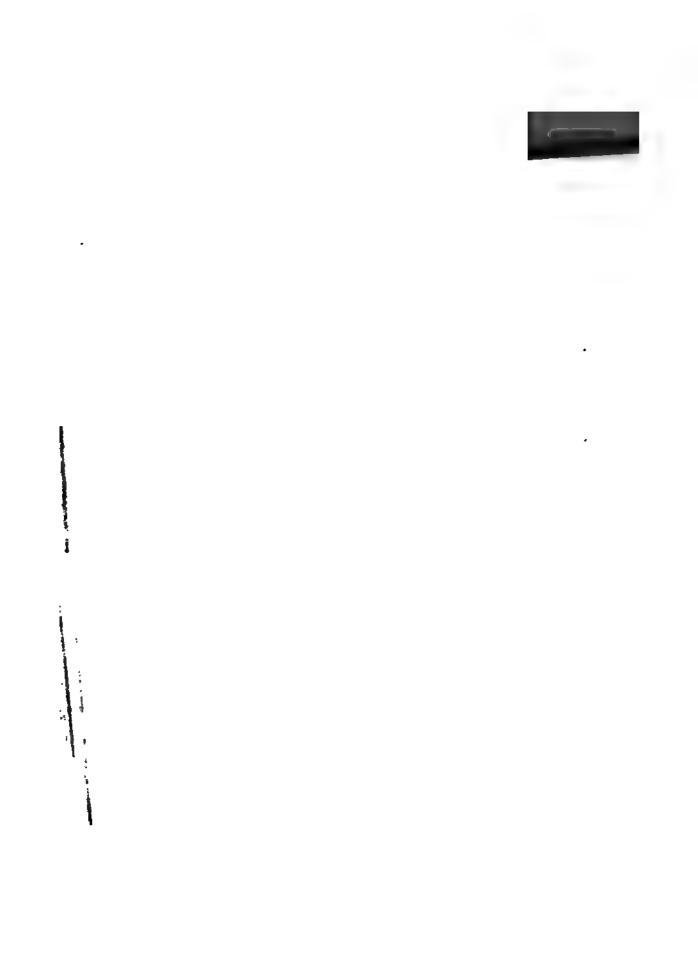
•



	Pèg.
con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Tercea Punza, mujer de Sancho Panza	742
CAP. LI Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros suce-	***
nos tales como buenos	740
û Angustiada, llamada por otro nombre dofta Rodríguez	756
Cap. Lill. — Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza	702
Car. LIV Que trata de cosas tocantes à esta historia y no à otra al-	-
CAP. LV De comas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no	747
bay man que ver	774
CAP. LVI. — De la descomunal y nunca vista batalla que pasé entre don Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija	
de la dueña doña Hodriguez	780
CAP. LVII. — Que trata de cômo don Quijnte se despidió del duque y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora, donocila	
de la duquesa	784
CAP. LVIII. — Que trata de como menudearon sobre don Quijoto aventu- ras tantas, que no se daban vagar unas á otras	787
Car. LIX Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede te-	
ner por aventura, que le sucedió á don Quijote	797 888
CAP. LXI. — De lo que le sucedió à don Quijote en la entrada de Baroc-	
lona, con otras cosas que tienen más de lo verdadero que de lo discreto	014
Car. LXII Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras	820
niferias, que no pueden dejar de contarse	829
las galeras y la nueva aventura de la hermosa morieca,	936
Cae. LXIV. — Que trata de la aventura que más pesadumbre dió a don Quijote, de cuantas hasta entonces le habían sucedido	884
CAP. LXV Donde se da noticia quien era el de la Blanca Luna, con la	967
Libertad de don Gregorio y otros sucesos	DQ4
lo escuchare leer	816
y seguir in vida del campo en tanto que se pasaba el año de su	
promera, con otros encesos en verdad gustosos y buenos	886 850
Cap. LXIX. — Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso	
desta grande historia avino á don Quijote	095
wadaw para la claridad deula historia	880
CAP. LXXI.— De lo que á don Quijote le sucedió con su escudero Sus- cho, yendo á su aldes	885
Car. LXXII De cômo don Quijote y Sancho llegaron à su aldea	870
CAP. LXXIII.—De los agüeros que tuvo don Quijote al entrar de su aldan, con otros aucesos que adornan y acreditan esta grande historia	874
CAP. LXXIV De cómo don Quijote cayó malo, y del testamento que	
hiso, y su muerte	870

LAMINAS

	Pág.
Escudo de la primera edición del «Quijote»	Portada
Busto de Cervantes	VII
Facsimile de la partida de bautismo de Cervantes	· X
Manteamiento de Sancho	115
Hallazgo del yelmo de Mambrino	144
Encantamento de Dulcinea	
Aventura de los Leones	542
Vencimiento de don Quijote	836
Testamento de don Quijote	



ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA CIUDAD DE LA PLATA (REPÚBLICA ARGENTINA) EL DÍA XX

DE DICIEMBRE DE MDCCCCIV EN LOS TALLERES

GRÁFICOS DE SESÉ Y LARRAÑAGA, CON

LAMINAS EJECUTADAS EN LOS MISMOS, EN

HOMENAJE Á MIGUEL DE CERVANTES

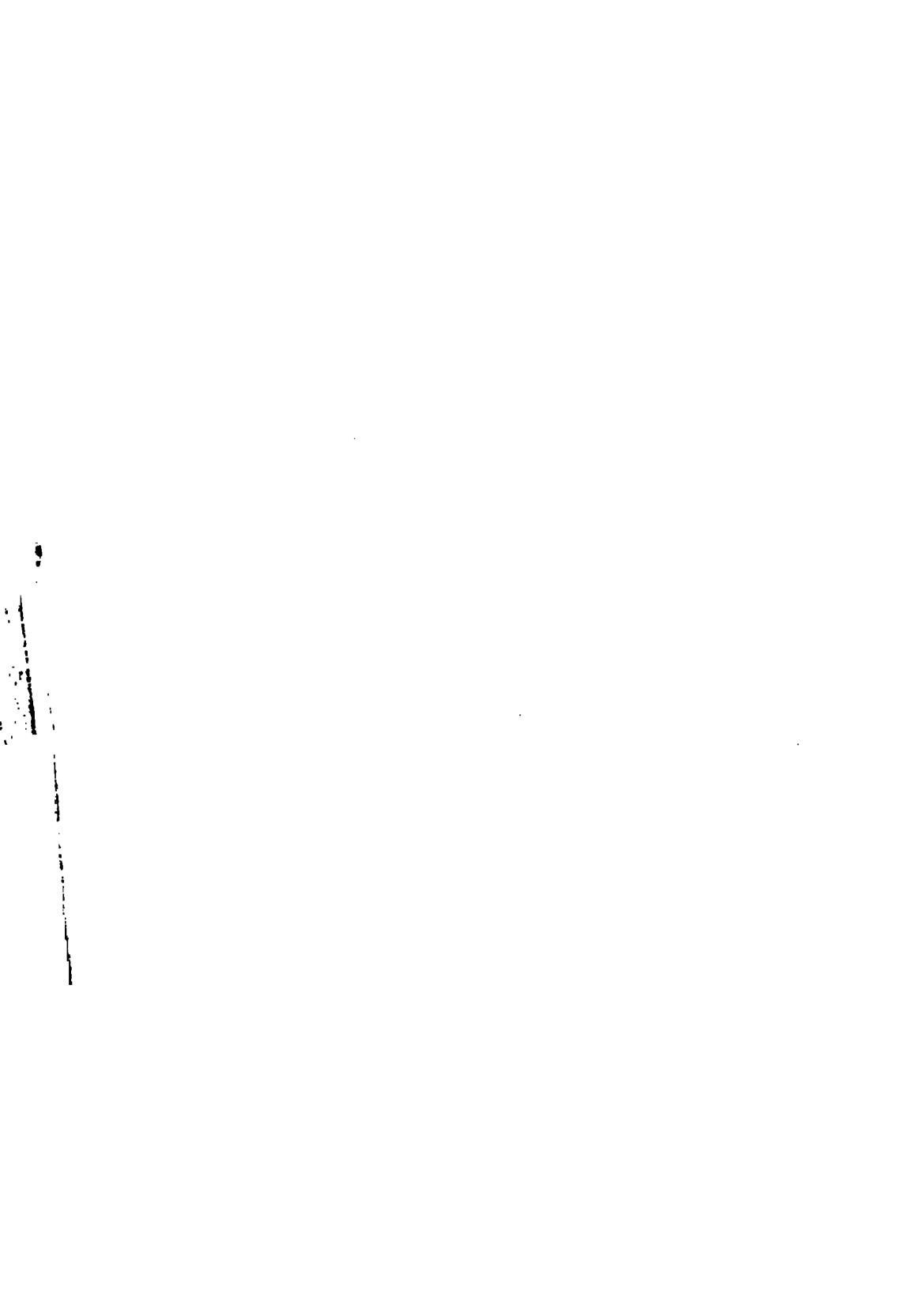
SAAVEDRA, PARA CELEBRAR EL III

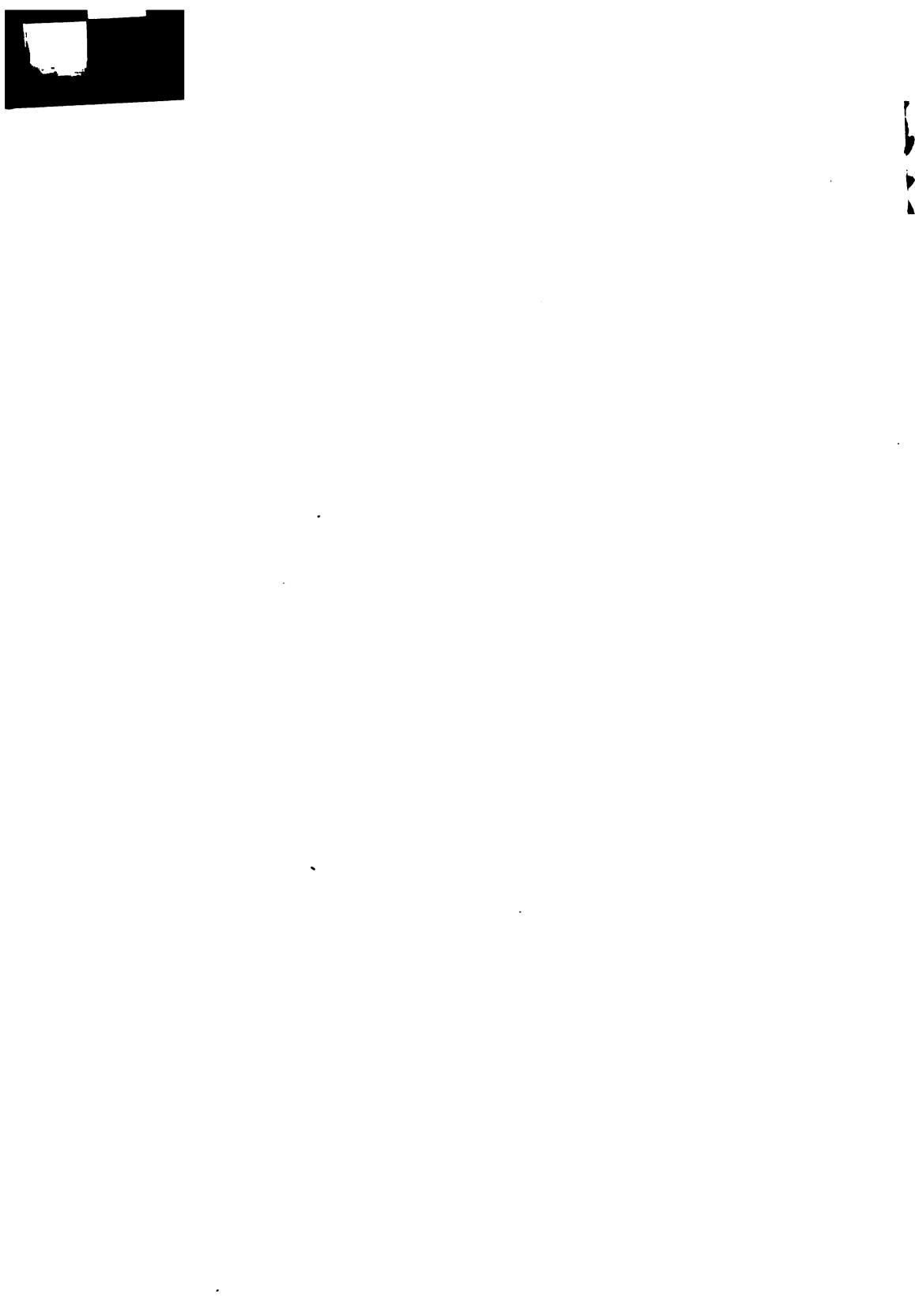
CENTENARIO DE LA IMPRESIÓN

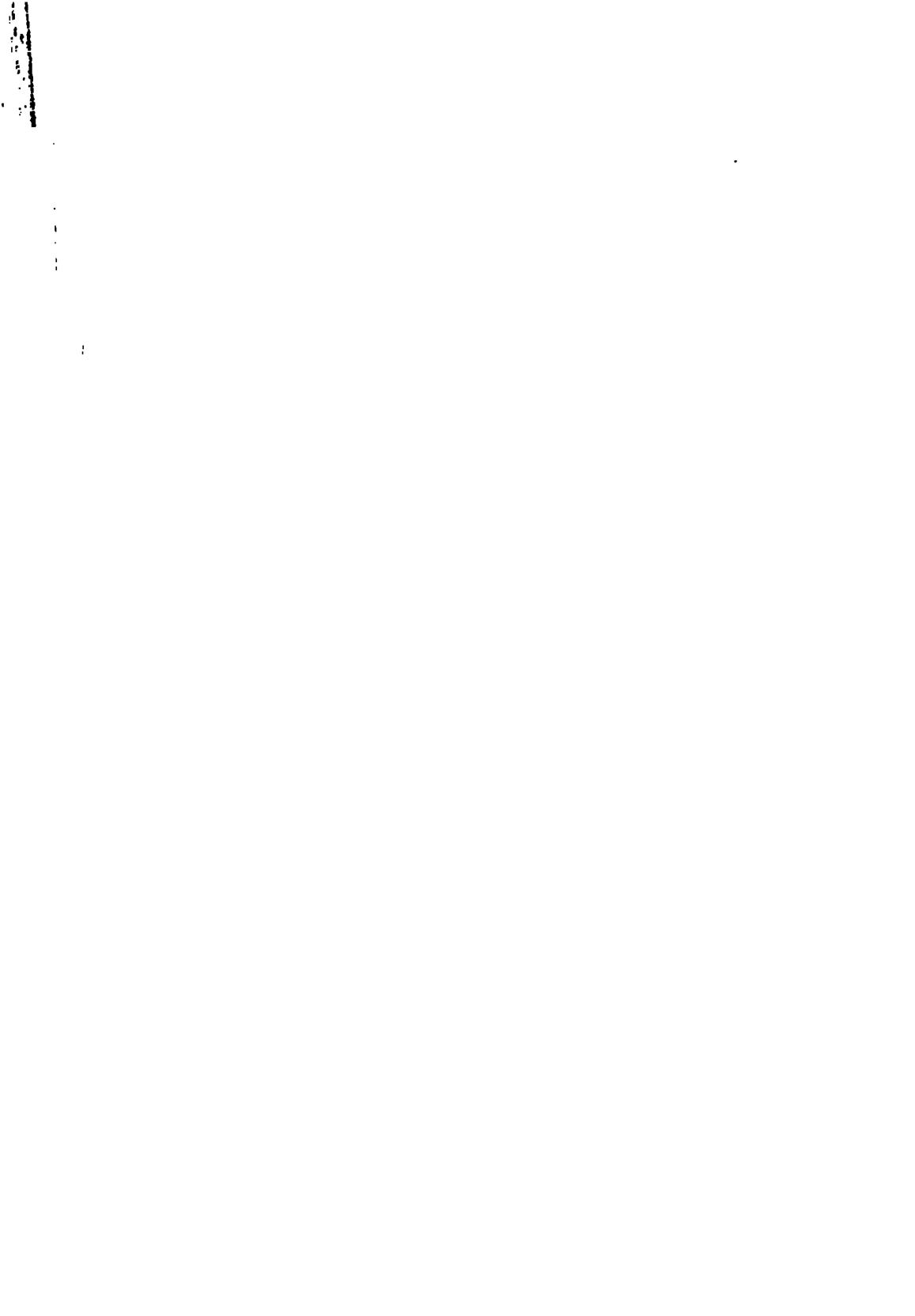
DE ESTE LIBRO EN MADRID,

EN IGUAL DÍA DEL AÑO

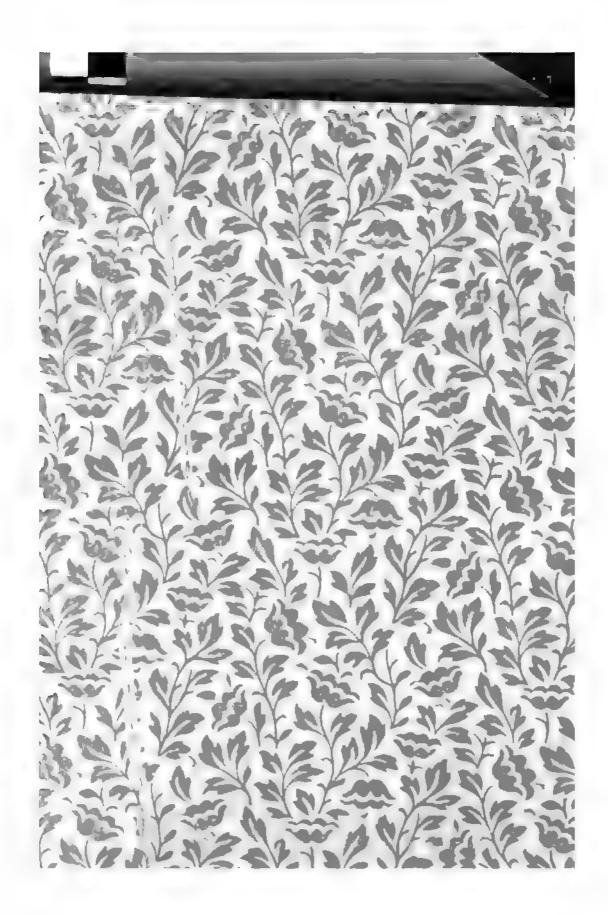
DE MDCIV.













	•
•	
	•

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA CIUDAD DE LA PLATA (REPÚBLICA ARGENTINA) EL DÍA XX

DE DICIEMBRE DE MDCCCCIV EN LOS TALLERES

GRÁFICOS DE SESÉ Y LARRAÑAGA, CON

LAMINAS EJECUTADAS EN LOS MISMOS, EN

HOMENAJE Á MIGUEL DE CERVANTES

SAAVEDRA, PARA CELEBRAR EL III

CENTENARIO DE LA IMPRESIÓN

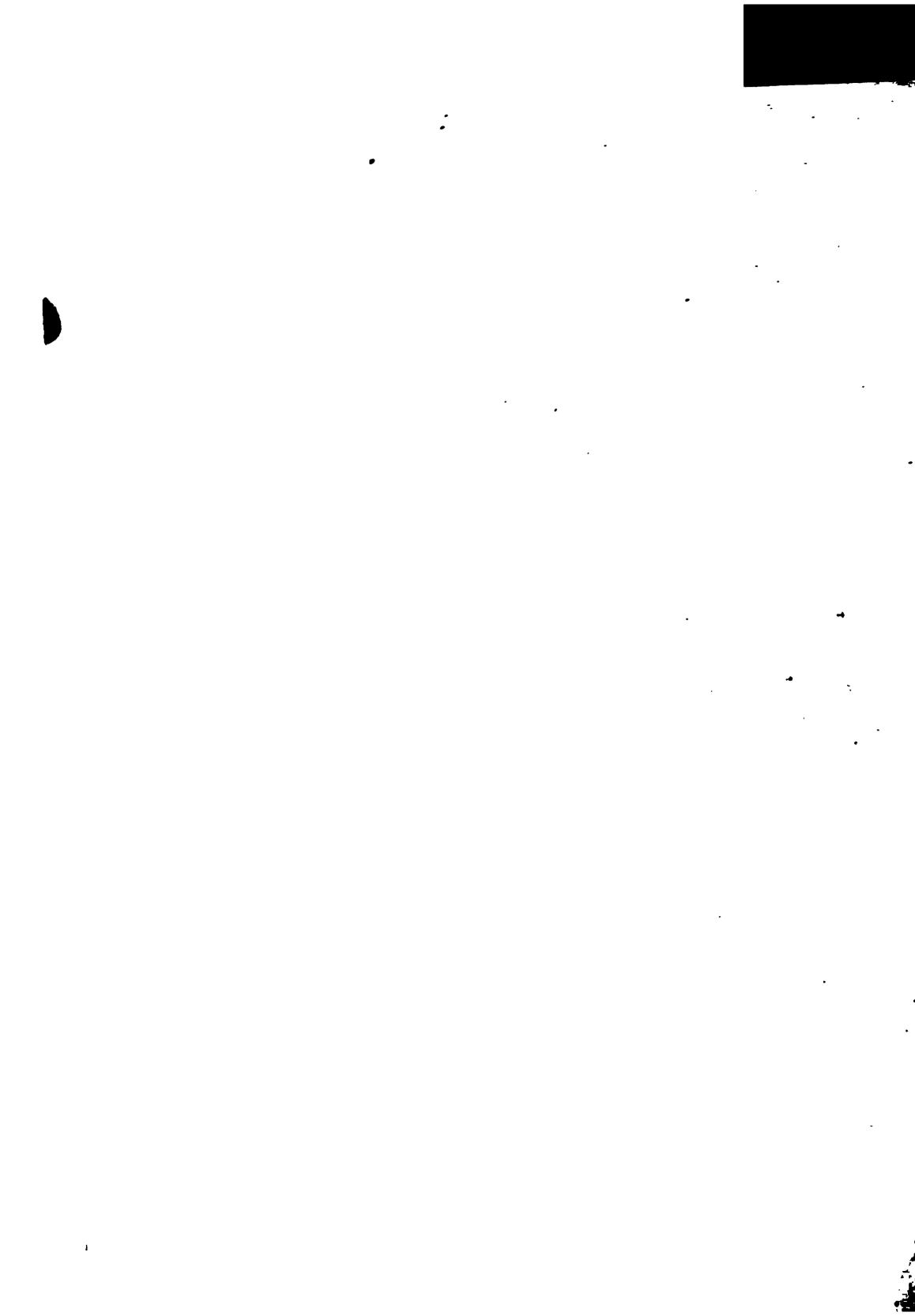
DE ESTE LIBRO EN MADRID,

EN IGUAL DÍA DEL AÑO

DE MDCIV.









•

•

